

CIENCIA

Y

SALUD.

POR

MARY BAKER GLOVER

1ª edición, 1875

Título original:
Science and Health
1st edition, 1875

P R E F A C I O. (3)

APOYÁNDONOS sobre el Infinito sostenedor con confianza amorosa, las pruebas de hoy son breves, y el mañana está lleno de bendiciones. El pastor vigilante atendiendo a su rebaño observa desde la cima de la montaña los primeros rayos tenues del alba que anuncian un nuevo día. Así, desde las cimas más elevadas del Alma, brilla la pálida estrella para el pastor profeta, y atraviesa la noche, llegando hasta el pequeño niño que yace en la oscuridad de la cuna y que habrá de despertar al mundo. Sobre la noche del error surgen los rayos de la mañana y la estrella orientadora de la Verdad, y los Tres Sabios son guiados por ella hacia la Ciencia, hacia aquello que repite la armonía eterna que se reproduce como prueba de inmortalidad y de Dios. La era de los pensadores ha llegado; y la era de las revoluciones, eclesiásticas y sociales, debe llegar. La Verdad, independiente de doctrinas o de sistemas honrados por su antigüedad, se encuentra en el umbral de la historia. La satisfacción con el pasado, o el frío convencionalismo de la costumbre no pueden ya cerrar la puerta que lleva a la ciencia; aunque caigan imperios, “Jehová reinará para siempre jamás”. La ignorancia acerca de Dios ya no debe ser un peldaño hacia la fe; la única garantía de obediencia a Dios es entenderlo a Él, “a quien comprender correctamente significa la Vida.” (4)

Puesto que los siglos encanecidos no muestran sino tenuemente la Inteligencia que incansablemente trabaja para el hombre, puede ser que este volumen no abra de inmediato un pensamiento nuevo y lo vuelva familiar; tiene la tarea del pionero de derribar con el hacha el alto roble y de cortar el tosco granito, dejando a las generaciones venideras juzgar lo que ha sido hecho. Hicimos nuestro primer descubrimiento de que la ciencia aplicada mentalmente sana a los enfermos en 1864, y desde ese entonces hemos experimentado sobre nosotros mismos y sobre cientos de otros sin que jamás hayamos encontrado que fracase en probar la declaración que aquí hacemos sobre ella. Sólo la ciencia del hombre puede hacerlo armonioso, desarrollar sus máximas posibilidades y establecer la perfección del hombre. Aceptar que Dios es el Principio de todo ser, y vivir de conformidad con este Principio, es la Ciencia de la Vida, pero para reproducir la armonía del ser, los errores del sentido personal deben ser destruidos, así como la ciencia de la música debe corregir las notas falsas captadas por el oído para dar dulce concordancia al sonido. Hay muchas teorías de física y teología; y muchos llamados al camino correcto en cada una de sus direcciones; pero nosotros proponemos dirimir la cuestión de “¿Qué es la Verdad?” sobre la base de la prueba. Dejemos que el método que se adopte para sanar a los enfermos y establecer el Cristianismo, sea el que proporcione mayor salud y produzca los mejores cristianos, de esta forma se dará a la ciencia una oportunidad justa; en cuyo caso tenemos la certeza de su triunfo sobre todas las opiniones y creencias. La enfermedad y el pecado siempre han tenido sus doctores, pero la cuestión es ¿han disminuido éstos en razón de aquellos? La longevidad de nuestros ancestros antediluvianos diría: ¡no!, y los registros criminales de hoy en día alzarían poco sus voces en favor de semejante conclusión. (5) Nuestra intención no es negarle a César las cosas que son suyas, sino pedir las cosas que son de

la Verdad, y afirmamos sin peligro, por las demostraciones que hemos sido capaces de hacer, que la ciencia hubiera erradicado el pecado, la enfermedad, y la muerte, en un periodo menor a seis mil años. Encontramos grandes dificultades para comenzar esta obra correctamente: algunas pretensiones escandalosamente falsas ya se han hecho con respecto a su práctica; el mesmerismo (su antípoda mismo) es una de ellas. Hasta este momento jamás hemos encontrado en una sola instancia de nuestro descubrimiento o práctica la más remota semejanza entre el mesmerismo y la ciencia de la Vida. No se requiere ninguna idiosincrasia especial para su aprendizaje; aunque el sentido espiritual se adapta mejor a ella que incluso el intelecto; sin embargo, aquellos que aprendan esta ciencia sin un estándar moral elevado, fracasarán en entenderla hasta que se hayan elevado más. Debido a que nuestras explicaciones están constantemente vibrando entre los mismos puntos, deberá ocurrir una fastidiosa repetición de palabras; también el uso de mayúsculas, géneros y tecnicismos peculiares a la ciencia, la variedad del lenguaje, o la belleza en la dicción, deberán ceder su lugar a un análisis cuidadoso y al pensamiento sin adornos.

“Esperándolo todo, soportándolo todo:” haciendo el bien a los de corazón honesto, bendiciendo a los que nos maldicen, animando a los afligidos, y dando a los enfermos consuelo y salud, encomendamos estas páginas a la posteridad.

MARY BAKER GLOVER.

TABLA DE CONTENIDOS. (7)

	I.		
CIENCIA NATURAL		5	(9)
	II.		
IMPOSICIÓN Y DEMOSTRACIÓN.		34	(64)
	III.		
ESPÍRITU Y MATERIA		77	(147)
	IV.		
CREACIÓN		115	(221)
	V.		
ORACIÓN Y EXPIACIÓN.		146	(283)
	VI.		
MATRIMONIO		162	(221)
	VII.		
FISIOLOGÍA.		169	(327)
	VIII.		
SANANDO A LOS ENFERMOS		191	(368)

CIENCIA Y SALUD. (9)

CAPITULO I.

CIENCIA NATURAL.

Hace algunos años recortamos lo siguiente de los comunicados de Ciencia:

“En la Universidad de Oxford se ofreció un premio de cien libras al mejor Ensayo de Ciencia Natural que refutase el materialismo de la era presente, o la tendencia a atribuir efectos físicos a causas físicas, en vez de a una causa espiritual última.” Esta demanda de la metafísica que proviene de la fuente misma de la erudición cumple con las necesidades de la era, y es la cuestión que supera a todas las demás, pues es la que se relaciona más íntimamente con la felicidad y la perfección del hombre. El control que la mente tiene sobre la materia ya no está en duda cuando con certeza matemática obtenemos su prueba y podemos demostrar los hechos asumidos. Nosotros afirmamos haber obtenido esta prueba, y haberla reducido a su enunciado en la ciencia que suministra una clave para la armonía del hombre, y revela lo que destruye la enfermedad, el pecado y la muerte. (10)

La ciencia Metafísica explica causa y efecto; remueve el velo del misterio y la duda acerca de Alma y cuerpo, y del hombre y Dios; desenreda las ambigüedades entrelazadas del Espíritu y la materia, y libera a la Inteligencia aprisionada; explica el fenómeno hombre sobre la base de su Principio, y cómo obtener su armonía en la ciencia, lo cual nos parece más importante moral y físicamente que el descubrimiento de los poderes del vapor, el telégrafo eléctrico, o cualquier otra idea avanzada que la ciencia haya revelado. Puntos de vista aceptados a ciegas causan opiniones contradictorias y creencias que emiten una atmósfera venenosa de mente más destructiva para la armonía del cuerpo que el miasma de la materia. El entendimiento enfría y purifica esta atmósfera, y así vigoriza al cuerpo; pero antes de que este resultado pueda obtenerse, el entendimiento y la creencia, o la Verdad y el error deben enfrentarse en una lucha de ideas, y el rayo de la opinión pública debe estallar por todo lo alto; pero cuando este estallido de opinión haya descargado su furia, como las gotas de lluvia sobre la tierra, se habrá humedecido el pensamiento reseco, y por ello los abundantes capullos y florecimientos que vienen del árbol de la Vida podrán producir nueva belleza.

Aunque la cristiandad pueda resistirse a la palabra ciencia, no por ello perderemos fe en el cristianismo, asimismo, no porque apliquemos esta palabra a la Verdad, el cristianismo perderá su arraigo sobre nosotros. Dejaremos que sea únicamente el Principio de las cosas lo que las interprete, y nunca nos valdremos de una opinión o creencia para afianzar el altar de la ciencia. El Principio del universo y del hombre

abarca el entendimiento y la explicación de Alma y cuerpo, y es la base de toda ciencia; pero las opiniones y creencias concernientes a Dios y hombre, o Alma y cuerpo, son el fundamento de todo error. No hay ciencia física, el Principio de la ciencia es Dios, la Inteligencia, y no la materia; por lo tanto, la ciencia es espiritual, pues Dios es Espíritu y es el Principio del universo y el hombre. (11)

Aprendemos de la ciencia que la mente es universal, la primera y única causa de todo lo que realmente es; también que lo real y lo irreal constituyen aquello que es, y aquello que no es; que lo real es Espíritu, lo cual es inmortalidad, y que lo irreal es materia, o mortalidad. Lo real es Verdad, Vida, Amor e Inteligencia, todos los cuales son Espíritu, y el Espíritu es Dios, y Dios, Alma, es el Principio del universo y del hombre. El Espíritu es la única base inmortal. La materia es mortalidad; no tiene Principio, sino es cambio y decadencia, y abarca lo que llamamos enfermedad, pecado, y muerte. Dios no es el autor de éstos, por lo tanto, el Espíritu no es el autor de la materia; las discordias son lo irreal y constituyen lo opuesto a la armonía, o a lo real que emana Verdad y no error. El Espíritu jamás requiere ayuda de la materia, o actuar a través de ella; no hay ninguna asociación o afinidad entre ellos; la materia no puede cooperar con el Espíritu, o lo mortal e irreal con lo real y lo eterno, lo mutable e imperfecto con lo inmutable y lo perfecto, lo discordante y autodestructivo con lo armonioso e imperecedero. El Espíritu es la Verdad, la materia es su opuesto, o sea, error; y estas dos fuerzas controlan al hombre y al universo, son la cizaña y el trigo que nunca se mezclan, sino que crecen lado a lado hasta la cosecha, hasta que la materia se autodestruya; pues no es sino hasta entonces que nos entendemos a nosotros mismos Espíritu, y renunciamos al espíritu del error que pretende hacer sustancia, Vida, e Inteligencia de la materia. Primariamente, Dios y su idea son lo único que es real; todo es mente, y la mente produce mente solamente; la naturaleza, la razón y la revelación determinan que lo semejante produce lo semejante; la materia no produce mente, ni *viceversa*. Llamamos a la materia error, siendo éste una falsa pretensión de Vida e Inteligencia, que regresa al polvo ignorado por el Espíritu que es supremo, sobre todo, y que no sabe nada de la materia. (12)

La historia natural muestra que los reinos mineral, vegetal y animal preservan sus especies originales en la reproducción; un mineral no es producido por un vegetal, ni *viceversa*; a través de toda la ronda de la naturaleza esta regla relativa al género y a las especies es invariable; esto es por lo tanto ciencia. Pero el error pretende lo opuesto mismo, es decir, que el Espíritu produce materia; haciendo del Espíritu o de Dios el autor del mal tanto como del bien, y a la armonía la autora de la discordia, al mal mostrando tanto de Dios como el bien, lo cual contradice la Verdad auto evidente. En la ciencia del ser aprendemos que toda discordia, como enfermedad, pecado o muerte, es distinta del Espíritu, y no es producida por Dios; también aprendemos que Dios es el Alma o Principio del hombre, la Verdad que no yerra y es eterna; y que la materia que pretende tener mente, o hacer de sí misma la base de la mente, es error, y que este error es el así llamado cuerpo denominado hombre con nervios inteligentes, cerebro inteligente, estómago inteligente, etc. La única realidad del ser es la Verdad de éste, y que la Vida e Inteligencia estén en la materia no es la Verdad, sino su opuesto, error; por lo tanto, ilusión. Mente y materia son opuestos; que la mente esté en la materia, o que la materia sea el medio a través de cual la mente se manifieste, es tan irreal como creer que un árbol encierre una roca en su corazón, y que éste sea el medio natural a través del cual la roca crezca, y se identifique. La naturaleza y la revelación no nos proporcionan

bases para la creencia de que el Espíritu o Dios, creara, o estuviera en un cuerpo de enfermedad, pecado y muerte, y la única excusa para una creencia semejante es que la falsedad de esta opinión acerca de la Vida no se percibe hasta que comenzamos a aprender la ciencia de la Vida y penetramos en nuestro ser-Dios, donde aprendemos que el Espíritu y la materia no se mezclan más que la luz y la oscuridad; que Dios y Su opuesto, llamado diablo, cuando se reducen al enunciado de la ciencia, son Verdad y error; en otras palabras, Espíritu y materia, por siempre distintos, uno posee inmortalidad, y el otro mortalidad. (13) Dijo el Apóstol “La carne es contra el Espíritu y el Espíritu es contra la carne.”

La mente, la base de todas las cosas, no puede cruzar su especie y producir materia. Sin embargo, para clasificar a la mente que es real y distinguirla de la creencia o de lo irreal, denominamos a una mente, y a la otra materia; pero recordad que la materia no es sino una creencia y que la mente es la única realidad. El error sólo puede definirse como creencia, lo cual no es mente sino ilusión. La creencia de que la Vida, la Sustancia, y la Inteligencia estén donde no están y sean lo que no son, es error. El Espíritu es entendimiento y es la posesión de la Verdad, la Vida, y la Inteligencia. La creencia y el entendimiento nunca se mezclan más que el Espíritu y la materia; uno es error, el otro, Verdad. Toda discordia es lo que llamamos materia, y la discordia es mortal, la nada; la armonía es real e inmortal pues pertenece al Espíritu, es producida por él y procede de él. La mente inmortal es Espíritu, una declaración del Alma que procede de la armonía y la inmortalidad. La mente que denominamos materia es la así llamada mente del cuerpo, y es lo que llamamos hombre mortal y pecador; pero este hombre es un mito, que no es mente ni materia, sino una creencia que abarca todo error. Dios, la Verdad, nunca produjo el error; el Alma y la Inteligencia nunca originaron discordia; y en alguna fecha futura aprenderemos que todo lo que es mortal o discordante no tenía origen, existencia, o realidad, sino que es la ausencia de lo real; sí, la nada original, el caos y la noche a partir de los cuales el error simularía las creaciones de la Verdad, a partir del polvo en vez de la Deidad. (14) El error presupone al hombre ambos, mente y materia, pero esto no es la ciencia del ser, sin embargo, la ciencia, al disputar el sentido personal, exhibe nuestra creencia tan implacablemente, que naturalmente preguntamos: ¿qué somos nosotros? y ¿qué es hombre? Somos Espíritu, Alma, y no cuerpo, y todo lo que es bueno es Espíritu; Dios y la idea de Dios son reales, y nada más es real. La armonía y sus resultados son reales, pero la discordia y lo que proviene de ella son lo irreal. Sería provechoso empezar desde este momento, mientras leéis estas páginas, a considerar la Vida sólo en lo que es bueno y verdadero; haciendo a un lado el mal como irreal, no siendo el vástago de Dios, y no siendo merecedor de llamarse hombre; ese a quien el Espíritu produce a “imagen y semejanza de Dios”, pero a quien la materia pretendería crear en el pecado.

Admitir el error, lo produce; pero ¿quién o qué es lo que admite el error? No es Dios, el Espíritu, pues el error no es el resultado de la Inteligencia; el error es una auto admisión, una admisión de ser algo por sí mismo en la cual el hombre no es, y esto es todo lo que hay acerca de ello; admitir una tentación es el único peligro en ella. Creer en la posibilidad del pecado placentero constituye todo lo que es pecado; decid entonces a la liturgia entera de la materia inteligente lo que Jesús dijo: “Fuiste un mentiroso desde el principio”.

La Mente es Espíritu, fuera de la materia, y ésta es la única mente o entendimiento; la mente llamada cerebro, o materia, es creencia solamente; por lo tanto, entre más material sea el hombre, más fuerte es la creencia, y más débil la manifestación del Alma o entendimiento. La creencia es lo que llamamos sentido personal, y el sentido personal es una creencia. Que la materia sea inteligente, que los nervios sientan, que el cerebro piense, y peque, que el estómago haga que un hombre se enfade, que sus miembros lo invaliden y que la materia lo mate, es una creencia, y esta creencia, es error, lo opuesto a la Verdad del ser.(15) El pecado, la enfermedad y la muerte proceden de los así llamados cinco sentidos personales que nos enseñan a reverenciar y a cultivar, pero que al final la Verdad destruye por medio de la edad, la experiencia o el crecimiento espiritual, y en lugar de cuerpos que sienten encontramos cuerpos sin sensación y al Alma inmortal como el reconocimiento del ser armonioso y eterno. El cuerpo mortal no es hombre, pues el hombre es inmortal; pero con sensación en el cuerpo no es inmortal, y no puede ser Espíritu, lo cual es Alma.

Admitir que hay efectos físicos es concluir que la materia es causa y efecto, de donde se sigue que habría dos causas, es decir, mente y materia, de otra manera la mente produce materia, o la materia produce mente, lo cual contradice la ciencia de la Vida en su demostración y es como decir que el polvo originó al hombre, y una serpiente a una paloma. El Alma es Inteligencia, pero la así llamada mente del cuerpo es creencia solamente, lo limitado y mortal que no abarca a lo ilimitado y eterno, pues así es la Inteligencia. De aquí aprendemos que el Alma, por lo tanto, el Espíritu, que es Dios, no está en el hombre, y que hombre es idea, y que el Alma es el Principio, la Vida, la sustancia e Inteligencia del hombre.

Habiendo trazado la línea entre el hombre inmortal o la realidad del ser, y lo irreal o mortal, que no es sino un reconocimiento personal de Vida, Dios, que es imposible, aprendemos también que el dolor o placer en la materia es igualmente imposible. Las cosas, tal como aparecen desde la perspectiva del sentido personal, son diametralmente opuestas a la ciencia, o al hombre inmortal visto desde la perspectiva del Alma; de aquí la dificultad que tiene el hombre sensual para entender esta ciencia, y su oposición a ella, pues “el hombre carnal está en enemistad con Dios”.(16) El hombre mortal y el sentido personal no son mente, sino creencia; la mente es entendimiento, la creencia es ignorancia, sí, es el error que la Verdad consigna al olvido.

Lo que se considera Vida en el vegetal y el animal se convierte en una falsedad auto evidente cuando lo único que queda de ella es muerte. Sólo la ciencia del ser revela la Vida o el Principio que revierte toda posición del sentido personal; mostrando también que la enfermedad, el pecado y la muerte desaparecen con el entendimiento del ser y de nuestra existencia real, pues sólo en ésta somos armoniosos, libres de pecado y eternos.

¿Perderá el hombre su identidad en la infinitud consciente del ser? Es imposible que pudiera perder cualquier cosa que tienda hacia su compleción en un estado a través del cual lo obtenga todo; la materia que abarca enfermedad, pecado y muerte es lo único que pudiera perderse alguna vez. La Vida no es estructural ni orgánica, pues la Vida es Espíritu, Alma, y no sentido, sin principio ni fin. La Vida es Principio, y no persona; alegría, no aflicción; santidad, no pecado, y armonía sin una nota de discordia. En la Ciencia aprendemos que no hay más que un sólo Dios, también que Dios es Espíritu;

por lo tanto, no hay más que un sólo Espíritu, pues no hay un Dios malo. Para alcanzar la armonía del ser y ser perfectos, así como el Padre, Dios debe ser entendido, lo cual significa que el Principio del hombre debe ser entendido; creer en Dios jamás ha producido a un cristiano.

La única base inmortal del hombre es el Alma; de ahí la importancia de plantarnos sobre la base del ser, y trabajar desde ahí para alcanzar nuestra armonía última. El Alma, y no el sentido, es lo que revela las posibilidades gloriosas del hombre, la circunferencia misma de su ser no limitada por una creencia de Vida en la materia; al salir de las cáscaras de nuez materiales, salimos del error, por ello aprendemos que lo último será lo primero, y lo primero último; aquello que fue primero en la materia, será lo último, *alias*, la nada en el Espíritu. (17) La Ciencia no pone vino nuevo en odres viejos; no podemos adherirnos a una creencia sobre un tema, y al mismo tiempo captar la Verdad acerca de él; debemos renunciar a lo viejo, o lo nuevo es derramado.

Las doctrinas y opiniones basadas en un Dios personal no son ni más ni menos que creencias de materia inteligente a las cuales debemos renunciar, o derramaremos la inspiración y el vino de la Verdad que capacita al hombre para demostrar la Vida más elevada, y alcanzar el cristianismo práctico que echa fuera a los demonios y sana a los enfermos.

Consideraremos ahora más minuciosamente el Principio o Alma del hombre llamado Dios; aprenderemos qué es, y cómo es que el hombre es armonioso e inmortal. Las Escrituras nos informan que “Dios es Amor”, “Verdad y Vida” y éstos ciertamente implican que Él es Principio, no persona. Adicionalmente, el Principio explica la persona, pero la persona no puede explicar el Principio. Dios interpreta al hombre, pero el hombre no puede explicar a Dios, el Espíritu explica a la materia, pero la materia no puede definir al Espíritu; el Alma explica al cuerpo, pero el cuerpo no puede interpretar el Alma. Debemos comenzar con Dios para explicar al hombre inmortal, recordando que Dios es Espíritu, y que el Espíritu es la única sustancia porque es la Inteligencia que mantiene la tierra en equilibrio, marca el rumbo de las estrellas, forma las minucias de la identidad, y comprende al universo y al hombre en la armonía del ser. El Espíritu no cree nada porque entiende todo, y es Vida, no sujeta a la muerte pues está exenta de materia. (18)

Es sólo la mente lo que abarca la sensación, por lo tanto, los sentidos son Espíritu y no materia, y pertenecen al Alma en vez de al cuerpo; no son personales, sino Espirituales; la Inteligencia va de la mente al cuerpo, esto es, del Principio a su idea, pero no puede ir del cuerpo a la mente pues la materia no conoce ni del mal ni del bien, del dolor o del placer. El Alma no está en el cuerpo, es la Inteligencia ilimitada, imposible de limitar, y es la inmortalidad que no se mezcla con la mortalidad; así como la luz y la oscuridad son opuestos, así es con el Espíritu y la materia, sin la menor afinidad; si la luz morara en la oscuridad, destruiría la oscuridad; así aquello que está libre de pecado y es inmortal destruye a aquello que peca y es mortal; pero la oscuridad no extingue la luz, y la materia no puede destruir al Espíritu, el cuerpo no puede destruir al Alma, pero el Alma puede destruir y de hecho destruye a la materia. El hombre no es materia, el cerebro no es Inteligencia, no es el órgano del infinito. La Vida y la Inteligencia no están en la materia, ni actúan a través de la organización; la materia es una creación de

la creencia, una quimera del sentido personal que revierte a la ciencia como mostraremos más adelante.

La idea es inseparable de su Principio; el hombre es idea, y el Alma es el Principio que la produce, por lo tanto, el hombre y su creador son inseparables. Las opiniones y creencias no tienen Principio, son erradas y mortales, no expresan ni a Dios ni al hombre inmortal; no son sino vástagos del sentido personal que abarcan pecado, enfermedad y muerte, sí, el sueño de Vida en la materia. La materia médica, la fisiología, el mesmerismo, etc. son opiniones y creencias que se predicán acerca de la materia inteligente, la cual es error; y la discordia y la duda que les acompañan se deben a la posición falsa que ocupan. Las ideas, como los números y las notas, no admiten opiniones o creencias respecto a ellas una vez que su Principio es entendido; las creencias son teorías que cambian, y son falsamente enunciadas porque no son entendidas. (19) La identidad de toda idea está en su Principio donde es aprendida; el hombre inmortal es armonioso y eterno; la materia es el vástago de la creencia mortal; el Alma o entendimiento no tiene participación en ella.

La filosofía en general encuentra la causa en el efecto, el Alma en el efecto, el Principio en la idea, y la Vida y la Inteligencia en la materia. La materia médica al buscar la causa en el efecto, pretendería enterarse por la materia de cuáles son las condiciones del hombre, examinando el hígado, el corazón, los pulmones, etc. a fin de averiguar cuánta armonía le permiten al hombre; así admitiendo que la causalidad es de la materia en vez de la mente, y que ésta produce Vida o muerte, dolor o placer, acción o estancamiento, sin el consentimiento de la mente; ello pondría a hombre y a Dios, o al cuerpo y al Alma a la disposición y control de la materia. La fisiología encuentra que la mente es inferior a la materia, a la causa sin dominio del efecto, a las así llamadas leyes de la naturaleza fracasando en su cumplimiento de dar salud al hombre; haciendo a lo Infinito insuficiente para gobernar a lo finito, el Principio no controlando su idea, y a la Inteligencia o Alma del hombre incapaz de gobernar al cuerpo. Para prevenir que la enfermedad, los efectos nocivos de atmósferas húmedas, los esfuerzos violentos, o los alimentos pesados, etc., destruyan al hombre, decimos que las leyes de la materia son nuestra única esperanza, dejando al Espíritu impotente.

El mesmerismo, al colocar la Vida y la Inteligencia en la electricidad, encuentra a la materia superior a Dios, y al Principio que gobierna al hombre como una emanación del cerebro, cuya carencia o exceso, calidad o cantidad, determina la discordia o armonía del hombre.

La teología pretendería hacer del Ser supremo una persona, en otras palabras, materia abarcando Espíritu; Dios morando en el hombre, la Vida en las cosas que crea, la causa en el efecto, el Alma en el cuerpo, lo infinito y lo ilimitado, dentro de límites. (20) Con esta teoría, Dios, para ser omnipresente, debería penetrar en la identidad personal por toda la tierra; o poseer un cuerpo que abarcara el espacio universal; en cuyo caso, ¿cuál sería la personalidad de Dios? El Espíritu no es materia, tampoco está en ambos, fuera y dentro de la materia; si tal fuera el caso, Espíritu y materia serían uno en sustancia e Inteligencia; de otra manera, o el Espíritu estaría limitado a la escala del sentido personal, o el sentido personal se elevaría a la capacidad de omnipresencia, lo cual es nuevamente imposible. Nuestras creencias en una Deidad personal colocan la Vida

infinita y el Amor al interior de la estatura de un hombre; hacen al hombre Dios, o ponen a Dios dentro la materia, lo cual es ateísmo. El error es la base de toda creencia; en vez de esto necesitamos la idea verdadera, basada en el entendimiento de Dios, el Principio impersonal, la Verdad y la Vida del hombre, la cual no es cuerpo, sino Alma.

El artista no está en su pintura; la pintura es un pensamiento de éste, una emanación del Espíritu, no de la materia; el Creador no está en lo que crea. El alfarero no está en el barro, sino tiene poder sobre el barro; Dios produce su propia personalidad, y no puede entrar en ella; porque en Él está la circunferencia y el Alma infinita, fuera de la materia y el hombre. Los cinco sentidos personales son creencias de Vida, sustancia, e Inteligencia en la materia, la fuente misma del error; toda discordia procede de esta fuente falsa; en realidad no hay sentido personal, pues la materia no es inteligente. La línea de demarcación entre el Principio que es Inteligencia y Vida, y la creencia de Vida e Inteligencia en la persona, es el límite entre creencia y ciencia, dicho de otra manera, entre error y verdad. La ciencia contradice al sentido personal en todos los casos, como mostraremos más adelante. (21) El entendimiento es la única evidencia admisible de la Verdad; las conclusiones extraídas a partir del sentido personal no tienen fundamento; el entendimiento es una porción del Principio infinito que abarca toda idea de la Verdad. La creencia no tiene Principio; es un sentido mortal y finito de las cosas llamado conocimiento, una mentira acerca de los límites que pretendería colocar al Alma en el cuerpo, la Vida y la Inteligencia en la materia para desarrollar materia, y llamar a esta germinación naturaleza, o semilla reproduciéndose a sí misma; no sólo negando a Dios las cosas que son de Él, sino limitando lo Infinito, pensando en sujetar a la Sabiduría a la discordia y decadencia.

Para aprender la Verdad de las cosas éstas deben ser explicadas desde la base del Alma, y no del sentido; el sentido personal es conocimiento, obtenido de opiniones y creencias. Cuando nuestras interpretaciones proceden del Principio de las cosas, las entendemos correctamente; pero si provienen de la observación, o de las deducciones del sentido personal, están equivocadas, son creencias basadas en la suposición de Vida e Inteligencia en la materia, lo cual es error.

Las impresiones que supuestamente proceden del oír del oído, de las observaciones del ojo, del tacto, del gusto o del olfato, son estas creencias, mas no son las ideas de Dios. Toda idea procede del Principio, se obtiene por medio del entendimiento, por el cual llegamos a la Verdad demostrable. La creencia constituye errores, el entendimiento nunca yerra, por lo tanto, es necesario para la armonía de mente y cuerpo. Puesto que la creencia proviene de la persona, en vez del Principio, no es la Verdad de ser, sino el error llamado hombre mortal.

El conocimiento es poder, es la fuerza misma que depende de las organizaciones para su fortaleza, no es persuasión moral, poder moral, idea, o Principio; sino fe, suposición, o creencia. (22) La repulsión, atracción, cohesión, y poder que supuestamente pertenecen a la materia son componentes de la mente; el conocimiento atribuye estas propiedades a la materia, pero la ciencia las imputa a la Inteligencia, el Principio de todo; es imposible encontrar propiedades inherentes en la materia que actúen independientemente de la mente. No hay inercia en la Inteligencia; pero sólo la ciencia determina de dónde

proviene la acción, si viene de su Principio armonioso, es decir, del Alma al cuerpo, o de la creencia prolífica del error.

La ciencia revela que toda acción procede de Dios, la causa universal que produce armonía solamente; y que la discordia, la enfermedad, y la muerte, no son ni acción, ni ser, sino creencias o error. A la ausencia de la Verdad le llamamos error, pero ¿de dónde vino el error?, ¿de Dios? No; “la misma fuente no produce aguas dulces y aguas amargas”. El error no es una idea, no tiene ni Principio ni identidad, no es definible como una persona, lugar o cosa; como agente, o como actor; y careciendo de sustancia, Vida, o Inteligencia, careciendo de Principio o identidad, aprendemos ¡que no vino! Sino que es ilusión. Nuevamente, ¿qué es la creencia? Nada real o verdadero, y para el entendimiento ese es el único hecho respecto a ella. La enfermedad, el pecado y la muerte, todo aquello que es opuesto a Dios o la ausencia de Dios, es creencia y error que presupone que el bien y el mal están en la materia y el hombre. Pero, ¿se respondió a la pregunta, de dónde vino la creencia? No tiene origen, no es ni Principio ni idea; sino ilusión, sin ninguna causa o creación real.

Se dice que la enfermedad es una realidad, y una identidad, pero la ciencia encuentra que es una creencia solamente; que desaparece con la mortalidad, y que es cognoscible únicamente para el sentido humano, no para el Alma. “Dios hizo todo lo que fue hecho”; no hay más que un Principio y su idea infinita; la armonía y la inmortalidad que pertenecen al hombre son percibidas a través del sentido espiritual, no personal. (23) La creencia no tiene Inteligencia, pues no tiene ni Principio ni entendimiento, por lo tanto, es error, y el error ¡es la así llamada mente del hombre mortal! Totalmente depravada, pecadora, doliente, y moribunda; esto es la ausencia de Dios. El hombre no tiene mente en la materia; la creencia de que la tiene es error. No hay más que una Inteligencia, Dios mismo, el Amor, la Verdad, y la Vida infinita; y Dios no es hombre. La materia no es inteligente; el cerebro no es mente; y el hombre no es Alma, un Dios o Inteligencia separada. Jesús hizo mucho hincapié en este punto: “No tendréis otros dioses delante de Mí”; sin embargo, diariamente contemplamos en creencia el celo del error por lograr el punto opuesto, es decir: “Os haré como dioses.”

La Ciencia nos informa que la mente inmortal es Espíritu; pero el sentido personal tendría por mente a ambos, Espíritu y materia, lo cual es una imposibilidad moral. El Espíritu no puede actuar a través de la materia; son diametralmente opuestos entre sí y nunca se mezclan; el sentido personal es el único fundamento para la teoría de que el Espíritu y la materia se mezclan, y el tiempo y la eternidad están desgastando este pilar. La Mente no está confinada a la organización, ni está limitada por lo material.

La mente Inmortal es la atmósfera del Alma que penetra todo espacio y que atiende hasta “la caída de la golondrina”; ¡ningún poder puede comprimirla dentro de un cráneo! La materia no la confina, la barrera más fuerte opuesta a la Inteligencia es como la nada; la única obstrucción, o límite dado a la mente, es la creencia mortal, sinónimo de error; el entendimiento no construye ni conoce límites; es la creencia finita la que pretende limitar la mente; y no hay Inteligencia finita. Hay error finito que presupone a la mente en la materia; pero esto es el mal y no el bien, la creencia y no la realidad; sí, el error, y no la Verdad del hombre. (24)

El sentido Espiritual pertenece al Alma, y es el único sentido real; no tiene conocimiento de sustancia en la materia, de sufrimiento, pecado o muerte; el sentido Espiritual reconoce todo aquello que es Verdad, Vida, y Amor; por lo tanto, no queda nada que el sentido personal disfrute o sufra. El sentido personal es el sueño de Vida en la materia, es solamente una suposición de realidad y sustancia, de Vida e Inteligencia, del bien y del mal, que pretendería limitar el Alma, y condenar todas las cosas a la decadencia. La sensación en la materia es una de sus creencias, y la creencia es la opinión personal que sustenta sólo aquello que es falso, egoísta o degradado; todos estos errores no son más que el error que llamamos hombre mortal. Dios y hombre nunca serán entendidos hasta que escuchemos únicamente a los sentidos que se sujetan al Principio en vez de a la persona, al Alma en vez de al cuerpo.

Puesto que el sentido personal es error, toda la evidencia que se obtiene de ahí es creencia sin Principio, o prueba inmortal. El sentido Espiritual, a diferencia del sentido personal, revela que el hombre es idea; no sustancia; que su Vida e Inteligencia es Dios, en otras palabras, Alma y no cuerpo; y así, a salvo del azar y del cambio es armonioso y eterno. La demostración de esta declaración destruirá enfermedad, pecado y muerte, y por ello, es importante entender, en el presente, así como en el futuro, la gran Verdad que debe desplazar al error opuesto que trajo pecado y muerte al mundo, cerrándole la puerta al sentido puro de inmortalidad, pero que debería ser aprendida hoy.

Dios es y era, y siempre será; y si esta Inteligencia existe, también existe su idea, llamada hombre, la cual no puede separarse ni por un solo instante de ella, su Principio y Alma. (25) Observamos un cadáver o al cuerpo llamado hombre, pero ¿es hombre? ¡No! ¿Está el Alma en él? ciertamente no; ¿ha escapado el Alma? ¡No! ¿Dónde estaba el Espíritu infinito externo, si el Espíritu estaba en el hombre? ¿Puede el Alma perderse? imposible, pues lo inmortal no tiene fin; y el Alma es Espíritu, y el Espíritu, Dios. ¿Se perdió el hombre? ¡No, si quedó el Alma! Pues el Alma es Principio, y hombre es su idea, y éstos son por siempre inseparables; Dios se perdería si el hombre fuese aniquilado, pues la entidad significa la naturaleza particular del ser, y Dios, sin la idea que es imagen y semejanza de Sí Mismo, ¡sería una no entidad! El hombre es la idea compleja de Dios, por lo tanto, Dios y hombre no pueden ser separados.

Al contemplar un cadáver, contemplamos la desaparición de una creencia; nos hemos acostumbrado a esta creencia de mente en la materia, pero no a la Verdad del hombre, cuya Alma es Dios y su cuerpo la idea armoniosa de Él. La creencia de Vida en la materia es lo único que muere. El Principio, el Alma, y la Vida del hombre, no están en el cuerpo, y no pueden morir. Cuando el sentido óptico de Pablo cedió a la ciencia, la visión del Alma, se dio cuenta que nada podía separarlo de Dios; al entender, como lo hizo, que el hombre real nunca está separado del dulce sentido y la presencia de la Vida y el Amor.

Un hombre enfermo no es un pecador mayor que todos los demás; y sin embargo no es la idea de Dios; hastiado de la materia que reivindica tanto sufrimiento, el enfermo se inclina más hacia lo espiritual, ya que la Vida en la materia comienza a renunciar a sus fantasmas; todo error deberá ceder finalmente a la Verdad del hombre.

Un hombre malvado no es la idea de Dios; no es nada más que la creencia de que el odio, la malicia, el orgullo, la envidia, la hipocresía, etc. pueden estar combinados con la Vida, ¡Dios!, sin embargo, la Vida, el Amor, y la Verdad ¡jamás hicieron un hombre enfermo, o pecador! (26) La misma fuente no produce aguas dulces y aguas amargas. La Vida y su idea no están ni enfermos ni en pecado, sino que son eternos y armoniosos; jamás se mezclan con el hombre mortal. Las Escrituras dicen que el hombre mortal “es concebido en pecado, y parido en la iniquidad;” si su origen es el error, entonces, ¿no es eso, error? Este error es la creencia de que el hombre es una Inteligencia, y un creador, después de que ¡“todo lo que ha sido hecho, fue hecho!””. Si todo aquello que miente es ultimadamente destruido, este hombre debe perecer.

Este *entendimiento* de la Verdad, y su *demonstración*, es la Vida eterna; una creencia jamás puede lograr esto. La Ciencia contradice todas las teorías aceptadas sobre este tema, y se opone diametralmente a la evidencia del sentido personal, “coloca el hacha en la raíz del árbol”, y derriba todo aquello que no produce buen fruto; por consiguiente, sana al enfermo, y echa fuera el error. No hay escape del pecado, la enfermedad, y la muerte, excepto bajo el Principio de que Dios es la única Vida e Inteligencia del hombre. Mientras admitamos Vida, sensación e Inteligencia en la materia, el hombre será gobernado por su cuerpo, y estará a merced de la muerte, la enfermedad y el pecado.

La armonía no está a merced de la materia, ni la felicidad está a la disposición del sentido; ni la Vida está bajo el dominio de la muerte. Preguntáis: ¿qué prueba tenemos de que no hay sensación en la materia, o, en otras palabras, de que no hay sentido personal? Hemos puesto a prueba esta afirmación en el sanar de los enfermos lo suficientemente para encontrar que su Principio es invariable. Nuestra posición ha sido tomada a partir de pruebas obtenidas a través de nuestra propia demostración; y por permitir que su Principio apunte más alto al reconocer la relación entre las demostraciones menores y las más elevadas; con la misma lógica decimos: tres y tres trillones son seis trillones pues ya hemos probado con números menores que tres sumados a tres son seis. (27) El que *creamos* que la sensación es de los nervios de ninguna manera prueba que éste sea el caso; el ebrio cree encontrar placer en las bebidas embriagantes, y el pecador en el pecado. El ladrón cree que se ha beneficiado robando; y el hipócrita escondiéndose; pero la ciencia de la Vida contradice estas posiciones falsas, y las llama simplemente creencia y error; por lo cual inferimos que la creencia es error, y que entender a Dios y hombre destruiría toda creencia, y nos daría el entendimiento que lo que constituye el ser.

Que el dolor y el placer pertenezcan al cuerpo es el error de la tierra que nunca entra al cielo, donde no se encuentra nada que mienta. El Alma es la única conciencia viviente, y el Alma ni peca, ni sufre; es inmortal, y el error es mortal; pero el pecado, las aflicciones, y la enfermedad son mortales, se destruyen a sí mismas, pues son error. La enfermedad y la muerte no son manifestaciones del Alma, la Verdad o la Vida, luego entonces no son de Dios, y no hay otra causalidad. La cizaña y el trigo deben separarse, lo real y lo irreal no se mezclan; la felicidad es real, y la Verdad es real, pero el error es irreal; pecado y santidad, enfermedad y salud, Vida y muerte, no proceden de la misma fuente. La Vida, la salud, y la santidad, junto con toda la armonía son Verdad; el

pecado, la enfermedad y la muerte son error, lo opuesto a la Verdad, la armonía y la Vida, y estos opuestos nunca se mezclan.

La electricidad no es un fluido vital; sino un elemento de la mente, es el vínculo más elevado entre el estrato más burdo de la mente, llamado materia, y el más enrarecido llamado mente. (28) Las así llamadas fuerzas destructivas de la materia y la ferocidad de hombre y bestia son creencias animales que admiten el mal porque no entienden el bien. Todo lo que es bueno es Alma; y su opuesto es sentido personal; las emanaciones del Alma son pureza, armonía e inmortalidad; aquellas del sentido personal son impureza, discordia, y muerte. La Ciencia saca a relucir la Verdad y su supremacía, la armonía universal, la totalidad de Dios, y la nada de la materia.

Las doctrinas, las teorías y el conocimiento no son más que opiniones y creencias, son las impresiones y observaciones del sentido personal que no están basadas en ningún Principio o Verdad fundamental a través de las cuales se produzca armonía. Cuando alcancemos la inmortalidad, entenderemos que la Vida es Dios, que la materia es mortal, y que sólo el Espíritu sobrevive al naufragio del tiempo. El sentido personal luchará contra la ciencia hasta que la Verdad determine la victoria del lado del bien inmutable. La ciencia revela la Verdad, mientras que el sentido personal no la conoce; también revierte todas las posiciones del sentido y desgarrar sus fundamentos; de ahí que la enemistad de la humanidad contra la ciencia durará hasta que la humanidad luche para elevarse mediante la deposición de sus creencias. Las deducciones que provienen de una base material son error necesariamente; pero la ciencia, al tomar sus posiciones a partir de la Inteligencia, alcanza al hombre con la armonía, y lleva únicamente los mensajes de la Verdad. Estas dos causas diferentes se evalúan mejor cuando atestiguamos los efectos de ambas, y al usar la ciencia para sanar a los enfermos en vez de los medicamentos, la electricidad, etc., nos damos cuenta de los resultados opuestos de la Verdad y el error. Los sistemas de la medicina, como los narcóticos, dejan al hombre peor a causa del estupor que éstos inducen; mientras que la ciencia al exigir la demostración como prueba de ella, invita el progreso, y utiliza el entendimiento como una espada de dos filos para el error en todos lados. (29) Después de esta cirugía, la humanidad se encontrará mejor.

Las doctrinas, opiniones y creencias son el “árbol del conocimiento” en contra del cual la Sabiduría previno al hombre; el conocimiento se obtiene de premisas falsas, del sentido personal, el cual proporciona únicamente las evidencias mortales del hombre al presuponer que el cerebro es la sala de audiencia del Alma, y al pretender falsamente tener las prerrogativas de la Inteligencia, Dios. Razonar a partir de semejantes puntos de vista produce todas las discordias de mente y cuerpo que eventualmente deberán sucumbir, obedeciendo el mandato: “Ciertamente morirás”. Las investigaciones acerca de la Verdad deberían abandonar la materia a cambio del Principio, y traer la contemplación de la Vida fuera del sentido, así congregándonos más cerca de la armonía e inmortalidad, y alejándonos proporcionalmente de la enfermedad, el pecado y la muerte.

El Alma no está en el cuerpo. La creencia de que la Inteligencia está en la materia es error en las premisas y las conclusiones del hombre. La Vida, la Inteligencia, o sustancia, no están en la materia o es de la materia, tampoco pueden ser nada excepto

Alma, y puesto que ultimadamente probaremos esta ciencia a la conciencia individual, deberíamos comenzar hoy con sus primeras lecciones. Para obtener el entendimiento de Dios y hombre, Alma y cuerpo, armonía e inmortalidad, debemos basar todas nuestras conclusiones del hombre sobre el Principio en vez de la persona, sobre el Alma en vez del cuerpo, o nunca alcanzaremos la ciencia del ser.

La Verdad, la Vida, y el Amor, son Dios, el Alma del universo y del hombre, y la única sustancia e Inteligencia: éstas no están mezcladas con el cambio, el pecado, o la muerte, ni con la materia, el cuerpo mortal; lo erróneo, cambiante y perecedero no se mezcla con aquello que es lo mismo ayer, hoy y siempre. (30) La Vida es Inteligencia, el Principio que es Alma o Espíritu, y no hay más que un Espíritu o Alma del universo y el hombre. Si la Vida estuviera en el hombre, la materia se gobernaría a sí misma, y el Espíritu sería una porción de la materia; por lo tanto, Dios sería Espíritu y materia. Ninguna porción de lo infinito puede penetrar lo finito; la Vida e Inteligencia que son infinitas no son el hombre mortal. Pero ¿no podría haber una porción de Dios en el hombre y la materia? Esto es igualmente imposible, pues la más mínima parte del Espíritu destruiría a la materia, pues la materia es la no-Inteligencia, no es un poder comparable con el Espíritu; es mortalidad solamente, y lo inmortal es Espíritu.

Dios es Principio, - la Verdad y el Alma del hombre, y hombre es “la imagen y semejanza de Dios”. Repetimos, Dios es sustancia y Vida, por lo tanto, hombre no es más que la imagen y semejanza de estos; el hombre no es la Verdad, la Vida o el Amor. Dios es Espíritu, y hombre es la imagen y semejanza de Él; luego entonces, el hombre no es materia, sino idea, y la idea no comprende más a su Principio que lo que las cifras comprenden a la regla de las matemáticas. No queda otro recurso que reducir a Dios al nivel del hombre, o buscar fuera del hombre su Sustancia, Vida e Inteligencia, todos lo cual debe estar fuera de la materia, o de otra manera a merced del pecado, la enfermedad, y la muerte. La oscuridad puede ocultar el sol, pero no puede extinguirlo. La enfermedad, el pecado y la muerte son oscuridad, o ignorancia moral que ocultan la Verdad, la Vida y el Amor, pero no pueden extinguirlos, ni su idea no puede destruir a Dios o al hombre. El punto de vista desde el cual hay que juzgar al hombre no es la materia, sino el Espíritu. El Alma del hombre nunca se pierde puesto que es Dios, Principio, y el hombre es su idea, y ambos son eternos; de ahí la inmortalidad del Alma y del cuerpo. (31) El Alma infinita abarca el entendimiento perfecto, la luz que ni disminuye, ni aumenta, pues “ahí no hay noche”. El día declina, y las sombras ocultan el sol, pero la oscuridad huye cuando la tierra ha girado sobre su eje; porque el centro solar es el mismo. Asimismo, la oscuridad de la creencia oculta, pero no puede extinguir, la luz de la ciencia.

El Alma es auto-existente y eterna; la ciencia del ser es que el hombre inmortal es tributario del Alma en vez del cuerpo, pero nunca la entenderemos si creemos que el Alma está en el cuerpo, o que la materia abarca Inteligencia y Vida. Si entendiésemos la Verdad del ser, ello probaría que el Principio y su idea, el Alma y el cuerpo, son inmortales; y para salvar la Vida, en vez de requerir leyes de la salud que nunca han hecho inmortal al hombre, deberíamos de ser una ley de Vida y Verdad para nuestros propios cuerpos, sí, la ley superior del Alma que prevalece sobre el sentido, y da armonía e inmortalidad a todo lo que controla. “El hombre ha buscado muchos artificios”, pero ninguno de ellos puede resolver un problema sin su Principio; los

números son armoniosos solamente cuando son gobernados por la Inteligencia, fuera de las cifras; pero la ignorancia podría negar este hecho si no fuera porque la prueba autoevidente obliga la conclusión. Al entender la ciencia de la Vida, obtenemos evidencia infalible de su exactitud al sanar, etc. Aquellos que obtienen, aunque sea una vislumbre de ella están convencidos de su Verdad, y aquellos que se han elevado más dudan menos de ella que de otras pruebas.

¿Cómo puede una creencia de Vida en la materia encontrar la Vida, Dios? Esto es tan imposible como que “un camello atravesase el ojo de una aguja”. Investigar en nuestros cuerpos qué prospectos tenemos de salud o Vida, es retirar por completo el asunto de las manos de Dios. (32)

Suponer que encontramos placer o dolor, felicidad o miseria, Vida o muerte en el cuerpo, es no encontrar que Dios es nuestra Vida y “un auxilio inmediato en tiempos difíciles”; también, admitir que una misma fuente produce ambas, aguas dulces y aguas amargas, es contrario a las enseñanzas de nuestro Maestro. La Vida que supuestamente se origina en el suelo y la semilla, en la animalidad, o la tierra, es una creencia de Vida solamente, y no el Principio que es Vida, sin principio ni fin de días. La creencia es la mortalidad misma, nada más que ilusión; no tenemos ninguna duda de que nada salvo la creencia podría hacer a su hombre mortal un animal anfibio. Fenómenos ilustrativos de nuestros puntos de vista aparecerán conforme las eras despierten del sueño de Vida en la materia: la creencia puede adoptar cualquier posición extraña y nueva, pero encontraremos que la Vida estará menos a merced de la materia conforme la creencia entregue el espíritu, y la ciencia de la Vida sea suficientemente entendida para ser suficientemente demostrada; entonces se encontrará al hombre inmortal.

El Espíritu controla la materia; cuando esto se entienda lo suficiente, los fenómenos que en el presente le son misteriosos a una creencia que mantiene al Alma comprimida en el cuerpo, se explicarán, y el misterio y el milagro desaparecerán expeditamente. Una creencia de Vida en la materia deja al hombre a merced de la muerte, pues si esta creencia cambiara a una de muerte, se supone que debería morir, pero el hecho permanece de que el hombre es inmortal, y si se prueba que la muerte en la materia o el cuerpo, es falsa, se prueba que la creencia de Vida en la materia, o cuerpo es falsa también.

La verdadera relación de Alma y cuerpo es aquella de Dios y hombre; en otras palabras, del Principio y su idea; éstos son por siempre inseparables; y cuando la idea verdadera, la cual es el cuerpo inmortal, sea perceptible, nos habremos familiarizado con su Principio; por lo tanto “vuelve ahora en amistad con El.” (33)

Una dulce combinación de sonidos informa al hombre que esto no está gobernado por el azar; que la armonía no es un accidente; tenemos prueba irrefutable de que la Inteligencia que produce la música, que separa la luz de la oscuridad, etc. guía y gobierna todo. La creencia de que el hombre es la Inteligencia que gobierna el sonido, destruiría la armonía; pues si la música se dejara al sentido personal, estaría a merced de falsas aprehensiones y de la discordia; controlada por la creencia en vez del entendimiento, se perdería; así el hombre también sería discordia y muerte sin un Principio gobernante, o dejado al sentido personal. Dios y hombre son el Principio y su

idea, y Dios es la Verdad, la Vida y el Amor controlando su idea. Entonces ¿qué puede separar al hombre de la armonía e inmortalidad? San Pablo dice: “Ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura puede separarme del amor de Dios” Al Amor no se le puede privar de una manifestación, y es alegría y no pena, el bien y no el mal, la Vida y no la muerte; de ahí la idea perfecta que Dios dio de Sí mismo en el hombre inmortal, el cual es el objeto de los afectos divinos.

Alma y cuerpo son Principio e idea, o Dios y hombre unidos indisolublemente, pero el hombre de Dios es la idea buena y perfecta de Él, gobernada por el Alma en vez del sentido. Esta idea expresa lo impecable e infinito; no lo finito y precedero.

La anatomía y la teología nunca han descrito al hombre de Dios; la primera, explica al hombre del hombre; la segunda explica cómo hacer de este hombre un cristiano, cuya vida mantenida en la materia está separada de Dios. Estas son algunas de las creencias que sirven de indicativos para señalar los puntos toscos que la ciencia debe pulir. (34) El hombre del pecado, la enfermedad y la muerte no es la “imagen y semejanza” del Amor, la Verdad y la Vida; y ni toda la vanidad de los gentiles, ni ninguna de las doctrinas predicadas bajo el sol podrán jamás hacer a ese hombre inmortal, o la imagen de Dios. La ciencia coloca el hacha en la raíz del error, y al derribar la creencia de Vida en la materia, del Alma en el cuerpo, y de Dios en el hombre, intercambia la fábula por el hecho, guía el pensamiento hacia nuevos canales lejos de la personalidad en dirección al Principio, el único medio por el cual el hombre es capaz de alcanzar la Vida.

Para que la Vida sea eterna, debe ser auto-existente, por lo tanto, independiente de la materia; sí, el “Yo soy” que era, y es, y que nada puede borrar. Cristo dijo: “Yo soy la resurrección y la Vida”. El hombre no se salva en la materia, sino fuera de ella, en Dios. El único cristianismo que hay es la negación del sentido personal, no tener más que un sólo Dios, tomar la cruz y seguir a Cristo, la Verdad, pero las doctrinas y los credos tienen poco que ver con esto.

La Vida, la sustancia, e Inteligencia son Alma fuera del sentido personal; lo que parecen ser en el hombre es simplemente una creencia y sueño de Vida en la materia; lo irreal que es lo opuesto a lo real. El “árbol de la Vida” figurativo era el Principio del hombre que produce los frutos de la inmortalidad. El pecado, la enfermedad y la muerte son los frutos del “árbol del conocimiento”; y las Escrituras nos instruyen juzgar al árbol por sus frutos.

La resistencia a la ciencia metafísica cederá de manera lenta pero segura; teníamos esperanzas optimistas acerca de su prosperidad en el presente hasta que nos dimos cuenta de su inmensidad, de la inflexibilidad de la locura, y del odio del hombre hacia la Verdad. No es mediante los pasos del sentido personal que obtenemos Sabiduría; lo infinito sólo se logra en la medida en que nos volvamos de lo finito y del error personal hacia la Verdad impersonal del ser. (35) Hasta que la relación científica entre Dios y hombre sea percibida, y sus puntos radicales sean admitidos, no podremos alcanzar la demostración de la que esto es capaz. Al intercambiar nuestra perspectiva de la Inteligencia y la Vida, de la materia al Espíritu, alcanzaremos la Vida perfecta, y el control que el Alma tiene sobre el cuerpo; y recibiremos al Cristo, a la Verdad, como Principio y no como persona, a través del entendimiento y no de la creencia. Este es el

punto difícil, pero debe ser logrado antes de que el hombre sea armonioso e inmortal, y es de suma importancia que hoy congreguemos nuestros pensamientos en esa dirección, dado el amplio monto a lograr antes del reconocimiento final de la Vida fuera de la materia. Si no hacemos ningún progreso hacia la ciencia de la Vida aquí, el más allá nos despojará de nuestros harapos del error dejándonos desnudos, hasta que nos vista la Verdad, la inmortalidad del hombre.

Al no entender el Principio del ser, buscaremos en otro mundo la felicidad en el sentido, y entonces, como ahora, recibiremos aflicciones en vez de alegría a causa de este error; el dolor, la enfermedad, el pecado y la muerte continuarán mientras permanezca la creencia de Vida, felicidad e Inteligencia en el cuerpo. Si el cambio llamado muerte desposeyera al hombre de la creencia de placer y dolor en el cuerpo, la felicidad universal estaría asegurada en el momento de la disolución; pero no es así: “El que es injusto, sea injusto todavía”; cada pecado y error que poseamos al momento de la muerte permanece después de ella de la misma manera que antes, y nuestra única redención está en Dios, el Principio del hombre que destruye la creencia de cuerpos inteligentes. Cuando obtengamos la libertad de los Hijos de Dios, habremos dominado el sentido con el Alma. Conforme el progreso inexorablemente lleve a cabo este proceso de maduración a través del cual el hombre renuncia a la creencia de Vida e Inteligencia en la materia, habrá grandes tribulaciones como no las ha habido desde el principio. (36)

Cuando los placeres del sentido perezcan, nos serán arrebatados a través de angustias, incluso la amputación de la mano derecha y el sacar del ojo derecho. El hombre cómodo en el error, al ser repentinamente derribado por la muerte, no puede entender la Vida. El hombre mortal no sabe nada acerca de la Vida que se aprende por renunciar al placer y al dolor del sentido; y cuánto tiempo continuarán los dolores necesarios para la amputación del error, dependerá de la tenacidad de la creencia de la felicidad en el sentido personal. Cuando recordamos que Dios es nuestra única Vida, y contemplamos nuestra adherencia presente a la creencia de Vida en la materia, bien podemos temblar por los días en que diremos: “¡No tengo ya complacencia en ellos!”. Los puntos de vista falsos que tenemos acerca del perdón de los pecados, o de la felicidad universal e inmediata en medio del pecado, o de que somos transformados en un instante del pecado a la santidad, son errores graves. Desprendernos repentinamente de nuestro carácter terrenal y volvernos partícipes de la Vida eterna sin los dolores de parto de un nuevo nacimiento, es moralmente imposible. Sabemos “que todo será cambiado en un abrir de ojos cuando suene la última trompeta”, pero la última llamada de la Sabiduría no es la primera llamada en el crecimiento del carácter cristiano; mientras el hombre sea egoísta, injusto, hipócrita y sensual, concluir que la última llamada de la Sabiduría ha sido escuchada y lo despertará al ser glorioso, ¡es absurdo! La ciencia prohíbe tales hazañas de la imaginación, y nos encara con la razón y la revelación. (37)

“Como un árbol cae, así queda”; Tal como el hombre se duerme, así despierta; cuando la creencia de la muerte cierre nuestros ojos en esta fase del sueño de Vida en la materia, despertaremos, no a un juicio final o resurrección, o con algún cambio en el carácter, sino para que el mismo juicio de la Sabiduría continúe el proceso de purificación anterior, hasta que la Verdad destruya finalmente el error. Cuando el triunfo final del Alma sobre el sentido se haya logrado, sonará la última trompeta, y no sino hasta entonces; sin embargo “ningún hombre sabe respecto de aquel día y hora, ni

tampoco el hijo, sino el Padre”; aquí se detiene la profecía y se requiere la prueba; pero la ciencia vislumbra, más allá de la tumba, la certeza de la inmortalidad. La ciencia de la Vida es la única certeza de la existencia. La Verdad es armonía e inmortalidad. La salvación universal tiene sus cimientos en la base de la progresión, en cuyo caso el hombre no puede comenzar prematuramente las lecciones más severas de la ciencia por medio de la cual logrará la felicidad e inmortalidad. El cielo no es una localidad, sino la armonía de mente y cuerpo; y lo alcanzamos no por medio de la creencia, sino del entendimiento, no por el sentido, sino por la ciencia. Debido a la repentina sorpresa de descubrir que todo lo que es mortal es irreal, una creencia solamente sin creación o Verdad, surge la pregunta ¿quién o qué es lo que cree? Hemos dicho anteriormente que Dios es la única Inteligencia, y que no puede creer porque Él entiende. No hay sustancia ni Inteligencia en el espejismo de la montaña que parece ser lo que no es, y así es con el hombre mortal; tampoco hay sustancia ni Inteligencia en la cara reflejada por el espejo; pero eso no es el hombre inmortal, la imagen de Dios. La inteligencia es Alma y no sentido, Espíritu y no materia, y Dios es la única Inteligencia, y no hay más que un Dios, por lo tanto ¡no hay creyentes! En la medida en que esta declaración sea entendida, será admitida, y la idea verdadera de Dios, la cual es el único hombre real, aparecerá al entendimiento, y la antigua creencia de Inteligencia y Vida en la materia que Pablo llamó “hombre viejo” desaparecerá o “se extinguirá” pues “polvo eres y en polvo te convertirás”; el hombre nunca muere, es sólo una creencia del hombre. (38)

Aprehender que Dios es la única Vida e Inteligencia del hombre, es el fundamento de la armonía, pero para obtener este entendimiento del Alma, el Principio que dio al hombre dominio sobre la tierra, es necesario entenderse a uno mismo Espíritu, y no materia. Jesús estableció su demostración del sanar de los enfermos, etc., sobre esta misma base, dándole así todas las prerrogativas al Alma, y ninguna al sentido personal. La razón es correcta únicamente cuando parte de la causa en vez del efecto, cuando parte del Alma en vez del sentido; las conclusiones basadas en la evidencia del sentido personal se extraen de la mortalidad.

Las ‘ologías’, y los ‘ismos’ tienden hacia la convicción de que Dios, la causa universal, es efecto también, ya que todos ellos hacen a la Inteligencia moral y física, o mente y materia. Ha llegado el momento de separar la creencia del sentido personal de un lado, y la ciencia del otro; hasta ahora el hombre ha recurrido al hombre para interpretar a Dios, y a la materia y a sus supuestas leyes para sanar al enfermo; pero conforme el progreso obligue al cambio, buscaremos fuera del sentido personal en el Principio de las cosas su verdadera interpretación y remedio. Buscar la Verdad mediante la creencia es pedir a lo cambiante y a lo errado, lo inmutable y lo inmortal; o llamar a la creencia Verdad, es ignorancia de Dios. Sabemos por las Escrituras que “Dios es Amor”, y esto ciertamente es Principio en vez de persona; por lo tanto, Dios debe ser entendido y demostrado: la creencia no puede ni explicar el Principio, ni demostrar a Dios. Es esencial entender, en vez de creer, lo que más concierne a nuestra felicidad, y saber que estamos en lo correcto no puede ser interpretado como una irreverencia a la Verdad.

(39) Nuestro Maestro se aventuró a decir que él era “Verdad y Vida, y nadie viene al Padre” (el Principio de su ser) “sino a través de mí”, la Verdad. El Principio es el Padre del hombre, y sólo la ciencia revela el Principio, de aquí que la ciencia es el

“Confortador” que nos conduce a toda Verdad. Jesús se consideraba Principio, en vez de persona: escuchen sus palabras: “Yo soy el camino, la *Verdad* y la *Vida*.”

Dios es el Alma del hombre y la única Inteligencia, Vida o Sustancia, y hombre es la sombra reflejada de Dios. La creencia es error, y el hombre mortal es una creencia; el entendimiento es Inteligencia; la creencia es sentido personal, la así llamada mente de la materia; el entendimiento es Alma, la cual es Espíritu, la creencia es conocimiento y aquello que dijo “Os haré como dioses”, es error mortal, *alias* hombre mortal. La Sabiduría dijo del conocimiento “En el día en que comieres de él, ciertamente morirás”. El cristianismo es Dios entendido y demostrado. No hay muerte en la Verdad, ni *viceversa*. El error es mortal; lo opuesto mismo a la Verdad y a su idea la cual es el hombre y el universo perfecto e inmortal. Las doctrinas y teorías que colocan a Dios en el hombre, el Alma en el cuerpo, están fundadas en la creencia, y son los vástagos del sentido personal. No abrigamos ninguna creencia respecto a lo que entendemos, y no podemos demostrar aquello que no es entendido. Cuando el Alma sea aceptada como la única Inteligencia, dependeremos de esta Verdad siempre presente para controlar a nuestro propio cuerpo; y entender este Principio del hombre es indispensable para su armonía; saber que somos Alma y no cuerpo es empezar correctamente.

Si Dios es sustancia, la materia no es sustancia; pues materia y Espíritu no son uno. ¿La sustancia es lo errado, mutable y mortal, o es lo inmutable, infalible e inmortal? (40) El Alma es Espíritu y el Espíritu es la única sustancia, puesto que es el Principio del hombre y del universo. Considerar que la materia es una ley para sí misma, o que es producida por la Inteligencia es un error. La materia es cambio, decadencia y muerte, y el Principio no está en la decadencia, la Vida no está en la muerte, el Alma no está en el cuerpo. Dios no está en las cosas que él ha hecho, y todo lo que por él ha sido hecho es “bueno”. Si el Alma estuviese en el cuerpo, Espíritu y materia serían uno; pero el Alma no es sentido personal, ni *viceversa*. Dios es el Principio o el Alma de todo lo que es real, y nada es real o inmortal que no lo exprese a Él y sea controlado por Él. El sentido personal pierde de vista al Alma, pero ésta no puede perderse en la ciencia. No hay crecimiento, madurez ni decadencia para el Alma: éstas son mutaciones del sentido, son nubes delante del Alma a las cuales llamamos sustancia, pero son sólo vapor. Metafísicamente hablando, una creencia de Vida en la materia es lo que podríamos llamar una pérdida del Alma; pues al buscar la Vida y la felicidad en el error, perdemos de vista la Verdad. La idea de Dios es el cielo, la tierra y el hombre inmortal que es infalible y eterno porque son controlados por el Principio, esto es, el Alma y no el sentido, el entendimiento y no la creencia. Aquello que es mortal, es un sueño de Vida, Inteligencia y sustancia en la materia; una creencia de que la idea crea el Principio, y de que ¡la sombra es sustancia! En este error la Verdad se pierde; en otras palabras, el error pierde de vista el Alma o Principio del hombre, y una creencia de materia inteligente toma el lugar de la ciencia del hombre. El Alma es auto existente, es el eterno “Yo soy” que no entra en el pecado y la mortalidad. El padre de toda discordia es esta hipótesis extraña que el Alma está en el cuerpo, y la Vida en la materia; este error sirve su mesa con enfermedad, pecado y muerte, y es partícipe de su propia prodigalidad. (41) En la resurrección del entendimiento, la Vida, el Alma, y la sustancia serán reconocidas como una, fuera de la materia, y como la Inteligencia de todo aquello que es inmortal. La idea de la Vida es comprendida en el Alma, y no en el sentido, en lo inmortal y no en lo mortal.

El hombre más científico del que tengamos registro, Jesús de Nazaret, llamó al cuerpo mortal que nosotros suponemos sustancia, “espíritu”; y a su cuerpo, al que otros llamaban espíritu, le llamó “carne y hueso”; mostrando que para su entendimiento la sustancia era el Principio imperecedero que abarca al hombre y que es por siempre inseparable del Alma. Pero los judíos, en gran medida materiales, llamaron a la idea real de Dios, al cuerpo mismo que no era materia, un espíritu o fantasma; mientras que al cuerpo que colocaron en el sepulcro, le llamaron sustancia. Por este error perdieron la lógica y la Verdad, y por lo tanto perdieron de vista a Jesús en el momento mismo en que él les presentaba más que nunca la idea real de Dios, y debido a esta creencia, la idea les fue arrebatada. Entre más elevaba Jesús su trabajo al resolver el problema del ser mediante la ciencia espiritual, más odioso se volvía para el mundo materialista que no lo entendía. La Vida, la Inteligencia, y la sustancia era para ellos la materia, pero para él era Dios, la Verdad del hombre; por lo tanto, él se consideraba no materia, sino Espíritu; no sentido, sino Alma. Dijo: “un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo”, pero él dijo esto tres días después de su entierro, antes de abandonar la creencia de la sustancia-materia; después de eso, ni sus discípulos pudieron verlo. Jesús dijo: “Yo y el Padre somos uno,” y esto lo separó de la teología y de los rabinos: el entendimiento de sí mismo como Alma en vez de cuerpo, y de que el Alma era Dios, trajo sobre él los anatemas de un mundo. (42) El enunciado de sí mismo, entendido en la ciencia, era que la Vida, la sustancia e Inteligencia, no son hombre, sino Dios, no cuerpo, sino Alma; al revertir esto, la creencia no pudo percibir la idea de la Verdad o al hombre armonioso, y el error mortal, pecador, y enfermo que crucificó a Jesús usurpó el lugar de la idea de Dios; el hombre pecador y mortal no es el producto de Dios; el pecado y la muerte nunca procedieron de la Vida, el Amor y la Verdad.

Puesto que la materia no es inteligente, no hay ninguna ley material que gobierne al hombre y al universo, y el Espíritu es libre por derecho divino. El Alma es el amo de hombre y la materia; la Verdad no se aprende mediante las leyes de la materia pues no hay dichas leyes: la materia no es un legislador. La Sabiduría demandó al hombre “tener dominio sobre la tierra” y todas las cosas que hay en ella, haciendo que obedeciera sólo a la ley superior. La Verdad del hombre lo pronunció superior a la materia; pero el error opuesto dice que es inferior a ella. La Verdad dice: “Os doy poder sobre todas las cosas, y nada os dañará en modo alguno”; “el poder de tomar serpientes con las manos, de beber cosas mortíferas,” etc. Pero mientras nuestros misioneros llevan la Biblia al Indostán, y la explican de conformidad a una creencia, cientos mueren anualmente a consecuencia de la mordedura de las serpientes. Los credos y los rituales nunca nos capacitarán para seguir el ejemplo de Jesús, ni para producir la demostración que él dio de Dios. La Vida no puede separarse de su idea; por lo tanto, Alma y cuerpo, Dios y hombre, son inseparables. Todo bien procede de Dios en el orden y armonía de la ciencia; el mal es su opuesto, o conocimiento que procede del sentido personal, y que usurpa el lugar de la Sabiduría.

Las treinta mil lecturas diferentes que se le han dado al Viejo Testamento, y las trescientas mil que se le han dado al Nuevo Testamento nos explican las discrepancias que algunas veces aparecen en las Escrituras. (43) La ciencia de la Biblia se manifiesta de Génesis a Revelación, y la demostración que Jesús dio es evidencia conclusiva de su Verdad completa. Jesús sabía que lo opuesto a la enfermedad, el pecado, y la muerte era

lo único capaz de destruirlos, y de sacar a la luz la inmortalidad. Esta fue la plataforma sobre la cual trabajó, y echó fuera a los demonios; esto es, destruid la creencia de Inteligencia y Vida en la materia, y esto echará fuera todo error, y sanará a los enfermos. Esta era la Verdad, y fue “la piedra que los constructores rechazaron”, y que todavía queda por colocarse para volverse la cabeza del ángulo, esta es la piedra sobre la cual Cristo, la Verdad, construyó su iglesia para que las puertas del infierno (las creencias del hombre) no pudiesen prevalecer contra ella.

“La imagen y semejanza de Dios” se perdió de vista mediante la creencia, y se recuperará solamente mediante el entendimiento. Suponer que las leyes de la materia controlan al hombre, es tan errado como suponer que las cifras gobiernan a los números, pero deberíamos encontrar ejemplos que al efectuarse provocasen que las cifras fuesen borradas para que al Principio se le permitiera reproducir su propia idea. El hombre armonioso es la idea inmortal de Dios; mas lo inarmónico es creencia mortal. La voz de la Verdad indaga: “Hombre, ¿dónde estás?” y ¿quién podría responder a este llamado hoy con la respuesta de la ciencia? El hombre está a salvo en el Alma, el Principio del ser, pero fuera de éste es como “un carrizo agitado por el viento”, el *ignis fatuus*[fuego fatuo] de la creencia, sacudido con cada viento de las doctrinas; el hombre no estará a salvo hasta que, a través de la ciencia, el cuerpo no tenga sensación; cada sentir allí delata el lugar dónde el hombre se localiza a sí mismo; cada dolor y cada placer del sentido, cada esperanza, cada ambición y cada alegría cuyo fundamento esté en la materia, lleva a cabo un cálculo en contra de la ciencia de nuestro curso, y debe ser destruida. (44) La pregunta ‘Hombre, ¿dónde estás?’, encuentra una réplica de la cabeza, el corazón, el estómago, la sangre, los nervios, etc. “¡Aquí estás!”; buscando la felicidad y la Vida en la materia, pero encontrando dolor y muerte.

Concluir que la Vida, el Amor y la Verdad son atributos de una Deidad personal, implica que hay algo en la persona que es superior al Principio. Pero no hay nada más sabio que la Sabiduría, o más verdadero que la Verdad; y la Vida, y el Amor, no tienen superlativos, son primarios, no derivados. La persona no es el Principio de la bondad, y la realidad o el Espíritu es nuestro sólo en la medida en que seamos buenos. Jesús no buscó la Sabiduría en ningún hombre, y dijo: “No llaméis Padre a ningún hombre, pues uno es vuestro Padre, y éste es Dios” considerando así al hombre como el vástago del Alma y no del sentido; y al controlar la materia y triunfar sobre la enfermedad y la muerte, sacó a relucir su Principio y la inmortalidad del hombre.

Poner a prueba nuestro entendimiento es ponerlo en práctica; si poseemos la Verdad viviremos verdaderamente, pero el sentido personal nunca ayuda al hombre en esta dirección, sino que lucha contra la espiritualidad. Ni en toda la vanidad de los gentiles está el enviar una gota de lluvia, o hacer de un cuerpo mortal la idea de Dios. El ejemplo que Jesús nos presentó para seguir, y el Principio que él demostró en el sanar, etc., fue sin duda ciencia; pero el error del pasado y de la era presente es nuestra interpretación equivocada de Jesús y el Cristo, del hombre y de Dios. Habiéndonos enseñado por alguna doctrina o creencia que el Principio está en la persona, y el Alma en el cuerpo, tenemos “dioses muchos”, y nuestro estandarte de la Verdad cambia de manos. Nuestro maestro enseñó a sus estudiantes que la demostración del cristianismo no estaba solamente en las beatitudes de la montaña, sino también en el sanar de los enfermos.

(45) Cuando Moisés, el viejo legislador de la Sabiduría, perdió la esperanza de hacer entender a la gente lo que Dios le comunicaba a través de la ciencia, el Alma suprema le ordenó arrojar su vara y ésta se convirtió en serpiente, y al inicio huyó, pero posteriormente la retomó probando su poder sobre ella. Y la “mano que fue hecha leprosa como la nieve,” volvió a colocarla en su seno y he ahí que al sacarla de nuevo se había vuelto como la otra carne, y la Sabiduría dijo: “Si aconteciere que no te creyeren ni te obedecieren a la voz de la primera señal, creerán a la voz de la postrera”; esto es, escucharán su interpretación cuando vean su demostración en el sanar. Jesús también, ante la pregunta de Juan: “¿Eres tú aquél que habría de venir?”, respondió: “Ve y muestra a Juan estas cosas que ves y oyes; los ciegos ven, los cojos caminan, etc. y bendito el que no encuentre ofensa en mí”; en otras palabras, aquel que no negará que esta es la demostración de la Verdad. Jesús dijo a sus seguidores: “Salid al mundo, sanad a los enfermos”, y esto fue una exhortación no sólo a sus discípulos, sino a toda la cristiandad; por ello dijo: “Tampoco ruego por éstos solamente, sino por ellos, que entenderán a través del verbo.” “En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios”, el Principio de todo ser; de ahí que no era una persona la que había de ser entendida, o la que sanaba a los enfermos, tampoco era el espiritismo, el mesmerismo, o los medicamentos, sino el Principio que es Vida y Verdad.

En las Escrituras originales abundaba la metáfora, y los nombres propios eran significativos de ideas espirituales. Los autores del “Diccionario Bíblico de Smith” dicen: “La interpretación espiritual de las Escrituras debe descansar sobre ambos, lo literal y lo moral.” (46) En las Escrituras originales se había escrito: “Jehová dijo: No contendrá mi espíritu por siempre con el hombre, porque él ciertamente es, en el *error*, carne” La ciencia del hombre no será por siempre echa a un lado para explicarlo pues el hombre en el error era mortal. La única forma de escapar de la carne o mortalidad, sin pasar por el cambio llamado muerte, es entender que nunca fuimos carne, que somos Espíritu y no materia.

Cuando la creencia de que habitamos en un cuerpo sea destruida, viviremos, pero nuestro cuerpo no tendrá sensación. Encontraremos a Dios en Dios, esto es, al Espíritu en el Espíritu, y a la Inteligencia en sí misma, no habrá pérdida de la ciencia como la hay al mezclar dos especies diferentes; y no se encontrará al hombre inmortal sino hasta que la creencia de que el Alma está en el cuerpo, y la Inteligencia en la materia sea destruida. El así llamado hombre que es mortal, es un error compuesto que está constituido por muchas creencias, y mientras la ciencia del ser está dominando una, se presenta otra. En estos cambios químicos encontramos que no es tan fácil vencer al pecado como a la enfermedad, pues el sueño de placer en el sentido personal continúa, mientras que a la creencia del dolor se renuncia voluntariamente, y *viceversa*. Así el camino que lleva a la Vida es recto y angosto, pues es una lucha contra la carne.

La ciencia de la palabra original no habiendo sido aprehendida por la época en que las Escrituras fueron escritas, no fue explicada; una sola preposición fuera de lugar alteraría el significado científico del Principio a la persona; ejemplo: “sabiduría el principio de Dios”; en vez de: “Sabiduría, el Principio, Dios”. Por las citas originales parece que las Escrituras no fueron entendidas por aquellos que las relejeron y las transcribieron. La traducción verdadera era su sentido espiritual. (47) Antes de que el conocimiento aumentara, algunos de los Patriarcas inspirados por el Alma dieron amplias pruebas de

que entendían a Dios. Jacobo luchó con un hombre, esto es, luchó contra la creencia de Vida e Inteligencia en la materia, “hasta que abrió el día”; hasta que la luz de la ciencia brilló sobre su entendimiento, capacitándolo para restaurar el tendón encogido; éste era el sentido espiritual; el literal – la hora de la aurora. Él restauró el tendón encogido al entender simplemente que él poseía control sobre la materia, y que el hombre es inmortal, la imagen y semejanza de Dios, que no puede perder ni un ápice de su compleción. Cuando Jacobo se convirtió en demostrador, aun en una capacidad limitada de esta Verdad, fue nombrado Israel, el escogido de la Sabiduría, y de ahí en adelante todos los que construyeran sobre este fundamento serían de la casa de Israel.

¿Por qué Jesús de Nazaret alcanzó una jerarquía superior en la escala del ser y superó proporcionalmente a otros hombres al demostrar a Dios? Lo atribuimos a su origen espiritual. Él era vástago del Alma y no del sentido; sí, el Hijo de Dios. La ciencia del ser le fue revelada a la Virgen Madre, quien demostró parcialmente la gran Verdad de que Dios es el origen único del hombre. La concepción de Jesús ilustró esta Verdad, y terminó el ejemplo de la creación. Jesús era la idea de este Principio, pero habiendo nacido de mujer, esto es, teniendo en parte un origen personal, él mezcló la idea de Vida, que es Dios, con la creencia de Vida en la materia, convirtiéndose así en el vínculo que conecta a la ciencia con el sentido personal; “y tomó sobre de sí la carne”, se hizo aparente como la posición intermedia de la ciencia absoluta; así mediando entre Dios y hombre; en otras palabras, para presentar la idea de Dios que reveló la Vida fuera de la materia, a diferencia de la creencia de Vida en la materia, y demostró la Verdad de que el hombre es idea y no sustancia, que Dios es todo y en todo, y que es el Principio del hombre que controla a la materia. (48) Jesús caminó sobre las olas, apaciguó la tempestad, y sin embargo esta idea de Dios no fue comprendida por aquellos que consideraban que Dios era una persona, y que la Vida estaba en la materia, y que el hombre era sustancia e Inteligencia.

Pablo dijo: - “Y si el Cristo (la Verdad) no resucitó, vana es entonces nuestra predicación”, esto es, si no se entiende que Dios es la única Vida, entonces las explicaciones de Jesús son vanas. Nuevamente las Escrituras dicen: “Yo soy la resurrección y la Vida, aquel que crea en mí no verá la muerte”; en otras palabras, aquel que entienda que el Alma es Dios, la única Vida e Inteligencia del hombre, que el cuerpo no tiene un ser separado, y cuya Vida permanezca sólo en el Espíritu, nunca morirá. Esta idea de la Verdad fue literalmente azotada por los rabinos hace más de dieciocho siglos; fue “despreciada y rechazada por los hombres,” pero era ella sin embargo la que cargaba sus enfermedades, sanaba a los enfermos, levantaba a los muertos, y se sentaba a la mano derecha del Padre, y era abarcada por el Principio del hombre que trajo la armonía del universo. Igual que en el pasado los fariseos echaron esta idea fuera de sus sinagogas, y los judíos eruditos intentaron matar a Jesús; así ahora la iglesia y el estado, inconscientes de la re-aparición de la idea de la Verdad, pretenderían silenciar a aquello que viene como en el pasado, haciendo el bien a sus enemigos, echando fuera el error, sanando a los enfermos y trayendo libertad y salvación al hombre. Profetizando este rechazo, Cristo dijo: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (49)

Pablo dijo controlar a nuestros cuerpos era nuestro único servicio razonable, pero ¿quién que sea un vástago del sentido o su sirviente puede pretender alcanzar las alturas

sublimes de nuestro Maestro? El tiempo se acerca cuando el origen verdadero del hombre se recupere, por ser entendido. La Verdad, como la luz, brillaba en la oscuridad, esto es, primero en creencias y opiniones, y la oscuridad (o la creencia) no la comprendía, después brillaría sobre el pensamiento avanzado, etc. hasta que fuera entendida. La Verdad es excluida por la creencia, ya que la Verdad excluye a un Dios personal, y a la Vida e Inteligencia en la materia, restaurando el origen científico del hombre, y dando la única demostración verdadera de Dios; la Verdad es excluida por la materia médica, ya que la Verdad excluye a los medicamentos, uno de los errores que dijeron que la Inteligencia y la Vida están en la materia. Si la ciencia del hombre y del universo fuera entendida, ésta despojaría a los medicamentos de toda eficacia, controlaría a la materia, y sostendría al hombre sobre las olas a pesar de las fábulas acerca de los sólidos y los líquidos; pero preguntamos con tristeza: ¿Quién podría probar hoy el Principio de esta declaración?; esta Verdad es el extraño ante nuestras puertas que no es recordado, es la Verdad cuya prueba nos elevaría y que está preparada para mostrar de manera práctica su mérito honesto.

Jesús nunca habló de la enfermedad como difícil o peligrosa, sino como teniendo autoridad sobre ella. Él no recomendó obediencia a las así llamadas leyes de la materia, y sobre sus enseñanzas opuestas las Escrituras dicen que él “declararía cosas escondidas desde la fundación del mundo”, cosas no percibidas desde que el conocimiento había usurpado el gobierno del hombre; por lo tanto, la Verdad vendría hoy trayendo no paz, sino una espada. Nuestro Maestro no se abstuvo de declarar la Verdad completa, al Dios impersonal mismo, que, aunque amputa severamente el error, introduce divergencias en los hogares. Por lo tanto, aquel que declare lo que él enseñó deberá aceptar el odio del error, y encontrar paz y confianza en el reconocimiento de que la Sabiduría es reconocida solamente por sus hijos. (50) Consciente de esto, el Maestro dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros”. Esto era la prueba bendita, la bendición y el consuelo que ofreció a sus seguidores.

Las doctrinas, opiniones y creencias, las así llamadas leyes de la materia, los remedios para el Alma y el cuerpo, la fisiología, la teología, la materia médica, etc. son error, lo opuesto mismo de lo que enseñó y demostró Jesús sobre el Alma y el cuerpo, Dios y hombre. Esto puede parecer severo, pero es dicho con la convicción honesta de su Verdad, con reverencia a Dios, y con amor al hombre. La puerta al redil a través de la cual alcanzamos a Dios deja fuera a todos estos. Aquellos que quisieran seguir al Cristo, la Verdad, sanar a los enfermos, etc., mediante doctrinas, creencias, o remedios materiales, escalan por otro camino, e inconscientemente, como si así fuera, están robándole a Dios. La Vida, el Amor, y la Verdad, nuestro Padre que está en el cielo, enseñan al hombre salud, felicidad e inmortalidad. Nuestro único legislador legítimo es Dios, el cual cumple con toda ley en justicia, y no envía castigo al hombre por otro pecado que no sea la trasgresión moral; sino destruye el pecado y la muerte, y triunfa sobre la tumba.

La materia médica, la anatomía, y la fisiología, junto con todas las creencias que hablaron desde del “árbol de conocimiento” pretenderían otorgar a la muerte y a la tumba la victoria sobre el hombre. Pero Jesús dijo a sus seguidores: “Os doy potestad sobre toda la fuerza del enemigo y nada os dañará;” la idea verdadera de Dios quitó el aguijón a la muerte, venció a la enfermedad y al pecado, causó que el león yaciera con

el cordero, y que las creencias que pretendían robarle a Dios cayeran a los pies del Amor. (51)

Si un hombre permaneciera bajo la tempestad hasta que su cuerpo se congelara; o si se precipitase a las llamas y fuera devorado por ellas; ello no sería obediencia a la Sabiduría que le dio “potestad sobre la tierra”; a menos que entendamos cómo evitar semejantes resultados, deberíamos evitar aquello que los ocasiona; de otra manera estaríamos cometiendo el error garrafal del pupilo que, habiendo tan sólo aprendido a sumar, intentara resolver un problema de Euclides, y no habiendo alcanzado ese nivel en matemáticas, fracasara en su demostración, y otros, al percatarse de esto, negarían el Principio del problema. Jesús enseñó la Verdad y la demostró, y el resultado de ello fue que sanó a los enfermos y echó fuera el error.

Cristo es Dios, el Principio y el Alma del hombre Jesús; constituyendo a Cristo-Jesús, esto es, el Principio y su idea. Pero la persona de nuestro Maestro no era menos tangible o real, porque “su Vida estuviese escondida con Cristo en Dios”, es decir, porque él mantuviese la Vida, Alma, y no sentido; esto colocó todas las cosas bajo sus pies, dándole el triunfo sobre la materia y el cuerpo, sobre el pecado, la enfermedad y la muerte. Por mantenerse a sí mismo en la ciencia, la muerte se perdió para Él en la Vida infinita, y Jesús la idea del Cristo, la Verdad, fue tan inmortal como su Principio. Este entendimiento científico del ser le dio control sobre la materia, capacitándolo para sanar al enfermo y echar fuera la creencia opuesta que convierte a la materia o al cuerpo en el amo del hombre; transformó el agua en vino; alimentó a la multitud, etc., y finalmente triunfó sobre la muerte, y presentó a sus estudiantes el cuerpo que ellos pensaban que estaba enterrado en un sepulcro; ese cuerpo, sin embargo, no se había levantado, el cual era su creencia muerta acerca de él. Sólo las huellas de los clavos y la lanza convencieron a Tomás, quien pretendía apoyarse en el sentido personal en vez del Alma, para las pruebas de la inmortalidad; pero cuando despertó parcialmente del error, o sueño de Vida en la materia, al entendimiento científico del Alma y del cuerpo, exclamó admirado: “¡Mi Señor, y mi Dios!” (52)

El hombre es la idea de su Principio, y es sólo como imagen y semejanza de la Inteligencia y de la Vida, la sustancia y el Espíritu, que está fuera del alcance de la muerte, en la ciencia del ser, donde nada puede dañarlo o destruirlo; de aquello que está materializado sólo se puede decir: “polvo eres y en polvo te convertirás.”

Cuando las punzantes experiencias que resultan de la supuesta Vida en la materia, sus decepciones, y dolores incesantes, nos alejen de ella como niños cansados hacia el hogar en el seno del Amor, entonces estaremos preparados para entender la Vida fuera de la vanidad y las mentiras; pero sin este proceso de acondicionamiento gradual, “¿podrías tú descubrir las cosas recónditas de Dios?” Si a través de la saludable disciplina del castigo nos volvemos hijos de Él, entendiendo en parte la rectitud y la pureza, contemplaremos la Verdad de la ciencia espiritual, donde el pensamiento embelesado camina libre de limitaciones, y la concepción liberada extiende sus alas para alcanzar la gloria. Pero para alcanzar la Verdad y la Vida, no debemos buscar solamente, sino “esforzarnos por entrar”; y la batalla consiste en destruir el error del sentido personal; pero aquí encontramos que es más fácil desear la Verdad que desechar el error.

Las teorías de un Dios personal, basadas en premisas falsas de Vida e Inteligencia en la materia, deben ceder su lugar a la ciencia; y el sueño del sentido debe ceder su lugar a la Vida que es Alma. Debemos dejar los fundamentos de los sistemas honrados por el tiempo para alcanzar a Cristo, la Verdad; debemos salir del mundo y separarnos de él, o no tendremos lote ni parte en la ciencia. (53) Las así llamadas leyes materiales presuponen que cuerpo y Alma son uno durante un cierto periodo, hasta que son separados por una ley temporal de divorcio para reunirse nuevamente en un futuro incierto y de una manera completamente desconocida; lo cual es aún más ilógico que la aniquilación.

Ciertamente los Saduceos razonaban equivocadamente acerca de la resurrección, ¡pero su razonamiento no era peor que el de los fariseos! Al admitir la inmortalidad del Alma, admitimos también el cuerpo inmortal, pues si el Alma pudiera separarse del cuerpo, el Principio sería separado de su idea, lo cual sería fatal para la Inteligencia auto-existente, y es igual que decir que puede haber un tiempo en el que Dios está sin una sola expresión de Sí mismo. Instintivamente pedimos algo que esté más allá de las cosas del sentido personal, pero ¿de dónde provienen estos anhelos insatisfechos de inmortalidad?

Los placeres del sentido son carrizos quebradizos que se nos clavan en el corazón; pero las alegrías del Alma son imperecederas y alcanzables aun aquí, pues el más allá comienza aquí; el mañana surge del hoy. No podemos volvernos conscientes de la Verdad del ser en un instante; pero sí podemos renunciar en alguna medida a la creencia que sujetaría al Alma inmortal dentro de un cuerpo mortal. El motivo para volvernos conscientes de la Vida y la felicidad fuera del sentido puede ser obtenido hoy, y habiendo obtenido este punto, habremos comenzado correctamente para admitir un mayor flujo de luz. La comprensión de la Verdad es a veces repentina y severa, como fue en el caso de Saulo de Tarso, cuando el sentido personal quedó ciego al contemplar la visión del Alma: “cosas que ojo no vio, ni oído oyó.”

Especificaremos tres de los pasos que pasan por la puerta, o que nos capacitan para volvernos receptivos a la Verdad. (54) Primero. Volvernos como niños pequeños en nuestra disposición para abandonar lo viejo por lo nuevo, y mirar más allá de lo establecido, de las teorías, doctrinas y creencias, placeres o dolores del sentido; pero aquí debemos cuidar recibir la Verdad, no de la persona, sino del Principio; la prueba que nos daremos será que aquello que proviene de la Verdad es demostrable, y produce buenos frutos; nuestras vidas deben dar testimonio de ello. En segundo lugar. La pureza es el fundamento de la ciencia de la Vida; “Sólo los puros de corazón verán a Dios” La inspiración es el medio más elevado para transmitir mensajes del Principio a la idea, esto es, de Dios a hombre; pero estos mensajes nunca son enviados a la materia, por lo tanto, para poder ser receptivos a la Verdad, debemos comenzar por reconocernos a nosotros mismos Alma y no cuerpo, y recibir e impartir las enseñanzas del Espíritu. Tales mensajes son ángeles, no mensajeros alados; sino el aroma del Alma pasando al hombre, son las impresiones que lo guían correctamente, y que son demostrables cuando son entendidas, y no son entendidas a menos que sean demostradas. En tercer lugar. Para aprehender correctamente la Verdad y para recibir más de ella, debemos poner en práctica lo que ya poseemos. Este entendimiento más elevado de la relación entre Dios y hombre no será reconocido por la creencia opuesta de Vida e Inteligencia en la materia. Y las explicaciones o las saludables reprimendas de nuestro Padre, La

Sabiduría y el Amor mismo, serán a menudo consideradas severas; pero debemos evitar caer en el error demandado por el error; recordando que el Amor a menudo mueve al pecador al odio, pues perturba a este elemento opuesto antes de destruirlo; y no será sino hasta que el pecador y el enfermo sientan la necesidad de la Verdad para salvarlos de su enfermedad o pecado, que se volverán receptivos a ella. (55)

Se verá que en el enunciado científico el género pertenece al Principio, y no a la persona; que toda formación es a través de la Inteligencia, porque la Vida es el Alma fuera del sentido. Este es el peldaño al entendimiento del Alma, a la cual conocer correctamente es Vida eterna; el hombre es inmortal sólo como la idea de Dios, y no como una creencia de Vida o Alma en el cuerpo. El Amor es Dios; pero el error aparearía el Amor y el odio, pensando en vano mezclar el bien con el mal. La atracción del Alma es la Verdad; pero la atracción del sentido es error. Lo primero eleva e inmortaliza al hombre, lo último lo degrada y lo hace mortal. Los dos no pueden mezclarse; uno excluye al otro como la luz excluye a la oscuridad y la oscuridad a la luz. Dios no está en la materia, y no hay ni Vida, ni Inteligencia, ni Verdad donde Él no está; el cuerpo que llamamos hombre es materia. El Amor está a salvo en la Verdad, no en el hombre, a salvo en el Principio, no en la persona.

¿La Sabiduría encuentra placer en la embriaguez? No, ¡pero el sentido personal sí! Y no podréis hacer que el ebrio que llamamos hombre sienta aversión a este sucio embrutecimiento hasta que su creencia haya sido destruida; entonces se apartará tan naturalmente de su copa, como el durmiente de una pesadilla. Decidle a un hombre que la intoxicación lo matará, haced que lo crea y posiblemente lo disuadiréis de seguir escuchando esta mentira del sentido personal, es decir, que hay placer en la intoxicación; pero ¿se habrá reformado? La abstinencia, cuando aún alberga el deseo inmoderado, no es reformación; y este así llamado hombre recaerá cuando su temor haya sido removido. El temor al castigo en el tiempo o en la eternidad nunca ha vuelto honesto a un hombre; esto no es una posición científica; valor moral en vez de temor es el requisito para vencer el pecado y la enfermedad. Pero ¿cómo reformar al sensual a través de la conciencia? Él tiene poca experiencia en esto; posee menos Alma porque posee un mayor sentido personal que algunos animales inferiores. (56) ¡Ellos podrían enseñarle afecto!, pero si persuadís a su razón de la nada del sentido personal, lo habréis salvado.

Razonar incorrectamente acerca de Alma y cuerpo repercute en un error de acción; el entendimiento de la ciencia del ser explica el sentido personal y también lo destruye; en la ciencia no podéis ser hipócritas, ni siquiera en secreto; os volveréis espirituales, encontraréis felicidad en los recursos morales del ser y en el Amor que es la Verdad; así como el bebé encuentra paz y nutrientes en el seno materno. Despertar del sueño del sentido personal, o del placer y el dolor en la materia, es obra del tiempo y la eternidad. Entre mayor sea vuestro error, mayor será la lucha cuando la Verdad lo toque. Los ancianos no son viejos cuando el velo se levanta, y el sentido da lugar al Alma. Sin embargo, el error de la vejez debe ser confrontado y dominado en el tiempo o en la eternidad, y hubiera sido más fácil controlarlo en su juventud. El hombre no obtiene nunca la inmortalidad hasta que alcance el punto de vista por el cual se considere ser todo aquello que conforma la Vida y la Inteligencia, como Alma y no sentido. ¡Qué espectáculo tan lamentable es la malicia que encuentra placer en la venganza! Es triste

pensar que el mal es el sentido de creencia del hombre más elevado del bien hasta que su aprehensión de la bondad llegue a ser mayor. Deberíamos alejarnos naturalmente de la locura moral que se precipita rugiendo en medio de la noche y la tempestad. Todo error es la imagen de la bestia que ha de ser borrado con el sudor de la agonía antes que la corona nos sea colocada sobre la frente.

Un retrato en la cámara, o la cara reflejada en un espejo no son sustancia; entonces ¿por qué llamamos sustancia al hombre contradiciendo a las Escrituras que dicen que el hombre es la imagen y semejanza de Dios? (57) Sabemos que la cara y la forma de un hombre reflejadas por el espejo no son el hombre, sabemos que él no está en su propia sombra; de ahí el error de suponer que la Inteligencia, la sustancia y la Vida del hombre sean el hombre, o estén en él. De la misma manera, ¿quién creería que el género pertenece al hombre en el espejo? El género es Principio y no persona, y el hombre es sombra, no sustancia; ¿por qué el hombre es mortal para el sentido personal? Porque supone que es sustancia, Vida e Inteligencia. El hombre mortal no es más que un sueño de Inteligencia, sustancia y Vida en la materia, no es el hombre de Dios, sino el hombre del hombre y sombra de sombras, por lo tanto, no refleja el Principio, y no tiene ninguna base real. Para el sentido personal la ciencia es una presunta lógica; sin embargo, revela la Verdad: el ultimátum del ser corrobora la declaración de que el hombre es sombra y no sustancia; diariamente nos apresuramos hacia esta prueba y debemos alcanzar su reconocimiento para lograr la inmortalidad, pues sólo la Verdad del hombre lo vuelve inmortal. La creencia de que el Alma está en el cuerpo, acude a la materia, en vez de al Espíritu, en busca de auxilio en tiempos difíciles, y de mala gana reconoce un ser supremo.

La teología no abarca credo o fe suficiente para sanar a los enfermos, mientras que nuestro maestro hizo del sanar de los enfermos el primer artículo de su fe, y probó su fe por sus obras.

Parece que el cristianismo antiguo se adhirió más a las enseñanzas de Jesús que los sistemas modernos de religión. Los diplomas han puesto de moda apelar a los medicamentos antes que a Dios; y los resultados han sido creencias estereotipadas que se originan en el conocimiento del “árbol prohibido”, y a las que les falta el punto vital por medio del cual Jesús demostró el cristianismo en el control que el Alma tiene sobre el sentido.

El así llamado hombre que nace hoy y muere mañana como si algo nuevo se hubiese creado, y perdido, ¡es sueño e ilusión! (58) Y esta definición de él no es más contradictoria para el sentido personal que lo que la ciencia demanda. Las Escrituras nos informan claramente sobre este punto. Juan declara---“Todas las cosas fueron hechas por Dios y sin El nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” Esto claramente niega cualquier existencia nueva en el pasado o en el presente, o cualquier creación, excepto aquella que surgiera directamente de Dios, la Inteligencia que hizo al hombre; por lo tanto, tenemos la autoridad de las Escrituras para decir que el hombre y mujer mortales son irreales desde que aparecen, creencia e ilusión solamente.

La pregunta es: ¿Entendió Juan la ciencia que era la base de su declaración? Ciertamente previó su Principio, y lo demostró parcialmente, probando así su derecho a

hacer esa declaración. El maestro nos enseña que nuestra prueba de la Verdad está en el fruto que produce; y la ciencia del ser que destruye el pecado, la enfermedad y la muerte se demuestra a sí misma como Verdad.

Sería temerario concluir que el Amor, la Sabiduría y la Verdad crearon aquello que es incapaz de ser eterno. ¿Cuándo la Verdad ha destruido alguna vez su propia idea? Dios no puede destruir al hombre porque éste es la reflexión de Dios, por lo tanto, el Cristo, la Verdad, al echar fuera el pecado, sanar al enfermo, y destruir la muerte, prueba que éstos no son de Dios. La única certeza de inmortalidad se encuentra en la relación del Principio y su idea, esto es, Dios y hombre, Alma y cuerpo; la Vida, el Amor, y la Verdad, el Principio trino, no creó nada para ser aniquilado; puesto que Dios creó al hombre, éste es inmortal. Aprendemos de la ciencia del ser y por medio de las demostraciones de Jesús que los enfermos, los pecadores, y los moribundos no “fueron hechos por Él”.

(59) No hay sino dos realidades: Dios y la idea de Dios; en otras palabras, el Espíritu, y lo que éste proyecta como sombra. La teología enseña amor supremo a Dios, y éste es un privilegio glorioso, pero no podemos amar a Dios supremamente y al sentido personal o a la materia aún más. Dios es Amor, y los afectos son los vástagos del Alma. El entendimiento de la Vida fuera de la materia es la base del cristianismo por el cual se niega la carne, se carga la cruz, y se intercambia la guía del sentido personal por el Principio que hace lo perfecto. Las doctrinas y teorías de Vida en la materia, del Alma en el cuerpo, y de Dios en el hombre, son ateísmo virtual que habrá de ser derribado, y esos serán los días en que habrá tribulaciones tales como no ha habido desde el principio de esta creencia. La tierra repercutirá la sacudida cuando surja el grito, “¿Viniste tú (la Verdad) acá para atormentarnos antes de tiempo?” La creencia de la Vida en la materia resulta en la creencia de la muerte. La Vida demuestra Vida, y no muerte, pero la Vida es Dios, y nadie excepto el puro de corazón verá a Dios. El sentido personal no ofrece ninguna evidencia, ni la más pequeña idea de la Verdad, la Vida o el Amor. Los mensajes del Alma son los maestros del hombre y estas inspiraciones no se producen en la materia, sino en la Inteligencia externa, donde está el Espíritu que le habla al hombre. Debemos reconocernos a nosotros mismos Alma, y no cuerpo, y reconocernos fuera del cuerpo, de otra manera se considera que el Alma está sujeta a la materia, la mortalidad, el pecado y la muerte. Sin embargo, para hacer esto debemos salir fuera de todo lo que es error y volvernos puros en Espíritu para recibir o impartir las lecciones del Espíritu.

Los mensajes de Dios al hombre, en otras palabras, del Principio a su idea, son pureza, la atmósfera del Alma, no mensajeros alados, pero es a través de ellos que obtenemos la idea del hombre espiritual, en la ciencia de su ser; son las inspiraciones de la verdad que son demostrables cuando son entendidas, y nunca son entendidas hasta que son demostradas. (60) La Verdad es práctica, no teórica, y nunca tendremos más hasta que practiquemos lo que ya tenemos. No es sino hasta que el enfermo y el pecador sientan su necesidad de la Verdad que salva de la enfermedad, el pecado y la muerte, que ellos la aprehenderán. Entender la Verdad del ser del Hombre es lo único que puede hacerlo armonioso o inmortal y es el peldaño hacia el entendimiento de Dios, el que imparte todo bien, aquel “a quién conocer correctamente es vida eterna”. El hombre es inmortal sólo como la idea de Dios, el representante del Espíritu y no de la materia, del Alma y no del cuerpo. Como una creencia de Alma en el cuerpo, o Inteligencia y Vida en la

materia, es sólo un mortal. La ciencia del ser nunca toma erróneamente lo real por lo irreal, ni le atribuye al Alma una sola creencia del sentido personal.

El Alma es Dios, pues es Espíritu e Inteligencia, y no hay más que un Espíritu o Inteligencia. Llamar a la materia sustancia no requiere Inteligencia, sino creencia, ya que la Inteligencia entiende que no hay sustancia o solidez en la materia que pueda evitar que la mente la atraviese y la reduzca a una sombra en la que se encuentra que el Alma es su única sustancia, y aquello que mantiene al hombre, a la idea, no puede perderse. No requiere que la Inteligencia mienta, sino demanda que el Alma declare la Verdad del hombre. La Inteligencia o Alma, nunca está en el error. El sentido personal es el error que abarca todos los errores, donde la falsedad se considera hecho hasta que se entienda que no es así, y la creencia sea destruida. Una de las creencias del sentido personal, llamada enfermedad, es destruida mentalmente por Verdad del ser, y la enfermedad desaparece; esto lo hemos probado mediante la demostración en cientos de casos. (61) La creencia conforma la suma total del hombre mortal, pero esta declaración es condenada por aquellos que no entienden la ciencia, que mezclan lo mortal y lo inmortal, y que hacen al hombre Dios, Inteligencia, en vez de su idea. La creencia es todo lo que hay acerca del hombre mortal, y si esta creencia es solamente de desdicha, ninguna circunstancia puede convertirla en felicidad, o si es de felicidad, ninguna circunstancia puede cambiarla o convertirla en desdicha, hasta que la creencia de las condiciones diferentes sea cambiada; “pues como el error piense, así es *él*”. La ciencia del ser es tan necesaria para los que tienen una creencia de salud, como para los que tienen una creencia de enfermedad, pues un sólo cambio de creencia podría hacer que los sanos se enfermen, mientras que, si entendieran que estas condiciones dependen de la mente en vez de la materia, ellos podrían permanecer sanos por cesar su creencia en el caso y permitir que la Inteligencia tome el dominio de la situación. La ignorancia, el orgullo y el prejuicio cierran la puerta a todo lo que contradiga el pasado o lo abra a aquello que no es estereotipado. Cuando la ciencia de la Vida sea entendida cada hombre será su propio médico y la profesión médica habrá desaparecido, por lo tanto, la materia medica luchará contra ella hasta el fin. Pero ¿por qué lo nuevo habría de ser ridiculizado si lo viejo ha probado ser incapaz de hacer al hombre sano o armonioso en mente o cuerpo? Y lo nuevo comienza de inmediato a hacer esto; el mandamiento permanece: “Sed perfectos como vuestro Padre es perfecto”, y sin embargo habremos de ser azotados por insistir en esta demostración. La ciencia del ser, la única que puede detener el progreso de la enfermedad y el pecado, y el ateísmo que unifica a Dios y a la materia, será llamada, en este siglo, anti-cristiana.

La creencia de que el hombre es materia inteligente, sujeto al nacimiento y a la muerte, pretendería hacer al Alma mortal, y gobernarla mediante las leyes materiales, Dios en las cosas que Él ha hecho; pecado, enfermedad, y muerte mezclándose con la Verdad y la Vida, y lo primero teniendo dominio sobre lo segundo. (62) No hay más que un Espíritu, ese es Dios, y por lo tanto no puede haber ningún mal en el Espíritu pues no hay nada ahí con lo cual hacer el mal. Jesús echó fuera a los espíritus, esto es, las creencias en otras Inteligencias y sanó a los enfermos con la Verdad del ser, - él no admitía ninguna Inteligencia en el mal, de ahí su autoridad sobre él. Si el Espíritu peca, debe morir, pues todo error es mortal; el Espíritu es Dios, y no hay más que un Dios; por lo tanto, hablar de espíritus es creer en dioses y demonios. Razonamos equivocadamente en todos los puntos concernientes a Dios y hombre, Alma y cuerpo,

siempre que partimos de la materia para extraer conclusiones del Espíritu; esto hace imposible que dichas conclusiones sean correctas. Nuestra perspectiva presente es cuerpo, no Alma, personalidad en vez de Principio, de ahí nuestras opiniones equivocadas y sus consecuencias en pecado, enfermedad y muerte. Nos extasiamos en un Dios personal con escasamente una chispa de Amor en nuestros corazones, cuando Dios es Amor; y con escasamente un rayo de Verdad, cuando Dios es la Verdad; y sin el entendimiento de la Vida, cuando Dios es Vida, ¿y cuál es el resultado? Que no tenemos un Dios práctico que nos sane, y salimos del pecado y la enfermedad sólo en creencia, mientras éstos aún se adhieren al hombre mortal; esto no es ciencia o el cristianismo que sana al enfermo y demuestra la armonía de la Vida. El mal y el bien nunca constituyeron al hombre pues el hombre es la imagen de Dios, y todo lo que hay en él es el bien; el mal no es la imagen y semejanza de Dios, o la materia del Espíritu; aun la razón podría rescatar al hombre de estos errores del sentido personal si no fuera silenciada por alguna teoría fatal. La acción producida por la Inteligencia manifiesta armonía solamente, mientras que la acción procedente de las mentes mortales produce discordia hasta que ésta es finalmente destruida. (63) Los cuerpos celestes controlados por la mente de Dios, el Alma, contradicen las supuestas leyes del sentido y son armoniosos. La suposición de la Vida en la materia deja al hombre a merced del pecado, la enfermedad y la muerte, para luego ¡resucitar al Espíritu del polvo! Empezando con el polvo y regresando al polvo ¡Él, que formó el universo! La ciencia, imperturbable entre todo este galimatías, revela el Alma, la Vida, la Inteligencia y la sustancia que constituye al Espíritu el gran por siempre jamás en la materia o el hombre. Si el Alma estuviese dentro del hombre ello reduciría a Dios al Hombre, o haría del hombre Dios; la creencia del Alma en el cuerpo supone al Espíritu impotente, pecador, enfermo y sujeto a la muerte. La omnipotencia está perdida si Dios está en el hombre, pues el hombre mortal es un error a través del cual la Verdad no puede aparecer. El poderoso brazo está lisiado cuando suponemos que el Espíritu está sujeto a la materia. Seguramente “el árbol del conocimiento” produjo una raza pigmea de “dioses”.

CAPÍTULO II.(64)

IMPOSICIÓN Y DEMOSTRACIÓN.

LOS FENÓMENOS no entendidos pertenecen a las cosas que son, pero que no nos aventuramos a explicar por no haber entendido su origen y carácter específico a partir de la ciencia. Aquello que es real no está caracterizado por ‘ismos’ o creencias; y el entendimiento, habiendo captado un tema, se satisface sólo al denominarlo como se denomina a sí mismo. Los fenómenos basados en la ciencia producen resultados buenos solamente, y nunca lo opuesto; esta regla es invariable, y debería medir todo cálculo. Todo aquello que pudiera producir discordia, lograr un propósito siniestro, o dañar a nuestro prójimo, no es ciencia ni el fenómeno de la Verdad, sino la manifestación de alguna creencia y error. Conforme el progreso obligue al cambio, se encontrará que lo que se denomina como manifestaciones espirituales no tiene que ver con el así llamado espiritismo, sino son fenómenos abiertamente definidos, y estando confinados en los límites de la armonía se encontrará imposible hacer el mal por medio de ellos, en ese momento serán considerados demostraciones de la ciencia, pero no sino hasta ese entonces. En el presente estas manifestaciones son el resultado de los trucos de la creencia, y proceden de la así llamada mente del hombre y no de la mente de Dios, de la mente del cuerpo y no de la mente del Alma, de la persona y no del Principio, de la creencia y no del entendimiento; sí, de la materia y no del Espíritu.

La mente se divide en idea y creencia; la idea está basada sobre el Principio y representa al Principio; la creencia no tiene fundamento en la ciencia, y es ilusión. (65) Lo que llamamos mente del hombre es la creencia que forma la base imaginaria de la materia, por lo tanto, la materia no abarca la realidad del hombre. La creencia no es una manifestación de la Inteligencia, sino de la no-inteligencia. Para distinguir entre la mente del Alma y la así llamada mente del cuerpo, debemos recordar que una es idea, y la otra es creencia, *alias* la falsificación y pretensión de ser mente, de la misma forma que el error pretende ser la Verdad. La mente es inmortal, pero la creencia es mortal, siendo ésta la así llamada mente del cuerpo mortal, mientras que la mente del Alma inmortal es idea, es la ciencia misma que revela la Verdad. Los médiums pasan por alto la imposibilidad de que una mente sensual se vuelva Espíritu, o de que ésta posea un cuerpo espiritual después de lo que llamamos muerte, pero la ciencia revela que esto es más inconsistente que el que la oscuridad del infierno emita un rayo solar. Cuando seamos Espíritu habremos entendido el elevado significado de la Escritura: “Yo y el Padre somos uno” y también encontraremos que esta unidad no ocasiona pérdida de identidad, sino que el “Yo” significa Espíritu y no materia, Principio y no persona, Alma y no cuerpo, la Inteligencia misma representada por todas las ideas, simbolizando armonía desde una brizna de hierba hasta una estrella. La pregunta en el presente es si este “Yo” es Principio o persona, Alma o cuerpo, sí, Dios u hombre. El Principio es Alma, Inteligencia, es el “Yo soy”, pero ¿dónde colocamos al “Yo” ?; ¿es el Espíritu en la materia, el Alma en el cuerpo, la Vida en la flor, o es la Inteligencia externa y la Vida que forman a éstos otros; es hombre o es el Alma del hombre fuera de la materia? La

ciencia del ser revela que Dios no está en la materia, por lo tanto, este “Yo” no es cuerpo, ni está en el cuerpo, sino es Alma fuera de la materia, es lo infinito y no lo finito, sí, es Espíritu y no persona, y a través de este cálculo, el hombre obtiene identidad eterna. (66)

Condiciones tales como el sufrimiento, el pecado y la muerte habrán de perdurar mientras la creencia del Alma en el cuerpo y la Inteligencia en el hombre o la materia perdure, pero estas condiciones no pueden ser preferibles a la alegría libre de pecado y a la armonía perfecta que nos da el reconocimiento de la Vida como Espíritu, poseyendo toda belleza y todo bien, sin una sola demanda que confiera placer o dolor en el cuerpo; el por qué tantos así llamados “espiritistas” son tan burdos materialistas es debido a que ellos hacen de la personalidad Espíritu, y la única existencia consciente, y aunque rechazan a un Dios personal, hacen un Dios de las personas, lo cual es igualmente fatídico para la ciencia del ser; las personas son llamadas “espíritus”, en vez del Principio que es Espíritu y Verdad, y colocan su confianza en ellas, pero la creencia en los “espíritus” pertenece a las edades más oscuras, y es demonología. No hay más que un Espíritu, éste es Dios, la Verdad, en otras palabras, la Sabiduría, la Vida y el Amor, y nada es real salvo lo que es bueno o la idea de bondad; el mal no tiene ni identidad ni individualidad pues no tiene Principio.

Charles Sumner fue un gran hombre debido a su inquebrantable apego a lo correcto; él tenía, más que otros, la idea verdadera, y, menos que otros, las creencias del hombre. Sus declaraciones fueron pocas, sus actos colosales, su poder fue la mente; no la persona, sino el Principio, no el hombre, sino Dios.

La ciencia nunca causó un paso retrógrado en el ser, o un regreso a posiciones ya superadas o que la Verdad haya destruido. Admitir que los así llamados muertos y vivos se comuniquen entre sí, es determinar que ambos son inadecuados para sus posiciones separadas, y que algún error ocurre cuando un hombre muere al sentido o vive al Alma. Cualquier supuesto punto intermedio entre la Vida fuera de la materia, y la Vida dentro de la materia, es un mito. Deberíamos ya sea ver a los así llamados muertos materialmente, o estos deberían haber avanzado fuera de nuestro campo de visión. (67) El conservadurismo nunca fue correcto, la Verdad absoluta es lo único que es correcto, y el error absoluto es más fácil de corregir que una posición intermedia. Los médiums consignan a sus muertos a una condición peor que la de los capullos plagados o el moho mortal, a un purgatorio insatisfactorio donde las oportunidades para el progreso se estrechan hasta desaparecer, o donde deben regresar a los puntos de vista materiales anteriores.

“Lázaro no está muerto, sino duerme”. Jesús sabía que Lázaro se encontraba en el sueño de una condición intermedia cuando la Verdad lo despertó; si nosotros pudiésemos hacer esto, podríamos reivindicar su espiritualidad. Hasta que la conexión imaginaria entre los así llamados muertos, denominados “espíritus” y aquellos que supuestamente están viviendo en la materia, sea destruida, el hombre mortal no está muerto, sólo cambiado, pues lo inmortal no ha sido aún alcanzado y la creencia puede congregarse a sí misma en el lado equivocado de la cuestión, y continuar con las mismas conclusiones anteriores de Vida en la materia.; esto sin embargo está lejos de la ciencia del ser. Cuando la Vida fuera de la materia sea realmente alcanzada, será entendida, y en ese

caso la creencia de que la Vida estuvo alguna vez en el cuerpo habrá desaparecido y no podrá ser resucitada; nuestros amigos que han avanzado así son Espíritu que nunca surgió del polvo y que no puede regresar a él, ni estar en comunicación con la materia, lo mismo que una flor no podría regresar a su capullo.

El periodo requerido para desvanecer el sueño de Vida en la materia que abarca los placeres y dolores del sentido personal, “nadie lo sabe, ni tampoco el Hijo, sino el Padre”. Será más largo o más corto dependiendo de la duración del error antes de que la realidad del ser sea entendida y la Vida eterna sea alcanzada. ¿De qué beneficio sería entonces para nosotros, o para los que ya se han ido, prolongar este estado mediante la prolongación de la creencia de Vida en la materia? (68)

No hay tanta evidencia de intercomunicación entre los así llamados muertos y los vivos como la que los enfermos tienen con sus creencias relativas a la enfermedad, las cuales la ciencia determina ser un error, pues ésta niega toda identidad o realidad a la discordia. La totalidad de los fenómenos de los médiums son engaños o ilusiones; aquello que es capaz de error no es ciencia, sino está destituido de Principio. Cuando el así llamado médium entiende, aunque sea en parte de la ciencia del ser, su creencia en el empleo de los médiums desaparece, y el resultado es que ya no produce las manifestaciones que según se dice se originan en los “espíritus” de los que ya se han ido, pero que en realidad dependen de las creencias de los vivos en vez de los muertos.

Los fenómenos de la ciencia basados en un Principio demostrable son explicables, pero los intérpretes personales pueden crear un ‘ismo’ en el cual los fenómenos no son entendidos y están sujetos a errores crasos de juicio. De esta manera el error se injerta en su red y el error no está vinculado con la Verdad, de ahí el golfo infranqueable que separa la así llamada Vida en la materia de la Vida que no está sujeta a la muerte, y el infortunio y el daño que caracterizan al así llamado regreso de los espíritus; el resultado natural del intento de unir opuestos tales como Espíritu y materia es la discordia; más fácil sería que el hielo y el fuego se mezclaran, pues en cualquiera de los dos casos uno destruiría al otro. Que la materia tuviera comunicación con el Espíritu, o que el Espíritu se comunicara por medio de la electricidad o de la personalidad con el Espíritu o la materia, sería imposible y destruiría el orden y la armonía del progreso. Si la comunicación fuese posible entre los así llamados muertos y los vivos, los que partieron retrocederían en la escala del ser, igual que si el roble se aferrara a su bellota primitiva, o el médium entonces avanzaría hacia la Vida independiente de la materia, igual que si una bellota se convirtiese instantáneamente en un roble. (69) Repetimos, si el médium está en términos de comunicación con la Vida, el Espíritu independiente de la materia, entonces no puede haber apariencia de Vida en el cuerpo, ni ninguna acción, animal u orgánica, y restaurar estas condiciones anteriores de la así llamada Vida sería tan imposible como restaurar una bellota que ha sido absorbida en una germinación que le eleva sobre el suelo y la semilla. La semilla que le ha propagado ha desaparecido y una nueva germinación ha tomado lugar y hasta que la creencia de Vida en la materia sea destruida, la Vida real que es Espíritu no se ha alcanzado; ninguna correspondencia o comunicación existe entre estos dos opuestos.

No hay más que un sólo momento en el que es posible que los así llamados muertos y los vivos estén en comunicación; es durante el momento llamado muerte cuando el

eslabón entre ellos está vinculado. En este vestíbulo, más despiertos a la bienvenida de aquellos que se han ido antes, que, a los dolores presentes del sentido personal, aquellos que se están yendo algunas veces susurran en voz alta su visión, nombrando el rostro que sonrío sobre ellos, y la mano que los llama; como cuando un hombre que estando frente a las cataratas del Niágara tuviera ojos sólo para esa maravilla, y murmurara su fascinación olvidándose de otras escenas. El reconocimiento de la Vida espiritual- y toda Vida es Espíritu- no llega en un instante; ni siquiera después de la tumba, la existencia no es más que una creencia del sentido personal hasta que la ciencia del ser se alcance, pues el error trae consigo su propia oscuridad externa y auto destrucción, ambos, en el presente y en el más allá.

No hay más que una comunicación espiritual, y ésta procede del Alma; el sentido personal no tiene conocimiento de ella; lo que se llaman “espíritus” son meras personalidades. Si en realidad estuviésemos en comunicación con la Inteligencia, el Espíritu fuera de la materia, no se sentiría una sacudida, ni se mantendría en ningún momento sensación alguna en el cuerpo. (70) El único Principio viviente del hombre se comunica a través del sentido inmortal, y si el sentido mortal fuese tocado por este Principio, no presentaría apariencia de Vida, no poseería sensación, y lo inmortal aparecería en su lugar, lo espiritual tomaría el lugar de lo material; así como la luz destruye la oscuridad y en su lugar todo es luz. El Alma es el único comunicador verídico del hombre. La creencia mortal y la Verdad inmortal, como la cizaña y el trigo, crecen lado a lado hasta la cosecha, pero dividir éstos, en vez de juntarlos, es el designio de la Sabiduría que separa el trigo y lo congrega lejos de la cizaña.

Que todas las cosas son posibles para la Verdad es una posición científica; y que todo error es posible para la creencia es igualmente aparente. Secretos, malabares, credulidad, superstición y creencia son los fundamentos del así llamado espiritismo. Pero los así llamados médiums tienen un fuerte asimiento sobre las simpatías de aquellos que lloran la pérdida de sus amigos; en los dolores de la aflicción, cuando el pensamiento es como un fluido fermentado preparado para un cambio químico, los médiums transforman el torrente de emociones en la creencia de que no están separados, y este consuelo le viene al doliente como una bendición del cielo, obteniendo así el médium un fuerte asidero sobre las mentes de millones. De ahí el asimiento que el así llamado espiritismo tiene sobre la comunidad, una creencia que llega en el momento de la aceptación individual, vestida con ropajes celestiales, un misterio y una maravilla, con sus fenómenos no entendidos, ¿qué otra cosa se requeriría como fundamento para un nuevo ‘ismo’? La Perfección no se expresa a través de la imperfección, por lo tanto, el Espíritu no puede penetrar en la materia; ni tampoco hay cedazos temporales que ciernan la Verdad a través del error.

La materia cuando es controlada por el Alma, Dios, es armoniosa y es gobernada por un Principio demostrable, pero cuando una creencia controla a otra – y esto es lo que hacen los médiums – toda imitación posible de lo real es hecha por lo irreal. (71) Lo que le es posible al Alma, le es imposible al cuerpo, así también lo imposible para la ciencia, es posible para la creencia. Las ideas de Dios nunca se amalgaman, sino retienen sus identidades distintas y son controladas sólo por el Principio que las evocó. Los reinos mineral, vegetal y animal tienen sus identidades distintas, donde una no crea o controla a las demás, sino todas ellas son creadas y controladas por Dios. Admitir Vida e

Inteligencia en la materia es admitir al así llamado espiritismo, haciendo que el hombre cree y controle al hombre; bestia, pájaro y plantas creándose y controlándose entre sí. Sin embargo, esto revierte el orden de la creación introduciendo confusión y discordia.

Oscuridad y luz, infancia y madurez, enfermedad y salud, etc., son creencias distintas que no pueden mezclarse. Suponer que la infancia está expresando la idea de la madurez, o pensando sus pensamientos, sería rechazado por la razón y la revelación; y *viceversa*, pensar que la oscuridad representa luz, y la enfermedad salud o que estamos residiendo en Europa cuando estamos en el hemisferio opuesto ¡sería simplemente absurdo! La lógica no intentaría crear un puente sobre estas condiciones distintas, y éstas son tan evidentemente distintas como las de los así llamados muertos y vivos ¡a quienes se pretende unir nuevamente sobre planos tan distintos! Uno llamado sustancia, y el otro llamado sombra, materia y Espíritu comunicándose entre sí; uno inevitablemente destruiría al otro. Que el Espíritu y la materia se amalgamen es el error que la ciencia y el progreso destruirán.

El así llamado espiritismo presupone que un hombre que es Espíritu controla a otro hombre que es materia, mientras que ambos permanecen siendo los opuestos mismos; (72) presupone que los cuerpos que regresan al polvo o que cuerpos nuevos llamados “espíritus” están experimentando antiguas sensaciones y deseos materiales y que están hipnotizando a los mortales terrenales; presupone que la sombra es tangible al tacto, e imparte electricidad, etc. Cada una de estas conclusiones es ridícula; Dios no es nombrado en ninguna de ellas, y por la mejor de las razones, esto es, porque se pretende que la materia debe hacerse cargo de sí misma, y que la persona y el mesmerismo tomen el lugar de la idea y del Principio, o de hombre y Dios. ¿Quién que haya atestiguado el mesmerismo diría que es ciencia, la Verdad del ser, o que ésta es electricidad? Dios controla al hombre, y es la única Inteligencia, atracción o Espíritu. Cualquier otro supuesto control, atracción, o Espíritu que ejerza poder sobre el hombre es una creencia y error que se deberá conocer por sus frutos. La oruga transformada en un hermoso insecto, ya no es un gusano; y promover la conclusión de que la mariposa regrese nuevamente a la afinidad con el gusano o a controlarlo ¡es emplear al mesmerismo para engañar a la razón! Cuando el cambio es controlado por el Principio, es ciencia, sin embargo, alguna creencia puede ocultar la ciencia detrás del cambio; el progreso es el por siempre de la Sabiduría, sin embargo, nada salvo la ciencia revela progreso.

Todo aquello que declare falsedad es error, de aquí la imposibilidad de que el así llamado espiritismo sea ciencia y esté gobernado por la Verdad. Nuestro único consuelo ante un nuevo ‘ismo’ o una nueva enfermedad estriba en la esperanza de que una nueva agitación de las aguas de la creencia contribuya a mostrar su fundamento fangoso.

El telégrafo eléctrico es un símbolo de la mente comunicándose con la mente que con el progreso del tiempo prescindirá de los cables pues el Espíritu destruye a la materia, a la electricidad, etc., pero el espiritismo pretendería preservar éstos para destruir la armonía. La Verdad impregna todo el espacio, no requiere de medios materiales para transmitir sus mensajes; (73) sólo sabemos que bendice al hombre, pero “no podemos decir de dónde viene”; los enfermos son sanados por ella, los que sufren son confortados, y el pecador es reformado; éstas son manifestaciones del Alma, no del sentido, de la ciencia, y no del mesmerismo. El Alma no se comunica con la materia;

pero hoy el cableado eléctrico lleva a Europa un murmullo submarino como el precursor de la ciencia que habrá de llegar; poco a poco la acción del pensamiento está perdiendo su elemento material, volviéndose espiritual, expandiéndose fuera de las ataduras, y la ciencia está propulsando los siglos hacia adelante. Las operaciones de la Inteligencia nos enseñan que Dios hizo al hombre recto; pero la creencia ha buscado muchos artificios; la Vida, la Verdad y el Amor no actúan a través de un medio errado.

El hombre inmortal no está en comunicación con el mortal, y no puede manifestarse a través de la materia; éstas son condiciones distintas y opuestas; una es la idea de Dios, del Espíritu fuera de la materia, y la otra es una creencia de “espíritus” y de sustancia material; antes de que podamos estar en comunicación con el Espíritu que es inmortal, la creencia en la muerte debe ser destruida. ¿Qué diríamos de un profesor de lenguas que no estuviera familiarizado con los clásicos, y que antes de iniciar su cátedra, afirmara entender griego? Diríamos que es, ya sea un impostor, o que está bajo la influencia de alguna alucinación. ¿Qué hay entonces de la creencia de que estamos desgastando la Vida, apresurándonos hacia la muerte, ‘¡para entrar en comunión con la inmortalidad!’? Si en verdad fuese posible una comunicación entre lo mortal y lo inmortal, los médiums no morirían o no pasarían a través del cambio llamado muerte. Y si los que partieron se comunicaran aún con la mortalidad, entonces estarían pecando, sufriendo y muriendo todavía, en cuyo caso ¿por qué verlos como pruebas de inmortalidad y aceptarlos como oráculos? (74) Las comunicaciones que se obtienen de la ignorancia son perniciosas en sus tendencias; los médiums describen enfermedad, sus síntomas, la localización, la fatalidad, etc., a quienes ignoraban todo acerca de ello, previenen a la gente de la muerte y ¡la espantan en esa dirección! Esta práctica detestable hace enfermedad. Se ha probado el caso de un hombre que murió por la creencia de que se estaba desangrando a muerte, mostrando que la causa de su muerte fue puramente mental; de aquí el peligro de los charlatanes ignorantes que trafican con la enfermedad. Aquello que la ciencia encuentra necesario destruir para sanar al enfermo, el así llamado espiritismo lo fortalece y lo perpetua.

Jesús echó fuera a los “espíritus”, el error, hizo su trabajo, reconoció la unidad de Dios, el Espíritu, y nunca describió la enfermedad, sino la sanó. Si a los enfermos se les reconforta a través de algún error de procesamiento, al final serán diez veces más víctimas de la enfermedad. El misticismo de los médiums da fuerza a sus palabras de condenación, capacitándolos para hacer mayor daño que los medicamentos pues los enfermos temen más cuando un médium pronuncia algo como fatal, que cuando un médico así lo decreta, y este temor es la condición mental que desarrolla la enfermedad. La ciencia tendría que revisar todo el terreno y arrancar de raíz toda semilla que haya sido sembrada por ellos para destruir la enfermedad. La evidencia de la creencia es lo único que el médium tiene para apoyarse, mientras que la ciencia repudia la creencia con la evidencia del entendimiento y demanda que el Principio del ser produzca la armonía de la Vida.

Hubo una vez una médium que nos informó que estábamos enfermos, dijo que nuestro cerebro estaba sobresaturado y que debíamos descansar. A ello protestamos con una vigorosa objeción defendiendo los derechos de la Inteligencia, que la mente controlaba al cuerpo y al cerebro, y que las opiniones sobre las cuales ella insistía eran las mismas que había que desechar para estar sanos. (75) Ante esta objeción ella suspendió la

conversación exclamando: “El Dr. Rush está aquí presente y dice que usted debe usar valganismo” (queriendo sin duda decir: galvanismo) “y descansar o enfermarse”. Pero aun esta pretendida advertencia oracular fracasó en convencernos, y la consecuencia fue que continuamos presentando un buen estado de salud; quedándonos grandes dudas de que aun una experiencia post-mortem de cincuenta años hubiera desmoralizado tanto la ortografía de aquel hombre erudito, o perpetuado sus viejas creencias en la materia. Miles de miembros de nuestra iglesia que son racionales en otros temas, están apoyando y creyendo en esta ridícula farsa, mientras que al mismo tiempo protestan contra la *ciencia* calificándola de peligrosa para el cristianismo.

En el verano de 1869, se reportó en el periódico *Banner of Light* publicado en Boston, que Theodore Parker, ya muerto, dijo a través de un médium: ¡“que nunca ha habido y que nunca habría un espíritu inmortal”! Al mismo tiempo este periódico repetía semana tras semana que las comunicaciones espiritistas eran nuestras únicas pruebas de inmortalidad. Aunque no tenemos duda del humanitarismo de muchos espiritistas, tenemos poderosas pruebas de que las opiniones del así llamado espiritismo son incorrectas. El que un hombre afirme que es inmortal no es más prueba de ello que la que obtendríamos de una condición opuesta si dijera: “soy mortal”; Theodore Parker estaba más allá de semejantes hipótesis vagas. La Vida, el Amor, y la Verdad son inmortales, y sólo cuando estos se vuelvan una realidad consciente la Vida será entendida. La Verdad es Vida eterna, y la ciencia es el único médium de la Verdad, o de la Vida, de aquí el dicho de Cristo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, y ningún hombre viene al Padre” (el Principio del ser) “excepto a través de Mí.”

Aunque la hierba parezca marchitarse, y la flor desvanecerse, reaparecen; (76) borrad los dígitos que expresan los números; apagad los tonos de la música; dadle al gusano el cuerpo llamado hombre, y el Principio de éstos sobrevive a pesar de las así llamadas leyes de la materia, y mantiene a sus ideas inmortales. Si bien la discordia de la creencia oculta la armonía de la Verdad, no puede destruir su Principio, pues éste es Dios, supremo por encima de todo; “Y él hace su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?”

La materia no puede replicar al Espíritu, pero ¿alguna vez habéis rumiado sobre este cielo y sobre esta tierra que se declaró expresamente que eran para ser habitados por el hombre, controlados sólo por la Sabiduría suprema? Si entendierais que no hay otro mundo alcanzaríais más pronto aquello que es lo real de la Vida, donde la sustancia es Alma y no materia, y al volverlo una realidad consciente todo sería armonioso y eterno. Nunca debería decirse nada que exceptúe a Dios, pues todo lo que es real viene con Dios, la sustancia, la Vida, y la Inteligencia de todo. El Principio y su idea son Dios y hombre, co-existentes y eternos; no hay sustancia material. La línea imaginaria llamada ecuador no es sustancia, la acción y la posición de la tierra están sostenidas sólo por la Inteligencia que lanzó la tierra en su órbita y dijo a la orgullosa ola: “Hasta aquí, y no más”, la que mantiene a los “vientos en su puño”, y “cuenta el número de los cabellos,” y que provee prueba sublime del control que el Espíritu tiene sobre la materia. Hasta la simple tabla de escritura espiritista atestigua el poder de la mente sobre la materia, y ya no es un misterio ni una maravilla.

El punto a determinar es: ¿permitiremos que la ciencia explique toda acción y todo fenómeno, o dejaremos éstos a la creencia especulativa?; admitirnos Alma, en vez de cuerpo, nos libera para dominar la idea infinita; (77) cierra la puerta a la muerte y la abre de par en par a la inmortalidad. La creencia según la cual Dios tiene un ser separado conduce a una multitud de errores en los cuales los fenómenos son atribuidos a causas sobrenaturales y personales. El hombre es el fenómeno del Alma, de la Inteligencia y no de la materia, y es creado por Dios y no por el hombre.

Desprendeos de la creencia de sustancia en la materia y los movimientos y transiciones que ahora le son posibles a la mente se encontrarán siendo igualmente posibles para el cuerpo; y entonces el Espíritu identificaría al ser sin la pérdida del cuerpo que ahora suponemos debe ocurrir antes de que esta ciencia del ser sea admitida. El entendimiento final de que somos Espíritu debe llegar, y más valdría mejorar nuestros momentos resolviendo los así llamados misterios de hoy sobre este Principio. En el presente no sabemos lo que somos, pero más adelante encontraremos que somos Amor, Vida y Verdad, porque los entenderemos. ¿Decís que no ha llegado aún el momento de reconocer al Alma como la única sustancia, y de obtener control pleno sobre el universo y el hombre? Entonces os referimos a Jesús, quien demostró esto hace más de dieciocho siglos, y que dijo: “Las obras que yo hago, haréis vosotros también”, y “El tiempo llega y es *ahora* cuando aquellos que adoran al Padre le adorarán en Espíritu y en Verdad” pero este método de entender a Dios y de hacer el bien no era la electricidad, la materia médica, el mesmerismo o el empleo de un médium.

La materia no es ni Inteligencia, ni un creador; el árbol no es el autor de sí mismo; el sonido no es el origen de la música, ni el hombre es el padre del hombre. Si la semilla produce trigo, éste último produce harina, y un animal a otro animal, etc., ¿quién hizo a la Inteligencia y cómo fue que se multiplicaron los panes y los peces sin harina o mónada? (78) Los milagros son imposibles; son fenómenos no entendidos, pero cuyo Principio los explica, y debemos obtener esta explicación y entenderla como hizo nuestro Maestro, quien la demostró controlando al hombre y a la materia. La flor decadente, la hierba que se marchita, el capullo plagado, el roble torcido, o la bestia feroz, junto con todas las discordias que incluyen al hombre mortal, enfermo, y pecador, no fueron creados por la Sabiduría suprema; son las falsedades de la materia, cosas del sentido en vez del Alma; las imágenes cambiantes de la mente mortal, no son en realidad sustancia o Vida, sino solamente una creencia de éstos. La mente del Alma abarca sólo las ideas inmortales, pero la así llamada mente del cuerpo es ilusión y no la Verdad del ser. El sentido personal declara que la materia es sustancia, pero este sentido no es sino una creencia de Vida e Inteligencia en la materia.

La elocuencia es inspiración; no depende de la erudición, sino es un fenómeno científico que muestra que todas las cosas son posibles para la Inteligencia; algunas veces se supone que surge del conocimiento obtenido de los libros, o también como procedente del espiritismo. Cuando la elocuencia procede de la creencia en un “espíritu” que se ha ido y que está hablando, y dice cosas que supuestamente la médium sería incapaz de decir, o incluso saber, las cadenas de la mente se han roto, y olvidando su ignorancia, por medio de la creencia de que otros hablan por ella, se vuelve elocuente más allá de su ser habitual, porque ella piensa que algún individuo, y no el único Espíritu, le está ayudando. Ahora, destruid esta creencia de ayuda, y la elocuencia desaparece, y los

límites antiguos que el sentido personal asigna se restablecen. Dice: “No soy capaz de usar palabras elocuentes, porque no soy educada”, probando el hecho de que “como un hombre piensa, así es él”. (79) Creyendo que ella no puede ser elocuente sin el conocimiento de los libros, su cuerpo responde a este pensamiento y la lengua que antes era elocuente ahora enmudece desvinculada de la base científica de que la mente no está confinada al desarrollo de los procesos educacionales, sino que posee primariamente toda belleza y toda poesía, junto con el poder para expresarlas; la armonía es captada pero no es entendida por la médium; la capta por medio de una creencia, y depende de ella; pero el Alma se da la palabra a sí misma cuando el sentido enmudece, de aquí la mejora; ella siempre fue capaz de hacer esto, y un “espíritu” o persona ajena nada tiene que ver con eso.

Las creencias del sentido personal, del Alma en el cuerpo, etc., limitan a la mente; el Alma libera al hombre, lo cual explica el fenómeno de los poetas improvisados y de los oradores no educados; al atestiguar este fenómeno en momentos falsamente llamados espiritistas, se interpreta sobrenaturalmente, lo cual circunscribe al fenómeno en un ‘ismo’. La materia se mueve por la mente, por medio de la volición de la creencia, o del entendimiento; todos los fenómenos armoniosos son producidos por éste último, y los discordantes por la primera. La ciencia remueve los fenómenos del misticismo y los deposita en manos de la interpretación; en la cual no es un misterio mayor el que la mente mueva una mesa sin una mano que el que primariamente mueva la mano y secundariamente la mesa, obedeciendo así a la creencia de que el único método de hacer esto es tomándola con la mano. La mente causa toda la acción en este caso a través de una creencia de que los “espíritus” lo hicieron, o de que la electricidad lo causó, o la creencia más común del poder muscular voluntario; en otras palabras, materia moviendo materia. (80) Retratos de individuos, vistas de paisajes, facsímiles de caligrafía, ciertas formas particulares de expresión pertenecientes al que se fue, y aun sus frases, pueden tomarse tan directamente de las mentes como los objetos que son perceptibles para el sentido personal; la mente ve lo que la mente abarca, igual que el sentido personal siente lo que el sentido personal toca. Tampoco es necesario que la mente que abarca el retrato, o párrafo esté presente individualmente con el clarividente. Cualquier vínculo mental en contacto con la mente, aunque los cuerpos se hallen a millas de distancia, es suficiente para reproducir éstos al clarividente; si los individuos se han ido, su aroma de pensamiento permanece, y este aroma es mentalmente olfateado y descrito. La mente tiene sentidos más agudos que el cuerpo; esto lo sabemos por experiencia, sin embargo, nunca creímos ser una médium y siempre hemos confesado esto abiertamente.

La materia se mueve sólo por medio de la mente de acuerdo con la ciencia o la creencia. Pero el empleo de un médium toma los fenómenos del racionalismo para llevarlos al misticismo, y le da Inteligencia a la materia en vez de a la mente. Los cuadros son formados mentalmente antes de que el artista los lleve al lienzo; así los clarividentes, percibiendo estos cuadros de pensamiento pueden copiarlos o reproducirlos, aunque se hayan perdido para el reconocimiento de la mente del que han sido tomados. La fuerte impresión que la amistad, o cualquier otro sentir intenso deja en la mente es imborrable, excepto para el sentido personal, de aquí que otra mente pueda percibir y reproducir la emoción. La clarividencia es sólo lectura de mente, mientras que la ciencia, a diferencia de la clarividencia, revela la Verdad a través del entendimiento mediante el cual obtenemos el Principio y la explicación de los fenómenos; éstos son puntos de vista

completamente opuestos a partir de los cuales obtenemos información; y la interpretación correcta de causa y efecto pertenece sólo a la ciencia. (81) La clarividencia sólo alcanza las realidades químéricas de la mente mortal, mientras que la ciencia no admite ninguna de estas cosas sino revela la Verdad fuera de la mortalidad y el error. Podemos beneficiar a nuestro prójimo a través de la ciencia del ser, pero a través de ella no le podemos hacer también el mal. La clarividencia puede hacer el mal, puede acusar erróneamente, y explicar sin fundamento científico. Si actuamos desde el punto de vista del sentido espiritual estamos en lo correcto, pero si actuamos desde el sentido personal, podemos hacer el mal continuamente. Aquellos que son sensuales pueden ser clarividentes, pero no pueden ser científicos, y lo científico no puede ser sensual. La predicción de los eventos es discernirlos espiritualmente fuera del sentido personal, lo cual es profecía y va de acuerdo con los antiguos profetas; o mediante una creencia la cual es clarividencia, o lectura de la mente.

Si estamos lo suficientemente avanzados en la ciencia del ser para mezclarnos con la Verdad del ser, somos videntes y profetas involuntarios, no porque estemos siendo controlados por “espíritus”, personas, sino por el Espíritu que es pureza, rectitud y omnipotencia. Conocer el pasado, el presente y el futuro es el oficio de la Inteligencia, sí, es la Verdad siempre presente; y entender que no estamos confinados dentro de los límites del sentido personal, confinados al oído y al ojo para el sonido y la vista, o a los músculos, huesos, etc., para nuestra locomoción, es ciencia, por medio de la cual discernimos algo del ser que es real. “Aunque tomemos las alas de la mañana y volemos hasta los confines más lejanos de la tierra, Tú estás ahí”. El Alma está siempre presente, abarcando a su semejanza, el hombre, y respaldando la idea de la Verdad para llevar a cabo pruebas de omnipotencia. La ciencia del ser nos capacita para leer la mente, predecir eventos que conciernen al bien universal, rastrear los registros del Alma, y recibir inspiraciones de Dios; pero no por curiosidad ociosa, o para hacer el mal, o para sumergirnos en las experiencias de los muertos o para conectar creencia errada y mortal con el Principio y sus fenómenos. (82)

En la ciencia leemos la mente desde la perspectiva del Alma, y con toda la precisión del astrónomo que calcula la trayectoria de los planetas. Esta lectura de la mente se distingue de la clarividencia en que es el entendimiento del ser el que está detrás del sentido personal, y es poseída por individuos altamente espirituales. Sus intuiciones son del Alma, revelan lo que perturba la armonía del hombre y lo que la promueve, y nos habilitan para sanar al enfermo. Nunca podremos entender a Cristo como el Principio del sanar, a menos que podamos leer la mente en esta manera, y discernamos el error que queremos destruir. La mujer samaritana dijo: “Él me dijo todas las cosas que yo había hecho, ¿no es este el Cristo?” También, al viajar con sus estudiantes, entendiendo sus pensamientos, los reprendía, etc.

A través de este sentido espiritual Jesús sanaba a los enfermos; y los eventos de gran importancia concernientes a la era cristiana y a la historia del mundo fueron predichos por los gloriosos profetas antiguos a través de la visión espiritual. Nuestro Maestro se refirió a la carencia de discernimiento espiritual en esta dirección cuando dijo: “hipócritas, que podéis discernir la faz de los cielos, pero no podéis discernir los signos de estos tiempos” en otras palabras, cuyo sentido personal era agudo, pero cuyo sentido espiritual era carente; él sabía que era una generación malvada y adúltera la que

buscando signos materiales, perdía las prerrogativas del Alma; su puñalada al materialismo de los tiempos fue aguda pero necesaria, y nunca se abstuvo de dar a la hipocresía la más severa de las condenas. Nuevamente, él dijo a esta clase de creyentes: “Hacen las cosas que no deben hacer, y dejan sin hacer aquellas que debían haber hecho”. (83) El gran Maestro de la ciencia cristiana sabía que un árbol bueno no produce fruto malo; que el Alma emite solamente Verdad sin error, mientras que aquello que procede del sentido personal es error; también, que la Verdad y el error no se mezclan; éstos son la cizaña y el trigo que crecen lado a lado pero que nunca se mezclan, sino esperan la cosecha, cuando la creencia cederá al entendimiento y el error será auto-destruido.

En el presente se pisotea a la Verdad, mientras que el error lleva las riendas, ¡con la virtud a precio de descuento! “Bien hecho, mi buen y fiel villano” es el sello del mérito de hoy, y la juventud parece estar ansiosa por el premio. Esta sorprendente aristocracia del mal es debida a la falsedad dorada del carácter individual, esos sepulcros blanqueados que contienen las carroñas muertas de la conciencia; los estudiantes de la Ciencia de la Vida tienen mayor responsabilidad que otros si son infieles a las enseñanzas de la conciencia y la razón. Dijo el malvado rey: “Lo odio, pues continuamente profetiza el mal para mí”. Los reformistas son denigrados por la clase que más los resiente: dejad que el bien diga la Verdad y la viva, y que el mal publique una mentira y la viva, y del primero se dudará y al último se le creará, no será sino hasta que el mundo avance y esté más cerca de lo que es la Verdad, que sus posiciones relativas serán entendidas y apreciadas.

Aquellos que entienden la ciencia del ser, dan testimonio de la Verdad, ya que deben entender lo que es indispensable para obtenerla. Jamás refutéis la calumnia excepto por causa de la Verdad, dejando que los años futuros expongan al calumniador y al mentiroso, y recompensen a quienes esperan en Dios; no temáis la falsedad individual y promulgad la Verdad lo suficientemente para lograr algún equilibrio para el mundo. (84) La tierra no contiene una mayoría de hombres rectos y en la proporción en que nos elevamos en la escala del ser aprendemos esto, pero si bien el mal presume de un mayor número, esto no tiene ningún beneficio para el pecador. Hoy el pecado ofrece una prima; dejad caer los límites de la moralidad y seréis el favorito de la sociedad; elevadlos más allá de lo que la sociedad puede alcanzar, y traeréis oprobio sobre el que así lo haga.

Las mujeres especialmente deben sostener el estandarte que reprende al vicio y decir a la virtud: únete a nosotros, y aunque luchemos bajo el azote, caeremos en nuestra armadura, o la depondremos en el campo de la victoria. Es más sabio preguntarse en épocas de prosperidad: “¿estoy en lo correcto?”, que preguntarse esto en la adversidad. Uno en un millón hace esto, pero ¿podríamos disminuir el número en contra de ese uno?

Lo correcto avanza lentamente y con pasos sangrantes, pero la Verdad puede permitirse la espera, pues “los años eternos de Dios son suyos”.

Hemos investigado el fenómeno llamado espiritismo, ambos, para convencernos a nosotros mismos de su naturaleza y causa, y para ser capaces de explicarlo; y hemos tenido éxito en la primera instancia, pero podemos haber fracasado en la segunda. Es

más frecuente que el médium narre algo sobre los que ya se fueron, o que los describan personalmente cuando están en compañía de quienes creen en el empleo de un médium, mostrando con ello que es el efecto de una mente en este plano la que está actuando sobre la de ellos. Nuevamente, toda la información que se imparte proviene de las mentes de los vivos en vez de las de los muertos. Que alguien conociera al individuo que falleció es evidente, y no es más difícil leer la mente del que está lejos que la del que está cerca. Pensamos en un individuo ausente tan fácilmente como si estuviera presente, de aquí que haya una facilidad semejante para discernir a la mente ausente que visitamos mentalmente. (85) La demanda de hablar de los muertos procede de la mente de los vivos, quienes, por creer en este proceso o por el anhelo de esta comunicación, la solicitan mentalmente, y ello alcanza a la mente tocada para responder, y esto produce el estado anímico del espiritismo. Todas las teorías y manifestaciones que surgen de la creencia son error: y la era importante para este periodo es el despertar o la resurrección del entendimiento a través de lo cual lo irreal cede a lo real, y los 'ismos' son abandonados; lo corruptible cede a lo incorruptible, y la creencia de la Vida en la materia o del Alma en el sentido da lugar al entendimiento de la Vida, de la Sabiduría, del Amor, y de la Verdad, en los cuales no hay materia consciente.

No es por la proximidad con otro que duerme a nuestro lado que podemos comunicarnos con él en nuestros sueños, o porque ambos seamos soñadores vagando a través de los laberintos del pensamiento. Si la Vida se ha vuelto real para los que se fueron, ya no pueden regresar a lo irreal; o si ellos están en nuestro lado y la vida transcurre para ellos igual que antes, nosotros no estamos dentro de su existencia consciente, ni ellos dentro de la nuestra, por lo tanto, estamos privados de la posibilidad de comunicarnos; nuestros sueños siendo distintos, no pueden mezclarse; aunque estemos lado a lado. Si aquellos que se han ido han obtenido un entendimiento de la Vida mejor que el nuestro, han avanzado más allá de nosotros; en cuyo caso, aunque pudiéramos, no los traeríamos de regreso a nuestra ignorancia para que puedan reunirse con nosotros, y no podríamos hacerlo, aunque quisiéramos; tampoco podemos avanzar a su plano de entendimiento excepto a través de seguir sus pasos, y éstos todavía no se han tomado. Si un hombre sueña que está cruzando el Atlántico, y otro los Andes, ellos no están en comunicación, aunque estén lado a lado, y ambos estén soñando. Esto por lo tanto representa a los así llamados muertos y vivos que están en los planos terrenales del error y no se han vuelto Espíritu; pero que no pueden comunicarse entre sí porque sus creencias de muerte los han separado. (86) Nuevamente, suponiendo que un hombre esté soñando y que otro, despierto, esté consciente de la ilusión de su amigo, ellos ciertamente no se reúnen ni se mezclan mentalmente; de la misma manera los vivos y los muertos están separados, ya sea a través de una creencia de que murieron, o del entendimiento de la Vida fuera de la materia.

La visión del Alma es independiente de la óptica; pero la creencia de que la vista depende del ojo, y de que el pensamiento debe tener sonido para alcanzar nuestra aprehensión, cierra el entendimiento de la mente, y revierte el orden de la ciencia. Destruid la creencia de que le debemos a la organización nuestro oír, ver, tocar, etc., y oiremos sin un nervio auditivo o un tímpano, y veremos sin la óptica. Algún día todos probaremos esto, y que los sentidos espirituales son verdaderos, y los personales, falsos. Un órgano no es más que el símbolo de la vista, oído, etc.; solamente la expresión de éstos; y entenderlo así sería retener nuestras facultados por derecho de propiedad y

gobierno del Alma; y oír, ver, etc., con la mente en vez de la materia; lo cual es la única declaración científica del sentido y del Principio del hombre inmortal. La relación verdadera entre Alma y cuerpo revela que éste último no tiene sensación o Inteligencia, y que es la idea del Alma; entender esto nos abre la visión a las capacidades del ser, las libera del sentido personal, explica los así llamados milagros, y saca a relucir las posibilidades infinitas del Alma que controla a la materia, discierne la mente y restaura el derecho de dominio que el hombre tiene por nacimiento. (87) Acallad la creencia de que estamos en el cuerpo, y discerniréis el pasado y el futuro tan claramente como los eventos de hoy; pero esto es la ciencia de la Vida, no espiritismo. El orden y la naturalidad de los fenómenos que ahora nos parecen un misterio y una maravilla son percibidos cuando recordamos que la mente controla a la mente, y que materia es tan sólo otro nombre para la mente; una mesa o un piano son movidos por la mente en vez del músculo, y deberíamos probar nuestro poder en esta y otras direcciones si admitimos esto, pero al no admitirlo, virtualmente no lo tenemos, igual que el caballo débilmente se somete a la rienda, inconsciente de su poder; los fenómenos que proceden de la creencia pierden su poder cuando perdemos la creencia que los ocasionó; la materia es mente manifestada.

Una mala interpretación obstaculiza la armonía del fenómeno, y lo deja en manos de la ignorancia y el mal uso. La clarividencia prevé el futuro y repite el pasado que está en daguerrotipo sobre la mente mortal únicamente, pero no está basada en ningún Principio o Verdad; son opiniones mortales que no vale la pena obtener. Un evento pasado es memoria, una facultad de la mente, y uno futuro es percepción, otra facultad mental; todos los eventos son mente antes de ser materia. El empleo de un médium es una creencia en “espíritus” individualizados, también es una creencia de que estos “espíritus” hacen mucho por vosotros, el resultado de lo cual es que sois capaces de hacer menos por vosotros mismos. Porque algún evento, conversación, o incluso una simple circunstancia es más fácilmente rastreable para el clarividente que otros, se debe al hecho de que las emociones mentales que produjeron fueron más vívidas, por lo tanto, están más claramente definidos en la mente. Cuando el clarividente os dice algo que habíais olvidado hace mucho tiempo, es inútil argumentar que él nunca leyó eso en vuestra mente porque no lo recordáis. (88) De ninguna manera es necesario que la memoria de los presentes retenga lo que el clarividente ve. Las creencias, e imágenes de pensamiento no están limitadas al espacio o sentido personal, ese estrato más burdo de la mente mortal. El clarividente no ve por medio de la luz solar o de un objeto que deja su impresión en la retina; y nuestra prueba de que la mente mortal es el elemento de todas las cosas sublunares es que éstas existen para esta mente lo mismo que existen para el sentido personal. El lector deberá hacer la distinción entre el espiritista y el individuo; indudablemente hay propósitos nobles en los corazones de mujeres y de hombres nobles que creen ser espiritistas.

La ciencia de la Vida que se obtiene a través de pasos lentos y solemnes, a costa de todo ‘ismo’ y ‘ología’, unirá al ser dentro de una cuerda de seda de buena voluntad hacia el hombre; pero no hay más que una sola manera correcta bajo el sol de hacer esto, es el camino mismo de la santidad. No debemos colgarnos de las faldas de otros, sino poseer, en nuestra propia identidad, algún mérito propio no prestado por otros; y ¿hay algo más ciego que no admitir nuestros propios errores? Sin embargo, el así llamado espiritismo niega toda responsabilidad individual y literalmente deja caer el peso de todo bien o

todo mal sobre los hombros de los muertos. Aunque valoramos la caridad para nuestro prójimo, no tenemos ninguna caridad para una creencia que inevitablemente cierra la puerta a la razón y a la revelación, y roba a la mente en la oscuridad análoga del barbarismo. Si no fuera por la interpretación equivocada de los fenómenos mentales, a través de la creencia en el espiritismo, los signos de la ciencia habrían sido discernidos con anterioridad, y los fenómenos de hoy que han sido atribuidos a agencias personales habrían descansado sobre la base del Principio. Es preferible dejar en paz a los fenómenos no entendidos, hasta que se dé una explicación en la que se despoje a estos de la charlatanería y la avaricia ventajosa y se contribuya al bienestar general. (89) El Principio requiere ser entendido; pero los fenómenos que no están basados sobre el Principio pueden ser falsamente interpretados pues son creaciones del sentido en vez del Alma.

Cuando la sensación procede del Alma en vez del cuerpo, las impresiones son lúcidas y puras, y las intuiciones son correctas y armoniosas. Pero cuando la mente mortal, o la creencia las produce, la discordia, la enfermedad, el pecado y la muerte son el resultado. El mesmerismo es un error que deja al hombre a merced de la materia, de la voluntad, del capricho, y de la mente mortal; Dios, el Espíritu, jamás hipnotizó al hombre o a la materia. El objeto más simple en manos de un sujeto hipnotizado puede espantarlo con una creencia de peligro; una servilleta puede convertirse para él en una serpiente que lo muerde; y esta es la sensación que es creencia. Colocad en su mano una manzana fresca; creadle la creencia de que está caliente, y se produce al instante la sensación de dolor que produce el fuego; destruid esta creencia de quemadura, y el dolor desaparece. ¿No prueba esto que el dolor es una creencia? Nuevamente, cualquier objeto que el hipnotizador presente mentalmente a su sujeto será visto por éste; ¿no prueba esto que los así llamados sentidos del cuerpo son mente, en vez de órganos y nervios? Pero el mesmerismo debería ser restringido para no hacer el mal; de cualquier manera, es un vergonzoso desperdicio de la razón y la honestidad. El dolor y el placer son producidos por la creencia, dada la ausencia de todas las condiciones que los ocasionan y esa es otra prueba de que la sensación es mente y no materia. Admitir que la mente ve, oye, siente, etc., sin mediación de la materia, es un paso hacia la ciencia.

En la clarividencia genuina no hay sensación en el cuerpo durante su duración. (90) Pero ver en la creencia es no ver en la realidad; la base de la ciencia del ser repudia el mesmerismo, y produce resultados exactamente opuestos; destruye a la creencia, e insiste en el entendimiento. Las opiniones personales o la creencia no pueden desecharse prematuramente. Admitir que el error requiere de un cierto periodo durante el cual nos preparamos para la escuela más elevada de la inmortalidad, es un grave error; no hay necesidad de “hacer el mal a manera de que el bien pueda venir”; la ciencia empieza correctamente para terminar correctamente, y no se puede empezar correctamente prematuramente. Razonar partiendo de premisas falsas nunca ha producido conclusiones correctas. Dios nunca hizo el mal; el error produce error, y la creencia desaparece cuando la Verdad es entendida, así como una nube pasa de largo frente al sol. La ciencia contradice al sentido mortal, y revela en su lugar el entendimiento inmortal que da armonía al hombre. La sabiduría no se obtiene del conocimiento que trajo pecado y muerte al mundo; tampoco se encuentra en la pulpa llamada el cerebro del hombre; esta así llamada mente no es sino la creencia de que la materia abarca la mente.

El magnetismo carece de base científica; es una creencia o error controlando a otro. Que el Espíritu hipnotice o anime a la materia dándole Vida e Inteligencia es el error fundamental del hombre mortal. El Espíritu no puede impartir Inteligencia a la no inteligencia, no tiene electricidad, etc., las emanaciones del materialismo son electricidad, y el mesmerismo es charlatanería pura. La base inmortal del hombre no es materia, electricidad, cerebro, huesos, etc., sino el Espíritu que tiene entendimiento; no el sentido, sino el Alma; y los fenómenos que proceden de este Principio fundamental del ser son reales y armoniosos. (91) Un deseo de hacer lo correcto puede errar el método de hacerlo, pues la creencia es cambiante e irreal; la intención puede ser correcta, pero si el Principio de los fenómenos es malinterpretado y se atribuye a la persona, la electricidad, etc., su fundamento es una creencia, en cuyo caso la ciencia no es discernida y los fenómenos son dejados a merced de una mala interpretación y a la discordia. No es inusual encontrarse a uno mismo errado en creencia. El miserable cree ser rico, pero el hecho permanece que es pobre; un individuo piensa que el dinero hace al hombre, otro, que el hombre es más que el dinero; todavía otro piensa que el hombre controla al hombre en conjunción con Dios, pero estos son errores graves; el médico piensa que su método es correcto por haberlo aprendido en la escuela de Hipócrates; pero la Verdad revela que el conocimiento es la causa, en vez de la cura de la enfermedad, y que no hay sino un médico que destruye la enfermedad, y que nunca pierde un sólo caso si el paciente sigue las instrucciones, y sin embargo este médico no es popular en el presente. ¿Os gustaría saber su nombre? Es la Ciencia del ser.

Nuestro falso razonamiento es lo que hace todo el daño que puede hacerse; admite poder en la materia y divide a la Sabiduría entre la materia y Dios, dándoles a ambos Inteligencia separada y acción y poder distintos, cuando en realidad no hay sino una mente, pues no hay más que un Dios; el hombre no es una Sabiduría o Inteligencia separada. Dios abarca toda Inteligencia y no se alía con el hombre o la materia, pues esto involucraría a todo el conglomerado en la ignominia, e implicaría que a veces la Verdad es derrotada por el error. El gobierno del hombre no es el reino del cielo, o reino de la armonía, pues el gobierno de Dios requiere lealtad al Alma y no al sentido; pero las opiniones fabricadas por el hombre promueven lealtad al sentido, y traicionan al Alma; en resumen, ellas tienen “otros dioses delante de Mí”. (92)

La civilización no carece de su idolatría; un medicamento es su Dagón; al Principio se le ruega, no se le resuelve, y la materia controla al hombre; todas las discordias provienen de esta fuente. Los nervios, el cerebro, los pulmones, el corazón, el hígado, etc., dominan al hombre; el té, café, tabaco, licor, etc., son los ídolos ante los cuales se arrodilla. No hay otra volición, acción, o gobierno que Dios, y sin embargo el sueño de Vida en la materia niega esto, y le da todo al sentido personal, lo cual haría al mal más poderoso que el bien. La creencia de que la materia es un poder que lleva las riendas del gobierno del hombre, predomina, y los resultados son huesos fracturados, miembros paralizados, cerebros reblandecidos, enfermedad y muerte. El Maestro sanó a los enfermos sobre la base opuesta del hombre, y controló a la materia para producir resultados dignos de la Inteligencia; el cristianismo primitivo escuchó las palabras de la Sabiduría, y echó fuera “los espíritus”.

Los golpeteos de Rochester inauguraron una mofa destructiva del orden y la moral. Los signos físicos que manifiestan la Sabiduría infinita no contradicen la Verdad; pero las manifestaciones del sentido personal en el tiempo o en la eternidad son los resultados del error. Sanar a los enfermos no es la demostración completa de la ciencia del ser, pero sí abarca un mejor entendimiento de Dios, del Alma gobernando el sentido, que el de la materia médica o el mesmerismo. Sanar a los enfermos en la ciencia es la Verdad echando fuera el error; sí, es tomar a Dios como el Principio del hombre para gobernar al cuerpo; pero sanar a los enfermos mediante el empleo de un médium, el mesmerismo, los medicamentos, etc., es un error mayor venciendo a uno menor, y es permitirle que se apodere aún más de territorio prohibido. ¿Es correcto esperar de los medicamentos una bendición que la Sabiduría no tiene? ¿No es Dios suficiente para las necesidades del hombre?

El misterio es el vástago de la ignorancia, y la opresión surge a partir de gobiernos no entendidos. (93) Escojamos hoy a quién vamos a servir, y mantengámonos en esa decisión; definiendo francamente si nuestro amo es Dios o la materia. No hay secuelas de una enfermedad que ha sido destruida por la Verdad, ni jamás obtenemos una tuberculosis a consecuencia de un sarampión; pues ello retiraría la demostración de manos de la Sabiduría y el saldo de poder quedaría a favor de la enfermedad. El *Yo soy* es la Inteligencia que toca las cuerdas del hombre para todo resultado armonioso, pero el sueño de que la Vida y la Inteligencia están en la materia pretendería hacer de este “Yo”, ambos, materia y Espíritu; lo cual es imposible.

Sanar a los enfermos por medio de la Inteligencia es ciencia en obediencia a la Sabiduría que dio al hombre dominio sobre las serpientes, bebidas mortíferas, etc., y es el control natural y normal que el Alma tiene sobre el sentido. Uno de los más grandes absurdos del razonamiento humano es admitir que la persona, o la materia sean mejores médicos que el Principio del hombre y del universo, lo cual se aprende de la ciencia. ¿Acaso no nos sonrojaríamos al decir que el hombre es un mejor músico que el Principio de la música? La fisiología, la higiene, o la materia médica no tienen pretensiones en común con la Inteligencia, el Principio del ser; y el empleo de un médium, el galvanismo, el mesmerismo, etc., son los colaboradores de la charlatanería. Una vez escuchamos decir: “Mi espíritu guardián está más cerca de mí que Dios”. Esto sin lugar a dudas era cierto; no entendiendo literalmente nada de la ciencia del ser, la personalidad era, para él, superior al Principio; y cualquier cambio de creencia erigiría un nuevo estándar de conciencia.

La teoría llamada espiritismo objeta un Dios personal, pero no hay ningún ‘ismo’ que dependa tan directamente de la personalidad. Las excepciones individuales a este error alcanzarán un estándar más elevado tarde o temprano; y abandonarán su base material, tales como la electricidad, las condiciones de la materia, el empleo de un médium, las sesiones oscuras, etc., por la ciencia de la Vida. (94) La palabra espiritismo está siendo cómicamente mal aplicada cuando es usada para designar a una secta que supuestamente sostiene relaciones con los ‘espíritus’, no con el Espíritu, sino con la personalidad, que en algunos casos es “sensual y demoníaca”. El significado verdadero del espiritismo es un reinado del Espíritu sobre la materia, del Principio sobre la persona, en la cual el Alma, en vez del sentido, gobierna al hombre. Cualquier error es una creencia de materia, y no puede proceder del Espíritu, Dios; cuando los que se

fueron se vuelven Espíritu, aquellos en la tierra que creen en la sustancia material no pueden tener mayor comunicación con ellos que lo que la oscuridad puede penetrar la luz que la destruiría. Cuando alcancéis la comunión con el Espíritu, habréis obtenido las comunicaciones de la Verdad solamente.

El así llamado espiritismo tiende a destruir toda confianza en el entendimiento y la ciencia. Al admitir que hay una comunicación entre el mal, aquí y allá, ambos, en el tiempo y la eternidad, estamos flotando sobre las olas rompiendo del error, donde nada puede detener su torrente que se estrella a perpetuidad en las costas del tiempo.

Aprendemos la Verdad de la revelación divina y de nuestra demostración; aquello que no podamos entender y demostrar con certeza científica y armonía, será mejor hacerlo a un lado, pues nos deja a merced de la creencia. La ilustración del espiritismo es un círculo dentro del cual un cuerpo material espera ser hipnotizado por otro cuerpo espiritual que se encuentra bajo la mesa, o quizá en ella, y quien os informa que él ronda eternamente regresando a las cosas del tiempo, y que esto es un progreso a través del cual se vuelve Espíritu, Dios (?) mientras que al mismo tiempo ¡sostiene una gloriosa relación con la materia, la sensualidad, y el pecado! (95)

A diferencia del 'ismo' del Espiritismo, debe recordarse que otras doctrinas pronuncian el nombre de Dios con reverencia; mantienen que la Biblia es el libro de libros; enseñan a los labios infantiles la plegaria del Padre Nuestro; y ordenan que el hombre obedezca los diez mandamientos que son perfectos en Sabiduría. Las excentricidades de sus métodos, el lenguaje vernáculo aborígen de sus oráculos, sus ritos y ceremonias que prefieren la oscuridad a la luz, y sobre todo su moral laxa, hacen que el así llamado espiritismo no amerite el lugar que ha alcanzado dentro de la sociedad; sin embargo, haciendo a un lado éstas que son sus características peores, tiene un humanismo y una liberalidad que deberían redimirlo del encaprichamiento con el empleo de médiums. El Espíritu no tiene ni Vida ni Inteligencia en la materia; y si nuestros amigos que se fueron son Espíritu, y nosotros pensamos de nosotros mismos como en la materia, no podemos entrar en comunicación con ellos; o si ellos permanecen en la creencia de la materia, nosotros les hemos cerrado la puerta de nuestra conciencia por una creencia del cambio que la muerte ha efectuado, haciéndolos ya intangibles al sentido personal.

Repetimos, si quisiéramos comunicarnos a través de los afectos, deberíamos estar en el mismo plano de creencia o entendimiento que ellos para que esto fuera posible; y si su cuerpo ha cambiado para nosotros (como es manifiesto por su entierro) así también sus afectos han cambiado; y no podemos estar en comunicación con ellos sobre las bases anteriores del sentido personal y la simpatía. Estamos separados mentalmente de conformidad con nuestras perspectivas y nuestras bases de manera tan eficaz como la distancia aquí separa nuestros cuerpos. El fenómeno producido por el médium es lectura de mente en este plano, y nada más. Alguien aquí sabe todo lo que el médium dice; las imágenes con las cuales adornan la expresión no son más que conjeturas e imaginación, vanas, o bien son pensamientos que se han liberado de los límites del sentido personal, y lo triste es que ellos no lo entiendan así. (96)

El médium describe enfermedad, pecado y muerte; y esta descripción viene supuestamente del Espíritu, el cual no sabe absolutamente nada de la materia o error, así

perpetuando el error que requiere ser minuciosamente analizado y destruido. El médium tiene una cierta circunferencia y nunca va más allá de esos límites; al mismo tiempo argumentan que el espiritismo es el progreso que capta la inmortalidad. Pero la mayoría de lo que es llamado espiritismo es simplemente impostura, ni siquiera es clarividencia o lectura de mente, sino fraude a cambio de unos cuantos centavos. Hasta que no se detenga la así llamada comunicación entre los muertos y los vivos, la enfermedad, el pecado y la muerte continuarán; hablar del error y creer en él hacen toda la realidad que hay en él. Lo que se ha llamado espiritismo no se eleva más allá de las opiniones personales y las perspectivas mortales. Un balón propulsado hacia arriba o hacia delante y que está sujeto a la gravedad, nunca perforará la inmensidad. La gravitación terrestre debe ser excluida o el balón se detiene. Así es con la mente que deja la materia; y ¿encadenaríais aquello que ya ha sido liberado con lazos terrenales a las condiciones materiales? Aunque quisierais, no podríais; estamos juntos en comunión sólo como Espíritu con el Espíritu, lo inmortal con lo que no muere; o la materia con la materia, lo mortal con la mortalidad, y ¿acaso estáis vosotros libres de las ataduras mortales, o está vuestro ser querido, que ya se ha ido, atado a vosotros? El sueño de Vida e Inteligencia en la materia es destruido cuando el cielo, la armonía del hombre, se alcanza. Los que han muerto para el sentido personal están vivos para el Alma y preservan todas las prerrogativas del ser, pero puesto que el sentido personal entierra sus cuerpos, pierde de vista este hecho, mostrando así que estamos virtualmente separados, y ellos ya no están en simpatía con nosotros pues para sí mismos no hay un cambio consciente; de aquí que nos perdamos mutuamente de vista. (97) Nosotros mantenemos una creencia de ellos como muertos, en un sentido, y proseguimos en ella, y ellos lo opuesto, entendimiento, y prosiguiendo en ello, por lo tanto, nuestras direcciones comienzan a separarse a partir de ese momento si ellos comienzan en la ciencia, pues lo nuestro es error, de otra manera no enterraríamos el cuerpo, y los viejos y familiares rostros no desaparecerían; los así llamados muertos deben tomar un nuevo campo de acción, y a nosotros nos queda el anterior. Cualquier desviación de este resultado natural en el progreso no es más que creencia y error.

Alguna mente aquí retiene la imagen del que se ha ido, o bien ellos han dejado esta imagen en la atmósfera de la mente en general; las palabras y actos de grandes hombres pueden ser repetidos por otras mentes, al menos en parte. La creencia dice que los que se han ido producen el fenómeno del Espíritu que se comunica con la materia, pero eso es todo lo que hay en el empleo de un médium, creencia. Decir que los muertos afirman la realidad de la enfermedad y la muerte luego de que la falsedad de éstas ha sido probada por ellos al entender que la enfermedad no los mató, mientras que nosotros decimos que sí lo hizo, es un esfuerzo muy equivocado para confirmar, a través de la evidencia post-mortem, un error del sentido personal que debería estarse desvaneciendo para los que se fueron y para nosotros. La ciencia del Alma destruye el sueño de Vida en la materia, consecuentemente de la enfermedad, del pecado y de la muerte, y dice: “Dejad que los muertos entierren a sus muertos” esto es, dejad que el error del sentido personal sea destruido y no resucite mediante el espiritismo, y “sigue tú a la Verdad”, la Vida del hombre.

Que haya una intercomunicación entre los así llamados muertos y los vivos es una creencia solamente y no una realidad; es otro ‘ismo’ que está en guerra contra la ciencia y que abre de par en par una caja de Pandora sobre la humanidad. (98) Que justo cuando

la era se está preparando para emerger del error dogmático, las fuentes del pensamiento sean envenenadas u obstruidas con semejante misterio y locura, es un complot miserable a cambio de unos centavos, o una ignorancia digna de épocas oscurantistas. Conforme la mente se libere de sus creencias más burdas en la materia y se vuelva más espiritualizada, los fenómenos que de ahí resulten se volverán más maravillosos y serán entendidos sobre la base del Alma que proyecta así su propia idea de Inteligencia y Vida, y las opiniones del saltimbanqui y del charlatán que perpetúan la enfermedad y el pecado, la discordia y la mortalidad serán refrenadas. Pero aquí el pensador avanzado deberá esperar hasta que los 'ismos' y lo insustancial hagan una pausa antes de desprestigiarse, de manera que los buitres que se aprovechan del momento tienen mucho en sus manos. La debilidad y la hipocresía por una parte y por otra la persecución, se mantienen como conserjes ante la puerta del error para obstruir los destellos de la Verdad. Aunque la ciencia del ser está hoy avanzando a grandes pasos como nuestra investigación lo asegura, se requiere aún más que esto, y aquel que no deje todo por la Verdad, no es merecedor de ella. Cada paso de la espiritualidad está ligado a la Sabiduría, pero nos lleva ahí a través de grandes tribulaciones; mayor violencia sufrirá la Verdad conforme las capacidades de la mente se desarrollen, hasta que la mente sea entendida mejor, y pueda ser enfrentada y restringida por la ciencia.

Las leyes penales pueden restringir las manifestaciones del error y castigarlas, pero no pueden alcanzar al pensamiento sutil antes de que se manifieste; sin embargo, la ley superior de la ciencia destruye el error mental antes de que éste resulte en actos; así evitando el castigo, y procurando un remedio para la consternación y la maldad entre los periodos de materialismo y espiritualidad. (99) La contienda entre el error y la Verdad por medio de la cual todos los 'ismos' finalmente desaparecerán, y la era entrará en la ciencia, se ha estado llevando a cabo con la pluma y la con la boca durante siglos, y, sin embargo, el pecado, la enfermedad y la muerte abundan, porque la ciencia que llamó a la batalla ha sido sofocada con opiniones y teorías. Nos enorgullecemos de las leyes materiales, pero encontramos que éstas fracasan en librarnos de la enfermedad, el pecado y la muerte; lo que necesitamos es la ley espiritual, la jurisdicción del Alma sobre el sentido, la cual es más potente que el hombre para resolver la salvación en obediencia al mandamiento: "Trabajad en la obra de vuestra propia salvación", pues Dios trabaja junto con vosotros. La humanidad ha vivido por siglos sobre plataformas materiales, trabajemos ahora sobre una espiritual para las generaciones venideras, y el cuerpo se volverá armonioso e inmortal.

Cualquier modo de tratar a los enfermos que involucre la manipulación, la fuerza de voluntad, o el mesmerismo, es un sustituto muy malo de la ciencia; en primer lugar, es moralmente equivocado pues comete una equivocación al inocular el error, y es mejor tomar un veneno inanimado que el mal en la naturaleza de algunos individuos. Entre menos limitado sea el poder de una mente malvada, mayor pecado cometerá; es el convicto que se ha escapado y que se aventura en los crímenes más osados de acuerdo con la oportunidad que se le presenta. A menos que el crecimiento moral iguale al conocimiento que obtengáis de los poderes de la mente, para enfrentarlos y restringirlos, confinándolos a hacer el bien solamente, este poder mental desarrollado debe ser temido. Robar no es peor física que metafísicamente, y no está en el ámbito de vuestra incumbencia controlar la mente de vuestro prójimo excepto para hacerle el bien, así como no está en el ámbito de vuestra incumbencia controlar su cuerpo, o su casa;

cualquier intento de hacer esto debería ser exhibido y castigado; la mente debería ser protegida, así como protegemos al cuerpo, y cualquier interferencia ahí que esté fuera de la ley moral de la ciencia es un error flagrante. La ley más elevada de la justicia prohíbe esta acción malévolas, y en la ciencia espiritual vuestro sentido más vivificado de lo correcto lo vuelve imposible. (100) Podemos saber cómo es que un criminal roba en un tren, y cómo para este propósito lleva una daga escondida en su seno, pero un individuo de moral común no haría esto. Traer la Verdad del ser a la conciencia y al entendimiento del enfermo es la ciencia que lo sana, y que eleva a su poseedor por encima de semejante crimen; pero controlar mentes con propósitos avariciosos o vengativos envilece la práctica mental llevándola a cometer cualquier error. La ley de la Verdad, escrita en el Alma, es el motivo que gobierna en la ciencia, y aquel que vierta en las mentes de sus pacientes falsedades para sus propios propósitos siniestros, habrá cometido un error fatal que se verá en sus pacientes; no solamente obstaculizará su recuperación, sino que volverá al practicante ineficaz para designar el nombre de Cristo, y hará así a la Verdad impotente en sus manos; todo lo que él logre después de esto, será a través del mesmerismo. Cualquier interferencia en la práctica con la libertad e imparcialidad de la mente, más allá de lo que se relacione con la enfermedad, y el ayudarnos unos a otros con nuestras cargas, “cumpliendo así con la ley del Cristo”, es adversa a la ciencia, y deja a quien comete el error de hacer el mal con la única alternativa de hablar ciencia y practicar el mesmerismo; si bien la sentencia contra este trabajo malévolas no se ejecuta de inmediato, este pecado no queda sin testigo. El lazo perjudicial entre mente y materia, llamado tabla de escritura espiritista, declarando sus múltiples falsedades, es un prototipo del trabajo deficiente que algunos individuos hacen en el tránsito de sus naturalezas anteriores hacia ser un mejor hombre.

Estamos acostumbrados a pensar que ver sin la óptica es una visión secundaria, pero ésta es la visión primaria; la condición normal misma de nuestro ser. Aquel que formó el ojo, ¿no veía acaso? ¿No posee el Espíritu cada facultad de la Inteligencia? (101) Que la visión no está en el ojo es evidente cuando el sujeto hipnotizado ve a través de diferentes porciones de la cabeza, según el capricho de la creencia. La pregunta surge en la humanidad, si vamos a comenzar a demostrar el ser en la ciencia, o lo dejamos todavía en manos de la creencia y a merced de las teorías, - sanar al enfermo con la Inteligencia, o aferrarnos a los medicamentos sin vida para que estos hagan el trabajo de la Sabiduría, y solicitar consejo a las personalidades que ya se fueron para dirigir nuestras vidas. Lo que necesitamos es entender el Espíritu que es la Verdad, y no a los “espíritus”, pues no hay sino un Espíritu, el Alma universal, que sabe todas las cosas. La materia que se mueve, la vista y el tacto mentales etc., tienen su explicación científica así; pero los fenómenos no entendidos están a merced de la creencia, y su interpretación verdadera sólo se obtendrá hasta que la creencia sea destruida. Nuevamente, el entendimiento de la Verdad no se obtiene a través de lo que vemos, oímos, o tocamos, pues un sentido personal de las cosas depende sólo de la creencia; por lo tanto, el punto de partida para la evidencia del espiritismo no es científico. Si la creencia fuese tan absoluta que pudiésemos conversar con los muertos, verlos, oírlos y tocarlos, como es nuestra creencia de la Vida en la materia, ellos serían igual de aparentes para nosotros, y sin embargo esto no presentaría la Verdad del ser, un cuerpo sin sensación. El Alma y su manifestación son lo único que es real; todo aquello que pudiese crear discordia, o decir una mentira se ha probado que es carente de Principio, y no es la idea de la Verdad; cuando la ciencia de nuestro ser se haya obtenido, aquellos que viven del truco

habrán perdido su ocupación. En la marcha progresiva de la Verdad, el error enterrará a sus muertos y nunca resucitará al error; pero antes de que llegue esta hora puede ser que el error tome para sí mismo siete creencias más erróneas que al principio, y que se lance más profundamente dentro de la oscuridad. (102) Este Babel ya ha comenzado; el empleo de un médium ayuda a ocultar el camino de la Verdad; ello será el origen de una mayor discordia; un lazo formado entre el error de otro plano de existencia y éste, pero esto sería otro error que la Verdad finalmente destruirá.

Decimos que la materia es opaca o luminosa, pero esto debería decirse de la mente que es transparente según sus imágenes sean fácilmente percibidas, o que absorba y refleje sólo muy poco. Una mente transparente, refleja los pensamientos de otras mentes y los reproduce, y esto es supuestamente obra de los que ya se fueron. La prestidigitación ha producido manifestaciones más notables que las de los médiums, pero lo que se hace con entendimiento es mejor que lo misterioso; la habilidad es más racional en esta época que la superstición. La materia que se mueve, la historia que se repite, las imágenes que se extraen por la mente en este plano; y aquello que no entendemos, y de lo cual nada sabemos, está ahí; dejemos que la ciencia interprete estos puntos, y no enlacemos el error con el error a través del tiempo y la eternidad. Careciendo de la base de la ciencia, decimos que la Inteligencia está en la materia, que la mente por sí misma no puede producir fenómenos; también decimos que el cuerpo está enfermo independientemente de la mente; que la materia actúa por sí misma, etc.

Una cierta circunstancia nos fue relatada por un caballero anciano que era un distinguido hipnotizador. Él dijo a un sujeto que estaba bajo el control de su voluntad: “Usted tiene una quemadura en su mano”, y el sujeto comenzó a sufrir de inmediato; la carne se levantó en una ampolla que se abrió y descargó un fluido acuoso. Luego, continuó el narrador, destruí la creencia de que había una quemadura, y la piel se volvió tan lisa y natural como anteriormente. Nosotros no presenciamos esta prueba de la creencia, pero habiendo visto al hipnotizador trabajar en otras ocasiones previas, y sabiendo de la veracidad de este hombre, y del poder de la creencia, no dudamos de sus palabras. (103)

La evidencia que viene de uno de los sentidos personales no es más improbable que aquella que viene de otro; ver mentalmente la mente de otro no es más imposible que tocarla; entonces ¿por qué dudar de que veamos lo que la mente contiene, lo mismo que podemos sentirla? Podemos sentir el dolor de los enfermos, y las penas que no son nuestras pueden hacernos llorar; el hecho es que nosotros vemos y tocamos, oímos, saboreamos y olfateamos a consecuencia de la mente y no de la materia, y mediante la simpatía de la mente; todo es mente, y la materia es una de sus creencias. Si no fuera por la interpretación de la ignorancia, la base de todas las manifestaciones físicas habría sido descubierta hace mucho tiempo, y se le hubiera dado una explicación científica; el pensamiento que está despierto hubiese discernido los signos de la ciencia en el fenómeno, si la creencia, como es usual, no lo hubiese malinterpretado.

Una ausencia de elocuencia es causada por la creencia de que solamente las escuelas y universidades poseen la clave para ello, o de que se carece de algún requerimiento especial; destruid esta creencia y romperéis las cadenas de la mente que aprisionan a sus facultades y liberaréis a los cautivos para expresar las bellezas del ser. Las flores, los

pájaros, las olas, las montañas, y las tormentas son elocuentes, y así es el hombre; aun los sonidos del bosque son a veces mejores oradores que sus sapientes vecinos, en razón de que entre más cerca estamos de nuestro ser original, más damos la palabra al Alma, y es esta Inteligencia universal que está fuera del lenguaje la que abastece todo lo que es sublime o bello en las palabras. Se preguntó, haciendo referencia a Jesús: ¿“Cómo es que este hombre conoce tanto de letras, no habiendo estudiado nunca?” (104) La elocuencia es la voz del Alma, son las palabras de Dios no obstaculizadas por los libros, los convencionalismos o los temores del hombre; ni el recordatorio auto-acusatorio de no haber estudiado puede perturbar al hombre inspirado. He visto hombres eruditos a merced de los libros, y al hombre poco educado siendo más elocuente que ellos; el así llamado médium se libera de sus creencias mediante la suposición de que algún otro está hablando por él, y así habla más allá de los límites admitidos de su propia capacidad. El Alma es infinita en elocuencia, así como en todo lo demás, pero el sentido es finito en esto, así como en todo lo demás; aquellos que son inspirados por el Alma no son comprendidos por el hombre del sentido, y el que es inspirado por el sentido es un médium engañado en cuanto al origen de lo que dice. La víctima del delirium ve objetos a través de la evidencia indistinta del engaño, y así lo hace el que duerme, el médium o el clarividente, y el hombre mortal. Donde no hay certeza acerca de los fenómenos, ni existe evidencia del Principio, no hay fundamento real. Todas las teorías que están fundamentadas en la teoría de que el Alma está en el cuerpo, Dios en el hombre, y la Inteligencia en la materia y que dicen que por lo tanto debemos desarrollar desde el interior hacia lo exterior, son falsas y fatales para la ciencia. La Sabiduría está fuera del cuerpo, desarrollo es entender esto, abandonar la creencia de que la Sabiduría está dentro de un cráneo, y captar que nuestro ser-Dios está fuera de la materia. No hay “vida interior”; pues la Vida es Dios, y ¡Dios nunca ha emigrado al hombre! La causa no ha estado nunca en su efecto. En la práctica común no hacemos el intento de introducir lo mayor dentro de lo menor; y si el Alma es superior al cuerpo, está fuera de él; y si Dios es superior al hombre, no está en el hombre; y más aún, el hombre debe salir fuera de sus seis pies de Inteligencia antes de que pueda ser inmortal en el Alma. La Sabiduría viene de afuera del cuerpo; el Principio es la circunferencia, y la idea es el centro; el Alma es el Principio, y el hombre es la idea central del Alma. (105)

La ciencia revierte las conclusiones del sentido personal en todos los casos, y se conforma a un enunciado dado del hombre para sacar a la luz la armonía e inmortalidad, eso que las teorías han fracasado en lograr. Ninguna condición en la materia puede cambiar el hecho en los números de que cuatro por tres son doce; la ciencia debe gobernar el pensamiento, y nada puede dañar o destruir al hombre controlado por la ciencia. El así llamado espiritismo carece de una declaración científica o prueba, y pretende obtener Sabiduría de los “espíritus”, las personalidades, fuera de la materia, mientras que al mismo tiempo admite que la base de su evidencia está en las condiciones materiales. La teoría llamada espiritismo admite que Dios es Principio, pero deja esta aseveración sin prueba práctica. Si Dios es Principio, sólo la ciencia revela a Dios; entonces ¿para qué pedir a las personalidades de otro plano, que expliquen la Vida, la Verdad y el Amor? ¿Por qué no esforzarnos por alcanzar estas beatitudes a través de la ciencia y hacerlas nuestras en vez de esperar que otro las prodigue sobre nosotros? La persona no puede interpretar el Amor, pues el Amor se explica solo a sí mismo; la ciencia revela y explica el Principio, pero el hombre no puede explicar a Dios; ni seis pies, ni la estatura de los antiguos gigantes pueden representar la “plenitud de la

estatura del hombre en Cristo”, en otras palabras, la idea de la Verdad. Las medidas pueden representar al hombre del sentido personal, pero éste no es el hombre del Alma.

Los médiums se comunican con la persona en vez del Principio, la única Inteligencia, Vida y Amor; y aceptan una versión personal del Principio, rogándole a Dios que sea Dios, como si el Amor estuviera ocioso, y la omnipotencia no estuviera informada. Pedirle luz a la luz es absurdo. “Que se haga la luz”, es el mandato de la Sabiduría; y este fulgor pleno no tiene nada que ver con las limitaciones mortales, sino brilla para todos. (106) El Amor universal prodiga todo bien sin acepción de personas; y el hombre lo recibe o lo rechaza; pero una oración o una lágrima no cambian la economía divina, o el orden eterno. El pecado cierra la puerta a la luz y a las bendiciones, y es el autor de todas las lágrimas y las oraciones. La Sabiduría ayuda sólo a aquellos que se ayudan a sí mismos, y no puede bendecir el mal; destruye el pecado sólo conforme el hombre abandona el pecado, actúa en esta dirección sólo conforme nosotros actuamos. Hemos visto pacientes que no pudieron ser sanados a través de la ciencia hasta que abandonaron la creencia en los médiums, y controlaron sus propios cuerpos; pues el hombre no está gobernado en la ciencia excepto mediante su propio Espíritu.

El hombre armonioso está gobernado por el Principio del ser; lo discordante está gobernado por una creencia en la personalidad; de ahí la locura de desear un control personal que conduce a todo error; no hay Verdad sino en el Principio, el único Dios, y no deberíais tener “ningún otro.”

Aprendemos de la ciencia que Dios y Su idea son lo único que es inmortal; pero el así llamado espiritismo establecería la inmortalidad del error. La ciencia revela progresión solamente, pero el empleo de un médium es retrogresión. ¿Debería un alumno continuar en la escuela primaria luego de que se le ha considerado adecuado para una escuela superior? Si aquellos que partieron no son adecuados para el entendimiento avanzado de la Vida a través del cual ellos toman un lugar espiritual en la escala del ser más allá de nosotros, ¿por qué imponer su ignorancia sobre nosotros como si fuera un oráculo?, ¿y por qué pensar en el empleo de un médium como un medio privilegiado para filtrar el error? Si estuviereis vagando por Australia, ¿estaríais pensando en confortar o ayudar a otro que se encuentra en las cuevas heladas de los esquimales? Dos sueños distintos, o despertares diferentes, son conciencias separadas. (107) Lo que se ha llamado espiritismo es un fenómeno de la creencia, sin realidad, o ciencia; y deberíamos saber cuáles son las consecuencias de precipitarnos en un nuevo y más poderoso lazo con el error, cuando ya de por sí estamos inmersos en él hasta el cuello.

En una era de pecado y sensualidad que se apresura hacia un mayor desarrollo del poder es temible considerar la influencia de la creencia sin tener mayor honestidad y entendimiento para sortear los temibles bancos de arena de esta costa peligrosa e inexplorada. El peligro de la brujería de Salem no ha pasado sino hasta que el error haya sido enfrentado con el entendimiento y haya sido destruido; no con la horca, sino con la explicación que destruye el error. Debe permitirse que la ciencia explique este fenómeno de la creencia, y lo diferencie de aquel en el que la Verdad y la Inteligencia controlan al hombre. Una mente malvada y astuta es el único Satán que hay; y éste es el ángel caído, o la capacidad que se ha mal usado; una mente como esa, que se da cuenta

de su control sobre otras mentes, tomará las riendas entre sus propios dientes, y sólo la Verdad podrá retirarlas de ahí y guiarla; como en el pasado, esta mente lanza su hechizo de alguna manera sobre aquellos a quienes busca dañar, porque las barreras contra las influencias malvadas que provienen de semejantes fuentes no son entendidas por el mundo en general, y la puerta no puede cerrarse con prontitud a ellas. Para este fin, la metafísica es importante; estudiad más la mente y menos la materia, pues debemos encontrar refugio en el Alma para escapar del error de los últimos días; y son el así llamado espiritismo y el mesmerismo, más que todo lo demás, los que contribuyen a un futuro y terrible desarrollo de la discordia. Debemos insistir poderosamente en la majestad de la Verdad y en su control sobre el error; y empezar desde hoy a negar que sea correcta o real cualquier otra cosa que no sea Dios y la idea verdadera; diciendo: “Apartaos de mí, vosotros que obráis la iniquidad”, rompiendo así con el reinado del error, y dejando que el mundo de la armonía y la Verdad aparezcan nuevamente. (108) Si fuera posible que los espíritus regresaran, tales regresos felizmente disminuirían con cada etapa progresiva de la existencia; pues los que ya se fueron se apartarían gradualmente de nuestra ignorancia, y nosotros nos apartaríamos de la creencia en un médium, hasta que las creencias en la materia hubieran desaparecido, y estuviéramos unidos a través de la ciencia; y la voluntad de Dios “se hiciera en la tierra como en el cielo”.

La mente del Alma no se asocia ni se comunica con la así llamada mente del cuerpo; el pensamiento errado cambiante y pecador no es el Espíritu inmortal; la materia y el cerebro no son mente, ¡a pesar de las opiniones y creencias que digan lo contrario! De cualquier manera, damos la bienvenida a un mayor conocimiento porque aun cuando nunca haya rendido los frutos de armonía e inmortalidad, y aun cuando nunca se aproximará a las demostraciones que Jesús dio, el conocimiento debe tener su día, y queremos que ese día termine. La así llamada mente del cuerpo es creencia y error, pero la mente del Alma es entendimiento, esto es, la ciencia del ser. Pablo entendió que, para estar presente en la Verdad, debemos estar ausentes del cuerpo, pero Caín concluyó muy naturalmente que, si el hombre dio la vida, entonces tenía derecho a quitarla, e intentó matar a su hermano, mostrando que esta creencia de Vida en la materia, u hombre, fue un error desde el principio. Llamamos a un pensamiento equivocado, mente, cuando es error solamente, no tiene inteligencia, pero la imita; no tiene Principio, pero reivindica ser la Verdad. Los errores son imposibles para el entendimiento, y el entendimiento es la única mente que hay; la ignorancia y el mal, no son Inteligencia. El Alma es la única Inteligencia, y es el creador que no está a merced de su creación; vemos, oímos, tocamos, etc., no a causa de los ojos, u oídos, pues estas facultades son los símbolos o expresiones del entendimiento, el cual es la mente del Alma; la mente del cuerpo pierde sus facultades si un órgano se destruye, pero éstas no pueden perecer o ser dañadas en el Espíritu. (109) Los sentidos del Alma no son materia, sino Espíritu, que aprehenden y reflejan la Inteligencia, y la Vida; de ahí su inmortalidad. La inspiración es la declaración del Alma produciendo su propia idea o sentido espiritual. No hay peligro de confiar en esta comunicación; pero ya no sería así si la materia o el sentido personal la interpretaran. Las vestimentas bajo las cuales la creencia, el error, se esconde a sí misma son: que el Alma está en la materia, la santidad en lo profano, y que Dios está literalmente en el hombre.

La medianoche anuncia la aurora; y contemplando una estrella solitaria los reyes magos del pasado fueron guiados por la espiritual visión a anunciar la hora de la Verdad. Pero ¿a qué pastor sabio de hoy, que ve la luz, le es permitido explicar la oscuridad? ¡El mundo está dormido! Adormecido por sus creencias aletargantes; en la cuna de la infancia soñando las horas bajo su hechizo. Al entrar en una eternidad desconocida, el sentido personal será visto como un convicto que escapa hacia una tierra extraña, donde está condenado a una muerte que no busca. Los pasos de la creencia no han avanzado al hombre ni un sólo ápice hacia la inmortalidad; y la falta de disposición para entender al hombre y a Dios en la ciencia mantiene a la cristiandad encadenada. Tanta hipocresía infla el catálogo de la sociedad, la honestidad que requiere demostración no es deseable, e incurre en la enemistad de la humanidad. La ciencia nunca es hipócrita. Pretender que entendéis un problema de Euclides, y fracasar en su demostración, exhibiría necesidad o deshonestidad; pero resolver el problema sencillo de acuerdo a sus reglas prueba que percibís el Principio. La ciencia es la regla del hombre armonioso e inmortal; Jesús es el ejemplo, y Cristo es el Principio. Esta regla del hombre es abarcada por la Vida, el Amor y la Verdad; y el sentido espiritual de las Escrituras revela la ciencia del ser. (110)

Los profetas del pasado lograron cosas que los adoradores de Baal fracasaron en hacer, y, sin embargo, en algunos casos, el artificio y la fe de la creencia simulaban la obra de la Sabiduría. La nigromancia y la prestidigitación son artificios del hombre que se originan en el cerebro o en la así llamada mente de la materia, mientras que la ciencia es la mente de Dios; una procede del Alma y la otra del sentido. Las creencias del hombre manifiestan error solamente; pero a eso a veces se le llama un fenómeno de la Verdad que procede de los “espíritus”; los fenómenos del Principio están fuera de la materia, y no son en lo absoluto dependientes de la persona. El mesmerismo y el así llamado espiritismo son totalmente dependientes de la creencia o de la así llamada persona del hombre. La mente produce imágenes de pensamiento, y estas son las apariciones que son vistas por el así llamado médium; no es más misterioso que esto, nos parece misterioso sólo porque es menos común para nosotros ver un pensamiento, que sentir un pensamiento. Sentir la tristeza que está en la mente de otro no es inusual, pero pensamos que las imágenes de la mente de los amigos que se han ido, es verlos en realidad; aquí hay dos sentidos iguales, ver y sentir, que separamos en poder. Hay algunos que sienten el dolor de otros tan fácilmente como el suyo propio; los enfermos pueden no haberlos tocado, o hablado acerca del tema, y sin embargo ellos sienten sus dolores y pueden decir dónde están localizados, y esto ocurre por simpatía, de la misma manera en que se produce un bostezo. Ver no pertenece menos al sentido personal, o a la creencia, que sentir; entonces ¿por qué sería más difícil ver un pensamiento que sentirlo? Sólo la educación es lo que determina la diferencia, y en realidad no es más misterioso. Casas embrujadas, ruidos inusuales, voces, apariciones, sesiones de oscuridad, etc., son trucos producidos por quienes hacen trucos; o son imágenes y sonidos producidos por la mente en este plano. La mente del Alma abarca todo lo que es real e inmortal, y la así llamada mente del cuerpo a la cual llamamos la mente del hombre, abarca todo lo que es irreal y mortal. (111)

La Verdad procede del Espíritu; el error del cuerpo material. La mente del Alma, el Espíritu es ciencia que produce solamente la idea de la Verdad; pero la así llamada mente del cuerpo, u hombre, es creencia produciendo apariencias falsas. Puesto que no hay mente del hombre, esto es, mente material, los pensamientos que se dice emanan del

cuerpo o del cerebro son engaños. ¿Cómo podemos distinguir las ideas de la Verdad, de las de creencia? Conociendo su origen; los pensamientos del Alma son ideas, y los del cerebro son creencias; las primeras proceden del sentido espiritual, no son sustancia y son armoniosas; las últimas son producto del sentido personal, y son supuesta sustancia en un momento y espíritu en el otro, y son discordantes; las primeras son entendimiento, las últimas son creencias producidas por el error. Amar al prójimo como a nosotros mismos es una idea del Alma, sí, de la Sabiduría, el Amor, y la Verdad; y esta idea no puede ser vista, sentida o entendida por el sentido personal, pero sí por el sentido espiritual; “la mente carnal no puede discernir las cosas espirituales”.

La materia no es más que un estrato burdo de la mente mortal, donde una creencia destruye a otra en un proceso Darwiniano. Como se ha dicho antes, el Espíritu es la Inteligencia, mientras que la base de la materia es creencia; la primera es ciencia, la última es mesmerismo. El cuerpo que es mortal es una creencia individualizada que germina, crece y decae, “polvo al polvo” y el hombre mortal es sólo esta creencia; igual que haría un fenómeno del mesmerismo, un error construyendo al hombre y a la materia. Excítese el órgano de la veneración, o el tono religioso de esta creencia, y la persona manifestará la más profunda adoración, pero si excitaréis el órgano opuesto, blasfemaré. (112) El mesmerismo es una creencia que constituye a la mente mortal, lo único que hay allí es error, el cuál es el antípoda mismo de la ciencia, la mente inmortal. Lo primero es alucinación, lo último es realidad; uno es error masivo, el otro es la Verdad del ser. El mesmerismo asegura a los enfermos que se están recuperando, cuando no hay evidencia ni base para esta conclusión, hace que la creencia se mueva hacia donde quiere, y son ciegos guiando a ciegos. No hay nada que pueda ser más antagónico a la *ciencia*; esconde la Verdad de que el hombre es la imagen y semejanza de Dios, y como tal no puede estar enfermo, ser pecador, o morir, y pretende que la mente mortal y la sustancia material constituyen al hombre, así admitiendo mediante el sentido personal lo que el Alma niega en la ciencia. El mesmerismo es un llamado directo al sentido personal, procede de él, y deriva su único prestigio de la creencia; es predicado bajo la suposición de que la Vida está en la materia, y de que es un fluido neuro-vital; mientras que la ciencia revela que la Vida del hombre es Dios, y que por lo tanto no mora en la materia. El mesmerismo es error y creencia en conflicto; pero la ciencia triunfa sobre el error y la creencia con el entendimiento de la Verdad, y revela al hombre inmortal, libre de pecado y muerte. El mesmerismo es un error en guerra con otro, “un reino dividido contra sí mismo no puede prevalecer”; pero la ciencia es armoniosa y eterna. El mesmerismo es el sentido personal dando un mentís a sus propias declaraciones, negando los dolores, pero admitiendo los placeres del sentido; mientras que la ciencia niega toda sensación a la materia, y toma las riendas en manos del Espíritu. El abismo fijado entre ciencia y mesmerismo es infranqueable. La materia animada es un grave error. (113) La electricidad es la última frontera entre el sentido personal y el Alma; y aunque está en el umbral del Espíritu, no puede entrar en él, pero entre más cerca la materia esté de la mente, más potente se vuelve para producir el supuesto bien o el supuesto mal; el rayo es feroz, y el telegrama eléctrico es rápido. Entre más etérea se vuelve la materia de acuerdo con las teorías aceptadas, más poderosa es; como ejemplo de esto tenemos las medicinas homeopáticas, el vapor, y la electricidad, hasta que poseyendo menos y menos materialidad, penetre a su esencia, la cual es la mente mortal, y sea admitida como tal; no Inteligencia, sino creencia, no Verdad, sino error. Pero entre más se acerque la creencia a la Verdad sin traspasar el

límite donde ya no es creencia sino entendimiento, más plausible y peligroso es el error. El mesmerismo atrae el hombre hacia la materia, la ciencia lo atrae al Principio, por lo tanto, al Espíritu o a Dios. Entre más material sea un hombre, mayor será el mesmerismo que posea, pero entre más espiritual, menor será el mesmerismo y mayor será la ciencia, y más elevada será su demostración de la Verdad. En realidad, el cerebro y la materia son uno, aunque los llamemos mente y materia, pero si el cerebro fuera el órgano de la mente y destruyéramos este órgano, y se destruyera al mismo tiempo la mente mortal, ¿cómo podríamos distinguirlos entre sí? Aquello que llamamos mente y hombre-materia es mente solamente, pero esta mente mortal se refina más hacia su centro, y a su exterior lo llamamos materia, y a lo interior, mente, en oposición a la Verdad del ser que revela toda Inteligencia fuera de la materia.

El nombre genérico de la materia es mente; sus diferentes especies son las creencias que dicen que la Inteligencia, la Vida, la sensación, la Sustancia, el bien y el mal son materia, y son el cuerpo llamado hombre; también dicen que el Espíritu y la materia se mezclan y forman al hombre mortal sobre la base de la enfermedad, el pecado y la muerte; esta teoría no es la Verdad del ser, sino su opuesto, esto es, el error. (114) La Vida no es organización, y la Inteligencia no conoce a la materia, éstos son Espíritu, y para el Espíritu sólo hay el Principio y la idea. El así llamado hombre material junto con todas las creencias materiales de un mundo material, deberán desaparecer antes de que las aflicciones, las enfermedades, el pecado y la muerte puedan desaparecer. La gloria milenaria llega sólo cuando la ciencia revela la Inteligencia y la Vida fuera de la materia. Es una lástima que el hombre deba tomar una espada material para aniquilar al error cuando la espada de dos filos de la Verdad lo destruiría mucho más eficazmente.

La historia del imperio chino deriva su antigüedad y su prestigio de la idea más verdadera que los budistas tienen de Dios, a diferencia de la tiranía, la intolerancia y los baños de sangre basados en la creencia de que la Verdad, el Amor y la Vida están en la materia, y que el gran Jehová formó al hombre mortal, o a la materia inteligente según el patrón del error. Suponer que la ciencia y el Espíritu se mezclan es el error que oculta la ciencia sobre la cual tendríamos que basar nuestras conclusiones acerca de Dios y hombre, de Alma y cuerpo, y nuestra prueba de inmortalidad. En un momento dado definimos a ley como Inteligencia, pero después la definimos nuevamente como materia sobre la cual la Inteligencia no tiene ningún control, como en el caso de la enfermedad, el pecado y la muerte. La ley del Espíritu es la única ley, y esto es la Verdad destruyendo a las así llamadas leyes de la naturaleza, y su idea está caminando sobre las aguas, destruyendo el error, sanando a los enfermos y levantando a los muertos. Esto es el Alma triunfando sobre el sentido personal, haciendo huir a la creencia, caminando sobre el pecado y las condiciones materiales.

Jesús enseñó y probó que esta Verdad es la prerrogativa del Espíritu, y nos dejó su ejemplo, diciendo: “Las obras que yo hago, haréis vosotros también”. Pablo no fue uno de sus discípulos o contemporáneos, y sin embargo él probó estas enseñanzas y demostró su Principio. (115) Concluir que el hombre y el universo están gobernados en general por la ley material, pero que ocasionalmente el Espíritu camina sobre esta ley, y toma el control en sus manos, es dividir la capacidad de la Omnipotencia y la Sabiduría con la materia, y darle a ésta última la pretensión más general. Estas son las conclusiones falsas de la creencia; el entendimiento se revela ante tal necesidad; la

creencia mortal produce y gobierna todo lo que peca, sufre y muere. No hay más que una ley y un legislador, la primera es la ciencia, y lo segundo es Dios, el Alma, la única Vida, sustancia e Inteligencia del hombre y del universo; y de ninguna manera depende de las condiciones materiales, o actúa en razón de ellas, sino las destruye a todas. Esta Verdad llama a la puerta de la historia; nosotros debemos decidir si abrimos y la recibimos.

La materia médica, la higiene, la fisiología, los credos y ritos perderán su poder para bien o para mal cuando el hombre pierda su creencia en ellos, y haga de su propia Vida una prueba de armonía y Dios. Aquello que es correcto es inmortal, y lo opuesto de lo correcto es mortal. Cuando la Verdad coloque su mano sobre el error para eliminarlo, todos estarán haciéndose inmortales; pero antes de que llegue la destrucción final del error habrá interrupciones en lo que llamamos el orden de la naturaleza, y la tierra se tornará sombría y desolada. No es que el verano y el invierno, el tiempo de la semilla y el de la cosecha vayan a cesar completamente antes de la espiritualización final de todas las cosas, sino que su orden será interrumpido, debido al cambio de creencia.

El siguiente paso en el progreso es aprender cómo la mente controla a la materia, y cómo destruir el error. (116) La ciencia del ser emancipa al hombre de la creencia dándole entendimiento, a través del cual obtendrá su armonía e inmortalidad. No hay ni mente mortal, ni sustancia material; la mente es la emanación y la atmósfera del Principio, y no de la persona; procede de Dios y no del hombre, del Espíritu y no de la materia, del Alma y no del sentido; por lo tanto, la mente no está en la mortalidad, y el hombre no tiene una mente separada de la Deidad pues eso haría otras Inteligencias, y habría más de un sólo Dios. Cuando la Verdad sea admitida y se encuentre que los cerebros pensantes y los cuerpos inteligentes son un mito, entonces la armonía e inmortalidad del hombre y el universo aparecerán. Cuando aprendamos que la materia no tiene Inteligencia, sustancia o Vida; y que ni sufre ni goza; se encontrará que la enfermedad es tan sólo una creencia, y que es sanada por destruir esta creencia y dar al hombre el entendimiento de sí mismo. El sentido personal contradice la ciencia del ser, así como los sueños contradicen las experiencias diarias del sentido. El sentido personal y la ciencia son opuestos que se disputan entre sí. En los sueños voláis, u os encontráis con un amigo lejano, o tenéis dominio del cuerpo con vuestra mente, elevándolo por el aire, o sobre el océano, y este sueño del que duerme se acerca más al ser del hombre en la ciencia que el sueño de que la Vida camina en la materia porque el sentido personal lo gobierna menos.

La era de la ciencia se introduce con esta declaración y su prueba; esto es, que todo es mente, y no hay materia. La enfermedad, el pecado y la muerte son creaciones de la mente mortal que la Vida y la Verdad destruyen. El orden y la belleza emanan de la mente del Alma que es inmortal; y la declaración científica del ser de que todo es mente alcanzará sus primeras pruebas en el sanar de los enfermos bajo este Principio. Una sola demostración de esto es evidencia significativa. (117)

Una mujer que tenía un tumor interno y un gran temor a una operación quirúrgica, acudió a nosotros. Conducimos su caso de conformidad con la ciencia aquí enunciada, nunca tocamos su persona, o usamos un medicamento, o un instrumento; y el tumor fue removido completamente en uno o dos días. Relatamos este caso para probar el

Principio. Hemos declarado que todo es mente, pero la distinción entre lo que llamamos sustancia y esencia, se hace por denominar a una materia, y a la otra, mente.

El entendimiento de Cristo de que Alma y cuerpo son la Inteligencia y su idea, destruyó la creencia de que la materia sea algo de temer, y que la enfermedad y la muerte sean superiores a la armonía y la Vida. Su reino no era de este mundo, él se entendió a sí mismo Alma, y no cuerpo, por lo tanto, triunfó sobre la carne, el pecado y la muerte. Él vino a enseñar y a cumplir esta Verdad, que establecía al reino del cielo, o el reino de la armonía sobre la tierra. La demostración que él hizo de este Principio y Verdad del ser es la prueba más poderosa de que Dios es la única Inteligencia que produce un hombre perfecto y es la Vida donde no hay muerte, y es santidad libre de pecado. Sólo la ciencia del ser revela la posibilidad de cumplir con el mandamiento de: “Sed perfectos como vuestro padre en el cielo es perfecto,” (El Principio del hombre) “es perfecto”. Abandonemos pues la creencia de que el hombre es una Inteligencia separada de Dios, y alcancemos este infalible Principio del ser, y seamos gobernados por la Vida y el Amor fuera de la materia.

Así como la música armoniosa es controlada por su Principio, así el hombre cuando es gobernado por su Principio del ser, por el Alma y no el sentido, es armonioso, libre de pecado, e inmortal. (118) El error de creencia concerniente al Alma y al cuerpo, Dios y hombre, introduce discordia en la demostración del hombre, tales como la enfermedad, el pecado y la muerte que nos aquejan. La idea de la Vida se obtiene sólo a partir de su Principio perfecto, y es alcanzada a través de la ciencia en la cual el hombre está libre de pecado y es inmortal.

La enfermedad, el pecado y la muerte no pertenecen naturalmente más al hombre inmortal que a Dios, no pertenecen más al cuerpo que al Alma, pues es totalmente imposible que éstos se adhieran a cualquiera de ellos, y lo que dio a Jesús autoridad sobre la enfermedad, el pecado y la muerte fue el entendimiento científico de su ser. Él se enfrentó valientemente a todas las evidencias acreditadas del sentido personal, a las leyes farisaicas, etc., y las refutó todas mediante su sanar. Nunca leemos que haya dicho que un credo o una oración produzcan a un cristiano, o que haya investigado la enfermedad para averiguar sobre la discordia, si era aguda o crónica, o que haya recomendado seguir las leyes de la salud, o administrado medicamentos, etc., o que se haya preguntado siquiera cuál sería la voluntad de Dios en lo referente a la Vida de ese hombre, pues ésta ya sabía él cuál era. Él consideraba que la enfermedad, el pecado y la muerte eran “mentirosos desde el principio”, y los destruyó con la verdad del ser que para él era auto-evidente y que era su único médico. Él cumplió con el mandamiento de “No tendréis otros dioses delante de Mí”, y nosotros debemos hacer lo mismo y adoptar esta Verdad del ser antes de obtener su armonía o inmortalidad.

Cuando Jesús dio al César las cosas que son del César, también le dio a Dios las cosas que son de Él, esto es, Verdad, Vida, y Amor, y nosotros también debemos reconocer que éstas son de Dios, y que son suficientes para destruir toda discordia del hombre. Jesús no rindió homenaje a los diplomas, a las formas de adoración eclesiástica, o a las teorías del hombre, pero actuó y habló como si él hubiera sido movido por el Espíritu, el Principio del ser. (119) A los rabinos y a los fariseos creyentes, les dijo: “Aun los publicanos y las prostitutas entrarán al cielo antes que vosotros”, no es que se mofara

del cristianismo, pero sabía que no hay Espíritu, Vida, ni Verdad en las meras formas de la religión, y que un hombre puede haber sido bautizado, participar en los sacramentos, apoyar al clero, cumplir con el día del Sabbath, y hacer largas oraciones, y sin embargo ser hipócrita y sensual. Las formas de adoración personal pueden no estar equivocadas intencionalmente, pero están involuntariamente equivocadas ya que obstaculizan al Espíritu. La hipocresía en la ciencia del ser es moralmente imposible, pues aquí el cristianismo está basado en la demostración y la prueba, y sin embargo muchos vendrán en su nombre falsamente, como ha sido predicho. Cuando Dios sea entendido, el hombre no necesitará nada aparte de Dios para hacerlo saludable y armonioso. Jesús estableció su iglesia sobre este mismo entendimiento, enseñó a sus seguidores a echar fuera el error y sanó a los enfermos. En lugar de creer que Cristo era una persona, dijo: Cristo es “Verdad y Vida”, y “Yo y el Padre somos uno”, así afirmando que no hay Inteligencia, ni acción, ni Vida, separadas de Dios, y a pesar de la persecución y de la cruz que recibió por parte de los fariseos, él llevó a cabo su demostración en base al Principio del ser armonioso.

La pregunta para la humanidad de aquel entonces y la de hoy es: ¿Cómo es que Jesús, a través de Cristo, su ser-Dios, sanó a los enfermos? Jesús respondió a esta pregunta en la explicación que el mundo rechaza, cuando hizo un llamado a sus estudiantes, pensando que ellos lo entenderían mejor; y preguntó: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”. El “Yo” al cual se refería era al que sanaba y echaba fuera al error, y ellos replicaron: “Algunos dicen que eres Elías, otros dicen que eres Jeremías,” etc., pero estos hombres estaban muertos, por lo tanto, la respuesta implicaba que algunos pensaban que Jesús era un médium controlado por los así llamados “espíritus” de los desaparecidos. (120) No podemos dudar que la creencia en los médiums prevalecía hasta cierto punto en aquella época, pues anteriormente Herodes había dado esas mismas interpretaciones del sanar del Cristo diciendo: “Juan el Bautista ha regresado, y por lo tanto grandes obras se muestran en él”. Que este malvado rey y esposo licencioso no obtuviera una interpretación más elevada de la ciencia del ser y de la gran obra que nuestro Maestro hizo, no es de sorprender; no puede suponerse que un pecador comprendiera esta ciencia si ni los discípulos la entendían plenamente. Ellos comprendieron sus explicaciones espirituales mejor que otros, pero la conexión que éstas tenían con la armonía física del hombre o su aplicación para sanar al enfermo, no era aún plenamente entendida, así que su Maestro persistió pacientemente enseñándoles y demostrándoles la Verdad del ser que sanaba a los enfermos, echaba fuera el error, y levantaba a los muertos. Esta ciencia de la Vida no fue comprendida por sus estudiantes hasta su demostración final, cuando su gran maestro se paró ante ellos victorioso, no sólo sobre la enfermedad y el pecado, sino sobre la muerte.

En un anhelo secreto de ser comprendido mejor, el Maestro se volvió a Pedro en confidencia y le preguntó: Pero, ¿quién dices tú, que yo, soy? Esta pregunta quería decir simplemente, ¿quién o qué es lo que echa fuera el error y sana a los enfermos? Y puesto que desechó la respuesta de los otros discípulos y le preguntó nuevamente a Pedro, esto indica claramente que desaprobó la creencia de que él fuera un médium pues ya anteriormente había dado a entender: “Yo y el Padre somos uno”. (121) La respuesta de Pedro, tan distinta de la de los demás, al admitir que era el “Cristo”, la Verdad, que sanaba a los enfermos y echaba fuera el error, provocó la respuesta: “Nuestro Padre en el cielo”, esto es, el Principio del hombre “es quién te ha mostrado esto” en la ciencia

del ser, y también que Jesús era el “Hijo de Dios”, el vástago del Alma y no del sentido. Sobre este Principio y con esta Verdad llevó a cabo todos los así llamados milagros. No era el hombre o la medicina lo que sanaba a los enfermos, sino Dios; no era la materia lo que controlaba al hombre, sino era el Espíritu lo que controlaba a la materia. Esta, su interpretación de Dios y hombre, fue la roca o fundamento sobre la cual Jesús construyó su iglesia, esto es, estableció su demostración de la Verdad, Dios, contra la cual las puertas del error no prevalecerían, pero no había allí ningún credo, ni rito, y el supuesto espiritismo fue llanamente repudiado.

Ser como Cristo es triunfar sobre la enfermedad, el pecado y la muerte, es abrir las puertas de la prisión del cautivo; esto es, romper las cadenas del sentido personal, y dar al ser pleno alcance y recompensa. Esto es lo último del mandamiento de amar a vuestro prójimo como a vosotros mismos, y es una idea del Alma, sí, de la Sabiduría, el Amor y la Verdad; pero el sentido personal no puede ver, tocar o entender esta idea, mientras que el sentido espiritual sí puede; “la mente carnal no puede discernir las cosas espirituales”. Esta idea le es vaga al sentido personal, pero para el sentido espiritual es armonía. Ser indulgente con sus fallas es atractivo para el hombre del error; pero prolonga la discordia; la creencia produce todos los errores del sentido personal, pero el Alma los condena. Aquellos que son odiados por el sentido personal son amados por el Alma, y por exactamente las mismas razones que el sentido los odia.

El error fundamental que hace al hombre mortal es creer que el sentido personal es la Verdad; a lo cual le sigue que el sentido personal es placer; lo tercero es que el sentido personal es dolor; pero a partir de ese momento comienza su destrucción; de ahí que el así llamado dolor del sentido personal sea comparativamente alentador, produciendo menos pecado que su placer; pero el sentido personal sufre sólo por propio su ser, el cual es imaginario; sus placeres y dolores son completamente irreales. (122) La creencia de que la materia tiene Vida y sustancia es el error que produce todo sufrimiento, pecado y muerte; la acción química de la Verdad sobre este error lo destruirá. La Verdad imparte la idea de la sustancia-Espíritu, y destruye toda la supuesta sustancia materia, mientras que el error imparte la creencia de la sustancia-materia, y oculta la idea de la sustancia-Espíritu.

El hombre inmortal es una idea de la sustancia-Espíritu, Vida e Inteligencia; pero lo mortal es una creencia de que la Inteligencia, la Vida, y la sustancia están en la materia. La idea de la sustancia, guiada por el entendimiento, se vuelve la idea infinita, del mismo modo que el Alma del hombre inmortal es el Principio infinito. El hombre mortal es una creencia de Inteligencia, sustancia y Vida en el cuerpo, por lo tanto, es la idea de un ¡Infinito limitado!

Para poder salir de esta cáscara de nuez, debemos entender la relación científica entre Dios y hombre, o el Principio y su idea; pero antes de que esto sea entendido realmente, el intervalo estará lleno de aproximaciones a esto mediante la creencia y vendrá acompañado de duda, discordia y pecado.

El mundo material, en una fecha futura, se volverá un espectáculo de desorden y consternación, por una parte, y de ciencia por el otro. Habrá convulsiones de la mente y consecuentemente de la materia, espasmos de error, terremotos, hambruna y pestilencia.

La enfermedad se volverá más aguda, y la muerte más repentina; pero para aquellos que entiendan este momento cómo es explicado por la ciencia del ser, el número de sus días aumentará, y la armonía e inmortalidad estarán cerca, ya en puerta. (123) El conocimiento disminuirá y perderá valor a los ojos del hombre; y el Espíritu en vez de la materia se convertirá en la base de la generación. En este periodo los fenómenos serán discernidos espiritualmente, pero habrá fuertes opiniones y resultados contradictorios. Aquellos que entienden la vida mantendrán a raya a aquellos que, al abandonar sus opiniones anteriores, pretenderían ahorcar a un médico, a un hipnotizador, o a un médium, y refrenarán así la violencia de las creencias anteriores que ejercen venganza retributiva. Los verdaderamente científicos serán una ley para sí mismos de Amor, Sabiduría, y Verdad, y no harán “extorsión a ningún hombre, ni calumniarán.” El pecado llevará a cabo embates mortales contra la ciencia de la Vida conforme el código penal dé lugar a una ley superior. Pero aquellos que son controlados por el Alma limitarán el uso de la vara, contrariamente a las persecuciones religiosas del pasado, y salvarán a los que han errado de la horca y la guillotina. Los mártires serán quienes se adhieran a la ciencia en siglos venideros, y hoy su destino está anunciado. En los años venideros la persona o mente que odie a su prójimo no tendrá necesidad de atravesar sus campos para destruir sus rebaños y manadas, ni echar a perder sus viñedos; o entrar a su casa y desmoralizar su hogar; pues los de mente malvada harán esto mismo mediante el mesmerismo; y no serán vistos llevando a cabo el acto *en persona*. A menos que este momento terrible sea enfrentado y restringido por la *Ciencia*, el mesmerismo, ese azote del hombre, no dejará nada que sea sagrado sin tocar cuando la mente comience a actuar bajo la dirección del poder consciente. El hombre sensual da guerra a muerte a sus enemigos; pero el espiritual vierte bendiciones sobre ellos sin ser visto ni percibido; como la manzanilla que cuando es aplastada rinde su olor más dulce, así las mentes espirituales emiten una atmósfera de la Verdad que bendice a sus enemigos y destruye al error mientras éste los persigue; pero agita la mente sensual, y emitirá plagas peores que las mortales Upas. (124) Aquellos que obtengan los puntos esenciales de la ciencia de la Vida sufrirán más aun a manos del mundo sensual que los profetas primitivos y los discípulos; pero la ciencia del ser apoya a sus seguidores entre bancos de arena y pantanos.

La espiritualidad es el único cristianismo; y su base es: “permanecer ausente del cuerpo y presente en el Señor”; la sensualidad es la personalidad siempre presente con el cuerpo. Tenemos ya suficientes pretensiones de bondad sin el Espíritu: demasiadas religiones sin suficiente cristianismo son el sello de la era. El hombre no sabe sino demasiado bien cómo “hacer largas oraciones, para ser escuchado por su mucho hablar” y cómo ampliar las fronteras farisaicas, cómo robar en privado y dar en público, pero esto es política y no economía cristiana. Lo que queremos es “al Cristo y a éste crucificado”, en otras palabras, queremos la Verdad y cargar la cruz que la acompaña, para hacer una humanidad mejor.

El que un hombre recite la ley y los diez mandamientos a elegantes audiencias durante un cuarto de siglo, no garantiza que pueda demostrar el cristianismo de los profetas y de Jesús que echó fuera el error y sanó a los enfermos. Algunas veces la gente recurre a una taza de té o de café para ayudarse a predicar, como si la materia fuera superior a la Verdad en esta dirección. La Verdad que expresamos ¿es materia o es Dios? Y si es éste último “dar no empobrece, y retener no enriquece”; ¿tenemos menos del Espíritu que es

Dios por haber hablado de él? Y nuestra fuerza ¿es la materia o el Espíritu? Porque un hombre haya obtenido una alta posición social y pública, ¿debemos concluir que seguramente es un buen hombre? (125) La suave palma de la mano tendida para recibir un salario señorial, y la suntuosidad arquitectónica que estremece por su belleza a cúpula y chapitel, pero que aleja al pobre y al extranjero de la entrada, cierran la puerta al cristianismo. Es un esqueleto de religión el que necesita a un doctor en fisiología para sanar al cuerpo y a un doctor en teología para salvar... ¿qué? - al Alma inmortal que ya de por sí está salvada. Esto no es tener “A Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria”; tampoco echa fuera los demonios ni sana al enfermo; el pesebre y la cruz en vano relatan su historia al orgullo y al prejuicio. Tomar la riqueza, la popularidad y la sensualidad con la mano derecha, y a Dios con la izquierda paraliza esa mano y produce leprosos morales en vez de cristianos. Escuchad las palabras del Maestro respecto a este respecto: “No se puede servir a Dios y a las riquezas”. Los ministros deberían hacer del púlpito una tribuna de la Verdad, echar fuera de la sinagoga credos y orgullos, y dejar entrar la humildad y la ciencia de Dios, usando esos poderosos argumentos, cuerdas, que Jesús unió en una trenza para azotar fuera de las sinagogas a los cambistas y convertirlos en templos de la Verdad. El profeta de hoy contempla en el horizonte espiritual el arco de la promesa; la demostración del cristianismo que nuestro Maestro dio es nuevamente requerida, y ningún otro “signo se os dará”. El cristianismo trae junto con él un fenómeno que será malinterpretado por la era material en la cual aparezca, porque es el fenómeno del Alma, y no de la materia que el sentido personal no puede comprender, pero que cuando es discernido espiritualmente se encontrará que destruye la enfermedad, el pecado y la muerte. Credos, doctrinas, y creencias no lo expresan, y mucho menos lo demuestran; debemos entender a Dios para demostrar la Verdad. Jesús de Nazaret, el mejor maestro de la humanidad, poseía este entendimiento; pero el desdeñoso rabino, el fariseo rival y la cruz, estaban preparados para devorarlo. (126)

Hace más de dieciocho siglos el mero creyente religioso estaba preparado para recibir a Cristo, la Verdad, con pompa y cetro, pero no llegó así, y aunque el azote moderno es la mofa, en vez del látigo, las puertas de algunas iglesias están tan eficazmente cerradas contra Cristo ahora como lo estaban en el pasado. La Verdad ordena que el hombre vigile, pero el mero creyente religioso ¿tiene vigilancia o control sobre el sentido personal? El cristianismo de Jesús era la ciencia del ser; destruía la enfermedad, el pecado y la muerte, negaba el sentido personal, cargaba la cruz, y tomaba la mano derecha de Dios, el Principio perfecto del hombre. Nuestro Maestro, mansamente, y sin embargo victorioso, soportó el escarnio por su auto-conciencia del ser-Dios. El fundamento de todas las acusaciones contra él fue que “Él se hizo como Dios,” y la misma ignominia que sufrió en aquél entonces será enfrentada ahora por sus seguidores, hasta que esta Verdad sea entendida. El venció al mundo, las tentaciones y los pecados, probando así la nada de éstos. El llevó a cabo, a través de la ciencia del ser, el ejemplo de salvación del pecado, la enfermedad, y la muerte, y estableció la prueba de que él era Cristo, y que Cristo es Dios, el Alma y la Vida del hombre.

Cada palabra y acto bueno de nuestro Maestro no evocaron sino negación, ingratitud y persecución por parte de la sensualidad y la malicia. De los diez leprosos que sanó, sólo uno regresó para agradecer a Dios, es decir, para reconocer que el Principio fue lo que lo sanó, por lo tanto, sólo uno interpretó correctamente su sanar; y sin embargo el Maestro trabajó para sus enemigos. Sentía sus enfermedades, pero sentía aún más sus

pecados. Despreciado y rechazado por los hombres, y sin embargo regresando bendiciones a cambio de maldiciones, su espiritualidad había de destruir su materialismo, y por medio de sus “heridas ellos habrían de ser sanados”; dado que el error sintió el golpe que le propinó la Verdad, los azotes y la cruz aguardaron a Jesús. (127) El varón de los dolores no corría peligro a causa de las riquezas o la popularidad; aunque merecía el homenaje del mundo, y contaba con la aprobación del Alma principalmente, breve fue su entrada triunfal en Jerusalén, y a ésta le siguió la deserción de todos sus seguidores, excepto la de unos pocos dolientes que permanecieron al pie de la cruz. Esto es lo que significa ser espiritual en una era materialista. La imposibilidad de que se otorgue el favor mundano sobre el cristianismo se explica por la gran distancia moral que los separa. Cuando el sentido personal aprueba, el Alma condena, y donde el hombre elogia, Dios no recibe agradecimiento. Una de las evidencias del materialismo y del error se produce cuando la creencia de Vida en la materia está llena de prosperidad mundana.

La historia nos informa que Jesús, al sentir el burdo materialismo que lo rodeaba, en ocasiones experimentaba una debilidad momentánea, y volviéndose preguntaba: “¿Quién me tocó?” Los más materialistas pensaban que esta indagación había sido provocada por el contacto con su cuerpo, pero él sabía que era la mente en la multitud la que acudía a él en busca de auxilio para destruir sus creencias, y para volverla más espiritual, así como él mismo era. Su aguda aprehensión de ello provino de su espiritualidad, y la falsa concepción de ellos, de su materialismo. No es que él ameritase menos las ventajas de esta destreza mental por su bondad; sino que poseyendo la penetración y la honra que provienen del Alma solamente, tenía menos sentido personal; estos dos vienen de direcciones opuestas, y los tesoros de nuestro Maestro estaban guardados en el Espíritu, no en la materia. El cristianismo se vuelve del sentido al Alma tan naturalmente como la flor se vuelve de la oscuridad a la luz; aquellas cosas que el ojo no había visto, o el oído escuchado, y que tampoco habían entrado al corazón del hombre para ser concebidas, le pertenecen. (128)

Pablo y el amoroso Juan tenían un sentido muy claro de la ciencia del ser; sabían que un hombre no alcanza honores mundanos si no se esfuerza por obtenerlos y ofrece sacrificios en el altar de la riqueza prodigándole al mundo sus afectos. Ellos también sabían que ofrecer este sacrificio a la riqueza o a la fama, no era dejarlo todo por Cristo, la Verdad, que viene de la dirección opuesta, y de medios y fines opuestos; también sabían que un hombre camina en la dirección hacia donde mira; y que “donde están sus tesoros, ahí está también su corazón.” Si nuestras esperanzas son espirituales, no estaremos mirando o anhelando lo material, sino que llevaremos la vestimenta de la “imagen y semejanza de Dios”, a costa de lo mundano; en realidad estamos saliendo del mundo del sentido, y estamos siendo separados de él. El favor sectario, el homenaje de la riqueza, y las sonrisas de la ambición huyen ante el cristianismo; pero la Sabiduría coloca la corona sobre su frente.

Si mis amigos van a Europa y yo me dirijo a California, ya no estamos viajando juntos; sino tenemos distintos horarios a consultar, e itinerarios distintos a seguir, en resumen, nuestras rutas se han separado; y no tenemos intereses en común para ayudarnos mutuamente en direcciones opuestas; pero si ellos siguen mi camino, yo podré darles mi guía ferroviaria y me interesaré en hacer su camino placentero; o si yo tomara la

dirección de ellos, ellos me ayudarían, y nuestra relación continuaría. (129) Así el científico debe elegir su itinerario y ser honesto, actuando consistentemente con su elección; su ruta no se encuentra con el mundo del sentido, y si él gravitase hacia allá, sería como un hombre que viaja un día hacia el este, y otro hacia el oeste, pero pensando que la ruta hacia el oeste está más de moda, que la compañía ahí es más atractiva, y los placeres más tentadores, cambia de táctica nuevamente y viaja seis días hacia el oeste, y el séptimo hacia el este, mientras enérgicamente afirma que está viajando en una sola dirección. Diríais que un hombre así es falso, y que no se puede confiar en él; y no permitiríais que os hiciera creer que realmente está viajando hacia el este tan sólo porque os mostrara un boleto adquirido por algún cansado peregrino que hubiese explorado la ruta, y al cual le hubiese rogado que se lo regalara para hacer el viaje con este pasaporte. A menos que un hombre avance espiritualmente, no es científico; y si es científico, debe empezar honestamente, y viajar un poco todos los días; y no importa cuánto tarde en alcanzar la meta deseada, si su honestidad se mantiene, terminará el viaje. Muchos que comienzan con la letra de la ciencia, omitirán el Espíritu, y naufragarán antes de llegar a su destino. No debemos buscar solamente, sino esforzarnos, de otra manera no entraremos en el estrecho sendero de la ciencia; pues ancho es el camino opuesto del sentido que lleva a la destrucción, y muchos son los que lo transitan.

Jesús experimentó pocos de los así llamados placeres del sentido personal; quizás porque sabía de sus dolores, pues él “llevó nuestros pecados para que por sus heridas pudiésemos ser sanados”; la Verdad en contacto con el error produce una quimicalización. Por lo tanto, los sufrimientos del Maestro provinieron de su contacto con los pecadores; pero Cristo, el Alma del hombre, jamás sufrió. Jesús trazó el mapa del camino de la ciencia del ser, y mediante la pobreza del sentido fue enriquecido por el Alma; pero a aquellos enterrados en la creencia de Vida en la materia, y que insisten en que vemos sólo con los ojos, y oímos con los oídos, y sentimos mediante los nervios, les dijo: “Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís, para poder entender, y ser convertidos para que yo pueda sanaros”. (130) Su creencia en el sentido personal cerró la puerta a los mensajes del Alma; de ahí el dicho: “No podéis servir a dos amos”. Jesús se apegó a uno sólo, y fue guiado por el sentido espiritual; por lo tanto, el sensualismo de la era se separó de él, y lo odió. Sus afectos eran puros; los de ellos carnales; sus sentidos eran Verdad, los de ellos error, por lo tanto, el Amor con él era ciencia espiritual; con ellos era sentido material; su imperfección e impureza sintieron en su perfección y pureza un reproche constante; de ahí el odio mundano hacia el justo y más espiritual Jesús; y de ahí la predicción de los profetas acerca del tipo de recepción que se le daría. La gente no sabía cómo interpretar el malestar que sentían en su presencia, ni los cambios químicos que ésta instituía en su ser. Si ellos hubiesen entendido el significado de la perturbación que se producía en ellos al reunir dichos opuestos, habrían llorado como Pedro ante la advertencia, y habrían comenzado una lucha contra el sentido personal que se oponía a la Verdad. Ellos, en su ignorancia de la ciencia de la Vida, nunca consideraron el hecho de que el bien es odiado únicamente por el mal, ni tomaron en cuenta el sacrificio continuo que el bien hace para la destrucción del mal. Jesús llevó sus pecados en persona propia; esto es, él sentía el sufrimiento que el error traía consigo y a través de su conciencia lo destruía. Si el Maestro hubiese conquistado completamente la creencia de Vida en la materia, no habría sentido sus flaquezas, pero él no había alcanzado aún su demostración final, o si él hubiese compartido su ser

sensual, no habría sufrido a causa de ellos, ni ellos a causa de él. (131) Al vencer sus propias tentaciones, en esa medida las conquistó para el mundo, aun cuando éste no lo supiera; él demostró pureza y Verdad, y el poder para sanar a los enfermos, y les aseguró a otros que ellos podrían producir esta demostración, si no fuera por su falta de fe en esta ciencia. Aunque no hayan visto su equidad, ahora todos ellos deberán alcanzar la armonía del ser a partir de la Verdad que él enseñó, y deberán plantar su demostración sobre los fundamentos que él colocó, sobre lo que él experimentó por ellos, y sobre lo que generosamente vertió en sus oídos. Este fue el cáliz que bebió el pionero de la ciencia de la Vida, el cáliz que bebió aquel que vino con aquellas pruebas y prácticas más elevadas de la Verdad y que pasaron desapercibidas para la era en la cual aparecieron; pues no lo entendieron ni a él ni a sus obras, y no aceptaron su explicación que sí los entendió a ellos.

Por anómalo que parezca, no dudo que a Jesús le hayan vuelto la espalda y le hayan considerado un mal hombre durante la época de su ministerio público, todos excepto unos pocos que no eran pretenciosos y cuyo cristianismo les permitió entenderlo. Este fue el cáliz que apuró hasta el fondo nuestro Maestro; también dijo que aquellos que lo seguirían posteriormente beberían del mismo cáliz; lo cual debe ser el caso si en verdad están más avanzados que la opinión pública. Refiriéndose a sí mismo como no haciendo nada que estuviera más allá de la habilidad de otros para hacer lo mismo, dijo: “Las obras que hago, haréis, y aún mayores”. Anteriormente ya había establecido la plataforma según la cual “al árbol se le conoce por sus frutos”, indicando que si sanaban a los enfermos usando el Principio con el cual él sanó a otros, entonces debían ser cristianos. Aunque en vano extendemos nuestras fatigadas alas hacia la plena realización de esas palabras en el presente, sé, sin embargo, que su cumplimiento habrá de llegar en siglos venideros. (132) Aquel que triunfe sobre el sentido personal y sacrifique sus posesiones terrenales en el altar de la ciencia del ser, beberá de este cáliz, y será capaz de llevar a cabo la demostración de sanar a los enfermos, echar fuera el error, levantar a los muertos y triunfar sobre la tumba, de todo lo cual nuestro bendito Maestro dio ejemplo. Pero la tierra no tenía recompensa para una vida semejante; el sentido personal no puede dar ni recibir esta recompensa; el entendimiento de Dios es la única recompensa que eleva al ser por encima de la discordia mortal y le proporciona armonía inmortal.

Una persona puede recompensar injustamente, pero el Principio no puede hacer esto. Pensar que recibimos todo nuestro castigo sobre la tierra es tan falso como pensar que todas nuestras recompensas son mundanas; y aquel que se esfuerza y se sacrifica sin cesar cargando la cruz tan sólo para ver que su existencia es motivo de mofa, ¿diría que esta recompensa es suficiente proviniendo de la mano del Amor? También sería falso pensar que ya han tenido todo el sufrimiento que podían experimentar quienes aún se regodean en la sensualidad y la hipocresía, o el asesinato y la rapiña, y que han tenido éxito en todas sus villanías hasta el momento en que súbitamente mueren en medio de esta inmundicia; ¿debemos suponer que ya han sido perdonados y que se les hará entrar directamente en la gloria? Su castigo aquí fue ciertamente insuficiente para reformarlos, lo cual es el designio de la Sabiduría, y el cielo de un hombre bueno para ellos sería un infierno. ¿Cómo podrían hallar bendiciones en la pureza y en la Verdad cuando son precisamente lo opuesto a ellos? No hay nada en la misericordia o el Amor, que pueda perdonar la necesidad en la ciencia de que los pecadores sufran después de la muerte. La

desaparición del castigo como retribución al pecado sería el equivalente de que la Verdad perdonara el error; en cuyo caso el pecador no habría mejorado a través de lo que ha experimentado; pues si escapara del castigo que merece, ello no iría de acuerdo con el gobierno de Dios, en el cual la justicia es la mano derecha de la misericordia. La única forma de destruir el pecado para quien encuentra placer en él sería que el pecado produjera sufrimiento. Cuando el hombre admita que no hay placer en el pecado, habrá comenzado a sanarse a sí mismo. (133)

Al contemplar la historia desde el punto de vista moral hasta el presente, aprendemos que la fe en Cristo, en la Verdad, que causó que nuestros mártires fueran quemados y que los derechos del hombre se consagraran en el patíbulo, se repite nuevamente en el sufrimiento de justos por injustos, entonces ¿de qué manera es que Dios ha perdonado el pecado? Todos sufrimos por el pecado, y deberemos hacerlo hasta que la ciencia destruya el pecado y sus sufrimientos. ¿Es que acaso el martirio de John Brown hizo que alguno de los crímenes de Jefferson Davies fuera menor, o menos merecedor de un castigo? Lo que aguarda aquí al mártir inspirado de Dios es la corona de espinas, y la palma de la victoria en el más allá; pero lo que aguarda aquí al hipócrita indulgente es el laurel, y las espinas en el más allá.

La demostración que Jesús dio de Dios, hizo más para el mundo de lo que un problema matemático llevado a cabo y explicado hacen para un estudiante; le enseñó a la raza humana cómo demostrar correctamente el Principio que es Dios; y si esta demostración hubiese sido entendida, el hombre habría alcanzado el ejemplo de Jesús y hubiese resuelto su ser armonioso con anterioridad. El espíritu-mártir es el peldaño que lleva de lo humano a lo divino; los mártires son las luminarias del Alma que se pierden al sentido personal, para aparecer nuevamente en la plenitud de su ser como lo hace el sol, cuando la sensualidad da lugar a la espiritualidad, y se alcanza el punto de vista del líder. La Verdad es rectitud auto-consciente que trae su propia recompensa, pero que en medio del polvo de la batalla no es vista ni apreciada. (134)

La creencia personal de Dios que mantiene al Espíritu como persona en vez de Principio, que hace del Alma materia inteligente y que posee toda la tiranía y pasión que manifiesta una creencia de Vida en la materia, fue el mismo error que crucificó a Jesús. Jesús sabía que no había más que un sólo Dios, por lo tanto, sabía que la Inteligencia del hombre era Dios, y no el hombre; el Principio, y no la persona; de aquí que dijera: “Yo y el Padre somos uno;” y por esta declaración científica, y la demostración que trajo consigo, los dirigentes gritaron: “Crucifíquelo, pues él *se hace como Dios*”, “¿Y qué otro testigo necesitamos en su contra?” Hoy en día esta misma declaración es recibida por la sensualidad con la misma oposición de siempre, ¿y por qué? -Porque amputa manos derechas, y saca ojos, al negar al sentido personal; y coloca el hacha en la raíz del árbol, derribando así al médium de todo el pecado. Dios es perfecto; y si no hay otra Inteligencia, no podemos tener imperfección; la única manera de destruir el error es despojándolo de su supuesta Inteligencia según la cual puede dar dolor o placer. Ahora, admitir que haya una Inteligencia separada del bien, llamado mal, es el error que admite que hay dos poderes, es decir, Dios y el diablo, simultáneos, pero que atribuye superioridad y todos los éxitos mundanos al diablo; este error se está desvaneciendo parcialmente, y hoy en día Su Satánica majestad ya no es considerado como un individuo en sí, sino como un poder universal. El siguiente paso en el progreso es

entender de que no hay un diablo; que el error y el pecado no tienen Inteligencia; las Escrituras niegan existencia a todo excepto a Dios y a su creación; y sostienen que “sin El nada fue hecho de lo que ha sido hecho”, asimismo dicen que “de la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno”; en otras palabras, que Dios nunca ha hecho un demonio, pues de un manantial puro no surgen aguas corruptas, y nada salvo Dios es auto-existente; (135) Jesús despojó a este error de todo su disfraz si tan sólo se le hubiera entendido; explicó que era imposible tener otra Inteligencia separada de Dios, o que Dios hubiese hecho el mal, y demostró esto al sanar a los enfermos, y al echar fuera los demonios, mostrando que Dios destruía a Satán en vez de hacerlo; en otras palabras, que la Verdad destruye al error al demostrar su insustancialidad. La creencia personal de que el hombre es una mente separada de Dios, y que esta mente comprende, siente y existe como una entidad dentro del cráneo, y que es pecadora y sufre, etc., es el único diablo personal que hay, y lo único que deberíamos echar fuera.

Este error no es el resultado del cerebro, sino es una creencia de que el cerebro es Inteligencia; en otras palabras, que Dios está en la materia, y este error no es el resultado de que la Inteligencia esté en la materia, sino es una creencia de que la materia es inteligente; no es el producto de la mente del hombre, sino una creencia de que hay mente en el hombre, y esta creencia es engaño, y el engaño, error. Preguntáis: “¿quién o qué es lo que cree?” puesto que admitís que Dios no es el autor del error, y que “todas las cosas fueron hechas por Él y que sin Él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho”, respondemos que no hay nadie que crea: es sólo que el error es una creencia, y una creencia es error. La prerrogativa del Alma es el entendimiento, pero el sentido personal no puede reivindicar entendimiento alguno. No necesitamos citar que la anatomía, la fisiología, la materia médica, etc. colocan a la Inteligencia en el hombre personal, sino que resumiremos el asunto con la metáfora de las Escrituras que denomina a la creencia como “el árbol del conocimiento” del cual surgieron la enfermedad, el pecado y la muerte. Una creencia no es Inteligencia, ni tampoco lo son sus resultados, ni tampoco es Dios, ni tampoco es el resultado de este Principio; no es el Alma y tampoco su manifestación. ¿Qué es entonces? (136) Lo opuesto al Alma, llamado cerebro y sentido personal. El error es lo opuesto a la Inteligencia y la simula sólo por medio de la falsedad, llamando al Principio persona, a Dios hombre; así presuponiendo que el hombre material es inteligente. ¿Es un error creer en la Verdad? Es imposible hacerlo; todo lo que recibamos de la Verdad proviene del entendimiento. La así llamada mente del hombre puede ser dañada o destruida por un golpe en el cráneo; pero la Inteligencia que gobierna al hombre y al universo, no se ha perdido. La Inteligencia es Vida, Amor y Verdad, y de ninguna manera es sentido personal, pecado, enfermedad y muerte. La mente de la Inteligencia entiende, jamás cree, y el cuerpo de la Inteligencia es espiritual y no material; es idea y no sustancia; sí, es la sombra reflejada del Alma, sí, de ese hombre que es la “imagen y semejanza de Dios”; todo aquello que llamemos hombre aparte de esto no es más que una creencia y un error, polvo que regresa al polvo. Debido a esto entendemos que una mentira es el único diablo que hay, y al rastrearlo obtenemos la prueba pues todas las discordias de la tierra provienen de las concepciones falsas de Dios y hombre; además la falsedad es un predador de la armonía en la sociedad, y oculta el carácter individual. La Verdad en general no es percibida, pues una mentira es una conclusión más natural para los malvados. Exponed el pecado y éste volteará la mentira contra vosotros; un pecador prospera durante algún tiempo en su actuar secreto equivocado hasta que llega la hora final en que “todo aquello que se encuentre oculto

será revelado”. Debemos decir la verdad en lo que al pecado y a los pecadores concierne, debido a la necesidad moral de no solapar la iniquidad; ellos desde luego negarán lo que nosotros digamos, pero al mismo tiempo se produce el efecto deseado, y recibimos nuestra recompensa, pues esto introduce nueva luz y hace que los pecadores teman repetir la ofensa una vez que se les ha descubierto. (137) Entre más os elevéis en la escala de la Verdad, más intensas y abundantes serán las mentiras en lo que a vosotros se refiere; entre más eleva Dios su voz, más eleva el diablo la suya para ser escuchado por encima de Él; entre mayor Verdad traigáis, más el error se perturbará por ello, hasta la victoria final en el lado correcto.

Jesús enseñó a sus estudiantes la ciencia que él entendía, pero ellos nunca alcanzaron su demostración. Se elevaron hacia ella sólo conforme siguieron implícitamente sus instrucciones. Es de poca importancia si la auto-abnegación, y la fidelidad son recompensadas en el presente o en el futuro; su recompensa es segura. Debe haber un vaciar del sentido personal y un llenar con lo espiritual para entender la ciencia del ser, y dar un sentido más elevado de la Omnipotencia con el cual controlar al hombre y a la materia. Jesús enseñó y practicó la ciencia del ser, puso a prueba la recepción que ésta tendría antes de que fuera entendida, y a pesar de la malicia que el error dirigió contra la Verdad, cumplió con su misión del Alma, triunfó sobre el sentido, y se sentó a la derecha del Padre, habiendo resuelto al ser sobre la base del Principio, que es Verdad, Vida y Amor. Aquel que era Dios, y no estaba en el hombre, no “hizo acepción de personas”; y por lo tanto no reivindicó una adoración personal. Aunque Jesús fue perseguido de ciudad en ciudad, él prosiguió su camino haciendo el bien, y por ello fue maldecido y apedreado. Jesús nos enseñó que el Principio es Dios, y que Dios es Amor, pero el fariseo y el sacerdote afirmaron que Dios era una persona que puede amar y odiar. La Verdad que es percibida es odiada por el pecador; pues amputa manos derechas, saca ojos, y le insta a volverse sabio. La creencia de Dios en la materia, o en una Deidad personal nunca ha producido a un cristiano, y será destruida en una reacción química moral que ya ha comenzado y que continuará hasta que se admita que Dios es Alma fuera del sentido, y la única Inteligencia que hay. (138)

La base de toda salud, impecabilidad e inmortalidad es la única gran Verdad de que Dios es la única Inteligencia, y fue por esta Verdad que el gran Maestro de la ciencia de la Vida fue martirizado. La recompensa de nuestro Maestro no estaba en la tierra, ni en la materia, sino en el Espíritu, mientras que todos sus sufrimientos fueron causados por materialismo de la época, no por sus propios pecados, sino por los pecados de otros. ¿Fue entonces justo que sufriera? No, pero era inevitable en este mundo malvado donde el bien sufre por el mal, aunque el mal derive bendiciones del bien. Jesús nos enseñó que el camino de la Verdad es el camino de la salvación, la cual es espiritual; la religión material consiste en ritos, ceremonias, un Dios personal, etc., pero esto no es cristianismo. Setenta fueron los estudiantes que Jesús envió y a quienes les había enseñado fielmente, pero sólo de doce tenemos algún registro específico, y uno de ellos tenía un diablo. Su crucifixión final se acercaba, la hora del triunfo sobre el sentido personal y sobre todos los dolores que este mundo podía ocasionar – la hora que dio la prueba más elevada de la ciencia del ser, de esta prueba tan importante para la humanidad. Judas pensó aprovecharse de la ingratitud del mundo hacia su maestro, y lo traicionó entregándolo en manos de sus enemigos a cambio de treinta monedas y la sonrisa de un fariseo. Bien aprovechó el lastimoso traidor su momento, pues el mundo

estaba entonces sumido en el misterio en lo que concernía a Jesús y a sus enseñanzas. Quizás Judas temía que se acercara el periodo que revelaría la gran bondad que capacitó a su Maestro para demostrar por encima de él y para reprender al pecador como ningún otro podía hacerlo; la distancia moral que mediaba entre él y su maestro ya había creado su enemistad, por lo que la avaricia del oro imperó sobre la gratitud. También sabía que el mundo sensual amaba más a Judas que a Jesús, y éste era otro punto por medio del cual podía victimizar a su Maestro y promoverse a sí mismo con la gente. (139) Judas tenía todas las armas del mundo, Jesús no tenía ninguna de esas; por lo tanto, Jesús eligió no defenderse ante aquellos que no entendían esa defensa, así que “no abrió la boca”. ¡El gran exponente de la Verdad y del Amor en silencio ante el error y el odio! Aquellos a quienes había dado las pruebas más elevadas de la ciencia del ser lo malinterpretaron, y le escarnecieron diciendo: “Él, que se hace como Dios”. Estos escarnecedores que “torcieron el derecho del hombre delante de la presencia del Altísimo”, consideraron a Jesús como “herido, castigado de Dios” que fue “conducido como un cordero al matadero, y como es muda la oveja delante de los que la esquilan”, y “a su generación ¿quién la contará?” a esta generación que en el futuro habría de preguntar ¿de dónde viene la Verdad?, y responder a la pregunta ¿qué es la Verdad?

Los rabinos no pudieron determinar nada sobre esta trascendental pregunta; habrían de esperar el paso de los siglos; pero las mujeres al pie de la cruz sí tuvieron el valor de afirmar que quien había inspirado su devoción estaba en lo correcto, sabían qué era lo que había alado su fe con el entendimiento, sanado a los enfermos, echado fuera el error y había causado que aquellos a quienes había enviado dijeran “Aún los demonios están sujetos a nosotros en tu nombre”. Pero ¿dónde estaban los setenta a quienes les había enseñado? ¿Eran todos ellos conspiradores, excepto once? ¿Se habían olvidado de sus arduos años de explicaciones y paciente espera, de todos los afanes del Amor conforme día a día les enseñaba la ciencia de la Vida y les hablaba de la Verdad del hombre? ¿No pudieron darle ni siquiera un tarro de agua fría en su nombre y satisfacer por un instante su anhelo de tan sólo una prueba de fidelidad a lo que él les había enseñado? (140) Desde su niñez él se había ocupado del negocio de su amo; y ellos del de ellos; pero sus amos eran distintos; uno era el Espíritu y el otro era la materia; uno era Dios, y el otro, el hombre; uno era el Alma, y el otro, el sentido personal. Él había sufrido y trabajado por ellos para darles generosamente de su amado tesoro a fin de satisfacer su hambruna; pero, ¿cuál fue su recompensa? Fue olvidado por todos excepto por unos pocos que se arrodillaron acongojados en la escena de su crucifixión. Pedro pretendió atacar a los enemigos de su maestro, pero él le ordenó enfundar la espada, y no valerse de armas mundanas para defender la Verdad. Jesús desdeñó la argucia o la fuerza bruta cuando la Verdad no pudo protegerlo de las calumnias, y fue capaz de someterse a una muerte reservada para los criminales. Su misión fue vindicar un Principio, y no a una persona, mientras que la ambición más alta de sus enemigos eran los aplausos del hombre.

Jesús sin duda habría podido sustraerse a sus enemigos, pero les dio la oportunidad de destruir su cuerpo mortal para poder proveer la prueba de su cuerpo inmortal en corroboración de lo que había enseñado: que la Vida del hombre era Dios, y que cuerpo y el Alma son inseparables. La creencia opuesta fue el error que él vino a destruir. Ni la lanza ni la cruz pudieron hacerle daño; les permitió pensar que mataban el cuerpo, para después convencer a aquellos a quienes había enseñado esta ciencia que no estaba muerto y que poseía el mismo cuerpo anterior. ¿Por qué sus discípulos lo vieron después

del entierro y otros no? Debido a que ellos habían entendido mejor sus explicaciones de este fenómeno; él les había enseñado su Principio al sanar a los enfermos; por lo tanto, la maldad insatisfecha de sus enemigos, de que no hubiera muerto, no proveyó sino una demostración más elevada que nunca del Principio que él enseñó y por el cual esperaban matarlo. (141) Otra característica importante fue que él no buscó la protección de la ley contra su ira injusta, sino que eligió en todos los casos demostrar la ley superior que gobernaba al ser, que echaba fuera el error, que sanaba a los enfermos y que estaba a punto de demostrar su victoria sobre la muerte, y sobre las creencias del sentido personal de Vida y sustancia en la materia. Jesús sabía que el cuerpo no es más que la sombra reflejada del Alma inmortal, y también que es imposible perder esto, pues como dicen las Escrituras, es la imagen de Dios.

Solo, el manso demostrador de Dios, el mejor maestro del hombre, afrontó su destino; sin un ojo que lo compadeciera, sin un brazo que lo salvara; él, que había salvado a otros; este centinela solemne y fiel en el umbral de la gran Verdad que él establecería, desprotegido por el hombre, estaba a punto de ser transformado por su renovación. Él había enseñado lo que estaba a punto de probar, que la Vida es Dios, y que es superior a todas las condiciones de la materia, por encima de la ira del hombre, y que es capaz de triunfar sobre la cruz y la tumba. En la caminata nocturna por el jardín, en aquella hora de oscuridad y gloria, el error absoluto de la supuesta Vida en la materia, su dolor, ignorancia, superstición, malicia y odio, se le hicieron evidentes en su más pleno sentido. Sus discípulos dormían. “¿No habéis podido velar conmigo una sola hora?” fue la súplica de su gran Maestro espiritual, pero al no recibir respuesta a este último anhelo humano, se alejó para siempre de la tierra en dirección al cielo, del sentido al Alma, y del hombre a Dios. El triunfo del Alma sobre el sentido, requerido por el gran Principio del ser, había de ser probado, y Jesús se valió de la Vida y la gloria fuera de la materia en esta hora suprema y en la demostración final de la ciencia del ser; sin embargo, al ver su gran magnitud, y sintiendo la falta de toda simpatía humana, momentáneamente exclamó: “¿Por qué me has abandonado?”. (142) Si este llamado hubiese sido hecho a una persona, bien pudiéramos dudar de la justicia o del afecto de ese padre, que por un instante pudiese negarse a dar una clara señal de su presencia para sostener y bendecir a un hijo tan fiel. Pero esta apelación no fue dirigida a una persona, sino a la Verdad, la Vida y el Amor, al Principio que estaba a punto de probar, sin embargo, su temor momentáneo era que su entendimiento de éstos no fuera suficiente para afrontar esa hora del odio mundano. Jesús sabía que Dios es Amor, que Él, no el hombre, era Amor, ya que el Amor es Alma y no sentido personal; pero suponiendo que este reconocimiento flaqueara bajo la presión de las circunstancias, ¿qué dirían sus acusadores? Precisamente lo que dijeron para que la Verdad fuese confundida: que no habría una reaparición de Jesús. El peso de la mente que él cargaba en ese momento, y que provenía de la turba de infieles al gran Principio por el cual fue crucificado, le pesó enormemente; no fueron la lanza, ni la cruz, sino la ingratitud del mundo lo que provocó ese grito reprimido a medias de “ali-bacthani”, que desprendió por un momento las alas de la fe. El odio del mundo a la Verdad causó ese momento de agonía, más pesado de sobrellevar que la cruz al subir a la colina del dolor. Una Vida que fue Amor y todo el bien que él hizo, ¡recompensados con un cáliz de amargura! Mirad el sudor de sangre cayendo en santa bendición sobre el jardín de Getsemaní, y preguntaos ¿Era el cristianismo de antaño privilegiado en la tierra? Y ¿pueden los seguidores de hoy en día de esa Verdad, tan perseguida en el pasado, esperar hoy la aprobación mundana? El

Principio otorga pocas palmas de victoria hasta que se alcanza la plenitud por medio de su demostración. El Amor debe triunfar sobre el odio, y la Verdad y la Vida sobre el error y la muerte antes de que las espinas puedan ser expulsadas y se cambien por la corona de la gloria, y escuchéis el “bien hecho, siervo bondadoso y fiel” y se os otorguen honores inmortales. (143) Nuestro Maestro había llevado a cabo y demostrado la ciencia de la Vida cuando fue encontrado hablando con sus discípulos después del entierro; y aquel a quien los rabinos habían esperado enterrar en un sepulcro, ¡es hoy reconocido como Dios! Y este Dios y esta Verdad que Jesús enseñó y probó hace más de dieciocho siglos, será entendida en los días venideros.

El Alma triunfó sobre el sentido personal, y dijo a la muerte: ¿dónde está tu aguijón?, ¿dónde está, tumba, tu victoria? Pero muchos de los que vieron este fenómeno lo malinterpretaron; sus discípulos mismos lo llamaron “espíritu”, a lo que replicó: “El Espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”; Jesús demostró una condición inalterada después de lo que llamamos muerte, también demostró que el Espíritu no es una persona u hombre; y para convencer a Tomás de esto, hizo que éste examinara las huellas de los clavos y la lanza; probó para todos los tiempos y la eternidad que la muerte no es más que una creencia del sentido personal, porque la Vida es Espíritu, *alias*, Dios, y que Dios es la inmortalidad y el Alma del hombre; pero aquellos que consintieron al martirio de un hombre justo ¿no habrían gustosamente, por la maldad de sus obras, trocado su demostración en una plataforma doctrinal para la salvación de las almas? Sus discípulos, no estando lo suficientemente avanzados para entender la lección la hora, no llevaron a cabo sus obras maravillosas en el sanar sino hasta que su Maestro reapareció y habló con ellos de esta ciencia, y finalmente se elevó fuera de su campo de visión, esto es, su tercera demostración estaba tan lejos de su entendimiento, que no tenemos más registro de él para explicar. Entonces recibieron el Espíritu Santo, en otras palabras, la interpretación plena que la ciencia da de Dios, y cumplieron después con el ejemplo de su Maestro, cuando ya no tenían una persona, sino un Principio sobre el cual apoyarse. (144)

En la crucifixión de nuestro Maestro se encontraron el error humano y la Verdad divina, y la Verdad venció a través del “varón de los dolores”, pues era el que entendía mejor la nada de la Vida en la materia, y la sustancia de la Vida, la Verdad y el Amor. Dado que Jesús fue la manifestación más plena del Espíritu, y por lo tanto el más alto representante de Dios entre los hombres; el mundo del sentido le odió. Comprendiendo esto plenamente, dijo a sus discípulos: “No puede el mundo odiaros a vosotros, pero a mí me odia,” probando que el hombre mortal no es afín a la Vida, la Verdad, o el Amor, que el sentido personal es lo opuesto mismo al Alma en sus atracciones, alegrías y aflicciones. Herodes y Pilato pudieron dejar atrás sus viejas rencillas para unirse y someter al escarnio y a la muerte al mejor hombre que jamás haya pisado la tierra; hicieron causa común en contra del expositor de la Verdad, porque ambos la odiaban en secreto, y se unieron maliciosamente en contra del que la representaba. Deshacerse de Jesús y de su Sabiduría acusadora era el propósito de ambos. Dijeron el rabino y el fariseo: “Es un agitador”, “se hace como Dios”, “es un glotón, y un bebedor”, “echa los demonios por Belcebú”, “y es un amigo de los pecadores”. Esta última acusación era la única que era cierta. Debido a que su vida estaba más próxima a la Verdad, fue más calumniado que ningún otro hombre; y puesto que era amigo de los pecadores, no dejaba pasar oportunidad para reprenderlos aguda y consistentemente; por lo tanto, lo

veían como su peor enemigo, y sí que lo era, el enemigo más fuerte del error, pero el amigo del hombre. A través de la demostración Jesús estableció los fundamentos de la ciencia de la Vida, controló la materia, y probó que la Inteligencia no es materia, ni hombre, sino el Principio del hombre, capaz de contener y de gobernar al cuerpo y de destruir el pecado, la enfermedad, y la muerte. (145)

Las opiniones que la gente tenía de Jesús eran lo opuesto mismo al hombre, y os señalan apropiadamente lo que se dirá en estos días de la ciencia que él enseñó y de sus seguidores, y veréis si no hay una similitud entre la recepción que tuvo en el pasado y la que recibe en el presente. Hoy tenemos poca gente que demuestre siquiera en parte la gran Verdad que fue enseñada por Jesús; pero no vacilamos al decir que es el privilegio y la posibilidad de todos los cristianos seguir su ejemplo y llevar a cabo lo que afirman, pero deben obedecer el primer mandamiento de “sanar a los enfermos” como prueba de que entienden este ejemplo y el Principio que sanaba en ese entonces. Hemos visto una mejora en cuanto a la hoguera y el patíbulo en esta era, pero el odio con el cual doctrinas y creencias persiguen a la Verdad, no ha cesado en este siglo.

Cuando la pureza de la ciencia del ser confronte la impureza del sentido, y el humanitarismo eleve su voz por encima del sectarismo, los ataques lloverán sobre la ciencia, sus verdaderos seguidores serán calumniados y perseguidos, y la impostura y la malicia atacarán aquello que desean destruir. Los médicos en general la pisotearán, pues sana a los enfermos sin medicamentos, y ultimadamente habrá de destruir la enfermedad, con lo cual “su profesión se acabará”. Pero ¿debemos servir a amos del pasado tan sólo porque la Verdad tiene enemigos y perturba la comodidad del error? La Sabiduría nos proporciona una mejor visión a futuro; podemos solicitar apoyo a aquellos pensadores avanzados que perciben el alcance y la tendencia de la Verdad; pero otros dirán a la ciencia del ser lo que alguien dijo en el pasado para complacer a los rabinos: “por ahora, márchate”. (146)

El punto de vista más elevado del ser, es esta ciencia, pero las opiniones, doctrinas y creencias no nos proporcionan ningún Principio demostrable capaz de alcanzarla y capacitar al hombre para trabajar en la obra de su propia salvación; es la Verdad, el Principio del hombre, la única que puede hacer esto. No hay otro camino más liso o más ancho a la armonía o al cielo; ¿pero no podría el cristianismo unirse a la paz y a la prosperidad mundana? Su naturaleza misma es paz y bendiciones, pero sus alegrías y triunfos no son terrenales, se alejan de la materia y van hacia el Espíritu. Por esto no queremos decir la muerte, ni estamos hablando de un súbito éxtasis, sino de un desvanecimiento gradual de las cosas materiales, de los deseos terrenales, posesiones y placeres, y de un llenar con la pureza, la Verdad y la inmortalidad. Las demandas del sentido personal disminuirán, los apetitos se volverán más sencillos, el orgullo, la malicia y todo el pecado cederán ante la mansedumbre, la misericordia y el Amor, hasta que finalmente la creencia de Vida en la materia ceda a la conciencia de que la Vida es Espíritu, y que el Espíritu es Dios. Todos los pensamientos y actos buenos son ciencia que no procede de una base doctrinal, sino el Alma sometiendo al pecado, la creencia personal, el placer o dolor personales, y revelando toda armonía, justicia y bienaventuranza en nuestro ser Dios.

CAPITULO III. (147)

ESPÍRITU Y MATERIA.

Si la felicidad y la Vida son del cuerpo, el sentido personal es hombre, y el hombre es materia, un cuerpo inteligente, pero la enfermedad, el pecado y la muerte no constituyen al hombre inmortal, ni tampoco son Espíritu.

Ni por un momento nada que sea falso o impuro es abarcado por el Alma inmortal, pues estos son mortales, son los elementos destructivos de la mente material. El mejor sermón jamás predicado es la Verdad demostrada sobre el cuerpo, mediante la cual se sana la enfermedad y se destruye el pecado. Sabiendo que sólo un amo puede imperar en los afectos, el Maestro dijo: “No podéis servir a dos amos”, pues sabía que lo que determina nuestro lugar en el cristianismo prueba también si el hombre es el sirviente del Alma, o del sentido, de Dios, o del hombre. Si el Espíritu gobierna al hombre, no será tentado por el pecado, ni las así llamadas leyes de la materia lo enfermarán o limitarán su Vida y utilidad. Estrecho y recto es el camino de la ciencia, y pocos son aquellos que por ahí transitan.

La Verdad del hombre produce una nueva criatura; “en quien las cosas viejas pasan y todo se ha hecho nuevo”. Cuando se intercambia el sentido personal por la ciencia del ser, “todas las cosas se vuelven inmortales y armoniosas”; (148) toda creencia de materia como sustancia, Vida, o Inteligencia, debe ser destruida antes de encontrar al hombre como la imagen y semejanza de Dios; la perfección cristiana no puede lograrse sobre ninguna otra base. En la unidad científica entre Alma y cuerpo, o Dios y hombre, el Alma no está en el cuerpo, sino el hombre es abarcado en el Espíritu, así como el Principio contiene a su idea y es controlada por él. La Inteligencia abarca y gobierna los cielos y la tierra armoniosos donde se hace “Su voluntad.”

El hombre que es controlado por la Sabiduría, la Verdad, y el Amor, no tiene sufrimientos físicos, su cuerpo es armonioso; pero la creencia del Alma en el cuerpo y del Espíritu en la materia está gobernada únicamente por el sentido personal, por las creencias de enfermedad, pecado y muerte, doctrinas, teorías, etc., por lo cual siempre está engendrando error, y finalmente se destruye, probando así que este hombre es mortal. El hombre del sentido es instinto con mentiras, y es el “hombre viejo que debe ser desechado” antes de que la idea de Dios, el hombre inmortal, sea entendida; o como lo dice Pablo, antes de que “el hombre nuevo sea instaurado”. Lo que el apóstol llamaba “hombre nuevo” es lo que la ciencia del ser, tan nueva para el mundo del sentido, sacará a relucir cuando deje de estar estrangulada por el error y la persecución.

Las teorías y doctrinas que presuponen al Alma en el cuerpo, y a Dios en el hombre, al injertar lo santo en lo profano, hacen de la Verdad enfermedad, pecado y muerte, o error de Dios; acusan de falsedad a la ciencia, y constituyen una creencia estéril y estereotipada que cuela mosquitos y traga camellos. Porqué el hombre no se comprende

perfecto, “así como su Padre”, su Principio armonioso, es debido a la creencia de que hay una Inteligencia distinta a Dios que puede encaminarlo lejos de la Verdad, la Vida y el Amor, cuando no es más que el error del sentido personal lo que hace esto, y no un mal inteligente; no hay más que una sola Inteligencia, y ésta es Dios. (149)

Nuestras creencias en un Ser supremo comienzan diciendo: Él es todopoderoso y es siempre auxilio presente en tiempos difíciles, y terminan con un medicamento, o un día lluvioso superior a Él; el entendimiento de Dios cambia esta posición, dándole la omnipotencia al Espíritu, y ningún poder a la materia. La Inteligencia en la materia pretendería negar la omnipotencia del Espíritu. El error mortal está en guerra con la Verdad inmortal, y es la creencia enferma, pecadora y percedera llamada hombre mortal que dijo que la muerte es el amo de la Vida.

El error abunda donde la Verdad abundaría mucho más si se entendiera a Dios, y la relación científica de Alma y cuerpo como el Principio y su Idea, y si se aprehendiera plenamente la imposibilidad de la unión de Espíritu y materia. Jesús dijo: “Yo y el Padre somos uno”, esto es, Yo soy Alma y no cuerpo, Espíritu y no materia, por lo tanto no hay más que una sola Inteligencia o Alma puesto que no hay más que un sólo Dios; recordad que “Yo” significa Dios, y no hombre; Principio, y no persona; Espíritu y no materia; y esta es la ciencia del Alma y del cuerpo que nos capacita para sanar a los enfermos sobre la base del Principio o Verdad del hombre; es decir, que “en Dios vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”; es el Espíritu y no la materia lo que controla las cuestiones de la Vida.

La acusación más denunciada en contra de Jesús, el gran demostrador de la ciencia del ser, fue esta: “se hace como Dios”, pero este también fue el punto que le hizo ser todo lo que fue en mayor medida que otros hombres. Cuando esta Verdad fundamental sea entendida, se encontrará que induce no sólo la adoración más exaltada, sino también la auto-abnegación, una aprehensión espiritual más elevada del Ser supremo, y la capacidad para sacar a relucir todas las posibilidades del ser; la opinión equivocada de que el Alma está en el cuerpo, o que alguna porción de Dios está en el hombre, pretendería robar a Aquél, que es todo Sabiduría, algo de su omnipotencia y Sabiduría. (150) Las teorías y creencias admiten ya sea más de un sólo Dios, o algo menos que un Dios; debemos romper las barreras de la personalidad y renunciar a la creencia de Dios en la materia, y salir del hombre para entrar a Dios, alcanzar la ciencia de la Vida y liberarnos de la enfermedad, el pecado y la muerte; mientras supongamos que la Vida y la Inteligencia están en la materia, el hombre será mortal. La creencia que es fatal para la ciencia, para la armonía del hombre y para la omnipotencia de Dios, supone que una porción de Jehová está aprisionada en un cuerpo de sensualidad y muerte, y que escapará de él cuando este cuerpo a Su cargo se haya ido a la ruina, vencido a la Omnipotencia y se haya destruido a sí mismo, o cuando Dios, la Vida del hombre haya matado al cuerpo para salir de él y entrar a la ciencia y circunferencia del ser.

Ni la menor porción de santidad ha estado jamás dentro del pecado, o mezclada con él de manera alguna. El bien que vemos y que decimos está en el hombre, está fuera de él; el hombre mortal o la mente en la materia es una imposibilidad moral y científica, aun para Dios. La creencia de que el bien y el mal, Dios y el diablo, Espíritu y materia se mezclen en lo más mínimo, o tomen la misma individualidad, es el error llamado

hombre mortal. Sin embargo, hay grados de comparación en el error, el menor es el hombre menos material, por lo tanto, éste será más transparente a la Verdad, fuera de este error; el bien, en conexión con el hombre mortal, está fuera de él en vez de dentro. La idea de Dios fuera de la creencia de Vida en la materia es el hombre inmortal; captamos vislumbres de él cuando las nubes del error son menos densas, y por momentos se desvanecen en un grado tal que percibimos la imagen y semejanza de Dios en alguna palabra o acto que revela en alguna medida al ser verdadero, al hombre inmortal mismo, libre de pecado y eterno. (151) No es sin embargo que el hombre mortal abarque un átomo de bondad; todo es pecado y sentido ahí, sino que el bien fuera de él brilla por momentos a través de él como los rayos del sol que la vaporosa nube no puede ocultar. Entre menos admitamos que la materia es inteligente y cesemos de llamar al cuerpo “Yo”, más nos congregaremos a nosotros mismos en el bien, fuera del mal, y más pronto será Dios entendido, y se encontrará que el hombre es la imagen y semejanza de Dios.

Al admitir que el Alma es del cuerpo, y que la Vida y la Inteligencia son materia, así como Dios; lo infinito se introduce a lo finito, y aun así no puede controlar al cuerpo en el cual mora; las condiciones corporales conflictivas están más allá del control de la Inteligencia; empleamos remedios materiales para que hagan lo que ni siquiera esperamos de la Omnipotencia, y el hombre mortal cojea incapacitado, desfallece con dispepsia, o se consume con una enfermedad pulmonar, etc., hasta que este así llamado hombre entrega el espíritu.

Deberíamos titubear al decir que Dios peca y sufre; no obstante, la lógica de semejante razonamiento sería esta: si Dios mora en la persona o en el hombre, entonces debemos declarar abiertamente que somos ateos y que sumergimos a la Inteligencia en la materia. La creencia que une Espíritu y materia no está muy alejada del paganismo, y emplea a la materia para sanar al enfermo, así tácitamente admitiendo que la materia es superior a Dios. Este error no puede ser entendido, o no sería tolerado.

Hay creencias malas, y éstas son falsamente llamadas “espíritus” malos, pero no hay más que un Espíritu, esto es, Vida, Amor y Verdad; y esto es suficiente para todas las cosas, y “un auxilio muy presente en tiempos difíciles”; (152) pero cuando el conocimiento asume la responsabilidad de decir que la materia es más poderosa que el Creador del hombre, ¿sería correcto suponer que el cristianismo puede mezclarse con esta creencia, tan opuesta a las enseñanzas de Jesús, y demostrar como él lo hizo la ciencia del ser, echando fuera el error y sanando a los enfermos?

Entender que el “Yo” es la Inteligencia, y ésta el único Dios, capacita al hombre para alcanzar la inmortalidad del Alma, para destruir los errores del sentido y para hacer al cuerpo armonioso y eterno, porque está gobernado por el Espíritu; pero creer que somos nervios, huesos, cerebro, etc., es aceptar la ayuda de la materia para controlar al cuerpo, virtualmente admitiendo así que Dios es incapaz gobernar completamente al hombre. Si el cerebro, los nervios, etc. son inteligentes, entonces el Espíritu y la materia se entremezclan, y entonces el pecado y la santidad, la enfermedad y la salud, la Vida y la muerte, el bien y el mal, están mezclados, y quién podría decir cuál es uno y cuál es el otro, pues ello sería cuestión de opinión. Nuestro Maestro destruyó esta doctrina cuando Él dijo “No hay armonía entre Cristo y Belial.” Si el hombre es Inteligencia, entonces

hay muchos dioses; o si la Inteligencia está en el hombre, lo mayor entra en lo menor; y Dios se vuelve algo menor al hombre, y no hay un Dios; ¡en vano insistimos en tan evidente error! Aquellos que están auto-conscientes de cualquier bondad, están conscientes también del Amor y la Verdad fuera de la materia.

Si el hombre tuviera la debida lealtad a Dios, qué argumento más poderoso habría para combatir la enfermedad y el pecado que considerarlos como no habiendo sido creados por Dios, “que hizo todo lo que fue hecho”; y puesto que no fueron creados por Dios, carecen de creación o realidad. Pisotear el pecado por sentirnos superior a él, es sabiduría; pero temerle, es caer en una trampa, porque estáis admitiendo algún poder o Inteligencia superior a Dios. (153) Pisotear la creencia de enfermedad, y vernos a nosotros mismos como superiores a ella, es sabio; pero temer la enfermedad, la causa, porque estamos admitiendo su supremacía sobre nosotros. Si poseemos Amor, Sabiduría, o Verdad, entonces tenemos Vida, que es superior a la muerte, la enfermedad o el pecado, y debemos probar este hecho mediante la demostración.

Si el pensamiento se sobresalta ante las poderosas afirmaciones de la ciencia del ser, y duda de ellas, ¿no nos sorprenden también las pretensiones del mal? Sin embargo, las admitimos, aunque la discordia sea irreal y la Verdad no sea tan sorpresiva o arbitraria como el error.

Cuando el sonido es interpretado por el sentido personal, no es más que una creencia que puede perderse con un sólo cambio de opinión respecto a él, pero cuando existe en su Principio, lo mantenemos en el Alma, y es una capacidad auto-consciente imperecedera. La creencia de que los así llamados muertos se comunican audiblemente con los vivos, produce una impresión mental similar a otras creencias, y no tiene más realidad que aquellas. El sonido se produce mediante impresiones mentales, y no por la acción del aire en el mecanismo del oído. Oír no depende de la materia, sino depende, ya sea de la creencia o del entendimiento. Aquellos que creen en los “espíritus” pueden producir para el sentido personal una impresión de sonido que tiene para ellos la misma realidad que el *modus operandi* más usual tiene para otros. La mente es la única que oye, y es la mente la que produce la impresión de sonido; y esto se prueba por la clarividencia.

Un individuo cree que debe usar sus manos para acercar una rosa a sus órganos olfativos; otro, igualmente sincero, cree que la prestidigitación puede hacer esto; y un tercero piensa que los así llamados muertos pueden manipular la rosa por él; (154) pero todos ellos han producido este fenómeno por medio de su creencia, sin embargo debido a que el método más usual consiste en permitir que las extremidades, los labios y los oídos expresen la volición de la mente, y sonido para el sentido, a otros métodos les llamamos milagros. Como un hombre piensa, así es él en el error; pero como un hombre entiende, así es él en la Verdad. Una creencia de enfermedad, al entrar en contacto con otra creencia de salud, algunas veces es anulada, y los enfermos se sienten mejor, y éste es el único punto de la ciencia al cual se adhiere el mal practicante. Las supuestas sensaciones del cuerpo son impresiones de nuestra propia mente, o que otra mente produce y en ningún caso provienen de la materia; a la larga se pueden convertir en una creencia de inflamación, supuración, parálisis, rigidez, etc.; pero en ningún caso se originan en la materia.

Asimismo, una mente que entra en contacto con la aflicción de otra, se deprime, y produce una lágrima; pero ¿no ha sido la mente la que en este caso ha producido un efecto sobre el cuerpo, sobre las glándulas lacrimales? Y no es más fácil o diferente en un ojo que en un órgano interno. La mente produce huesos enfermos, y es la única que gobierna la totalidad de las vísceras internas, y esta es la explicación de toda enfermedad. El excelente autor, John Young de Edimburgo, dice: “Dios es el padre de las mentes, y de nada más”; ciertamente esta es la voz de la Verdad gritando en el desierto: preparad el camino de la ciencia moral, que es el reino del Espíritu sobre la materia. Azotar a la Verdad y echarla fuera de las sinagogas no la esconderá para siempre. Los signos de hoy anuncian la era en que todo lo que realmente es, será entendido como el Espíritu y sus fenómenos; y ya la sombra de esta mano diestra descansa sobre la hora.

La pregunta ya no debería ser ¿puede la mente producir sonidos, rostros y formas?, sino ¿cuál es el mejor método aquí de adiestrar a la mente para producir el bien en vez del mal? (155) Para que el materialismo, completamente dependiente de la construcción mecánica y de las condiciones de la materia para causa y efecto, y el mal que resulta del así llamado espiritismo, puedan cesar para siempre.

La determinación de los judíos de reconocer a Dios solamente como persona y como rey, no ha abandonado esta era; ni tampoco nuestros credos y rituales se han lavado las manos del error de los rabinos en otros aspectos. El día de hoy sigue repercutiendo el grito que se escuchó en siglos pasados: “Crucificad a aquel que se hace como Dios”, Espíritu, y dejemos que la materia tenga dominio sobre el hombre.

Puesto que Jesús entendía a Dios mejor que los rabinos, él llegó antes que ellos a la conclusión de que él era Espíritu y no materia, y de que éstos jamás se mezclan; también concluyó que no hay más que un Espíritu, o Inteligencia, y por lo tanto no hay más que un solo Dios, una sola Vida, Amor y Verdad. Todas las formas de creencia niegan esto en lo principal, y alegan que la inteligencia es ambos Dios y hombre, y que hay dos entidades o seres separados que ejercen poderes antagónicos; también que la materia controla al Espíritu, que el hombre es ambos materia y espíritu, y que el Ser supremo es Dios y hombre; también que hay una tercera persona llamada diablo que es otra Inteligencia y poder, y que estos tres personajes distintos, es decir, Dios, hombre y diablo, se mezclan en una persona. Cuando poseamos un sentido verdadero de nuestra unidad con Dios, y aprendamos que somos Espíritu solo, y no materia, no tendremos opiniones como estas, sino triunfaremos sobre toda enfermedad, pecado y muerte, así probando nuestro ser-Dios. (156) Que somos Espíritu y el Espíritu es Dios, es irrefutablemente cierto, y al juzgar por sus frutos (la regla que nos dio el Maestro) diremos que no sólo esto es ciencia, sino cristianismo; pero la escandalosa audacia que se llama así misma Dios y que sin embargo sólo demuestra mortalidad errada, ¡nos sorprende! Alguien ha dicho que el cristianismo debería ser ciencia, y la ciencia cristianismo, de otra manera uno o el otro es falso e inútil; pero no se ha probado que así sea y por lo tanto ambos son inseparables en la demostración. Cuando miramos al hombre mortal en búsqueda de evidencias de Vida y Verdad, encontramos que hay mayor evidencia de pecado y muerte que de los otros dos, por lo tanto, debemos dejar de mirar el cuerpo y volvernos hacia el alma; el Espíritu infinito y bendito no está en la

mortalidad. Es imposible confinar lo infinito en el hombre; no podemos ser ambos, Espíritu y materia, pues son opuestos. Nuevamente, si Dios está en ambos dentro y fuera de todas las cosas, entonces todo es Dios. Cuando decimos que el cuerpo es materia, decimos junto con Pablo, entonces debéis ciertamente estar “ausentes del cuerpo para estar presente con el Señor” que es Espíritu. Pero a estar ausentes del cuerpo, la materia médica le llama muerte, sin embargo, Jesús y Pablo sabían que la Vida no está en el cuerpo. La creencia de que la Vida y la inteligencia se mezclan con la materia es el fundamento de todos los errores acerca de Dios y hombre; y nosotros probaremos que somos Espíritu que no se mezcla con la materia cuando este error o creencia opuesta se extinga con la muerte, hasta que finalmente se destruya; y, sin embargo, a pesar de ello, veremos, oiremos y sentiremos independientemente de la organización material que ahora consideramos indispensable para estas facultades del Alma. Tarde o temprano todos aprenderemos que las limitaciones de nuestras capacidades infinitas son forjadas por la creencia solamente, y que la materia no es sustancia, Vida o Inteligencia. Cuando entendamos mejor al Espíritu para no llamarlo persona u hombre, o no llamarlo materia y no coloquemos la Vida que es suprema en la mortalidad, vestiremos nuestros cuerpos con la inmortalidad, y no sino hasta entonces. (157)

En la ciencia encontramos que el Espíritu y la idea armonizan, y la existencia del hombre en el Alma, la sustancia y Principio de la idea que denominamos hombre. No hay sentidos personales en el Espíritu, donde vuestro prójimo es como vosotros mismos; de ahí el mandamiento de no reconocer Inteligencia en la materia, sino de amar a Dios, el Espíritu, con todo vuestro corazón, Alma y fuerza, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos, lo cual, dijo Jesús, abarca toda la ley y la profecía. En esta relación de Alma y cuerpo; o, dicho de otra manera, de Dios y hombre, lo que es carne para uno, no es veneno para otro; sino lo que alimenta a uno, alimenta a todos, así como lo ilustró Jesús con los panes y los peces, cuando el Espíritu en vez de la materia abasteció alimento para la multitud.

Cuánto tiempo nos tomará llegar al entendimiento pleno de la ciencia del ser, ningún hombre lo sabe, no la idea sino el Principio, no el hijo sino el Padre; sin embargo, una cosa es segura: destruiremos el pecado, la enfermedad y la muerte sólo conforme obtengamos este entendimiento de la ciencia, la Verdad del hombre.

Hablamos de espíritus malos, pero no hay ningún mal en el Espíritu; toda discordia procede de la creencia del Espíritu en la materia; pero nuestro progreso lento desde el punto de vista material de hoy, augura una larga noche al viajero. El que abre camino con la ciencia en el presente es un extranjero y un peregrino que indica el camino a las futuras generaciones.

En el hemisferio occidental algunas frases inmortales han roto cadenas, y demolido los postes de azotar y los mercados de hombres, pero la tiranía caerá con sangre, y el aliento de libertad deberá llegar mediante la boca del cañón. La abolición de la esclavitud de los negros no ha destruido sin embargo la esclavitud. (158) Tenemos esclavos del sentido personal que son sirvientes desesperanzados que no saben cómo obtener su libertad. Los cojos, los sordos, los mudos, los ciegos, los enfermos y los sensuales han estado sujetos por años a la esclavitud, arrastrándose a lo largo de su ser, encadenados a la creencia de que el cuerpo es su amo; y esta creencia debe ser abolida, o la humanidad deberá

someterse desesperanzadamente a la peor forma de esclavitud. Este estado del hombre, sin embargo, no es legítimo y no puede continuar para siempre; ahora mismo, dentro de la visión profética, vemos al hombre libre como el hijo de Dios, y la materia ya no es su amo; aquellos que abolieron la esclavitud de los negros, previeron la condena final de la esclavitud. La enfermedad, el pecado y la muerte no pertenecen al gobierno de Dios; tampoco somos sus esclavos indefensos; no podrían conquistar al hombre ni en un solo caso, si éste entendiera su autoridad sobre ellos y reivindicara su libertad en nombre del Dios Todopoderoso al adoptar la postura científica de que la Inteligencia controla la materia.

Unas cuantas frases entendidas de la ciencia del ser, capacitarían al hombre para empuñar el estandarte de la libertad. ¡Ciudadanos del mundo, aceptad su significado glorioso, y obtened vuestra libertad! Este es vuestro derecho divino; es una creencia y no una ley lo que os ha mantenido atados a una condición de la mente y no de la materia; toda enfermedad, pecado y muerte sobre la tierra son causados por la mente, esto es, por la creencia misma del hombre; la materia no es causa, y cuando destruyáis la creencia de que así es, su poder sobre vosotros huirá; tú posees a tu propio cuerpo y lo haces armonioso e inmortal, o discordante y mortal. (159) Tú, la Inteligencia, abarcas a tu cuerpo en comprensión y compleción; has pues a un lado el error de creencia de que la materia te abarca en misterio y enfermedad; “tú”, el Alma y circunferencia del ser, (pues el cuerpo no es sino la idea de “tí”) eres una ley para tus miembros, y eres el legislador que hace a tu cuerpo discordante o armonioso según sea la ignorancia o el entendimiento, el error o la Verdad, lo que lo gobierne. La materia no tiene Inteligencia para gobernarte; di pues al error según el cual sometes a tu cuerpo: “Aléjate de mí, tú que provocas la iniquidad.”

La Verdad establecerá el reino del cielo sobre la tierra, el reino de la armonía misma donde no hay enfermedad, pecado, o muerte, y hollará este trío del error; si Dios hubiese constituido leyes de la materia con el poder de enfermar al hombre, Cristo no habría abrogado estas leyes al sanar a los enfermos en oposición a ellas. Toda evidencia de ley física y de sentido personal es destruida en la ciencia del ser.

El sentido personal no está consciente del movimiento de la tierra, y cree que el sol hace ronda diurna. La ciencia, contradiciendo al sentido personal, le mostró al viejo astrónomo que el sol es nuestro centro solar, y que la tierra gira sobre su eje, dando vueltas a su alrededor. También cuando el ojo parece indicar que el cielo y la tierra parecen encontrarse, y que las nubes y los océanos unen las manos, la ciencia prueba que ellos están tan alejados entre sí como en el punto de visión más cercano. Igualmente, el barómetro, ese pequeño profeta de la tormenta y lo soleado, declara que el clima es bueno aun cuando el sentido personal no vea nada más que nubes densas y gotas de lluvia que empapan. Para el sentido personal, cortar la yugular, destruye la vida, y destruye al hombre; pero para la ciencia, la Vida continúa igual que anteriormente, siendo indestructible y eterna; pues el hombre no puede ser destruido. (160) La ciencia retira toda prueba de las manos del sentido personal y anula este error al interpretar los fenómenos con la razón y la revelación basados en su Principio. La ciencia destruyó la vaga teoría de Ptolomeo según la cual la tierra es el centro del sistema solar; y reveló la armonía de las esferas, sobre un plano inverso.

El sentido personal declara que la Vida está en el hombre, y que la materia es inteligente; que el cerebro, los nervios, etc., son la sede del dolor o el placer, también de la enfermedad y la muerte; por lo tanto, que el Alma es tributaria del cuerpo y está en la mortalidad. Las teorías de la anatomía, la fisiología, etc., cometen el mismo error con el Alma y el cuerpo que Ptolomeo cometió con el sol y la tierra; él hizo al sol tributario de la tierra, ellas hacen al Alma secundaria y tributaria del cuerpo; pero la ciencia ha destruido ese error, y a su tiempo dominará el otro error, excluyendo la evidencia del sentido personal completamente, y así revelará, sobre una declaración inversa, la armonía del hombre y del universo. El Principio del hombre es Alma, y el Alma es Espíritu, y ésta es la única Vida, Inteligencia o sustancia del universo; todo es tributario del Alma. La tierra toma prestados luz y calor del sol, y el cuerpo toma prestada la Vida y la Inteligencia del Alma. Así como la tierra es opaca, sin luz propia, así el cuerpo material es una creencia sin vida, no-inteligente; pero el cuerpo espiritual refleja Vida, Amor y Verdad.

Copérnico señaló la trayectoria de la ciencia en los cielos, y nosotros en una fecha posterior, señalaríamos la ciencia de la Vida o el Principio del ser armonioso; pero antes de que Copérnico hablara, la astrografía era un misterio, y la geografía de los cielos era un mito. (161) El pastor caldeo vio en un cometa el destino de los imperios, y leyó la fortuna del hombre en una estrella; no había una revelación más elevada que la que el horóscopo colgaba sobre el imperio, sin embargo, la tierra y los cielos brillaban y el pájaro y la flor se alegraban con la luz del sol. Igualmente, hoy, tenemos la Verdad, la Vida y el Amor para alegrar al hombre, pero si lo dejamos a las interpretaciones de una creencia o del sentido personal, lo convertimos en algo semejante al cometa vagabundo y a la estrella desolada.

“El hombre jamás es, salvo para ser bendecido siempre”

El sistema Ptolemaico, o el error concerniente a los cuerpos celestes, no podía afectar los intereses vitales del hombre como nos afecta el error de creencia concerniente a nuestro cuerpo, que revierte el orden de la ciencia y le asigna a la materia la prerrogativa del Espíritu; haciendo del hombre el fenómeno más discordante del universo. Cuando admitamos que el Espíritu gobierna al hombre y se demuestre esto en nuestro control sobre el cuerpo, la enfermedad, el pecado y la muerte desaparecerán; pues nada malo o mortal proviene del Espíritu; pero si separamos al Espíritu en personas llamadas “espíritus”, colocando al Alma en el cuerpo y al Espíritu en la personalidad, estamos cometiendo un error garrafal sin fundamento, y perdemos la ciencia del ser. Los sentidos del Alma están libres de dolor, y por siempre imperturbables; nada puede esconder de ellos las bellezas de la Verdad; pero ¿qué confianza tan fugaz proporciona el ojo, cuando el poder de la luz y del cristalino puede extinguirse totalmente con un pinchazo de la retina! Entender nuestro ser es preservar la vista inmortal. La ciencia del Alma preserva la visión, y no hay ciencia física; el Principio de todos los fenómenos es la Inteligencia y la Vida que no están confinados a la materia; donde la altura del ojo no requiere ubicarse perpendicularmente respecto al plano geométrico; todo aquello que es gobernado por el Alma en vez del sentido jamás es privado de la acción o la bendición de la Inteligencia. (162)

Nunca debemos indagar acerca de la condición, estructura, o economía del cuerpo, sino retirar toda atención a ellos; - el Alma gobierna al hombre mejor que el sentido, y que el cuerpo carezca de sensación, es ciencia. Los minerales compuestos o sustancias agregadas que componen la tierra, las relaciones que las masas constituyentes tienen entre sí, o las magnitudes, distancias, rotaciones, etc. de los cuerpos celestes, no tienen importancia real pues todo ello debe dar lugar al entendimiento espiritualizado de que la materia no es sustancia, y cuando se admita esto, se encontrará al hombre armonioso y eterno, la idea misma de Dios que expresa la armonía del ser.

La sustancia material, los cálculos geológicos, etc., serán absorbidos en el Espíritu infinito que comprende y desarrolla toda idea, estructura, forma, color, etc., que en el presente suponemos son producidos por la materia. La percepción espiritual del hombre y del universo constituye la idea verdadera de ambos. Mientras Cristóbal Colón derribaba uno de los errores del sentido personal, y le daba aliento más libre al globo terráqueo, las manos de la ignorancia y de la superstición encadenaban los miembros honestos del viejo y valiente navegante; el hambre y la desgracia lo acechaban, pero más severo aún hubiera sido el destino de aquel a quien la historia ha inmortalizado desde entonces, si su descubrimiento hubiese incluido un Principio que minara la sensualidad. Ni la edad, ni los accidentes, interfieren con los sentidos del Alma; el cuerpo no tiene sensación; no puede ver, oír, o sentir, a pesar de la creencia contraria. Entendiendo esta verdad, el Maestro sabía que no podía ocurrir ninguna pérdida de nuestras facultades, excepto en creencia; él sabía por lo tanto cómo manejar al sentido personal colocándolo bajo sus pies, lo cual lo capacitó para restaurar la vista a los ciegos, el oído a los sordos, y el habla a los mudos. (163)

Si fuese cierto que la sensación está en los nervios, el oír en el oído, la vista en el ojo, etc., cuando estos órganos se perdieran, nuestras facultades desaparecerían, por lo tanto, no podrían ser inmortales en el Espíritu, cuando la realidad es que son inmortales sólo en el Espíritu; el sentido personal regresa al polvo, y da lugar al sentido espiritual, donde encontramos que ninguna facultad se pierde, y que no ha desaparecido nada salvo el pecado y el sufrimiento. Puesto que los así llamados sentidos personales son mortales, debemos admitirlos como error, creencia, y no como la Verdad del hombre.

Lo que llamamos leyes de la naturaleza es tan incapaz de destruir la inmortalidad del Alma, como el cuerpo, o de quitarle al hombre un ápice de lo que Dios le ha dado. “Al Dios desconocido al cual veneráis ignorantemente” le son adscritas estas leyes. La idolatría va a la par de la civilización, pero en vez de arrodillarnos ante la madera o la piedra, nos arrodillamos ante los medicamentos, cepillos para la piel, franelas, etc., etc. No tendréis otros dioses delante de mí, es el mandamiento de la Sabiduría; no hay Inteligencia en la materia, no hay leyes físicas imaginarias, sino sólo la ley suprema espiritual del ser, esto es, la Verdad del Alma y del cuerpo.

La discordia y el sufrimiento no proceden de Dios, del Alma, sino del sentido; si el hombre obedeciera a la Inteligencia solamente, la felicidad y la armonía serían universales. En los días de Jesús y de sus discípulos, la Verdad sanaba a los enfermos; y también lo haría hoy, y haría al hombre perfecto, si se admitiera esta Verdad: no hay más que una Inteligencia, y ésta es Dios, gobernando al hombre, sí, el Espíritu triunfando sobre la materia. El hombre rinde culto a las formas materiales de la religión,

busca el favor popular, se involucra profundamente en la materia, cuela mosquitos y traga camellos; charlatanería popular sería el nombre más apropiado para el conocimiento moderno, que como el antiguo “árbol” multiplica abundantemente nuestros sufrimientos, el pecado y la mortalidad. (164)

Un Principio absoluto y perfecto, llamado Dios, gobierna al hombre y al universo armoniosamente; la creencia y el sentido personal jamás han hecho armonioso a un hombre o al universo. Jesús enseñó, y probó a través de la demostración nuestro dominio sobre la materia; también que una existencia inmortal y libre de pecado se obtiene solamente a través del triunfo sobre el cuerpo. Las Escrituras dicen: todas las cosas son posibles para el Espíritu; pero nuestras teorías niegan esto en la práctica, y hacen que el sanar de los enfermos sea posible únicamente para la materia; sin embargo, las teorías son falsas, y las Escrituras verdaderas. Las creencias le roban a Dios y asesinan al hombre, después sirven su mesa con bocadillos caníbales y agradecen. El cristianismo no es deshonesto, sino nuestras religiones. La popularidad es la flaqueza del mundo pues rige a la humanidad y concilia a la sociedad a costa de la Verdad. Aquel que deja todo por la Verdad, y que es calumniado y odiado a causa del cristianismo, es sabio; el mundo creará el error y será lento para admitir la Verdad. En esta forma el varón de los dolores le dio a un mundo que se mofaba la demostración de la ciencia del ser. La cruz es el emblema de la historia, individual y colectivamente; todos deben tomarla, y negar el placer o dolor del sentido personal. La historia de la ciencia de hace dieciocho siglos se repetirá; la persecución por causa de la rectitud ya ha comenzado, y las mismas sectas que llevaban el látigo en el pasado, son las primeras en azotar hoy el progreso. Los ritos y las ceremonias judías, y el credo y ritual más moderno son tipos y sombras que señalan la llegada de la Verdad del ser cuando la sustancia o Espíritu de esos emblemas aparezca en la demostración; por lo tanto, cuando su Espíritu o Verdad se obtenga, todas las formas serán hechas a un lado; no podemos servir a dos amos y guardar el mandamiento: “No tendréis otros dioses delante de Mí” (165)

Adoramos espiritualmente sólo en la medida en que abandonamos la adoración por medio de formas materiales; lo material debe dar y dará lugar a lo espiritual; dejemos que sea así entonces y no como en la fábula, porque cuando el viento sopla y amenaza con despojarnos de nuestro manto, lo apretamos contra nosotros aún más para no ser despojados de él. Retirad la creencia de Dios en la materia, o del Alma en el cuerpo, y la felicidad y la inmortalidad serán entendidas, y no lo serán sino hasta que hagamos esto. No recolectamos uvas de abrojos; ni llenamos vasijas que no han sido vaciadas.

Vaciar el error de la humanidad a manera que la Verdad pueda fluir en la mente, es la tarea ante nosotros; y aquellos que han sido comisionados para este trabajo sufrirán tribulaciones como no se han visto desde el principio. Cuando la Verdad avanza, el error debe retroceder, pero no sin antes protestar: “¿Por qué vienes a atormentarme antes de tiempo?”; sin embargo, la persecución promueve la idea verdadera, pues pone en marcha el pensamiento sobre el tema en cuestión. Nuestros sufrimientos individuales por causa de la Verdad sirven para espiritualizarnos; de ahí la bendición a los perseguidos por causa de la justicia, “pues de ellos es el reino del cielo”.

El cristianismo no es un credo, doctrina o creencia; sino la demostración de la Vida, el Amor, y la Verdad; no es un don especial de un Jehová personal, sino el entendimiento

de Dios que se logra a través de muchas tribulaciones en el mundo, pero con gran paz en la Verdad; el error debe hacer y hará guerra a la Verdad porque ésta requiere ser probada, y no profesada. (166) El Principio del ser que hace al hombre armonioso no puede ser alcanzado mediante ritos materiales o la adoración a un Dios personal. La declaración científica del ser es que ni el hombre ni la materia tienen sustancia, Vida o Inteligencia. Hay una gran discrepancia entre la interpretación que dan la creencia y las opiniones del cristianismo, y aquello que la ciencia de la Vida demuestra. Jesús y sus discípulos sanaban a los enfermos mediante su espiritualidad: ellos sanaban con el Cristo, la Verdad, y no en el nombre de Cristo, sino en la práctica del mismo. No tenemos necesidad de credos y organizaciones eclesiásticas para sustentar o explicar una plataforma demostrable que se define a sí misma en sanar a los enfermos y en echar fuera el error. La inutilidad de los medicamentos, la vacuidad del conocimiento que envanece, y las leyes imaginarias de la materia son muy aparentes para aquellos que se están elevando hacia la demostración más gloriosa de su ser-Dios.

El error que cometieron los discípulos de Jesús, de fundar organizaciones religiosas y ritos eclesiásticos, si en verdad hicieron esto, fue uno que el Maestro no cometió; pero el error que cometen los miembros de la iglesia al emplear medicamentos para sanar a los enfermos, fue uno que no cometieron los discípulos de Jesús. La iglesia de Cristo era la Verdad, “Yo soy la Verdad y la Vida”, el templo de los adoradores de la Verdad es el Espíritu y no la materia, sí, el Principio del hombre y del universo que requiere de aquellos que profesan ser piadosos, entender a Dios, y estar ausentes del cuerpo para estar presentes con Él, y la reivindicación al derecho de membresía consiste en destruir la enfermedad, el pecado y la muerte. ¿Hay algún cristianismo superior a esto? (167)

Nuestro Maestro no perdió tiempo en organizaciones, ritos y ceremonias, o en hacer proselitismo a favor de ciertas formas de creencia; los miembros de su iglesia deben responderse a sí mismos, en el santuario secreto del Alma, preguntas de la más alta importancia. Primero, ¿Estoy obteniendo una victoria sobre la materia, y estoy presente en el Espíritu, presente en el Amor y la Verdad, departiendo con ellos y ellos conmigo, obteniendo esta unidad con Dios, de la cual habló Jesús, y así elevándome sobre el sentido personal y venciendo enfermedad, pecado y muerte; estoy atendiendo menos a los placeres y dolores terrenales, y dejando atrás lo pecador y penetrando en lo santo? La respuesta honesta a estas preguntas nos corregirá; ellas son los únicos signos significativos del entierro del cuerpo con Cristo, y de su resurrección con Dios, la Verdad, comparados con lo cual, los ritos y ceremonias se hunden en la insignificancia. No tenemos registro de que nuestro gran maestro espiritual Jesús de Nazaret haya instituido formas de adoración eclesiásticas, y percibimos la improbabilidad de esto en la ciencia de Dios que él enseñó y demostró. Él dijo: “El tiempo es *ahora* cuando aquellos que adoran al Padre, lo adorarán en Espíritu, y ya no en Jerusalén” (la riqueza y la erudición) “de nuestros templos”; un magnífico edificio no era el signo de la Iglesia de Cristo.

Antiguamente los seguidores de Cristo, la Verdad, medían su cristianismo según el control que éste les otorgaba sobre la enfermedad, el pecado y la muerte; mientras que las formas religiosas más modernas, hacen a un lado la primera prueba y sustituyen la obediencia a sus reglas como prueba de cristianismo; pero lentamente estamos aprendiendo, conforme pasan los siglos, a abandonar las formas y doctrinas, y a requerir

las pruebas primitivas del cristianismo. (168) Si aceptamos sólo la letra de la ciencia moral y espiritual, pero no obtenemos el Espíritu, no obtendremos la gran Verdad que destruye al pecado, así como a la enfermedad, sino estaremos omitiendo el punto importante que sana al enfermo. Debemos vigilar y trabajar más por el cristianismo de la ciencia del ser que en todos los demás puntos, y daríamos nuestra primera prueba si tuviéramos éxito al sanar, pues esto, más que otra cosa, es lo que da el éxito.

Cuando la ciencia se clarifica al entendimiento, presenta una explicación exhaustiva del Principio por medio del cual Jesús y sus discípulos sanaban a los enfermos, echaban fuera el error, y levantaban a los muertos. No podemos esperar explicar en este limitado volumen su gran Verdad y la ciencia del ser para el pleno entendimiento de nuestros lectores, ya que nuestras creencias, propias y del lector, ocultan su percepción inmediata, y el cambio de los puntos de vista anteriores con la Verdad es labor de la enseñanza. Se requiere experiencia y tiempo para el progreso espiritual de algunos estudiantes, mientras que otros asimilan la Verdad como la gran necesidad de su ser. Nosotros en este libro sólo podemos sembrar la semilla, y confiar en el Señor de la cosecha para que dé el sentido más pleno del ser armonioso.

En siglos pasados Jesús fundó el cristianismo sobre la base espiritual de que no era el ritualismo, la doctrina, o la creencia, lo que produce cristianos, echa fuera el error y sana a los enfermos, sino la Sabiduría, la Verdad y el Amor; pero en el presente las formas eclesiásticas son responsabilizadas del cristianismo, y los medicamentos y las leyes materiales de sanar al enfermo.

Para estimar cuánto hemos progresado y cuál es el estado de nuestro cristianismo, sólo tenemos que saber a qué Dios reconocemos y *obedecemos*. Si estamos progresando, Dios se volverá menos personal y material en nuestro entendimiento, y más práctico; la materia estará sucumbiendo ante el Espíritu, y el Espíritu que manifestamos nos dará a conocer; el sentido personal, base de todo error, no puede juzgar al cristianismo. (169) Al admitir que la materia es capaz de beneficiar y de perjudicar al hombre, robamos a Dios su supremacía, y despojamos al hombre de su dominio, convirtiéndolo así en un reino dividido contra sí mismo que no puede prevalecer. Cuando entendamos correctamente la Deidad, serán los motivos y los actos, no la profesión de fe, lo que será el estándar del cristianismo, y progresaremos continuamente en su demostración y práctica. Muchos hipócritas redomados de corazón asean el exterior de la fuente. Nuestras teorías acerca de Dios y hombre admiten la incapacidad del Espíritu, lo cual roba a Dios, y es el impedimento para la armonía del hombre. Aquellos que hojeen este libro con prejuicio, o que no lo lean en absoluto, fracasarán en entender nuestro propósito o Principio; pero confiamos en que muchos lo leerán cuidadosamente, y si la semilla cae en corazones buenos y honestos, eventualmente producirán fruto y entenderán cómo la ciencia de Dios sana al enfermo; tarde o temprano todos sentirán necesidad de esta Verdad. Cuando intentéis demostrar el sanar de conformidad con el Principio aquí establecido, veréis que cada punto de nuestras declaraciones será necesario para ayudaros; pero no será sino hasta que probéis esto que lo admitiréis; y lamentablemente, sin el Espíritu, poco de la Verdad se demuestra en el sanar de los enfermos según nuestras reglas.

Somos Alma, Espíritu, y no materia; y es tan imposible ser ambos como lo es servir a Dios y a la materia. Dejemos que la ciencia interprete a Dios, y el hombre se volverá armonioso e inmortal. Podéis estar seguros de que es imposible penetrar al entendimiento de la ciencia por ninguna otra puerta que no sea la Verdad que emana del Principio, y ninguna opinión o creencia del hombre podrá cambiar jamás este estándar infalible. (170) Cuando Dios nos reveló la ciencia del ser, y se hizo necesario ponerla a prueba, sanamos todos los casos. Cuando un individuo altamente espiritual entra en contacto con nosotros, nos sentimos refrescados y fortalecidos, y *viceversa*. Pero nuestras experiencias revelarán plenamente las inevitables persecuciones, las calumnias, los estudiantes indignos, etc., que obstaculizan los pasos de la ciencia; “¿es mi heredad para mí como ave de rapiña de muchos colores? ¿No están contra ella aves de rapiña en derredor?”. Cuando nos convertimos por decirlo así en un detective involuntario del carácter, atrayendo el bien, y repeliendo el mal, tomamos este indicativo amoroso de nuestro Padre para establecer una regla para discernir el carácter individual cuya maldad, al inicio, estaba casi oculta para nosotros, y ahora reconocemos la mano que nos ha proporcionado todas esas experiencias.

Los motivos y los actos no son valorados hasta que el pensamiento general alcanza sus puntos de vista y aprecia el sacrificio terrenal que ellos requieren, o hasta que el individuo que bendecimos está preparado para la bendición.

La ciencia del ser revierte tan palpablemente las evidencias del sentido personal como los individuos poco espirituales malinterpretan sus explicaciones; pero llegará el día cuando todos, desde el más pequeño hasta el más grande, deberán entender la Verdad del ser, y hacer que sus cuerpos entren en armonía con sus requerimientos. Aunque el error tenga hoy espacio y foro, la Verdad está cambiando gradualmente al universo material; entendiendo esto, rendimos paciente obediencia a un Dios paciente, y continuamos trabajando, pues la redención del hombre es preciosa. Algunos individuos del pasado que fueron inspirados por Dios, sanaron a los enfermos y echaron fuera los demonios, el error, pero el punto no queda claro en nuestra mente si ellos realmente entendían cómo hacían esto, pues no dejaron explicación al respecto; quizá como músicos naturales captaron los tonos de la ciencia moral y espiritual sin ser capaces de explicarlos (171) La Biblia que lo contiene todo ha sido nuestro único libro de texto; también encontramos que las Escrituras tienen un doble significado, literal y espiritual, pero éste último fue la interpretación especial que recibimos, y que nos enseñó la ciencia de la Vida fuera del sentido personal. Aprendimos que el Principio del ser debe ser entendido para corregir al hombre y que éste era un paso que estaba infinitamente más allá del poder de la fe; pues era “conocer a aquél en el que creíamos” para comprender a través de la experiencia cristiana el camino hacia la salud y la santidad, a la Verdad y la Vida. Para alcanzar la cima del monte Horeb donde Dios es entendido, aunque sea en parte, debemos volvernos más puros; sin esto no podemos percibir el Principio de la ciencia “pues nadie, salvo los puros de corazón verán a Dios.” La pureza es el bautizo del Alma, - “la respuesta de una conciencia buena”, pues un Espíritu limpio lava el cuerpo de toda suciedad y significa sólo tanto como entiende la Verdad. Es más fácil que un camello pase a través del ojo de una aguja, a que un hombre lleve consigo la inmundicia de la carne al reino del cielo, el reino de la armonía; no podemos aprender armonía de la discordia; entonces ¿por qué buscar en el cuerpo mortal el sentido glorioso o la prueba de la Verdad, la Vida y el Amor? Éstos no están en la

materia, ni en el cuerpo, ni en el sentido personal, y es sólo una cuestión de tiempo para que todos aprendamos esto; la eternidad lo pondrá de manifiesto a todos.

“Amputar manos derechas y sacar ojos” significa volverse espiritual. La negación del sentido es el camino a las alegrías del Alma, y hasta que la creencia dé lugar al entendimiento espiritual de que la Inteligencia no está en la materia, no habremos avanzado muchos pasos hacia la armonía o cielo. (172) La felicidad quien es sensual consiste en las cosas del sentido, su Dios es la materia, la persona, en vez del Principio, y el cuerpo en lugar del Espíritu; sus afectos son imaginarios, caprichosos, e irreales; pasión, falsedad, malicia, hipocresía, etc., lamentablemente son lo que es el ser sensual. Despojad al sensual de su manto, y qué espectáculo tan desagradable ofrecerá; él mismo se estremecería al contemplarse, y se sonrojaría al identificarse con un ser como ese. Ni hablar de hacer científicos de elementos como éstos, la base misma del error debe ser cambiada antes de que podamos desatar las correas de las sandalias de la Verdad. Ya sea en el tiempo o en la eternidad un sentido de desolación habrá de llegar al malvado, oscuridad y aflicciones indecibles antes de que abandone la materia por el Espíritu.

La mente es la sede del motivo y la acción, y forma el carácter individual; si esta fuente es corrupta, emanará aguas impuras. Suprimid la riqueza, la fama y las organizaciones sociales que no pesan ni un ápice en la balanza de Dios, y veréis al hombre. Disolved clanes, nivelad la riqueza con incrementos de honradez, y permitid que el mérito sea juzgado por la Sabiduría; el mal predomina por el momento, el hombre malvado prevalece sobre su prójimo más honrado, pero el éxito en el error es derrota en la Verdad. “¡Deje el malo su camino y el hombre inicuo sus pensamientos! pues vengo rápidamente y mi recompensa está conmigo”, es la consigna de la ciencia. La voz del Sinaí y el sermón de la montaña persiguen al hombre, y superarán a la era. La Verdad ha sido declarada en su aplicación a toda necesidad del hombre, pero el mundo duerme; ¿cuándo vendrá el despertar? (173)

El repique de las campanas que ha de sobresaltar al sueño del error, reverbera ya en nuestros oídos; maravillas, calamidades, peligros y pecado abundan mucho más ahora que el entendimiento está incrementado sus demandas sobre el hombre; y si su voz no es sofocada, la longevidad aumentará, el pecado disminuirá, y el mundo sentirá los efectos alterativos de la Verdad por todos los poros. La agravación del error anuncia su fin, y por la locura del pecado sabemos que la Verdad está cerca, ya en puerta, y “a la ruina lo reducirá hasta que venga aquel cuyo es el derecho” ¿Qué es la Verdad? Esta es la pregunta que convulsiona al mundo del presente; de aquí su penoso esfuerzo para aplastar el radicalismo y el libre pensamiento que purgan mejor que las píldoras de un médico, y para tener esta pregunta permanentemente decidida a favor de algún ‘ismo’. La marcha del tiempo no puede detenerse, pues el progreso está gravado en sus banderas; aquellos cuyo reino es de este mundo lucharán por retener sus posiciones, y ordenarán a sus centinelas “impedir el paso a la Verdad a menos que ésta se suscriba a su secta”; pero la Verdad ya ha penetrado más allá de la línea de las bayonetas; y aunque todavía hay un pequeño tumulto también hay un llamado a reunirse bajo su bandera; debemos trabajar con fe durante largos años con la esperanza de que la hora de un cristianismo más elevado y práctico no esté lejos. La Verdad es libertad; sus seguidores empuñan el estandarte de la libertad, la abolición de la esclavitud está gravada sobre sus banderas, mi cuerpo ya no es mi amo, reclamo la libertad de los Hijos

de Dios. ¿Qué poder opuesto a la Sabiduría divina es el que ata al hombre a condiciones de enfermedad, pecado y muerte? ¿No es el cuerpo material? entonces, ¿no es este cuerpo enemigo del hombre? Pero este enemigo no es más poderoso que la Omnipotencia, y no es un tirano sin amo. (174) El humilde Nazareno se rebeló contra su poder y a través de su demostración en el sanar, probó que la materia es una fábula; mostrando que, a pesar del orgullo de los rabinos, su entendimiento de Dios superaba al de ellos. La Inteligencia tiene dominio sobre la enfermedad y el pecado, de otro modo son inmortales y el mal es equiparable al bien. Hay que desechar la creencia de que algo fuera de él mismo, sobre lo cual no tiene control, haga al hombre enfermo y pecador, y finalmente lo mate, pero esa creencia ha de cesar aquí pues no propone más que llevarlo a su perdición. Si el hombre está sin esperanza sujeto al control de la materia, del pecado y de la muerte, está aniquilado pues el error no es inmortal. No creemos en la necesidad del pecado, la enfermedad, o la muerte, porque Dios no tiene parte en ellos. Es imposible evadirse alegando “no haber progresado lo suficiente en esta ciencia y en un entendimiento más elevado de la Vida, y por lo tanto estar incapacitados para triunfar sobre la enfermedad, el pecado y la muerte.” Si ese es el caso, vivificad vuestras experiencias, pues vuestra lentitud no tiene excusa. Cada día y cada hora tienen sus demandas sobre el hombre y le cuestionan “¿dónde estás?” “¿has logrado alguna victoria sobre el error, o te has resignado más apaciblemente a su esclavitud?”

No estamos inmóviles, sino que nos estamos moviendo hacia delante o hacia atrás conforme el tiempo continúa deslizándose y los siglos repiten la historia. Si no estamos progresando, debemos repetir la vivencia del pasado hasta que sus deficiencias sean borradas. Si estamos satisfechos estando equivocados, debemos sentirnos insatisfechos con ello; o si estamos satisfechos sin haber hecho nada, debemos aprender a odiar nuestra tranquilidad. Al deshacer en el tiempo o en la eternidad los errores del sentido, aprendemos a aprovechar cada oportunidad de hacer bien nuestro trabajo, y de someter a nuestros cuerpos a la sujeción del Alma. Este desenredar nuestros enredos, aprender de la experiencia y separar el error de la Verdad, significa algo. Nada, excepto el sufrimiento que proviene del pecado, hará que un hombre lo abandone; por lo tanto “A quien ama el Señor, castiga”. (175) La Sabiduría deja en paz al “más grande pecador” por algún tiempo, hasta que llega el despertar, cuando deberá pagar hasta el último maravedí. Aquellos que perciben las demandas de la ciencia del ser, y se rehúsan a obedecerlas, “recibirán muchos azotes”. Para sanar a los enfermos con la Verdad, debemos entender lo que es correcto y lo que es equivocado; la hipocresía es imposible en la ciencia; debemos dominar el pecado para controlar nuestro cuerpo o el de otro en la ciencia. La ciencia del ser no es un mero proceso mental para sanar, tampoco es manipulación; es necedad pura e ignorancia del Principio pretender sanar científicamente siendo un hipócrita; este es el peor error de todos.

El sistema de salud Graham, la hidropatía, la fisiología, etc., eran considerados preferibles a la alopátia porque empleaban menos medicamentos; pero si los medicamentos son en lo abstracto antídotos de la enfermedad, ¿por qué considerar que una disminución en su cantidad es un avance en el progreso, especialmente cuando la enfermedad aumenta? Renunciar, en cualquier dirección, al control que deberíamos tener sobre nuestros cuerpos, causa enfermedad, y requerir medicamentos provoca esto, al dar las riendas a la materia en vez de al Espíritu. Transferir nuestro propio poder a manos de la materia es destructivo para la ciencia del ser la cual emplea únicamente a la

Inteligencia para controlar al cuerpo, y para remediar todos los males de los cuales la carne es heredera. La ciencia del ser purifica la mente mortal, de la misma manera que la impureza es destruida en la materia mediante la introducción de algún agente limpiador. Cuando la Verdad llega a la mente, el cuerpo manifiesta los efectos de un alterativo, probando que es la mente la que mueve a la materia aun cuando coloquemos este peso mental en la creencia de que son los medicamentos, el aire, el ejercicio, y todo lo demás lo que nos están beneficiando, pensando que son sólo estas cosas las que afectan al cuerpo. (176) Cuando la Verdad alcanza al entendimiento, mueve al error individual a un cambio de base; y lo equivocado y lo correcto luchan entre sí hasta que la victoria se decide a favor de la armonía inmutable. Esta quimicalización, o cambio, a menudo sigue a nuestras explicaciones de la ciencia, el efecto de lo cual es que el paciente se recupera; la enfermedad emerge a la superficie durante la quimicalización, como un fluido en fermentación, y se expulsa a sí misma, algunas veces como sudoración violenta, erupciones, aumento de secreciones, y descargas. Hemos observado con nuestros estudiantes, y con los enfermos, una recurrencia constante de síntomas mórbidos, morales y físicos, hasta que el conflicto se decide en favor de la Verdad. Nunca hemos atestiguado un efecto semejante de lo que llamamos un cambio de opinión o de los medicamentos catárticos o alterativos, como el que hemos visto ocurrir luego de la introducción de la ciencia del ser en las mentes del pecador o del enfermo; igual que un poco de levadura leva toda la masa. Estos hechos irrefutables establecen el Principio de que la mente controla el cuerpo. Pacientes con ciertas mentalidades, o estudiantes con tendencias o hábitos equivocados, son más difíciles de sanar o enseñar, que otros que están constituidos en forma diferente. Hay tres tipos de estudiantes que son los que honran menos a la ciencia y los que dan más dificultades al maestro. Los primeros, cuyo fanatismo y vanidad son hechos fijos, y su visión central es de un Dios misterioso y un diablo natural; el segundo tipo, tan tempranamente depravados, se hacen pasar por la inocencia misma, nunca fallan en decir falsedades mientras os miran suavemente a la cara o apuñalan a su benefactor; el tercero, tan acorazados en su creencia o doctrina que las balas de la Verdad rebotan sobre él sin hacerle mella. (177) Los errores que menos se perciben son aquellos que no yacen sobre el plano de vuestra propia experiencia, y están tan profundamente hundidos en la naturaleza de otros que nunca os dais cuenta de la serpiente que yace en vuestro camino hasta que sentís su mordida.

La sociedad es a menudo un jurado insensato que juzga de acuerdo al testimonio de un solo lado; y la honestidad a menudo acuerda un veredicto tardío por temor a cometer una injusticia con el criminal; de ahí que la gente que está ocupada con su propio trabajo tenga poco tiempo para suministrar con ley y evidencia al chisme. Reconstruir la tímida justicia y dejar que la Verdad sea escuchada sobre la falsedad es tarea del tiempo; una causa buena no puede ser popular al inicio; vivir equivocadamente y hablar con propiedad es de poco beneficio para nosotros y los demás. El hombre de mente espiritual y honesta, aun cuando sus creencias estén construidas con sólida albañilería de pensamiento, estará abierto a la aproximación y al reconocimiento de la Verdad; por lo tanto, es el único estudiante apto para la ciencia de la Vida; no es ardua labor enseñarle, ni tampoco regresa persistentemente al error; o cobra venganza sobre nosotros. Alguien como él debería ser un Pablo para los romanos modernos; su tesoro es la Verdad, que no se acumula en la tierra. Aspiraciones puras y dirigidas hacia Dios, propósito constante,

honestidad, entendimiento y acción independiente son las únicas cualidades que nos hacen aptos para la ciencia de la Vida.

Los malvados engañan a los buenos, pero para hacer a un lado el velo que cae entre la bondad y la depravación, los buenos tienen una guía más infalible que los otros; esta guía es la repugnancia al mal, y las primeras impresiones con respecto al carácter individual. Cuando aquellos que son buenos sufren por el contacto con ciertos individuos, esto es un indicativo de que hay algo equivocado en esos individuos; pero este indicativo no siempre es atendido y entonces viene el irresistible conflicto y la separación entre ellos, pues aquellos que son buenos nunca pueden unir manos con el mal para obtener paz, lugar o poder. (178) Los impuros se sienten en paz sólo con los impuros. La virtud es una censura para el vicio; y la Verdad para la falsedad, etc. Por lo tanto, cualquiera que hubiese bebido en la fuente del Alma para la purificación del sentido, está en la armonía de la ciencia que no se mezcla con el pecado. Dejemos que éste entre en contacto con el enfermo o el pecador, el tabaquista, o el bebedor, y aun cuando no intercambien palabra alguna, en la mayoría de los casos el científico exterminará la enfermedad y el hábito malo; pero en algunos casos el individuo es de opiniones demasiado fijas, o deshonesto, para ceder sin una lucha, o para reconocer cuando ya ha cedido, y sólo en caso que haga esto se reconocerá el bien que ha sido hecho sobre el mal. El encuentro de mentes opuestas es una separación espontánea desde el inicio, los individuos que no están conscientes de ello son enemigos sin los preliminares; y o se unen sobre una base nueva, y el mal cede al bien, o la sutileza del error derrota incluso a este último; esta separación de la cizaña y el trigo es obediencia a la ciencia.

Nunca ensuciéis vuestras vestimentas con el *conservadurismo*, o permitáis que el error de otro opaque el lustre de vuestra propia Verdad; siempre separaos del mal. El bien es radical, y aquellos que caminan en la luz son como ojos acostumbrados a la luz, debe ser así, pues no pueden ver en la oscuridad; mientras que aquellos acostumbrados a la oscuridad, la prefieren, y prosiguen en ella temerariamente. Las flores buscan el sol, o se marchitan y pierden fragancia en la oscuridad. Si ya habéis superado cosas anteriores, no dudéis en mantenerlas alejadas de vosotros, y no temáis, por causa de conciencia traspasar límites y romper las cadenas de viejas opiniones. (179) Debéis tomar la cruz si deseáis seguir al Cristo, la Verdad, y nunca conservéis aquello que no podéis entender, o respiréis en una atmósfera inmoral que no podéis purificar. Cuando el error os confronte no seáis parcos en la censura, o en la explicación que lo destruye, si esto os beneficia a vosotros o a otros; pero si: “teniendo oídos no oyen, tampoco entenderán, para que puedan ser convertidos y podáis sanarlos”, de ahí en adelante dejadlos solos, pero aseguraos de no caer en una posición conservadora; mantened siempre bien bruñida vuestra propia armadura. Para sosteneros en la Verdad debéis confrontar el error con una protesta, y una vez que hayáis contemplado la belleza de lo santo, estaréis dispuestos a dejar todo por ella. Congregarse con pecadores endurece el corazón. Cuando el sentido espiritual del ser desarrolle las armonías de la Vida, no tomaréis riesgos en el manejo del error; más vale una mesa frugal con alegría y virtud, que los muchos dioses del lujo y del sentido. Si no sois hoy un cristiano, no os demoréis en convertirlos en uno, pues ninguna oportunidad iguala al presente. No somos neutros, todos tenemos algún peso, entonces dejemos que la influencia que ejerzamos sea colocada en el lado correcto de la balanza.

Nada que sea mortal merece continuidad; por lo tanto, la decadencia no pertenece a la Verdad; todo lo que muere es vástago de la creencia, y no del entendimiento. Si dejáramos todo bajo el gobierno de la Verdad, encontraríamos que todo es armonioso y eterno. Nada en la materia se compara al poder de la mente; los efectos perjudiciales de una asociación con el mal son más terribles que los terremotos y las pestilencias. La influencia que una mente tiene sobre otra debería entenderse y deberíamos protegernos con mejores salvaguardas que las que tenemos. Las siguientes reglas, obedecidas, abrirán el camino de la ciencia. (180)

Los maestros de las escuelas elementales y superiores deberían ser seleccionados tanto por su moral como por su saber; estas guarderías del carácter deberían estar firmemente resguardadas, y los padres deberían exigir el fiel cumplimiento de tan elevada confianza. La evaluación de las escuelas debería incluir esta consideración por encima de cualquier otra: que la educación es ambas, clásica y espiritual, para poder elevar más nuestro ser; las escuelas no deberían ser aplaudidas por montar un buen espectáculo y olvidar los pensamientos de los maestros que son constantemente impartidos a sus pupilos, y son todo menos puros y elevados. Los médicos a los que los enfermos recurren bajo circunstancias de gran indefensión, deberían ser guardianes de la virtud, y guías espirituales, cuando la Vida y la muerte tiemblan en la balanza. No sólo deberían ser capaces de impartir firmeza al cuerpo, sino también un sentido moral más elevado del ser. Los clérigos, que se encuentran en las atalayas del mundo, deberían empuñar más firmemente, y sostener con más valentía el estandarte de la Verdad científica; deberían ser maestros que cambiaran los hábitos del pecador, sanaran a los enfermos y echaran fuera el error. Los conyugues deberían cumplir con sus tiernas encomiendas sabiamente y bien; rindiendo plena obediencia a la ley del Amor espiritual, auxiliándose mutuamente para obtener sus armonías mediante la bendición del mutuo afecto que eleva al ser. Los niños deberían obedecer a sus padres; la insubordinación es un mal que prolifera en las guarderías y por toda la tierra; los padres deberían enseñar a sus hijos la Verdad por medio del precepto y el ejemplo, y amarlos si esperan ser amados a su vez. Absteneos de labores seculares y diversiones frívolas en el Sabbath, observándolo como un día de descanso y mejoramiento espiritual. (181)

La voluntad humana es capaz de grandes perjuicios; al obtener el consentimiento de la mente a pesar de las convicciones de la conciencia, puede tergiversar el juicio a voluntad. Proteger y gobernar la acción de la mente os capacita para mantener al cuerpo en sujeción. El mundo es mejor gracias a todos aquellos que son honestos e inspirados por el Alma, que gobiernan el sentido, y se sientan a la derecha de la Sabiduría. El hipócrita puede hacer poco con la Verdad, y no puede entender el Principio del sanar científico: en discordia él mismo, no puede impartir armonía a otros. Podéis aprender la letra de esta ciencia que os capacita para obtener el Espíritu, pero la siguiente pregunta es: ¿habéis aprovechado la oportunidad, y obtenido su Espíritu? Si no lo habéis hecho, no sois aptos para sanar metafísicamente a los enfermos.

Inspirados por el Principio de sus grandiosas sinfonías, un Mozart o un Beethoven experimentaron mucho más de lo que jamás hayan expresado en música; cada uno de ellos era un músico antes de que el mundo lo supiera; así también para captar las armonías divinas del Alma, debemos elevarnos en la escala del ser a mediante el

entendimiento de la ciencia, y la experiencia, para poder demostrar. El Amor suministra su propia concordia para corregir las discordias del sentido; y todo aquello que nos inspire con Amor, Sabiduría, o Verdad, ya sea música, sermón, o ciencia, bendecirá a la familia humana; demos alegremente la bienvenida a cualquier migaja que alimente al hambriento; y que cada gota para el sediento sea de aguas vivientes.

El significado literal de las Escrituras no es su sentido más elevado; su significado espiritual es lo que explica a Dios y hombre. (182) Los ritos y ceremonias de la iglesia no tienen nada que ver con el cristianismo, y peor que esto, nos atraen hacia las cosas materiales; por lo tanto, nos alejan de la Verdad espiritual, y toda Verdad es espiritual. Depender de la medicina o de las así llamadas leyes de la salud, impide que los enfermos sean sanados por la Verdad; y la observación de ritos y ceremonias obstaculizan al Espíritu, que es la Verdad. Todos aprenderemos que no podemos servir a dos amos. La física actúa contra la metafísica, pues estos opuestos producen resultados diferentes; y si confiamos en uno, desconfiamos del otro. Cuando la metafísica de la ciencia del ser sea entendida, ya no creeremos en la física; en cuyo caso ya no podremos producir el efecto mediante la medicina que producíamos anteriormente. Todos los aparentes efectos que provienen de la materia son efectos de la mente, que construye lo gaseoso, lo líquido, o sólido; la materia es inercia; toda acción es mente. Llamamos sustancia a ciertas formas de creencia, y la llamamos materia; a otras más rarificadas, las llamamos mente; lo discordante, mutable y mortal no son realidades, son creencias e ilusión; lo armonioso e imperecedero son lo único que es real, el Principio, y su idea es la única realidad. Depender de la personalidad es error, no podemos depender siempre de las palabras, y algunas veces éstas son menos reales que los pensamientos; todos los tesoros en la materia se pierden. No se debe confiar en las personas; en lo único que se puede confiar es en el Principio; de aquí la superioridad de la confiabilidad de la ciencia respecto a todo lo demás; pero esta palabra, *ciencia*, no será un apéndice de la charlatanería una vez que captemos su significado. “Ausente del cuerpo y presente con el Señor” fueron las instrucciones de Pablo para el científico, pues esto es entendimiento espiritual que se eleva fuera del sentido personal, y de las cosas materiales. La Vida, la Verdad y el Amor desplazan lo material con lo espiritual, pero ellos son auto-expresados, y auto-existentes; nada les hace falta. No es que el Alma no tenga voz, sino que es incapaz de jerga, o de palabras “como las que usan los hipócritas”. (183) “Despojémonos de todo peso que nos asedia” dando en su lugar mejores pruebas de cristianismo en el amor a nuestro prójimo, y gravitando perceptiblemente hacia el Espíritu, lejos de la materia, donde el hombre es gobernado por el Alma en vez del sentido, por Dios en vez del hombre. Conforme la religión renuncie a credos y ritos, construirá sobre la gran piedra angular, la Verdad, la iglesia de Cristo. Los credos son creencia en vez de entendimiento, productos del hombre no de Dios. Un estado más elevado de la existencia será alcanzado sólo conforme renunciemos a las creencias del sentido personal, y obtengamos el sentido espiritual. Cuando desaparezcan nuestras opiniones y teorías falsas, encontraremos a Dios, el Principio de todo ser, y el único antídoto para todos los males de la mente y del cuerpo; la Verdad hace armonioso al hombre como ninguna otra cosa lo puede hacer.

Para ayudarnos a ascender la escala progresivamente, apelamos naturalmente al púlpito, tan eficiente en el lado de la justicia, en todas nuestras tremendas batallas; y nos regocijamos de que ya en algunos casos esté predicando más allá de los credos, y en su

lugar esté predicando a “Cristo, y él crucificado”, en otras palabras, la Verdad, y la persecución que ésta recibe por parte del error.

Ya encontramos que la materia médica está perdiendo en materia y ganando en mente, y la última es más potente para sanar al enfermo. La homeopatía lleva la delantera a la alopatía simplemente porque la materia se desvanece en sus dosis, y la mente es sustituida en su lugar; al diagnosticar la enfermedad considera en gran medida los síntomas morales, mientras que la alopatía consulta únicamente lo físico. El primer método se acerca más a la espiritualidad, y a la ciencia de la vida. (184) La homeopatía prueba que entre más se desvanece el medicamento, más potente se vuelve su dosis, y su farmacia es el proceso de mentalizar el vehículo conforme se agita y se contabiliza; las atenuaciones más elevadas se vuelven más potentes, como mente, en vez de materia, y con las naturalezas espirituales el gran secreto de sanar con éxito es menos materia y más Verdad.

Las eras están pasando de lo material a lo espiritual, y para hacer esta transición más placentera y benéfica deberíamos darle la bienvenida a este hecho, y ayudarlo con el entendimiento. Conforme las burdas huellas del pasado desaparecen, retengamos la simplicidad primitiva tanto como sea posible en nuestras costumbres y hábitos; descansando en la certeza de que ningún placer imaginario del sentido se pierde sin que haya una recompensa más elevada en el Alma. Para el ser, vivificarse en la Verdad y la Vida fuera de la materia, no significa entrar en trance, ni pasar por el cambio llamado muerte; tampoco hay nada en ello para despertar el temor o la superstición; son las huellas del progreso que todos debemos seguir para ser inmortales; en la ciencia, es un desarrollo tan natural e indoloro como el desarrollo de un capullo a flor. Cuando le cerremos la puerta a la creencia de Vida en la materia, la transición de materia a Espíritu no será a través de la muerte; sino Vida y Verdad sacadas a relucir; el Maestro dijo, “No os dejaré huérfanos, Yo, la Verdad, vendré a ustedes”.

La Vida no se alcanza en la creencia de la muerte, o de la Vida en la materia; debemos vaciar la mente de todo este error, antes que la Verdad pueda fluir en ella. La Vida en la materia no es más que un sueño que debe ser intercambiado por la realidad, por despertar a la ciencia de la Vida, donde se encontrará que el Espíritu es el único ser real. (185) Si queremos obtener la armonía del ser, debemos empezar por admitir el engaño del sentido personal, de otro modo el error continuará hasta que llegue el despertar con las torturas del “hombre rico”, y el sueño de Vida en la materia termine en sufrimiento, probándose a sí mismo ser error.

La Vida es armonía e inmortalidad; es imposible someterla a la enfermedad, discordia o muerte. El Amor es bondad y bienaventuranza universal, que no se mezcla con el sufrimiento y el pecado. La Verdad es el entendimiento infinito, sin un error que oscurezca su paz perfecta, y estos tres son uno para el Alma, pero muchos para el sentido; entonces ¿perdéis felicidad o casta por encontraros Alma en vez de sentido? El hombre material pierde su individualidad, pero el espiritual, nunca; su identidad es tan inmortal como el Alma del hombre. El hombre del sentido personal pierde su identidad con todos sus placeres y dolores, pero el hombre del Alma posee su individualidad sobre esta plataforma segura, a saber, que no hay personalidad; el ser es espíritu.

El hombre no da forma o atractivo a la belleza; tiene éstas antes de que él las perciba; la silueta definida, el color, etc., son del Alma, de otra forma su idea no se produciría en el universo y el hombre; por lo tanto, la belleza es un componente de la Vida, producto de la Inteligencia y no de la materia. El mundo se colapsaría sin la Inteligencia y su idea; no hay aquí oportunidad de discusión, ni la filosofía, ni el escepticismo puede cambiar el hecho científico de que Dios es y fue; y de que el hombre, Su sombra reflejada, es y fue por siempre. No encontramos merma de felicidad al aprender que somos Espíritu y no materia, Alma y no cuerpo; sino un vasto incremento de todo lo que eleva, purifica, y bendice al hombre. (186) La enfermedad, el pecado, y la muerte son todo lo que es mortal, y éstos provienen sólo de la ignorancia, que se adhiere al sentido personal y acalla la voz del Alma; por lo tanto, la ciencia revela que los así llamados placeres o dolores del sentido personal son ilusión y que no hay sensación en la materia; la creencia opuesta que niega esto no es la declaración del Principio del hombre, no es el sentido verdadero, sino discordia. Si se entendiera que la Vida es Sabiduría, Verdad y Amor, y no enfermedad, pecado, y muerte, cosas del sentido, el hombre sería inmortal y se salvaría de la experiencia del pecado. Encontramos que los así llamados placeres del sentido son casi desconocidos en la infancia, y también que con la vejez desaparecen, mostrando así, en ambos extremos, que no son nada- sino cuestiones de creencia solamente. La alimentación, una de las primeras creencias de sentido personal de los padres que se transmite a sus vástagos, no es más que instinto en la infancia, en vez de placer, pues los apetitos y sus gratificaciones van aumentando con la educación y convirtiéndose en muchas demandas que el instinto prohíbe. En ambos, bípedos y cuadrúpedos, encontramos que la creencia desarrolla sólo error, y que el instinto es preferible a la razón mal guiada. Los pájaros, gobernados por el instinto, cantan y se elevan; empapados con la lluvia, secan su plumaje sin sufrir resfriados, o mojan sus patas sin ser víctimas de enfermedades pulmonares; el instinto les procura residencias de verano con mayores facilidades que las que la riqueza permite.

Todo placer que guardemos en los almacenes del sentido personal se pierde; la enfermedad, el pecado, o la muerte, las destruyen, pero las alegrías del Espíritu son guardadas en los almacenes inmortales del sentido espiritual, donde los ladrones no pueden entrar y robar. Un Espíritu feliz (y no hay ningún otro,) es independiente de circunstancias, accidentes, o la edad; el nervio óptico nunca le robó luz, ni un hueso roto sus miembros, ni la enfermedad un cuerpo firme. (187) La materia puede dañarse a través del sentido y puede ser robada, pero esto no se puede hacer a través del Alma, ni tampoco se pueden robar las alegrías que son espirituales. Un hombre enfermo, lisiado o moribundo no es la imagen de Dios, de la Vida, y la Verdad. Los nervios nada tienen que ver con el dolor o el placer; los nervios pueden ser extirpados y el dolor permanecer. Sufrimos físicamente durante las pesadillas, pero los nervios no son la causa de este dolor. Algunas veces, un diente que ha sido extraído duele nuevamente, en creencia. Después de que un miembro ha sido amputado un sentido de dolor se siente en ese mismo lugar; y encontramos un miembro perdido, según una creencia, y que sigue doliendo según otra; hemos visto el intento involuntario de rascar la extremidad de un dedo que ha sido amputado meses antes; hemos visto también que cuando el nervio que decíamos que ocasionaba el dolor había desaparecido, el dolor permanecía, y concluimos naturalmente que la sensación es mente y no materia; ahora revertid el caso y dejad que la mente se ausente del cuerpo, o adormecedla con un narcótico, y la sensación desaparece, y los nervios de nada valen. Los así llamados placeres o dolores

del sentido personal, son creencias solamente, en vez de nervios. Aprender la nada del sentido personal, es la base de la ciencia; este punto habiendo sido probado, se convirtió en el punto de vista a través del cual sanamos a los enfermos a través de la mente en vez de la materia; aprendimos que los efectos físicos no son resultado de causas físicas; que las enfermedades son creencias, que una vez que son echadas fuera de la mente, son echadas fuera del cuerpo.

La mayoría de las formas, o etapas de enfermedad que el cuerpo manifiesta son remediadas sobre esta base mental científica; hemos experimentado con esto en demasiados casos como para dudarlos. Cuando se administra un medicamento y el enfermo se recupera, es la fe y no el medicamento lo que logra esto, pero la creencia casi universal es que los medicamentos, o las leyes de la salud sanan al enfermo; y puesto que el doctor, la enfermera, el paciente y la gente creen esto, según su fe, así es para ellos. (188) Pero retirad algún poder mental de este peso de la mente y la creencia, destruid parcialmente la confianza en estos medios, y harán menos por el enfermo, destruid completamente la fe, y serán impotentes. La cura que se logra por medio de la ciencia del ser no es resultado de la fe, sino del entendimiento. Nunca he encontrado un cociente que probara que números divididos según las reglas matemáticas fuese más incuestionable que mis experimentos en esta ciencia; pero lograr prominencia por esta Verdad antes de que sea entendida, es imposible; la perfección, en medio de la imperfección es lenta en ser percibida y todavía más lenta en ser reconocida. La oposición mental a ella del presente arroja el gran peso de la creencia universal, (el único puntal de la materia médica) contra la ciencia de la Vida; pero a pesar de todo esto, vivirá, porque su Principio es la Verdad, independiente de la creencia. El Principio que hizo inofensiva a la serpiente venenosa en manos de Pablo, y que liberó sin daño alguno al evangelista del aceite hirviendo, que sanó a los enfermos, triunfó sobre el pecado y la muerte y coronó la mansa frente de Jesús, es inmortal; por lo tanto, no necesitamos temer lo que el hombre pueda hacerle. Haciendo a un lado el sentido personal, el error que tan fácilmente asedia al hombre, esforcémonos por alcanzar esta demostración que Jesús ejemplificó frente a nosotros. Bastante ha sido logrado ya por el profeta y el apóstol para acallar todas las dudas con respecto a esta Verdad; pero ciertamente, aquel que aprende sólo la letra de la ciencia, sin poseer su Espíritu, será incapaz de reproducir sus demostraciones. La era requerirá finalmente demostración, en vez de doctrina y creencia, y el cristiano a fin de cuentas predicará sólo lo que practica. (189) Conforme el hombre mortal y la niebla del conocimiento que envuelve al hombre en la oscuridad se desvanezca, la primera apelación para plantar nuestro siguiente paso será a la razón o a la filosofía, antes de que entendamos los recursos más elevados y espirituales del ser; pero cuando este periodo llegue, y antes de que las cosas anteriores hayan desaparecido, la reacción de la mente será terrible. La teología (no digo esto con referencia al cristianismo) y la materia médica han fracasado en demostrar lo que Jesús enseñó y demostró; y el que no hayamos seguido sus preceptos y ejemplo no es tanto por falta de deseo, o por desobediencia voluntaria, sino más bien por falta de entendimiento.

En periodos anteriores, la cruz misma que debería simbolizar la negación del sentido personal, fue convertida en instrumento de tortura. El error es a veces engaño; otras veces es una concepción equivocada de la Verdad, y el deseo de superarse es atendido con más sermones y ceremonias en vez de con entendimiento y práctica. Un clérigo

adoptó una vez una dieta consistente en pan y agua para elevar su espiritualidad, y la siguió durante seis semanas, pero al encontrar que su salud se quebrantaba, la abandonó, y aconsejó a otros nunca intentar el ayuno para crecer en la gracia. Pero aquí añadiremos una página de experiencia que muestra como el sentido personal, o la creencia de cualquier tipo, cierra la puerta a la armonía y a la ciencia. Siendo niña, adoptamos el sistema Graham contra la dispepsia, nos alimentábamos sólo de pan y verduras, y bebíamos únicamente agua; seguimos esta dieta por años, y sin embargo la dispepsia empeoró, y desde luego, concluimos que debíamos llevar la dieta más estrictamente; así que hacíamos una sola comida cada veinticuatro horas, y ésta consistía en una delgada rebanada de pan, de tres pulgadas cuadradas, sin agua; pues nuestro médico no nos permitía que junto con este vasto platillo remojáramos nuestros resecos labios sino hasta varias horas después, ya que siempre que bebíamos se producía un sentido violento de náusea. (190) Así transcurrió la mayor parte de nuestra niñez, como muchos pueden atestiguarlo, privada de alimento, adolorida, débil, y hambrienta. Con el paso del tiempo aprendimos que mientras el ayuno aumentaba el deseo de comer, al mismo tiempo no nos evitaba los sufrimientos ocasionados por hacerlo, y la pregunta era qué hacer ahora que los médicos habían agotado todos los recursos. Después de años de sufrimiento, cuando ya nos habíamos resignado a la idea de morir, y nuestros doctores bondadosamente nos aseguraron que esa era nuestra única alternativa, nuestros ojos se abrieron repentinamente, y aprendimos que el sufrimiento era una creencia auto impuesta, y no la Verdad. Aprendimos que Dios nunca creó al hombre enfermo; y que todo nuestro ayuno por penitencia o salud era inaceptable para la Sabiduría, porque no era la ciencia del ser, en la cual el Alma gobierna al sentido. Así la Verdad, abriendo nuestros ojos, alivió nuestro estómago también y nos permitió comer sin sufrimiento, a Dios gracias; pero posteriormente nunca disfrutamos de la comida como esperábamos hacerlo si alguna vez fuésemos como esclavos liberados para comer sin problemas; pues el entendimiento recién nacido en nosotros de que la comida no podía dañarnos, trajo consigo otro punto, es decir, que tampoco podía ayudarnos como habíamos anticipado que lo haría antes de haber cambiado nuestro punto de vista sobre ese tema; la comida tiene menos poder sobre nosotros para perjudicarnos o para beneficiarnos que cuando consultábamos a la materia antes que al Espíritu, y creíamos en los dolores y placeres del sentido personal. Como resultado natural pensábamos menos en “lo que habríamos de comer y beber,” y en el ayuno o en el festín, consultábamos menos con nuestro estómago y nuestro alimento, argumentando contra sus pretensiones continuamente, y de esta manera los despojamos de su poder sobre nosotros para producir placer o dolor, y recuperamos la fuerza y la carne rápidamente, disfrutando de salud y armonía como nunca antes lo habíamos hecho. (191)

La creencia de que el ayuno o el festín mejoran al hombre, moral o físicamente, es uno de los frutos del “árbol del conocimiento”, contra el cual la Sabiduría previno al hombre, y de la cual hemos sido partícipes con triste experiencia; creyendo durante muchos años que vivíamos solamente gracias a la adherencia estricta a la dieta y a la fisiología. Durante este tiempo también aprendimos que un hombre con dispepsia está muy lejos de la imagen y semejanza de Dios, de tener “dominio sobre los peces del mar, las aves del aire, o las bestias del campo”; por lo tanto, que Dios nunca lo hizo; mientras que el sistema Graham, la higiene, la fisiología, la materia médica, etc., lo hicieron, y en oposición a Sus mandamientos. Fue así entonces que prometimos a Dios dedicar nuestros años venideros a los enfermos y a los que sufren; desenmascarando este error

de creencia en que la materia rige al hombre. Nuestra cura para la dispepsia fue aprender la ciencia del ser, y “comer lo que se ponía ante nosotros, sin cuestionarnos por causa de la conciencia”; sí, consultar menos con la materia, y más con Dios. Cuando gobernemos nuestros cuerpos a través del entendimiento de esta gran Verdad, que el Espíritu forma sus propias condiciones en el cuerpo, seremos perfectamente armoniosos; no debemos considerar al cuerpo la sede del placer y del dolor, sino debemos ser capaces de dictarle los términos, así como respecto a un músculo admitimos que es dependiente de la mente para su acción. Pero para alcanzar este gobierno sobre el cuerpo se requiere mayor instrucción y explicación de las que caben en este libro; siempre avanzamos lentamente con los estudiantes, y les requerimos digerir una parte de la ciencia antes de impartir otra, y así sucesivamente. Oímos decir: “Salgo diariamente al aire libre para vencer una predisposición a los resfríos; y sin embargo tengo resfríos continuamente.” Sí, pero no escucháis la explicación que libera de los resfríos y que os mejora en mente y cuerpo si ésta contradice en lo más mínimo opiniones y creencias anteriores. (192) La libertad de los hijos de Dios es perseguida porque ha traspasado los límites de algún ‘ismo’ o del “árbol del conocimiento” favorito que fue proscrito por la Sabiduría. Vuestros maestros os informan que Dios manda la enfermedad, cuando las Escrituras dicen que Él la cura; también os informan que Sus leyes son llevadas a cabo mediante medicamentos, alimentos, aire, ejercicio, etc., lo cual haría inteligente a la materia, y a la ley de Dios que camina sobre el agua, inconsecuente. Los líderes de la creencia que profesáis atienden al peligro de que vuestros ojos se abran a la ciencia del ser, pero las leyes de Dios son desatendidas en lo que concierne a la salud. Ellos no han discernido, todavía, el Principio gobernante del ser. La Biblia nos enseña a transformar nuestros cuerpos mediante la renovación del Espíritu; explicar las Escrituras sin entender su aplicación para sanar a los enfermos es poco más eficaz para hacer al hombre armonioso que los rayos de luna para derretir un bloque de hielo. Si entendierais la ciencia del ser, vuestros pensamientos, al posarse sobre los enfermos y afligidos, ayudarían más a su recuperación que todos los medicamentos, manipulaciones y largas oraciones que se hayan empleado jamás. El error de la era es la enseñanza sin prueba, y no practicar lo que se predica. El sentido personal es error; pero el Principio de todo ser es infalible; por lo tanto, entre más nos acerquemos a él, más cerca estaremos de Dios, el cual nos designa para encomiendas más solemnes conforme nos elevamos más, pero si somos hipócritas con Sus encomiendas, en vano intentaremos ocultarlo de la Sabiduría. Podéis ocultar vuestra ignorancia de las cosas espirituales de los ojos del mundo, pero nunca podréis obtener el entendimiento y la demostración de la ciencia de la Vida sin un propósito honesto, elevado e impartido por Dios. (193) El pecado es pensamiento antes de ser acto, y debéis dominarlo en el pensamiento primero, o triunfará sobre vosotros en el acto. Jesús dijo que mirar con lujuria los objetos prohibidos, rompe un precepto moral; de ahí la importancia que él colocó en el carácter de un hombre, el cual está oculto a nuestra percepción. Los pensamientos malos tienen mayor alcance, y son más nocivos que los crímenes individuales, pues impregnan otras mentes y moldean vuestro cuerpo. La atmósfera de los deseos impuros, como la atmósfera de la tierra, está agitada, siempre en movimiento, y en busca de algún objeto; esta atmósfera está cargada de veneno mental, y contamina todo lo que toca. Cuando los propósitos maliciosos, los pensamientos malos, o lujuriosos emanan de alguna mente, éstos buscan otras, y se alojarán en ellas a menos que sean repelidos por la virtud y por un motivo más elevado del ser. Todas las emanaciones mentales echan raíz y dan fruto según su propia especie. Considerad

entonces la culpa de abrigar pensamientos malos e impuros que transmitan discordia y muerte moral. Es preferible tolerar que un doctor infectado de viruela esté cerca de vosotros, que estar bajo el tratamiento de quien manipula las cabezas de sus pacientes y es un traidor a la ciencia.

Estos puntos son tan vitales para el éxito de todos al sanar a los enfermos en la ciencia del ser que no dudamos en señalarlos, así como también enfatizamos su importancia cuando enseñamos, pero nunca retiramos apoyo o interés a un estudiante a menos que lo hayamos encontrado indigno del lugar que ocupa. A través de un método metafísico de sanar, un practicante impuro o deshonesto no puede hacer pacientes armoniosos; es la Verdad del ser lo que sana en la ciencia, ¿y quién diría que ese doctor la posee? Hemos clasificado la enfermedad como error, y para destruir el error en otro es necesario que primero conquistemos el nuestro. (194) Si estáis encadenados por el pecado, no sois aptos para liberar a otros de las cadenas de la enfermedad; ¿podrías romper las cadenas de otro si vuestras manos estuviesen encadenadas? Y sin embargo esto sería tan fácil. Un poco de aquello que es verdadero concerniente al ser del hombre hace maravillas por el enfermo porque los recursos de la Verdad son infinitos; pero desgraciadamente el practicante bueno y honesto podría haberlos beneficiado mucho más, con mayor Verdad. Cuando un estudiante aprende las reglas de esta ciencia tenemos la expectativa de que las use de conformidad a su Principio, o no haga alarde ante el mundo de su deficiente ejemplo como demostrador. Nuestras manos se han debilitado por esta mala práctica; no debemos buscar la aprobación del hombre sino la de Dios, dejando que el futuro nos interprete a nosotros y a nuestros motivos. Es ciencia hacer el bien, y nada menos que esto puede pretender ser ciencia. El mandato de “salir del mundo y separarse” tiene su cumplimiento inevitable en el cristianismo, no sólo por la tendencia natural de los opuestos a separarse, sino porque también son separados por el maltrato que el cristianismo recibe por parte de los pecadores quienes ciertamente creen hacer el bien tergiversando la Verdad, o porque no pueden ver la injusticia de lo que hacen. Lo espiritual está necesariamente separado de lo material debido a su naturaleza opuesta. La inmortalidad del hombre se obtiene sólo mediante su espiritualidad, por lo tanto, no requiere cosas materiales; además todas las cosas se resuelven finalmente dentro del Espíritu, lo último de ellas, pues la Vida y el cielo son del Espíritu. ¿Qué asociación podrían tener la luz y la oscuridad, o la materia con el reino del cielo que bajará a la tierra? El hombre mortal no es más que un sueño; es la creencia misma de que la Vida, la sensación y la sustancia son materia, lo último del ser probará que todo ello no es más que ilusión. (195) Un sueño llega en la oscuridad, y esta creencia proviene del error, es ignorancia de la existencia real; pero la luz de la ciencia nos despertará a todos al entendimiento de la Vida que es real, y de que la tumba no es su meta; la enfermedad, el pecado y la muerte no caben en la Vida, pues son la mortalidad misma. El sueño de que la Vida o la Inteligencia están en la materia, el Alma en el cuerpo, y Dios en el hombre, es tan fatal como falsa. Admitir el Espíritu en la materia es un intento de limitar lo ilimitado, y de hacer de la inmortalidad un mito; como decir que la escarcha está en el fuego, y con este sueño de creencia entráis al fuego, pero os alegráis de despertar para vivir y para reconocer la Vida independiente de vuestra ilusión o materia. La ciencia revierte toda creencia del sentido personal, pues toda condición de mortalidad es destruida en el hombre inmortal. Sócrates entendió esto cuando abogó a favor de la superioridad del Espíritu sobre la materia en una copa de cicuta, rehusando cuidar del cuerpo mortal. La malicia de aquella época deseaba matar al venerable filósofo por su

gran respeto a las cosas espirituales y su indiferencia al cuerpo. Cuando no quede nada que ame o produzca una mentira, el reino del Espíritu llegará a la tierra; la ciencia no esperará por siempre, sino elevará su voz por encima de los siglos, y será escuchada, y las cosas viejas se desecharán, y todos se renovarán. ¿Quién puede decir que un hombre está vivo hoy y muerto mañana? ¿Qué ha movido a la Vida a resultados tan extraños? La materia puede destruirse a sí misma, pero no puede destruir el Espíritu. ¿Qué es entonces lo que ha descordado esta arpa de muchas cuerdas? Las teorías se quedan aquí, y la ciencia es la única que disipa el misterio y resuelve el problema del hombre inmortal. (196) El error muerde el talón de la Verdad, pero no puede destruirla; la Verdad pisa la cabeza del error y lo mata; el error es mesmerismo; una mentira espantando a otra y apoderándose de la regla misma; pero la Verdad es la ciencia que camina sobre todas las mentiras. El cristianismo está en estado de sitio declarado con el mundo; ¿de qué lado estáis luchando? La popularidad que se obtiene mediante la deshonestidad es pabilo humeante presto a extinguirse. El mal que hacéis a otro, pesa más severamente contra vosotros mismos, pues en algún momento la Verdad ajustará la balanza. Sería más fácil hacer lo malo bueno, que beneficiaros a vosotros mismos por medio de dañar a otros. Si la balanza de vuestro carácter se inclina hacia el lado equivocado, perderéis el peso de la Verdad, y no trabajaréis en la ciencia; si tratáis a los enfermos con el mesmerismo, o con la medicina, estáis apelando a vuestros dioses, como los adoradores de Baal, pero ellos no son el Dios del Profeta, el Principio del ser; el mercurio moral es lo que eleva o deja caer vuestra demostración, según la cantidad de Verdad que poseáis. Adorar a Dios en templos hechos con las manos; amar al mundo y escuchar las demandas del sentido personal no es adoración verdadera. Dejemos entonces que el cristiano que ha superado las formas y ceremonias, disfrute de su adoración en la forma correcta, esto es, en Espíritu y Verdad. Si nos salimos del mundo, como lo mandan las Escrituras, y nos separamos, incurriremos en su aversión en vez de en sus halagos, pero ello nos hará más aptos que el favor mundano para ser Científicos. Una pobre católica que perdió su crucifijo dijo: “ahora ya no me queda nada más que Cristo” y esto no es mayor ignorancia de Dios que alejarnos de la Verdad por causa de la persecución. Si tenemos a Dios de nuestro lado, ¿qué más necesitamos? Amar el error por encima de la Verdad no nos separará del mundo, sino nos hará estar pendientes de su aprobación, hasta que la enfermedad venga a opacar este falso sentido de felicidad. Si acallamos las demandas de la conciencia, escucharemos en algún momento futuro la réplica: “la oscuridad no lleva al aposento de la Sabiduría; ahora no podéis entrar.” (197) Las oportunidades desaprovechadas que se nos escaparon no se reproducen fácilmente; tampoco podemos pedir prestada la Sabiduría, y por lo tanto tendremos que aprender a través del sufrimiento. La hora de la oscuridad llegará para aquellos que no aprovechan la escuela preparatoria del presente para hacerse aptos para el futuro, pero que sin embargo quisieran tener súbitamente todos los beneficios de la experiencia; Es una lástima que perdieran la oportunidad, ¿qué sería la ciencia del ser para ellos en ese momento? - ¿una bendición? Sí, una bendición infinita. El sueño de Vida en la materia, basado en la evidencia del sentido personal se desvanecerá antes de que transcurra mucho tiempo, cuando nos apartemos con gusto de su marchita visión y dolores del sentido y nos dirijamos hacia la paz e inmortalidad; pero el error acumulado por años muere lentamente, y algunas veces mediante severas batallas. Como regla general, el hombre no buscará la Verdad hasta que el sufrimiento le muestre la necesidad que tiene de ella, o hasta que la ciencia abra los ojos de su entendimiento para verla; pues la ciencia guía al hombre sin peligro alguno entre arenas movedizas y encalladeros,

haciendo de la Vida lo que es, armonía, y no discordia. El sentido personal es un báculo de caña frágil que hace que el hombre caiga; pero la ciencia lo eleva hacia sus recursos internos. La lógica misma de la Verdad declara las reivindicaciones más elevadas y perdurables del Espíritu sobre la materia en todas nuestras experiencias, mostrando que hay algo fuera del cuerpo y de las cosas perecederas de la tierra que exige nuestra atención y debe suministrarnos apoyo. El Alma se escucha sobre el ruido del sentido, diciéndole al error: “Aléjate de mí, tú que obras la iniquidad.” El hombre debería obedecer la voz de la Sabiduría fuera de su cuerpo, que le insta a alejarse del sentido o de la contemplación de la enfermedad, el pecado y la muerte, para llevarlo a la armonía, la salud, y la Vida. (198)

No es a partir de la materia, del sentido personal, o de doctrinas y creencias, que captamos los ecos divinos. Debemos estar “ausentes al cuerpo para estar presentes con el Señor”; sólo por estar menos y menos pendientes del cuerpo alcanzaremos la armonía y la Vida. El mandamiento de nuestro Maestro: “no os afanéis por qué habéis de comer, o beber,” etc., significa algo. Debemos buscar a Dios, el Espíritu, fuera de nuestros cuerpos y por medio de no prestarles atención, hasta que de esta forma encontremos la Verdad, lo lograremos. Observar al cuerpo en busca de placer o dolor, Vida o muerte, es error, y es pedir con mala intención para gastar en vuestros placeres. Luego de una ardua labor decimos: estoy fatigado, concluyendo naturalmente que los músculos trabajaron demasiado y necesitan reposo; pero nuestro único método seguro y permanente para vencer un sentido de fatiga es negar la habilidad del sentido personal de hacernos sentir fatigados, y dejar que la mente triunfe sobre la materia, con el argumento opuesto que dice: no estoy fatigado, pues el “Yo” es Espíritu, y no materia; ordenadle al reporte físico que se marche, igual que como lo haríais con una tentación de pecar. Es ciencia extinguir los argumentos del sentido personal con los argumentos superiores del Alma porque este método mental de sanar problemas físicos es preferible a someterse al sentido de fatiga y tomar un respiro, ya que la ciencia del ser declara que el Espíritu debe controlar a la materia; la acción o sensación no son de la materia, no son independientes de la mente, y cuando los conquistéis por medio de la mente, en la siguiente ocasión de fatiga encontraréis que seréis menos apto aptos para sentirla, y no sufriréis de fatiga como anteriormente; la creencia de que el cuerpo tiene un sentido de fatiga independientemente de lo que la mente diga, es un error que la Verdad opuesta del ser destruirá. (199)

Vuestro cuerpo es tan inconsciente de la acción o de la fatiga, cuando hacéis a un lado lo que la mente diga a este respecto, como una rueda, y entender este punto en la ciencia, os descansará como horas de quietud no podrían hacerlo. Haced una prueba científica de esto si queréis, y encontrareis que es cierto; pero para poder hacer esto, debéis entender como mantener y fortalecer los argumentos mentales contra los físicos, y guardaros de la influencia de otras mentes que mantienen creencias opuestas. Cuando a través de la Verdad del hombre obtengáis una victoria sobre el error, ello producirá un entendimiento parcial del Principio que controla al ser armoniosamente. Hay una interpretación que a menudo se ofrece para descartar la parte física de la ciencia alegando que la fatiga realmente ocurrió, pero que fuisteis vosotros mismos, por medio de la psicología, los que influenciasteis a los individuos a pensar que no estaban fatigados; este argumento a favor de las posturas anteriores concernientes a mente y cuerpo, es sin embargo débil, pues admite el poder de la mente sobre la materia, y esto

es precisamente lo que debéis admitir inicialmente para después entender su Principio, y no para hipnotizar a un hombre para volverlo sabio, o caer en el error de creer que la creencia es superior al entendimiento. La dificultad para entender la ciencia es que el sentido personal no sólo no la comprende, sino la refuta, pues la creencia no aceptará, ni puede aceptar mediante el entendimiento, un Principio. Escuchamos una dulce melodía, y al no saber cómo se produce, podemos interpretarla supersticiosamente, y depositar el asunto en el misticismo. Los enfermos se recuperan a menudo a través de la ciencia del ser, pero al no comprender el Principio de su cura, la malinterpretan, y no dan a Dios las cosas que son de Dios; sino las dan al César, afirmando que fue la medicina, o el cambio de ambiente, o alguna otra supuesta ley de la materia la que lo llevó a cabo. (200) Cuán a menudo hemos visto durante la quimicalización que se produce al introducir la Verdad del ser relativa a la enfermedad, que se le dé una interpretación equivocada debido a la ignorancia de su causa real. Buscamos la causa y el efecto en la materia; mientras que la ciencia encuentra que toda causa está en la mente; que aquello que es producido por la mente del Alma es armonioso, y aquello que es producido por la así llamada mente de la materia es discordante. La creencia que va de la infancia a la vejez de que los músculos se fatigan y el cuerpo es discordante, es error, y este error en las premisas conduce a un error en la conclusión, esto es, que los músculos están fatigados. Al admitir que la fatiga es una sensación de la materia que pertenece a los músculos y a los nervios, encontramos descanso sólo al tomar un respiro en nuestras tareas, admitiendo así que la materia es inteligente; pero cuando entendamos que un sentido de fatiga es una de las creencias de la mente mortal, y no una sensación de la materia, comenzaremos a dominarla, y podremos continuar nuestro ejercicio sin la misma fatiga o perjuicio anterior.

Para lograr completa inmunidad del sufrimiento y del pecado, y perfecto control sobre la creencia de sentido personal, o nuestros cuerpos, debemos ser perfectos en la ciencia; algo que no debe buscarse en este periodo; pero si abatimos las demandas y los sufrimientos del sentido personal bajo la base del Principio establecido, esto ya es suficiente para comenzar. Al hacer esto se encontrará que para obtener la respuesta correcta en la ciencia no podemos multiplicar cuando hay que dividir; no podéis decir a los músculos: tenéis fuerza, y a los nervios: tenéis sensación, y a la materia: tenéis la misma influencia que el Espíritu, y luego controlar vuestro cuerpo con el Principio opuesto del ser; debemos negar toda sensación o Inteligencia a la materia o al cuerpo, con el entendimiento de que el Espíritu es el único que posee Inteligencia antes de poder demostrar armoniosamente la ciencia del ser. (201) Nos sentimos fatigados según una creencia y descansados según otra, y deberíamos de entender que toda condición, o supuesta sensación del cuerpo no es sino una creencia de la mente, y no la Verdad, la realidad de la Vida. Entendiendo esto removemos la condición de la mente que afecta al cuerpo por destruir la creencia que la produce, cualquiera que sea, y el efecto será inmediatamente visible sobre el cuerpo. Sobre este Principio sometemos a nuestros cuerpos a la sujeción del Alma, la inmortalidad del hombre; y esto los hace armoniosos e inmortales al retirarlos de las manos del sentido personal y la mortalidad. Cuando la materia o los músculos pretendan “estar fatigados”, dejad que el Espíritu contradiga esto; primero, porque la materia no puede sentir, ni reportar un sentir; y segundo, que la mente sí puede, y que es la mente, y no la materia lo que sufre. El Alma, en vez del sentido, controla al universo y al hombre inmortal; pero al revertir este orden de la ciencia, decimos que el hombre está controlado por la mortalidad. No hay más que un

solo Dios, o Inteligencia, y nuestros cuerpos no son esta Inteligencia, y no pueden decir: estoy fatigado, o enfermo. Repetimos, no hay más que un Espíritu para declararse a sí mismo, o para comunicarse con el hombre, y esta voz es la Vida, y el Amor que nunca producen sufrimiento, y que jamás hicieron al hombre enfermo o pecador. La Verdad según la cual ni la Inteligencia, ni la Vida, ni la Sustancia moran en la materia, es la base de la armonía en el universo y el hombre. Hasta las regiones más desoladas del viejo Norte, los soleados trópicos, las perdurables colinas, los vientos y poderosas olas, el valle, las flores y cielos, todos ellos apuntan a la Inteligencia fuera de la materia; mientras que la enfermedad, el pecado y la muerte son nuestras únicas evidencias de la Inteligencia, Dios, en la materia, y ellos no representan a Dios. En la ciencia de la creación, el hombre es armonioso y eterno; pero al intentar poner al Alma en el cuerpo, y la sensación en la materia, perdemos la clave del ser armonioso, y estamos continuamente en la discordia. (202) La cabeza dice: estoy enferma, o el estómago dice: me siento mal, y el cuerpo dice: estoy enfermo, o lleno de lujurias, odio, malicia, envidia, y toda forma de concupiscencia; y lo que hace que se pierda esperanza en el caso es la creencia de que el Espíritu no puede acallar toda esta jerga. El error tiene otra fase pues afirma que Dios creó este estado de las cosas, y que la enfermedad, el pecado, y la muerte son Sus mensajeros, enviados por la Sabiduría, la cual no puede, o no quiere destruirlos. Entonces, ¿para qué orar por la recuperación de los enfermos, o para que Dios logre que el pecador abandone sus pensamientos inicuos, y al mismo tiempo emplear un doctor que haga lo que la Omnipotencia se rehúsa a hacer? “En Él vivimos, nos movemos, y tenemos nuestro ser”; Entonces, ¿cuál es este poder independiente de Dios que causa enfermedad y luego la cura? ¿Es que Dios hace a un hombre enfermo, y luego lo abandona para que se cure a sí mismo? ¿El Espíritu envía enfermedad y deja su remedio a la materia? La Vida, el Amor, y la Verdad nunca produjeron enfermedad o muerte, ni causaron que el hombre pecara para luego castigarlo por pecar, ni hicieron al hombre enfermo para poderlo sanar. El hombre no es supremo, y Dios secundario, cuerpo primero, y Alma después; o el mal más poderoso que el bien; esto no es la ciencia del ser, sino el error de sentido. El barro no puede replicar al alfarero: ¿por qué me has hecho así? La cabeza, el corazón, los pulmones, etc., no pueden decir: estamos enfermos, somos pecadores y mortales, y el Espíritu, el Principio del hombre infalible e inmortal, nos ha hecho así, y es el autor de toda esta discordia, Aquel que hizo al hombre a su propia imagen y semejanza. El hombre que Dios creó es el vástago del Espíritu, y no es materia, es el producto de Dios y no del hombre, y es inmortal y armonioso. (203) Lo bajo, lo sucio, y lo mortal, la malicia, la lujuria, y las mentiras, no tienen nada que ver con Dios, tampoco pertenecen al hombre inmortal, que es el representante del Espíritu y la Verdad; son lo que llamamos hombre mortal, pero de hecho no son nada más que error; pues el hombre no es mortal, y el error no tiene realidad; no es Dios, ni Su idea. La perfección no actúa por medio de la imperfección. Dios no tiene nada que ver con la creencia de Vida en la materia. El Principio del ser nunca produjo pecado o discordia, por lo tanto, éstos no fueron producidos jamás. “Dios hizo todo lo que fue hecho”, y Dios no tiene nada que ver con el pecado, la enfermedad, o la muerte, excepto para destruir estas creencias. Jesús demostró esto para el hombre. El Espíritu es causa, y no hay efecto de ninguna otra causa; por lo tanto, no hay realidad en aquello que no procede de esta gran y única causa. El pecado es error, y el error es la ausencia de todo lo que es real o verdadero; la enfermedad y la muerte son errores; por lo tanto, no son ni reales ni verdaderos. La materia no tiene ni acción, ni Inteligencia propias; no dicta ninguna condición al hombre, y puesto que Dios no envía la

enfermedad, el pecado y la muerte, éstos seguramente nunca provinieron de la Vida, la Verdad, y el Amor – Nunca fueron enviados, y no son más que el sueño y la ilusión del sentido personal, o Vida en la materia. Sabemos que esta Verdad no será percibida ni reconocida como tal hasta que este sueño sea perturbado por ella, o se rompa, y sin embargo es la Verdad, y la ciencia del ser. La única evidencia que tenemos de enfermedad o muerte es la del sentido personal, el cual es inadecuado para reconocer el Alma, o la inmortalidad del hombre, que es la única que revela su armonía. (204)

Repitiendo: la enfermedad, el pecado y la muerte no tienen evidencia en la Verdad que es la inmortalidad del hombre; ahí desaparecen; la única evidencia que tenemos de su realidad está en la mortalidad o el error; pero nada que sea real es mortal. Si la materia puede sanar al enfermo, y la mente no, entonces la materia es más poderosa que la mente, y si Dios manda la enfermedad, sanarla sería oponerse a su gobierno; y si la materia produce sus propias condiciones, actúa contra sí misma, y será auto-destruida. Nuestros puntos de vista opuestos son injustos con la ciencia del ser, y acusan de falsedad a la Verdad. ¿Tiene el barro poder sobre el alfarero? ¿La materia actúa por sí misma y es independiente de Dios, siendo así anterior y superior al Espíritu? Cosechar donde no ha sembrado la Verdad es recolectar error; declaraciones tan contradictorias como éstas “siembran viento y cosechan tempestades”. Es sólo la creencia o el hombre mortal lo que considera a la materia como Dios, inteligente, auto-creativa, y actuando por sí misma; la Verdad la considera sin inteligencia, ni viva ni moribunda, enferma o sana. Dios no tiene parte en el sufrimiento, el pecado, o la muerte, y no hay realidad donde Dios no está. Si Dios hizo al hombre para que se enfermara, sería correcto que así fuera, y sería equivocado sanarlo; el hombre no podría y no debería, aunque quisiera y pudiera, anular los decretos de la Sabiduría. Si la enfermedad es una realidad, es una condición de la Verdad; y ¿pretenderíais que los medicamentos pudieran destruir una condición de la Verdad? Pero si, como es el caso, la enfermedad no es más que una creencia, entonces no es más que sueño e ilusión; el despertar debe provenir de la Verdad y del entendimiento; eso es lo único que puede destruir esta creencia; y es Cristo sanando a los enfermos.

Si el hombre está a disposición del hombre y la materia, de los medicamentos y de los gusanos, entonces no es “la imagen de Dios” y es mortal, pero la mortalidad no es hombre- es la nada, y entre más pronto desaparezca, mejor, pues la razón y la revelación la repudian. El hombre es inmortal, pero no es Inteligencia en la materia, de otro modo sería mortal; hombre es la idea de Dios, la idea del Espíritu, por lo tanto, no está sujeto a las leyes de la materia, la enfermedad, el pecado o la muerte. (205) La ciencia revela el hecho de que no hay Inteligencia en la materia, y que todo gobierno justo es del Espíritu que habla, y se hace; y nunca admite ni por un instante que la materia controle al hombre. La creencia de que Dios es el autor de la enfermedad, el pecado y la muerte, o que un poder opuesto llamado diablo o materia sea el padre de éstas, implica un poder independiente y superior a Dios; sin embargo, no hay un poder separado o Inteligencia fuera del Espíritu, y hablar de “espíritus” es relatar cuentos de fantasmas. No hay más que un Espíritu, que es Dios, y éste está siempre correcto porque es la Vida, la Verdad y el Amor; la materia no es más que una creencia de Espíritu, Sustancia, y Vida donde no están, y a partir de este error y creencia producimos todo sufrimiento, pecado y muerte. ¿Acaso la Sabiduría comete errores para que el hombre los rectifique? ¿Manda Dios la enfermedad y luego al hombre para que la destruya, deshaciendo así lo que Él ha hecho?

Aquello que es perfecto no puede producir enfermedad, pecado o muerte; y si Dios no puede destruir éstos, entonces son inmortales. En mi entendimiento nada supera al poder de la omnipotencia, y los enfermos nunca son sanados realmente excepto a través de Dios, la Inteligencia; el poder de los medicamentos, la electricidad y la materia no es más que una creencia; es mesmerismo y no ciencia pretender que hay Verdad, Vida, o Inteligencia en la materia, y que ésta otorga bendiciones que Dios no puede dar; y las así llamadas curas de estos agentes continúan sólo mientras perdure la creencia. La Verdad, la Vida, y el Amor tienen que hacer todo finalmente pues sólo ellos pueden lograr todo lo que es continuo y armonioso. Si Dios no sana a los enfermos es porque no puede o no quiere, en cuyo caso ¿qué oportunidad tendrían la materia, o el hombre para sanar a los enfermos? (206) ¿Pueden los medicamentos ser más eficaces que la Sabiduría, o cambiar la Verdad inmutable? o si Dios puede sanar a los enfermos, y no lo hace, ¿por qué supone el hombre que él sí puede hacerlo? El error de la enfermedad debería ser tan aparente como el error del pecado. Cuando un hombre está enfermo, ¿Dios lo hizo estar enfermo? ¡No! ¿Puede Dios sanarlo? Sí. Pero ¿acaso Aquel que crea sabiamente destruye su propia creación, o qué debemos concluir? “Que todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada ha sido hecho de lo que ha sido hecho”; en otras palabras, que todo lo que Él creó era “bueno”, y lo que no es bueno no fue creado, y por lo tanto no tiene realidad. Entender realmente que el placer y el dolor no pertenecen a la materia, sana al enfermo. Frío, calor, ejercicio, estudio, comida, infección, etc., etc., nunca causaron una condición de enfermedad o salud para el hombre. Los nervios, el cerebro, la sangre, los huesos, el hígado, los pulmones, el corazón, etc., jamás decidieron la Vida del hombre; escrófula, fiebre, tuberculosis, reumatismo, viruela, o cualquier otra enfermedad jamás produjeron dolor o discordia; ninguno de estos puede volver un solo cabello negro o blanco, dañar o alterar la creación de Dios; ellos no son creadores ni en el más mínimo sentido. Si Dios produjo la enfermedad, es buena, pues todo lo que Dios hizo fue bueno.

El hombre mortal a menudo es mejorado por la enfermedad porque es un error destruyéndose a sí mismo; es una etapa de fermentación en la cual el error se expulsa a sí mismo en alguna medida; repetimos, lo que se llama morir no es más que una creencia destruyendo a otra; una creencia de muerte destruyendo a una creencia de Vida en la materia. La creencia dice que una úlcera se vuelve más dolorosa conforme se apresura a su fin en la supuración, pues el error se vuelve más imperativo antes de auto-destruirse. La muerte no es sino un cambio químico en el cual una enfermedad que supuestamente mata al hombre, alcanza su propia auto-destrucción. (207) Admitimos que ciertas enfermedades como las paperas, la difteria, etc., nunca recurren una segunda vez; lo mismo sucede cuando decimos que la tuberculosis mató a un hombre, él solamente despertó del sueño de Vida en la materia, que nunca fue real, para seguir viviendo como anteriormente, y encuentra que no ha muerto y que la tuberculosis ha sido vencida para siempre. Esto es precisamente lo que la Verdad hace con toda enfermedad, pecado y muerte; les permite probar su propia vacuidad para que la ciencia del ser pueda surgir. El hombre no está muerto cuando se admite que el cuerpo mortal está sin vida; la Vida del hombre jamás estuvo en el cuerpo, y admitir esto es el primer paso hacia la inmortalidad. El cielo, la tierra, y el hombre, todo lo que el ojo ve, pasarán, y el sentido personal cederá su lugar al sentido espiritual, el cual es el único sentido real; y la supuesta vida de la materia, cederá su lugar a la Vida que es Dios. Entender que el Espíritu y su idea inmortal, el universo y el hombre, son lo único que es real, es el reino

o reinado de la armonía que habrá de llegar. La única realidad de la Vida, o la Sustancia es el Espíritu.

Las diferentes fases del error, o la creencia mortal, son la concepción, el nacimiento, y la muerte del hombre y la materia, junto con el placer, dolor, enfermedad, y el pecado del sentido personal; todos los cuales son discordias, y la armonía prueba que la discordia no es la Verdad del hombre. Una vez que hemos entendido la vacuidad del error, jamás debemos volver a mirarlo con temor o someternos a su gobierno falso. El pecado es el error más tenaz puesto que abarca una creencia de placer en la materia que sólo la creencia del sufrimiento puede destruir. La Sabiduría permite que el pecado se suicide. Que la enfermedad, el pecado y la muerte son error e ilusión, y que la felicidad y la Vida del hombre son imperturbados por este error, es ciencia. (208) No deberíamos mirar a nuestros cuerpos como el origen de la felicidad y del ser, sino encontrar que este último es Alma y no sentido; sí, el Principio del ser que produce al hombre inmortal y armonioso. En oposición a esta ciencia hay un vasto conglomerado de creencias que dicen: Mirad aquí, Mirad allá; que pretenden alcanzar la perfección y la inmortalidad a través del mérito del sufrimiento y la experiencia ajena, en vez de a través de un entendimiento más elevado de Dios. No tenemos escuelas para sanar sobre la base del Principio que Jesús enseñó; y sin embargo él requería que todos sus seguidores predicaran el evangelio, sanaran a los enfermos, y renunciaran a todo por la Verdad. Una religión privilegiada mediante la riqueza y la fraternidad de intereses no es el primer paso hacia el cristianismo. Nuestro Maestro no fundó su fe sobre un 'ismo' que fuera popular; él enseñó cargando nuestra cruz, negando el sentido, y viviendo el Alma, para seguir a la Verdad; y esto no incluyó enfermedad, pecado o muerte, ni tampoco presupuso que el cerebro, los nervios, el estómago, u otros poseyeran en sí mismos las cuestiones trascendentes de la Vida. La Verdad hace al hombre recto; fue el error lo que buscó el artificio del pecado, la enfermedad, etc., del pensar y actuar equivocados, al pretender que el hombre es ambos, pecador y santo, polvo, y Deidad; éstas han sido creencias del sentido personal o distintas fases de mesmerismo. Los niños fueron bendecidos por Cristo, la Verdad, pues no tenían ninguna de estas creencias y por lo tanto estaban mejor capacitados que los adultos para penetrar a la ciencia del ser. Mientras que sus mayores vacilan entre dos opiniones, o luchan contra algún sentido personal, los niños dan rápidas y ágiles zancadas hacia la Verdad. Una pequeña niña que había escuchado nuestras explicaciones, y que se lastimó severamente uno de sus dedos probó esto, al concluir; "no puede doler, pues no hay sensación en la materia," y así ocurrió para delicia de todos, y al día siguiente corrió hacia su madre con ojos sonrientes y mejillas rozagantes, y le informó: "mi dedo no está ni siquiera un poco irritado, y no le has aplicado ningún remedio". (209) A sus padres podría haberles tomado meses o años haber alcanzado esa posición, y desechado sus medicamentos. Vemos, a través de las pruebas cotidianas de esta ciencia, el poder de la educación sobre la mente, y como es que "por medio de las bocas de los pequeños Has perfeccionado la alabanza". Las creencias viejas y obsecadas de los adultos pueden inclusive asfixiar esta semilla buena en las mentes de sus pequeños; como "las aves del aire" que se las llevan, por su falta de entendimiento, antes de que puedan echar raíz.

Así como en las matemáticas una declaración inversa prueba la regla, así también es en la ciencia de la vida, por ejemplo:

No hay dolor en la Verdad, y no hay Verdad en el dolor; no hay materia en la mente, y no hay mente en la materia; no hay nervio en la Inteligencia, y no hay Inteligencia en el nervio; no hay materia en el Espíritu, y no hay Espíritu en la materia, etc. Que el hombre pueda perder su identidad porque el Alma no está en el cuerpo, y la Inteligencia en la materia, es tan imposible como que los tonos de la música se perdieran en su Principio. Las teorías y las doctrinas nunca han explicado hasta ahora el Espíritu y la materia, pero las Escrituras lo han hecho tal como la ciencia las demuestra, es decir, la Vida y su idea. “Ciertamente morirás” es la sentencia que la Sabiduría ejecuta diariamente sobre la creencia de Vida y Sustancia en la materia, y sin embargo el hombre no ha muerto; porqué entonces dudar que la creencia sea error, y el hombre idea, y no Sustancia, y el Espíritu la única Sustancia, ya que es el Principio del hombre y el universo. Esta ciencia del ser no puede ser percibida de inmediato en medio de tantas creencias que refutan todas las explicaciones espirituales del hombre y que aceptan sólo una anatomía material del mismo, llamando hombre a los huesos, tendones, cabeza, corazón, etc. (210) Estas teorías no pueden ser verdaderas si el hombre es inmortal, y la ciencia y la revelación lo revelan como “imagen y semejanza de Dios”; el hombre es por lo tanto inmortal, y aquello que es mortal, no es hombre. Si entendiésemos a Dios deberíamos haber alcanzado una aproximación al Principio que prueba que el hombre es inmortal; nuestro gran error es suponer al hombre ambos, mortal e inmortal. La pregunta surge en cada punto de las teorías: ¿qué es la Verdad? Y la respuesta a esto fue el lugar donde Cristo edificó su iglesia hace más de mil ochocientos años, es decir, Yo soy Dios, y el hombre es el vástago del Alma y no del sentido; pero esa respuesta no fue entendida en su tiempo, y ha sido interpretada de múltiples maneras desde ese entonces. Hemos dividido y echado a la suerte su manto de la verdad, pero la respuesta que aceptó Jesús como explicación del hombre y de Dios es la ciencia eterna del ser inmutable y eterna: “Tú eres el Cristo, el hijo del Dios viviente,” pues “Yo soy la Verdad y la Vida,” la cual coloca toda Inteligencia fuera de la materia, y no rinde homenaje a la personalidad, haciendo del cristianismo el fundamento del pensar y actuar correcto mediante el cual alcanzamos a nuestro ser-Dios, y no a través de ritos y ceremonias, ni de sectas persecutorias que quisieran estereotipar el progreso. Pedro dijo: “Tú eres el Cristo”, y es sobre esta declaración de que la Inteligencia es Espíritu, y no materia, y de que el “Yo” es Dios, y no hombre, que se construyó la iglesia de Cristo, la superestructura de la Verdad y de su demostración, la cual era, echar fuera el error y sanar a los enfermos. Jesús reiteró esto cuando dijo: “El Padre y yo somos uno”; en otras palabras, que el “Yo” significa Espíritu y no materia, Principio y no persona, y “ningún hombre viene al Padre” (el entendimiento de este Principio) “sino a través de Mí,” la Verdad. (211) El pecado no tiene fundamento cuando admitimos que nuestros cuerpos no son inteligentes. La enfermedad entonces no tiene asidero sobre esta plataforma; es la Verdad del hombre la que destruye el sentido personal; por lo tanto, sólo eso puede destruir la enfermedad, el pecado y la muerte. La misión de Jesús fue separar la creencia material del entendimiento espiritual, y mostrar que la Verdad jamás se mezcla con el error. El bien y el mal, el Espíritu y la materia, están separados ahora y por siempre. Jesús sabía que debíamos entender esto, o jamás obtendríamos la armonía del ser. Esta es la ciencia de la Vida que nos capacita para salir del mundo y separarnos de él; para franquear la distancia moral entre la Vida que es Espíritu y la supuesta vida de la materia, y para vivir fuera de todo lo que es enfermedad, pecado, o muerte. Esta es la Verdad que saca a relucir la inmortalidad. Jesús sabía que el sentido personal es error, y que no hay sentido personal o Inteligencia

en la materia; por lo tanto, que todos los reportes en este sentido son quimeras que la Verdad del ser derriba. Este estándar avanzado del ser todavía no es entendido, aunque hace ya más de dieciocho siglos que Jesús la enseñó, y que no recibieron su enseñanza. La ciencia, no el sentido personal, el Principio y no la persona, el entendimiento y no la creencia, es lo que debe interpretar la demostración de Jesús; pues su Principio es la Verdad y no el error, la Vida y no la muerte, la salud y no la enfermedad. Para poder seguir a Cristo, la Verdad, debemos mostrar con nuestro ejemplo lo que la Verdad demuestra; es decir, que echa fuera el error y sana al enfermo; y entonces cumpliremos la predicción de Jesús cuando dijo; “Las obras que yo hago haréis vosotros también.” Las doctrinas del hombre no están construidas sobre la Roca de la Verdad; la teología deja en un misterio la ciencia de Dios que Jesús no sólo explicó, sino demostró. (212) No hay Vida o Principio en el hombre que pruebe que es inmortal, por lo tanto, no tenemos otro recurso que aniquilar la creencia de Vida e Inteligencia en la materia, y entender a Dios, el Principio del hombre y de su inmortalidad.

La belleza es eterna; pero la belleza de la materia se pierde, y a la larga se desvanece en decadencia y fealdad. La costumbre, el hábito, las opiniones y la creencia forman el estándar temporal de la belleza material; pero la belleza es un componente de la Vida que está exento de edad o decadencia, y para ser esto, debe ser un componente del Espíritu. El hombre y la mujer inmortales (y no hay otros) son perfección que no se desvanece, modelos de belleza que reflejan toda belleza puesto que son “la imagen y semejanza de Dios”, del Alma y no del sentido. Pero para poder reflejar belleza, el cuerpo debe representar sólo lo perfecto e inmortal. Volverse menos sentido y más Alma, es la receta para la belleza; pero para alcanzar su estándar debemos poner todo pecado, enfermedad y aflicción bajo los pies de nuestro ser-Dios, y colocarnos en superioridad a ellos; alejarnos de la creencia de dolor o placer en el cuerpo y acercarnos a la inmutable calma y libertad gloriosa de la bienaventuranza impersonal. Los adornos de la persona son un triste sustituto de la resplandeciente y brillante belleza del Espíritu, más allá de la edad y la decadencia. Medir la Vida en años solares nos roba juventud y el paso del tiempo trae fealdad en la vejez. El sol que se eleva de la virtud y la verdad es la mañana del ser, y la madurez del hombre es un eterno mediodía, no marcado por la puesta de sol. Cuando la belleza se desvanece para el sentido personal, no se pierde para el Alma, y el afecto se maravilla de que nuestro ser querido pueda parecer algo menos que hermoso. (213) Es la creencia de enfermedad, aflicciones, y años solares, lo que estropea el rostro y la forma. Digo la creencia porque la ciencia no admite realidad en nada excepto en Dios y su idea. Para el Espíritu mil años son como un día; por lo tanto, un hombre entrado en años y experiencia está madurando hacia una belleza y excelencia más elevada en vez de estar envejeciendo; la mente alimenta al cuerpo con inmortalidad si lo abastece con la Verdad, y si descarta el error del sentido personal según el cual cada día apunta hacia una tumba más cercana; nuestro cuerpo ni sufre, ni goza. ¿Cuándo se entenderá que el “Yo” es impersonal; la mente misma y no la materia? Mientras no se alcance este punto en la ciencia del ser, el hombre continuará en la creencia como un péndulo entre la alegría y las aflicciones, la enfermedad y la salud, la Vida y la muerte, igual que en el presente. El hombre desfalleciente y al borde de la muerte, o el que está enfermo y peca, ¿es la imagen de la Omnipotencia? ¿La Vida y todas nuestras facultades se miden según los calendarios, y la belleza es objeto de decadencia? ¿O hay un hombre mortal que crece, madura y decae y del cual surge el hombre perfecto e inmortal? Ciertamente admisiones semejantes nos precipitan en el error. La ciencia

prueba que una fuente corrupta no produce aguas puras, y que la misma fuente no produce aguas dulces y aguas amargas. Los años solares que marcan la arruga en el ceño, son el efecto del cálculo del hombre y no de Dios; son una creencia del sentido personal y no el entendimiento del Alma. El hombre mortal es un anciano únicamente por admitir que lo es; pues es la mente y no la materia lo que hace al cuerpo lo que es. La Inteligencia sin principio ni fin es el conjunto de datos (si así se les puede llamar) de la Vida; el hombre no es joven o viejo; él es y fue eterno como la idea de Dios. (214) El hombre no tiene nacimiento o muerte; no es un animal vegetal, ni una mente que transmigra pasando primero por un cuerpo mortal, para migrar de ahí al cuerpo inmortal; esta creencia es una reliquia del paganismo; no tenemos creencias que no lo sean. La personalidad no es hombre, por lo tanto, el cuerpo mortal no es más que una creencia de hombre, y no la realidad de él. La Vida, la Verdad, y la armonía son la realidad del ser, y el hombre es la idea de éstos; por lo tanto, el cuerpo material no es sino creencia y error, discordia y muerte. La descripción de Shakespeare de la vejez presenta un retrato del hombre mortal; nuestros cuerpos no son nuestros repositorios, de otra manera todo se convertiría en polvo. El Yo es Espíritu y no materia, y el Espíritu nunca, ni por un momento, entró o animó la materia. Si la felicidad es sentido personal, la alegría tiembla y construye sobre arena; o si lo material es hombre, los gusanos mismos nos roban.

Entender que ni la Inteligencia ni la Vida están en el cuerpo es vencer a la vejez y mantener al ser fresco e inmortal por siempre. El error de la vejez se muestra en la historia de una mujer inglesa que apareció en una publicación médica llamada el "London Lancet"

En su juventud esta mujer tuvo una decepción amorosa que la llevó a perder el juicio, y a causa de ello perdió la noción del tiempo. Creía que aún estaba viviendo en el momento en que se separó de su amor. Desde entonces nunca dio reconocimiento al paso del tiempo, y hablaba sólo de aquel momento triste. El efecto de esto fue que literalmente, no envejeció. Cuando unos viajeros americanos la vieron a la edad de setenta y cuatro años, presentaba una apariencia de completa juventud, sin que una arruga o un cabello canoso estropearan el retrato, sino que la juventud se posaba gentilmente sobre sus mejillas y en su frente. Antes de ser informados de su historia, se pedía a los visitantes que calcularan su edad, y todos asumían que tenía menos de veinte años. (215) Este caso de juventud preservada sugiere un punto de la ciencia que no puede ser descuidado, y sobre el cual un Franklin o un Newton hubieran podido trabajar con mayor certeza que cuando una manzana cayó de un árbol; los años no la habían envejecido, y ¿por qué? Porque ella no creía que estuviera envejeciendo, sino vivía de acuerdo a otra creencia en la hora de la juventud, el resultado de lo cual fue que el tiempo no podía envejecerla, pues el cuerpo representaba su creencia. La mente debe aceptar que está envejeciendo, o el cuerpo no presentaría el aspecto de la vejez. Ella se mantenía joven porque durante todos esos años jamás había creído que estuviera envejeciendo, por lo tanto, el tiempo caía impotente a sus pies. Las imposibilidades no ocurren jamás, y un solo caso como el anterior, prueba que no es imposible estar joven a los setenta y cinco años, pero el Principio de esta prueba vale más que el hecho puro; explica la causa de la decrepitud, y cómo evitarla. Nunca llevéis un registro de las edades ni de las muertes si queréis preservar las facultades plenas de la feminidad y de la virilidad. Es sólo porque cada hora de nuestros años la mente está admitiendo que

estamos envejeciendo que es difícil presentar setenta años sin verse perjudicado por la vejez. No son los años sino la creencia de los años lo que hace que el hombre pierda firmeza, eso es lo que trae la falta de firmeza de la vejez; “como un hombre piensa así es él.” Una creencia de enfermedad aguda – y toda enfermedad es creencia – es destruida más fácilmente que una crónica, porque la mente no ha dirimido la cuestión tan definitivamente, ni ha admitido la creencia por tanto tiempo; la fuerza mental del hábito es menos poderosa en un caso que en otro. La creencia de que el hombre tiene nacimiento, madurez y decadencia, nos está diciendo simplemente que el hombre es como un animal o un vegetal, el animal no apto para vivir, y el vegetal incapaz de Vida. El Alma es Espíritu, y el Espíritu es Vida; Dios no es ni infante, ni adulto, ni decrepito; y el hombre es “la imagen y semejanza de Dios”; entonces, ¿qué precedente tenemos para el crecimiento, la madurez, y decadencia del hombre? (216) Si el hombre fuera materia, un árbol, o un simio en las primeras etapas de la existencia, podríamos admitir su crecimiento y decadencia; pero el hombre es la sombra reflejada del Espíritu, y el Espíritu no conoce la infancia ni la vejez. Si el hombre termina en decadencia y muerte, hay un momento en que Jehová se queda sin una semejanza o representación, y el Alma está sin siquiera una imagen, y el Principio pierde su idea. Al razonar desde las premisas de que el Alma está en el cuerpo, y de que el Espíritu y la materia se mezclan, nuestra única conclusión lógica es que el hombre se acaba con la materia y es aniquilado. Pero el Espíritu forma al hombre, y no está en aquello que crea; ¿podría el escultor introducirse en la estatua que está cincelandó, y desde el interior del mármol esculpir su modelo, y en cada punto del progreso en su trabajo darle nuevos delineamientos y retoques? Tampoco Dios, el Alma y la Inteligencia del universo y del hombre, puede separarse en proporciones mayores o menores, o “dioses” que se introduzcan en el hombre y la materia. No hay más que un solo Dios, la Inteligencia fuera de la materia que es una unidad y no partes integrales, tampoco se mezcla con el error, la decadencia, o la muerte. El Principio del hombre está fuera de su idea; el hombre mortal no tendría consideración alguna, si estuviese impregnado por el Espíritu, y el Espíritu sería ponderable si morase al interior de la materia. La razón permite alcance, y guiada por la revelación repudia teorías tan suicidas para la ciencia del ser; pues las teorías son falsas, y la ciencia es verdadera. Retirad la creencia de que los límites y la sensación en la materia constituyen al hombre, y tendréis al hombre inmortal, la idea de Dios, y retirad la personalidad de vuestra creencia en Dios, y tendréis el principio infinito, al Dios mismo que es Amor. Si la Inteligencia está en el hombre y la materia, ¿qué hay fuera de estos para gobernar los cielos y la tierra que “declaran tu gloria”? (217) La Inteligencia en la materia, y fuera de ella, haría también que existieran dos poderes, el infalible e inmortal, y el falible y mortal en perpetua lucha; o no hay Omnipotencia, o la Omnipotencia es todo lo que hay. Cuando se dijo “polvo al polvo” no se hablaba del hombre; sabemos que todo lo que produce Dios no requiere ser borrado, y no puede ser aniquilado, pues es la idea del Espíritu y no de la materia.

La Vida es la misma ayer, hoy, y siempre; el anacronismo y la organización no tienen nada que ver con ella. La Vida imparte inmortalidad a todo lo que crea; aquello que no es Vida, Sabiduría, Verdad o Amor, y su idea, no es más que un error que se desvanece, y un sueño insustancial. Se dice: “yo soñé anoche”; quisiera que entendiéramos mejor que esto la enorme diferencia entre el Alma y el sentido. “Yo” significa la Inteligencia, el Principio del hombre, que nunca duerme o divaga en la ilusión; la creencia es lo único que sueña, y su sueño dice: la Vida y la Inteligencia están en la materia; ciertamente,

dormir es una de las fases de este sueño, sin embargo los pensamientos nocturnos se acercan más a la Verdad del ser al acallar el sueño de Vida en la materia que soñamos despiertos; inclusive transportamos a voluntad el cuerpo a donde sea, y ello se acerca más a la realidad de la existencia del hombre que el sueño de Vida en la materia que soñamos despiertos; y algunas veces los sueños son proféticos. No habría lugar a encontrar defecto en la ciencia porque ésta repudia el sentido personal, de la misma manera que no nos disgustaríamos con un hombre que nos despertara de una pesadilla que produce un sufrimiento real a la creencia, pero irreal a la ciencia. Nuestros puntos de vista pasados y presentes acerca de hombre y de Dios no han hecho al hombre armonioso o inmortal, ni a Dios, Amor; de aquí la necesidad de un cambio al punto de vista de la ciencia del hombre. (218) El hombre intoxicado quisiera que le dejaran en paz porque piensa que su embriaguez es placentera, pero al despertar de este error, cambia su creencia y este error del sentido personal se vuelve evidente. Igual será en la demanda final de la Sabiduría, el entendimiento comprenderá la falsedad o la vacuidad de las pretensiones del sentido personal. Decimos que el hombre mortal nació para sufrir y morir, pero el hombre mortal es materia, ¿y la materia sufre? La ciencia a la larga destruirá esta ignorancia en relación al Alma y al cuerpo, y nos enseñará la armonía de ambos que nunca se ha obtenido, ni se podrá obtener, sobre las plataformas del pasado. Por qué no, entonces, comenzar en esta dirección hoy, sin descartar la Verdad demostrativa sólo porque no podemos verla con los ojos, tocarla con los nervios, etc., “pues teniendo ojos, no ven.”

A los niños se les debe enseñar esta ciencia, debe ser la primera lección que ellos reciban, y debemos excluir la educación del sentido personal. Nunca habléis con ellos de las así llamadas leyes de la materia, el alimento, o el vestido; excludid de la mente la enfermedad, el pecado y la muerte, no deis al error ningún pensamiento; mirar en la dirección opuesta y alejarnos de tales pensamientos es lo único que nos evitará mayores y más agudas experiencias, ya sea en el tiempo o en la eternidad. Salir de una existencia imaginaria en la materia, y entender que no somos cuerpo, sino Alma, es lo último del ser. Cuando la creencia de la felicidad en el sentido personal disminuya, y el goce del intelecto y los afectos se incrementen, el error se estará desvaneciendo, y la Verdad elevará su alegre voz sobre los siglos; sí, sobre el horizonte de la animalidad y del sentido. Si no nos desprendemos de las alegrías imaginarias del sentido personal, los apetitos, las pasiones, la malicia, el orgullo, etc., conforme a las sugerencias de la ciencia, deberemos en algún momento futuro sufrir de éstas lo suficiente para alegrarnos de renunciar a ellas. (219) Apoyarnos en el error probará que éste es un báculo de caña quebradiza que atraviesa el corazón; pero os preguntáis, ¿por qué deberíamos sufrir por placeres inocentes? Porque el dolor o el placer del cuerpo no es una realidad, es una creencia solamente; y en algún momento debemos aprender esto. No es a través del placer, sino del sufrimiento, que aprendemos del error de la Vida en la materia, y fuera del sufrimiento sólo puede aprenderse por la ciencia, ¿a quién elegís como maestro?

Una granja, una mercancía, un esposo, esposa, etc., pueden ocultar esta ciencia de la percepción individual; por lo tanto, nuestro Maestro dijo que debemos dejar todo por la Verdad, o no somos dignos de ella; y este dejar todo significa mucho, incluso la renuncia a la creencia del sentido personal a cambio del entendimiento de la ciencia de la Vida. Es una necedad desmentir algo que no es entendido, o negar las reivindicaciones de la ciencia; más bien deberíamos poner a prueba el Principio de sus

declaraciones según las reglas que han sido establecidas, y tan certeramente como este Principio haya sido suficientemente entendido, al aplicar sus reglas al hombre, sacaremos a relucir su ser armonioso de conformidad con él. El castigo amoroso que nos da nuestro Padre, para enseñarnos la ciencia del ser, y la vacuidad de las cosas materiales, es el maestro de escuela que nos lleva al Cristo, la Verdad. Sabemos de la réplica displicente del sentido personal a las demandas del Alma; pero también sabemos que “Ciertamente, morirás,” es el veredicto del Alma sobre el sentido; sin embargo, el error no muere de inmediato, ni en el tiempo ni en la eternidad. (220)

Cuando el avaro pierde su oro, poco le queda, y cuando el sensual pierde sus cinco sentidos personales, no le queda sino el Alma, no entendida por él, y el cuerpo es mortal hasta que la Vida sea entendida, por lo tanto, sed sabios hoy; la ignorancia voluntaria culmina en la oscuridad externa, y el futuro revelará el gran error de dejar el trabajo del tiempo para la eternidad. El propósito y la meta del ser es la felicidad; pero ésta sólo puede lograrse mediante la rectitud; no podemos poseer el amor de este mundo y ser honestos, pues esto deja afuera a Dios, que es Amor; uno de los dos imperará en los afectos, y el sentido personal pisotea las perlas del sentido espiritual. Adheríos a este último y seréis capaces de gobernar al anterior, pero sucumbid al anterior y el último dejará al hombre a merced de la enfermedad, el pecado y la muerte. Si habéis despojado al pecado de sus disfraces, lo habéis hecho bien; pero tened la expectativa de que se hablará mal de vuestro bien, o si habéis señalado el camino recto y estrecho de la ciencia, recordad que seréis perseguidos por causa de vuestra rectitud. Esta es la cruz, tomadla; ella gana la corona, entonces portadla. Peregrino en la tierra, tu hogar es el cielo; extranjero aquí, eres huésped de Dios.

CAPITULO IV.(221)

CREACIÓN.

LO infinito de la Verdad está cambiando al universo; el pensamiento se está expandiendo más allá de las palabras; estamos perdiendo nuestros pañales, pidiendo más luz; sí, alcanzando la estatura del Alma fuera del cuerpo. Que “Sea hecha la luz,” es la demanda de la Vida y del Amor, que convierte el caos en orden y la discordia en la música de las esferas. El progreso retira todas las cadenas, y lo finito cede a lo Infinito. Avanzando hacia un plano más elevado de acción, el pensamiento se renueva, y se eleva de lo personal a lo Impersonal; de lo mortal a lo Inmortal, lo cual es de lo material a la idea espiritual de Dios. Tenemos la autoridad de las Sagradas Escrituras que nos dicen que Dios es Espíritu, por lo tanto, no es la personalidad lo que demanda nuestra veneración ignorante, y lo que tiene dominio sobre el hombre y el universo. No hay más que un Dios; y sin embargo hay muchas personas, y adorar la personalidad sería tener muchos “dioses”. Que tres personas estén unidas en un cuerpo sugiere una Deidad pagana más que a Jehová; moléculas integrales no son porciones de la Sabiduría y del Amor “que habló y así se hizo”; y cuya “palabra era Dios.” La Vida, la Verdad, y el Amor, son el Principio trino del hombre y del universo; son el gran Jehová, y estos tres son uno, y es nuestro Padre, que está en el cielo. ¿Qué es la persona de Dios? Él no tiene personalidad, pues esto implicaría Inteligencia en la materia; el cuerpo de Dios es la idea dada de él en el universo armonioso, y varón y hembra formados por Él. (222) La reflexión de un objeto de ninguna manera es lo opuesto de ese objeto, y no podemos dejar de ver que el hombre material no refleja Espíritu, ni lo finito lo Infinito; por lo tanto, el hombre material y finito no es la imagen o la sombra reflejada de Dios. La Inteligencia es la Sustancia, y nada puede contener o abarcar a la Inteligencia, porque ésta abarca en sí misma todas las cosas. El Alma está fuera de la materia, y no es una persona sino un Principio; ilimitada e infinita, más allá de todo límite, no está comprimida en la persona o el hombre. La Inteligencia repele el error y atrae la Verdad; sostiene al universo en el espacio; es difusiva, y se extiende a todo ámbito. No hay más que un Principio y su idea, de ahí, la unicidad de Dios y el Alma, y la fraternidad del hombre; esta idea denominada hombre tiene expresiones infinitas, todas las cuales son miembros del cuerpo de Cristo, la Verdad, la Inteligencia fuera de la materia. El Principio se expresa en una integridad o idea completa. Tomad el microscopio del Espíritu para discernir el animismo, y sólo entonces podréis comprender el término genérico, hombre. La idea compuesta llamada hombre no es inteligente; es una imagen y reflexión sin vida del Principio o Alma, la cual es la Vida, la Inteligencia y la Sustancia de esta idea. Una creencia de materia separa al hombre de Dios, y de su prójimo. La ciencia del ser da armonía al hombre. Amar a Dios supremamente es simplemente dejar que el Alma prevalezca sobre el sentido en todas las cosas, y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, porque todos tienen sólo un Alma, y deberían reconocerse Alma, y no sentido personal. (223) Al entendernos uno con nuestro prójimo en el Principio, no tendremos intereses divididos, y nos parecerá bien guardar los dos mandamientos que nuestro Maestro dijo, superaban todos los sacrificios y ofrendas

humeantes, ritos religiosos y ceremonias, y que cumplirían la profecía introduciendo el reino de la armonía en la tierra como en el cielo. Amar a Dios supremamente es mantener que no hay Inteligencia en la materia, ni placer o dolor en el cuerpo. La Verdad, la Vida, y el Amor, no están en su idea, sino son el Principio de esta idea; no están en el hombre, sino son Dios, fuera del hombre. Esta ciencia del ser es la única que nos capacita para amar a Dios con todo el corazón, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Para alcanzar su armonía, debemos dejar de contemplar la supuesta Vida de la materia, y encontrar la felicidad en el Alma y no en el sentido. El hombre no se distorsiona a dimensiones grotescas por ser la idea infinita, tampoco es sólo un pensamiento solitario, desincorporado y aislado. Cuando entendamos la Vida como es, es decir, Alma, y no sentido u hombre personal, nos expandiremos en la Verdad y en el auto-cumplimiento que abarca todas las cosas, y que no requiere comunión con otra cosa que consigo mismo, para encontrarlas a todas ellas. Pero esta declaración de Alma y cuerpo, o Dios y hombre, la entenderemos solamente en la medida en que almacenemos nuestros tesoros en el cielo, y no en la tierra; esto es, en el Espíritu, y no en la materia, y nos aproximemos hacia la interpretación del ser más amplia, donde obtenemos la conciencia gloriosa y la prueba de la Vida y la felicidad. El hombre sensual y material es lento para asimilar este significado. Al dirigir constantemente la vista lejos del cuerpo hacia lo bueno y lo verdadero, estaremos gravitando hacia el Espíritu y la inmortalidad; pero si nos estamos siempre refiriendo al cuerpo, hablando y haciendo suposiciones incesantes acerca de algún dolor o placer ahí, nunca nos volveremos armoniosos, sino regresaremos como “los puercos al lodo”, y “el perro a su vómito.” (224) La libertad, o la bienaventuranza de los hijos de Dios, no están asociadas con el cuerpo, sino lejos de él con la Vida, la Verdad, y el Amor impersonal. Considerar al cuerpo como sede de la Inteligencia, la Vida, etc., es exponerse a ser aniquilado; y creer que Dios es una persona, roba a la Omnipotencia, y la cubre con vestimentas de mortalidad. Si la Deidad es personalidad, el por siempre “Yo soy”, o Dios con nosotros, no es Espíritu, sino materia, limitado y comprimido en seis pies de estatura. Si Dios es una persona, mora en un cuerpo, en cuyo caso materia y Espíritu son Dios; esto es imposible, pues Espíritu y materia son opuestos. Es de poca importancia lo que nuestros puntos de vista educados digan sobre este tema; es moralmente imposible para el Principio morar en su idea; para el Alma morar en un cuerpo; para lo inmutable morar en el cambio, y lo imperecedero con la muerte, o lo Infinito con lo finito, lo perfecto con lo imperfecto; sí, que Espíritu y materia se unan, y que el Alma y el sentido personal se tomen de las manos. El Alma no puede existir en ambos, al interior y al exterior del cuerpo, de otro modo la materia desaparece, y se encuentra que todo es el Principio y su idea, en cuyo caso la personalidad desaparece. Hay una diferencia más amplia entre el Espíritu y la materia que entre la luz y la oscuridad, las cuales ciertamente no se mezclan en una. No se nos ocurriría decir que la Deidad es la sombra de la materia, pero si la materia es Sustancia, Dios es sombra, y la sombra nunca produjo sustancia; de aquí que la materia debe haberse creado a sí misma. El cuerpo del Espíritu es espiritual y no material; pero el Principio o Alma no puede ser comprimida en una de sus ideas, en aquello que él ha hecho. Si Dios está en un cuerpo, Él es persona, y no Principio, por lo tanto, el hombre no es su semejanza o reflexión. (225) Repetimos, la discordia que proviene de la creencia del Alma en el cuerpo, y de la materia inteligente, prueba de inmediato que esta teoría del ser es una creencia solamente, y un error. El hombre mortal es una imagen y semejanza de Dios, la inmortalidad, muy anti-natural. Al dejar atrás la contemplación del Alma en la materia, ya no apelaremos a los medicamentos,

las leyes de la salud, etc., en busca de salud o felicidad pues obtendremos éstas al desechar la enfermedad, el pecado y la muerte; en la ciencia del ser el Alma abastece todas las necesidades espirituales, y no os da piedras en vez de pan. “El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne,” de ahí el antagonismo natural entre Espíritu y materia. San Pablo llamó al cuerpo del Alma un cuerpo espiritual, y a la carne “un cuerpo natural”; o lo que es más probable, alguien más lo tradujo así; porque lo que él anhelaba era “desechar ese cuerpo,” es decir, destruir esa creencia; debe haberlo considerado un cuerpo muy anti-natural conforme él obtenía vida, esto es Dios, Espíritu; el hombre y la mujer personales tampoco es el “*nosotros*”, ni nuestra habitación local. ¿Quién está a salvo apoyándose en el hombre, o en el cuerpo, o quién encuentra suficiente Vida o Amor en el hombre para hacerlo feliz? Sentimos esta carencia, y la gran necesidad de descansar en algo superior. No hay carencia en Dios, pero no nos valemos del Espíritu, sino de la personalidad o la materia. Los herederos mancomunados con Dios son partícipes de una herencia donde no hay división de bienes; somos Espíritu, pero al no saber esto seguimos vanamente suponiéndonos cuerpo, y no Alma. Dios no es personalidad, y el Alma no está en el cuerpo; lo inmortal no está al interior de lo mortal; ni la Vida en la muerte. Esta creencia ha ocultado la gloriosa Verdad del ser del hombre, y lo ha alejado de su ser original; de ahí la gran necesidad que sentimos de algo mejor, más elevado, y más santo, que el hombre personal. (226) El hombre material depende para su felicidad y su Vida del sentido, en vez del Alma; de la materia, más que del Espíritu, de ahí la insuficiencia que encuentra en sí mismo, o en el hombre personal. Pero al volver la vista del sentido al Alma, y al tomar el Principio de la Vida para demostrar al hombre, obtenemos nuevamente el entendimiento de nuestro ser-Dios, y en vez de repeticiones vanas, como las que usan los paganos, hechas a una Deidad personal lejana para que nos auxilie en ese momento, debemos poner el dedo sobre nuestros labios y recordar que el Espíritu sabe, mientras que el sentido personal no sabe, lo que necesita el hombre. “El Padre de la lluvia, que engendró el rocío, saca las constelaciones a su tiempo y guía a la Osa Mayor con sus hijos” conoce las necesidades de cada una de sus ideas, y controla al hombre y al universo en armonía e inmortalidad. Si tan sólo entendiésemos esta Verdad gloriosa, ello silenciaría al sentido, y dejaría al cuerpo en manos del Alma, donde estaría a salvo. El hombre no tiene Inteligencia con la cual gobernar al hombre, a pesar de lo mucho que diga: “he hecho un pacto con mis ojos” etc. Los puntos de vista personales acerca de la Inteligencia Suprema están tan fanatizados, o son tan estrechos e invertidos, que no alcanzan al Principio ni lo representan, sino apelan a un Dios personal al cual de oídas habíamos oído. El ojo no ha visto al Espíritu, ni el oído ha escuchado su voz. Revertid este orden de las cosas, y en vez de apelar al Dios-hombre, elevaos a la Sabiduría y al Amor que hacen al hombre-Dios, y a la larga alcanzaréis el cristianismo. Al negar el sentido, y al no reconocer Inteligencia en la materia, tenemos la guía del Espíritu que nos conduce por el camino eterno, donde la creencia del ser supremo cambia de la persona al Principio. Después de haber sido despojado de todos sus tesoros materiales, Job dijo: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.” (227) El hombre personal es sólo un átomo en la inmensidad, por lo tanto, la Vida y el Amor impersonales que abarcan todas las cosas no pueden encontrarse en él; debemos buscar fuera del hombre la Vida y el Amor, pues “no está en el hombre que camina dirigir sus pasos”. Al juzgar desde el punto de vista de ser Alma, en vez de sentido personal, progresamos tan espontáneamente como la luz emite luz: pero al revertir este orden de la ciencia y juzgar partiendo de que el hombre comienza en el cuerpo, y buscar ahí

placer y dolor, sí, la Vida y la muerte, el hombre retrocede hora tras hora, hasta que finalmente desaparece en lo que llamamos muerte. La evidencia del sentido personal, o de la Vida en la materia, es completamente revertida en la ciencia, donde aprendemos que no hay un Dios personal ni un hombre personal. Pero aquí me decís: “te has llevado a mi Señor,” y “no sé dónde lo has dejado”, ¿he perdido mi Creador y mi identidad propia? Entonces mirad lejos de vuestro cuerpo, y los encontraréis; desprendeos de la creencia de que vivís en la materia, y creceréis como el pájaro que rompe su cascarón; la personalidad será absorbida en el Amor ilimitado que proyecta al hombre; y la belleza, la inmortalidad, y la bienaventuranza serán la prueba gloriosa de la existencia que reconoceréis. Esto no significa perder al hombre ni robar a Dios, sino os encontraréis a vosotros mismos más bienaventurados como Principio que como persona, como Dios que como hombre, como Alma que como sentido, y a ti y a tu prójimo como uno. Esta ciencia del ser no reduce la dependencia del hombre de Dios, sino la intensifica; tampoco reduce las altas obligaciones del hombre hacia Dios, sino las incrementa de gran manera; no merma en lo más mínimo cualquier posible perfección en Dios, porque adscribe todo a la Vida, el Amor y la Verdad impersonales. (228) El amor personal es poco mejor que el odio personal; ambos conllevan una trampa, pues su fundamento está en el error, esto es, la Inteligencia en la materia, y nos aferramos a ellos sólo porque no nos hemos elevado más; no es que Dios se encuentre en ellos, sino que estamos a tientas en la oscuridad buscándolo dónde no está, sin embargo, no hay lugar donde Su voz no se escuche. ¿Hay algún individuo desechando al “hombre viejo” e instaurando al “hombre nuevo” que no haya sentido la pérdida de los placeres y dolores personales? sí, y de los amigos personales, antes de que encontrara lo que no pertenece a la persona, es decir, la ampliación de su ser en el Amor y la Sabiduría que va más allá del dolor o el placer personal. La pérdida de un amigo os ha dado quizá la explicación de esto. El dolor nos informa pronto que el placer temporal es mortal, y que ambos son error.

Un pecador cree momentáneamente que es más feliz por su actuar equivocado, y otro hombre cree que sufre por hacer lo correcto; lo primero es una creencia de placer personal, y lo segundo de dolor, pero ambas son falsas. Dios no es el autor del sentido personal o la discordia. ¿La existencia os parecería un vacío sin un amigo personal? Entonces llegará el día en que sentiréis esta soledad, y en que este vacío deba ser llenado con el Principio en vez de la persona, y con el Amor que es Dios. Cuando llegue este momento del desarrollo, sufriréis de enemigos personales tan severamente que esto hará que os acerquéis más rápidamente a la ciencia que destruye toda confianza personal y que os da mayores alegrías, así como el dolor es benéfico para retirar una creencia de placer en el sentido. Estos son los pasos de la ciencia mediante la cual la Verdad amputa el error. (229) Nuestra individualidad no se pierde jamás; pero la creencia de Vida, Inteligencia y Sustancia en la persona sí se pierde. El Amor universal es también individual y abarca cada idea desde lo infinitesimal hasta lo infinito. Lo mismo es con la alegría que sale del Espíritu, es ambas individual y colectiva; no podéis estar solos pues Dios y hombre son inseparables, y eternos, y la gran bienaventuranza del entendimiento de vuestra individualidad en el Espíritu y no en la materia, como Alma y no sentido, es para que aprendáis cómo seguir a Jesús en su dicho: “Yo y el Padre somos uno”. Este entendimiento espiritual del hombre no tiende en lo más mínimo a humanizar a Jehová, sino a dirigir al hombre de lo humano a lo divino, de la creencia de Vida en la materia, a la Vida que es verdad; a elevar el entendimiento por encima de la fragilidad, y a traspasar las barreras del sentido para introducirse al ser impersonal infinito. Que el

hombre es un epítome del universo, y es el cuerpo de Dios, me es aparente no sólo desde la lógica de la Verdad, sino también en el fenómeno que algunas veces está ante mis sentidos espirituales, y el cual el célebre naturalista, Agassiz, vio en su microscopio al examinar el huevo de un buitre. Hicimos el descubrimiento a través del sentido espiritual de que el cuerpo del Alma abarca al universo, y que el hombre es la idea completa de la Vida, la Sustancia y la Inteligencia, antes de haber visto la evidencia corroborativa de ello en los descubrimientos del Profesor Agassiz, el cual vio la atmósfera, el sol, la luna y las estrellas, representados en el huevo de un pájaro; y el punto exacto donde se forma la así llamada vida del embrión se asemejaba al sol. La Inteligencia fuera de la materia abarca cada idea del hombre y del universo; esta Inteligencia es Alma, y el hombre toma prestada toda Vida e Inteligencia de ésta, su Principio, así como la tierra toma prestados luz y calor del sol. (230) El agua corresponde en pureza figurativa al Amor a partir del cual la Sabiduría produce la “tierra seca”, esto es, la idea condensada de la creación. “Y Dios separó la luz de las tinieblas.” La Verdad y el error eran distintos en el principio, y jamás se mezclaron.

La idea que refleja la mayor Vida e Inteligencia es el hombre, y corresponde a la luz del medio día; aquella de menor resplandor corresponde al amanecer y al atardecer, los cuales se denominan la mañana y la tarde de nuestro día. Todo cálculo de día solar fue excluido en el registro del primer Génesis; el sol no había sido creado entonces y la Sabiduría no medía el tiempo según la materia; por lo tanto, la mañana y la tarde eran figurativos de las ideas de Dios; apareciendo tenuemente y luego desapareciendo en creencia, pero que pronto serían simbolizadas por la lumbrera mayor, correspondiente al sol solar, o a la idea central que representa al Principio del hombre, y al hombre como su idea. “Y dijo Dios, que haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe las aguas de las aguas.” El firmamento era el entendimiento que separaba las aguas de “arriba” de las de “abajo”, lo espiritual de lo material, las cuales aprendemos que están separadas por siempre; se le dio identidad a la idea que representaba al hombre inmortal; el hombre material, o mortal era creencia. El firmamento, o entendimiento, unió el Principio a su idea. La Vida y la Inteligencia es este Principio; el hombre y el universo, la idea. “E hizo Dios el firmamento.” Esto muestra que la Vida, la Verdad y el Amor produjeron el entendimiento y lo separaron de la creencia, y todo lo que Dios había hecho era “bueno”. (231) También muestra que el entendimiento interpretaba a Dios y era la línea divisoria entre la Verdad y el error; para separar las aguas que estaban bajo el firmamento de aquellas por encima de éste; para mantener a la Vida y a la Inteligencia que hizo todas las cosas, como algo distinto a lo que había hecho, y superior a ello, controlándolo y preservándolo, no a través de las leyes de la materia, sino a través de la ley del Espíritu. En este arreglo, “todo era bueno;” siendo éste el orden de la ciencia. “Y llamó Dios al firmamento Cielo,” esto es, armonía, el resultado mismo del entendimiento. El primer día en el Espíritu es cuando “Conocemos a Aquel que, conocer correctamente, es Vida eterna”, esto es, la Vida, el Amor, y la Verdad, sacando a relucir su idea. El segundo día, es percibir, y el tercero es entender esta idea, o sea, cielo, tierra, y hombre.

“Y dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla” etc.

Déjese que la idea de la Sabiduría creativa refleje su Principio de creación, mostrando que la semilla no produce hierba por un Principio propagador en sí misma; pues no hay

tal ya que la Inteligencia hizo todo lo que fue hecho; la idea era sólo para proyectar la sombra de lo que la Inteligencia había hecho. No sólo es la ciencia la que revela esto, sino las Escrituras lo repiten también, que Dios hizo cada planta del campo antes de que estuviera en la tierra, y cada hierba del campo antes de que naciese. Hablando matemáticamente, diez multiplicado por diez produce cien; pero la ciencia del ser nos da la certeza de que la Inteligencia produce las unidades, y las multiplica. Aquí aprendemos que las creaciones de la Sabiduría no dependen de las leyes de la materia, sino únicamente de la Inteligencia; era el Espíritu que se movía sobre la superficie de lo profundo, y que del caos produjo orden, al universo y al hombre como la idea infinita de Dios. La mente insondable se había expresado a sí misma.

“Produjo, pues, la tierra hierba verde y dio fruto” en obediencia a la Inteligencia y no a la materia; así como una pintura es producida por el artista. (232) Se le dio identidad a la idea de la Sabiduría creativa y del Amor; pero era mente, primero y último. La hierba y el árbol surgieron del pensamiento infinito que los abarcaba, y que los expresó. El artista transfiere un paisaje del Alma, al sentido; pero su única inmortalidad está en la Inteligencia que lo forma. Esta idea de la más alta importancia de la creación constituyó el “tercer día”, y fue el tercer periodo; el número correspondiente a la resurrección; los periodos tercero y séptimo revelan las ideas avanzadas, por las cuales la Inteligencia es vista como la Vida del pasto, la hierba, el árbol, etc., y toda manifestación de Vida es entendida no como Sustancia, sino como idea de la Vida y la Inteligencia creativa, que de ninguna manera depende de la organización o de la materia. Esto es manifiestamente la ciencia del ser que sale relucir en la reaparición de nuestro Maestro en el tercer día, cuando la idea llamada hombre apareció ante sus estudiantes independientemente de las condiciones materiales. Y que es también la figura terminada de la creación en el séptimo día.

“Y dijo Dios: Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años.” De aquí aprendemos que la continuidad de la vegetación y los años o la edad del hombre no dependen de las estaciones medidas según nuestros años solares, o son gobernadas en lo más mínimo por las así llamadas leyes de la materia, pues la luz del entendimiento debía gobernar cada idea de la Inteligencia. No había más que un legislador, cuando las estrellas cantaron juntas por primera vez, y la armonía era el himno de la creación.

“E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas.” (233) El sol es figurativo del Alma, del Principio del hombre, y del universo; de la Vida y la Inteligencia fuera de la materia que gobierna la creación entera. Las estrellas representan los destellos de la Verdad, que aparecen en el atardecer del entendimiento, o en la oscuridad de la creencia. La materia jamás representó a Dios; la geología no puede explicar la tierra, ni ninguna de sus formaciones, pues estas formaciones dependen solamente del Espíritu, que emanó los cielos eternos, la tierra y el hombre. La Inteligencia formó y pobló al universo. Las Escrituras no dan registro de luz solar, hasta después que el tiempo hubiera sido separado en día y noche, y la vegetación fuera formada; mostrándote que la luz era el símbolo del creador que da Vida, y no una fuente de Vida para el reino vegetal.

“Todas ellas no son más que partes de un todo estupendo,
Cuyo cuerpo naturaleza es, y Dios, el Alma.”

El Espíritu es inseparable de su idea, pero nunca está en él; uno no puede existir sin el otro. El Principio sería una no entidad sin su idea, y la idea no podría ser sin su entidad, o Principio. El Alma no existe sin el hombre y el universo, pues nunca está separada de la sombra compuesta reflejada de sí misma; sin embargo, Dios, el Alma de todo, no está dentro del hombre ni dentro de la materia.

“Y dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes”; las ideas de Dios que representan Vida fuera de la materia; “y Dios los bendijo, diciendo: Fructificad y multiplicaos”, etc. Aquí se muestra la diferencia entre la aprobación de la Sabiduría de todas estas cosas creadas por el Espíritu, y el mandamiento de que se multipliquen, y la maldición que cayó sobre la raza de Adán que surgió del polvo, la materia. (234) Hasta aquí la Vida, la Verdad, y el Amor, “habían hecho todo lo que había sido hecho” y lo pronunciaron “bueno”; pero no tenemos ningún registro de que hayan creado el pecado, la enfermedad, o la muerte; todo lo que Dios había creado era bueno. La misma Verdad que hizo armonioso al hombre destruirá a la larga la creencia de Vida en la materia, o al hombre mortal, y revelará que el hombre es la idea eterna de Dios; pero esta Verdad se encuentra con la malignidad del error como retribución al Amor que prodiga sus bendiciones generosamente sobre todos. La malicia persigue al reformador a través de cada avenida de la sociedad; la maldad persecutoria, y el orgullo que rechaza ayuda, ata a la filantropía de pies y manos para acto seguido pedir mayores pruebas de extremidades activas.

“E hizo Dios animales de la tierra según su género, y al ganado según su especie, y vio Dios que era bueno.” La bestia y el reptil hechos por el Amor y la Sabiduría no eran carnívoros ni venenosos; el Amor no creó nunca el odio, ni la Verdad el error. En la ciencia del ser el hombre no es predador de su prójimo, y su prójimo es como él mismo. Una bestia no devorará otra, y el león yacerá con el cordero, y un pequeño niño los guiará. La Sabiduría que manipula serpientes sin ser dañada, y convirtió a la vara en serpiente, mantuvo dominio sobre los reptiles y sobre toda la tierra; este dominio fue ilustrado por Moisés y los profetas, y luego por Jesús y sus discípulos, los mejores ejemplos para elucidar la Verdad del ser. Entendiendo esta ciencia, Daniel estuvo a salvo en medio de los leones hambrientos, sabiendo bien que la Inteligencia que formó al león era superior a éste; por lo tanto, se refugió de la creencia de Vida en la materia a punto de perecer, en la Vida que era Dios, donde yacían la seguridad y el refugio, y así demostró su control “sobre las bestias del campo.” (235) El entendimiento de que la Vida no estaba a merced de la muerte, y que el Espíritu era superior a la materia fue lo que salvó al profeta de los leones hambrientos. Concluir que un animal es superior al hombre, que la materia es poder, y que la Vida es del cuerpo, deja al hombre en la hora de peligro como a un Sansón despojado de sus ojos y su fuerza, un espectáculo de debilidad. Cuando la inmortalidad sea mejor entendida, a ello le seguirá un ejercicio de capacidad desconocido para los mortales; el hombre se volverá cien veces más hombre, cuando se mantenga en la ciencia del ser, comenzando desde la base del Espíritu. En la Verdad hay fortaleza e inmortalidad inagotables.

“Y dijo Dios: *hagamos* al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan *ellos* dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias y sobre toda la tierra.” El “Nosotros” usado en esta cita se refería a la Inteligencia, a la Sabiduría creativa, y expresaba pluralidad; por lo tanto, si Dios es una persona esto llanamente implicaría más de un Dios; pero para obtener la interpretación correcta, o sea el sentido espiritual de esta declaración, hay que admitir que el “Nosotros” al cual se refiere es la Vida, la Verdad y el Amor; esto es, al Principio trino mismo que revela la Vida que es la Verdad, y la Verdad que es la Vida, y ambos son Dios, y Dios, Amor. “Que tengan *ellos* dominio,” significa también pluralidad, pues hombre era el nombre genérico de la humanidad; a diferencia de la creencia de que Dios hizo a un hombre, y el hombre al resto de su especie, la ciencia revela el hecho de que Él lo hizo todo. (236) El fotógrafo transfiere la semejanza de uno o más objetos según el número que esté presente, y admitimos que la semejanza de tres no es uno, ni *viceversa*; por lo tanto, puesto que el hombre es la semejanza de Dios, la expresión llana de “*hagamos* al hombre,” y “tengan *ellos* dominio,” es evidencia conclusiva de que Dios hizo al hombre la idea de la mente infinita, y era el plural, Vida, Amor y Verdad; no una persona plural, sino el Principio que impartió la idea infinita. No podría haber habido una segunda creación luego de que “fue hecho todo lo que había sido hecho,” ni tampoco un hombre fue formado jamás desde que la idea completa de Dios fue dada. “Así Dios creó al hombre a Su propia imagen, varón y hembra los creó.” Aquí aprendemos que hombre era un nombre genérico; también que él reflejaba el Principio de varón y hembra, y era la semejanza del “Nosotros,” el Principio compuesto que hizo al hombre. Varón y hembra no pueden ser uno en la persona, pero son uno en el Principio, y si Dios es una persona, su género sería ambos varón y hembra, siendo estos las semejanzas de Él como nos informan las Escrituras; sin embargo si estas personalidades o sexos se encontraran en una persona, ello se consideraría monstruoso; por lo tanto, varón y hembra siendo la semejanza y representación de Dios, aprendemos que la persona no es la imagen de Él; mucho menos puede Él estar en la persona, ya que es el Principio que abarca lo masculino, lo femenino, y lo neutro, representados por el universo y el hombre. El género es abarcado por el Espíritu, de otra manera Dios no podría haber proyectado a partir de Sí Mismo la idea de varón y hembra; esta idea proviene del Alma y no del cuerpo, del Principio, no de la persona. Lo cual nuevamente nos suministra la prueba de que un huevo no es el origen del hombre, de que la semilla jamás produjo una planta, etc. La Inteligencia “hizo todo lo que fue hecho” y a cada planta antes de que estuviera en el suelo; cada mineral, vegetal, animal, era una idea del pensamiento eterno. (237) La mente suprema y universal abarcaba cada forma del universo y la emanó, como Espíritu y no materia, y no quedó nada que crear para el hombre o la materia después de que el Espíritu había creado todo. Esto es ciencia, y subyace a la armonía de Dios y hombre. Las Escrituras declaran que “Dios es Amor;” que “Dios es Espíritu, Vida, y Verdad;” ahora éstos no son personas; también hay muchas personas, pero no hay más que un solo Dios; por lo tanto, la Deidad no es persona, sino Principio. Al juzgar por la regla de Pablo, de aprender de lo invisible “por las cosas que Él hizo”, las ideas que expresan a Dios, se vuelve imposible que sea una persona la que produzca lo femenino, lo masculino, y lo neutro. La expresión del género de Dios es Principio, y no persona; el universo entero y el hombre representan a Dios como Principio, y no como persona; es el “Nosotros” infinito que abarcaba cada idea del universo, proyectando cada una de ellas a partir de sí mismo; el resultado inevitable de la Inteligencia que dijo: “Sea hecha la luz”, esto es, sea expresado el Infinito.

“En el principio era la palabra, y la palabra estaba con Dios, y la palabra era Dios; todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho.” “En él estaba la Vida,” etc., y luego concluir de cara a esta lógica infinita que un huevo es el punto inicial de la Vida, que la semilla produce germinación, etc., es olvidar que esto es mítico, y que una creencia usurpó la prerrogativa del entendimiento al iniciar a un Adán del polvo, llamándose a sí misma Vida en la materia, y resultando en mortalidad, lo opuesto mismo a la Verdad.

Después de que “todo lo hecho fue hecho” nada pudo agregarse a la expresión infinita de la Inteligencia infinita, y la persona no es la imagen y semejanza de la Inteligencia, o la materia del Espíritu; (238) por lo tanto éstos no representan al plural “Nosotros” en un solo Principio, ni tampoco al hombre genérico, o al varón y hembra, creados por el Principio.

No tenemos tanta autoridad en la ciencia para llamar a Dios masculino como la tendríamos para llamarlo femenino, ya que siendo éste lo último, es por lo tanto la idea más elevada que se nos imparte de Él. La creencia de que la forma del hombre es el cuerpo del Ser supremo, o de que Él está en un cuerpo, es el error de la supuesta Vida e Inteligencia en la materia que produjo el fruto de la enfermedad, el pecado, y la muerte; es también el “árbol del conocimiento” mismo que revierte la ciencia del Ser al suponer al Alma en el cuerpo, al Espíritu en la materia, y que sustituye sentido personal por Alma, y que tiene dominio sobre el hombre, en vez de que el hombre tenga dominio sobre la materia. Esta creencia abarca todo lo que es finito, pecador, y mortal; pero recordad que es Adán, el error que surgió del polvo, de la nada, y que por edicto de la Sabiduría regresará al polvo. El hombre se originó en Dios; es el producto del Espíritu; por lo tanto, es idea, y no Sustancia, es el cuerpo mismo del Alma; su Inteligencia es Espíritu, no cerebro; es mente que no está en la materia, Dios que no está en la persona. El Amor es espiritual, prodiga alegría y es eterno, es la certeza perpetua de que “Dios es Amor.” Las atracciones personales que se originan en el cuerpo están fraguadas con cambio y muerte, son impuras, transitorias, y mortales. La maldición a Adán, el pecado original o error, o, en otras palabras, a esta creencia de Vida e Inteligencia en la materia, no fue sin causa. El Espíritu que se origina en la materia, y la Inteligencia que se le inserta después, el Alma que se comprime en un cuerpo, la materia inteligente, y el cuerpo llamado hombre donde el sentido personal prevalece sobre el Alma, es un mito. Dios fue y es; y el hombre fue y es Su sombra reflejada. (239) En el Génesis, se perdió de vista el registro espiritual del universo y del hombre al haber sido tan materializado por escribas sin inspiración; las creaciones del Espíritu son espirituales pues no pueden ser materiales; son ideas del Principio proyectadas desde el Alma, en vez del sentido, y su Sustancia es su Principio. La novia del Espíritu es la idea del Amor, es el cordero revelado a Juan en la visión espiritual, no una mera creencia o lazos personales; esta idea provino de la Nueva Jerusalén, la exaltación del Espíritu sobre la materia; era lo no egoísta, lo puro e inmortal. “Adoramos no sabemos qué” cuando “adoramos en templos hechos con las manos”, nuestros cuerpos mismos, desde el punto de vista de la materia en vez del Espíritu. “Dios es Amor”, y el hombre es la idea que es la imagen y semejanza de Él. Las ideas del Amor son espirituales; su varón y hembra son ideas del Alma y no del sentido, y son expresadas tanto por la flor como por el hombre y la mujer, estos son los que Dios unió en uno, y los que la creencia mortal no puede separar. “Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y

sojuzgadla y señoread sobre todas las bestias que se mueven sobre la tierra.” Todas las bendiciones y el poder vinieron con las creaciones del Espíritu, y como tales éstas debían multiplicarse y llenar la tierra sobre esta base del ser, y sojuzgarla, haciendo que la materia se subordinara al Espíritu, y que todo fuera armonioso e inmortal; a diferencia de las generaciones de Adán, o la creencia de que la materia sojuzga al Espíritu. En esta ciencia del ser, el hombre “tenía dominio sobre la tierra, y sobre todas las bestias que se mueven sobre la tierra”; no reconocía ninguna Vida o poder fuera del Espíritu, el Principio gobernante del universo y del hombre; y esta Verdad de todo ser, es decir, que la Inteligencia es la única Vida y Principio de todo, saca a la luz la armonía y la inmortalidad del hombre. (240) El error afirma que la Vida está en la materia, por lo tanto, que el creador es una vitalidad propagante en lo vegetal y lo animal; y este error era el pecado original, pues es una creencia de Dios en la materia, o de materia sin Dios. Este era el Adán, tan completamente depravado que pretendía ser la Vida, la Inteligencia y la Verdad que sólo Dios es. Pensar en poner la Inteligencia y la Vida en la materia revirtió el orden de la ciencia, dándole a la materia dominio sobre el hombre. La Inteligencia multiplica las ideas de Dios sólo al destruir la creencia en la materia vitalizada, pues uno es ciencia y lo otro sentido; uno la Verdad del ser, lo otro su error; la Inteligencia creativa jamás fue transferida del Alma al sentido, o de Dios al hombre.

Aprendemos de la ciencia del ser que el Espíritu, independiente de las así llamadas leyes de la materia, proyecta sus ideas en cada formación que es real o inmortal. No hay una ley material que cree y gobierne al hombre, o que el hombre deba obedecer; la obediencia a la ley espiritual es lo único que Dios requiere, y esta ley abroga la materia, y hace del cuerpo idea, y como tal, armonioso e inmortal.

“Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os servirán para comer” (el fruto bueno no era Sustancia, sino la idea de Dios,) “os servirán para comer.” Entender que la Vida es Espíritu, es esta idea, y no consistía en las cosas que el hombre comía; es la Verdad del hombre lo que hace al hombre inmortal. Pero la creencia deficiente de que la Vida se sostiene por el pan o la carne, hace de la materia su amo, y hace al hombre mortal, no importa cuánto pueda comer. La Verdad es la inmortalidad del hombre, y el error es la única mortalidad que hay; la inmortalidad es Alma, y no sentido; la materia no puede dar o quitar Vida. (241) Las Escrituras dicen: “El hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios,” y éste no es un pan material, sino el que proviene del cielo, la armonía, impartiendo inmortalidad a su idea. Sabemos que la creencia de la Vida en la materia se sostiene por comer, beber, etc., porque revierte el orden de la creación, y predica Vida en la materia en vez de Espíritu.

“Y toda planta que da semilla, y todo árbol en que hay fruto, le fue dado al hombre.” La idea de Dios (y esto era el hombre) era superior a la tierra, porque era la idea suprema, la idea que abarcaba al universo entero en sí misma, y a la cual todas las demás ideas estaban subordinadas. En esta ciencia del ser, la planta da semilla y el árbol da fruto, no por su raíz, semilla o flor, sino porque su Principio sostiene estas ideas, no como Sustancia, sino como idea, pues la Inteligencia conservó dominio sobre la materia. La reproducción no es el resultado de la semilla o del suelo, sino del Principio del hombre y del universo que produce a través de la Inteligencia. “Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay Vida,

toda planta verde les será para comer.” A toda creencia de Vida en la materia se le asignaba la hierba verde simbolizando lo inmaduro y lo imperfecto, pues esta creencia era error y debía extraer su nutrición del “árbol del conocimiento,” del cual, si un hombre comiese, moriría.

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.” Nótese la diferencia entre las cosas producidas por el Espíritu, y aquellas que se supone son productos materiales. (242) Adán era pecador y mortal; en otras palabras, era error, y este error era la creencia de que la Vida y la Inteligencia están en la materia. El primer producto de esta creencia fue Caín, un asesino, y la tierra produjo espinas y abrojos de acuerdo con el error, Adán; y el hombre debe vivir del pan, y ganarlo con el sudor de su frente. La creencia de Vida en la materia no trajo consigo más que discordia; por lo tanto, esta creencia era error, y el error, ilusión; la ciencia dice que el hombre no tiene ni nacimiento, ni crecimiento, ni decadencia, ni muerte; el hombre es idea y no Sustancia, y es espiritual, no material. “Dios vio todo lo que había hecho,” ya que la Inteligencia lo entiende todo, de ahí la armonía e inmortalidad de sus ideas y del hombre, como idea, y no como Sustancia, gobernadas por la mente y no por la materia; la mente que comprende y sostiene al hombre, no como materia, sino como idea. El Alma entiende esta ciencia del ser, el sentido no. Entre menos sentido haya y más se saque a relucir el Alma, el hombre aparecerá como la idea gloriosa de la inmortalidad. Sólo el Alma comprende la inmortalidad; el sentido personal dice: cuando el ojo lo pierde de vista para siempre, el hombre ha muerto.

“Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos.” Aquí las Escrituras repiten nuevamente la ciencia de la creación, es decir, que todo estaba completo y terminado, y que por lo tanto nada ha sido hecho desde entonces; que la Inteligencia lo abarcaba todo desde siempre, y que todo es perfecto, infinito y eterno. Esta certeza se auto-sostiene, pero entenderla es lograr nuestra armonía e inmortalidad; ninguna especulación geológica puede cambiar o alterar el hecho de que la Inteligencia, el Alma del hombre, abarca al universo y al hombre en idea, y los mantiene así por siempre. Como sustancia material, todo se pierde, pero como Principio e idea, todo es eterno. Jamás se formó del polvo un mineral, un vegetal o un animal; el Espíritu solo forma todas las cosas. (243) El nacimiento, la decadencia y la muerte son un sentido personal de las cosas, no su idea; el hombre y el universo están completos y eternos en la Inteligencia y nada puede existir fuera de eso.

“Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo.” Esto corrobora la declaración en la ciencia de que la Verdad, la Vida y el Amor habían plenamente sacado a relucir la idea infinita y eterna llamada el universo y el hombre; también, que el error, lo opuesto a la Verdad, estaba a punto de reivindicar una obra independiente de Dios, en la cual la materia en vez del Espíritu habría de ser el creador. La Verdad, y la ciencia del ser ya habían sido registradas, pero el error produciría ahora una declaración inversa del hombre y el universo, o sea, que la Vida, la Inteligencia y la Sustancia pertenecen a la materia, que el Alma está en el cuerpo, que Dios es una persona, que el hombre es una segunda Inteligencia, y el mal una tercera. Este error era creencia, y la creencia no era mente, sino una suposición de mente, no de Alma, sino de lo que se llama sentido personal, no Espíritu, sino materia inteligente, todo lo cual es un mito. “Estas son las generaciones de los cielos y de la tierra cuando fueron creados,” en otras palabras,

cuando el Espíritu era el creador. Las generaciones significaban las múltiples ideas de la Inteligencia, y la Vida.

“Hizo Dios toda planta del campo antes de que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra.” Aquí nuevamente está la declaración irrefutable de que la Inteligencia es el único creador; (244) también, que ésta produce la vegetación, no a través del proceso de cultivación o en obediencia a lo que se han llamado las leyes de la naturaleza, sino en obediencia al Espíritu; Dios hizo la planta antes de que naciese; se reconoce aquí que no hubo participación alguna de la materia, y que el hombre era la idea del Espíritu, y esta idea no labraba la tierra para alimentarse; la Vida de la idea era su Principio; por lo tanto el hombre no podía morir de inanición o de dispepsia. El tiempo viene en que todos debemos aprender esta ciencia del ser para obtener su armonía e inmortalidad, así como ahora ya aprendimos que la creencia opuesta de Vida e Inteligencia en la materia produce mortalidad, siendo ésta una creencia de pecado, enfermedad y muerte.

El registro de la creación en el Génesis repite tres veces, “En el día en que Jehová Dios los hizo,” indicando que vendría un tiempo en que otra creación se reivindicaría a sí misma como la autora del hombre. Esa creación fue la historia de Adán y su descendencia, o la vida mitológica en la materia. Luego que Dios creara al hombre, “no había hombre para labrar la tierra,” porque no había necesidad de ello; la tierra producía espontáneamente, y el hombre no vivía por la materia, y la tierra era bendita por su causa, tan diferente a la maldición que vino con Adán, el error. El Espíritu era productor de armonía solamente, y la Vida se auto-sostenía; por lo tanto, el hombre no viviría por alimentarse mucho o poco, no dando así oportunidad a la glotonería o la pobreza de estropear la obra de la Sabiduría. El hombre no necesitaba labrar la tierra para que la materia pudiese producirse a sí misma, ni tampoco para asumir la prerrogativa del creador. El Espíritu era la Vida y el creador de todo, y su obra estaba completa, y más allá del poder de la materia de destruirla; todas las cosas fueron hechas cuando fueron comprendidas por la Inteligencia. El Alma tenía todo en su propia posesión, y no había sentido personal para hacer el trabajo de la Sabiduría. (245) La Vida no estaba en la materia, y no había ninguna existencia excepto para el Espíritu. Nada es nuevo para la Inteligencia; el entendimiento infinito no está creando al universo o al hombre de nuevo; estas ideas fueron desde siempre, sin principio ni fin. La materia no tiene la capacidad, ni el derecho, ni el poder de crear o destruir; todo está en manos del Espíritu, que hasta aquí había producido independientemente antes de que la creencia pretendiera, por medio de la ley material, crear y gobernar lo mineral, lo vegetal y lo animal. La Inteligencia hizo todo lo que había sido hecho, y no estaba en las cosas que había hecho. El Espíritu nunca entró al interior de la materia para producir un mundo; el cielo, la tierra y los mares, y todas las cosas que ahí estaban provinieron del pensamiento eterno, y la mente no produce más materia que lo que la materia puede producir mente. Esto es ciencia: que Dios gobierna al universo y al hombre. Que la materia se propague a sí misma por medio de la semilla y la germinación es error, una creencia solamente, y no la Verdad del ser, y la creencia tiene su castigo pues al admitir que lo mineral, lo vegetal y lo animal son cosas del sentido y no del Alma, y dependientes de la materia para su efímera existencia, los vuelve mortales. No así con el universo y el hombre nacidos del Espíritu; éstos son armoniosos y eternos.

“Sino que subía de la tierra un vapor que regaba toda la faz del suelo.”

La Verdad creaba por medio del entendimiento, diciendo: “Sea hecha la luz,” pero el error vino a través de la oscuridad o creencia, el vapor figurativo de la tierra, aquello que partió de una base material; Adán era la creencia de Vida en la materia que surgió del polvo, que dice que el hombre depende de la estructura material, y la vegetación de la lluvia y del rocío. “Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente.” (246) Esta declaración de una segunda creación contradice la primera, en la cual el Espíritu dijo: “Hagamos ‘Nosotros’ al hombre.” El primer registro era ciencia; el segundo era metafórico y mítico, justamente las supuestas declaraciones de la materia; las Escrituras, no habiendo sido entendidas por sus traductores, fueron malinterpretadas. Después de que Dios había declarado que “todo había sido hecho,” y que la creación era “buena”, la Sabiduría nunca se arrepintió, o repitió lo que ya había sido hecho; no hubo una segunda creación, ni un nuevo plan. Si el registro hubiese dividido la primera declaración de la creación, de la segunda creación fabulosa, por haber aclarado que tras la creación de la Verdad ahora designaría a la creencia opuesta del error concerniente al origen del universo y el hombre, se habría separado el trigo de la cizaña, y hubiésemos alcanzado antes el significado espiritual de la Biblia. Se nos asegura repetitivamente en el segundo capítulo del Génesis que Dios había terminado Su trabajo antes de que Adán fuese creado; que varón y hembra, junto con todos los habitantes del cielo y de la tierra, ya habían sido hechos; tenemos por lo tanto la autoridad de las Escrituras para negar una segunda creación, o cualquier formación por medio de la materia. La creación armoniosa fue terminada, y todo lo que había creado Dios era “bueno”. La Vida, la Verdad y el Amor jamás hicieron un hombre discordante.

“Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.” Admitiendo que Él hubiera creado a Adán, a Caín, o a cualquier otro tipo de error mortal, Él sería el autor del mal tanto como del bien; pero esto contradice al profeta Jeremías, que dijo: “De la boca del Santísimo no proceden el bien y el mal”, y ¿qué fue lo que quiso decir el evangelista cuando dijo: “Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho”; “En Él, estaba la Vida”; etc.? (247) Sencillamente esto, que la Vida jamás creó la muerte, ni la Verdad el error; es el error únicamente lo que produce error. La creencia de Vida en la materia llamada Adán, trajo enfermedad, pecado y muerte al mundo, y Dios denunció este error, o Adán, y dijo que era mortal; “Pues polvo eres y en polvo te convertirás.” Esto no se dijo del Alma, ni del hombre creado por Dios; la Vida que es Dios jamás entró en el pecado y la muerte. El Espíritu no era una parte componente de Adán, o del hombre mortal. La historia de Adán es alegórica de principio a fin, es una descripción del error y de sus resultados, lo opuesto a la Verdad del ser, y contradice el orden divino; hace de la Inteligencia, la Vida y la Sustancia, materia en vez de Espíritu al decir: “Creed en mí y os haré como *dioses*,” más de un solo Dios fue su punto de partida. La Verdad imparte la idea inmortal u hombre a partir del Espíritu, pero el error, la creencia mortal, a partir de la materia. La imagen y semejanza misma de Dios era el hombre inmortal, y no hay ningún otro, o se ha creado siquiera a otro desde entonces. A través de una creencia de dolor y aflicción, el error pretendió crear al hombre, pero la Verdad emitió su idea de Dios en la alegría, la bienaventuranza, y el dominio. El proceso de crear del error coloca la base de la Inteligencia en la materia, o coloca a la Inteligencia en la materia;

cualquiera de los cuales es imposible pues haría de la Inteligencia ambos, Dios y diablo; bien y mal; esta creencia se prueba a sí misma ser un error al producir enfermedad, pecado y muerte, de aquí la frase de la Sabiduría: “Morirás.” La ciencia del ser jamás produjo enfermedad, pecado, o muerte, sino los destruye (248) El símbolo del error era el “árbol del conocimiento” el cual Dios, la Verdad del ser, prohibió al hombre; este árbol simbolizaba la creencia de Vida e Inteligencia en la materia, de la cual la Verdad dijo: no comerás; porque el día que de él comieres ciertamente morirás; pero el error replicó: la Verdad se equivoca, si adquirís conocimiento, “ serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal”, esto es, los hombres serán inteligencias, ¡Dioses! Y a estos Dioses, materia, se les llama hombres, para distinguirlos de otro Dios personal. ¿No es esto Idolatría, y caminar por encima de la ley espiritual: “No tendrás otros Dioses delante de mí”? El Espíritu en la materia y el Alma en el sentido “hacen muchos Dioses y muchos señores”; la teología, la materia médica, el mesmerismo, y todas las demás ‘ologías’ e ‘ismos’ bajo el sol, se originaron en este mismo error. La Inteligencia y la Vida es Dios, omnipotente y eterno, y Dios jamás está en la materia, sino produciendo al hombre espiritual, armonioso e inmortal. No hay más que un solo Dios, una Vida e Inteligencia, un Principio del ser, y esto sana a los enfermos, da vista a los ciegos, destruye el error en vez de crearlo, predica el evangelio a los pobres, y es explicado mesurablemente en esta ciencia del ser; los seguidores de Cristo, la Verdad, no eran los rabinos, pues vino a los suyos, pero no lo recibieron. El conocimiento nunca capacitó al hombre para juzgar entre el bien y el mal, por lo tanto era una falsedad desde el principio, como dijo Jesús: “Fuiste un mentiroso desde el principio, y la Verdad, la Vida no moraban en ti,” pues la Verdad jamás estuvo en la materia, y el hombre mortal es materia, y el conocimiento fue su progenitor; el hombre mortal es una creencia de Vida y muerte, dolor y placer, enfermedad y salud, bien y mal, mezclados en una masa llamada materia inteligente o sentido personal. Adán personificó este error, y Adán simplemente ilustró una creencia, cuya vacuidad nos hemos esforzado por explicar, así como la realidad que falsamente pretendería hacer de la imposibilidad de Vida e Inteligencia en la materia. (249) Este error, o creencia, se esconde ante la voz de la Verdad que cuestiona al hombre: “¿Dónde estás”; o qué eres, Alma o sentido personal? ¿“Eres Espíritu o materia?” y la creencia replicó: “Oí tu voz y tuve miedo”. El temor fue la primera manifestación de la creencia de Vida en la materia, pues “huye el impío sin que nadie lo persiga”; el temor fundó la enfermedad y la muerte. El error estaba desnudo, pero no podía esconderse del ojo de la Sabiduría; y la Verdad le replicó: “¿Quién te enseñó que estabas desnudo?” y el error recurrió a la personalidad diciendo: “Ella me dio el fruto del conocimiento,” (una obra médica quizá.) La mujer que fue tomada de mi costilla (como si el hombre fuese menos el origen de su falta porque ella no estuviese nuevamente de regreso bajo esa costilla); me dijo que yo estaba en mi cuerpo, y que la Vida y la sensación están en la materia. Pero cuando la Verdad cuestionó a la mujer en relación al “conocimiento” que promulgaba que la materia es inteligente, y que el sentido personal es hombre, ella replicó: “La serpiente me engañó, y comí.” La mujer fue la primera en ver cómo salir de esta dificultad al atribuir este conocimiento a una serpiente; así como es ella la primera en deponer la creencia de que la Vida se origina materialmente. Una serpiente colgaba del “árbol del conocimiento,” metafóricamente para mostrar su sutileza, y el Maestro ordenó a sus estudiantes ser sabios como las serpientes, esto es, que nunca permitieran que la creencia de Vida y sensación en la materia acallase la ciencia del ser. La mujer era una idea de Dios más elevada que el hombre, ya que ella fue lo último en la escala del ser; pero puesto que

nuestras creencias revierten toda posición de la Verdad, denominamos al ser supremo masculino, en vez de femenino. (250) La mujer fue la primera en percibir que la razón había sido engañada por el conocimiento. El cuestionamiento que la Verdad hizo a Adán, es decir, “¿Está la Vida y la Inteligencia en la materia”? censuraba y exhibía esta supuesta conciencia material.

“Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente”; ¡colocó la Verdad en el error!; ¡la Inteligencia en la materia! ¡Hizo que el cuerpo mortal abarcara al Principio del ser que abarca al hombre! ¿Entró el infinito en la materia a través de la nariz del hombre? ¿Entró Dios, la Verdad y la Vida, al cuerpo enfermo, pecador y mortal? En ese caso la Deidad sería hombre, o el hombre Deidad, y la ¡Vida mortal! Esta creencia absurda es ateísmo. “Cuando Dios, que es nuestra Vida, aparezca, seremos semejantes a Él” El hombre será perfecto, libre de pecado, y eterno cuando el Espíritu impregne al hombre. El Principio jamás entró en su idea, ni el Espíritu en la materia. No tenemos registro en el Génesis de que Dios haya dado a Adán, el error, dominio sobre la tierra, y, sin embargo, para la creencia, el error mantiene este dominio. Adán era un producto de la creencia, y Eva de Adán, y ambos eran creencias de Vida en la materia; decimos creencias porque no son la Verdad del ser. El Principio, y no la persona, el Espíritu y no la materia, la Verdad y no el error, Dios y no el hombre, hizo a varón y hembra.

“Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.” Nadie puede dudar que esta historia sea alegórica, y que señale los resultados de una creencia de Dios en el hombre, o de la Inteligencia en la materia; no podemos aceptarla en un sentido literal sin impugnar al Amor que hizo al hombre, y que le dio la tierra por posesión, y la bendijo por su causa. (251) Una aceptación literal de esta cita implica malicia, pues niega al hombre la oportunidad de reformarse, de ser mejor; pero éste no es nuestro Dios, y es tan opuesto al Amor y a la Sabiduría, que debemos aceptarlo solamente como las opiniones paganas de aquellos que transcribieron la palabra inspirada. La verdadera interpretación de esta escritura es su sentido espiritual. Al partir de la persona en vez del Principio para explicar a Dios, lo expresamos a la manera del hombre, con la naturaleza del sentido personal, y sobre la base del error en vez de la Verdad, extrayendo todas nuestras conclusiones desde una base material en vez del punto de vista espiritual, de ahí la discordia, teórica y práctica que le sigue a la creencia de la materia inteligente. “He aquí el hombre es como uno de nosotros.” Es el error, y no la Verdad del ser quién dice esto; el hombre no es Dios, por lo tanto, no se volvió como uno de “Nosotros.” La Inteligencia no está en la materia, por lo tanto, no es sentido personal; el Espíritu en la materia pretendería hacer a Dios hombre mortal, y a la Inteligencia y a la Vida, persona en vez de Principio, y cuerpo en vez de Alma. Para que este error no fuese considerado Verdad, o como uno de “Nosotros,” y no reivindicase la prerrogativa de Inteligencia, dijo Dios: todo aquello que produzca enfermedad, pecado, y muerte, “labrase el suelo;” esto es, fuese entendido como procedente de una base material, y no espiritual, y es por lo tanto un error que regresa al polvo, a su nada original. Dejad que las cosas materiales sean entendidas para siempre como separadas de las espirituales; no penséis que podéis mezclar materia y Espíritu, pues esto no es la ciencia del ser, y resultará en discordia y muerte. La creencia

de que del sudor de la frente se puedan derivar la Vida y la felicidad comenzó con Adán, el error; era una creencia que provenía del “árbol del conocimiento,” tan distinta a la armonía e inmortalidad del hombre creado por el Espíritu. (252) El mejor entendimiento de la Vida es no acumular para vosotros tesoros en la tierra. Todo aquello que procede del Espíritu, es armonioso e inmortal, de ahí deriva todo lo que es de Dios; pero aquello que proviene de la materia, es mortal, depende del sentido en vez del Alma. El hombre material, y un mundo de materia, revierten el orden de la ciencia del ser, y son completamente falsos; no hay nada correcto acerca de ellos; su punto de partida es el error, la ilusión, por lo tanto, el pecado y el sentido se encuentran como en casa en este mundo, y el error mortal avanza arrogante con osadía y pie firme hasta que la mano paciente de la ciencia lo derribe. La Verdad no tiene literalmente ningún peldaño en una tierra semejante, y con puntos de vista semejantes, pues no conceden lugar, ni privilegio a Dios. El error ‘labra’ todo el suelo aquí, trabajando desde una plataforma material, por lo tanto, la Sabiduría dijo: que Adán, el error, eso que no es la imagen y semejanza de Dios, ni la mente inmortal que refleja Inteligencia armoniosa, sino que es una creencia de Vida e Inteligencia en la materia, sea separado de lo inmortal, esto es, la idea de la Verdad, pues esto es la ciencia del ser: que el Espíritu y la materia, lo cual es Verdad y error, jamás se mezclan. En lugar de la Vida, la Verdad, etc., que hacen al hombre armonioso e inmortal, la creencia o error, llamado Adán, depende de la personalidad y del perdón, como un niño vanidoso que demanda ser bendecido cuando debe ser castigado, porque no conoce los términos bajo los cuales se adquieren las bendiciones, sino que en su ceguera espera de la materia y de la personalidad el bien que proviene del Espíritu y la Verdad. Si Dios hubiese hecho a Adán y al pecado, debieron haber sido “buenos,” pues “todo era bueno, lo que Él hizo.” (253) Los traductores de ese registro lo escribieron en el error del ser, a saber, la creencia de Vida e Inteligencia en la materia, de ahí sus interpretaciones falsas; hablaron del error partiendo del error, e intentaron definir desde el punto de vista de la materia, al Espíritu, lo cual explica las contradicciones en ese viejo registro glorioso de la creación. La ciencia en ningún caso tiene una base material; la materia y la personalidad no son hombre, tampoco Dios, Inteligencia. Creencia es todo aquello que pretende que el Espíritu está en la materia, y que pretende hacer personalidades del error y la Verdad, denominando a una, hombre mortal; y a la otra, Dios. Que Dios sea una persona, o Inteligencia en la materia, y que el hombre sea otra Inteligencia del mal, es el “conocimiento, prohibido por la Sabiduría;” no el árbol de la Vida. La Verdad no tenía más que una réplica para todo este error: “Ciertamente morirás;” por lo tanto la mortalidad está presente en cada fase de esta supuesta Vida en la materia, ya sea mineral, vegetal, o animal. Todo aquello que germina según el modo de la materia, encontrará el destino del error, es decir, enfermedad, pecado y muerte, hasta que todo vestigio de esta creencia se auto-destruya, y el hombre sea entendido sombra, y no Sustancia, cuya única Vida o Inteligencia es Dios.

“Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de la que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso querubines al oriente del huerto de Edén, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la Vida.” Aquí hay una separación clara y bien definida entre Adán, el error, y la armonía y la Verdad, donde el Alma y el sentido, la persona y el Principio, el Espíritu y la materia, están por siempre separados. La figura usada en el Nuevo Testamento de los reyes magos que vienen del Oriente, fue empleada aquí también, y prefiguraba el sol

que simbolizaba el Alma, el Principio mismo del hombre, por lo tanto, la Sabiduría del hombre. La espada de la Verdad es representada con doble filo, revolviéndose para todos lados para proteger del error, o la creencia de Vida en la materia. (254) También, el “árbol de la Vida,” simbolizaba la Verdad del ser, y el “árbol del conocimiento,” al error o al hombre personal. La Verdad también resguardaba el Edén, la armonía, y la ciencia del ser señalaba el camino de la felicidad y la Vida. Sólo el error era enfermedad, pecado y muerte, porque era una creencia de que la materia es inteligente, y el mal una persona llamada Satán, trabajando en y contra el hombre. El “árbol de la Vida” era resguardado del roce de la mortalidad, porque simbolizaba la Verdad del hombre, y entre esta Verdad y el error opuesto, estaba colocada la espada metafórica o flameante advirtiendo que los mantendría separados por siempre; mostrando que la Verdad y el error, o el Espíritu y la materia jamás se mezclan. El gran punto en la ciencia del ser es aprender que el Espíritu y la materia no se unen jamás, o moran juntos; sino son el trigo y la cizaña que crecen lado a lado, hasta la cosecha, cuando la materia es destruida, y se aprende que Dios es nuestro único ser real.

La infancia de esta ciencia balbucea a una era inconsciente la gran Verdad del ser; y al percibir una idea, y no su correlativa, muchos llamarán ciencia a lo que es tan sólo una porción de ella; y repito, es difícil en este mundo malo hacerlo tan bien como podríamos. Si las matemáticas presentan mil ejemplos diferentes, y uno de ellos prueba la regla de todos los demás, ¿no están todos igualmente autenticados? Una vez que se ha comprobado una sola declaración de esta ciencia, esto decide el asunto para todas las demás; todas dependen de una, y *viceversa*, una no puede ser refutada sin desvincular la cadena general a través de la cual se alcanza el Principio, de aquí el mandamiento de no agregar o quitar ni una palabra de aquello que es inspirado, y demostrable, pero que el sentido personal no puede explicar. (255)

“Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo ‘por voluntad de Jehová he adquirido un varón.’” Este registro implica que una nueva creación comenzó después de que Dios había terminado su trabajo; que la Sabiduría estaba entrando en sociedad con el hombre para producir nuevamente a toda la familia humana; pero lo bello, lo sublime, y la ciencia del registro se pierden de vista aquí, si entramos en este laberinto de inconsistencias, inconscientes de que este registro del error es lo opuesto a la Verdad del ser. Adán era una metáfora que mostraba lo opuesto a la creación de Dios, y los textos originales fueron escritos metafóricamente al inicio pues era el único método para alcanzar la ciencia de las Escrituras, por ello la Verdad de la Biblia debe elevarse a su interpretación espiritual, y luego comparar lo que se dice, y obtener su tenor general, lo cual nos capacita para alcanzar la escala ascendente del ser a través de la demostración; como lo hicieron el apóstol y el profeta.

Las Escrituras parecen ser más oscuras en el Génesis y en Revelación que en otras porciones solamente porque los textos originales no fueron entendidos por aquellos que los transcribieron. Trescientos años después de los discípulos no había un texto escrito del Nuevo Testamento; al principio hubieron de ser retomados oralmente. El registro de la creación que se da en el primer capítulo del Génesis es la ciencia y la Verdad del ser; pero la declaración opuesta en el segundo capítulo, donde el hombre surge del polvo, en lugar de la Deidad, es la declaración del error, es el sentido personal mismo que habla en el pecado, la enfermedad y la muerte, y que pretendería confinar a la Vida a las

condiciones materiales, y limitar a la omnipotencia. En este error y creencia, la hierba no es creada sin semilla o suelo, y el hombre es el producto de un huevo. El primer registro abarca el Principio del hombre armonioso, la Verdad misma del ser; y el segundo el origen de la creencia de Vida en la materia, cuya creencia abarca también enfermedad, pecado y muerte, — todo lo que es mortal. (256) Admitir que Dios hizo al hombre del polvo, y que después insufló Inteligencia en la materia, y éste se convirtió en un Alma viviente es ateísmo puro que sumergiría a la Sabiduría suprema dentro de las cosas que ésta crea; esta declaración de hombre y Dios, los hace a ambos mortales. “En Adán, (el error,) todo muere,” “y en Cristo,” (la Verdad,) “todo se vivificará.” La Verdad del ser echa fuera el error, sana al enfermo y levanta a los muertos; entender que la Vida está exenta de mortalidad, y que no hay sensación, o Inteligencia en el cuerpo, es el ultimátum del ser; es el camino, la Verdad y la Vida, que señala los pasos de la ciencia. La Vida no está en la materia, a menos que la Verdad esté en la materia; la Vida es Dios, como las Escrituras lo declaran, y Dios jamás germinó. Él es el mismo ayer, hoy y siempre; afuera de todo lo que Él crea, y es el creador de todo. Si Dios insuflase Sabiduría en el cuerpo, en la materia, entonces la materia se volvería Espíritu, y lo más fuerte excluiría a lo más débil y la materia sería Dios, el error pretendió esto cuando dijo: “Os haréis como Dioses”; pero la Verdad replicó a esta creencia: “Ciertamente morirás.” La Vida, la Verdad y el Amor jamás formaron su imagen y semejanza del polvo, ni soplaron dentro del polvo (materia), Verdad y Amor. Deberíamos alejarnos naturalmente del error y la creencia, (si tan sólo fuera entendido) de aquello que presupone otro Dios, o del error de que el Ser Supremo entró en el hombre que Él había hecho, o que la materia abarca a Dios. La declaración de que Dios hizo al hombre de materia, y luego se colocó a Sí mismo al interior del sentido personal y del pecado, debería ser entendida como lo opuesto mismo a la Verdad del ser; y si esto se entendiera, el pecado, la enfermedad y la muerte desaparecerían. (257)

El error convierte al hombre en un esclavo de la materia, pero este error provino del “conocimiento,” y era mortal. La Verdad dio inmortalidad al hombre y dominio sobre la materia. El vapor que subía del suelo, causando que éste produjera, era figurativo de la creencia de que la materia germina, y que la Vida del hombre es materia en vez de Espíritu. Esta creencia retira de las manos de la ciencia la explicación del hombre, donde el hombre es el producto del Espíritu, y se la otorga al sentido personal; negando las declaraciones expresas de Dios, según las cuales el hombre fue hecho a imagen y semejanza del Espíritu. La Verdad dijo: no seáis partícipes de este conocimiento, pues es error, y lo denunció como fatal; pero el error replicó en oposición: “el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dioses;” esto es, habrá más de una inteligencia, pues la materia estará impregnada con el Espíritu; el cerebro, los nervios, etc., conocerán el bien y el mal, el dolor y el placer; Vida y muerte se habrán mezclado y se denominará sentido personal.

No podemos eludir ver la gran contradicción que hay entre la creación espiritual del universo y el hombre, y la así llamada creación material de éstos a través de la evolución o propagación Darwiniana. El hombre mortal y material es puramente mítico; este hombre inició ¿de dónde? “del suelo,” esto es, su base era la materia; y la mujer fue producida a partir de este hombre; según la declaración mitológica ella provino de su costilla. Después de esto varón y hembra físicamente se convirtieron en los fundamentos del hombre, produciendo razas, y convirtiendo a un huevo en el autor del ser. Pero esta

evolución o teoría de Darwin es falsa; no hay Vida e Inteligencia en la materia que se transfiera por igual a partir de lo vegetal, mineral y animal, padeciendo en el entretiem po la denuncia de la Sabiduría, tan distinta a las bienaventuranzas y la honra otorgadas sobre el origen del hombre en el Espíritu como el vástago de Dios. El hombre inmortal era sostenido por el Espíritu, el mortal por la materia y el sudor de su frente. (258)

Una creación mantenía la Vida en el Alma, la otra en el sentido; una era “buena” y bendecía, la otra maldecía. Una concepción falsa del hombre impregna la totalidad de la declaración del hombre mortal o material, desde su origen en el polvo, hasta su regreso al mismo; la totalidad de su historia es el origen y el fin del error, y no del hombre.

“Por voluntad de Jehová he adquirido un varón,” fue una falsedad desde el principio; pues este hombre era un sucio asesino, y la Verdad y el Amor jamás crearon odio o pecado; la armonía suprema nunca produjo a Adán y a su proge nie; aquello que no es Dios, o Su idea, no sólo es malo y mortal, sino irreal, sí, ilusión. Una versión equivocada de las Escrituras ha ocultado su Verdad. Se registra que el profeta Isaías dijo: “Dios hace la paz y crea la adversidad”; pero mirad en Jeremías y encontraréis que ahí se contradice esto. También Jesús toma lo opuesto como base de sus demostraciones, mostrando que Dios echa fuera el pecado, la enfermedad, y la muerte, en vez de crearlos.

¿Qué diríamos del músico cuya armonía produjera discordia? La ciencia corrige estos puntos complicados, y le devuelve a Dios las cosas que son de Él. Aprendemos del error por sus resultados. La enfermedad, el pecado y la muerte son los frutos del error; la Verdad imparte armonía e inmortalidad; así lo dispuso la Sabiduría, y el “ciertamente morirás” no fue dicho en vano a aquello que pretende ser Vida, Sustancia e Inteligencia en la materia, Dios en el hombre, y Alma en el cuerpo. (259) Adán, hecho del polvo, no era la imagen o semejanza de Dios, el Espíritu; por lo tanto, haber sido partícipe del “conocimiento” no le hizo perder su primer estado, sino fue resultado de ello. El hombre, cuyo origen es Dios, jamás cayó en el pecado o la muerte; él es por siempre feliz, armonioso e inmortal, heredando este derecho de nacimiento puramente del Espíritu. El así llamado hombre que es pecador, está enfermo y que muere, no es el hombre, sino un sueño de Vida e Inteligencia en la materia; “polvo al polvo,” la nada.

“Salió pues Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, y conoció Caín a su mujer,” etc. Esta segunda creación fabulosa originó primero al hombre del polvo, a la mujer de una costilla, y al resto de la humanidad de un huevo. Hasta ese punto no se había hecho mención de ninguna otra mujer, excepto Eva, la madre de Caín. Eva, en hebreo, significa principio, y la pregunta que naturalmente se sugiere es: ¿de dónde salió la esposa de Caín? Esto sin embargo no es importante en la evolución de la materia mediante la cual se supone que la Inteligencia y el hombre deben desarrollarse, estar sujetos a la propagación, al crecimiento y a la muerte. Esta teoría falsa o error Adánico, fue excluido de la presencia de Dios, la Verdad, para habitar en la tierra de Nod, la tierra de los sueños y la ilusión. El error llamado Adán era el fundamento de esta creación mítica, y la creencia continúa aún, es decir, que el hombre es materia, por lo tanto, la imagen de un Dios mortal. El Espíritu creó todas las cosas. El hombre creado de materia

es mitológico; con polvo, una costilla, y la madre de Caín como su esposa, ¡Ay! ¿Quién podrá decir que un mono no fue nuestro tatarabuelo?

Que no se nos ocurra, en pensamiento o palabra, tocar el registro glorioso de la Biblia para profanarlo, pues solamente ahí podemos lograr el entendimiento de la base inmortal del hombre y escasas nos serían todas las posesiones mundanas si fuésemos desheredados de esta página inspirada (260). No necesitamos más que el entendimiento de las Escrituras para restaurar la armonía del ser y alcanzar su Principio, la casa del Padre, a donde regresa el hijo pródigo, y donde la perfección del hombre aparece. Cristo dijo: “creed que estoy en el Padre, y el Padre en mí, o creed en mí por mis obras,” esto es: entiendan que soy Inteligencia y no materia, y que la Inteligencia es Dios, (no hay Inteligencia mala) o crean en mí por la demostración que esto conlleva, sanando a los enfermos y echando fuera el error. No podemos dudar de la inspiración que abrió para nosotros el sentido espiritual de la Biblia, cuando nos liberó de la enfermedad y de la muerte, dándonos el triunfo sobre el cuerpo. De pie, en el umbral del ser científico, y contemplando desde ahí la falsedad de las cosas terrenales: “El Espíritu y la novia dicen: quienquiera que venga a mí, beba de las aguas de la Vida abundantemente.” Con humildad y fervor nos unimos agradecidamente con la Verdad del ser que excluye a Adán, el error, para siempre de la presencia de Dios, y que dice al cuerpo: no hay sentido personal, no hay Vida, no hay Inteligencia, ni Sustancia en la materia. En la atmósfera o mente del Alma el hombre es entendido como la imagen y semejanza de la bondad y perfección, y no puede perder este estado pues es el único heredero de la abundante afluencia de la Vida, la Verdad y el Amor, que dijeron: “Hagamos al hombre a nuestra propia imagen.” El hombre mortal y material es simplemente una creencia de Vida en la materia; decimos una creencia pues no es la realidad del hombre, y no puede jamás alcanzar la Vida que está fuera de la materia, donde solo ahí está nuestro ser real y armonioso. Al ver y pensar desde un punto de vista material solamente, jamás obtendremos la ciencia del ser. (261) Si nosotros mismos estamos en la oscuridad ¿cómo podemos ver la oscuridad o incluso la luz? La creencia del pecado y la enfermedad, o de la muerte, o de la Vida en la materia, oculta la Vida armoniosa del hombre, aquella que es Alma y no sentido; pero ¿quién creará nuestro mensaje? Aquel a quien “el brazo del Señor es revelado” El sol, que es luz y calor, da poco calor o brillo hasta que las nubes que están delante de él se disipan; asimismo la ciencia del ser puede ser percibida sólo conforme el sentido es acallado, y la Vida es espiritualmente entendida. Cada agonía del hombre mortal lo eleva y le hace avanzar por encima las olas hasta que el error es destruido finalmente, y entonces “el mar ya no existía más.” Este es el nuevo nacimiento, los dolores de parto antes de que el error se auto-destruya y nazca el hombre del Espíritu y no de la materia. En la alegoría del Génesis, dijo el error: “Creed en mí y os haré como Dioses.” Pero la Verdad replicó a esta creencia; “multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces, con dolor darás a luz los hijos, tu deseo será para tu marido y él se enseñoreará de ti.” La primera insinuación de enfermedad, aflicción y tiranía del hombre, llegaron con la creencia de Vida e Inteligencia en la materia. “Dame, hijo mío, tu corazón,” restaura la concordia en todas las relaciones y dependencias del ser. Los enemigos impotentes de nuestro Maestro eran del mundo del sentido; pero él no les temía; aquello que mataba al cuerpo era incapaz de destruir el Alma, la Vida y el Principio del hombre, y no guardaba terrores para él.

Al discurrir sobre el crecimiento de los huevos, el Profesor Agassiz decía: “Es muy posible que muchas de las declaraciones hoy generalmente aceptadas acerca del nacimiento y la generación, serán modificadas con el progreso de la información.” Si este gran naturalista hubiese obtenido, a través de su incansable investigación, la base científica del ser como independiente del crecimiento y la organización, la bendición de esa mente ardiente habría permanecido más tiempo con nosotros; la historia está en gran deuda con su trabajo y su genio en todo lo que se refiere a los hechos relacionados con la creencia de Vida en la materia. (262) Sus descubrimientos sacaron a la luz puntos importantes relacionados con lo que se llama la vida del embrión; la mariposa, la abeja, etc., propagando sus especies sin el elemento masculino; y ello corrobora la ciencia al probar claramente que el origen del universo y el hombre no depende de condiciones materiales. El entendimiento espiritual de la Vida no abarca formaciones sensoriales ni condiciones de la materia. Todo aquello que tiene un principio, tiene un fin; lo que llamamos vida germinante en un huevo, y que se expande de ahí hasta llegar al ser adulto, terminará desapareciendo finalmente, lo cual prueba que nunca fue Vida, y que de hecho no era nada sino una creencia de Vida, y esta creencia es mesmerismo y no hombre. Los animales de organismos inferiores combinan tres métodos de reproducción; se multiplican por huevos, brotes, y auto-división, probando que las condiciones de la Vida se vuelven menos imperativas en los organismos inferiores, o ahí donde hay menos mente y creencia sobre este tema. El Profesor Agassiz dice: “Las generaciones sucesivas no comienzan con el nacimiento de nuevos individuos, sino con la formación del huevo del cual estos individuos proceden; por ello debemos mirar al huevo como el punto de partida de la complicada estructura del hombre.” Sus profundas investigaciones dentro de la estructura material culminaron aquí en una conclusión lógica, y con menos hipótesis y más observación que la que generalmente se asociaba a tales teoremas. Su descubrimiento ayuda a la ciencia del ser; arranca la barba del error en su madriguera, pues probó claramente que el origen del hombre mortal está en la materia y no en el Espíritu; probó que el hombre mortal es el producto de un huevo, en vez de Dios, y que una creencia de vida estructural es la única progenitora de lo que se llama hombre mortal; así como la Verdad es el origen del hombre inmortal y del universo. (263) Pero a qué fin investigar esta así llamada vida que germina, madura y decae; que se encuentra terminando, tal como empezó - una nada sin nombre que comenzó en el polvo, o en un huevo, y que termina en polvo. Esta creencia y error es la fuente de la enfermedad, el pecado y de la muerte, y oculta la armonía real de la Vida. Cuando se aprenda que Dios es nuestra Vida, el hombre será inmortal, libre de pecado, y perfecto, y nunca sino hasta entonces. El Espíritu es sin principio ni fin; pero al admitir las premisas falsas de Vida en la materia, a partir de las cuales extraemos nuestras conclusiones acerca del hombre, podemos inferir la discordia y la confusión consecuentes a este error y creencia con un solo significado: “polvo al polvo.” El error en el pensamiento nos lleva al error en la acción; una constante contemplación del pecado, lo produce, y la siempre presente creencia de la existencia en la materia hace que caiga al polvo el estándar del hombre. Contemplad la Vida como es, ni hombre ni materia, sino Dios, aquello que es Inteligencia, pureza y armonía, y lograréis la felicidad. Si la Vida tiene un punto de comienzo, la inmortalidad es un mito; comenzar en un punto dado significa también que hay un punto final. Si la Vida tiene un comienzo, tiene también un fin, y no hay inmortalidad. La Vida es esférica, sin principio ni fin; la forma del globo terráqueo la tipifica, y el Principio del universo es Vida, Verdad y Amor. La Vida es causa y no efecto, es universal, infinita, omnipotente,

produce todo lo que realmente es, y nunca está al interior de sus productos. ¡Un huevo sería un límite estrecho para Dios! Si la materia no puede producir materia, mucho menos puede producir Espíritu, o el Espíritu impregnar a la materia. Si el Espíritu entrase en la materia, la destruiría, y todo se encontraría ser Espíritu; lo inmortal destruye lo mortal, y la muerte sería devorada por la Vida. (264) Que lo semejante produce lo semejante no sólo es cierto en la homeopatía, sino se sostiene también en la ciencia del ser. La embriología no nos da ejemplos donde una especie produzca otra; que una serpiente germine un pájaro, o un león, o un cordero; esto sería cosechar uvas de espinos, e higos de abrojos. Tal amalgama sería monstruosa, y fuera del orden de las cosas. Un manantial puro no produce aguas impuras, y viceversa. Entonces ¿cómo podría el espíritu germinar materia, lo santo a lo profano, y lo inmortal a lo mortal? La diferencia no es tan grande entre especies opuestas como lo es entre la materia y el Espíritu, tan completamente distintas en sustancia e Inteligencia. Que el Espíritu propague materia, o la materia Espíritu, es moralmente imposible; la ciencia repudia este pensamiento y sólo el sentido personal puede promoverlo, porque es artificial, irreal e imposible. La Inteligencia que germina está germinando a Dios; ¡qué cosa tan absurda! La Inteligencia en la materia haría de la materia la circunferencia de la mente. La Inteligencia produce, o es producida ¿cuál de los dos es? ¿Es primero la materia y luego la mente? ¿Es la materia la progenitora de la mente, o es acaso que la Inteligencia germina la no Inteligencia? Lo semejante produce lo semejante; la Inteligencia es Espíritu que germina idea, y no materia; por lo tanto, la materia no es ni efecto ni causa. Todo es mente; la materia no es sino una creencia y un error. La historia natural nos muestra que cada especie produce su semejanza solamente; el pájaro no es el padre de la bestia; el huevo germina el producto paterno, y la semilla la planta original; los híbridos son violaciones de la naturaleza, y no son el orden común. El hombre armonioso e inmortal es el vástago de la Inteligencia, de aquel entendimiento infalible e infinito que dijo: “Hagamos al hombre,” de aquí la certeza científica de su continuidad. (265) Todo lo que es discordante es mortal, y carece de Principio o entendimiento. La Mente produce mente; la Inteligencia produce la idea de la Inteligencia; y lo mortal y lo material producen las creencias de la creencia. Uno es Verdad, el otro error; uno es real, el otro irreal; lo material produce solamente lo mortal, su base es la creencia y no la Verdad.

El Profesor Agassiz argumenta: “el hombre surge de las razas.” El Sr. Darwin dice que el hombre surge de los grados inferiores del ser, y que debe ser un mono antes de poder ser un hombre. El Sr. Darwin está en lo correcto con respecto al hombre mortal o la materia, pero debería haber hecho una distinción entre éstos y lo inmortal, cuya base es el Espíritu. Lo animal produce animales, y lo que es bueno y puro no se mezcla con el mal o lo impuro; son dos fuentes distintas y dos resultados diametralmente opuestos; lo bueno viene de Dios, del Espíritu fuera de la materia; el mal es una creencia en la materia; por lo tanto, entre menos material sea la creencia, más transparente es la mente para que Dios pueda brillar a través de ella, pues todo lo que es puro es armonioso y eterno; y así podemos ver más de Dios, la Inteligencia fuera de la materia, a través del hombre, pero no como proviniendo del hombre. La materia no puede producir Espíritu, ni *viceversa*. La Verdad no puede producir error, por lo tanto, jamás produjo un hombre mortal, enfermo, o pecador, ni tampoco el error produjo un hombre espiritual, armonioso, o inmortal. El error refleja error, y la Verdad es reflejada solamente por la Verdad. El Espíritu produce sólo la imagen y semejanza de sí mismo, por lo tanto la

idea de Dios es pura e inmaculada; y el hombre mortal y pecador es el producto de la mortalidad y no de Dios, del error y no de la Verdad; de aquí la declaración de las Escrituras acerca del hombre mortal: que surgió del suelo, esto es, de una base material; y nuestra declaración es que él es una creencia solamente, y error; y la del Sr. Darwin es que sus progenitores son bestias; y la del Profesor Agassiz es que el hombre germinó de un huevo. (266) Nuestros puntos de vista serán más aceptados que los otros en el futuro, simplemente porque son más espirituales. El Profesor Agassiz preguntó: ¿Qué podría haber de naturaleza material, transmitido a través de estos cuerpos, llamados huevos, compuestos ellos mismos de los elementos materiales más simples, que haga que todas las peculiaridades ancestrales pertenecientes a cada sexo se mantengan de generación en generación? Aquí vemos como la oscuridad y la duda se deslizan en la gran mente del gran naturalista debido a la base material de su razonamiento; habiendo comenzado de la materia en vez de Dios como la base del hombre inmortal, ¿quién por mucho que busque puede encontrar a Dios?

Un estudiante nos dijo: “Entiendo sus explicaciones de la Verdad, pero no puedo entender el error;” ¿por qué? porque lo hacía algo, y para nosotros era la nada; él dio al error una morada local y un nombre, haciéndolo lo que no es, una entidad y un poder. No hay hombre mortal, o realidad en el error; primero, porque el hombre es inmortal, y el error no es la Verdad, o la realidad del ser; segundo, que éstos no son ni Dios, ni Su idea; todo lo que es real es eterno. Los dolores y placeres del sentido personal son irreales, y la así llamada vida del hombre mortal es un mito. La creencia de Vida en la materia es la así llamada mente del hombre, que sufre porque es una creencia de sufrimiento, y muere porque es un error de creencia. Vana es la búsqueda del origen de la Vida, pues no tiene principio o fin; la Vida es desde siempre y para siempre. La Vida es la Verdad, y la Verdad es la Vida que no es sacada a la luz mediante el error, el pecado, la enfermedad o la muerte; la Verdad es inmortalidad que no está en la mortalidad, pues es Alma, y no está en el sentido o en el pecado. (267) Si la Vida comienza en un huevo, es materia, y mortal; pero la materia no puede producir Inteligencia; entonces ¿de dónde viene la mente? Todo es mente, no hay materia. El Espíritu destruye la creencia de materia, así como la Verdad destruye el error. Si fuera posible que el Espíritu, Dios, entrara en un cuerpo de pecado y muerte, entonces la armonía entraría en la discordia, y la discordia destruye la armonía; ¿puede el bien morar en el mal, o el mal representar al bien? La lógica deficiente y la carencia de Verdad que pretenden mezclar Espíritu y materia, inmortalidad y mortalidad, pecado y bondad en un cuerpo, y llamarlo hombre, fue el error contra el cual Jesús argumentó como siendo el fundamento de toda discordia, mostrando su falsedad mediante parábola y prueba; Cristo, la Verdad, echa fuera este error y sana al enfermo, comenzando de inmediato a destruir la mortalidad con su propia inmortalidad. Los malvados a menudo retribuyen mal por bien cuando la Verdad del ser entra en contacto con su error para destruirlo; por lo tanto, los seguidores de Cristo, la Verdad, deben amar a sus enemigos, y andar como corderos entre lobos. Los enfermos algunas veces pasan a través de severos sufrimientos durante los cambios que produce la Verdad antes de que ésta destruya el error o la enfermedad; y el pecador crónico, o el hipócrita que se esconde sufre por la introducción en su mente de la ciencia del ser, y a menudo odia a su maestro. La inmortalidad del hombre descansa sobre una base espiritual y no material, y su salud descansa sobre el Alma y no sobre el sentido. No tendríamos base para la inmortalidad del hombre si lo perfecto no se distinguiera de lo imperfecto; y ¿qué

evidencia tendríamos de Dios, o la perfección si admitimos que la imperfección germina a partir de Dios? El bien que somos, el orden, la belleza, y la belleza que contemplamos nos dan la certeza de que Dios es Vida, Verdad, y Amor, y que la materia abarca todo error, mientras que el Espíritu es perfecto. (268) La ciencia espiritual revela que toda la materia es inanimada, mientras que el sentido personal pretendería hacerla ambos, animada y mala; pero ¿cuál es el estándar de la Verdad, sentido personal o ciencia?

La armonía, la Inteligencia y la Vida, están fuera de la materia, completamente separados y diferentes del error y la mortalidad, aun la hoja y la flor, demasiado hermosas para morir, declaran esta verdad. Una conciencia de la Verdad, la Vida, y el Amor, es Alma, no cuerpo. El salmista dijo: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tu formaste. Digo: ¿qué es el hombre para que tengas de él memoria? Tú que le hiciste señorear sobre las obras de tus manos.” La materia es como las nubes, y el Espíritu es como el sol, el cual aparece para nosotros sólo cuando las nubes se han disipado. El sol no está en las nubes, sino resplandece más allá de ellas; así es con el Alma del hombre; cuando la creencia de Sustancia, o Vida en la materia se disipa, tomamos existencia como Espíritu y nuestro cuerpo es transparente al Alma, y deja de ser una creencia de sustancia-materia, o sentido personal, y se convierte en la idea de la Inteligencia, la armonía, y la Vida. La Verdad separó a Jesús, su idea, del mundo del error, y el mundo del sentido sintió el efecto de la Verdad, pues ésta desgarraba los fundamentos del error, el cual no podía entender qué necesidad había de esto; de aquí la falta de aprecio por el trabajo y el amor de Jesús, el gran demostrador de la ciencia de la Vida. Si Jesús hubiese defendido al error, admitido sus posturas, y las hubiese justificado, él habría sido el favorito del mundo. Pero esto era imposible para él, pues escogió el Espíritu como amo. Él no hubiese podido destruir la enfermedad con la Verdad si al mismo tiempo hubiese sido un rigorista del sentido personal y de la Vida en la materia. (269) Si él hubiese creído como ellos sobre este punto, se habría mezclado amigablemente con los hipócritas y los hombres sensuales, y no los hubiera reprendido, y no hubiera sido odiado por ello; pero la hipocresía era más repugnante para la bondad y para la Verdad que cualquier otra forma del mal. El hecho de que Cristo era la Verdad, fue descubierto pronto por el error, y el mundo del sentido personal odió a Jesús, pues lo reprendía, y no escogió una ‘ología’ o un ‘ismo’ para definir al cristianismo, o para ayudarlo en su práctica. Si él hubiera creído lo mismo que los demás, no habría sufrido tanto por causa del mundo, o si hubiera predicado mejor de lo que practicaba, habría mezclado el error con el error, y el resultado de su predicar no hubiera sido un cambio químico, o una separación del mundo; pero él no pudo y no quiso echar fuera los demonios por medio de Belcebú; hubiera podido ser un hombre popular, sobre esta base común, pero no habría podido ser un cristiano; pudo haber hablado bien, y pudo no haber sido lo suficientemente bueno para que la bondad se probase a sí misma haciéndole la guerra al error, y habría pasado como un buen hombre. El mundo del sentido y del error lo detectaron, pues estaba destruyéndolos; aquellos a los que bendecía, lo maldecían, y sin embargo él amaba a sus enemigos, y mientras ellos pensaban solamente en condenarlo, sus pensamientos mejores respondían a los de ellos, sanándolos de la enfermedad y echando fuera sus errores. Tal era el efecto de su mente sobre todo lo que tocaba, ya fuera enemigo o amigo, y tal será el efecto sobre la humanidad, de cada seguidor real de Cristo. Su mente, pura y espiritual, movía las de ellos hacia cuestiones más elevadas, y restauraba la armonía al cuerpo. Él sabía que lo semejante produce lo semejante, y que su ser superior al entrar en contacto con otros,

los cambiaba y los elevaba más, sabía que la Verdad germina Verdad y que el Espíritu imparte espiritualidad, y no materialismo; esto era la ciencia y el Principio de su demostración consistente en sanar a los enfermos y echar fuera el error. (270) Cualquier hipótesis de nacimiento y muerte es indigna de la Inteligencia. Lo que es real es eterno, proyectado y sostenido por el Espíritu solo, eso la materia no lo puede expresar, y mucho menos controlar o destruir. Todas las formaciones de Dios están basadas en el Espíritu y la inmortalidad, y aquello que es formado por el Alma y no el sentido, es inofensivo, armonioso y eterno.

El cielo y la tierra, junto con cada animal, mineral, y vegetal que Dios hizo, son armoniosos y eternos. La creencia de Vida en la materia produce su propio tipo, pues la naturaleza del error es producir todo aquello que es pecador, feroz, impuro, y mortal. Vertebrados, articulados, moluscos y radiados son simplemente lo que la mente los hace. Son mortalidad tecnicada que desaparecerán cuando las radiaciones del Espíritu iluminen el sentido, y destruyan para siempre la creencia de Vida e Inteligencia en la materia.

La voz de la ciencia cristiana se anuncia hoy en el desierto, con escasamente un adherente en la tierra, pero también sabemos que está preparando el camino para que el Principio del ser sea entendido, y su demostración se produzca en la expulsión del error, y el sanar de los enfermos. La muerte no trae de inmediato la espiritualización, no es el peldaño hacia un distante día del juicio, cuando un Dios personal dará su veredicto sobre el hombre. La sentencia de la Verdad contra el error ya ha sido dictada; cada pérdida y experiencia de la falsedad de las cosas terrenales la declaran. La Verdad sentencia al error, ahora y para siempre, y el juicio final hacia el cual señalaban los dogmas de antaño, es cuando la creencia de Vida o muerte en la materia es destruida. (271) Cuando las gruesas cadenas del sentido personal se hayan roto, el hombre será libre para hacer la voluntad de Dios y entonces contemplaremos el “nuevo cielo y la nueva tierra, pues las cosas anteriores no serán más;” y lo material dará lugar a lo espiritual; el Espíritu destruye la materia. Los cielos armoniosos e inmortales, la tierra y el hombre se revelarán y serán entendidos cuando la ciencia haya tomado el lugar del sentido personal, y el error ceda a la Verdad. Las punzantes experiencias de la tierra y la Sabiduría tierna que nos arrebatan nuestros ídolos, nos ayudan a apresurar ese momento y a destruir la creencia de la felicidad en el sentido personal. ¿Por qué este mundo amante del placer no puede discernir la ciencia de la Vida? Porque “el hombre carnal no puede discernir las cosas espirituales.” Cuando el sentido personal entregue el espíritu y encuentre la Vida, el Alma entendida, eso será la resurrección del hombre en la Verdad; pero el Espíritu no podrá jamás ser aprehendido hasta que la materia sea entendida como un mito. La Vida, que es Espíritu, no se alcanza sino hasta que el error es destruido.

La creencia de que la muerte es la puerta a la espiritualidad y a la Vida es el error que nos impide tener un mejor entendimiento y una mejoría del ser, lo único mediante lo cual se obtiene la inmortalidad. Alcanzamos la inmortalidad a través de los pasos de la ciencia que revelan la Verdad, la Vida, y el Amor a nuestro entendimiento, en el cual aprendemos que no hay leyes físicas, que no es necesario cumplir con ciertas condiciones materiales, que no hay pecado, enfermedad o muerte en la Vida que es el Alma. Que la muerte sea un paso hacia la Vida es un error que engendra mortalidad;

pues la creencia cumple con las condiciones de una creencia, y por lo tanto continuará muriendo hasta que la falsedad y el error de Vida o muerte en la materia hayan sido destruidos. (272) La muerte no es sino un peldaño hacia otras condiciones mortales de creencia; nunca dio Vida, pues ésta es Dios, y Dios debe volverse nuestra Vida práctica antes de que el hombre se encuentre inmortal. Vemos en el reino vegetal que la semilla debe podrirse para propagarse de nuevo, y que el pobre germen está condenado a esta misma experiencia también; deberá podrirse de nuevo según la ley material. La respuesta a la antigua pregunta de ¿qué fue primero, el huevo o el progenitor que se hace cargo del huevo?, se obtiene cuando admitís que el padre se desarrolló de un huevo, pues aquello que es primero produjo al progenitor; pero un huevo nunca propagó al hombre.

No tenemos ningún derecho a asumir que los individuos han crecido, o han sido formados bajo circunstancias que hicieron que las condiciones materiales fueran esenciales para su mantenimiento y reproducción, ni tampoco con respecto a su origen ni primera introducción, a menos que prescindamos de la razón y la revelación completamente. Antiguamente se argumentaba que la tierra había surgido del huevo de la noche, y esto es menos absurdo que concluir que el Espíritu produce materia, o que está en la materia. Al seguir el rastro de las variadas hipótesis acerca del hombre, pensamos como los niños, pero haciendo a un lado las cosas infantiles y buscando con mayor fervor a Dios, se nos responderá desde el Alma, y no desde el sentido, y el Espíritu, en vez de la materia, nos guiará en nuestras conclusiones. La filosofía pagana, la geología moderna, la zoología, la fisiología, la anatomía, etc., se ocupan de otros o de distintos fenómenos a aquellos que proceden del Ser Supremo. Los primeros proceden de la creencia solamente, pero los segundos son los reflejos del Espíritu; éstos son las ideas de Dios que llegan al entendimiento, los anteriores son creencia en la materia. (273) La prueba necesaria para sostener argumentos diametralmente opuestos al sentido personal está en lo que Jesús enseñó, es decir, en el fruto que producen, o en la demostración que traen consigo; si contradecís el sentido con la ciencia y obedecéis las reglas de esta última, demostraréis armonía y habréis probado que vuestra postura es la correcta. Nuestra experiencia de lo que se llama Vida que germina de un huevo, corresponde con aquella de Job, de “pocos días y llenos de tribulación.” De esta fuente material fluyen todas las aflicciones, el pecado, y la muerte, y el poder para “liberarnos de este cuerpo de muerte” no está en su origen, consecuentemente nuestro siguiente recurso es hacia algo más elevado que la materia, los medicamentos, las ‘ologías, o los ‘ismos. Podemos apelar a Dios para sanar nuestras enfermedades, y aunque oremos siete veces al día, y nuestro párroco y el médico rueguen por nosotros, puede ser que no obtengamos la bendición que buscamos; pues no es la fe, sino el entendimiento lo que traerá la bendición. Saber que Dios no es el autor del pecado o el sufrimiento, y que ni “su brazo es corto, ni su oído defectuoso,” sino que el error produce error, es aprender lo que el error es, y cómo se destruye; entonces encontraremos que el remedio para la enfermedad y el pecado está en “trabajar en la obra de nuestra propia salvación.” Sobre este punto la humanidad requiere mucha iluminación, pues solamente la ciencia del ser resuelve el problema del hombre armoniosamente. Dios no da una piedra en vez de un pan; cuando pedimos fervorosamente y luchamos por la salud para ser útiles y capaces de hacer el bien a nosotros mismos y a otros, ¿por qué no nos la concede? Estas preguntas sin respuesta son irreconciliables con la Sabiduría hasta que aprendemos que Dios no es una persona, sino un Principio, y que debemos entender este Principio para

governar nuestro ser en armonía con él; y entonces seremos capaces de gobernar lo físico y lo mental. Todo depende de la mente; la materia no posee ningún poder sobre el hombre para crearlo o para destruirlo. (274) La enfermedad y la muerte son errores de creencia que surgen de la ignorancia de nuestro origen y ser inmortal, y para ser armoniosos e inmortales debemos entender la ciencia de la Vida, la cual modifica nuestros juicios acerca de la Vida, del cuerpo al Alma, y de la materia al Espíritu. Saber que somos Inteligencia, y no materia inteligente; Alma y no sentido, es la Verdad que destruye toda enfermedad, pecado y muerte. Una vez que percibimos la alucinación mental que amarga la existencia, desharemos lo que la mente hizo. Dios no nos manda ninguna de nuestras enfermedades, y la materia no puede crear sensación, ni puede gobernar la mente. El error sólo produce error, y toda enfermedad, y toda discordia de la tierra es error.

El pensamiento que en alguna medida se libera de las antiguas teorías básicas se amalgama con otras formas de creencia y las cambia; vemos el prototipo de esto en el reino de las flores, en las combinaciones de tintes de la hoja y de la flor. Lo metafísico sin embargo terminará como lo físico cuando, de acuerdo con Agassiz, “la entremezcla de las diferentes especies, llevada a límites extremos, resulta en especies originales diferentes.” El error debe ser destruido en su origen, o asumirá de nuevo sus antiguas proporciones y relaciones. La mente deberá establecerse sobre una mejor base, la de la Verdad del ser, o la salud jamás será universalmente establecida; cuando se haya hecho esto, el hombre armonioso e inmortal será el único hombre que exista. El Prof. Agassiz dio el origen del hombre mortal y material; él rastreó lo que llamamos la existencia animal a través de las varias etapas de su embriología, y lo ha hecho haciendo algunas observaciones que deberían despertar el pensamiento hacia una contemplación más pura y más elevada del origen del hombre, lo cual deberá preceder al entendimiento del ser. El hombre no es el vástago del sentido, sino del Alma, y coexiste con Dios. (275) El hecho de que algunas investigaciones modernas prueben que la existencia animal está libre en algunos casos de sus instintos más inferiores, es digna de nuestra filantropía, y señala los pasos futuros de la ciencia del ser, - la Vida que es eterna, sin principio ni fin, y este estudio absorberá la atención del sabio y del filósofo en un tiempo no muy lejano; pero sólo el cristiano lo podrá dilucidar, pues él es quien mejor entiende la Vida que es Dios. No podemos alcanzar este Principio a menos que sea entendido; la inmortalidad misma del hombre depende del entendimiento de la ciencia del ser. Puesto que Dios es la única Vida y Principio del hombre, aquello que es bueno es lo único que es inmortal; pero para probar nuestra ignorancia de ello sólo tenemos que señalar la tenacidad con la cual nos aferramos a creencias de enfermedad, pecado y muerte. Si tuviéramos el entendimiento de nuestro ser-Dios o de la omnipotencia de la Verdad, no deberíamos tener ningún temor de la materia, y no teniendo ninguno, nuestros cuerpos se volverían armoniosos e inmortales; una creencia de materia-sustancia daría entonces lugar al entendimiento del Espíritu-Sustancia; pues el cuerpo espiritual es el único real, y es tan tangible como el material. La ontología recibe poca atención del mundo laboral cotidiano, y el significado de la psicología ha sido escandalosamente pervertido. La ciencia del Alma no es mesmerismo, de ninguna manera, y es menos entendida que todo lo demás; poca justicia se le ha hecho a la metafísica por un pueblo utilitario donde la carrera es del más rápido.

La economía doméstica de la abeja, y su método de multiplicarse, prefigura el entendimiento del ser que habrá de llegar. (276) Que la mente produce mente, y nuestras creencias de la materia reproducen creencias solamente, es la conclusión que concuerda con la historia natural y la ciencia del ser. Nuevamente declaramos que todo es mente; no hay materia, y esto sólo necesita ser entendido para establecer la armonía perpetua. La mente es el único actor, y produce mente, ya sea la Verdad, o el error del hombre; la materia no es una entidad o realidad. Del sueño profundo que cayó sobre Adán, Eva fue producida. En el sueño, causa y efecto son creencias solamente, aquello que parece, y no aquello que realmente es. Este fue el advenimiento del hombre mortal y material. La enfermedad, el pecado y la muerte, no tenían base real, pues no se originaron con Dios, el Espíritu, sino eran creencias de la materia, de ahí que eran lo opuesto mismo del entendimiento, y sin Principio o inmortalidad, por lo tanto, no procedían de la Sabiduría creativa. Todo lo que se originó en Adán (el supuesto agregado a la creación) no era “bueno”, era ilusión, el vástago de un sueño; de aquí que era solamente una creencia, y no la realidad del ser. El pecado, la enfermedad, y la muerte fueron abarcados por esta creencia de Vida en la materia, y son el sueño, y no la realidad de la Vida. Clasificamos la creencia como error ya que ésta abarca todo lo que es discordia mortal; cambió el punto de vista del ser del Espíritu a la materia, del entendimiento a la creencia, sí, de Dios a hombre. Adán era la personificación del error, pero el hombre era el tipo y la imagen de la Verdad. Adán constituyó materia y mortalidad; el hombre representaba inmortalidad y Espíritu; pero el sueño o creencia de la Vida en la materia es que Adán es hombre, y que el error es Verdad. No había mayor fundamento para llamar al pecado, la enfermedad, y la muerte, hombre, que el que había para decir: “Haré al hombre como Dios.” (277) Si la mente universal o la creencia adoptaran la aparición de una estrella como su fórmula de creación, el advenimiento del hombre mortal habría comenzado con una estrella. La creencia con respecto al origen del hombre mortal ha cambiado desde que Adán produjo a Eva, y la única razón de que una costilla no sea el método del presente en la evolución es debido a este cambio y porque hay más opiniones mortales contra las cuales contender hoy, que cuando el error dijo por primera vez: “Creed en mí.” Las condiciones de la materia son en realidad condiciones de la mente, por lo tanto, las supuestas condiciones se vuelven imperativas como mente solamente. El error, denominado Adán, es la creencia, o el alfa y omega de lo que se ha llamado Vida en la materia. Cuando la creencia mortal dice que un huevo produce al hombre, esta condición se vuelve tan fija y tan imperativa como la original de una costilla. Que debamos respirar para poder vivir es otra creencia, mientras que la realidad del ser es que la Vida, y sus fenómenos no son dependientes de la materia. Me diréis que el hombre fue formado antes de conocer su origen entonces, ¿de dónde surgió cualquier creencia sobre este tema? Pero Eva incorporó el huevo materno, y era el vástago del sueño de Adán, el germen de la creencia, y los mortales que han aparecido desde entonces son estas creencias. No hay hombre mortal; el sueño de Adán era lo que hoy llamamos mesmerismo, en el cual la creencia crea, y controla todo lo que crea. En el mesmerismo se hace que la materia aparezca como no siendo sólida, y una vara inofensiva se convierte en una serpiente; según lo que la mente diga de la materia, así aparece, de ello aprendemos que todas las cosas materiales son formadas por la mente, de principio a fin. La creencia puede adoptar cualquier condición que quiera, y ello se convertirá en la modalidad imperativa de causa y efecto. El Creador infinito y omnisapiente condenó esta creación, sin embargo, le permitió vivir su experiencia antes de que la sentencia de nuestro Dios fuese ejecutada sobre ella. (278)

Un cuerpo mortal no es más que una creencia de Vida en la materia, y es controlado por esta creencia; sus requerimientos originales eran menores que los requerimientos educados de hoy en día. La conciencia se eleva por encima del horizonte del sentido personal, comenzando primero por el pensamiento inconsciente y alcanzando después lo que falsamente llamamos materia consciente, antes que sus demandas procedan del cuerpo. Podemos concluir con certeza que el hombre existe, aunque haya perdido sus pulmones, o alguna otra parte del organismo; si ha alcanzado la ciencia del ser, su existencia es entendida y eterna, y el hombre es inmortal solamente cuando su Vida es Alma y no sentido, Dios y no materia. Debemos tener el sentido y la consciencia del ser que es independiente de la materia, auto-existente, auto-sostenida, y eterna; pues esto es la Ciencia de la Vida que echa fuera el error y sana al enfermo. Sabemos que estas declaraciones perturban a lo que se llama sentido personal; pero hacemos caso omiso de ello por completo; nuestra única aflicción es no ser entendidos, o que se piense que somos irreverentes con Dios, hasta que la Cristiandad aprenda cuán importante es lo que decimos para poder seguir el gran ejemplo de nuestro Maestro en el sanar de los enfermos, la predicación del evangelio a los pobres, etc. Hoy día nuestras religiones predicán a los ricos, y dependen de la materia, en vez de Dios para sanar a los enfermos.

Las persecuciones que enfrentó la Verdad hace más de dieciocho siglos, y las demostraciones que dio al destruir la enfermedad, el pecado y la muerte, sacando a la luz la inmortalidad, sería bueno que hoy las recordásemos; y si nuestros lectores entienden lo que está escrito en este libro, serán capaces de probarse que reproducen, aunque sea tenuemente, las mismas pruebas; y se aceptará, aunque no sea más que sobre la base de lo que nuestro gran Maestro dijo: “por la prueba de las obras.” (279) Cada idea nueva de la Verdad que surge del Espíritu infinito y que llega a las accidentadas costas de la creencia, ha sido recibida con mofas y cadenas, azotada fuera de las sinagogas al principio, pero posteriormente es perdonada y recibida.

Apelamos al púlpito. No juzguéis esta ciencia hasta que hayáis probado si es Verdad o error; probad su Principio según las reglas establecidas, y entonces aprenderéis que Dios es la Vida del hombre, y que la materia médica o la teología nunca podrán tomar el lugar de la ciencia de Dios en el sanar de los enfermos y en echar fuera todo error. Las creencias que forman al cuerpo mortal no son destruidas de inmediato; “morir no es lo único de la muerte.” Luego de lo que se llama la muerte, la creencia de enfermedad, pecado y muerte continúa, hasta que la ciencia del ser sea alcanzada y se encuentre la Vida del hombre en el Alma y no en el sentido.

Adán, habiendo sido creado antes que Eva, prueba que el huevo materno nunca lo propagó a él, y Eva, habiendo sido formada de la costilla de Adán, muestra que su origen no era ese tampoco; el “conocimiento” entonces definió al hombre falsamente, y así es en el presente; aunque la fisiología se haya injertado ahora en el “árbol” prohibido. Se dice que un bebé de pocas horas de nacido fue sumergido en agua para probar la posibilidad de hacerlo anfibio; y este ritual continuó hasta que el pequeño pudo permanecer bajo el agua, y las funciones ordinarias de los pulmones se suspendieron durante veinte minutos seguidos, todo ello mientras jugaba y disfrutaba de su baño. El bebé es controlado completamente por la creencia de sus padres; al

dirigirnos mentalmente a la madre hemos apaciguado los gemidos y la inquietud de su bebé, sin embargo, no pudimos afectar al niño excepto a través de su madre. (280)

Esto debería darles a los padres un indicativo para que controlen a sus vástagos mentalmente; partiendo de la ciencia del ser para gobernar sus cuerpos; empleando la mente en vez de la materia para sanarlos, y también para prevenir que se enfermen. Deberíamos ser capaces de estar junto al lecho de una futura madre sin medicamentos, ni aplicaciones de ningún tipo, y prevenir los dolores de parto; el trabajo de parto debería ser indoloro, y esta hora temida debería transcurrir libre de sufrimiento y gozosamente, como el florecimiento de un capullo, o el desarrollo de la flor. La mente controla la embriología libre de dolor para el universo, ¿por qué no habría de ser lo mismo con la mujer? La mente de los padres desarrolla al bebé antes y después del nacimiento, hasta que la madre dice: mi hijo puede cuidarse por sí solo; en este periodo las especies humanas, la del pájaro y la de la bestia, liberan a sus vástagos de la inmediatez del ojo materno, y comienzan a educarlos en lo que se llama auto dependencia; pero es triste que esto sea desde la base de que la Vida depende de la materia pues esto destruye la confianza en sí mismo que daría la ciencia.

Aunque las etapas progresivas del desarrollo humano requieren del orden mayor de la mente de los padres para guiar a sus hijos, lamentamos decir que la especie humana está haciendo un trabajo vergonzoso. Los rasgos peculiares y característicos de los progenitores se transmiten de generación en generación; pero esto es sólo una transferencia de creencia solamente, la mente de los padres que se transfiere a sus vástagos. El reptil venenoso, el ave de presa, la bestia carnívora, y el hombre mortal son productos de la creencia mortal, del error y no de la Verdad, del sentido en vez del Alma. La creencia según la cual la Vida y la Inteligencia pertenecen al cuerpo es el origen de todo pensar y actuar equivocados; le quita al Alma para darle al sentido, y es el origen de la enfermedad, el pecado, y la muerte. (281) Todas las formaciones son sombras del ser, y *nosotros* su Alma y Sustancia; pero este hecho de la ciencia no le resta ningún valor a Dios, la Inteligencia universal; y puesto que esta declaración, cuando es entendida, trae consigo frutos buenos, sana al enfermo y destruye el error, tenemos la regla de Maestro para juzgar de su veracidad, ya que el árbol se conoce por sus frutos. La Vida es el Principio formador y gobernante de todas las cosas, y de ninguna manera es la fragilidad que el pie del hombre aplasta. El Alma es la base inmortal del hombre y el universo, la Verdad de todas las cosas, y el Principio que retiene a los propios vientos en un puño.

La Sustancia es Inteligencia, sí, Espíritu, no materia. “Yo soy la resurrección y la Vida,” estas son las palabras del habló como jamás habló hombre alguno; y que sabía lo que decía. Pero este entendimiento de la Verdad es hoy en día una voz anunciándose en el desierto del error. Todo es discordia en el hombre mortal; el bien que pudiera hacer es impedido por causa de enfermedad, pecado o muerte; si trabaja para el beneficio de su raza, se hunde en la tumba prematuramente, o se le reblandece el cerebro, o alguna otra cosa de esta índole. El trabajo mental debería fortalecer al hombre; la mente es capaz de una acción sin fin y de la armonía inmortal; pero la acción incesante destruye a la materia. Escudriñar en la ciencia del ser jamás reblandecerá el cerebro de un hombre, o producirá enfermedad alguna, sino lo contrario pues se sabe que cura la enfermedad. La única dificultad para probar esto es la completa ignorancia de su principio. Sin embargo,

tomar del pescuezo a una creencia añeja no es tarea fácil; pues de alguna manera, así como el ave fénix, surge nuevamente de entre sus propias cenizas. La influencia que una mente ejerce involuntariamente sobre otra ha sido poco entendida; todos nuestros pensamientos han sido más o menos moldeados por otros; el cuerpo es gobernado por la mente, a pesar de nuestra completa ignorancia acerca de esto, y de nuestro sometimiento involuntario a ello. (282) Si hoy en día el pensamiento general abarcara la ciencia del ser, la longevidad del hombre se multiplicaría por diez, y la inmortalidad sería sacada a relucir; los años del hombre se extenderían en la proporción en que la creencia de la materia inteligente fuese destruida, hasta que al final un reconocimiento pleno de la Verdad destruiría todo pecado, enfermedad, y muerte. El error continuará durante siete mil años a partir de la época de Adán, su origen. Al terminar este periodo, la Verdad será comprendida generalmente, y la ciencia disipará de nuevo la oscuridad que ahora oculta el resplandor eterno y elevará la cortina que cayó sobre el Paraíso, donde la tierra produce por mandato de la Inteligencia, y el Alma, en vez del sentido, gobierna al hombre.

CAPÍTULO V.(283)

ORACIÓN Y EXPIACIÓN.

LOS PENSAMIENTOS no expresados, no le son desconocidos a la Inteligencia infinita que los comprende, y para la cual un deseo es oración, y no puede ocurrir pérdida alguna al confiar a Dios nuestros deseos para que los moldee y los eleve antes que se conviertan en acción. Pero la oración tiene sus motivos y ¿cuáles son éstos? ¿Mejorar a aquel que ora, o beneficiar al que nos oye, informar al Infinito de aquello sobre lo cual es ignorante, o ser escuchados por los hombres? Primero, ¿nos beneficiamos mediante la oración? Si Dios fuera una persona influenciable por el aliento de la alabanza, o algo menos que Infinito en entendimiento, o mutable en el Amor y la Sabiduría, Él podría hacer un mayor bien a causa de nuestras peticiones, y otorgarlas sobre la base del solicitante, en cuyo caso la devoción de los labios sería una ventaja que no sería conveniente descuidar. Pero Dios es Amor, y ¿le pedimos que sea algo más que esto para el hombre? Dios es Inteligencia, ¿y podemos informar a la Sabiduría infinita, o informarle de nuestras necesidades cuya parte infinitesimal hemos comprendido? ¿Esperamos cambiar la perfección en uno de sus arreglos, o pediremos más de la fuente abierta, que ya está vertiendo más de lo que podemos recibir, y más no se puede dar? ¿Nos acerca la oración al manantial divino de todo ser y de sus bienaventuranzas? Entonces es la oración de las obras y no de las palabras; pedir a Dios que le amemos nunca ha hecho que le amemos, pero este deseo expresado en vigilancia y asimilación diaria al carácter divino nos moldea y forma a Su imagen. (284)

El peligro de la oración audible es que caemos en la tentación por medio de ella y nos convertimos en hipócritas involuntarios. Primero por expresar aquello que no es un deseo real, y segundo consolándonos en el pecado con el recuerdo de que ya hemos orado para vencerlo. La hipocresía es fatal para el cristianismo, y al orar en público a menudo vamos más allá de nuestros medios, más allá del punto de vista honesto del deseo ferviente y habitual; si no estamos anhelando en secreto y esforzándonos por llevar a cabo aquello que pedimos, “nuestras repeticiones son vanas, como las de los paganos.” Si nuestra petición es sincera, nos esforzaremos por trabajar en aquello que deseamos, y seremos recompensados por “Aquel que ve todo en lo secreto y recompensa en público.” Ninguna expresión audible de nuestros deseos puede hacerlos mayores o menores, ni podemos alcanzar el oído omnipotente más pronto con palabras que con pensamientos. Si cada petición en la oración es sincera, Dios lo sabe antes de que se lo digamos, y si abrigamos el deseo honestamente frente a Él no incurriremos en ningún riesgo de abrumar nuestros deseos verdaderos con un torrente de palabras.

Algunas veces, como en el catolicismo, la oración es empleada para absolver el pecado, pero esto impide el cristianismo. El pecado no es perdonado; no podemos escapar a su castigo. Sentir remordimiento por haberlo cometido no es más que un paso hacia la reforma, y el más pequeño; el siguiente paso que requiere la Sabiduría es poner a prueba nuestra sinceridad, es decir, una reforma. Para este fin seremos colocados bajo la

presión de las circunstancias donde ocurre la tentación de repetir la ofensa, y la congoja ocurrirá por lo que hayamos hecho, hasta que aprendamos que no hay descuentos en la ley de la retribución, y que debemos pagar hasta el último maravedí. Con la medida que midiereis se os volverá a medir, y estará llena y rebozando; (285) cristianos y pecadores tendrán su plena retribución, pero no aquí; un seguidor de Cristo de los siglos venideros deberá beber su cáliz; la ingratitud y la persecución lo llenaran hasta el borde, pero Dios derrama las riquezas de la alegría en el entendimiento, y nos da fuerza según nuestro día. Los pecadores florecen como árbol vigoroso; pero mirando más allá, David pudo ver su fin.

La oración no puede cambiar la ciencia del ser, pues sólo la bondad alcanza la demostración de la Verdad. Una petición a otro para que haga nuestro trabajo nunca hará el trabajo que se requiere de nosotros. Dirigirse a la Deidad como si fuera una persona, perpetúa la creencia de Dios en el hombre, lo cual impide el progreso espiritual, y oculta la Verdad. Alcanzamos la ciencia del cristianismo solamente mediante la demostración, pero aquí, se hablará mal de nuestro bien, y la falsedad luchará contra la Verdad que avanza. El Principio debe gobernar al hombre; la persona puede perdonar, pero no reformar al pecador. Dios no es una Sabiduría separada de la Sabiduría que poseemos, y el talento que nos dio para ser usado debe ser aprovechado por nosotros; por lo tanto, pedirle a Dios que haga nuestro trabajo es suponer vanamente que tenemos poco que hacer excepto pedir perdón para luego repetir la ofensa. Si la oración abriga la creencia de que el pecado es perdonado, y el hombre es mejor porque ora, está pidiendo en falso; porque estará peor si el castigo al pecado se suspende, o si piensa que ha sido perdonado cuando no es así. La oración es impresionante; le da al pensamiento una solemnidad y una elevación momentáneas, pero ¿acaso un estado de éxtasis produce beneficios perdurables? Ahondando más metafísicamente en esto, encontramos que tiene lugar una reacción desfavorable al entendimiento, a la resolución sobria y a la plena percepción de las demandas de Dios; también encontramos que es el sentido personal y no el Alma lo que produce este estado de ánimo. (286) Si el sentido espiritual guiara a los hombres en semejantes ocasiones, éstos habrían madurado más allá de estos deseos de éxtasis, tendrían experiencias más elevadas y una vida mejor de auto-examen y mayor pureza. Una ventilación auto-satisfecha de fervor eclesiástico jamás produjo un cristiano; la oración verbal abarca demasiado error para promover este gran propósito. Primero porque supone que Dios es una persona influenciada por el hombre, haciendo del oído divino un sentido personal en vez de la Inteligencia que todo lo oye y todo lo sabe, y para la cual toda necesidad del hombre es entendida, y abastecida por ella.

Adicionalmente, aquello que deseamos y pedimos no siempre es lo mejor para nosotros, en cuyo caso el entendimiento infinito ciertamente no nos lo concederá; por lo tanto ¿de qué le sirve a Dios la cantidad de oración que haga el hombre? Cuando oremos correctamente “entraremos en el aposento;” en otras palabras, cerraremos la puerta de los labios y en el santuario silencioso de los anhelos fervorosos, negaremos el pecado y el sentido, y tomaremos la cruz mientras avanzamos con corazones honestos en nuestro esfuerzo por alcanzar la Sabiduría, el Amor, y la Verdad. Esta oración tendrá respuesta en la medida en que pongamos en práctica nuestros deseos. La instrucción del Maestro fue orar en lo secreto; desear ser mejores, y dejar que nuestras vidas den testimonio de la sinceridad de ese deseo. ¿Estamos verdaderamente agradecidos por el bien que ya

hemos recibido? Entonces tendremos más, y nunca sino hasta entonces, aprovecharemos las bendiciones que tenemos, y esto agrada a Dios más que las palabras. De la Inteligencia que conoce el número de nuestros cabellos no podemos esconder la ingratitud de vidas estériles por agradecer al Omnipotente con los labios mientras el corazón está lejos de la Verdad. (287) Si imaginamos vanamente que la gratitud es una mera expresión de agradecimiento, será mejor que examinemos nuestros corazones y nos percatemos de lo que está ahí, y esto nos mostrará lo que somos, y es la única expresión honesta de nosotros mismos.

Cuán huecos son nuestros conceptos de la Deidad que admiten teóricamente la omnipotencia y la omnipresencia de Dios, para acto seguido informar a la mente suprema, o suplicar un perdón inmerecido, o un derrame de sus bendiciones. Si no estamos agradecidos por la Vida, la Verdad, y el Amor, pero les damos las gracias, no somos sinceros, e incurriremos en la severa censura que se le infringe al hipócrita. La única oración aceptable en este caso sería poner el dedo sobre nuestros labios y recordar nuestras bendiciones.

Orar por humildad por fervorosa que sea la forma de expresión, no siempre es deseable. Si nos apartamos de los pobres y desechamos su crítica, no somos dignos de recibir la recompensa de aquel que bendice a los pobres. Cuando confesamos tener un corazón muy malvado, y pedimos que nos sea descubierto, ¿no sabemos ya más acerca de este corazón de lo que estamos dispuestos a mostrar a nuestro prójimo?, y si un amigo nos informa de alguna falta, ¿escuchamos el reproche con paciencia y damos crédito a lo que nos dijo?, ¿o más bien damos gracias porque no somos como los otros hombres? Son ya muchos los años que he estado más agradecida por una censura merecida que por un elogio; el único aguijón real es la censura inmerecida, la falsedad malévolamente que a nadie beneficia.

¿Amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos?, o puesto que no lo hacemos ¿suplicamos que este amor nos sea otorgado y esperamos recibirlo tan sólo por haberlo pedido, mientras proseguimos con nuestro egoísmo anterior satisfechos de haber orado por algo mejor, aunque no demos pruebas de la sinceridad de esta petición viviendo en consistencia con esa oración? (288) Si el egoísmo en nosotros cede su lugar al Amor, amaremos a nuestro prójimo y bendeciremos a quienes nos maldicen, pero nunca podremos cumplir con esta gran demanda por pedirlo; hay una cruz que debe ser tomada antes de que la recompensa sea otorgada.

“¿Amamos al Señor, nuestro Dios -con todo el corazón, con toda el Alma y con todas nuestras fuerzas?” Esto incluye mucho, la renuncia misma a todos los afectos y devociones personales; es lo último del ser, la ciencia de la Vida que reconoce solamente a la conciencia, al Espíritu donde el Alma es nuestro Amo, y el sentido no tiene reivindicación alguna. ¿Estáis dispuestos a dejar todo por Cristo, la Verdad, y a ser contados con los pecadores? ¿Habéis alcanzado este punto? No. ¿Realmente deseáis alcanzarlo? No. Entonces ¿para qué hacer largas oraciones al respecto y pedir ser como Cristo si no queréis seguir las huellas nuestro querido Maestro?; si no estáis dispuestos a beber su cáliz, ¿para qué rogar con los labios que podáis ser partícipes de él? La única oración consistente es hacer lo correcto en la medida que entendamos lo correcto, y caminar en la luz en la medida que la recibamos, aunque sea con pies sangrantes, y

dejemos que nuestros deseos reales y nuestras obras sean recompensadas por el Padre que ve en lo secreto. No todo el mundo entenderá el cristianismo durante los siglos venideros. Cuando seamos suficientemente buenos para beber del cáliz de las aflicciones terrenales, lo tendremos, y hasta que lo seamos y bebamos de él todas las repeticiones vanas que usan los paganos jamás podrán alcanzar la demostración que dio Jesús y que instruyó a sus seguidores dar, como la prueba del cristianismo diciendo: “Y estos signos te seguirán.” Aprendemos en la ciencia la necesidad que tienen los cristianos de sufrir en este malvado mundo del sentido, ya que están en oposición a él, y están ayudando a destruirlo, por lo tanto, el mundo del sentido querría destruirlos. (289) Antiguamente, en Japón llevaban una máquina de orar por las calles, deteniéndose ante las puertas de las casas para ganar un penique reproduciendo mecánicamente una oración. Pero en la creencia de civilizaciones más avanzadas pagamos por dichas oraciones en elegantes edificios. La experiencia nos ha mostrado que no recibimos el bien que pedimos en la oración audible. Pedir favores a un Dios personal es una aprehensión falsa del manantial y los medios de todo bien y bienaventuranza; por lo tanto, no puede ser benéfica, y no recibimos porque según dicen las Escrituras: “pedís en falso para gastar en vuestras lujurias.”

Sufrir por el pecado es lo único que lo destruye; todo supuesto placer del sentido personal producirá en la balanza mayor dolor, hasta que la creencia de Vida e Inteligencia en la materia sea ultimadamente destruida. No nos habremos librado de las experiencias mortales de pecado, enfermedad, o muerte con el cambio llamado muerte; no podemos alcanzar el cielo, la armonía de la Vida, a menos que entendamos el Principio del ser armonioso, el único que destruye al sentido personal y al error. Buscar no es suficiente para destruir el error, sino esforzarnos para entrar en el camino estrecho y angosto de la ciencia, es lo único que nos permitirá hacerlo. Los logros espirituales son la preparación para el cielo, y son los que abren la puerta a un mayor entendimiento, o sea a la Vida que Dios es. Las peticiones a una Deidad personal traen al hombre sólo los resultados de su creencia, pero no pueden obtener la Verdad, la Vida o el Amor. Sabemos que un deseo de santidad es requisito para obtenerla, pero si realmente deseamos esto por encima de todo, dejaremos todo por ella; primero aprended cuál es vuestra disponibilidad para hacer eso, y luego podréis calcular con un margen de certidumbre cuál es el único camino práctico para lograrla. (290) La oración no puede cambiar la Verdad inmutable, o darnos el entendimiento de ella; pero un deseo de saber y de hacer la voluntad de Dios es necesario; ello será también un síntoma de que nos habremos vuelto más sabios, pero este deseo no requiere ser expresado con los labios; nuestras vidas lo expresan.

Pedir a Dios que sane al enfermo no es eficaz para alcanzar el oído del Amor que ya está siempre presente. El único efecto benéfico que tiene sobre el enfermo es la mente actuando sobre el cuerpo a través de una fe más poderosa para sanarlo; pero esto es una creencia echando fuera otra; una creencia en Dios echando fuera una creencia de Enfermedad, y no es el entendimiento del Principio que sana al hombre. Jesús dijo: un reino dividido contra sí mismo no puede prevalecer; una creencia no es la ciencia del ser que sana al enfermo, y echa fuera la enfermedad sobre la base de que la sensación y la Inteligencia no están en la materia; la Verdad del ser es lo que destruye el error. Los intercambios de un mismo producto son un mero comercio de la mente, y no ciencia. La Deidad no interviene a favor de un devoto u otro que adopta las mismas medidas de

oración para sanar. Si los enfermos se recuperan sobre la base de la oración, esto es el resultado de la creencia individual. Todos pueden beneficiarse a sí mismos de Dios en la ciencia como un auxilio siempre presente en tiempos difíciles. El Amor es imparcial y universal en su adaptación y en sus dádivas; es el manantial abierto que dice “¡Todos los sedientos, venid a las aguas!”

La oración a una persona afecta al enfermo de la misma manera que un medicamento que no tiene eficacia propia, sino que obtiene su poder a partir de la fe y la creencia en la materia. El medicamento no contribuye nada en el caso, pues no tiene Inteligencia. El Principio del hombre, y no una persona, produce todo el bien. (291)

Buscar la Ciencia de la Vida, y no satisfacerse con un sentido material de las cosas, produce hambre y sed de justicia, pues revela el Principio perfecto sobre el cual se obtiene la Vida y la inmortalidad. Una oración mundana puede aportarnos un sentido de sosiego y auto-justificación, pero esto hace del pecador un hipócrita. No hay que perder jamás la esperanza en un corazón honesto, pero aquellos que se encuentran sólo espasmódicamente de cara a su maldad, siempre buscando ocultarla, son aquellos cuyas oraciones son índices que no corresponden al contenido, son falsificaciones de la verdadera hombría que mantienen comunión secreta con sus propios pecados. De éstos se dice en las Escrituras que son como sepulcros blanqueados llenos de inmundicia, “haciendo largas oraciones,” etc.

Si el autor de semejantes oraciones aparentemente tan fervorosas y abundantes es un hombre sensual y falso, ¿cuál es el comentario mental de quienes entienden de la ciencia del ser? Si este hombre realmente hubiese alcanzado la excelsitud de sus oraciones, no habría lugar a comentarios. Si nuestros pensamientos silenciosos apoyan la conclusión a manera que sintamos toda la aspiración, humildad, gratitud, y amor que ellos expresan, ello es suficiente para dar a conocer nuestro cristianismo, y es de sabiduría no engañarnos a nosotros mismos ni a los demás, pues no hay nada oculto que no haya de ser revelado. Lamentamos decir que las profesiones de fe y las oraciones cubren una multitud de pecados. Los cristianos se regocijan en la belleza secreta y en la abundancia de su ser, y aunque esté escondida para el mundo, es visible para Dios; la auto-abnegación, la pureza y el Amor son oración constante. Es la práctica y el entendimiento de nuestro ser-Dios lo que alcanza el oído y la mano derecha de la Omnipotencia y lo que obtiene infinitas bendiciones. La fidelidad es el único fundamento de la fe; sin preparación para la santidad, no la recibiremos, ni nos adheriremos fielmente a ella. (292)

“Dios es Amor”; más que esto no podemos pedir; más allá de esto no podemos aspirar; más allá de esto no podemos ir. Ver a Dios como una persona que perdona o castiga el pecado según sea buscada o no su misericordia, es malentender el Amor, también lo es instituir oraciones como válvulas de escape para el actuar equivocado. Si pedimos a la Sabiduría que sea misericordiosa con el pecado, entonces “pedimos en falso para gastar en nuestras lujurias;” y perdonar el pecado sin castigarlo, permite que el pecado se multiplique, y esto no es ni misericordia ni Sabiduría. Un magistrado puede remitir la sentencia de un criminal, pero esto no beneficia moralmente al criminal, y sólo le ha evitado una forma de castigo. La única ley moral que es capaz de justificar o condenar demanda que el hombre se eleve, o cumpla con el castigo por haber roto la ley para

obligar a este progreso. No hay perdón para el pecado, excepto el perdón personal, pues el Principio jamás perdona el pecado dejando libre al hombre para cometer la ofensa nuevamente; y deberá sufrir por él lo suficiente como para alejarlo del mismo lleno de aversión. La Verdad no contempla perdón para el pecado, sino lo elimina de la manera más eficaz.

Pedir a Dios que perdone el pecado es “repetición vana como la de los paganos.” La bondad habitual es orar sin cesar, en la cual los motivos se ponen de manifiesto por las bendiciones que traen, bendiciones que, aunque no sean reconocidas verbalmente, atestiguan que somos dignos de ser partícipes del Amor. No podemos orar correctamente y al mismo tiempo creer que Dios, que es el mismo ayer, hoy y siempre, es mutable o es influenciado en lo más mínimo por el sentido mortal de lo que el hombre necesita. Él, que es inmutablemente justo, hará justicia sin que nadie se lo recuerde; y la sabiduría del hombre es insuficiente para gobernar a Dios. (293) No nos pondríamos frente a una pizarra para rogar al Principio de las matemáticas que resolviese un problema para el hombre; tampoco debemos pedir al Principio del bien que haga un trabajo que ya está hecho, y del cual sólo tenemos que beneficiarnos, esto es, entenderlo, para poder recibir sus bendiciones. El Principio del hombre debe ser reflejado por el hombre, de otra manera no es la imagen y semejanza de lo que es paciente, tierno, y fiel, sí, de Aquel que es toda bondad; sin embargo, elevarnos sobre esto, y entender que “Dios es Amor” es obra de la eternidad.

“Cuando oréis, entrad en el aposento, y una vez que hayáis cerrado la puerta, orad al padre que está en lo secreto, y vuestro padre, que ve en lo secreto os recompensará públicamente.”

El aposento significa el santuario del Espíritu, su puerta se abre al Alma, y no al sentido, se abre a la Verdad, a Dios, y se cierra al error. El padre en lo secreto es el Principio del hombre, lo que el sentido personal no ve, la Inteligencia infinita que sabe todas las cosas, y que recompensa según los motivos, viendo la mente y no las palabras. La “oración del justo” que “sana al enfermo,” va de acuerdo con la manera que nuestro Maestro enseñó cuando mandó a sus estudiantes a entrar en el Espíritu de la oración, con la puerta del sentido personal cerrada, los labios mudos, y el hombre en audiencia con su Creador, donde el Espíritu en vez de la materia, y el Alma en vez del sentido, son entendidos como el punto de vista del ser, y como siendo el Principio del mismo que destruye el pecado, la enfermedad y la muerte. Así el poder de la Vida, el Amor y la Verdad, destruirán el pecado, la enfermedad, y la muerte, y ampliarán las capacidades del hombre revelando así el dominio que Dios le dio sobre la tierra; pero habremos de recordar que “sólo los puros de corazón verán a Dios”; serán capaces de tomar esta posición científica de la oración en la cual el sentido personal es silenciado, y el Espíritu es el amo del hombre. (294) Después de un cese momentáneo en la creencia y sueño de Vida en la materia mediante el cual la Vida, que es Dios, se revela a sí misma, viene el entendimiento y la conciencia del dominio sobre el cuerpo que echa fuera el error y sana al enfermo, y habláis como quien tiene autoridad. Hemos enseñado a nuestros estudiantes los pasos de esta oración; dejemos que ellos respondan hoy si los han seguido. Una renuncia absoluta a las cosas materiales debe preceder este entendimiento espiritual avanzado; los ‘ismos’ y el espiritismo lo retrasan más que ninguna otra cosa.

Esta oración no es fe; es demostración; sana al enfermo y eleva al hombre en la escala del ser; reconoce la falsedad del sentido personal y reconoce la Vida que es Alma.

Sólo conforme nos elevemos sobre la sensualidad y el pecado podremos alcanzar este punto de vista. La oración dirigida a una persona nos impide dejar la personalidad para poder captar el Espíritu impersonal al cual todas las cosas le son posibles. No podemos servir a dos amos, si estamos sensiblemente con nuestros cuerpos y por lo tanto con nuestras palabras y consideramos a la Omnipotencia como una persona cuyo oído tenemos que alcanzar, no somos Alma, Vida, Amor y Verdad, y por lo tanto no estamos en la armonía del ser y en unidad con el Padre, “En la demostración del Espíritu y el poder.” Haced una realidad consciente por un instante del hecho de que la Vida y la Inteligencia no están en el cuerpo, y os encontraréis sin sensación en el cuerpo, y si estáis enfermos, os encontraréis sanos; la aflicción se convierte en alegría cuando nos volvemos Alma consciente, capaces de gobernar al cuerpo con la Vida, la Verdad y el Amor; de aquí las palabras de nuestro Maestro: “El Padre y yo somos uno,” que llevaron a cabo dichas obras benditas, y “obras mayores que las mías,” (en la carne) “haréis vosotros, pues voy al Padre.” (295) La posición científica de la Inteligencia es el Alma triunfante sobre el sentido.

Ausentes del cuerpo y presentes con el Señor no es éxtasis o trance, sino hacer conciencia de la ciencia de la Vida tal como es explicada en este volumen; es obediencia, a la ley de Dios – gobernando el cuerpo mediante el Espíritu en vez de la materia; por lo tanto, nuestro Maestro dijo: “En esta forma debéis orar —

Padre nuestro, que estás en el cielo,
Santificado sea tu nombre;
Vénganos tu reino,
Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
Y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden,
Y no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal,
Pues tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por siempre.”

La siguiente es la interpretación espiritual del Padre Nuestro:

Principio del hombre armonioso y eterno,
Inteligencia innombrable y adorable,
Espiritualiza al hombre;
Controla las discordias de la materia con la armonía del Espíritu.
Danos el entendimiento de Dios,
Y la Verdad destruirá la enfermedad, el pecado y la muerte, así como destruye la creencia en la materia inteligente.
Guía al hombre hacia el Alma, y libéralo del sentido personal
Pues Dios es Verdad, Vida, y Amor, por siempre (296)

La expiación es la unidad con Dios; es el cumplimiento de la Vida, la Verdad y el Amor a través de lo cual se destruyen la enfermedad, el pecado y la muerte. Jesús de Nazaret explicó y demostró su unidad con el Padre, y por ello le debemos amor y honra

ilimitados, aunque en la época de sus obras haya recibido menos gratitud y honra que otros hombres. Su misión era doble, individual y colectiva; llevó a cabo la tarea de la Vida correctamente en justicia consigo mismo, y nos mostró cómo llevar a cabo la nuestra, sin embargo, él no hizo el trabajo que nosotros mismos debemos hacer, ni tampoco nos relevó de una sola de nuestras responsabilidades en esta tarea. Nos enseñó el camino de la Vida, su Principio y prueba, demostrando lo que enseñó, para que pudiésemos entender su Principio; cómo éste sanaba a los enfermos, echaba fuera el error, y triunfaba sobre la muerte. Jesús mostró más la idea de Dios que lo que puede un hombre cuyo origen es menos espiritual que el suyo, por lo tanto, demostró más que otros el Principio del ser, y su unidad con Dios. Él entendió la ciencia que estaba detrás de sus palabras; “Yo soy la Verdad y la Vida,” “Yo y el Padre somos uno.” Cualquier referencia a sí mismo era hecha al Cristo, el Principio del hombre Jesús, pues no llamó a la Inteligencia hombre, sino Dios. No recurrió a una persona para que destruyera la enfermedad, el pecado, y la muerte, sino recurrió a la Verdad, la Vida y el Amor. La misión de Jesús fue demostrar la ciencia de la Vida, de la cual él era su idea, el elegido por el Principio para probar a Dios, y lo que Dios hace por el hombre.

La creencia había establecido la conclusión falsa según la cual Dios estaba en la materia; que la Verdad y la Vida estaban en el hombre, y que el hombre era mortal, pecador, enfermo y sujeto a la muerte. Él quiso mostrar que esta creencia era lo opuesto mismo a la Verdad, y que el Espíritu no estaba en la materia, de aquí la muerte en la cruz y la re-aparición de Jesús en concordancia con su declaración científica de la Vida, es decir: “Aunque destruyeseis este templo (el cuerpo), yo (el Espíritu) lo reconstruiré.” (297) Él “yo,” es la Vida, la Sustancia, y la Inteligencia del universo y del hombre, la cual no está en la materia que podéis destruir. Sus bellas metáforas y parábolas del árbol y su fruto; el manantial y sus aguas; la cizaña y el trigo; el sembrador y el labriego; etc., explicaban que la Inteligencia y la Vida no se mezclan con el pecado y la muerte. Él colocó el hacha de la ciencia en la raíz del “árbol del conocimiento” para derribar todo lo que abarcaba doctrinas opuestas; de aquí el odio del error hacia él, y la aprobación de la Verdad. Esta idea más pura y espiritual, llamada Jesús, destruyó las creencias de la Vida en la materia, y dio al hombre el entendimiento del Principio del ser. Aquellos estudiantes que siguieron sus instrucciones y ejemplo lo amaron y lo honraron, y aquellos que no lo hicieron lo odiaron y lo deshonraron. Los primeros echaron fuera el error y sanaron a los enfermos con el Cristo, la Verdad; los últimos lo intentaron hacer sólo en nombre de la Verdad. De los setenta que enseñó, sólo once permanecieron fieles, y esto muestra cuán lejos estaba la ciencia que él enseñó y demostró de la aceptación del mundo del sentido. Cuando Cristo, la Verdad, regrese, ¿encontrará fe en la tierra? Hace más de dieciocho siglos: “Vino a los suyos, pero éstos no lo recibieron.” Aquellos que profesan al Cristo son a veces los primeros en rechazar la Verdad si ésta contradice a sus creencias; peor aún, sus más ardientes perseguidores fueron los de esta última clase. Los pescadores honestos que poco tenían que dejar fueron los que dejaron todo por Cristo, la Verdad, hasta que el progreso obligó al cambio, y el culto Pablo dio un paso al frente por la Verdad. (298)

Cuando un maestro de música demuestra por medio de una ejecución maestra la armonía de la música, está dando prueba de un Principio que el estudiante debe entender; pero si esta demostración requiriese también de un sacrificio indecible, deberíamos admitir que el Principio de ésta no era sólo la armonía, sino también

el Amor. Este es el bello significado de las enseñanzas del Maestro y de su demostración; probó la ciencia del ser no sólo al destruir la enfermedad, el pecado, y la muerte, sino también el significado de la Vida sin muerte, y en esta prueba estaba incluido su Amor. El error esperaba destruir la Verdad y asesinar a Jesús. Aquellos por los cuales él abandonó todos los honores mundanos para cargar con sus dolencias a fin de que por sus heridas fueran sanados, fueron sus acusadores. Igualmente, hoy en día será un mártir cristiano el que mejor entienda la Verdad del ser, y será el más calumniado, perseguido y condenado.

El maestro de música que demuestra a beneficio de otros, de ninguna manera los ha relevado de dar la prueba que es un requisito para mostrar dónde están en la ciencia; más bien lo hace como ejemplo para que ellos entiendan lo que deben demostrar. La fe implícita en el maestro, cuya auto-abnegación y trabajo han producido bendiciones sobre el hombre, jamás hará músicos de los estudiantes; ellos deberán ir y hacer lo mismo, de otra manera no estarán aprovechando sus talentos, los cuales, si no son aprovechados, los condenan. Debemos entender el Principio que Jesús enseñó, a cualquier costo, y practicarlo, o no somos cristianos.

La ciencia de la Vida que nuestro Maestro demostró, no era una teoría, doctrina, o creencia; sino reveló un Principio que se probaba a sí mismo; y esta prueba no eran las formas o sistemas religiosos, sino la ciencia del ser que sacaba a relucir las dulces armonías de la Vida. (299) Jesús informó a Juan cuál sería la prueba de la llegada del Cristo cuando dijo: “Id, y declarad a Juan las cosas que habéis visto y oído; los enfermos se sanan, los cojos caminan, los sordos oyen, y a los pobres se les predica el evangelio.” Hablad a Juan de esta demostración; y Juan el espiritual percibirá de inmediato que Dios es el Principio de dichas obras. La materia médica profesa también la habilidad de sanar, y los fariseos profesan enseñar el Cristo, la Verdad, pero ellos sólo obstaculizaron el éxito de la misión de Jesús; muchos de los setenta a los que él había enseñado, le obstruyeron también el paso, junto con aquel que temerariamente lo traicionó, entregándolo en manos de sus enemigos. Si nuestro Maestro nunca hubiese tenido un estudiante, no habría muerto en la cruz; pero su misión no se habría cumplido, y a su historia le habría hecho falta su dulce pasión. A través de la persecución inmerecida vemos el destino de la ciencia en un mundo de error, y la recepción que un mundo sensual da al Principio que contradice el sentido personal con el Alma.

Aunque amo a Jesús más que a ningún hombre de las eras pasadas o del presente, sabiendo que debió abrirse paso solo a través de un camino de espinas para llegar al trono de la Sabiduría, y que en agonía silenciosa exploró el camino para otros, todavía no puedo ver cómo esto nos haya evitado una sola experiencia individual, o aun el cáliz que habremos de beber en proporción a nuestra preparación para beberlo y poder demostrar a Dios por encima de todo. Guardar los mandamientos de nuestro Maestro y seguir su ejemplo es nuestra única retribución apropiada y la única evidencia de gratitud que podemos dar por todo lo que él hizo por nosotros; pero esto no es una devoción personal, ni la recompensa a una persona, sino entender el Principio que Jesús enseñó y probó, y seguir en la medida que podamos, su ejemplo; separarnos del mundo del error y avanzar vigorosamente hacia la Vida que es la Verdad y el Amor. (300) Los placeres, disgustos o halagos terrenales no son más que fantasmas vacuos comparados con el premio que se alza ante nosotros: “Y olvidando ciertamente lo que queda atrás y

extendiéndome a lo que está adelante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo” desechando el sentido personal y el sentido, a cambio del Alma, el Principio del ser.

Cada punzada de arrepentimiento, cada sufrimiento por causa del pecado (acompañada de un esfuerzo reformativo) y cada obra buena, expían el pecado. Pero si el pecador tiene remordimientos y continúa orando, y pecando, y sintiendo remordimiento, éste no tendrá parte alguna en la expiación, en la *unión* con Dios. Entender a Dios, “A quién conocer correctamente es Vida eterna,” es hacer la voluntad de la Sabiduría; y aquel que no demuestra, en parte, el Principio abarcado en las enseñanzas y práctica de nuestro Maestro, no tiene parte en Él. Si no obedecemos la ciencia del ser de conformidad con su Principio, Dios, no deberíamos estar confiados en la salvación del hombre sólo porque Dios es bueno y el hombre se arrepiente. Pero si estamos madurando espiritualmente, y el error está cediendo ante la Verdad en nuestras demostraciones del ser y en nuestra vida y conversaciones diarias, habremos de decir al fin: “he dado una buena batalla y mantengo la fe;” pues soy un hombre mejor. Esto es tener parte en la expiación o unión con Dios. Si un hombre está quieto, orando y tiene la expectativa de que, a través de la bondad de otro hombre, de sus sufrimientos y de sus triunfos, va a alcanzar su armonía y su recompensa, ese hombre oscilará como el péndulo entre el pecado y la esperanza del perdón; el egoísmo y la sensualidad lo llevarán continuamente a esto, y su maduración será lenta. Una expiación o unión con el Amor y la Verdad es aplicar el significado de la Vida de Jesús y no el de su muerte a las obras y al carácter cristiano; y no es ocultar o perdonar el pecado, sino destruirlo en la forma más eficaz. (301) Cuando la Verdad coloca el hacha en la raíz del error diciendo: derribadlo, entonces vienen las experiencias y los sufrimientos que hacen que uno, como un hombre que se ahogase, se esfuerce vigorosamente por salvarse, y estos esfuerzos son los que lo salvan.

La demanda de la Sabiduría es “Trabajad en la obra de vuestra propia salvación,” y para este fin Dios trabaja con vosotros. “Ocupaos hasta que yo venga,” quiere decir esperad vuestra recompensa sin desalentaros haciendo el bien. Aunque vuestros esfuerzos vayan contra desventajas temibles y no recibáis vuestra recompensa de inmediato, no regreséis al error, tampoco os volváis lentos en la batalla, y encontraréis vuestra recompensa cuando el humo de la batalla se haya disipado, a manera que podáis ver el bien que habréis logrado, y el bien que obtuvisteis por la experiencia. El Amor a menudo se retrasa en liberarnos de las tentaciones a manera de ponernos a prueba y ver si resistimos el fuego de la prueba. Si entendéis lo suficiente de la ciencia del ser para tener fe en lo correcto y no en lo equivocado, trabajaréis con más fervor, aunque sea silenciosamente, quizá más entre la persecución que el aplauso, pues vuestro trabajo es más necesitado; y la recompensa de vuestro auto-sacrificio será grande, aunque nunca sea aquí. La liberación final del error por medio de la cual nos regocijamos en la inmortalidad, en la libertad ilimitada, y en la liberación del pecado, no se obtiene a base de pasos fáciles, ni a través de doctrinas o de hacer una ofrenda de fe a alguna personalidad. Aquel que crea que la ira es justa o que se apacigua con la muerte inmerecida de un hombre bueno, no puede entender a Dios. La justicia no requiere otra retribución que la del pecador, la misericordia que cancela sin sacrificio o pago, o la venganza son inadmisibles en el Amor. La ira apaciguada no es destruida, sino consentida, y puede requerir otro sacrificio si el anterior no fue suficiente. (302) Sin

embargo estos son rasgos propios de las Deidades paganas, y no de nuestro Dios, el Principio que es Amor.

La ira de Dios descargada sobre su único hijo no tiene lógica o humanidad, y no es más que una creencia hecha por el hombre. El hermoso significado de este punto complicado en teología, la expiación, es que el sufrimiento es un error del sentido personal que la Verdad destruye, y el pecado cae entonces como rama rota a los pies del Amor. Las enseñanzas de los rabinos decían que “aquel que toma una doctrina firme en la fe, lleva al espíritu santo en él.” Pero esta enseñanza provocó una fuerte censura de nuestro Maestro cuando dijo: “la fe sin obras está muerta.” La fe como creencia no es más que un péndulo entre algo y la nada, no tiene fundamentos; pero el entendimiento avanzado que algunas veces es mal llamado fe, es la evidencia que se obtiene del sentido espiritual que censura la creencia del sentido personal, y que saca a la luz, por la experiencia, la Vida que es Dios. En hebreo, griego, latín, e inglés, la palabra fe tiene dos significados, a saber: “estar lleno de confianza” y “ser digno de confianza o fidedigno”. El primer significado coloca toda la confianza en otro, el segundo entiende y confía en sí mismo. “Señor, creo, ayúdame con mi incredulidad,” es un ruego que expresa la indefensión de una fe ciega, mientras que: “Creed, y os salvaréis,” expresa una fe de auto-confianza y fidedigna que implica el entendimiento que trae su propia recompensa. El hebreo nos da el significado siguiente del verbo “creer”: “Ser firme, constante, duradero,” y esto ciertamente se aplica a la Verdad entendida; pues firmeza en el error jamás salvaría al hombre de la enfermedad, el pecado, o la muerte. Familiarizarse con los textos originales, junto con una disposición a abandonar creencias que fueron fundadas sobre dinastías y las peores pasiones del hombre, tomar el punto de vista progresista de la civilización, y tener el sentido espiritual de la Verdad, hacen de las Escrituras un mapa de la Vida para el hombre. (303)

Cristo y Dios son palabras sinónimas. Cristo significa el Alma y Principio del hombre Jesús. La manera de expresarlo en las Escrituras nos da el significado de esta relación, a saber, Jesús, el hijo de Dios, esto es, la idea del Principio y el vástago del Alma y no del sentido.

PubliusLentulus escribió lo siguiente a los padres de la Roma antigua: - “Los discípulos de Jesús creen que es el hijo de Dios.” Aquellos a los que enseñó la ciencia del ser alcanzaron la percepción gloriosa según la cual Dios es el único autor del hombre. La Virgen Madre fue la primera en concebir esta idea de Dios, y la nombró Jesús; la iluminación del sentido espiritual había acallado al sentido personal con María, así venciendo a la ley material y estableciendo, por medio de la demostración, que Dios es el padre del hombre. La ciencia del ser cubrió con su sombra el sentido puro de la Virgen Madre con un reconocimiento pleno de que el Espíritu es la base del ser. La idea que nosotros llamamos Sustancia, y que María nombró Jesús, vivió por siempre en el seno del Padre, en el Principio del hombre, y la mujer lo percibió debido a su naturaleza más espiritual. La creencia de que la Vida se origina con los sexos, es más profunda en las naturalezas más materialistas, mientras que el entendimiento del origen espiritual del hombre llega sólo a aquellos que son puros de corazón. Hombre y mujer, como ideas de Dios, a saber, el Espíritu, cumplen la expectativa del Alma, y son evidencias inmortales de que el Espíritu es armonioso y el hombre, eterno. Jesús fue el vástago de la autoconciencia divina de María en la Sabiduría creativa; por lo tanto, él fue más

espiritual, fue más la idea de Dios y demostró la ciencia de la Vida como otros no pueden, porque su origen es material. (304) Esta idea de la Verdad vino a censurar el error de los rabinos; vino a señalar el camino de la Verdad y la Vida, y a demostrar, como lo hizo a través de toda la carrera terrenal de Jesús, la diferencia entre el vástago del Alma y el vástago del sentido; de la Verdad y del error; Cristo era Dios; por lo tanto era el Principio del hombre Jesús, en otras palabras, su Padre; Jesús no reconocía los lazos de la carne, y dijo: “No llaméis Padre a ningún hombre sobre la tierra, pues vuestro único Padre es aquel que está en el cielo.” También dijo: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Sólo aquellos que hacen la voluntad de mi Padre.” No tenemos registro de que haya llamado padre a ningún hombre jamás. Él reconocía a Dios como el único Principio del ser, por lo tanto, el Padre de todo.

Al referirse al materialismo de la era, dijo: - “Se acerca el tiempo, y es *ahora* en que aquellos que adoran al Padre lo adorarán en *Espíritu* y en Verdad.” Así también, previendo la persecución que habría de sufrir la introducción de esta ciencia, dijo: - “Se acerca el tiempo en que pensaréis que aquel que matase, estará sirviendo a Dios.” “Estas cosas os harán pues no han tenido conocimiento del Padre o de mí.” En otras palabras, ignoran el Principio del ser; su padre, en la tierra y en el cielo, es personalidad en vez de Principio; ignoran también el origen del hombre, su naturaleza y existencia verdadera. El mundo del error está ciego a la Verdad del hombre, y el mundo del sentido está ciego a la Vida que es Alma. Jesús no fue entendido ni en su origen, ni en su naturaleza, ni en sus obras; ninguna de las partes componentes de su ser fue entendida por el mundo del sentido. (305) Ni siquiera su equidad, ni su pureza pudieron impedir la acusación de que era Belcebú, el rey de los pecadores, un glotón, y el amigo de lo impuro. Mártir cristiano del siglo diecinueve: ¿habéis sufrido la mitad de la injusticia que recibió Jesús? Entonces recordad que “el sirviente habrá de hacer como su Amo,” y os encontraréis dignos de desatar las correas de las sandalias de la fe de vuestro Maestro. Concluir que la persecución por causa de la equidad pertenece al pasado, y que el cristianismo de hoy está en paz con el mundo, y es honrado por sectas y sociedades, es tergiversar la naturaleza misma del cristianismo. La historia se repite a sí misma; las pruebas por las que pasa el profeta, el discípulo, y el apóstol, “aquellos de los cuales la tierra no era digna,” les esperan, en alguna forma, a los pioneros de la Verdad.

Las Escrituras nos informan que Jesús era capaz de leer los pensamientos del hombre, descubriendo así los resortes escondidos tras los actos, e interpretándolos según los motivos. Jesús percibía los pensamientos de sus estudiantes al caminar con ellos, y les respondía preguntas que no expresaban pero que requerían explicación. Este leer la mente no era clarividencia, sino ausencia del cuerpo, era una penetración espiritual por medio de la cual mostró a la mujer de Samaria su error, y con ello la convenció de su superioridad sobre el hombre, y cuando ella se fue, dijo: “¿No es éste el Cristo?” ¿No es ésta la Verdad del hombre que discierne el error? Las obras maravillosas de Jesús se explican fácilmente cuando recordamos que Cristo es Dios y que Jesús se apegó a lo que él era, Dios, y produjo desde el punto de vista de su ser-Dios, y esto es la ciencia del ser.

Un magistrado que vivió en la época de Jesús escribió: “Su censura es temible,” y el lenguaje enérgico de Jesús en las Escrituras al reconvenir la hipocresía confirma este reporte, pero la evidencia más contundente de que su censura era aguda y acre, es la necesidad que había para ella cuando echaba fuera a los demonios y sanaba a los

enfermos. (306) La única cortesía que la Verdad intercambia con el error es: “Aléjate de mí, Satanás.” Hay demasiado valor animal y no hay suficiente valor moral en la sociedad. Los cristianos se levantan en armas contra el error aquí y más allá de las fronteras, y luchan contra el error en sí mismos y en los demás, y continúan con esta batalla hasta que llegan a la meta y reciben su recompensa.

Si habéis triunfado lo suficiente sobre los errores del sentido personal para que el Alma tenga la supremacía del poder sobre vuestro ser, odiaréis el pecado y lo censuraréis sin importar bajo qué máscara pueda aparecer, y podréis bendecir a vuestros enemigos en esta forma solamente, aunque ellos no lo entiendan así. No podemos escoger otro camino que el de trabajar en la obra de nuestra propia salvación bajo el Principio que Jesús enseñó y demostró, esto es, echar fuera los demonios, sanar al enfermo, y predicar el evangelio a los pobres. Un cobarde moral no está preparado para llevar el estandarte de la Verdad, y Dios no lo pondrá jamás en sus manos.

Un miembro de la iglesia metodista nos dijo una vez: “Espero que cuando escriba su libro sobre la ciencia se extienda bastante sobre el tema de la expiación.” Espero que después de leer estas páginas, si “el brazo del Señor le es revelado” a esa mente, comenzará nuevamente su propio trabajo y que, con la unción del cristianismo primitivo, se sane a sí misma y a los demás, y obtenga así la libertad de los hijos de Dios. Esto es regeneración, y ser partícipe de la expiación, y entender por qué sufrió y triunfó Jesús. Pero la Verdad, elevando su voz por encima de las ‘ologías’ y de los ‘ismos’ y requiriendo una reconstrucción del hombre, habrá de ser perseguida, y aquellos que no han tocado su manto, ni sentido en su cuerpo su sanar, la perseguirán. (307)

Si todos aquellos que son partícipes del sacramento tuviesen la intención de conmemorar los sufrimientos de Jesús, habrían bebido “su cáliz,” habrían revolucionado el mundo; o si todos los que participan hoy de estos símbolos, fueran cristianos, tomarían su cruz, sanarían a los enfermos, echarían fuera el error, y predicarían el Cristo, la Verdad, a los pobres, y todo ello establecería el milenio.

Pero no todos los que comen pan y beben vino en memoria de Cristo están preparados o dispuestos a beber su cáliz, y a dejar todo por Cristo, la Verdad, y la Vida, que es Dios. Entonces a qué atribuir esta disponibilidad hacia un ritual muerto, antes de mostrar en vuestro cuerpo que la Verdad ha llegado a vuestro entendimiento, y que ésta sana al enfermo y hace al cuerpo santo y aceptable, lo cual es, como dijo Pablo “nuestro único servicio razonable.” Si el Cristo, la Verdad, ha venido a nosotros en la demostración, ninguna conmemoración es requisito, pues es “Dios con nosotros.”

“Mientras ellos comían, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y se lo dio a sus discípulos diciendo: ‘tomad y comed, esto es mi cuerpo.’ Luego tomó el cáliz, dando gracias, y se lo dio a sus discípulos diciendo: ‘bebed todos de él.’”

El glorioso sentido o prueba de ese momento se pierde espiritualmente cuando se le confina al sentido literal, o al uso del pan y del vino. Los discípulos comían cuando Jesús oró y les dio el pan. Esto hubiera sido inapropiado en un sentido literal; pero en su sentido espiritual era natural y hermoso. Jesús oró; estaba “ausente del cuerpo y

presente con el Señor.” (308) Sus seguidores, silenciosos, humildes, pacientes, auto sacrificados, y fuertes, anticipando que se acercaba la hora de la traición a su Maestro, participaron del maná que había alimentado a los seguidores de la Verdad perseguidos en el desierto. Su pan descendió del cielo; era la gran Verdad del ser espiritualizado que a menudo había sanado a los enfermos y echado fuera el error; su Maestro lo partió, se los había explicado antes, y ahora los alimentaba, sosteniéndolos; ellos también lo habían llevado de casa en casa, “partiéndolo”, explicándolo a otros; y ahora los confortaba. Por esta Verdad su Maestro estaba a punto de padecer violencia, y su cáliz de dolor permanecería con ellos; él había bebido de él y aun lo agradeció después de que en una debilidad momentánea dijo: “que no haya de beber este cáliz,” y ahora, recordando también la cruz y la corona sobre ella, dijo a sus seguidores: “Bebed todos de él.” Profesantes de Cristo ¿Estáis bebiendo su cáliz? ¿Estáis participando de la sangre del Nuevo Testamento, los sufrimientos y las persecuciones que acompañan un nuevo entendimiento de Dios? ¿Habéis bebido de este cáliz? Si no es así, ¿podéis decir que habéis conmemorado a Jesús en su “cáliz”? Cuando lo humano luchó con lo divino, nuestro gran ejemplo dijo: “que no sea mi voluntad, sino la Tuya”; que no sea el sentido personal, sino el Alma representada por mí. Este entendimiento nuevo del Amor que es impersonal renuncia a todo por Cristo, la Verdad, bendice a quienes la maldicen, sana al enfermo, echa fuera el error, levanta a los muertos en la creencia, y predica el evangelio a los pobres.

El rabino y el sacerdote enseñaron una ley material: “ojo por ojo y diente por diente,” y también: “aquel que derramase sangre de hombre, por el hombre será derramada su sangre”; pero Jesús no enseñó así; no fue así como el nuevo albacea de Dios entendió su voluntad; su ley era el Amor, y dijo: “No hay mayor amor que el que da su vida por un amigo,” sólo que él hizo esto por sus enemigos, dando muestra del Amor, la Vida y la Verdad que es expiación (de-una-mente) con Dios. (309)

Enseñó que el primer deber en la lista de los cristianos era sanar al enfermo; no dio importancia a las ceremonias muertas; era el Cristo viviente, la Verdad que es la Vida, eso fue lo que le hizo ser la resurrección y la Vida para quienes lo siguieron. Así, siguiendo sus preceptos preciosos y siguiendo su demostración en su entendimiento, beberemos en verdad su cáliz y seremos bautizados en su pureza, hasta que nos sentemos con él renovados en un entendimiento más pleno del Principio del hombre, Jesús. “Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que él venga.”

Una creencia jamás podrá mostrar las obras del entendimiento, y hasta ahora jamás ha seguido a Jesús en su demostración; para hacer esto debemos consagrar nuestras vidas al Principio por el cual fue crucificado, y estar dispuestos a apurar el cáliz que le acompaña hasta el fondo. “Pues por causa de esto muchos están débiles y enfermos entre ustedes, y muchos duermen.”

Los ritos encadenan las alas del Alma, materializan y obstaculizan el Espíritu haciendo que nos apeguemos al cuerpo, pues la materia nos separa del Espíritu. Hablamos de la expiación de Cristo que reconcilia a Dios con el hombre; pero Cristo es Dios, y Dios no tiene que expiarse a Sí mismo pues no hay nada más elevado que conciliar. Sin embargo, el Amor y la Verdad no están en posición irreconciliable con la idea de Dios,

y el hombre es esta idea. Pero siendo el hombre la sombra del Todopoderoso, éste no le puede exceder en Amor; o reconciliar la Verdad con el error. Sus estudiantes entendieron los sufrimientos, las enseñanzas, y las demostraciones de su glorioso maestro mejor que todo esto. (310) Cuando Jesús renunció al cuerpo material para permitir su inmólación, y después cuando lo presentó a sus estudiantes inalterado, probó lo que les había enseñado, mostrándoles que no estaba muerto, y ellos supieron que esto era la prueba del Principio que les había enseñado, y que contradice nuestras opiniones acerca de una resurrección futura, o respecto a la adquisición de un cuerpo espiritual con el cambio llamado muerte; su cuerpo era una creencia en la materia, como lo era anteriormente, hasta que se elevó al Espíritu más allá del alcance del sentido personal y triunfó sobre el último enemigo, la muerte, así como anteriormente había conquistado la enfermedad y el pecado, y esto era lo que sus seguidores debían conmemorar en sus vidas en el grado que entendieran sus enseñanzas y su demostración; de aquí el dicho: “Obras como éstas haréis, y obras mayores aun.”

La teología explica la crucifixión de Jesús como un perdón ya preparado para todos los pecadores; y el espiritismo encuentra su muerte necesaria solamente para la presentación después de la muerte, del Jesús personal; llamando a esto “el regreso del espíritu.” Nosotros diferimos de ambas explicaciones, y aunque respetamos todo lo que es bueno en la iglesia, y fuera de ella, nuestra consagración última a Cristo ha sido sobre la base de la demostración y no de la profesión, sí, seguir los mandamientos que él dio a aquellos que envió. Por razones de conciencia no nos atrevemos a mantener la creencia anterior, ya que el entendimiento parcial del Principio de esta demostración, la Vida, y no la muerte, que Jesús mostró, nos levantó de una enfermedad sin esperanza y nos dio el triunfo sobre la enfermedad y el pecado, mientras que nunca nos habíamos beneficiado en lo absoluto de nuestras creencias anteriores y de la profesión de la religión.

La eficacia de la crucifixión de Jesús está en la Verdad práctica que demostró para nuestro entendimiento, y que ultimadamente liberará a la humanidad de la enfermedad, el pecado y la muerte (311). De esta Verdad él ya les había hablado cuando estaba entre ellos, pero no fue sino hasta que ellos lo vieron triunfar sobre la tumba que los discípulos fueron capaces de admitir y demostrar plenamente su Principio. Tomás contempló la idea de esto en Jesús, (después de su supuesta muerte) siendo obligado a reconocer cuán completa era la prueba. A partir de todo lo que los discípulos habían visto y sufrido, se volvieron más espirituales, y por lo tanto pudieron entender mejor lo que el Maestro les había enseñado. Esto fue por lo tanto la resurrección, pues los levantó de la ceguera de una creencia en Dios, al entendimiento de Aquel “a quién conocer correctamente era la Vida.” Ellos necesitaban esto, pues muy pronto su querido Maestro que justo se había elevado a su comprensión, volvería a elevarse nuevamente, más alto en la escala espiritual del ser, mucho más allá de ellos en recompensa a toda su fidelidad, y pronto desaparecería a su sentido más material en lo que la historia bíblica llamaría la ascensión. Los antiguos profetas que precedieron a Jesús predijeron su llegada, y la recepción que el mundo del sentido daría a la Verdad; hay pues una conexión inseparable entre sus experiencias y aquellas de todo cristiano que percibe la idea y que acepta el entendimiento de Dios. Jesús, nacido de una madre virgen, fue un mayor milagro para esa era que para ésta; pues hoy los naturalistas nos proveen reportes según los cuales hay embriología en algunas especies sin el elemento varón. El bebé de

Belén era la aproximación más cercana a la ciencia del ser desde el registro del Génesis, en la cual el Espíritu hace al hombre; pues el hombre nacido de mujer era el advenimiento usual del hombre mortal, y esta creencia material fue la que se introdujo en la concepción espiritual de Jesús por María. Esto último nos explica las luchas en Getsemaní, pero esto mismo también fue lo que lo convirtió en mediador entre Dios y el hombre mortal. (312) Esta carencia de la totalidad de la ciencia en el advenimiento de Jesús, produjo su discordia, y encontró su destino en la muerte. Sin embargo, si su origen y nacimiento se hubieran apartado completamente de la creencia mortal, Jesús no habría podido ser reconocido por el hombre mortal; y “él era la luz que habría de iluminar a cada hombre que llegara al mundo;” por lo tanto él debía ser el mediador o intérprete de la Verdad sobre el error que destruiría el error y censuraría el sentido personal con el Principio del ser.

Jesús jamás salvó al hombre pagando la deuda en que incurre el pecado; aquel que peque deberá sufrir. Este mártir cristiano sufrió por la Verdad que destruye el error, y aunque bendijo al mundo entero, esto fue por lo cual éste lo odió; pero el pecador deberá aprender la Verdad mediante sus sufrimientos. El Amor no negocia con el pecado, y no paga la deuda que este contrajo; pero sí puede señalar el camino para escapar de él y alcanzar la armonía y la ciencia del ser. La sangre de ese hombre justo, derramada por pecadores, fue un crimen que no ofrece bases para mayor pecado ni para la creencia de que será perdonado; fue una injusticia para la humanidad que el mejor hombre haya sido sacrificado por los peores hombres. Jesús enseñó el camino para escapar del pecado, pero todo lo que peque, morirá, en otras palabras, el pecado deberá ser destruido. La Sabiduría castiga el pecado en vez de perdonarlo. El efecto terrible de nuestros puntos de vista falsos concernientes a la expiación, es que hacen que el pecador sienta menos temor de pecar, creyendo que, con una lágrima u oración, obtendrá el perdón; esto alimenta la hipocresía y sofoca a la conciencia. El tiempo no está lejos en que nuestros puntos de vista teológicos sobre la expiación, cambiarán tan radicalmente, así como ha cambiado nuestro punto de vista acerca del pozo sin fondo, ardiendo en fuego y azufre, o el punto de vista según el cual solo ciertos elegidos, predeterminados, serán salvados mientras que el resto se perderá. (313) Sin embargo, si no fuera por estos puntos de vista falsos concernientes al perdón del pecado, ni los ministros de la iglesia, ni los hombres comunes romperían jamás el mandamiento: “No cometerás adulterio,” para acto seguido hablar de su amor a Dios y de la experiencia cristiana.

El significado dulce y espiritual de la muerte en la cruz es el Amor que renuncia a todo sobre la tierra para instruir a sus enemigos sobre el camino al cielo, probando lo que el cielo es, y cómo obtenerlo. Decimos que la sangre de Jesús es eficaz para salvar a los pecadores; es la eficacia de la Verdad y del Amor que Jesús enseñó y demostró lo único que puede destruir el pecado; los pecadores jamás son salvados. La sangre de Cristo fue una ofrenda del Espíritu y no de la materia, fue una promesa del Amor que no muere. ¡Oh!, concepciones más elevadas del sentido espiritual, decidnos qué es el *Amor*.

CAPÍTULO VI.(314)

MATRIMONIO.

CUANDO nuestro gran Maestro acudió a Juan para ser bautizado, este buen patriarca, no comprendiendo sus motivos, se asombró. Jesús, leyendo sus pensamientos le anticipó su propósito diciendo: “Consiente que así sea ahora; porque nos conviene cumplir toda justicia,” en otras palabras, rindió obediencia a las formas comunes hasta que alcancéis el entendimiento de su significado espiritual. El matrimonio es la única forma legal y moral entre la especie más elevada para la generación, y hasta que no discernamos la creación espiritual y la unión de varón y hembra sea aprehendida en el sentido del Alma, este rito deberá continuar bajo estas regulaciones morales para garantizar una mejor virtud. La infidelidad al convenio marital es el azote social de todos los pueblos; es la pestilencia que hace estragos al mediodía. El mandamiento: “No cometerás adulterio,” no es menos imperativo que aquel de “No matarás.” La virtud es la base de la civilización y el progreso; sin ella no hay ningún fundamento verdadero para la sociedad, y sería completamente imposible alcanzar la Ciencia de la Vida; pero la virtud debería ser reconocida; y el temor a tomar posturas responsables con el deber, por temor a que los viciosos os malinterpreten, deberá ser completamente removido. Debido a la escandalosa depravación de la humanidad, la castidad es mirada con suspicacia; se requiere mayor valor moral de la mujer para enfrentar la baja estima que la virtud tiene en la sociedad, que para ayudar a levantar su estandarte del polvo. (315)

La última corrupción del error que busca afianzarse en la sociedad para verla tambalearse bajo una nueva carga de culpa, se llama “amor libre”; en la cual “ellos declaran su pecado como en Sodoma, sin esconderlo,” pero la audacia de la depravación mostrará su deformidad. Una unión de la mente masculina y femenina parece ser requisito para la compleción; la primera alcanza un tono más elevado por la comunión con la segunda; y la segunda obtiene valor y fuerza de la primera; por lo tanto, estas individualidades diferentes se encuentran y se demandan mutuamente, y su armonía verdadera es la unidad del Alma. La mujer debería ser amorosa, pura, y fuerte. El hombre debería ser tierno, intelectual, controlador; la atracción entre los sexos será perpetua sólo en la medida en que sea pura y verdadera, y que, como las estaciones, traiga consigo sus dulces cambios y su renovación. La belleza, la riqueza, o la fama, son incompetentes para satisfacer las exigencias de los afectos, y nunca deberían tener preponderancia sobre las demandas más honestas del intelecto, la bondad, y la virtud. La felicidad es espiritual, nacida de la Verdad y del Amor; no es egoísta; por lo tanto, no puede existir sola, sino requiere un objeto para valorar. Nuestros afectos no se dispensan en vano, aunque no sean correspondidos; enriquecen el ser, lo engrandecen, lo purifican y lo elevan. Las ventiscas invernales de la tierra pueden desarraigar las flores del cariño y dispersarlas a los vientos; pero al romper los lazos de la carne, nos unen a Dios, donde el Amor sostiene al corazón angustiado hasta que éste cesa de suspirar por lo terrenal, y abre sus alas para remontarse al cielo.

El matrimonio es o no bendecido según los desengaños que encierre, o los motivos con los que cumpla. (316) El hacer feliz la existencia a través de un trato constante con aquellos que sean aptos para elevarla es el verdadero motivo del matrimonio; los lazos maritales dan vuelo a la alegría, o de lo contrario sus alas caídas se arrastran en el polvo. Las notas mal combinadas producen discordia; los tonos de la mente pueden ser diferentes, pero deben ser concordantes para mezclarse armoniosamente. Una ambición desinteresada, motivos más nobles para la existencia, una mayor armonía, felicidad y utilidad, son diferentes elementos de la mente, que, al encontrarse, y mezclarse producen fuerza en su unión – esto es el matrimonio verdadero. En el matrimonio debe permitirse que haya libertad moral; nunca deben restringirse los actos meritorios de otro por medio de una demanda egoísta de todo su tiempo y atención. Mientras mayores sean las alegrías, mayor será la benevolencia que se difunda, pues la estrechez de miras y los celos que quisieran confinar a una esposa o esposo por siempre en el hogar, no promoverán el dulce intercambio de confianza que surge del amor; pero por otra parte un deseo errático de diversión incesante fuera del círculo hogareño es también un mal augurio para la felicidad. El hogar es el lugar más amado sobre la tierra, y debe ser el centro, mas no el límite de los afectos. Dijo la novia campesina a su prometido: “dos no comen más juntos que separados,” y esto debería señalarnos que una esposa no debería entrar en vulgar extravagancia, o en un confort estúpido, sólo porque otro abastece sus necesidades. La riqueza puede exentarnos de la necesidad de trabajar, o de tener motivos de disgusto en la relación marital, pero nada puede exentarnos de los cuidados del matrimonio. “La que es casada se afana por agradar a su marido,” y esto es justo lo que es muy placentero hacer. Debemos entrar al matrimonio con un reconocimiento pleno de sus obligaciones de largo plazo, y con el más tierno interés en la felicidad del otro, y la aprobación mutua de los cónyuges debería estar presente todos los años de vida matrimonial. El ceder mutuo preserva una unión que de otra manera podría volverse una carga pesada. (317) No se debería requerir que el hombre participe en todas las molestias y cuidados de la economía doméstica, ni que la mujer entienda de economía política; sino que cumpliendo por separado las diferentes exigencias de las distintas esferas de trabajo, sus simpatías se mezclen para confortarse, alegrarse y sostenerse mutuamente, santificando así la sociedad de intereses y afectos sobre los cuales el corazón descansa y está en paz. Palabras tiernas y un interés generoso por aquello que promueve el respeto y la felicidad de vuestra esposa son más eficaces para prolongar su sonrisa y su salud que una indiferencia impasible o los celos; esposos, escuchad esto, y recordad como una cosa tan trivial hubiera podido salvaguardar los tiempos de vuestra primera cita. Luego del matrimonio ya es demasiado tarde para lamentarse de las incompatibilidades de caracteres; un entendimiento mutuo debió existir antes, y continuar después de esta unión. El engaño es fatal para la felicidad. Los votos nupciales jamás son anulados mientras se preserven sus obligaciones morales, pero la frecuencia del divorcio muestra que lo sagrado de esta relación está perdiendo su carácter puritano, y que algún error fatal está minando su base verdadera. Una separación tiene lugar cuando los motivos para el matrimonio no están adaptados al progreso y la felicidad individuales. La ciencia del ser nos eleva inevitablemente más en la escala de la armonía, y ultimadamente sacudirá todas las cadenas que atan a la mente que está madura para avanzar. Por lo tanto, para evitar un rompimiento en la relación marital, es necesario que los gustos, las alegrías y las aspiraciones sean afines para formar un compañerismo feliz. Lo bello, es lo bueno en carácter y es lo que une indisolublemente los lazos del afecto.

El afecto de una madre no puede ser separado de su hijo, pues este afecto incluye pureza y Verdad, y ambas son inmortales, por lo tanto, éste sobrevive pese a todas las dificultades. (318) Por la misma sucesión lógica, aprendemos que lo egoísta y lo impuro es pasajero, y que la Sabiduría finalmente separará lo que no ha unido.

El matrimonio debe mejorar la especie, debe volverse una barrera contra el vicio, una protección a la mujer, una fuerza para el hombre, y un centro para los afectos. Esto, sin embargo, en la mayoría de los casos, no es la tendencia del presente debido a que la educación de nuestra naturaleza más elevada ha sido descuidada por atender a otras consideraciones tales como las diversiones frívolas, los adornos personales, las pasiones, la ostentación y orgullo. Un oído desafinado llama a la disonancia armonía por no haber aprehendido la concordancia; así el sentido personal, no discerniendo la verdadera felicidad del ser, la coloca sobre una base falsa; pero la ciencia corrige la discordia y nos enseña las más dulces armonías de la Vida. El Alma posee dentro de sí recursos infinitos para bendecir a la humanidad, y la felicidad se obtendría más fácilmente y estaría más segura en nuestro haber si la buscásemos en el Alma. Los órdenes más elevados del goce son todos aquellos que satisfacen los anhelos del hombre inmortal; no podemos circunscribir nuestra felicidad dentro de los límites de la riqueza o de la fama. El bien que poseemos debe tener ascendencia sobre el mal, y lo espiritual sobre lo animal, o la felicidad nunca será alcanzada. Esto mejoraría la progenie, disminuiría el crimen, daría objetivos más elevados a la ambición, y prepararía el camino para la ciencia. Los vástagos de semejantes padres heredarían mayor intelecto, tendrían mentes más equilibradas, y constituciones más sanas. Si alguna circunstancia fortuita colocara un hijo más espiritual en brazos de padres burdos, el hermoso niño decaería pronto y moriría, así como una flor tropical decaería entre las nieves alpinas; o al casarse reproducirá en su vástago indefenso los rasgos más burdos de sus ancestros (319). ¿Qué esperanza de felicidad o qué noble ambición pueden cernirse alrededor de un niño que hereda estas propensiones que de no ser vencidas lo reducirán a ser un infeliz despreciable? ¿No es acaso la propagación de la especie humana una mayor responsabilidad que los cultivos en vuestros jardines o la cría de ganado para vuestros rebaños y manadas? Nada que no sea digno de perpetuarse debe ser transmitido a nuestros hijos. La formación y la educación, aun la de la mente mortal, debe mejorarse antes del milenio. La educación más importante del infante es mantenerlo libre de impureza, y dejar que la mente desarrolle al cuerpo armoniosamente; la mente, y no la materia, debería gobernar lo físico. Si los padres crean en su hijo un deseo incesante de diversiones, de ser siempre alimentado, arrullado, cargado o entretenido, que en años posteriores no se quejen de su irritabilidad, o luego de algunos años, de su frivolidad, - todo lo cual ellos han ocasionado y es un error.

El permitir que vuestros pensamientos contemplen vuestras necesidades físicas, seguramente las producirá. Un solo requerimiento más allá de lo necesario para cumplir con las necesidades más modestas de un bebé, es perjudicial. La condición del estómago, los intestinos, el alimento, la ropa, etc., no es de grave importancia para vuestro hijo. Vuestros puntos de vista en lo que a él concierne producirán el único resultado que pueden tener sobre la salud de vuestro hijo. La ablución diaria de un bebé no es más natural o más necesaria que sacar a un pez fuera del agua y cubrirlo de suciedad una vez al día para que pueda vivir mejor en su elemento natural. El aseo y la

virtud van de la mano, pero el aseo debería ser sólo para mantener limpio al cuerpo, y esto puede hacerse con menos de un restriego diario de toda la superficie. (320)

Darle medicamentos a un infante, y notar cada síntoma de flatulencia, o estar dirigiendo constantemente vuestra mente a ellos mientras está cargada con creencias de enfermedad, leyes de la salud, enfermedad y muerte, transfiere vuestra imagen mental a sus cuerpos y dejan ahí su impresión, haciendo con ello que sea probable que en cualquier momento se reproduzca en la enfermedad que teméis. Vuestro hijo puede tener lombrices si vos lo decís, o cualquier temor que vuestra mente abrigue con relación a ese cuerpo; así es como establecéis el fundamento de la enfermedad y la muerte, y educáis a vuestros hijos en la discordia, fuera de la armonía. Toda la educación de los niños debería ir dirigida a formarles el hábito de obediencia a la ley moral y espiritual; no hay que consultar ninguna ley física.

Afanándoos menos con el pensamiento de “qué comeréis, o qué beberéis” haréis mucho más de lo que pensáis por la salud de las generaciones que criáis. Se les debería permitir a los niños que sigan siendo niños en su conocimiento, llegando a ser hombres y mujeres a través del entendimiento de su ser espiritual. No deberíamos pensar ni por un momento que una ley de la materia fuera de nosotros mismos pueda dañar a nuestro bebé, pues no puede. La Inteligencia fuera de la materia que forma el capullo y la flor regulará al cuerpo, así como viste al lirio, si no interferimos con alguna creencia. La naturaleza más elevada del hombre no está gobernada por lo inferior, pues esto anularía el orden de la Sabiduría; los puntos de vista falsos que abrigamos acerca del ser ocultan la armonía eterna y producen los males que nos aquejan. Pero, aunque la creencia en la materia inteligente sea aceptada, y que la ciencia de la mente opuesta sea rechazada, ¿asumiremos que esto es así, o que las así llamadas leyes del sentido son superiores a las leyes del Alma? Si entendéis la ciencia del ser jamás concluiréis que una franela ofrece mayor refugio contra una pulmonía que la Inteligencia que forma al cuerpo. (321) El hombre es el vástago del Espíritu; lo bello, lo bueno y lo puro son sus ancestros; su origen no es el instinto animal, ni tampoco se transfiere al hombre a través de condiciones materiales. El Espíritu es su ser primitivo y último, y Dios es su Padre.

Los derechos de la mujer están siendo discutidos sobre bases que no nos parecen las más importantes. La ley establece diferencias muy poco naturales entre los derechos de los dos sexos; pero la ciencia no nos brinda ningún precedente para tal injusticia, y la civilización trae, en alguna medida, su mitigación; es por lo tanto asombroso que la sociedad le otorgue menos derechos que la ciencia o la civilización. Nuestras leyes no son imparciales, por decir lo menos, en relación con la persona, propiedad y pretensiones de paternidad de los dos sexos; y si el derecho electoral para las mujeres remediara este mal sin incurrir en dificultades de mayor magnitud, esperemos que se lleve a cabo. Un medio práctico en el presente sería mejorar la sociedad en general y lograr una humanidad más noble para forjar nuestras leyes. Si un marido disoluto abandona a su mujer, ciertamente debería permitírsele a la agraviada y quizá empobrecida mujer, cobrar su propio salario, o entablar negocios, tener en propiedad bienes raíces, depositar fondos, o ser ciertamente dueña de sus hijos sin intervención de nadie. El deseo de reciprocidad en la sociedad es un gran anhelo que el egoísmo del mundo ha ocasionado. Nuestros ancestros ejercieron su fe en la dirección que enseñó Santiago el santo: “Visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y guardarse sin

mancha del mundo”; sin embargo, la ostentación, el maestro de ceremonias, y la creencia estereotipada han exiliado el cristianismo primitivo, de manera que cuando un hombre se presta a ayudar a alguna noble mujer que lucha sola contra la adversidad, su esposa, más prudente le dice “es mejor no interferir en los asuntos ajenos.” (322)

A veces también una esposa es privada por un tirano doméstico de prestar la ayuda que su simpatía y caridad la impulsarían a ofrecer. Llegará el momento en que el matrimonio será la unión de corazones; y llegará el momento en que ya no se casarán ni se darán en matrimonio, sino serán como los ángeles; entonces el Alma se regocijará en su propia pareja, donde la Sabiduría masculina y el Amor femenino son abarcados en el entendimiento. Puesto que la progenie requiere mejorarse, dejemos que el matrimonio continúe y no permitamos que se rompa con una ley que por el momento previene un empeoramiento del estado de la sociedad.

La virtud honesta y puritana debe ser la estabilidad de esta alianza; el Alma al final reivindicará lo suyo, y las voces del sentido personal serán acalladas. El matrimonio debe ser una escuela de virtud, y la descendencia el germen de la naturaleza más elevada del hombre. Cristo, la Verdad, debe estar presente en el altar para convertir el agua en vino, dando inspiración al entendimiento a fin de poder discernir el origen y la existencia espiritual del hombre. Si los fundamentos del afecto son consistentes con el progreso, sus votos serán fuertes y perdurables. Los divorcios informan a esta era que algún error fundamental en esta unión es la fuente de su discordia. Para obtener la ciencia, y por lo tanto la armonía de esta relación, debemos verla más metafísicamente y menos físicamente.

El poder del mal tan ampliamente difundido y tan conspicuo hoy en día, es el materialismo de la era que lucha contra la era espiritual que avanza; al contemplar la carencia de cristianismo en el mundo, y la impotencia de las promesas para producir esposos o esposas buenos, la mente exigirá finalmente un afecto más elevado y se fermentará en este y otros temas, hasta que se establezca en un mejor entendimiento. (323) Pero la fermentación de los fluidos no es agradable durante esta etapa indefinida, y el matrimonio que alguna vez fue un hecho estable, no es tan deseable sobre un fundamento resbaladizo.

La quimicalización mental que ha sacado la infidelidad a la superficie, seguramente la eliminará, y el matrimonio se estabilizará en un estado de mayor pureza luego de que haya desaparecido la escoria.” Dulce es el fruto de la adversa suerte; que, como el sapo, feo y venenoso, lleva en la frente joya de gran valor.” Estas adversidades nos enseñan a no apoyarnos sobre lo terrenal, porque es un báculo de caña quebradizo que atraviesa el corazón. No recordamos esto ni a medias cuando nos encontramos bajo el resplandor del sol de la alegría y la prosperidad, pero las aflicciones son más saludables y nos indican el camino que va de la cruz a la corona preparada para aquellos que alcanzan su recompensa a través de mucha tribulación. Las pruebas son señales del cuidado de Dios para con sus hijos. Cuando el desarrollo espiritual se lleva a cabo, éste germina, no de la semilla sembrada en la tierra de las esperanzas terrenales; sino más bien éstas decaen para propagar de nuevo en el Espíritu aquellas alegrías más elevadas que no tienen mácula terrenal, y así nuestra experiencia se eleva más, y se obtiene un punto en el progreso.

En la felicidad conyugal es conveniente recordar lo fugaces que son las alegrías terrenales, y estar agradecidos por ellas. Si hay infelicidad conyugal, no os separéis si no hay una exigencia moral para ello; es mucho mejor esperar a que se produzca la lógica de los acontecimientos a que una esposa deje precipitadamente a un esposo, o el esposo a la esposa, pues si uno de ellos es mejor que el otro, este otro requiere en gran medida de buena compañía. Sócrates consideraba que bajo tales circunstancias la paciencia es saludable, haciendo de su Jantipa una disciplina para su filosofía. (324) La aflicción tiene su recompensa, y nunca deja al hombre donde lo encontró; es el horno que separa el oro de la escoria y nos devuelve la imagen de Dios. El cáliz que nuestro Padre nos ha dado ¿no hemos de beberlo? Es para que aprendamos la lección que Él nos inculca.

Cuando el océano se agita por la tormenta y las nubes bajan y el viento silba por entre las velas estiradas, y las olas se levantan como si fueran montañas, preguntamos al timonel: “¿Conoces la ruta? ¿Puedes guiar tu nave entre la tormenta? Ni aun el intrépido marino se siente seguro de su destino, sabiendo bien que la ciencia de la navegación no es igual a la Ciencia de Dios; pero actuando a partir de su entendimiento más elevado, firme en su puesto del deber, aguarda el resultado. Así es como debemos comportarnos en el océano agitado de las aflicciones, teniendo esperanza y trabajando, aferrándonos a nuestra nave naufragante hasta que la lógica de los sucesos precipite su perdición o hasta que el resplandor del sol alegre las olas.

La posibilidad de que la naturaleza animal dé mayor fuerza al carácter que la espiritual es demasiado absurda para considerarse cuando recordamos como el ejemplo del hombre sanó al enfermo, levantó a los muertos y ordenó que hasta los vientos y las olas le obedecieran, a través de la superioridad de lo espiritual sobre lo material. Aquello de Dios de lo que nos valgamos es tan potente en nosotros como lo fue con Jesús, y nuestra falta de fuerza espiritual habla de una censura merecida; y nuestra demostración limitada avergüenza la labor de los siglos. Debemos mantener a nuestro cuerpo no tanto en la conciencia personal como en la espiritual, así como la naranja que nos acabamos de comer, y de la cual solo queda la idea, de esta manera no habría dolor o pecado. (325) Los sistemas físicos y los sistemas doctrinales tratan de los placeres y dolores del sentido personal, pero Cristo los desaparece, y se aproxima la época cuando el entendimiento de este Principio del ser formará la base de toda armonía y progreso. En el presente vivimos ridículamente por temor a que otros piensen que somos ridículos; somos esclavos de las modas, del apetito, y del sentido; en el futuro aprenderemos que el Alma es el arquitecto que hace mujeres y hombres hermosos, nobles e inmortales. Debemos guardarnos de lo fugaz y de lo falso, por lo tanto, del sentido personal, y no amar nada que obstaculice nuestro ser más elevado.

La frugalidad es esencial para la prosperidad doméstica, así como también lo es el afecto; pero acallar la voz de la conciencia para obtener riquezas, es un comercio sin ganancia. El talante de la mujer retrocede ante la controversia con un bribón o con un necio. Un hombre respeta la reputación de una mujer, pero un ratón puede carcomer en la oscuridad una vestimenta impoluta. La cultura y el refinamiento no son cosas del tocador, sino reflejos de la cabeza y el corazón. La inocencia es una gema que se lleva inconsciente de los carteristas. Los esposos que disipan sus preocupaciones en el club son opciones de mala calidad que abundan en el mercado. Un esposo es el mejor amigo

o el peor enemigo de su esposa. “El favor es engañoso, y la belleza es vana, pero una mujer de Sabiduría debe ser elogiada.” Una mala mujer es una lepra despreciable, peligrosa para todos aquellos que se le aproximan. En el matrimonio, evitad la disparidad de edades, gustos, o educación, y elegid sólo aquellas cualidades que perduran. Los celos son la tumba del afecto; la desconfianza, donde la confianza es merecida, contamina de moho las flores del Edén y disipa a los cuatro vientos las hojas del amor. (326) El altar nupcial es el umbral de una existencia nueva donde lo viejo se desvanece fuera de la experiencia para admitir lo nuevo; dos seres que se mezclan en uno; no os apresuréis a hacer los votos matrimoniales: “Hasta que la muerte os separe,” sino antes considerad bien sus obligaciones, responsabilidades y relaciones con toda vuestra felicidad futura; “juzgad antes de la amistad, luego confiad hasta la muerte.”

CAPÍTULO VII.(327)

FISIOLOGÍA.

Puesto que la ciencia revierte las posiciones del sentido personal, la razón humana actúa lentamente al aceptarla, disputando cada pulgada del terreno que ocupa, mientras que el error, auto-complaciente y aplaudido, se mofa del paso lento de la Verdad. La fisiología se ha hecho un nombre en nuestra tierra. Las instituciones la honran, y la materia médica se arrodilla ante ella, pero pese a ello, no ha mejorado a la humanidad. Todavía no hemos abierto los ojos a este hecho en la teodicea, esto es, que depender de la materia para aquello de lo cual la Inteligencia es responsable, es un error con graves consecuencias. El error fundamental del hombre mortal es la creencia de que el hombre es materia, pero teorizar partiendo del hongo para llegar al cerebro es hacer poco en la dirección correcta, y mucho en la equivocada. Al clasificar las diferentes especies de hombre, mineral, vegetal, y animal, decimos que un huevo es el autor del género homo; pero no percibimos ninguna razón para que el hombre comenzara ahí su vida más pronto que en el estado más primitivo del polvo donde inició Adán. El cerebro está bajo el cráneo de los animales, entonces admitir que el cerebro es hombre da un pretexto para decir que una vez fue mono, lo cual se encuentra con la réplica de que siendo éste el caso, será nuevamente un mono de acuerdo con la historia natural. (328)

¿Qué es hombre? ¿Cerebro, corazón, o toda la estructura humana? Si es uno de éstos, o es todas las partes componentes de su cuerpo entonces cuando amputáis un miembro, habréis retirado una porción del hombre, y el cirujano destruye al hombre, y los gusanos aniquilan al hombre. Pero la pérdida de un miembro, o el daño a la estructura, es algunas veces la chispa que vivifica en el hombre lo mejor de sí, y el infortunado cuerpo presenta mayor nobleza que una figura de estatua, y en un caso así encontramos que “un hombre es hombre, a pesar de todo.” Si admitimos que la materia, la sangre, el corazón, el cerebro, etc., y los cinco sentidos personales son hombre, entonces no podemos ver cómo es que la anatomía diferencia entre lo animal y lo humano, o cómo determina cuando un hombre se eleva por encima de sus progenitores animales, pues ambos poseen estas partes constituyentes, y deben ser en algún grado hombre mortal, si él es materia. De acuerdo a las teorías aceptadas, el género homo ocupa un rango que va del polvo a la Deidad, ésta última teniendo su origen en la materia, mientras que las diferentes variedades de hombre son mineral, vegetal, y animal; pero lo espiritual no es un eslabón en esta cadena del así llamado ser, y es percibido sólo conforme este sentido falso se disipa. Si el hombre fue polvo primero, entonces ha tenido que pasar a través de todas las formas de la materia, hasta convertirse en hombre, y si el cuerpo material es hombre, entonces él es materia, y polvo que regresa al polvo. Pero esto no es hombre, la imagen y semejanza de Dios, sino una creencia de Alma en el sentido, y de Vida en la materia, creencia que la Sabiduría consignó a la aniquilación. La anatomía hace del hombre algo estructural; la fisiología prolonga esta definición, midiendo la fuerza del hombre según los huesos, tendones, etc., y midiendo su Vida según la ley material. La frenología lo considera un bribón o un cristiano según el desarrollo de las formas del cráneo; pero ninguna de éstas define al hombre inmortal. La tendencia de toda

educación verdadera es desarrollar los recursos infinitos del ser, pero medir nuestras capacidades por el tamaño o peso de nuestros cerebros, y limitar nuestra fuerza al uso de un músculo, mantiene la Vida a merced de la organización, y hace de la materia el estatus del hombre. (329)

La fisiología es una ficción en la cual la perversión es bajada de tono para fascinar, y la humanidad está en peligro de contagiarse con sus nociones. Justo lo opuesto a las enseñanzas de la fisiología es lo único que abrirá nuevamente las puertas del paraíso que las creencias han cerrado para poder entonces alcanzar la personificación del Espíritu, en la cual el hombre es recto, puro, y libre, donde no hay necesidad de consultar los calendarios, o las nubes para averiguar sus probabilidades de Vida, o de recurrir al estudio del cerebro para saber hasta qué punto es hombre. Al equivocarse su origen y naturaleza, decimos que el hombre es ambos, materia y Espíritu; y que el Espíritu se filtra a través de la materia, decimos que es Alma al interior del sentido personal, poseída por un nervio y sujeta a expulsión según sea el capricho de la materia; lo intelectual, moral y espiritual, que existe como Alma fuera del cuerpo, ¡sujeto al cuerpo!

A menos que la civilización adopte el paganismo, ¿por qué debería el hombre del siglo diecinueve arrodillarse ante el cepillo de baño, la franela, el baño, la dieta, el ejercicio, el aire, etc., si la materia no es capaz de hacer por él lo que él puede hacer por sí mismo? Los ídolos de la civilización son mucho peores para la salud y la longevidad que los ídolos de la barbarie; los ídolos de la civilización requieren poner menos fe en operación que el budismo en la Inteligencia que gobierna al hombre. El esquimal restaura la salud por medio de conjuros, y lo hace tan eficazmente como el modus operandi de las escuelas de medicina actuales.

La fisiología es anticristiana; nos enseña a tener otros dioses delante de “Mí”, la única Vida del hombre. El bien que pretende hacer es decididamente un mal, porque roba al hombre el derecho de nacimiento que le viene de Dios. (330) La Verdad no lo gobierna, y la condición discordante que apela a la fisiología es el resultado de la fisiología misma, o de nuestras creencias en la materia. ¿Las enseñanzas de Jesús comprendían menos la economía del hombre que las de Graham o Cutter? “Aquel que crea en mí, no verá la muerte,” esto contradice no sólo los sistemas del hombre sino nos dirige hacia aquello que se auto-sostiene y es eterno. Las exigencias de Dios son completamente espirituales, y alcanzan al cuerpo solamente a través del Espíritu que controla a la materia; no hay leyes físicas; todas son mentales. El mejor intérprete de las necesidades del hombre dijo: “No pongáis atención al cuerpo, ni a lo que habréis de comer o beber.”

Las estadísticas nos muestran que cubrimos con la armadura completa de la fisiología, y obedecer al pie de la letra las así llamadas leyes de la salud, no ha disminuido la enfermedad, ni incrementado la longevidad; las enfermedades se han multiplicado y se han vuelto más obstinadas; sus formas crónicas son más frecuentes, las agudas más fatales y la muerte más súbita; todo esto desde que las teorías hechas por el hombre ocuparon el lugar del cristianismo primitivo.

Explicar al hombre como un ser físico que ha evolucionado a partir de la materia es una caja de Pandora abierta sobre la humanidad, con lo cual toda esperanza se desvanece quedando únicamente desesperanza. Si las leyes de la materia previenen la enfermedad,

entonces ¿qué la causa? Ciertamente no las leyes de Dios, pues Cristo, la Verdad, sana al enfermo y saca a la luz la inmortalidad; pero no mediante la obediencia a la fisiología. Las leyes de la materia no son ni más ni menos que una creencia de Inteligencia y Vida en la materia, peor aún, son la causa que procura la enfermedad, y de la cual Dios es la cura. No existe mayor afinidad entre la fisiología y el cristianismo que la que existe entre Dios y Belial. (331) Cuando la adhesión a la materia médica, a la fisiología y a la higiene fracasan en sanar al desesperanzado inválido, éste acude en dicho apuro - ocasionalmente a Dios, último recurso del hombre mortal, en el cual confía aún menos que en los medicamentos, el aire, el ejercicio, etc., así mostrándonos que tenemos otros Dioses delante de Mí. El predominio del poder se atribuye a la materia en todas las teorías de las distintas escuelas médicas, pero el Espíritu ultimadamente impondrá su supremacía sobre el hombre, y mantendrá al cuerpo armonioso e inmortal.

Entender el Principio que abarca la armonía del ser, está más allá de ofrendas humeantes o sacrificios. Si la recuperación del enfermo es encomendada a un Dios personal, no llegaremos más lejos de lo que la fe permita; el entendimiento no será suficiente y por lo tanto la existencia del hombre como Alma en vez de sentido, no será comprendida. Comprendemos la Vida en la ciencia o en la armonía del ser solamente en la medida que neguemos el sentido personal. Los poderes relativos que permitamos a la materia y a la Inteligencia determinarán la armonía de nuestra existencia; nuestra salud, nuestra longevidad y nuestro cristianismo. No podemos servir a dos amos; debemos alcanzar a Dios por medio de la ciencia y no del sentido, o la ley material. No debemos sustraer a la fuente de toda Vida y perfección con medicamentos, leyes de la salud, etc. Mientras el hombre sea bueno y malo, no mejorará, y el resultado de este error lo hará empeorar; así sucede cuanto se intenta una negociación entre el Espíritu y la materia. También en el sanar de los enfermos, para obtener las ventajas del Espíritu, debemos perder nuestra fe en la materia.

La parte más severa de aprender la ciencia del ser, es vaciar la mente de las mil y un creencias que luchan contra la Verdad, pues no podéis agregar nada a un vaso que está lleno. (332) Después de haber trabajado mucho con la mente que venía cargada con más o menos error, para hacer tambalear su fe en la materia y darle una migaja de fe en Dios, o sea la capacidad del Espíritu de hacer al cuerpo armonioso, hemos recordado nostálgicamente el amor de nuestro Maestro hacia los niños pequeños y hemos entendido porque “el reino del cielo es de los que son como ellos.”

Admitimos que la mente influye en cierta medida sobre el cuerpo, pero concluimos que la materia, la sangre, los nervios, el cerebro, etc., retienen el predominio del poder y de conformidad con esta creencia conservamos con los mismos hábitos anteriores, y ello nos priva de la superioridad disponible de la mente sobre la materia. No podemos controlar a nuestro cuerpo, mentalmente, con una posición negativa. El Espíritu trabaja contra la materia, y *viceversa*. Ellos no pueden unirse más en su acción de lo que pueden unirse el bien y el mal, y lo prudente es no tomar una posición vacilante o intermedia en este tema, o pensar en trabajar por igual con lo correcto y lo equivocado. No hay sino una forma correcta de trabajar, y esto lo debemos aprender desde hoy: es el Espíritu y no la materia. Para gobernar al cuerpo científicamente, debemos admitir solamente la mente, y encontraréis que es imposible obtener control sobre el cuerpo

bajo ninguna otra base; una posición tradicionalista a este respecto, o una mayor fe en la materia, jamás lo lograrán.

Si manipuláis a vuestros pacientes, os apoyaréis más en la electricidad que en la Verdad, y emplearéis más la materia que la mente para sanar al enfermo, mientras que la ciencia os enseña que el éxito está en el lado de la Inteligencia, y que debilitáis vuestro poder con la materia. Es inútil argumentar que manipuláis a vuestros pacientes, pero que ello no es relevante en el sanar; si así fuese, entonces ¿por qué lo hacéis? Contestando por vosotros – es porque no sois lo suficientemente espirituales para hacerlo de otra manera; y si esto es así, entonces ¿por qué lo llamáis ciencia, la ciencia que ha sido explicada en esta obra? (333) Si sois demasiado materialistas para entender la ciencia del ser, y frotáis la cabeza de vuestros pacientes como sustituto de la Verdad viviente, y si adoptáis las palabras y la manipulación en vez de las buenas obras, entonces os adherís más al error y recurrís más a la electricidad porque no tenéis la ciencia, y teméis confiaros a vuestro ser-Dios para sanar. “Adán ¿dónde estás?” es la pregunta que os confronta a cada paso. Si manipuláis al enfermo para satisfacerlo de que estáis haciendo algo por él, no es necesario, pues generalmente están satisfechos cuando se sanan, y la manipulación retrasará vuestro éxito. “En dónde estuviera vuestro tesoro, ahí está vuestro corazón también.” Si tenéis mayor fe en la electricidad que en vuestro propio ser-Dios, esto os inclinará del lado de la materia, y vuestro poder como hipnotista disminuirá vuestros logros en la dirección de la ciencia, y *viceversa.*, y esto debiera recordaros dónde está vuestro tesoro. Echar fuera el error con la Verdad os muestra vuestra verdadera posición en la ciencia. El hombre sensual o deshonesto jamás puede apoyarse en la Verdad para sanar al enfermo; sino debe depender del sentido personal, y su único poder es el mesmerismo y la manipulación. Jesús echó fuera el error y sanó al enfermo no mediante manipulaciones o medicamentos, sino con su ser-Dios.

Decís que la comida, la fatiga, o la falta de sueño pueden producir malestares estomacales o dolores de cabeza y luego os estrujáis el cerebro para recordar aquello que pensáis que os ha hecho daño, cuando vuestro remedio radica en expulsar todo el asunto de vuestra mente, pues la materia no tiene sensación y sólo la mente puede producir dolor. Para reducir inflamaciones, disolver tumores, o curar enfermedades orgánicas, la mente es más potente que la materia, y por qué no, si la Inteligencia es la Vida, y la mente es la sede del sentir o la sensación, y el cuerpo no tiene nada que ver en el asunto. (334) Cuando decimos que el estómago o la cabeza sufren algún malestar, o dolor, considerad: ¿quién eres tú que replicas al Espíritu? ¿Puede la materia por sí misma hablar, o poseer en sí misma las cuestiones de la Vida? El dolor o el placer pertenecen a la mente únicamente. La materia no tiene alianza con el Espíritu. La cabeza no puede doler, pero al creerlo: “como un hombre piensa así es él.” La mente es lo único que *siente*, es lo único que puede producir acción o impedirlo; pero ignorando este punto, o retrocediendo ante la responsabilidad que implica, arrojáis el peso de la responsabilidad sobre la materia y perdéis control consciente sobre vuestro cuerpo. Al ajustar una balanza ocurre que, al retirar una pesa de uno de sus lados, el opuesto obtiene preponderancia; así sucede con el cuerpo y la mente; aquello que colocáis en la balanza de la materia a favor o en contra de la salud, lo habréis restado al lado de la Inteligencia, y le habréis restado poder para preponderar sobre la materia. Vuestra creencia se inclina contra vuestra salud cuando debería pesar a su favor. Cuando el cuerpo está enfermo según una creencia en la materia, confiáis en los medicamentos, las

leyes de la salud, y en la materia para sanarlo, cuando en realidad os habéis metido en esta dificultad por medio de estas mismas creencias de materia Inteligente. La enfermedad es causada y curada por la mente únicamente; la materia jamás lo hizo; esto no lo entendéis ahora, pero deberá ser entendido antes que podáis ser inmortales. Hacer a un lado nuestro ser Dios como siendo de poca utilidad en la enfermedad, parece anómalo; depender de la materia en ese momento y hacer la Verdad a un lado haciendo que espere para cuando estéis sanos, os hará aprender que no puede beneficiaros más que cuando estabais enfermos.

Porque la materia médica y la fisiología digan que el hombre está enfermo, inválido, o moribundo de conformidad a las leyes de Dios, ¿debemos creer esto? ¿Debemos creer que aquello que Jesús probó es falso porque contradice estas leyes? Seguramente Jesús hizo la voluntad del Padre, y sanó la enfermedad en vez de producirla. (335) Las demandas de Dios conciernen a la mente solamente, pero las pretensiones de la fisiología y de lo que se llaman las leyes de la naturaleza se apoyan únicamente en el cuerpo. Entonces, ¿cuál de ellas debemos aceptar como legítima y como capaz de producir mayor armonía? No podemos obedecer ambas, pues una trabaja contra la otra, e imperará en nuestros afectos. Espíritu y materia son opuestos, y no podemos trabajar desde el punto de vista de ambos; si lo intentamos, nos encontraremos apegándonos a uno y olvidándonos del otro.

Sanad a vuestro cuerpo con la ciencia del ser si es que podéis apegándoos al régimen anterior: tomando medicamentos, o cediendo vuestro control mental a las leyes de la materia. La obediencia a lo que llamáis la ley material impide la obediencia a la ley espiritual que os capacita para manipular serpientes mortíferas sin ser dañados, y colocará la materia bajo vuestros pies. Como un abogado que quisiera fortalecer su argumento introduciendo la frase: “Infortunados seáis vosotros, abogados, que cerráis el reino de Dios a los hombres;” alegáis a favor de la recuperación con Dios, y luego cerráis la puerta a la ayuda del Espíritu recurriendo a vuestros medios materiales; así trabajando contra vosotros mismos, y sofocando vuestra fortaleza y capacidad. El alegato a favor de la materia, la medicina, las leyes de la salud, etc., va contra la ciencia de la mente sobre la materia, y *viceversa*. Hay una cláusula en los estatutos de la Verdad a la cual quiero llamar vuestra atención en semejantes momentos, y es: que el pecado, la enfermedad y la muerte no son gobernados por las leyes de Dios. El error produce error, pecado y enfermedad, pues ambos son errores de creencia y aquello que causa enfermedad no puede curarla, a menos que se trate de la dosis homeopática donde la materia se destruye, y la mente admita esto. Admitir que la enfermedad sea una condición de la materia sobre la cual Dios no tiene control hace que la Omnipotencia sea en ocasiones una nulidad y un vacío. (336) La ley de Cristo, la Verdad, encuentra que todas las cosas son posibles para el Espíritu; pero las así llamadas leyes de la materia encuentran que el Espíritu de nada vale, y exigen obediencia a ellas, revirtiendo así la base y el orden del ser; negamos a la materia el soporte de la ley; nuestras creencias acerca de la materia no son correctas como Jesús lo demostró claramente al sanar al enfermo, levantar a los muertos, etc., contradiciéndolas.

¿Puede el agricultor producir una cosecha sin haber primero sembrado la semilla y aguardado su germinación, según las leyes de la naturaleza? Sí; si como dice la Biblia, el error causó que el hombre tuviera que labrar el suelo, pues en este caso, la obediencia

a la Verdad removería esta causa. Dios nunca hizo del error una necesidad, o una ley que lo perpetuara. Lo opuesto de la armonía son las supuestas leyes de la naturaleza, y si por éstas queremos decir las leyes de Dios, entonces estar sanos no sería estar en armonía con la Verdad. Si se interpretan así, entonces las leyes de la naturaleza anularían la ley del Espíritu; pero la ley de Cristo exige al hombre obediencia total, con todo su corazón, con toda su Alma y con toda su fuerza, lo cual no admite reservas u obediencia a alguna otra cosa, y no debemos tener otro Dios. La Verdad es fuerza, y el error debilidad. La fisiología es uno de los frutos del “árbol del conocimiento,” que dijo: “os abriré los ojos y os haré como Dioses,” pero en lugar de ello, cerró los ojos del hombre respecto al dominio que le dio Dios sobre la tierra. Cristo, la Verdad, echa fuera la fisiología y toda ley de la salud, dándole vista al ciego, oído al sordo, etc., al oponerse a ellas. Si estas explicaciones deshonran a las escuelas de medicina, honran a Dios, y no hay ninguna otra Verdad a honrar.

Lo que llamamos leyes de la naturaleza son simplemente leyes de creencia concernientes a la materia, cuyas premisas son error; por lo tanto, sus conclusiones lo son también. La Sabiduría no ha hecho leyes que regulen la enfermedad, el pecado y la muerte, éstos son errores que la Verdad destruye. (337) La creencia produce los resultados de la creencia, y el castigo asignado tendrá lugar tan definitivamente como la creencia que lo causa; por lo tanto, nuestro remedio consiste en sondear el fondo del asunto y descubrir el error o la mente que produce la discordia que vemos en el cuerpo, y no en honrarla con el título de ley para después someternos a ella. La Verdad, la Vida, y el Amor son las únicas demandas que se posan sobre el hombre, y las únicas leyes que lo gobiernan. Se dice: ‘mi mano ha hecho esto’, pero cuál es el ‘mi’ en este caso sino la mente, la causa universal de la cual procede toda armonía y discordia. La discordia no es algo, sino una creencia, y la acción de nuestra mano es producida ya sea por la Inteligencia o por la creencia, por la armonía o la discordia. La así llamada acción voluntaria e involuntaria del cuerpo es gobernada por la mente, y no por la materia. El cuerpo, controlado por la Inteligencia, es gobernado por el Principio del ser, en el cual el hombre es armonioso e inmortal; pero cuando es gobernado por la creencia del hombre, es discordante y mortal. Decimos que el cuerpo sufre bajo un frío severo, el calor, la fatiga, etc., pero esto es solamente una creencia y no la Verdad del ser; la materia no puede sufrir, sólo la mente sufre, y no por haber trasgredido una ley de la naturaleza, la materia, sino una ley de creencia. Nuestra prueba es que, si destruí la creencia concerniente al sufrimiento, éste desaparece, y el efecto de lo que llamáis una ley transgredida que produce catarros, fiebres, tuberculosis, etc., desaparece con la creencia. Una mujer a la cual sanamos de tisis, respiraba con gran dificultad cuando el viento soplabá del este; nos sentamos silenciosamente a su lado unos momentos y su respiración se volvió suave, las inspiraciones eran más profundas y naturales; luego le pedimos que mirara la veleta, y vio que el viento venía del este. (338) El viento no había cambiado, pero su dificultad para respirar había desaparecido; por lo tanto, no era el viento lo que la producía. Nuestras explicaciones rompieron esta alucinación mental, y nunca sufrió de nuevo por los vientos del este. Aquí está el testimonio sobre este punto:

Sufría yo de dificultades pulmonares, de dolores en el pecho, de una tos dura y constante, de episodios de fiebre y de todos esos temidos síntomas que hacían que mi caso fuera alarmante. La primera vez que vi a la Sra. Glover, me encontraba reducida a tal estado de debilidad que era incapaz de caminar cualquier distancia, o de sentarme

salvo por pocos periodos en el día; subir las escaleras me causaba gran sufrimiento por falta de aliento. No tenía apetito, y parecía que seguramente me convertiría en víctima de la tisis. No había yo recibido su atención más que por un corto tiempo cuando los síntomas negativos desaparecieron y volví a la salud. Durante este tiempo salía a visitarla en épocas lluviosas y encontré que el clima húmedo no tenía ningún efecto en mí. Por mi experiencia personal me inclino a creer en la ciencia por medio de la cual ella no solamente sana al enfermo, sino le explica la forma de mantenerse sano. Ella merece la atención más sincera por parte de la comunidad; sus curas no son resultado de la medicina, del espiritismo, o del mesmerismo, sino de la aplicación de un Principio que ella entiende.

JAMES INGHAM,
East Stoughton, Mass.

El hombre mortal se divide en cinco puntos de sensación llamados sentido personal; estos cinco puntos constituyen placer, dolor, pecado, enfermedad, y muerte; ¿qué quedaría del hombre a merced del sentido personal? (339) El Espíritu es superior a la materia, y el cuerpo que es nuestro debería estar bajo nuestro control; definid entonces quién será el amo, el Alma o el cuerpo, pero no penséis que podéis servir a ambos, pues no podéis. El Alma posee al hombre ahora y por siempre; dejemos entonces que el dueño del hombre lo gobierne, y el cuerpo será armonioso y eterno. Ni una brizna de hierba brota, ni una planta retoña en el valle, ni una hoja despliega sus bellas formas, ni una flor sale de su celda enclaustrada, sin que el Principio del hombre, sí esa Inteligencia a la cual obedecen los vientos y los mares, lo haya hecho; nada salvo el Alma universal que numera hasta el último de nuestros cabellos, y atiende hasta la caída de la golondrina, puede gobernar al hombre. El pecado, la enfermedad y la muerte son discordias; éstas no son identidad, acción o ser, sino creencias de materia que aparecen y desaparecen gobernadas sólo por la mente, pero sin realidad o respaldo de la ley o Espíritu. Que Dios sea la ley de la discordia es moralmente imposible, o que la Sabiduría instituya castigos para protegernos de aquello que carece de ley, excepto para la creencia, es nuevamente imposible. La Sabiduría jamás hizo la materia para someter al Espíritu; afirmar esto es como concluir que hizo el Hades para anticiparse a los pecadores; pero había tantos pecadores que tuvieron que hacer sus propios Infiernos. Dios es demasiado puro para contemplar la iniquidad, “en él estaba la Vida”, etc., y la armonía jamás produjo discordia, o la Vida muerte. La bondad hace su propio cielo, el pecado hace su propio infierno, y la creencia sus propios sufrimientos. Un sueño parece ser realidad mientras dura; una falsedad es verdad para quienes la creen, y la enfermedad es real para quienes la tienen, pero es la mente y no el cuerpo lo que es responsable de todo ello. El dolor y el placer son mente, no materia; el cuerpo no tiene sensación propia. (340) La discordia es irreal, la armonía es real; si concedemos la misma realidad a la discordia que a la armonía, la discordia tiene sobre nosotros una demanda de fe y confianza tan alta como la armonía. Si el mal es tan real como el bien, el error es tan real y tan inmortal como la Verdad. Lo que llamamos acción enfermiza es discordia, pero la armonía es la realidad del ser; por lo tanto, la acción enfermiza es una creencia solamente y no la Verdad del ser; si la muerte es tan real como la Vida, la inmortalidad es un mito, y si el dolor es tan real como la ausencia de dolor, sería inmortal, y la armonía no sería el orden del ser. El sentido personal crea discordia, y es

por lo tanto una creencia solamente; la materia no tiene sensación; la acción que procede del Alma es armoniosa y eterna.

En la creencia mahometana un peregrinaje a la Meca era provechoso para salvar el Alma del hombre, y en otra creencia más, la materia inanimada es capaz de salvar al hombre; una es paganismo, y la otra es materia médica. La enfermedad germina en la mente inconsciente hasta que alcanza lo que se llama materia consciente, o el cuerpo llamado sentido personal, pero no hay materia consciente; por ello la enfermedad sigue sienta mente, aunque se le llame materia; así la creencia de enfermedad se desarrolla como un germen que se eleva por encima del suelo, y tenemos una cosecha abundante o escasa dependiendo de la variedad y la fuerza del suelo, dependiendo de qué tan llena esté la mente de materia médica, leyes de la salud, fisiología, etc., El diagnóstico de enfermedad ayuda más que ninguna otra cosa a cultivar las semillas de la enfermedad, haciendo que éstas profundicen su raíz en la mente del paciente, y que broten, dando fruto “según su especie.” Los doctores en general se comportan como si no hubiese una ley de la mente; o por lo menos no toman en cuenta esta ley, de otra manera más valdría que administraran un veneno en la materia que en la mente. Ellos luchan contra la enfermedad con la materia, y la admiten con la mente, esto hace de la enfermedad una certeza. (341) La propagan mentalmente, y luego consideran que una cosa que es de la mente debe ser dosificada con materia; pues después de todo, es la *fe* en los medicamentos lo que cura, por lo tanto, la mente es también su remedio último.

La fe es lo único que ha hecho que un medicamento remedie las dolencias de un hombre. La mente mortal es creencia, la inmortal es entendimiento, la última es Espíritu, la primera es sentido personal; debemos aprender a mantener separadas a la mente inmortal y a la mente mortal o creencia. La causa y la cura de la enfermedad es puramente mental y entender esto hace que la mente produzca menos enfermedad, y la capacita para destruirla. La materia no tiene acción o sensación propia, la mente mueve al cuerpo, y siente en vez de él. No podemos retener las posturas anteriores que son diametralmente opuestas a la ciencia metafísica, y vencer la enfermedad con la mente. Puesto que la física deberá eventualmente ceder a la metafísica, ello mantendrá a la escuela anterior luchando contra la ciencia durante el próximo siglo. La ignorancia, la superstición, o la avaricia cerrarán la puerta a la salud y a la armonía que no se obtiene con sus sistemas. Cuando había menos doctores y menos pensamiento dedicado a temas sanitarios, había mejores constituciones y menos enfermedad.

¿Quién en el pasado había escuchado de un caso de dispepsia?; si alguno hubiese aparecido, éste de inmediato hubiera cedido ante la benevolencia, o el trabajo vigoroso; la gente tenía poco tiempo para ser egoísta, pensar en sus cuerpos, o para pláticas insalubres de sobremesa. La cantidad exacta de trabajo que el estómago podía llevar a cabo no había sido aún delineada en la mente por la fisiología; por lo tanto, la creencia de un hombre no era una ley para sus órganos digestivos. La acción de la mente sobre el cuerpo era más armoniosa antes de que el “árbol del conocimiento” hubiese echado raíces más profundas en la creencia del hombre. (342) El privilegio de las épocas pasadas era no atender a los intestinos, o a los jugos gástricos, permitiendo que actuaran en obediencia a la Verdad en vez de al error. Una horrorosa variedad de enfermedades no era constantemente mantenida en mente por las obras de fisiología, higiene, y materia médica; de ahí que hubiera una mayor longevidad y armonía del hombre. Antes

de que estas escuelas obtuvieran piso en la mente no se oía hablar en ninguna parte de la tierra de dispepsia, tuberculosis, dolencias espinales, etc. Lo que se atendía eran los deberes del hombre, y los mecanismos del hombre naturalmente imperturbados continuaban armoniosamente y no eran interrumpidos por las aflicciones, las preocupaciones, o la materia médica. La atmósfera húmeda y las nieves heladas enrojecían las mejillas de nuestros ancestros, pero ellos no alcanzaban los refinamientos de tener los tubos bronquiales inflamados; eran tan ignorantes como lo era Adán antes de haber sido informado por su esposa sobre los tubos bronquiales y las tabletas para la bronquitis.

Es una lástima sin embargo que el siglo diecinueve quiera cargar de enfermedad los aires mismos del paraíso, y abrumar a la humanidad con sus sugeridos males imaginarios. La metafísica mantiene a la mente como el único amigo o enemigo del hombre, y a la Verdad que destruye el error como la gran panacea. Es importante descubrir la creencia exacta que ha producido la enfermedad si queréis destruirla, a menos que vuestra espiritualidad se equipare a la tarea en cuestión predominando sobre el sentido material; cuando destruíis la enfermedad en la mente, desaparece del cuerpo. Un cirujano debe alcanzar la úlcera con su escalpelo para sanarla, a menos que sea capaz de destruirla sin usar el agudo instrumento; igual que vosotros debéis alcanzar la mente de vuestro paciente por medio del argumento, a menos que el Espíritu la alcance sin el lenguaje. Un hombre en gran medida materialista, fanatizado, o de opiniones obstinadas, cederá más lentamente al tratamiento científico que una mente más lógica y liberal, pero una mente espiritual es afectada más fácilmente que cualquiera de las otras dos. (343)

Decís: dejemos que un médico atienda la enfermedad real, y que el metafísico tome los casos de histeria y de enfermedad imaginaria – perolos hechos son obstinados; hemos encontrado en el sanar de los enfermos sobre la base del Principio aquí expuesto que la enfermedad severa y aguda cede más fácilmente que la crónica. Este método de sanar está lejos de contemporizar con la enfermedad, o de ser incierto en casos difíciles y peligrosos; la ignorancia de la ciencia y la fuerza de la educación son lo único lo que nos conduciría a una conclusión semejante. El único sanador al que yo le confiaría un caso difícil o peligroso, sería a alguno que entendiera la ciencia del ser. Habíamos probado a todos los demás y fracasamos en recuperarnos antes de aprender este “método de excelencia.” Muchos grandes y buenos hombres han muerto en los dos años que nos ha tomado en escribir esta obra; ellos habrían podido salvarse mediante la ciencia aquí expuesta.

Un accidente que una vez nos ocurrió pudo haber sido fatal de no haber sido porque la Verdad que aquí es presentada nos salvó; por medio de esta Verdad hemos sanado cientos de casos ante los cuales se rindieron la materia médica y las huestes menores de Esculapio. Si hubiésemos dependido de la materia médica, o usado los medios ordinariamente empleados en emergencias semejantes, o si hubiésemos permitido que el peso de nuestras creencias anteriores concernientes a la vida estructural u orgánica hubiese predominado, o hubiésemos permitido que las opiniones concernientes a la naturaleza fatal de nuestro caso inclinaran la balanza de la mente en el momento que ocurrió el accidente, habríamos muerto, o habríamos sobrevivido sólo para ser una inválida y una lisiada sin esperanza. El Principio de la ciencia aquí explicado nos salvó,

y el triunfo que alcanzamos sobre nuestro cuerpo en ese momento nos hizo más fuertes en la Verdad, y consecuentemente más saludables desde entonces. (344) Un momento supremo, más que circunstancias ordinarias, confirman esta ciencia ya que prueba más claramente que otras la superioridad de la mente sobre la materia, los medicamentos y la ley material. La ignorancia de las relaciones entre mente y cuerpo, y de la superioridad de la primera sobre la segunda, son lo único que ocasiona escepticismo respecto a la patología mental.

Un médico nos dijo: “Sé que la mente afecta al cuerpo en alguna medida, y aconsejo a mis pacientes mantener la esperanza y tomar menos medicamentos, pero hay enfermedades orgánicas que la mente no puede afectar.” A esto replicamos que es una lógica deficiente que los hechos contradicen; tenemos registro de muchos casos de curas producidas por medio de la mente solamente que la materia médica había fracasado en producir. Si admitimos que la muerte puede ser ocasionada por un susto, esto prueba que cada función del cuerpo es controlada por la mente; la muerte cubre todo el terreno del cuerpo, detiene la acción del cerebro, del corazón, de la sangre, de los pulmones, etc., y si toda la acción orgánica puede ser detenida por la mente, entonces es controlada por ella, y también puede ser curada por ella. La mente produce la enfermedad orgánica tan directamente como lo hace la histeria, y la cura con la misma facilidad; la demostración que hemos dado de esto coloca la cuestión más allá de toda duda. Predicamos esta ciencia sobre la base de la prueba, y la evidencia de nuestra existencia es tan cierta como la evidencia que hemos obtenido del completo control que la mente retiene sobre la organización total y las funciones del cuerpo. A través de la mente únicamente hemos curado la enfermedad orgánica de los pulmones, el hígado, el corazón, el cerebro, los huesos, los músculos, etc., que desafiaban a la fisiología, y a la materia médica para sanarlas.

Pero para gobernar al cuerpo armoniosamente con la mente, debéis entender la ciencia del ser predicada sobre la mente y no la materia. (345) Pocos admitirán que lo que se llama acción involuntaria orgánica está gobernada únicamente por la mente, o que la mente inconscientemente controla al cuerpo, pero el hombre presenta este fenómeno en todo momento, el cual no comprende su propio ser, pues esto prueba la ignorancia de la acción de la mente sobre el cuerpo. Suponiendo que por error se administrase a un paciente una dosis de veneno, y que el médico y el paciente tuvieran la expectativa de resultados favorables, pero el paciente muere, - ¿la mente produjo esto? Tan certeramente como si se hubiese hecho conscientemente. La mente siempre está activa, pues acción significa mente y el pensamiento remoto y predisponente nos da un eslabón con el presente, aunque lo que llamamos sentido personal ignore esto. De este modo, el pensamiento que se ha elevado ya sobre el umbral de la mente inconsciente es el único que se reconoce, pero otro ya había actuado antes, y los efectos que siguen a esta acción son los mismos que si el pensamiento fuera consciente. El cuerpo mortal, de materia, no es sino el estrato más burdo de la mente mortal.

Cuando la oscuridad se extiende sobre la tierra, el sentido personal no puede decir dónde está el sol, o ni siquiera que hay un sol; nuestros antípodas deben decirnos esto, o debemos aprenderlo por medio de la ciencia. Lo mismo es con la mente; aquello que es precisamente lo inverso a lo que estamos pensando en el presente es a menudo la causa remota o creencia que ha producido la discordia del cuerpo, y debemos instruir a esta

creencia de su pensamiento opuesto, o el efecto sobre el cuerpo, o someter su carácter y relaciones a la ciencia. Estamos dispuestos a dejar la explicación de la luz y su efecto sobre la tierra a la ciencia, y no porque el sentido no tenga conocimiento del sol durante una porción de las veinticuatro horas diríamos jamás que no tiene un efecto sobre la tierra, o negaríamos jamás que haya un sol, o que la tierra tome prestados luz y calor del sol. De la misma manera, no deberíamos de negar el efecto de la mente sobre el cuerpo únicamente porque la creencia que produce este efecto esté por debajo del horizonte mental, no habiéndose elevado todavía al reconocimiento consciente. (346) La válvula cardiaca que se abre y se cierra para permitir el paso de la sangre no es menos obediente a la mente que nuestras manos al llevar a cabo los oficios de nuestra voluntad; pero puesto que la mente abarca una acción conscientemente y la otra no, decimos que la causa es física y no mental. Detened la acción de la mente mortal completamente por medio de lo que llamamos muerte, y toda función del cuerpo mortal cesa; probando que la acción orgánica es producida por la mente y no por la materia. El cerebro ignora por completo nuestros pensamientos; la materia no tiene conciencia propia, y su poder propulsor es la mente; todo mecanismo es controlado por la mente.

El sentido personal es una suposición de que la materia es consciente, de que el cerebro es competente para decir cuánta mente tiene un hombre; de que el corazón, los pulmones, el estómago, etc., son capaces de determinar su armonía y continuidad. Del Alma no se oye nada en todo esto; la inmortalidad del hombre es acallada con habladurías de mortalidad, la Inteligencia enmudecida ante la no Inteligencia. Este sentido personal es el origen de la enfermedad, el pecado y la muerte; pero no hay sentido personal; la materia no tiene Inteligencia, y el Alma es incapaz de error. La Vida continúa científicamente en el Alma, imperturbada en su armonía, pero el sentido personal no tiene reconocimiento del Alma o la Verdad. Toda discordia es error, creencia; la Verdad del ser es armonía y entendimiento. Destruid la creencia o error, y la discordia desaparece.

El metafísico que entiende esto en el caso de pulmones deteriorados destruye en la mente de su paciente esta creencia y la Verdad del ser y la inmortalidad del hombre se imponen sobre el error y la creencia de deterioro, y los pulmones recuperan su firmeza y proporciones originales. (347)

La fisiología jamás ha explicado el Alma, y más valdría que no pretendiera explicar el cuerpo. La Verdad no tiene inicio, y por lo tanto no tiene fin. La Vida era y es, y siempre será, pues la Vida es Dios, y su idea era, y es, y siempre será, y esta idea es hombre, la cual el Espíritu ha hecho, y la materia no puede deshacer. Nuestro cuerpo al cual llamamos viviente, está tan muerto como siempre lo estará, y cuando esté muerto, estará tan vivo como siempre lo ha estado. La Vida es Espíritu, no materia, y si entendéis la ley del Espíritu, entendéis cómo hacer al cuerpo inmortal. La fisiología es como los medicamentos que decimos que hacen sufrir al hombre por haber tomado demasiado poco de ellos; causa enfermedad, y luego para curarla, duplicamos la dosis. “No consideréis qué habréis de comer o beber, o cómo os vestiréis,” y el cuerpo, o la materia, no os dará ningún indicativo acerca de sus propias necesidades, pues el cuerpo no tiene requerimientos por sí mismo. La felicidad o la desdicha pertenecen a la mente y no al cuerpo; la sensación es mente y no materia, y el mesmerismo prueba esto al mostrar que es la creencia lo que determina la sensación.

Todos los nuevos métodos para obtener salud tienen sus abogados, y cuando obtenéis el consentimiento de la mente para un método como siendo preferible a todos los demás, el cuerpo lo exigirá y se beneficiará en tanto la creencia perdure. Podéis educar a un caballo sano para resfriarse si no le colocáis la cobija encima, pero el animal salvaje, cuando es dejado a sus instintos, aspira el viento con deleite. La epizootia es un refinamiento educado que un caballo natural no tiene. El Principio del ser revela la inmortalidad del hombre sobre la base del Espíritu; pero el sentido personal lo define como materia, de ahí la mortalidad de este hombre. (348)

Hemos discernido la aproximación de algunas enfermedades semanas antes de que hicieran su aparición sobre el cuerpo porque eran cosas latentes de la mente antes de aparecer como materia, ese estrato burdo de la mente, y nunca, en ningún caso, nos hemos equivocado en los resultados. También puede ocurrir, durante los cambios, una agravación de los síntomas, o una quimicalización que algunas veces alarma al paciente; hemos visto estos signos mentales que nos aseguraban que el peligro había pasado, y le hemos dicho al paciente, para su desconcierto, 'te has sanado' aun cuando se mostraba incrédulo del hecho, pero siempre probó ser tal como lo habíamos predicho. Hablamos de esto meramente para explicar el origen mental, en vez de físico de la enfermedad, por lo tanto, cuando las leyes de la salud echan raíces en la creencia del paciente, producen y promueven enfermedad por mantener a la mente en este tema, temiendo y procurando evitarla. La fe que depositamos en los medicamentos deberíamos tenerla en nosotros mismos; si entendiéramos el control que la mente tiene sobre el cuerpo, no debiéramos tener fe en la materia. La ciencia revela el origen de la enfermedad como completamente mental y no físico, y también que la enfermedad es curada por medio de la mente y no de la materia. No importa cuánto confiemos en un medicamento o medio a través del cual se ejerza esta fe, es la fe y no el medio lo que sana al enfermo. La espiritualidad que nos capacita para leer la mente de los pacientes, nos capacita para sanarlos también, pues la acción del Espíritu sobre la materia es para restaurar las relaciones armoniosas de mente y cuerpo. El sanar de los enfermos por medio de la mente en vez de la materia, nos capacita para sanar a los ausentes, así como a los presentes. La capacidad espiritual para aprehender el pensamiento se alcanza solamente cuando se encuentra que el hombre no tiene justicia propia, sino la justicia que es de Dios. La ciencia nos capacita para leer la mente del enfermo y para sanarlo por medio de la mente; pues habiendo aprendido que el hombre es gobernado por el Espíritu que entiende todas las cosas, sabemos que el Espíritu es aquello para lo cual todas las cosas son posibles. (349) Las aproximaciones a esta gran afluencia de la Verdad que sana al enfermo se llevan a cabo a través de los pasos que siguió nuestro Maestro. Su base es el cristianismo puro, y la fisiología, que nos obliga a confiar en la materia en lugar de Dios, es su opuesto mismo. El mundo, siendo ignorante de los pasos y el fundamento de esta ciencia puede llamarle mesmerismo, trance, espiritismo, electricidad, etc., pero ninguno de éstos lo expresa en lo más mínimo, y aquel que alcance la ciencia del ser en el sentido elevado de sus curas súbitas, aprende que es sólo a través de tomar la cruz y seguir al Cristo. Somos científicos sólo en la medida en que renunciamos a las cosas materiales, los medicamentos, las manipulaciones, etc., a cambio de lo espiritual, y en la medida que dejamos todo por Cristo, confiando solamente en la Verdad para sanar al enfermo. Nuestras creencias no son espirituales, sino vienen del oír del oído, de la vista personal y del sentido.

El Espíritu jamás cree en Dios, pues Lo entiende. El poder es una creencia de materia, una fuerza ciega, el vástago de la voluntad y no de la Sabiduría, de la mente mortal y no de la inmortal, sí, del error, y no de la Verdad. La catarata impetuosa, las llamas devoradoras, el rugido de la tempestad, el rayo y la tormenta, junto con todo lo que es egoísta, deshonesto e impuro, representan este poder erróneo. El poderío verdadero pertenece al Espíritu, que mantiene “al viento en Sus puños;” y al ser controlados por el Espíritu y no la materia, son armoniosos. El error es el prototipo de la voluntad; y forzar a un hombre para que se recupere, o para que haga esto o aquello, infringe sus derechos; es mesmerismo, capaz de todo mal, y no la ciencia del ser. El Cristo, la Verdad, apacigua la tormenta y es el “Callad, enmudeced” para lo destructivo o la enfermedad. (350)

Para el sentido personal los opuestos son afines; mas no así en la ciencia, la mente del Alma, donde la Verdad jamás se mezcla con el error o la así llamada mente del cuerpo, y por lo tanto es capaz de echarlo fuera. El Espíritu es Inteligencia; la materia no es; hay una mente del Alma, mas no del cuerpo, de Dios, mas no del hombre. La mente del Alma es el aroma del ser, la atmósfera de la Inteligencia emanada por el Espíritu; pero la así llamada mente del hombre es la creencia de que una sustancia pulposa bajo el cráneo contiene mente, sí, que la materia es Inteligente, y esta creencia es falsa, una mofa de la Inteligencia, y un error que se denomina a sí mismo Verdad. Esta es la declaración científica del hombre mortal, pero el hombre es inmortal, por lo tanto, esto no es hombre, sino una creencia anatomizada metafísicamente. Clasificar así al Espíritu y a la materia diciendo que el Espíritu es distinto de la materia pero que debe entrar en ella para ser identificado, es un error. Lo ilimitado destruiría los límites de lo limitado si entrara en ellos, y el Espíritu no puede ser limitado. Es sueño e ilusión que el Alma esté en el cuerpo y que la materia sea el médium del Espíritu. No estamos conscientes de que sea un sueño, una terrible pesadilla que produce sufrimiento o goce según sea el capricho del sueño. Nosotros preferiríamos el sufrimiento que hace que uno esté dispuesto a ser despertado de ese sueño, al placer que tendería a mantenerlo.

Frecuentemente sanamos a los enfermos en ausencia, sin que ellos se percaten en lo más mínimo, excepto en lo concerniente a su recuperación. Ahora revertid el caso y probaréis matemáticamente que si la mente que hace a un lado las leyes de la salud, las dietas, la fisiología, etc., restaura a los enfermos, entonces una mente opuesta, atiborrada de fisiología, etc., puede hacer que se enfermen. Esta prueba la obtenemos de nuestro cuerpo, pues una mente así nos causa lo que se llaman sufrimientos físicos que la materia es impotente para producir y que no podría producir. (351) Siempre que nos hicimos cargo de la práctica de un estudiante para establecerlo, no fue necesario que viéramos a sus pacientes para sanarlos; podíamos hacerlo sin verlos; si el estudiante no estaba avanzado espiritualmente, fracasábamos en beneficiar al enfermo en la medida que éste estaba en contacto con él. La mente actúa por medio del mesmerismo o científicamente; es la voluntad lo que sana en el mesmerismo y es la Verdad lo que sana a los enfermos en la ciencia. Yo no puedo producir ningún efecto sobre el enfermo por medio de la manipulación, y no puedo afectarlos hipnóticamente. Como prueba de nuestras declaraciones registramos algunos casos en los que sanamos a los enfermos sin verlos. La Sra. Sarah Crosby, de Albion, Maine nos envió una petición de ayuda, en un caso de una herida en el ojo. En el momento de escribir, ella estaba a cien millas de

distancia, y luego de recibir su primera carta, recibimos otra carta de ella en cuanto el correo nos la trajo. He aquí un extracto: —

“Desde que me sucedió el accidente en el ojo, éste se volvió tan excesivamente sensible a la luz que tuve que cubrirlo, era incapaz de coser o escribir una sola nota. El domingo que le envié mi carta sufría mucho con él; el lunes me dolió hasta que cayó la noche, cuando comenzó a estar mejor; el martes estaba *bien*, y no he tenido que cubrirlo desde el lunes hace una semana. He leído, cosido, y escrito, y aun así todo está bien. Ahora podéis sacar vuestras propias conclusiones. Le dije a una amiga el otro día que usted me había curado el ojo, o quizá mi temor del ojo, y esto es así; aunque estoy segura de eso, no podría entender, ni, aunque en ello se me fuera la vida, ni una palabra de lo que me dice usted acerca de la posibilidad de que un espíritu como el mío tenga poder sobre ciento setenta y cinco libras de carne viva y de sangre para mantenerlo en perfecto estado.” (352)

El siguiente es un caso de problemas cardíacos que se describe en la carta de una mujer en Nueva York.

“Le suplico que acepte el cheque de quinientos dólares que aquí adjunto como recompensa a sus servicios, los cuales nunca podré retribuir. El día que usted recibió la carta de mi marido yo recuperé la conciencia por primera vez en cuarenta y ocho horas; mi sirvienta me trajo mi bata, me levanté de la cama y me senté. El ataque al corazón había durado dos días, y nadie cree que yo habría podido sobrevivir de no haber sido por la misteriosa ayuda que recibí de usted. El engrandecimiento de mi lado izquierdo ha desaparecido, y los médicos han declarado que estoy completamente libre del problema cardíaco. Yo había padecido desde la infancia, hasta que el problema se convirtió en un engrandecimiento del corazón y una gota de pecho. Ya sólo estaba esperando, y casi deseando, morirme; pero usted me ha sanado; y sin embargo ¡qué maravilla pensar que nunca nos habíamos visto antes! Regresamos a Europa la próxima semana. Me siento perfectamente bien. L.M. ARMSTRONG.”

El Sr. R.O. Badgeley, de Ohio, escribió: — “Mi pie, doloroso e inflamado, se restauró inmediatamente después de que usted recibiera mi carta, y ese mismo día me puse mi bota y caminé varias millas.” Este hombre me había escrito anteriormente lo siguiente: “Un leño cayó de un edificio sobre mi pie, y hasta cierto punto me trituró los huesos.”

Una mujer de Luisiana escribió: “Su maravillosa ciencia ha sido probada para mí. Había padecido impotente seis largos años de confinamiento en cama, incapaz de sentarme ni una sola hora de las muy, muy largas veinticuatro horas del día. Todo lo que sé acerca de mi cura es esto, que el día que usted recibió mi carta sentí que un cambio ocurrió en mí. Ese día estuve sentada toda la tarde, fui a la mesa a cenar con mi familia y me he estado sintiendo mejor cada día desde entonces; digo que ya estoy bien. JENNY R. COFFIN.” (353)

La siguiente carta es de una mujer de Lynn: “Mi pequeño hijo de año y medio había padecido de una enfermedad de los intestinos hasta que se vio reducido a ser casi un esqueleto, y empeoraba constantemente; no podía comer nada salvo papillas de cereal, o algún alimento muy sencillo. Para ese momento los médicos me habían dicho que ya no

podían hacer nada por él, pero vino usted una mañana, lo sacó de su cuna y lo tomó en sus brazos, lo besó, lo colocó nuevamente en su cuna y se fue. En menos de una hora me pidió sus juguetes, se levantó y parecía estar muy bien. Todos sus síntomas cambiaron de inmediato. Los meses anteriores no había evacuado nada sino sangre y mucosidad, pero ese mismo día su evacuación fue natural, y desde entonces no ha vuelto a sufrir de su padecimiento, y ya han pasado más de dos años desde que se curó. Inmediatamente después de que usted lo vio, comió todo lo que quiso, y entre ello, una gran cantidad de col justo antes de irse a dormir, de lo cual no sufrió en lo absoluto. L.C. EDGECOMB, Lynn, Mass.”

Se nos pidió que acudiésemos a ver al Sr. Clark, en Lynn, que sufría de una enfermedad en la cadera. Lo visitamos en la tarde por primera vez; sus médicos le habían examinado la úlcera que presentaba y nos informaron que el hueso estaba cariado; el paciente había pasado meses en cama sin levantarse o voltearse de lado. Al entrar en la casa se nos dijo que estaba moribundo; su esposa sollozaba a su lado. Nos detuvimos un momento junto a su cama; y él se hundió en un sueño; luego despertó diciendo: “Me siento como un hombre nuevo, todo mi sufrimiento ha desaparecido.” En pocas horas se levantó de su cama, se vistió él mismo, y esa tarde cenó con su familia. Al día siguiente le vimos en su jardín, y desde entonces no lo hemos vuelto a ver, pero nos informaron que dos semanas después se fue a trabajar y que ahora está sano. (354)

Podría mencionar cientos de curas similares que llevamos a cabo en oposición con lo que se denomina las leyes de la naturaleza que regulan la enfermedad y la recuperación, pero preferimos que aprendáis el Principio de estas curas y que seáis capaces de hacer vuestro propio trabajo. La experiencia nos ha mostrado que entre mayor sea la distancia moral o espiritual entre nosotros y un individuo, más nos persigue; y es lo mismo con los individuos que con el pensamiento general, aquellas curas que son remotas para la comprensión de la época aportan a nuestros enemigos nuevas oportunidades para desvirtuarnos.

Las teorías admiten que los miembros son materia y que son movidos por la mente, pero el hecho es que todo es mente en distintas admisiones y construcciones. La mente acelera o retrasa la acción, produciendo enfermedad o salud; pero no mediante una acción física, pues lo físico es efecto y no causa. Se dice que un hombre no puede existir como un tronco sin cabeza, o sin pulmones; pero el hombre no fue jamás despojado ni por un instante de sus bellas proporciones; habláis de la materia, no del hombre. Los nervios no tienen conciencia, ni sensación; el cuerpo no tiene vida; el Espíritu es la única Vida y Principio del hombre; pero nunca, ni por un instante entra en la materia, o es privado de su idea u hombre. El oír no se lleva a cabo mediante el oído o su mecanismo; si la construcción del nervio auditivo se destruye, el hombre no está sordo. Queda la Inteligencia, y ésta oye, ve, etc., independientemente de la materia u organización. El error de Vida en la materia debería dar lugar a este entendimiento de la indestructibilidad de las facultades del Espíritu; estas facultades no se pueden perder porque existen sin las necesidades de la materia; de otra manera serían mortales. (355)

Repetimos, un cambio de creencia altera todos los reportes del sentido personal, y el hombre ve, oye, etc., independientemente de los órganos que creéis que determinan la existencia de estas facultades. Si el sujeto hipnotizado que llamáis hombre acepta la

creencia de que ve con los ojos cerrados, o desde la coronilla, o que oye sin sonido, así será el caso. Para él la vista no está necesariamente confinada a la organización y es solamente lo que su creencia dice al respecto. Cambiad su creencia de frío o calor, placer o dolor, y el frío será para él calor, y el placer dolor, y *viceversa*. Aquí percibís que los nervios envían un comunicado distinto según el cambio de creencia; por lo tanto, el sentido personal no es un estándar, ni tampoco la sensación es dependiente de la organización; no es la materia, sino la mente lo que determina la sensación. La ciencia revela al entendimiento espiritual que el cuerpo no tiene sensación y que el hombre es la sombra reflejada del Alma, y que el Alma abarca todas las facultades del ser, y no carece de emoción, lenguaje, visión, o sonido; y estando la conciencia en posesión de todas las cosas, sus bendiciones no están a merced de la organización que un accidente o enfermedad pueden destruir. Todo ser es espiritual y no material, pues esta es la declaración científica del ser, la base de la inmortalidad, y a la larga todos aprenderemos esto. Tampoco podemos empezar a entender la Vida un día demasiado pronto. Toda teoría opuesta a esto prolonga la enfermedad, el pecado y la muerte, haciendo aquello que es inmortal en el entendimiento, mortal en la creencia. Cuando la creencia de Vida e Inteligencia en la materia desaparezca, su manifestación física cesará, y el hombre mortal regresará al polvo, ¿por qué? Porque era simplemente una creencia, y esta creencia era un error en vez de ser la realidad del ser; pues el hombre no es materia, y no muere jamás. Para probar que el cuerpo llamado hombre mortal es error y no Verdad lo único que tenemos que hacer es encontrarlo mortal. (356) La creencia de Vida e Inteligencia en la materia se destruye; pero la Vida y el hombre siguen siendo, y por siempre serán.

La materia no es el médium a través del cual el Espíritu actúa o se manifiesta. El Espíritu jamás se individualiza, y no hay un médium para él. El Espíritu es infinito porque es Inteligencia, entonces ¿qué podría limitarlo? Nuevamente, para el Espíritu sólo la Inteligencia es Sustancia, y no hay materia. Si el cuerpo fuese inteligente, jamás podría regresar al polvo, pues la mente no muere, y la Inteligencia jamás se desarrolló a partir de la materia.

La fisiología hace del hombre ambos, Espíritu y materia; este error haría al hombre mortal. Si el cerebro es mente, la materia es mente; y una piedra sería un grado menor de hombre. Admitir que el Espíritu no está en la materia y luego decir que se manifiesta por medio de ella, contradice los hechos, pues la materia manifiesta mortalidad solamente, y el Espíritu es inmortal; no se obtiene ni una vislumbre o manifestación del Espíritu a través de lo errado o lo decadente. El Espíritu es positivo respecto a todas las cosas, y si entrara en la materia, la destruiría, o se volvería negativo a ella. Aunque la ciencia de la metafísica parezca seca y abstracta, no debería descuidarse para favorecer el sentido mortal y transitorio de las cosas; la salud, la armonía, y la inmortalidad se obtienen solamente mediante la espiritualidad; y esto se entenderá tarde o temprano. La Verdad no tiene más que un departamento para sus estudiantes, y no tiene más que una rama de educación, esto es, la ciencia del ser. Estudiar la naturaleza de la materia, que abarca pecado, enfermedad, y muerte, no tiene ninguna ventaja real; y las leyes materiales de la salud establecen el fundamento de la enfermedad. El conocimiento no abarca ni Vida, ni Verdad, pero cuando definimos lo material con lo espiritual, y observamos de la naturaleza para elevarnos a observar la naturaleza de Dios, el aprendizaje es provechoso. (357) Las explicaciones astronómicas del Prof. Rudolph son

de esta índole. Las investigaciones y los experimentos de nuestras grandes mentes son de la más alta importancia cuando son impartidas de esta manera.

La astronomía, la ciencia natural, la química, la música, las matemáticas, etc., como ideas de un Principio, son señalizaciones importantes en el camino de la ciencia; pero cuando intentamos introducir al Principio en estas ideas, les damos las interpretaciones del sentido personal que nos engañan en nuestras conclusiones. Permitamos que el sentido espiritual dé las últimas y más elevadas explicaciones a todas las cosas, y “he aquí que hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros.” Si el hombre material fuese realmente hombre entonces cuando su cuerpo se destruyera se aniquilaría; si identificáis al hombre mediante la materia, no tenéis autoridad para decir que vive después de haber sido destruido. La educación desarrolla sentido únicamente, pero no puede desarrollar el Alma; Gaspar Hauser, sin esta educación, manifestaba menos Inteligencia que un ratón, era incapaz de alimentarse a sí mismo, sabía aún menos que las especies inferiores que se guían por el instinto. Este niño infante fue encarcelado en un calabozo donde ni un rayo de luz, ni un sonido podían alcanzarle. Cuando llegó a la edad adulta, no era un hombre, - mostrando esto que los años no hacen a los hombres - sino era todavía un infante, una creencia de Vida en la materia probándose a sí misma no ser ni Inteligencia, ni la idea de Dios, sino en realidad una no entidad. Es lo mismo con el hombre mortal para el cual se conjuran las leyes de la salud desde el abismo del “conocimiento” que fue condenado. Este hombre mortal es precisamente esta nada material, “polvo al polvo”; por lo tanto, de nada sirve implantarlo más profundamente en la creencia de la materia que fue maldecida y de la cual surgió. (358)

Entre menos se piense o se hable de estructura física, leyes de la salud, etc., más se elevarán el hombre y la mujer, menos enfermedades aparecerán, y un menor daño se derivará de un cambio de clima, una dieta insalubre, la falta de abrigo, el trabajo mental severo, los hábitos sedentarios, los cuartos calientes y todos los demás etcéteras de las reglas fisiológicas basadas en el hombre como siendo una cosa estructural cuya vida está a merced de la circunstancia. La advertencia de las Escrituras contra el “conocimiento” debería ser atendida, pero no lo es; las constituciones más robustas de nuestros ancestros comparadas con las de esta época deberían brindarnos un indicativo, pero no es así; la dificultad radica en nuestras teorías sin nombre; el pecado, la enfermedad y la muerte que se extienden por toda la tierra son los frutos de la creencia de Vida e Inteligencia en la materia.

La comida simple de nuestros ancestros hoy no curaría la dispepsia; con las reglas de la salud en la cabeza y el más digerible alimento en el estómago habría dispépticos; las constituciones afeminadas de este periodo jamás lograrán robustez hasta que la ciencia del ser ocupe el lugar de la materia médica, la fisiología, etc. La ignorancia de nuestros ancestros del conocimiento que hoy en día vaga de aquí para allá sobre la tierra, los hizo más resistentes que nuestros fisiólogos, y más honestos que nuestros políticos. No es nuestra intención menospreciar el aprendizaje académico, la investigación profunda, el pensamiento original, la historia, la observación, la invención, la ciencia y el entendimiento, lo que deploramos son los intrincados barbarismos en las enseñanzas, la mera doctrina, teoría, o la ficción nauseabunda. Novelas sólo notables por sus exageradas descripciones de depravación, las obras de la materia médica, higiene, o

leyes de la salud que nos recuerdan la fábula de Esopo de la montaña pariendo un ratón y que no introducen más que escándalo y disparates a una sociedad complaciente. Lo que yo quisiera saber es, si este gusto no es culpa de nuestros sistemas de pensamiento y libros. (359) Todo es mecánico, la naturaleza es sofocada; el corazón de la humanidad no es alcanzado, y sus recubrimientos se hallan densamente apertrechados con artificios ajenos. Seamos individualmente aquello que somos, no traguemos camellos a cambio de popularidad, o colemos mosquitos en forma de ideas honestas porque provienen del Alma del hombre. Si el conocimiento es poder, no es Sabiduría, sino una fuerza ciega cuyo origen material se conoce por perder en el tiempo lo que gana en poder.

La exclusión del error introduciría una nueva era que derrumbaría los límites de las sectas y los convencionalismos del conocimiento, que construiría sobre bases espirituales mediante las cuales traeríamos a Dios a nuestra experiencia, y nos volveríamos saludables y armoniosos, hombres y mujeres nobles, en vez de inválidos desesperanzados y autómatas de la materia. Entre menos sentido personal tengamos, más tendremos del Alma; y entre menos leyes materiales tengamos, mayor longevidad y entendimiento espiritual. Aprender que todo es vanidad “en la carne”, hizo de Salomón un hombre sabio, él, que anteriormente había sido un imbécil del sentido.

Las teorías del pasado distinguían a un Satanás personal del hombre mediante cuernos y pezuñas; las opiniones modernas transigen; por un lado, rechazan a su satánica majestad con cuernos y pezuñas, ¡mientras por el otro retienen a un hombre pecador y mortal, lo opuesto a la idea de Dios, que influencia su propio destino desafiándolo a Él, y que sin embargo se supone tiene a Dios morando en él! Todo aquello que es pecador, enfermo o perecedero, no es hombre, sino lo que Pablo describió como “sin esperanza, y sin Dios en el mundo,” y del cual el Salmista dijo que era “sueño, un sueño relatado.” “Aquel que habitare en el lugar secreto del Altísimo habitará bajo la sombra del Todopoderoso” (360) Al renunciar a la creencia en la materia Inteligente, el hombre habita en el Espíritu, y es armonioso; pero esto para el sentido personal es un lugar de lo más alto y secreto, y sobre el cual nada sabe.

Cuando la relación entre Alma y cuerpo, Dios y hombre sea entendida en la ciencia, nos habremos vuelto mente y cuerpo armoniosos, y nunca sino hasta entonces.

Si la Vida es afectada en lo más mínimo por el ejercicio, la comida, el vestido, etc., Dios es discordante, la armonía del Espíritu se nubla y la Vida al final se extingue. La fisiología y la materia médica no nos dirigen, como lo hizo David, hacia Dios, “un auxilio muy presente en tiempos difíciles,” sino altera los tonos de la Vida hacia una clave menor que se desafina hacia la discordia, mientras la ciencia de la Vida que afina sus dulces notas, y la armonía consciente hacia la inmortalidad, pide en vano una audición. Que “las cosas viejas pasarán y he aquí todas las cosas se han renovado” es algo que yo en lo particular anticipo con alegría, dispuesta, si fuera necesario a que la Verdad ampute manos derechas y saque ojos derechos al eliminar el error. Percibimos el “conflicto irresistible” que espera a la era cuando la Verdad de un vuelco a las creencias del hombre.

Permitamos que la ciencia de la Vida sea enseñada en nuestras instituciones de aprendizaje y que sea retomada por el púlpito y la prensa; dadle el lugar que ahora

ocupa la fisiología y erradicará la enfermedad, el pecado y la muerte en menos tiempo que lo que éstos han aumentado en base a los antiguos sistemas y los planes estereotipados para vencerlos. Simplemente entender la nada del error evitaría la batalla de Don Quijote contra los molinos de viento, y nosotros obtendríamos la inmortalidad y la libertad del ser mediante el control que tendríamos sobre nuestros cuerpos. Desde que el hombre “ha buscado muchos artificios,” no ha podido aprender ese conocimiento que puede salvarlo de los terribles efectos del conocimiento. (361) Muchos casos desesperados de enfermedad han sido inducidos por una simple autopsia, no porque un virus haya penetrado al sistema, (una condición de la sangre es tan inofensiva como otra si la mente así lo decreta, de otra manera no) sino porque se ha admitido alguna creencia fatal y ésta es la que hace el daño. La mente es la única que afecta las secreciones del cuerpo, le da acción, y la acelera o la disminuye; un simple sonrojo o un sobresalto nos indican esto. Cuando la concepción mental inconsciente de la enfermedad toma lugar, sus síntomas y su localización aparecen sobre el cuerpo de la misma manera que en óptica, una vez que la imagen se forma sobre la retina, ésta se vuelve visible para el sentido personal. El error de hablar y de examinar detenidamente los síntomas de enfermedad para conjurar desde los oscuros abismos de la discordia algún nuevo descubrimiento, es poco entendido. Cuando un médico le da nombre a una enfermedad, describe sus síntomas y su peligrosidad, él ha cometido una ofensa inconsciente en contra del ser, en contra de la libertad y la felicidad de su paciente, y hará de ello un trabajo seguro para sí mismo, si es que no cometió un error fatal para su paciente.

Una mujer a la que se le administró éter, murió bajo sus efectos mientras su médico afirmaba que era riesgoso llevar a cabo la operación quirúrgica sin el éter. El caso fue llevado a juicio y se encontró que la evidencia era conclusiva, y el veredicto fue que la muerte no fue ocasionada por el éter, sino por el temor de la mujer a inhalarlo. Su hermana testificó que la fallecida protestó al inhalar el vapor, diciendo que éste la mataría, pero a pesar de ello fue obligada por sus médicos a inhalarlo. Si esos cirujanos hubiesen entendido la acción de la mente sobre el cuerpo, habrían apaciguado su terror antes de administrarle el éter, o hubieran preferido arriesgar una operación quirúrgica severa antes que los efectos del temor. (362) Semejante ignorancia, sí, crueldad, debería alertar a la comunidad; los diplomas otorgan mayor autoridad para timar o victimizar, que el acero del asesino. ¡Toman en cuenta la materia inerte plenamente, y se olvidan de la mente! Pero la secuela hizo evidente que la paciente murió por la mente y no por la materia.

Libros que destierren la enfermedad fuera de la mente en vez de impresionarla más profundamente con esta creencia, abatirían la enfermedad en un diez por ciento en un corto periodo. Instruid a vuestro paciente que él no es un sujeto involuntario de la enfermedad, sino que puede resistirla, y vencerla también con la mente que es superior a la materia. Si los enfermos entendieran el dominio que Dios les dio sobre su cuerpo, esto les tranquilizaría y les alentaría impartiendo así una acción saludable al cuerpo. Si conocieran su poder mental, enfrentarían la enfermedad sin temor alguno, de la misma manera que enfrentamos una nube de insectos que huye ante nosotros.

La ciencia y el sentido personal son antagónicos, llevando en sí reportes muy distintos del hombre, pero la demostración prueba que la ciencia es correcta y el sentido personal equivocado, y que la mente en vez de la materia controla la materia. Los doctores

examinan al cuerpo para determinar el poder exacto que la materia está ejerciendo sobre el hombre para matarlo, y rinden juicio de conformidad a ello. Al darle precedencia a la discordia, envenenan las mentes de sus pacientes con la creencia de que están indefensos mentalmente respecto a sus cuerpos, cuando el hecho es que la mente produce toda acción, ya sea enfermedad o salud. Revertid el caso y cuando los síntomas de la enfermedad aparecen, atended a la mente y no al cuerpo; enseñad al paciente que el dolor, la inflamación, la ulceración, la acción aguda o mórbida aparece en el cuerpo sólo porque son delineados en la mente, pues esta última transfiere sus imágenes al cuerpo. (363) Preguntad al paciente qué piensa de su dolencia; y lo que su mente admita sobre este tema es lo que debéis destruir para poder aliviar de la discordia al cuerpo obediente. Id al manantial para sanar a vuestro paciente. Decís: ¡Pero qué tarea! Enseñarle a la era presente el control que tiene la mente sobre la materia. Admitirlo cambia el punto de vista de las antiguas teorías invirtiéndolas, y los enfermos pueden no entender lo que digáis al principio, pero de cualquier manera vuestras palabras producirán un efecto sobre sus mentes, y esto afectará sus cuerpos. Esta es la ciencia del ser: que la Verdad, al entrar en contacto con el error, comienza a destruirlo. Vosotros sanaréis a los enfermos con la Verdad a pesar de las dificultades que se alzan contra vosotros, e inauguraréis una percepción de la ciencia que será para “el sanar de las naciones.” Podéis tener la certeza en gran medida de que vuestros pacientes, al no entender vuestro proceso metafísico de sanar, tendrán poca fe en él hasta que sientan sus efectos benéficos, esto os mostrará que no se sanan por su fe. Vuestra demostración debe ser la única prueba de lo que decís. Los enfermos se restauran más pronto a través de la Verdad que del error, más pronto a través de la mente que de la materia. La cura mental es una prueba más elevada de poder, porque se lleva a cabo a pesar de terribles dificultades, aun contra el peso de la opinión universal que está a favor de la materia y de los puntos de vista preconcebidos de vuestro paciente que trabajan inconscientemente contra él mismo y contra la cura metafísica.

La fisiología insiste en que el cuerpo está enfermo independientemente de la mente, y a pesar de su protesta; que sus funciones son interrumpidas sin la cooperación de la mente, y que las leyes de la materia controlan al cuerpo. Este error nos es muy palpable, y lo será para otros en el futuro, así como lo es el dogma teológico que dice que “aquellos que no fueron elegidos se perderán.” (364)

El cuerpo es nuestro sirviente, y obedece a la mente no sólo en algunos casos, sino en todos. La teoría escandalosa de que el hombre es gobernado por su cuerpo cada día de su vida, hasta que al fin éste lo mata, es demasiado absurda para durar otro siglo. Nuestra imprenta involuntariamente contribuye a propagar muchas plagas sobre la familia humana en tratados sobre la enfermedad, la higiene, y la terapéutica dándole nombre a la enfermedad y largas explicaciones en lo que a ella concierne, afectando a la gente como si fuera el nombre de un nuevo vestido creado en Paris; todo aquel que pueda, adquirirá uno de esos. El nombre de una enfermedad que la detalla minuciosamente y que se compone de largas sílabas ha costado a muchos hombres todos sus días terrenales de utilidad. ¡Qué precio tan alto hay que pagar por el conocimiento! Sin embargo, este precio no excede su valor de mercado original, cuando Dios dijo: “el día en que de él comieseis moriréis.” La creencia de un doctor en la enfermedad perjudica a sus pacientes más que el calomel, la morfina, el éter, o los fórceps; la mente es más potente que la materia. El paciente escucha el veredicto del doctor como un

delincuente aguardando su sentencia de muerte. Puede parecer calmado en el momento, y ejercer una serenidad digna de una mejor causa, o de una ocasión más real, pero no está calmado; el temor domina el caso y desarrolla la enfermedad. El poder de la mente para dañar al cuerpo revertido en acción, lo sanaría, y el enfermo triunfaría sobre la enfermedad, pero en lugar de ello se resigna a sufrir sobre la base de que esto es inevitable. Si la mente puede matar, como se ha probado, también tiene el poder de curar. ¡Ah! Doliente paciente o impaciente, ojalá tus ojos se abrieran para contemplar el camino para escapar de la enfermedad; hacia este fin hemos consagrado nuestros esfuerzos y hemos trabajado desde que Dios nos restauró de una enfermedad desesperanzadora y de sufrimientos inenarrables. El doctor es el artista que delinea en la mente más claramente la imagen de enfermedad, y causa que la creencia cumpla estos delineamientos en el cuerpo. (365) Posiblemente la enfermedad haya aparecido antes de que vierais al doctor, pero no pudo haber estado tan clara o tan definida como después de haberle visto; no podréis haber dejado de sentir la influencia de su mente; su creencia en la enfermedad afectó la vuestra, aun cuando él no haya dicho palabra al respecto, y de no haber sido por esto, vuestra creencia de enfermedad hubiese podido gradualmente abandonar vuestra mente, y os habríais recuperado.

No es nuestra intención negar que los doctores, como hombres y mujeres nobles, poseen gran filantropía de propósito; solamente los instamos a hacer que sus esfuerzos sean más eficaces por cambiar su base de acción del cuerpo a la mente, y del sentido personal a la ciencia. Si la ciencia del ser les fuese tan familiar como los edictos de las escuelas médicas, bendiciones innumerables fluirían de tan altas fuentes. En cada caso de enfermedad, o de salud, para sanar a uno o preservar al otro, la ciencia de la Vida es lo único que es necesario. Pero los variados métodos de sanar no han sido ciencia, de otra forma la enfermedad habría desaparecido desde aquel periodo remoto de Adán, el error, que la introdujo. Las así llamadas leyes de la salud no son ciencia, pues ésta última libera al hombre de su castigo y destruye la ley, estableciendo una ley superior, la de la superioridad del Alma sobre el sentido, y del Espíritu sobre la materia. Esta ciencia anula las ataduras opresivas que nuestras teorías hacen valer sobre el hombre. La ley de Dios se opone a las leyes de la materia, y merece más obediencia y respeto. Su ley es la Inteligencia, que no reconoce una ley más elevada, y si esto no le es aparente a nadie salvo a mí misma entonces, ¿por qué apelar a Dios para restaurar al enfermo cuando las así llamadas leyes de la salud de nada sirven? Dios debe controlar al hombre en todo momento y bajo todas las circunstancias; así controlado, el hombre es inmortal y armonioso. (366) La enfermedad, el pecado, o la muerte jamás perturbarían al hombre, o al cuerpo controlado por el Alma y no el sentido, Espíritu y no materia. Si la ley de la Verdad, la Vida, y el Amor produjeran enfermedad, ninguna ley de la materia podría destruirla, y sería una equivocación moral emplear medios que actuaran contra este gobierno; la ley de Dios es la única autoridad admisible en el universo, pero esta ley concierne a la mente y no a la materia. ¿Qué le queda entonces a la fisiología que no sea una calavera y una cruz hecha de huesos? El hombre jamás será entendido en armonía e inmortalidad hasta que el error de la fisiología sea destruido por el Espíritu triunfando sobre la materia.

Si bien los músculos del herrero están en gran medida desarrollados, no se sigue de ello que sea por el ejercicio, o que aquel de hábitos sedentarios deba ser frágil. Si la materia fuese la causa de la acción, y fuesen los músculos sin mente los que usaran el yunque y

golpearan el clavo, dicha inferencia podría ser cierta; pero los músculos actúan en obediencia al hombre, de aquí el hecho de que es la mente y no la materia la que los desarrolla y los fortalece únicamente por medio de la demanda que el hombre ejerce sobre ellos, y del poder correspondiente que él abastece, no por el ejercicio o los músculos, sino porque el herrero mismo es la fuerza de su brazo.

El hombre mueve su propio cuerpo y lo desarrolla en cualquier dirección que la mente determine; ya sea consciente o inconscientemente, eso es irrelevante. Las proezas del gimnasta son prueba de que los poderes latentes del hombre le son desconocidos; la mente, al fijarse algún objetivo, hace que alcanzar ese objetivo sea fácil. Si Blondin hubiese creído que era imposible caminar por la cuerda floja sobre los abismos de agua del Niágara, el logro de esa proeza le hubiese sido imposible; pero al entender que era factible, perdió su temor y dio a sus músculos la flexibilidad y el poder que se le atribuyen quizá al aceite lubricante. (367) Cuando Homero cantaba a los dioses griegos, cuán oscuro era el Olimpo comparado con el Sinaí. David expresó la ciencia del ser cuando dijo: “Les haces señorear sobre las obras de Tus manos: todas las cosas has puesto bajo sus pies.”

CAPÍTULO VIII.(368)

SANANDO A LOS ENFERMOS.

NOTA.— El estudiante derivará mayor beneficio de estudiar esta ciencia con su autora de lo que sería posible obtener de maestros en otros departamentos de la educación. Lo metafísico requiere la elucidación del sentido espiritual, y el sentido personal no puede aprehender las explicaciones del alma; por lo tanto, una mera educación clásica deja al Alma en gran medida fuera de la cuestión, y educa al hombre sólo desde el punto de vista personal de la materia.

LA OBSERVACIÓN y la experiencia nos enseñan que aquellos que rechazan desviarse de la línea directa del deber, o que rehúsan rebajarse neciamente en busca de engrandecimiento personal a costa de su conciencia, o a darle a la popularidad supremacía sobre la Verdad, son calumniados por muchos de aquellos a quienes afecta esa línea del deber. En la batalla contra el error, atacáis con la intención de matar, y la bestia herida o acorralada os morderá si puede; el pecado que asaltáis se volverá contra vosotros y tendrá éxito en hacer que el mundo os condene para auto-justificarse. Habiéndose encontrado que es necesario descubrir el error para destruirlo, debéis señalar al pecador cuáles son sus pecados antes de poder beneficiarle, y si os odia por ello, es porque no está dispuesto a reformarse. Aquellos a los que intentamos levantar nos entregan todo su peso para que lo carguemos, y cuando los soltamos para que se sostengan por sí mismos, algunas veces recaen sobre nosotros. (369) Al enseñar al fanático, reformar al licencioso, o exponer al hipócrita ¿quién podrá escapar sin censura? Comenzamos nuestra tarea con la fe simple de que todos aquellos a los que sanamos lo reconocerían, y que aquellos a los que instruimos vivirían a la altura de nuestras enseñanzas, aunque no fuera por otro motivo más elevado que el de promover su éxito al sanar; pero éste no siempre ha sido el caso. Aunque está claro que los fundamentos de la ciencia del ser son la Verdad y la espiritualidad, la semilla que produce fruto abundante debe caer en un “corazón honesto y bueno,” sin embargo no todos los que saben esto están dispuestos a someterse a ello. La Verdad mueve al hombre hacia una condición mejor o, temporalmente, hacia una peor que posteriormente lo dejará mejor; afecta al error igual que a la enfermedad, causando una intermitencia antes de que ceda y se destruya.

El individuo humanitario está por encima de las flechas en el estremecer de la ignorancia, la envidia o la malicia; vuelan bajo sus pies hasta que agotan su furia y caen al suelo. Lo mismo ocurre con quienes se identifican con una causa porque hasta que esta causa es entendida, ellos no son entendidos; durante el nacimiento de esta causa sufren y están de parto; durante su infancia afán y sacrificio; pero cuando su vástago se ve amenazado es cuando más tiernamente lo acogen en su seno, sabiendo que cuando sea hombre, hablará por sí mismo y por su madre.

Nada salvo una falta de discernimiento espiritual, o la deshonestidad, podrían incitar a alguien que entienda en lo más mínimo esta ciencia, a llamarla mesmerismo, o a practicar el mesmerismo llamándolo ciencia. Cuando aquellos que inicialmente fueron invitados al banquete de la Verdad no llegaron, nuestro Maestro recibió a quienes sí llegaron. De la misma manera, hoy, “el sirviente debe ser como su Amo”, no ejerciendo por sí mismo ninguna elección, sino trabajando para la posteridad, tolerando que se le culpe y se le desdeñe, sabiendo que con el pasar de los años obtendrá su victoria. (370) El sanar en la ciencia tiene su recompensa aquí mismo, pero la tarea de enseñar la ciencia del ser es otra cosa completamente distinta. Los dolores del sentido personal a menudo hacen que los enfermos estén dispuestos a separarse de sus errores, pero aquellos que están sanos y cómodos en sus posesiones se muestran renuentes a cambiar de amo, de aquí que la tarea de enseñar se vuelva más ingrata y laboriosa comparada con la tarea del sanar. Instruimos a nuestros pacientes para que eviten, en la medida de lo posible, contacto con mentes cargadas con el sentido físico opuesto, higiene, etc., mientras estén bajo tratamiento metafísico, pues ello retrasa su recuperación; pero olvidan que ese mismo derecho también lo tiene el maestro, y la misma necesidad existe para los estudiantes de evitar contacto con ciertas mentes que obstaculizan su progreso. Las instituciones tienen reglamentos para restringir las bajas pasiones de quienes están bajo su tutela, pero nosotros no hemos tenido esa protección tan necesaria en la enseñanza.

No admitir que Dios es el Principio de la ciencia de la Vida, es ser ignorante de esta ciencia; sin embargo, decir que Dios es el Principio de la ciencia pero que su descubridora, maestra y demostradora no es enseñada por Dios, es contradictorio.

Los estudiantes pueden rebajar, o destruir temporalmente su posición en el sanar científico a través del error con falsedad, deshonestidad, o sensualidad; en cuyo caso su demostración cesa de avanzar y de elevarse, y su práctica, si es que la tienen, se vuelve mesmerismo y deja de ser ciencia. Tales estudiantes no pueden reinstalarse en lo correcto sino a través del arrepentimiento, la reformatión y la restitución. Debemos dar la bienvenida al penitente y apoyar al débil, pero al que cubre sus pecados y se regocija en su iniquidad dejémosle recibir su recompensa de manos propias; tiene una deuda acumulada más temible que la que tiene con su acreedor. El más malvado o el mejor de los hombres no son entendidos por sus contemporáneos; ambos están más allá de su valoración. El hombre más malvado comete sus pecados a sabiendas y en secreto, mas no habiendo crecido éstos lo suficiente para ser castigado por la Sabiduría, esconde su maldad en la forma que vamos a exponer más adelante; y el mejor hombre está oculto para la era presente en la Sabiduría de épocas venideras. Al separar el trigo de la cizaña los molinos de Dios muelen lentamente, y si la cizaña que la Sabiduría aparta predomina, vemos pocos resultados, pero si hay mucho trigo, los graneros están rebosantes en razón de la molienda. “Aquel a quien ama el Señor, también castiga.”

Sólo hay una forma posible de actuar equivocadamente con un método mental de sanar, y ésta es el mesmerismo mediante el cual las mentes de los enfermos pueden ser controladas con el error en vez de la Verdad. Quién haya atestiguado los efectos del mesmerismo, lo habrá visto producir una articulación rígida, o un miembro lisiado, probando así, más allá de duda, que el mesmerismo puede afectar al cuerpo perjudicialmente. Susurrar en las mentes de los enfermos falsedades, dañará sus

cuerpos, al igual que la Verdad, vertida en sus oídos, beneficia al cuerpo. Hemos sido testigos de la prueba de ambas aseveraciones. Durante años habíamos estado experimentando los beneficios de la Verdad sobre el cuerpo, pero ignorábamos que hubiese la posibilidad opuesta de hacer el mal a través de un método de sanar mental hasta que lo vimos denigrado por un estudiante equivocado que lo convirtió en el médium del error. La introducción de falsedades en las mentes de los pacientes impedía su recuperación, y los pecados del doctor se transferían a los pacientes, muchos de los cuales murieron a causa de esto; casos que la Verdad del ser hubiera sanado, su propio error los volvió irremediables. (372) Haber atestiguado estos resultados terribles fue nuestra oportunidad para aprender acerca de la causa que los producía o para descubrir esta mala práctica, y nuestros estudiantes saben muy bien que no tenemos dificultad para rastrear la causa mental de la enfermedad. Pero antes de que descubriéramos esta mala práctica y sus motivos, el mal había avanzado tanto, y tenía tal influencia sobre la mente de los pacientes que cuando informamos a una de ellos que no se estaba recuperando y que lo mejor sería regresar a casa, nos respondió indignada: “Mi doctor dice que me estoy recuperando,” sin embargo murió antes de llegar a su hogar terrenal. Los pacientes de este doctor estaban totalmente inconscientes de su método secreto para antagonizar las mentes de quienes manipulaba en contra de su benefactora, también estaban en la inconsciencia de sus efectos sobre sus cuerpos; los pacientes nos preguntaban si el doctor había perdido su poder, sin entender que era su pérdida de la Verdad, y el mal oculto en su proceder lo que los dañaba. Un estudiante de la ciencia no puede practicar el mesmerismo honestamente, por lo tanto, exitosamente, como un Newton que no conoce un método más elevado de sanar. Pero la mala práctica a la cual aludimos era más terrible que simplemente un cambio al mesmerismo; escogía la oscuridad sobre la luz porque sus obras eran malvadas. Semejante practicante, haciendo a un lado nuestros preceptos morales, retenía sólo aquella parte de nuestras enseñanzas que se referían a la creencia de enfermedad del paciente y el método para destruir esta creencia por el argumento opuesto, verbal y mental. Esta es la parte más ínfima de la ciencia del ser, y sin embargo es la única de la cual se puede valer un mal practicante para sanar al enfermo. Los pacientes no tienen conocimiento de cuánto error él pueda estar mezclando con el argumento de la Verdad, tampoco saben que esto afectará a ambos, sus mentes y sus cuerpos, con resultados tanto buenos como malos. (373) Si los enfermos se recuperan a consecuencia de los argumentos mentales del doctor opuestos a los suyos, esto prueba, bajo la base de la ciencia, que el paciente ha cambiado su creencia con respecto a su enfermedad, de otra manera el cuerpo no habría respondido; pero ahora viene su oportunidad para hacer el mal; pues, si puede cambiar la creencia de su paciente en relación a la enfermedad, también puede cambiarla en relación a un individuo, o a un tema cualquiera. Pero recordad que sólo el manipulador y el mal practicante pueden hacer esto, y no quienes sanan con la Verdad de la Ciencia. Primero, porque éstos últimos no manipulan la cabeza; y segundo, porque su manantial para sanar es la ciencia y la Verdad, y si intentasen controlar la mente con error, no afectarían al enfermo, mientras que el poder principal del mal practicante es hacer el mal, pero todo lo que tiene es una migaja de la ciencia con la cual sanar; y su carencia de mejor éxito es el resultado de su maldad.

Habiendo atestiguado el efecto que un poco de Verdad tiene sobre el enfermo, nos hemos quedado verdaderamente asombrados ante el poder absoluto de la Verdad, y hemos recordado con tristeza cuánto podría ser hecho por los verdaderamente sabios,

quienes “ponen aceite a sus lámparas” y no tienen el poder de mal usar la ciencia del ser. Tras atestiguar el daño que un estudiante hizo a nombre de la ciencia, nos hemos rehusado absolutamente a permitir que los estudiantes froten la cabeza de sus pacientes. El pecado del mal practicante está “en lugares santos.” Es un crimen contra el tribunal supremo del Alma elogiar lo equivocado y condenar lo correcto; ello pisotea toda ley de la justicia y la Verdad.

Como defensa del mesmerismo se argumenta que el Dr. Quimby manipulaba a los enfermos. Él nunca estudió esta ciencia, pero alcanzó su propio punto de vista elevado y maduró a él mediante su propio progreso y no el de otros. (374) Era un hombre bueno, una ley para sí mismo; cuando lo conocimos ya estaba madurando fuera del mesmerismo; en contraste con el estudiante que cae en él por abandonar las buenas reglas de la ciencia a cambio de una mala práctica que tiene el poder y la oportunidad de hacer el mal. El Dr. Quimby murió muchos años antes de que hubiera un estudiante de esta ciencia, y nunca, hasta donde sabemos, informó a nadie de su método de sanar.

Los únicos practicantes que hay hoy de esta ciencia metafísica, han sido nuestros estudiantes; pero mediante el actuar equivocado algunos han debilitado su sentido puro de la Verdad, mientras que otros se mantienen firmes en “la esperanza que está ante ellos.”

Debemos condenar al médico que adultera su medicina y después afirma que era genuina. La medicina en el sanar científico es la mente; pero ¿qué pasaría si la deshonestidad, la venganza, la falsedad, o la impureza fuesen los ingredientes o calidad más potentes de la mente del practicante y después afirmara sanar con la Verdad y la ciencia de la Vida? Peor que fármacos venenosos es el mal impartido a través de la inoculación de la mente. Un practicante así es el propagador más eficaz del error sobre la tierra. Aun cuando pudiera cambiar una creencia de enfermedad a una creencia de salud, carece del poder de destruir el error con la Verdad.

No hay más que dos métodos de sanar, uno es la materia, y el otro la mente. Los científicos sanan con la Verdad; por lo tanto, frotar la cabeza del paciente o manipular su cuerpo no ayuda a impartir la Verdad para sanar al enfermo. Hacer el mal en la ciencia es tan imposible como hacerlo en la oración a Dios. Consideraremos brevemente algunos puntos de la mala práctica a la cual aludimos. (375)

Primero, como arma de venganza. El *modus operandi* de la mala práctica es el siguiente: El doctor frota las cabezas de sus pacientes entrando en comunicación mental con ellos mientras lo hace, pero en vez de decirles sólo la Verdad y aquello que promueve la armonía, aprovecha la oportunidad para introducir en sus mentes otros asuntos que son útiles para su propósito siniestro, impartiendo al paciente sus propias preferencias y aversiones, ya sea por venganza o ambición. Si el doctor beneficia a sus pacientes por medio de frotarles la cabeza, es a través de la propia creencia de los pacientes de que esto es benéfico, y la mente es controlada ya sea con Verdad o error. A esto ciertamente le puede seguir tanto un efecto malo como uno bueno, pero los pacientes están totalmente inconscientes de esto, o de cómo se produce. Si el doctor ha impartido error, seguramente lo negará, pero si no hubiese hecho esto nunca habríamos aprendido lo que era esta mala práctica. A través de una influencia errónea sobre sus mentes, los

pacientes empeoran físicamente en un día, pero en su inconsciencia regresan a solicitar ayuda a quien le deben ese estado, sí, al autor de todo ello. Hemos aprendido que esta mala práctica es imposible en la ciencia y que es un mesmerismo inmoral. Aun cuando hubiese sido posible para nosotros controlar la mente de otro a través de esta agencia sutil y criminal, esto no podría habernos tentado a hacerlo, ni aun en defensa propia; la tentación no puede alcanzarnos en forma alguna, y recurrimos a nuestra pluma para exponer este mal que ha alcanzado por primera vez nuestra aprehensión.

Algunos artículos en los periódicos falsificaron la ciencia llamándola mesmerismo, etc., pero su intención era específicamente, como nos lo informó el escritor, dañar a su autora; ello precipitó nuestra investigación sobre el mesmerismo para diferenciarlo de nuestra ciencia metafísica del sanar basada en la ciencia de la Vida. (376) El mal practicante, lleno de bajas pasiones y de venganza, sólo puede depender de la manipulación, y frota la cabeza de sus pacientes por años, incorporando bastante sus mentes a través de este proceso que nos merece menos respeto entre más lo entendemos y aprendemos sobre sus motivos. Por medio del control que esto da al practicante sobre los pacientes, él alcanza fácilmente la mente de la comunidad para perjudicar a otro o para promoverse a sí mismo sin que nadie pueda rastrear su sucio procedimiento; el mal se siente, pero no se entiende. Ello puede desmoralizar a una comunidad, y el trabajo del mal practicante puede no ser descubierto mientras él sigue afirmando su fidelidad en el sanar mental – una confianza sagrada y solemne. Controlados por su voluntad, los pacientes se apresuran a cumplir sus órdenes y se convierten en agentes involuntarios de sus intrigas, mientras testifican honestamente de su fe en él y en su carácter moral. Hablando en una forma y actuando de otra, el mal practicante ocupa una posición que es completamente opuesta a la Verdad. Esto no es una descripción ociosa de la pluma o la imaginación, sino una tenue representación de los hechos descubiertos a través de las víctimas de esta mala práctica; son hechos que sometemos a otros para ser puestos a prueba. Intentadlo, quien lo quiera hacer, manipulad la cabeza de un individuo hasta que hayáis establecido una conexión hipnótica entre vosotros; luego dirigid su acción, o influenciadla para que llegue a alguna conclusión, argumentando el caso mentalmente igual que lo haríais audiblemente, y observad el resultado. Encontraréis que entre más honesto y confiado sea el individuo, más será gobernado por la mente del operador. Pero aprended las lecciones de la ciencia de la Vida, y a través de ellas elevaos al descubrimiento de esta gran Verdad, y haced esto si podéis; sería tan imposible como para la luz ser oscuridad.

Si tuvieseis el poder que da el mesmerismo para influenciar mentes tanto para lo equivocado como para lo correcto, la ciencia que aquí se explica, os lo arrebataría. (377) Controlar las mentes de otros con motivos siniestros destruiría vuestra posición en la ciencia. Si influenciáis las mentes de otros por motivos egoístas, vengativos, impuros, o cualquier otro motivo malvado, perderíais vuestra habilidad de sanar en la ciencia, y nunca la recuperaríais sino hasta que hubierais sufrido lo suficiente por este error para haberlo destruido para siempre y para no volver a aventuraros sobre un terreno tan peligroso. Un mal practicante jamás podrá alcanzar el estándar del sanar científico. Sería tan imposible como que un camello pasara por el ojo de una aguja.

Para impedir que el daño de este bandolerismo criminal crezca sin estorbo ni obstáculo, la comunidad debería entenderlo; este error puede elevar sus proporciones gigantescas

por encima de las formas comunes de hacer el mal, y adquirir una influencia más arbitraria sobre las mentes de los individuos que ningún otro poder del pecado pasado o presente. La ciencia del sanar es incapaz de la maldad, pero se ha probado claramente que esta práctica opuesta es capaz de producir un gran daño, incluso el crimen; y mientras reivindica altas pretensiones de rectitud, es capaz de planear en secreto un mal oculto contra la humanidad, la justicia y la Verdad. La malicia algunas veces se mostrará y derrotará su propio propósito; la falsedad que se dice en voz alta se encuentra con un testimonio que la refuta; pero este método de dañar a otros con una impregnación silenciosa y sutil de falsedades y prejuicios en las mentes de los individuos para que éstos la repitan a otros, es “Satán que anda suelto,” el pecado que está “en los lugares santos.” La ley no puede restringirlo o castigarlo como se merece, y la comunidad será lenta para reconocer este horrendo crimen hasta que aprenda sobre su poder para producir iniquidad y se percate de su operación; siendo “más sutil que todas las bestias del campo,” se enrolla alrededor de aquel que duerme, clava su colmillo en la inocencia matando en la oscuridad. (378) Agradecemos a la Sabiduría habernos revelado este gran error antes de que estas páginas llegaran a la imprenta, para que los años que hemos trabajado con el fin de bendecir a nuestro prójimo no se pierdan completamente a través de esta intrusión en las bendiciones del sanar mental.

Ignorábamos que algún daño pudiera resultar por frotar la cabeza de los pacientes hasta que lo aprendimos por esta mala práctica, y desde entonces jamás hemos permitido que un estudiante, con nuestro consentimiento, manipule a sus pacientes. Obtuvimos lo poco que entendemos de la Verdad del ser a través de nuestras propias experiencias y pruebas, y aprendimos sobre este error opuesto por estar cara a cara con él, a través de la mala práctica de otro; ¿negaremos la habilidad del matemático para señalar dónde radica el error en ejemplos incorrectamente trabajados, o diremos que el músico que proporciona el tono verdadero no es capaz de identificar la discordia?

Puesto que nosotros nunca manipulamos a los enfermos, la oportunidad para aprender sobre cualquier posible daño que resultara de frotar la cabeza del paciente no se nos presentó sino hasta años después de nuestras primeras investigaciones de la ciencia. El médico que depende de la manipulación (la cual no puede emplear honestamente sin dicha dependencia), trabaja desde una base material, de la cual provienen todos los actos malvados y los artificios de Satán. Una cura producida en la ciencia es lo espiritual predominando sobre lo material; es la Verdad conquistando al error; lo opuesto mismo al mesmerismo y a la mala práctica previamente descrita. En la ciencia la mente debe elevarse por encima de la materia para recibir la afluencia más plena del Espíritu, Dios, que sana al enfermo y echa fuera el error, pero la manipulación impide este resultado. Las multitudinarias mentes a las cuales tiene acceso un médico lo habilitan para hacer mucho bien o mucho mal en toda la comunidad. (379) Esto debería tomarse en cuenta al emplear a un manipulador de la cabeza que moldea la mente y la controla. Aunque de manera menos pública y repentina que el hipnotista que viene más honestamente ante los reflectores para llevar a cabo su acto, este manipulador controla las mentes con la misma eficacia. Por medio de su control hipnótico sobre las mentes, el mal practicante puede retener a sus pacientes y a su práctica, ya sea que sane o no al enfermo, y en algunos de sus pacientes moldea la creencia de que se han sanado, pero a otros debe continuar moldeándoles, esto es, debe continuar tratándolos o tendrán una recaída. Hay ciertos hechos que son auto-evidentes, éste es uno de ellos. Un estudiante de la ciencia

que entiende sus altos requerimientos, debe estar familiarizado con el hecho de que el maestro que ha logrado su descubrimiento debe ser digno de él, pues no podría haberlo descubierto si no hubiese seguido fielmente el camino recto y estrecho que conduce a la Verdad. Por lo tanto, saber esto y reconocerlo es honestidad y entendimiento por parte del estudiante, no saberlo o no reconocerlo es ignorancia o deshonestidad, y todo estudiante verdadero dará testimonio de esta declaración. Pablo dijo: “Vivid apaciblemente con todos los hombres en lo que a vosotros os toca.” Este es un consejo saludable y la cosa más deseable, pero ¿podría él vivir apaciblemente con todos los hombres cuando “aquello que es perfecto” hubiera llegado a su entendimiento, y lo que es imperfecto debiera ser desechado? La cultura de un estudiante romano no lo salvó cuando se ciñó con la armadura de la Verdad y se apresuró a dar batalla a la era. Cuando “peleó la buena batalla” y guardó la fe, pasó del foro al trabajo esforzado y a la deshonra, y de un calabozo a un patíbulo y a una corona. (380)

Si bien la virtud perdona el vicio, no puede amarlo; si bien la caridad pasa por alto una multitud de pecados, no tiene complicidad con él, y si bien la honestidad tolera pacientemente y por largo tiempo los abusos de la deshonestidad, a la larga tiene la prudencia de salirse de sus manos. Estas son cualidades del carácter separadas que las circunstancias o el deber obligan a convivir por algún tiempo, pero deberán separarse por medio de una ley del ser, y a menudo lo hacen con una tremenda explosión.

El hipnotista que exhibe su acto os asombra con su poder, pero estáis satisfechos al concluir que es ridículo, sobre todo cuando no sois su sujeto; sin embargo, sus experimentos son honorables al hacerlos abiertamente, y son ilustrativos de la influencia que tiene sobre los pensamientos y los actos de otros. Pero el hipnotista deshonesto del cual hablamos es el mal practicante que pretende tomar un lugar en la ciencia, pero que se hunde hasta convertirse en un asesino secreto en la sociedad. Las reglas del sanar científico mental son tan potentes que aun su simple repetición es benéfica, pero no obtenemos uvas de abrojos; el tono de la mente individual que las inculca las deja en segundo plano, y si su mente no está en concordancia con ellas, imparte su propio matiz al paciente; entonces ¿quién podrá decir qué efecto es más fuerte, el bien que dice, o el mal que está detrás de lo que imparte? Si el mal practicante dice mentalmente al paciente mientras le frota la cabeza: “¡Sanad!” y éste se recupera, o mejora moralmente siendo influenciado en esa dirección, se dice que esto es un beneficio físico y moral, y que ahí está la prueba de que practica muy sabiamente. Pero suponed que él le dice mentalmente mientras le frota la cabeza, que haga algo equivocado, o que crea algo equivocado, y designa esta equivocación dirigiendo el pensamiento y la acción del paciente hacia este canal, y suponed que el paciente le obedece inconscientemente al sentir este resorte de acción oculto tan fácilmente como el anterior. (381) ¿Cuáles serían entonces vuestras conclusiones respecto a esta práctica? ¿Qué debéis estar sujetos al mal porque algunas veces estáis sujetos al bien? Jamás confiéis en la naturaleza humana en la oscuridad si esta naturaleza está tan oscurecida que cubre sus huellas.

Hemos descubierto que manipular la cabeza establece una comunicación mental entre el paciente y el practicante que no es entendida en lo más mínimo por los pacientes o el público. A través de este medio el médico tiene mayor influencia directa sobre sus mentes que el poder de la educación y la opinión pública unidas. El poder hipnótico es más poderoso para el mal que para el bien, a diferencia del engrandecimiento

intelectual, moral y espiritual del ser que la ciencia imparte a los individuos al elevar su capacidad de hacer el bien por encima de todas las demás.

La habilidad que el mal practicante tiene en la ciencia disminuye en proporción al poder que tenga para gobernar las mentes de sus pacientes con propósitos egoístas. Quién haga el mal para obtener el bien, dice el dicho, “obtendrá su justa condena.”

Habiendo atestiguado este mal uso de la metafísica, una amiga nos dijo ansiosamente; “Habéis descubierto el sanar metafísico, y también habéis descubierto este mal uso de él, y el mal que se hace por medio del mesmerismo; ¿ahora por qué no controláis las mentes de los individuos y de la comunidad para impedir esta equivocación y desacreditar sus falsedades?” A ello replicamos: “No tenemos ni la autoridad divina, ni el poder de controlar mentes para otra cosa que no sea su propio beneficio, y estamos dándole al mundo los resultados de nuestras investigaciones morales, espirituales y metafísicas tan rápidamente como nos es posible, pero los pasos de la falsedad y del error son veloces, y los de la honestidad y la Verdad son lentos y firmes. (382) La comunidad debe entender la ciencia del ser para apreciarla, y debe detectar la mala práctica malvada para apreciarla; por lo tanto, el veredicto verdadero aún no ha sido rendido, y la Verdad puede esperar, pues está acostumbrada a esperar. La voluntad debiera ser impotente excepto en la “buena voluntad hacia los hombres,” y esto implica una actuación abierta y una conducta recta; la ciencia no es un Sansón ciego privado de su fuerza.”

Si el argumento silencioso que emplea en beneficio propio el mal practicante mientras manipula la cabeza se escuchase audiblemente, se sonrojaría. Suponed que su paciente es miembro de algún jurado, y que él establece una conexión hipnótica entre ellos, entonces podría influenciar el veredicto de ese miembro honesto del jurado más que la ley o la evidencia. Si se trata de ratificar una negociación, o tiene un propósito que quiere lograr, o si su reputación está en juego, el mal practicante buscará la oportunidad de manipular la cabeza de alguna de las partes involucradas y controlará sus actos o conclusiones para que se adecuen a la ocasión y se cumplan sus deseos. La amistad no es demasiado sagrada para sus depredaciones; puede enemistar a individuos que han sido amigos de muchos años cubriendo todo reconocimiento de su villanía y enaltecerse a sí mismo en la estima de esos mismos individuos a los cuales ha hecho un daño irreparable.

Nuestra reprimenda a un estudiante falso provocó su venganza, y a través de ello descubrimos esta mala práctica que exponemos. Hemos visto que manipular la cabeza de los pacientes forma un hábito más pernicioso que el consumo de opio, en el que el tratamiento debe ser prolongado, o el paciente recae a una condición peor que la inicial.

Es más difícil sanar al enfermo que está sujeto a esta mala práctica que al que está bajo tratamiento de medicamentos; y sin embargo estos pacientes están extrañamente ligados a su médico. Hemos puesto pacientes en camino a la recuperación, fuera de la enfermedad, sobre los cuales este mal practicante ha producido una recaída. (383)

El tratamiento científico llena la mente con la Verdad que sana al enfermo; pero el mal practicante la impregna de error que produce nueva enfermedad; al frotar la cabeza, el

mal practicante mantiene sus casos constantemente cerca, debido a la lucha entre lo poco de la Verdad en la cual se apoya para el caso, y el error que introduce. Tener apenas lo suficiente de lo correcto para hacer plausible lo equivocado, es más fatídico para la ciencia que el error desenmascarado. No hay entusiasmo o elogio más apasionado o exagerado que el que este mal practicante puede engendrar, y al mismo tiempo nada es más resistente y difícil de erradicar que el prejuicio que el mal practicante puede producir; pero el mesmerismo gobierna ambas cosas, y capacita al médico para beneficiarse en el pecado, mas no en la ciencia. Ciertamente “el necio dice en su corazón: no hay Dios.” Manipular la cabeza hasta producir una transparencia tal que revele el cerebro, jamás podrá sanar al enfermo en la ciencia. Esta mala práctica mental es un desperdicio vergonzoso de tiempo y oportunidad, un abuso de la ignorancia o afabilidad que es inconsistente con la ciencia, la economía del Alma y la armonía del hombre. Este intruso secreto de los derechos humanos manipula la cabeza para llevar a cabo, en pequeña escala, una suerte de papismo que arrebató la acción voluntaria en vez de alentar la ciencia del auto-control y que se llama a sí mismo médico cuando es un farsante vil. Por inmiscuirse en lo que deberían ser funciones independientes de la sociedad, el mal practicante recibe una cuota, pero los agentes involuntarios de sus intrigas reciben una triste retribución por sus servicios. (384)

El tradicionalismo o la deshonestidad, ya sea en la declaración o en la demostración de la ciencia es claramente imposible; en lo que al Principio se refiere no hay secreto, se requieren explicaciones y pruebas, no concesiones hechas a personas u opiniones. Hemos expuesto tal como la hemos descubierto la relación de la Verdad con el hombre que lo mejora física y moralmente, y hemos sometido a prueba nuestra declaración. Habiéndonos convencido primero a nosotros mismos, por medio de la demostración, del Principio de nuestro descubrimiento y de su habilidad para sanar al enfermo y producir la armonía del ser, consideramos que es digno del nombre de *ciencia*. Habiendo sanado la enfermedad sobre esta base, hemos aprendido más allá de toda duda, que la mente gobierna al cuerpo y es más poderosa que la materia para sanar al enfermo.

Admitir que el sentido personal sea una fuente de placer es negarla al mismo tiempo como una fuente de dolor, y *viceversa*, pues “la misma fuente no produce aguas dulces y aguas amargas.”

El sentido personal que abarca ambos el pecado y la felicidad, la enfermedad y la salud, la Vida y la muerte, en concordancia con las enseñanzas de Jesús, se contradice a sí mismo, y por lo tanto destruye su propia existencia. Jesús echó fuera el error y sanó al enfermo a través de su ser-Dios, consciente de que la armonía no puede producir discordia; por lo tanto, negó el sentido personal y no admitió más que una Inteligencia, y ésta no es la autora del mal. Suponer que el mal y el bien, la discordia y la armonía procedan de la misma fuente es contrario a la revelación. La aceptación común de la Verdad es que todo aquello que produce pecado, es error. Entonces por qué admitir que la materia médica, la fisiología, la anatomía, etc., son ciencia cuando éstas toman el punto de vista opuesto que insiste en que el sentido personal gobierna al hombre, siendo este el punto de vista del cual procede toda discordia.

Dios no es el autor del pecado; el Alma no es el origen de la enfermedad, el pecado y la muerte; sino que más bien destruye éstos para hacer al hombre inmortal. (385) El cuerpo

definido como sentido personal, es mortal; y aquello que es mortal es error. Sabemos que el pecado proviene del sentido personal, y esto prueba que la fuente es mala, y que sus aguas son malas también, por lo tanto, la Sabiduría jamás produjo ninguno de éstos; por lo tanto, Dios no es el autor del sentido personal. Decimos que el alimento sostiene la Vida del hombre; y también decimos que un alimento pesado lo mata. Aquí se reproduce la vieja teología que se oponía a Cristo, la Verdad, al afirmar que la misma fuente produce aguas dulces y aguas amargas. Si aquel que es Toda sabiduría tuviera una ley que exigiera alimentos para preservar la Vida del hombre, Él no tendría una ley por medio de la cual los alimentos pudieran destruirlo. Debemos tomar el punto de vista opuesto al sentido personal con respecto al pecado, la enfermedad y la muerte para destruirlos completamente; una exigencia física no debe ser admitida, sino destruida, sólo las demandas del Alma deben escucharse; el cuerpo no puede hablar por sí mismo, pues es no inteligente.

¿Es la mente o es el cuerpo quien declara que el alimento no digerido irrita los tejidos nerviosos produciendo un sentido terrible de dolor, desvanecimiento, opresión, etc., y que vuestro remedio radica en expulsar ese alimento o digerirlo? Esto es testimonio mental y no hay ningún otro, es una ley de creencia mal llamada ley de la materia; el cuerpo no puede definir causa y efecto.

Un caso de sufrimiento extremo causado por un alimento estuvo bajo nuestra observación. La mujer había dicho sólo algunos momentos antes de que llegásemos a ayudarla: “Moriré a menos que expulse ese alimento,” diez minutos más tarde se había liberado de sus sufrimientos, y cuando se le preguntó cómo se sentía, replicó: “Ahora ya no me duele, y me gustaría volver a comer.” Al argumentar mentalmente contra una posición física, podéis cambiarla y destruirla por medio de la mente, o sea, en la misma forma en que la produjisteis. (386) Los enfermos argumentan a favor de su propio sufrimiento al admitir su realidad; ellos, sin embargo, ignoran este hecho: que es su posición mental la que produce lo físico, y sus amigos a menudo afianzan este error y se disputan con vosotros por tratar de ayudarles a salir del mismo.

Es la mente y no la materia lo que abarca todo sufrimiento; probamos esto cuando removemos el sufrimiento sobre esta base, o a través de la mente. Nuestro Principio sana al enfermo, por lo tanto, produce un efecto físico mejor que puntos de vista opuestos que producen enfermedad; entonces por qué no adoptarlo, o juzgarlo según la regla de nuestro Maestro: por sus “frutos.” Si entendierais la ciencia del ser, vuestro cuerpo sería armonioso e inmortal. La balanza ajustada por la ciencia se inclina del lado de la felicidad y la Vida.

El delirium tremens abarca dos tipos de error; el alegato del sentido personal a favor de los licores, y la creencia de que estos dañan el cerebro. Ambas posiciones mentales son vencidas por la ciencia metafísica; primero, porque no hay placer que produzca la intoxicación o la materia, y segundo, que la materia o el cerebro no está inflamado. La creencia de dolor se erradica más fácilmente que una creencia de apetito, o una creencia de placer, debido al gran deseo que tiene el paciente de deshacerse de la primera, y de su renuencia a romper con la segunda; ambas son posiciones auto-infligidas por la mente y no la materia. Al disputar las bases del sentido personal, según el cual la bebida alcohólica intoxica el cerebro, produciendo placer o dolor a la materia, y al elevarse

sobre este error, el Alma, *versus* el sentido, gana el caso y alivia al paciente. Sin embargo, la tarea más severa es destruir la creencia del briago respecto al así llamado sentido de placer en la embriaguez, pues esto es lo único que lo reformará. (387) Destruid la creencia de que el placer se deriva de la bebida intoxicante, y el hábito cederá de inmediato, pero hasta que no se haga esto, éste será intermitente y tardará en desaparecer, probando que la intoxicación es un error mental y no físico. Aquí hay dos puntos que deseamos que notéis: primero, la ventaja moral que este sanar tiene sobre otros métodos, y la falsedad de los argumentos del sentido personal, que supone que la embriaguez es un placer. Esta admisión sin embargo no es más falsa que concluir que un líquido destilado de la materia es capaz de destruir al cuerpo y a la mente.

La creencia de que el dolor y el placer, el bien y el mal, Dios y el diablo, fraternizan, es un error añejo que nos encontramos a cada paso. El placer o el dolor en la materia es una falsedad auto-evidente. Al elevaros en alguna medida al entendimiento de la Vida que es Sabiduría, Amor, y Verdad, romperéis el hechizo del sentido personal. La Verdad del ser que llega a vuestra conciencia, abrirá las puertas de la prisión del enfermo y afectará al cuerpo como ninguna otra cosa puede hacerlo. Una mente que ha descartado parcialmente los errores del sentido personal, al tocar a otra con la ciencia del ser que reproduce la armonía, causa lo que llamamos un cambio químico en el cuerpo que continúa para formar una nueva base del ser; lo mismo que cuando un ácido y un alcalino se juntan para producir una sal neutra. Pero recordad que los opuestos que se destruyen mutuamente no tienen afinidad espiritual. Admitir las posiciones del sentido personal nunca las destruirá. Para reformar al ebrio, sanar al enfermo, o hacer que el pecador se aparte de su camino, debemos argumentar contra sus posiciones; sólo esto las destruirá. (388)

La fuerza fundamental de la moral es que la mente controla la materia, pues esto da al hombre control sobre el pecado, la enfermedad, y la muerte; mientras que los sistemas anteriores se lo arrebataban. Entender que el cerebro jamás mató a un hombre impediría que éste tuviera jamás una enfermedad del cerebro; pero este resultado no se logra por simplemente repetir este hecho al enfermo, o a uno mismo; debe ser una convicción mental alcanzada por medio de la ciencia y admitida solamente porque es entendida. Si existe alguna duda respecto a la recuperación de un paciente, no debería haber ninguna sobre el método de promoverla; no debe abrigarse ningún temor de que la Inteligencia sea insuficiente para gobernar al cuerpo y hacerlo armonioso. Este hecho nos parece auto-evidente: que el cuerpo no puede destruir al cuerpo, o consignarlo al polvo, extinguiendo así la imagen del Alma. Además, no hay ninguna justicia en una ley que castiga al hombre por hacer el bien, por el trabajo honesto, o por obras bondadosas. A través de la ley eterna de lo correcto estamos exentos de todas las sentencias no dictadas sobre el pecado.

Cuando logramos que el enfermo comprenda la mentira del sentido personal, el cuerpo se sana. Por lo general la fe tiende hacia los medios materiales; por lo tanto, aquellos que sufren, o los enfermos, pueden fácilmente pasar por alto el hecho de que es la ciencia lo que sana, y pueden imputar su recuperación a alguna circunstancia ajena. La acción de la mente sobre el cuerpo le es tan imperceptible al sentido personal como el origen del viento o las cámaras del granizo. Abrid el capítulo octavo de Juan, y encontraréis la siguiente réplica al testimonio del sentido personal; “vosotros sois de

vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, (refiriéndose a Caín, el primer vástago de Adán, el error) y no ha permanecido en la Verdad; cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.” (389)

Si algún misterio hubiese en el sanar del enfermo bajo esta base establecida por Jesús, es el misterio de la justicia de Dios, la cual es ambigua sólo para el pecador, o el sentido personal. El tiempo es lo único que se requiere para producir la prueba práctica de nuestras declaraciones; y el hecho de que éstas hoy no sean entendidas no es una señal de que la época para su aparición no haya llegado. La Verdad llega cuando se le necesita, y no por una demanda personal.

Un nacimiento nuevo es obra siglos en vez de un momento. Hasta que no se destruya la creencia de Vida, Inteligencia, y substancia en la materia, el hombre no habrá “pasado de la muerte a la Vida.” Un cambio en la base del ser del sentido al Alma requiere tiempo y entendimiento; es, ni más ni menos, la perfección del hombre, y es lo que Jesús dijo que era requisito para ver el reino del cielo. El reino de la armonía que la ciencia establecerá, explicará la gran diferencia entre los efectos morales del modo presente de sanar, y los de la ciencia, así como las distintas recepciones que han tenido por parte del mundo del sentido y del pecado.

Primero llega la aprehensión en la ciencia, de la Vida que es Alma, completamente independiente del cuerpo o sentido. Luego comienza su demostración al vivir más de Dios, teniendo cuerpos más firmes y mentes más puras, hasta que ascendamos mediante un entendimiento más elevado como el de Elías, a la Vida que es Dios y que no conoce la muerte. Pero corremos poco riesgo de una bondad semejante y de su demostración en este siglo. La pérdida de la aprobación mundana indica no sólo un cristianismo verdadero, sino la aproximación de esta etapa científica del ser; por lo tanto, debemos darle la bienvenida como nuestra esperanza más preciada y nuestra meta más elevada. El único eslabón con la Vida es a través de la ciencia; la Vida nunca se obtiene mediante la muerte. (390) Los cambios químicos que la Verdad introduce en el cuerpo a través de la mente es lo que destruye el error y saca a la luz la inmortalidad. Las obras de nuestro Maestro convencieron a Nicodemo de que su origen era Dios, el Principio del hombre armonioso. Así que cuando le preguntó cómo sanaba, esta fue su respuesta: “a menos que un hombre nazca de nuevo, no podrá entrar al reino del cielo;” a menos que un hombre entienda la Vida fuera del sentido personal, jamás obtendrá la armonía del ser. Pero esto no era el cristianismo de los fariseos, ni la elección de los rabinos; para ellos el sentido era más deseable que el Alma; la materia tenía mayores reivindicaciones que el Espíritu, y el hombre que Dios. El Maestro dijo: “Porque os digo la Verdad, no creéis, pero aquel que es de Dios, oye las palabras de Dios,” esto es, aquel que es verdaderamente espiritual entenderá las cosas que pertenecen al Espíritu, pero el más material encuentra esto muy difícil.

Cuando Jesús introdujo el cristianismo que amputaba la mano derecha y sacaba el ojo derecho, exigiendo el control sobre nuestros cuerpos y una existencia más noble, los fariseos dijeron; “Es un samaritano y lleva adentro un demonio,” esto es, sabemos de su origen, y su afirmación: “Yo y el Padre somos uno,” indicando que es Dios, es impostura. El orgullo dijo entonces como ahora: la Verdad debe venir de la clase

gobernante, debe venir ataviada con un manto suave y se encontrará que ninguna otra cosa es Verdad. Pero la Sabiduría, previendo este error, dijo: “De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza,” y “a menos que os volviéseris como niños, no podréis entrar en la armonía, esto es, a menos que renunciemos a nuestras opiniones educadas y a nuestras creencias, y rechacemos las posiciones del sentido personal, jamás podremos discernir nuestro ser verdadero, ni entender la omnipotencia del Espíritu. (391)

De pie, junto al lecho de la muerte, necesitamos de estas palabras y su significado para reafirmarnos y levantar al moribundo. “Aquel que crea en mí, no verá la muerte.” La poca confianza que tenemos en el Espíritu y la gran fe que tenemos en la materia nos confrontará en este punto con la pregunta: “Adán, ¿dónde estás?,” ¿estás abrigando la creencia de Vida en la materia, o sostienes con firmeza la Vida que es Espíritu? Y la respuesta que nos demos honestamente nos mostrará dónde estamos parados. El último enemigo a vencer es la muerte; por lo tanto, hay mucho que entender antes de que obtengamos este gran punto en la ciencia. Haciendo a un lado las creencias que tan fácilmente nos acosan, no deberíamos considerar que una condición de la materia sea capaz de destruir al hombre, mente o cuerpo, pues ambos son inmortales.

Cuando tenéis ante vosotros una forma que se consume, el doctor llama tisis a esta enfermedad, pero el científico, al no encontrar identidad en la discordia, mira la enfermedad como una creencia, y así la cura; pues al entender en parte la Vida que es Alma, él destruirá esta creencia del sentido con la ciencia del ser. Nunca deis vuestro consentimiento a la muerte del hombre, sino elevaos a la supremacía del Espíritu sobre la materia, y negando las pretensiones del sentido personal, probad que es cristiano aquel cuya Vida está “oculta con Cristo en Dios;” siendo por lo tanto completamente espiritual. Qué importa si los pulmones están ulcerados o deteriorados, es la mente quién ha hecho esto; la acción se produce por la mente y no por la materia; cambiad pues vuestra creencia en el caso, combatid el error y la creencia de Vida en la materia con la Verdad de que la Vida es Alma y no sentido, y formaréis de nuevo los pulmones, y estos asumirán nuevamente sus funciones saludables. Sabemos que esto es cierto, y lo declaramos porque así lo hemos probado. La enfermedad es una creencia, su origen es mental y no físico, y no importa qué sea lo que el cuerpo indique, en realidad todo es mente, no hay materia, y las cosas mortales son creencias, y no son la ciencia del hombre en la cual es inmortal. (392)

Que el dolor o el placer, la Vida o la muerte, pertenezcan al cuerpo, no es más sino una creencia. El Alma inmortal es la productora de todas las cosas, y nunca hizo a partir de sí misma mortalidad, o un cuerpo doliente. Habladle a la enfermedad como quien tiene autoridad sobre ella, teniendo de vuestro lado al Alma y no al sentido, y así venceréis esta creencia; y la inmortalidad, que es la Verdad del hombre, hará valer sus derechos sobre la mortalidad, y el enfermo se recuperará. Dios; el Espíritu es vuestra fortaleza en esta extremidad, y sentiréis cuán vacua es la muerte al enfrentarse con la inmortalidad del Alma y del cuerpo. La Vida es la ley del Alma; y el sentido personal o la materia no tienen ley. Vuestra única esperanza para destruir este error consiste en manteneros apegados a la Verdad del ser. La ciencia del ser levanta a los muertos; no temáis por tanto a la muerte; podéis levantar a los muertos si las mentes que os rodean no se oponen vigorosamente a esta Verdad que es tan poco entendida hoy en día; y algún día

vuestro ser-Dios, que destruye todo error, pecado y muerte, caminará sin temor sobre esta ola del mar agitado; mostrando cuán real es la Vida, y cuán irreal es la muerte. Sin embargo, algunos fueron tan fanáticos o materiales que obstaculizaron incluso al Maestro para hacer grandes obras debido a su incredulidad.

Cuando sanéis al enfermo, haced vuestro alegato mental, o mejor aún, tomad vuestra posición espiritual que sana, silenciosamente al inicio, hasta que empecéis a ganar el caso y la Verdad supere al error, sólo entonces vuestro paciente estará preparado para escuchar, y podréis decirle; “Estáis sano,” sin que os ridiculice por ello. Explicadle audiblemente, ocasionalmente, el poder que la mente tiene sobre el cuerpo, y dadle un fundamento en el entendimiento para que se apoye en él, a manera que resista sus opiniones anteriores. (393) La batalla para destruir las creencias del sentido personal o del dolor en la materia tiene lugar sólo entre las mentes, y no entre los cuerpos, para que la voz del Alma, la inmortalidad del hombre, se escuche. La creencia de Vida y sensación en la materia es el origen de todo sufrimiento y pecado. La ciencia del ser revela que la Vida es el Alma consciente, y no el sentido, es el Espíritu y no la materia, y esto deja a salvo al hombre en el Alma, donde no hay reconocimiento de enfermedad, pecado, o muerte. Deberíamos entender la ciencia en su primera declaración, esto es: que no hay nada real excepto Dios y su idea, a fin de poder levantar al muerto, restaurar al enfermo, o reformar al pecador; cualquier cosa distinta a esto es ilusión, error y creencia que desaparecerán. Reconocer la nada de la enfermedad, el pecado, y la muerte, es lo único que sacará a relucir la armonía del hombre, o lo único que lo capacitará para conquistarlos. Con este punto de partida científico venceremos la enfermedad y la tentación, o habremos de sonrojarnos por haber sido conquistados por lo que es irreal. Entender que la discordia es irreal y que la armonía es la única realidad, nos da el valor para pelear una buena batalla.

Nunca admitáis que el error sea real como la Verdad, pues si lo hacéis tendréis mayor dificultad de la necesaria para alcanzar lo correcto. Es más difícil lograr que un pecador se aparte de su error o creencia que un enfermo; pues éste último, hastiado del sufrimiento que le provocan, anhela renunciar a ellos, pero cuando el pecador alcanza este punto, ha sido reformado. Si la ciencia no destruye la enfermedad, el pecado y la muerte, entonces estos son inmortales. El único remedio para el pecado, la enfermedad, o la muerte, es la obediencia a la ley de la Vida, y si Cristo, la Verdad, fuera insuficiente para curar la enfermedad y destruir la muerte, entonces el hombre sería mortal. Aunque sólo aprendamos parcialmente la ciencia de la Vida, ésta empieza de inmediato a destruir la discordia física y mental. (394)

Las demostraciones y las explicaciones de Jesús abarcaban toda la teología o materia médica necesarias para sanar al enfermo o producir cristianos, y puesto que nunca recomendó la materia médica, la higiene, la fisiología, etc., inferimos que estos métodos son anti-cristianos. Si, como dicen las Escrituras, y como lo confirma la ciencia, Jesús hizo la voluntad de Dios, nosotros no estamos haciendo su voluntad cuando no seguimos su ejemplo y recurrimos a métodos que son completamente de hechura propia.

Las “hojas para el sanar de las naciones” tipificaban el “bálsamo de Galaad” y al médico ahí, sí, al Alma como el sanador, y a la ciencia como el bálsamo, lo cual era el Espíritu triunfando sobre la materia. La Verdad ni destruye a la Verdad, ni crea el error para

destruirla. La Vida jamás destruye la Vida, ni crea la muerte para que la destruya. La Verdad, o la Vida, no es la autora del pecado o la muerte, y no hay poder ni Inteligencia en la materia. La enfermedad y la muerte son los opuestos de la armonía y de la Vida, y ninguna ley puede mantener lo que el Cristo, la Verdad, destruye. La única ley en la existencia, o la única que debemos reconocer, es Dios, el Principio del hombre que controla al hombre y a la materia. El Espíritu no es personalidad, ni personas que ya murieron; y la naturaleza es Dios, por lo tanto, es Espíritu y no materia. La Inteligencia gobierna al hombre y al universo, pero nunca instituyó una ley material para gobernarlos, y el Espíritu jamás produjo la materia. La Biblia contiene todas nuestras recetas para sanar, y ésta es una de ellas:

“Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entretanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.” (395)

Esta era una de las reglas de nuestro Maestro para echar fuera el error y sanar al enfermo. No se refería sin embargo a procedimientos legales, o a procesos materiales, sino al tribunal mental y al juicio mental. El adversario no era un hombre, sino el error; y las instrucciones eran acerca de cómo proceder con el pecado o la enfermedad que impondrían, por medio de la creencia, un castigo por transgredir una ley que no es ley, ya que la justicia es el significado moral de la ley, y que la injusticia implica su ausencia. ¿Debe un maestro pagar el castigo de una enfermedad por llevar a cabo su trabajo fielmente y bien? O ¿debe una gran mente caer más rápidamente presa de la enfermedad por el bien que ha hecho? ¿Debe un hombre sufrir a manos de Dios por haber hecho constantemente lo correcto? ¿Debe una madre marchitarse, o sufrir, por la maternidad, si tal es el diseño de su ser? Por causa de la fatiga, la exposición al frío, o alguna otra supuesta infracción a las así llamadas leyes de la salud, ignorantemente admitimos que hay riesgo de enfermar, y esta posición mental determina la física; entonces “ponte de acuerdo con tu adversario pronto;” replica a esta creencia: “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres;” tu castigo no viene asociado a la ruptura de una ley moral, sino a una condición de la materia; es una demanda por parte de algo que está completamente desprovisto de inteligencia y que es incapaz de justicia. Dios no tiene ninguna ley de injusticia, lo equivocado procede de la creencia, y no de la Verdad.

La regla que dejó nuestro Maestro para echar fuera el error es concluir rápidamente cómo tratar el error. Él jamás recomendó, hasta donde sabemos, obediencia a las leyes de la salud. Tenemos derecho moral para enjuiciar y conmutar la sentencia de una ley que no es de Dios; todos los casos en que la materia o el cuerpo gobiernen al hombre son condenados justamente, y son moralmente imposibles en la medida en que manifiestan una falta de Sabiduría que los vuelve nulos y sin efecto. (396) La única esperanza en la enfermedad o el pecado, radica en poneros de acuerdo con vuestro adversario pronto; esto es, si sois tentados, o si la enfermedad aparece, desterrad la enfermedad de inmediato de vuestra mente y no permitáis que esta alegue a su favor o caeréis presos de vuestra propia creencia en el caso. Bajo esta base mental, cuando aparezcan los primeros síntomas de enfermedad, recordad que éstos ganan terreno en la mente antes de que puedan hacerlo en el cuerpo, por lo tanto “poneos de acuerdo pronto con vuestro adversario,” esto es, rechazad la primera admisión mental de que estáis

enfermos; disputad el sentido con la ciencia, y si podéis, anularéis el falso proceso de ley, *alias*, vuestra creencia en el caso, y no seréis echados o confinados en prisión. Los enfermos jamás deben declararse culpables; en otras palabras, admitir que están enfermos, pues entonces estarán sujetos a la sentencia y a la prisión según la ley de creencia. Tomad en primera instancia el fundamento de la ciencia, nunca admitáis sensación en la materia, o que el cuerpo pueda sentir dolor o cualquier otra pretensión por sí mismo, o el poder de hacer sufrir al hombre; apegaos a esta posición científica y combatid la creencia anterior con ésta hasta que la destruyáis, y os encontraréis bien.

Ponerse de acuerdo pronto con vuestro adversario en la primera instancia de enfermedad es esgrimir argumentos antagónicos a ella y probar vuestra superioridad sobre ella. No admitir enfermedad es vencerla; y si entendéis la ciencia del ser, no admitiréis la realidad de nada que no sea Dios y su idea. Cuando decís: “Estoy enfermo;” os declaráis culpables, esto es, admitís que la materia tiene sensación y seréis entregados al juez, en otras palabras, estaréis en manos de esta creencia que os entregará al alguacil (la enfermedad), que es el gobernante del hombre mortal que lo echa en prisión y que encadena todo vuestro ser. (397) Sin embargo la enfermedad no tiene Inteligencia propia, ni ley alguna con la que pueda hacer esto. Os sentenciáis a vosotros mismos involuntariamente, por lo tanto “poneos de acuerdo con vuestro adversario pronto;” confrontad cualquier circunstancia como su amo, y vigilad vuestra creencia en vez del cuerpo; pensad menos de las leyes materiales para que podáis apreciar mejor la ley del ser espiritual, sí, el dominio del hombre sobre la materia. Confrontad cualquier circunstancia adversa con la ciencia en vez de con las creencias del sentido, y la venceréis.

El error es cobarde ante la Verdad, y la muerte no es sino otra fase del sueño de Vida en la materia, donde nos encontramos a cada paso con la consciencia de la continuidad de la existencia, con las mismas creencias a conquistar, y con los mismos errores del sentido a vencer mediante la ciencia. Debemos *entender* la forma de superar nuestras dificultades, o nunca saldremos en realidad de ellas, y la armonía e inmortalidad del hombre jamás serán entendidas hasta que todo error del sentido sea destruido. Para aprehender la economía y la capacidad del ser del hombre, la metafísica debe tomar el lugar de la física, y la mente, en vez de la materia, debe ser consultada en la enfermedad. El temor y sus efectos sobre el cuerpo son involuntarios. El temor a la enfermedad y el amor del pecado son los fundamentos de la esclavitud del hombre; si no fuera por éstos, podría triunfar sobre su cuerpo. La mente actúa sobre el tema antes de que la enfermedad se vuelva aparente sobre el cuerpo; pero el individuo no tiene reconocimiento de que su creencia produce enfermedad hasta que ésta se desarrolla físicamente. Miramos hacia el sentido personal en busca de la evidencia de la enfermedad, pero no hay sentido personal, a menos que la materia sea inteligente y tenga en su poder las cuestiones referentes a la Vida. (398) Puesto que la mente actúa inconscientemente en relación al sentido, los enfermos se preguntan cómo la mente ha causado la enfermedad: “Nunca pensé la enfermedad hasta que ésta apareció sobre mi cuerpo.” Pero la mente es lo primero, y es causalidad; nada comienza en la materia; la planta surge de la Inteligencia eterna antes de que la llamemos materia; pero nuestra ceguera moral y sus agudas consecuencias prueban nuestra necesidad de entender la acción de la mente y sus efectos; debemos estudiar más la mente y menos la materia si queremos valernos del Alma en su control sobre el sentido. Podemos destruir la

enfermedad, así como el pecado, al aprender sobre su origen y naturaleza en la mente, en vez del cuerpo, y por descubrir la creencia que la ocasiona.

Podéis prevenir o curar la escrófula, la enfermedad hereditaria, etc., en la proporción en que expulséis de vuestra mente la creencia en la transmisión de enfermedad, y destruyáis sus imágenes mentales; ello detendrá la enfermedad antes de que adquiera forma tangible en la mente, lo cual forma su imagen correspondiente sobre el cuerpo. La ciencia del ser destruye los errores del sentido con la Verdad del hombre, y esto es “echar fuera los demonios y sanar a los enfermos.” La materia inconsciente no puede dictar sus términos a la mente consciente causando ya sea placer o dolor; y la materia es inconsciente. La creencia de que nuestro cuerpo forma condiciones por sí mismo, independiente de la mente, es el error del hombre mortal que lo hace mortal.

Se dice que el cuerpo siente, pero el hecho de que el dolor no pueda sentirse sin la mente, y pueda ser removido por medio de ella prueba que la mente es el origen y causa del sufrimiento. De todas las enfermedades de la tierra, (y no hay ninguna en el cielo) ninguna ha interferido jamás, ni por un momento, con la Vida del hombre y sus fenómenos armoniosos. El hombre es el mismo después y antes de que se haya roto un hueso, o se le haya decapitado. (399) Los daños corporales no tienen realidad en el Alma; existen sólo como creencia y son aparentes tan sólo para el sentido personal. Los accidentes le son desconocidos a Dios. Si la ciencia del Alma se alcanzara, se obtendría la inmortalidad, y no habría ocasión de sufrimiento. Alma y cuerpo son inseparables y eternos; si uno es indestructible, el otro también lo es. Entender esto exenta al hombre de la enfermedad y la muerte que la anatomía y la fisiología ven como exigencias definitivas de la Vida. Rechazar la Verdad del ser obstaculizará en forma apreciable sus beneficios sobre el cuerpo al estorbar su acción en la mente. No es fe, sino entendimiento lo que necesitamos en la ciencia, y “a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre.” Esta hermosa cita no se refiere a una persona, sino al Principio del hombre que abarca la Verdad del ser, que echa fuera el error y sana al enfermo. La razón no valora con justicia la revelación cuando niega a Dios las cosas que son de Él y contradice la omnipotencia del Alma sobre el sentido; pero aquel que razone correctamente sobre este punto y no vacile en declarar su punto de vista, o sea “todo aquel que me confesare delante de los hombres,” se volverá armonioso. Cuando la razón concuerde con la declaración de las Escrituras según la cual el hombre tiene dominio sobre la tierra, reconoceremos esto, y daremos un giro triunfal, de lo aparentemente imposible, a “todas las cosas son posibles,” y demostraremos esto.

“Cualquiera que me niegue delante de los hombres,” se refiere a un rechazo, o a un reconocimiento abierto de nuestras convicciones honestas que obstaculizan o promueven eficazmente el progreso del hombre. Puesto que la ciencia del ser no ha sido aún entendida, y la era no está todavía despierta a este tema, siuviésemos algún deseo de entenderla, y escondiésemos este deseo, seremos incapaces de demostrarla. (400) Un hipócrita o un mentiroso no caben en la ciencia de la Vida; aquel que descuidare la honestidad moral por la política mundana, no ha logrado una penetración suficiente en la ciencia para sanar por medio de ella. Si bien ha aprendido sus reglas, no las ha entendido, y debe haberlas obtenido de alguien cuyas experiencias se han elevado más.

En el caso de una fractura de hueso, o una articulación dislocada, es preferible llamar a un cirujano, hasta que la humanidad esté más avanzada en el tratamiento de la ciencia mental. Para atender a la parte mecánica hoy se requiere de un cirujano, pero dejemos que el científico atienda la inflamación o evite un confinamiento prolongado. Llegará el momento en que la ciencia será nuestro único cirujano, pero “deja ahora, porque así conviene,” o sea permitamos que el hueso se arregle a la manera de los hombres, luego, dejemos que la ciencia facilite el proceso de soldado y reconstruya el cuerpo sin dolor o inflamación tanto como sea posible en estos días de ignorancia.

Se acerca el tiempo en que únicamente la mente ajustará las articulaciones y las fracturas del hueso (si tales cosas fuesen posibles en ese entonces), pero en la infancia presente de esta Verdad tan novedosa para el mundo, actuemos consistentemente con el pequeño estribo que tiene sobre la mente. Nos equivocamos crasamente en cuanto a la naturaleza del ser al concluir que aquello que es real es discordante y mortal. La enfermedad no es real por el hecho mismo de que es discordia y mortalidad, y estos errores y creencias, estas cosas del sentido que constituyen el sueño de Vida en la materia no tienen realidad para Dios, el Alma del hombre. Confrontad la discordia y la muerte con la Verdad opuesta del ser; esto en parte os despertará del sueño de la Vida para pasar a la realización de la Vida donde aprendemos que toda discordia es ilusión. Se dice que la enfermedad es algo que hay que temer, pero esta creencia concerniente a ella es la que hace el daño. (401) La enfermedad debe ser admitida en la mente antes de aparecer como materia; pues el cuerpo manifiesta sólo lo que la mente admita en sí misma, sea una fiebre, una tisis, o el hurto. El médico dice a sus pacientes que sus síntomas son febriles, y los pacientes vibran entre esta opinión y su creencia hasta que el médico afirma que la fiebre se ha establecido; entonces se confirma que están enfermos y entran en confinamiento, y cumplen con esta sentencia mental que se ejecuta sobre el cuerpo de manera más certera que las sentencias de los tribunales.

Puesto que la ciencia contradice al sentido personal y a la enfermedad, no tenéis mayor derecho moral para disputar la prueba de que la ciencia está en lo correcto del que tendrías para disputar la prueba de una regla de las matemáticas, y sin embargo lo disputaréis porque así sucede con todos los descubrimientos nuevos. Las curas que se llevan a cabo a través de la ciencia son naturalmente mal interpretadas por el sentido, son imputadas a alguna otra cosa aparte del Principio que las produjo; por lo tanto, deben ser entendidas para ser apreciadas. Podemos entender perfectamente bien cómo sanamos a los enfermos, pero puesto que otros no lo entienden, pueden interpretar nuestra cura sobre alguna otra base; y esto no sólo trabaja contra la recuperación del enfermo por ser antagónico a la Verdad, sino impide su percepción de ella.

Jesús, más sabio que sus perseguidores, dijo: “y si yo echo fuera los demonios por Belcebú, ¿por quién los echan vuestros padres?” sabiendo que reconocían a los profetas, mas no al carpintero; esta pregunta era difícil de responder porque los profetas sanaban como lo hacía él, y por ello introdujo la comparación. Aquellos que hace más de dieciocho siglos llamaban demoníaca a la demostración de la ciencia del ser, puede ser que hoy en día bajen el tono del juicio y la llamen impostora. (402) Aunque Jesús no fue entendido por la era materialista, razonó claramente sobre este tema cuando introdujo la comparación siguiente para explicar su sanar: “Porque, ¿cómo puede alguien entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá

saquear su casa.” En otras palabras, cómo puedo echar fuera los demonios sin arrancarle la barba al error, atacando las creencias que producen toda esta discordia por medio de la ignorancia del Alma y del cuerpo, entonces algunas veces “os escandalizaréis de mí.”

Jesús no empleó tecnicismos, ni la lógica de las escuelas teóricas, ni fórmulas de medicina para sanar, él sabía, aunque otros no supieran, la superioridad del Alma sobre la materia para sanar al cuerpo, y que la armonía se alcanza sólo conforme entendemos que su base real es el Espíritu y no la materia, el Alma y no el sentido; y reconocemos la supremacía de la Inteligencia. El sentido personal es ese hombre fuerte que es atado por la Verdad del ser antes de destruir el error. Es imposible sanar bajo el Principio de la ciencia y admitir al mismo tiempo los argumentos que asume el sentido personal; por lo tanto, atar a este hombre fuerte es mantener el sentido en sujeción al Alma, y al dolor tan sujeto al control de la mente como la tentación de pecar; entonces podréis saquear sus bienes, es decir, impedir el pecado y el sufrimiento.

Cuando el control mental que tenemos sobre nuestros cuerpos, para bien o mal, en lo que toca a la enfermedad, el pecado y la muerte, haya sido predicado en una centésima parte de lo que ha sido predicada la salvación del hombre por medio de la fe, tendremos hombres y mujeres que se aproximarán a la imagen y semejanza de Dios. Hasta que se dude del sentido personal, nunca será controlado. Las eras pueden continuar admitiendo el sentido personal y combatiéndolo con medicamentos, leyes de la salud, etc., cuando en vez de placer se exprese a sí mismo en dolor, pero esto sólo sostendrá la enfermedad en la mente, y después se mostrará a sí misma como materia. (403) El hombre no se encontrará armonioso sino hasta que la creencia del sentido personal ceda a la ciencia del Alma.

Casos deplorables donde la pasión domina al hombre deberían despertarnos a la responsabilidad de gobernar el cuerpo. Una persona que arrebatamos a este olvido del Alma, nos dijo: “habría muerto de no ser por el Principio que usted enseña y que me mostró la vacuidad y falsedad del sentido; la medicina y los tratados sobre mi caso únicamente me abandonaron a un mayor sufrimiento sin esperanza y a la esclavitud; la adhesión a la higiene resultó inútil, y fui curada solamente cuando aprendí el camino en la ciencia.”

En el presente debemos aceptar las declaraciones de la ciencia relativas al sentido personal sobre la base del método inductivo, admitiendo el todo, porque una parte, que involucra a todo el Principio, ha sido probada. Los dolores del cuerpo, o la materia, son irreales, pero no más que sus placeres; ambos engañan al hombre con la creencia de su realidad, pero sólo como el espejismo de la montaña que pareciera ser lo que no es, o como la terrible pesadilla de la cual uno encuentra difícil despertar. Una vez que admitimos las bases completas de la ciencia del ser, a ello le sigue que pronto nos encontramos con la pobreza de nuestra demostración; pero a esto replicamos que ya se ha entendido y probado lo suficiente para revelarnos que es una ciencia y para haber comprobado tangiblemente los beneficios que trae. Cuando hablamos de este tema con otros individuos, éstos, en vez de admitir las pruebas que ya han sido dadas de esta Verdad, a menudo nos exigen mayor prueba; por lo tanto os recomendamos que leáis cuidadosamente lo que hemos escrito, lo entendáis por vosotros mismos y establezcáis vuestra propia evidencia por medio de la demostración; al mismo tiempo existe la

necesidad de un maestro para esta ciencia, lo mismo que para la música o las matemáticas, pues éstas deben ser explicadas para ser entendidas, y entendidas para ser demostradas. (404)

El pionero de un campo nuevo, o de gran valor para el mundo, es como un viajero en el desierto de Arabia en compañía de otro que va alarmado por el calor y el sufrimiento crecientes y cuyo valor se tambalea; pero el explorador, a pesar de estas dificultades, y convencido de que todo saldrá bien, acepta la situación con más calma y alienta a su amigo asegurándole que el único peligro es su temor, y luego señala nuevamente el camino para finalmente alcanzar un oasis donde luego de reposar y saciar su sed, se encuentran listos nuevamente para proseguir con renovado vigor. Pero aquí, el viajero más indefenso se dirige a su guía y lo cuestiona: ¿no te sientes alarmado en el camino de este desierto? “Sí,” es la respuesta inmediata; pero, replica el otro, me habías dicho que el peligro consistía solamente en mi temor, por lo tanto, no tienes una Sabiduría más práctica que la mía propia; olvidándose de que su guía ha cargado el equipaje, confrontado las dificultades del camino, y que ha sido atacado por bandoleros, saqueado y obstaculizado en su camino, y que su compañero de viaje no lo siguió sino hasta que el peligro había pasado. Si al llevar las cargas de otros, tratáis de sobrellevar más de lo que podéis, y sois sometidos a prueba o estáis sobrecargados, vuestros compañeros declararán esto como una tarea sin esperanza y os desertarán; pocos brazos se extenderán para apoyaros, hasta que podáis ayudaros a vosotros mismos y a otros y no tengáis necesidad de ayuda.

Aprendemos en la ciencia que el alimento ni beneficia ni daña al hombre; al admitir su poder en una dirección, debemos admitirlo en la otra. Pero aquí sería imprudente menospreciar el Principio, o la prueba de esta declaración, porque continuáis alimentándoos, al no haber obtenido aún el dominio sobre la creencia de que la Vida depende del alimento. (405) Ello sería como negar el Principio de la armonía porque el hombre no es aún armonioso, o como decir que el Alma no es inmortal porque el sentido personal no tiene conocimiento de este hecho. La Vida del hombre es Alma, la cual no se alimenta para vivir, y el hombre inmortal es la idea del Alma en vez del sentido. No tenemos ninguna evidencia de que el alimento sostenga la Vida, excepto evidencia falsa, sí, la que nos da la creencia de Vida en la materia, y esta creencia es un error. Un telegrama que os anuncia incorrectamente la muerte de un amigo, produce la misma aflicción que su realidad os hubiera dado; pero diríais que vuestra aflicción es ocasionada por vuestra pérdida, hasta que otro mensaje llegara informándoos de que es un error y que vuestro amigo está vivo. Ahora, ¿no habéis experimentado los mismos sufrimientos que la realidad os hubiera traído, y no diríais que fue la muerte de vuestro amigo la que causó estos sufrimientos? Pero más adelante sabríais que fue un error, y os daríais cuenta que vuestros sufrimientos fueron causados por una creencia, y no por una realidad. Lo mismo es con todos los sufrimientos; es la creencia y no la Verdad la que los ocasiona. Si un científico hubiese intentado calmar la pena de vuestro supuesto dolor antes de que llegara el segundo mensaje anunciándoos que vuestros sufrimientos eran producidos por el error y no por la Verdad, ¿habríais agradecido a quién os confortaba, aun cuando os hubiera dado algún alivio, hasta que este hecho se hubiera vuelto claro a vuestro entendimiento? Hasta ahora el cuerpo o la materia jamás han informado al hombre de la enfermedad; una creencia lleva el telegrama al cuerpo, y el cuerpo manifiesta únicamente los sufrimientos de la mente. Jamás una formación de la Verdad

ha estado enferma o ha necesitado ser destruida; el error es lo único que sufre, peca o muere. El cuerpo manifiesta únicamente lo que es abarcado por la mente. (406) El cuerpo mortal es error mortal, la creencia misma de la Vida en la materia; la Verdad mantiene al hombre inmortal, y ninguna porción de él se pierde; la Ciencia y las Escrituras declaran que “Aquel que crea en mí, jamás verá la muerte”; estamos exentos de error o creencia y somos inmortales sólo conforme entendemos a Dios. Prestar atención a la discordia es sentido personal que en su ignorancia de Dios acalla la voz del Alma; en otras palabras, es “depravación total.” El Alma y el sentido personal son antagonistas que se disputan mutuamente sus posiciones - ¿qué evidencia aceptáis? La razón nos instruye que la inmortalidad es la amiga del hombre. Escuchad los testimonios opuestos del sentido personal y del Alma.

El sentido dice: Soy materia inteligente, un cuerpo de enfermedad, pecado y muerte que constituye una inteligencia mortal. Los pulmones con resonancia alarmante repiten esta advertencia; el febril latido de las arterias nos indica cuán rápidamente las arenas de la vida se están agotando; el pulso vacilante nos dice que los lugares que alguna vez conocieron al hombre nunca más lo volverán a ver; que la ley inevitable de la Vida es la muerte; que no hay nada más allá. La evidencia cambia – el hombre mortal está saludable y confortable en sus posesiones, y el sentido dice: comed, bebed, y disfrutad; qué vida tan feliz es esta. Soy injusto, y nadie lo sabe, cobro venganza sobre mi prójimo, engaño, miento, y propago las especies; soy como el animal, pero esto es obediencia a la naturaleza que Dios me ha dado. Qué cosa tan agradable es el pecado, qué alegría es el sentido; mi reino es de este mundo, y yo estoy en paz. Pero si hubiera un roce, un accidente, o una rueda del mecanismo se detuviese, todo estaría perdido, pues ¡yo soy mortal!

El Alma dice: Yo soy el Espíritu del hombre que imparte entendimiento, belleza y Omnipotencia, estoy llena de perfecciones inefables, soy altura sobre altura de santidad, soy la maravilla del ser, soy gloria imperecedera, pues yo soy Dios, comprendiendo y congregando toda bienaventuranza, pues yo soy el Amor que da inmortalidad al hombre, pues yo soy la Verdad sin principio ni fin, pues yo soy la Vida, suprema, sobre todo, pues yo soy la Inteligencia y la Sustancia de todo, porque YO SOY. (407)

¿Acaso un médico examina al cuerpo, toma el pulso y examina la lengua para evaluar la condición del Alma, la Vida del hombre; o evalúa la condición de su cuerpo, *alias* la materia; para dar su opinión de la Vida, de Dios, y de sus prospectos de continuidad, según los signos materiales? Si el hombre fuera anterior a Dios, y la materia fuera superior a la mente, semejantes métodos serían consistentes, de otra manera no lo son. La mente, no el cuerpo, es el origen de todo sufrimiento; pero olvidamos esto en la enfermedad, y la condición mental no se vigila y es completamente ignorada por el paciente o el médico mientras se ocupan únicamente del efecto físico. Las opiniones y las teorías han desviado tanto el juicio sobre estos puntos que se ha perdido de vista la Verdad del ser, y la ilusión se ha tomado por el hecho. Sin importar cuánto las escuelas de medicina insistan en que la discordia rige a la armonía y que las leyes de la materia gobiernan la Vida del hombre, la ciencia revela lo contrario de la Vida, y nos da una oportunidad de probarlo. Nunca se ha sabido que las leyes de Dios maten al hombre, pues esto destruiría la inmortalidad. El hombre es la imagen y semejanza de Dios, por lo tanto, es la sombra reflejada de Dios, y si uno es mortal, ¿por qué el otro no? Si el

hombre se pierde, su Principio se pierde, y no queda nada de Dios. Los médicos fijan la enfermedad sobre el cuerpo al delinearla en la mente, y cuando el retrato mental de la enfermedad se ha completado, el paciente está enfermo. Una creencia de enfermedad puede manifestarse en cualquier momento sobre el cuerpo.

Si la enfermedad es Inteligencia que produce resultados por sí misma, o el cuerpo puede crear sus propias condiciones a pesar de la protesta mental, admitiremos la superioridad de la enfermedad sobre el hombre y su poder para enfermarlo o matarlo, pero de ninguna otra manera. (408) La mente produce todos los efectos sobre el cuerpo; el sentido personal no tiene placer o dolor excepto en creencia, lo cual es todo lo que hay en él. Una imagen mental de enfermedad completamente formada, ya está plasmada sobre el cuerpo, igual que cuando se transfiere a un lienzo otra imagen de la mente; el temor del paciente es lo que delinea la imagen, y el artista, la mente, la ejecuta plenamente sobre el cuerpo, sin embargo, el paciente ignora su temor, o lo que son las imágenes de la mente, hasta que éstas son delineadas sobre el cuerpo. Si no se hubiera formado una imagen mental de enfermedad, no podría haber habido una manifestación de enfermedad. La creencia de que la enfermedad es un poder o una Inteligencia superior al hombre, está siempre preparada para reproducir alguna imagen de enfermedad ante la mente, y esta imagen causa temor, y el temor acelera o retrasa la acción, produciendo inflamación o cualquiera que sea la naturaleza o tipo de enfermedad que prevalezca en el pensamiento general, y llega a vosotros sin invitación alguna y sin que ninguna asociación particular la haya evocado. Adicionalmente la enfermedad viene por medio de la asociación, a medida que aparecen los pensamientos. Por ejemplo, vuestra condición mental es una creencia fija de que, si os exponéis a un frío severo o a la humedad, os resfriaréis; por lo tanto, si se presenta la circunstancia, sufriréis los efectos de una creencia por medio de la asociación. Si hay fiebres a vuestro alrededor, decís: es posible que yo también la tenga; y esta condición mental, por medio de la asociación, produce el resultado.

La enfermedad llega en la misma forma en que un pensamiento llama al siguiente. Si el niño de una madre es expuesto a condiciones que se consideran peligrosas, la madre dice: mi hijo enfermará, y su creencia alcanza a su vástago para producir este resultado; pero ella dice que fueron las circunstancias. (409) Se dice: He comido demasiado, será difícil que digiera esa cantidad de comida; o bien: tengo padres tuberculosos, por lo tanto, estoy predispuesto a esa enfermedad, y el resultado se produce en secuencia natural. Las condiciones de vuestra creencia son reproducidas sobre vuestro cuerpo. La causa remota de toda enfermedad es una creencia en ella, y la causa presente, o la causa que la excita es el temor a ella, la circunstancia que se dice que la producirá.

Decís que es riesgoso para vuestra salud exponerse a un contagio, tener padres tuberculosos, estar agotados, física o mentalmente, comer demasiado, o ayunar demasiado, y sois una ley para vuestro cuerpo en todos los casos, pues el cuerpo no podría sufrir nada de esto sin la mente, y una mente que no admitiera estas creencias, no sufriría; las semillas de enfermedad, germinadas por las circunstancias, son sembradas en la mente, no en la materia. Así como los pensamientos sobre otros temas son reproducidos por asociación, igual es con las enfermedades; y lo que afecta a vuestro cuerpo es vuestra creencia concerniente a la enfermedad, y no la circunstancia.

Los padres, las enfermeras, y los médicos, al no percibir estos puntos vitales de la ciencia, arrojan su peso mental en el lado equivocado de la balanza, y dañan a quienes quisieran bendecir. Si siguieran el curso opuesto, y desterraran toda admisión mental de enfermedad, se evitaría la enfermedad que ellos ocasionan ahora. Deberíamos recordar que el sufrimiento no es una condición menos mental que el placer. Cuando sucede un accidente, pensáis o exclamáis: “está lastimado;” pero para prevenir el resultado que teméis, deberías oponeros a vuestra propia admisión y a la de aquel que teme haber sido lastimado. Afirmad que no os habéis lastimado, y vuestro cuerpo obediente al control mental, cederá a este hecho. (410)

Cuando destruimos científicamente el sufrimiento de los niños, a menudo la madre revivirá en sus memorias aquello que vosotros estáis borrando, y describirán cuán horriblemente se lastimó su hijo; o cuánta enfermedad ha tenido, etc., ignorando que el efecto de esto es como aplicar fuego a una quemadura. Deberíamos investigar únicamente nuestros temores y creencias concernientes a la enfermedad, y desatender todo lo demás.

La materia no puede rendir testimonio, por lo tanto, no deberíamos creerle al sentido personal; sólo la mente reporta condiciones físicas y las produce. Los enfermos argumentan contra sí mismos diciendo: “estoy enfermo”; el afirmativo físico debería ser confrontado con un negativo mental; toda discordia es error ya que la armonía es la única Verdad del ser; debemos tomar una posición mental, la opuesta misma de la física, para controlar al cuerpo hacia un cambio de acción. Nosotros informamos a los músculos cómo moverse, y ellos actúan en obediencia a la mente, o no habría acción; es lo mismo con todo el sistema. Los enfermos están temerosos, ya sea que entiendan esto o no, y el cuerpo, igual que un hombre asustado, corre demasiado rápido o demasiado lento; parcialmente paralizada, o inflamada con el temor, la acción del cuerpo se acelera o retrasa naturalmente.

Para avanzar en el entendimiento de la Verdad debemos vivir a la altura de nuestras percepciones presentes de ella; y al mejorar el presente, no debemos dar atención al mañana, pues el mañana se hará cargo de sí mismo, y ofrecerá más luz conforme avancemos hacia la luz. Una vez que sabéis que la deshonestidad es error, disciplinaos a vosotros mismos para hacer frente a las consecuencias en lugar de hacer o esconder lo equivocado. La Verdad vale poco para quien la usa poco. (411)

Cuando la acción física es inflamatoria, la mente es la causa; algún temor se ha apoderado de vosotros, aunque esto no sea reconocido por el enfermo, sin embargo, el efecto físico muestra que existe, y los resultados son los mismos que si existiera conscientemente. La enfermedad que se origina en la mente antes de poder manifestarse en el cuerpo es detenida o desterrada fuera del cuerpo al destruir la creencia que la ocasiona. El temor causa que la cara se sonroje o palidezca súbitamente, probando que la circulación de la sangre es controlada por esta condición mental; el cuerpo se vuelve repentinamente fuerte o débil a través del temor, mostrando que la debilidad o la fortaleza es el resultado de la mente, en vez de la materia. Una madre a quién le informan del encarcelamiento de su hijo, cae muerta instantáneamente; aquí la acción orgánica cesa sin ninguna otra causa excepto la mental, y sin embargo estamos tan enterrados bajo el polvo de la supuesta Vida en la materia, que no podemos, o no

permitimos que la caída de esta manzana señale el Principio que revela. El temor altera todas las secreciones del sistema; no sólo controla las funciones del cerebro, sino de las vísceras internas, y de todo el mecanismo del obediente cuerpo. Removed el temor de la enfermedad, y la enfermedad desaparecerá; pues el cuerpo es restaurado a través de un cambio de la mente; el temor existe aun cuando la mente esté completamente inconsciente de él, y produce enfermedad involuntariamente. Nunca hemos sabido de un paciente que no se recuperara cuando el temor de su enfermedad fue destruido completamente. Lo más fuerte nunca cede ante lo más débil excepto a través del temor o de la elección voluntaria; y la mente es más poderosa que la materia, y controla al cuerpo, ya sea que admitamos esto o no.

Los males que tememos son los únicos que nos conquistan. El cuerpo se vuelve discordante por medio de la mente únicamente; no hay ninguna ley, excepto la de la mente, que gobierne al cuerpo. (412) La ley de Dios es lo único absoluto o inevitable, y esta ley jamás produce enfermedad, pecado, o muerte como su resultado. No hay dolor sin mente; la materia no puede sufrir o producir sufrimiento. La enfermedad es temor expresado físicamente, no con los labios, sino con las funciones corporales. Mitigad el temor, y aliviaréis el órgano afectado; destruidlo, y el cuerpo recuperará sus funciones saludables. Aun cuando esto pueda parecer imposible a nuestros puntos de vista educados sobre el tema, es, sin embargo, un hecho de la ciencia que hemos probado suficientemente para declararlo tan resueltamente como cualquier otra demostración de la Verdad. El hecho de que el hombre esté inconsciente de su temor no altera sus efectos sobre el cuerpo, ni el hecho mental; la ignorancia de la causa, o de la enfermedad que se aproxima, de ninguna manera milita contra su origen mental. Un temor, mayor o menor, acompaña toda ignorancia; aquel que entiende el poder de la mente sobre el cuerpo, su fuerza impulsora, y cómo lo controla, entiende que esta misma ignorancia es como caminar en la oscuridad al borde de un precipicio, y ello conlleva una presencia permanente de temor involuntario.

Se dice: mi cuerpo sufre y la mente no tiene nada que ver con eso; esto es sencillamente imposible. El mártir, quemándose en la hoguera, conquista su cuerpo con la mente y acalla el sentido personal con el Alma. De la misma manera, el opuesto extremo de la imperturbabilidad anterior encuentra su castigo con menos tormentos que una mente en contacto con temas más finos. La muerte ha ocurrido como resultado de una flebotomía imaginaria; hay individuos que han muerto de contagio, hidrofobia, etc., creyendo que habían estado expuestos a estos, cuando no era el caso. Muchos casos donde el control de la mente sobre el cuerpo ha producido la muerte prueban que este control es absoluto en vez de parcial. Los médicos admiten fácilmente que la mente afecta al cuerpo en alguna medida; pero esto es sólo una pequeña parte del hecho; la ciencia revela que toda acción es producida y controlada por la mente, y un solo caso probado de ello, como cuando la gente muere por causas mentales, justifica esta declaración. (414)

Si la mente es el único actor, ¿cómo explicamos que el mecanismo actúe aparentemente por sí mismo, o a través de lo que llamamos poder material? Simplemente porque la mente ha construido este mecanismo y hace que siga operando. Un molino funcionando, o la acción del agua sobre una de sus ruedas, es la causa secundaria, mas no la causa primaria; la mente causó el molino y construyó su mecanismo. La mente eterna primero “dividió las aguas,” y controló la ola. La mente es lo primario, y lo derivativo no

continuaría sin que la mente lo pusiera en operación; el movimiento perpetuo en la materia es un fracaso; pero el movimiento perpetuo de la mente es ciencia. La Inteligencia es el poder que es el motivo o procurador de toda acción. Retirad la mente y el cuerpo estará privado de acción; por lo tanto, la única conclusión lógica es que la mente produce la acción del cuerpo; pero cuando avanzamos más y curamos por medios mentales la acción enfermiza que la medicina no pudo remover, obtenemos esta evidencia irrefutable.

La mente, como si fuera una oficina de telégrafos, contiene el mensaje que se transmite al cuerpo, y para prevenir cualquier resultado perjudicial debemos cerciorarnos que el telegrama provenga de la ciencia y no del sentido. Privado de este mensaje, el cuerpo no regresa una respuesta de inflamación o enfermedad, por el hecho de que la materia no tiene Inteligencia propia. El cuerpo no es una soberanía independiente, o un gobernante autócrata sobre el hombre; cualquier supuesto gobierno que la materia tenga sobre la Inteligencia, es totalmente mítico. La creencia de que nuestro cuerpo es sustancia no es más verdadera que la creencia de que el cuerpo es Vida e Inteligencia. Qué mundo tan material es éste al que nos dirigimos; pero la Verdad debe ser expresada; si no en todos los tiempos, sí en alguno, y parece que fuimos destinados para recibir el primer fuego del enemigo, por expresarla en estos tiempos. (414) Tenemos fe que este libro hará su labor, aunque no sea plenamente entendido en el siglo diecinueve. Juan el revelador leyó su historia en el pequeño libro, “dulce en la boca, y amargo en el vientre.” Aunque no es más que un indicio en el tiempo, es una historia para la eternidad. El materialismo debe desaparecer, y lo hará, aunque sea lentamente; la era espiritual se aproxima cuando los efectos físicos ya no serán atribuidos a causas físicas, y serán discernidos en su causa espiritual última.

Cuando el temor causa que la sangre circule tumultuosa a través de venas y arterias, o que se mueva lánguidamente a través del mecanismo paralizado, destruid el temor y el sistema recuperará el equilibrio; los analgésicos, anti-irritantes, o las sangrías depletivas no podrán jamás reducir la inflamación como lo hace la Verdad del ser. La fe o la creencia son un triste sustituto para la ciencia; debemos entender metafísicamente al hombre antes de poder controlarlo físicamente de manera correcta. La ignorancia acompañada de un conocimiento superficial de la metafísica es una pesadez ofensiva; reducir la Verdad del ser a un fuego cruzado sobre los lisiados y los inválidos disparándoles fríamente la bala: “nada os aqueja,” es algo que hubiera sido mejor callar hasta que se hubiese entendido. Si un forúnculo aparece repentinamente se dice que es doloroso, ¿duele? El forúnculo no duele, pues la materia no tiene sensación; es la mente lo que siente, y ese forúnculo manifiesta vuestra creencia de calor, dolor, hinchazón e inflamación, pero vosotros la llamáis forúnculo. El calor es un producto del temor; lo cálido es la condición normal de la Verdad, no así el calor o el frío; el cuerpo privado de la mente se enfría inicialmente, y luego no hay nada. El temor produce el calor, y otra fase de la creencia procura expulsarlo a través de una nueva forma de creencia llamada forúnculo que ahora ha aparecido sobre el cuerpo mientras la mente retiene al mismo tiempo la conclusión de que los forúnculos son dolorosos, pero que prolongan la Vida, *alias* la Inteligencia. (415) Un error en las premisas produce error en la conclusión; el error mental ocasiona todas las discordias del cuerpo.

El calor saldría del cuerpo sin causar dolor, así como se disipa el gas que expulsa el agua cuando hierve si no fuera por nuestras creencias opuestas. Los escalofríos son los efectos del calor; las úlceras, los forúnculos, etc., son calor que emerge a la superficie; pero es la mente y no la materia lo que crea este calor y forma toda la identidad que tiene la enfermedad. El inválido puede concluir que un humor en la sangre es lo que produce el forúnculo, y que cuando este humor es traído a la superficie, el sistema se alivia; pero es la mente, y no la materia lo que ha formado esta conclusión y sus resultados. Tendréis estas formas de enfermedad mientras las veáis como canales para la enfermedad o como los resultados inevitables de la materia. Si consentís una creencia particular de enfermedad, estáis en peligro de reproducirla sobre el cuerpo. Revertid el caso y destruid vuestra creencia en este modus operandi de la materia y vuestro temor a la enfermedad no engendrará calor que deba ser expulsado; y aquello que pensabais antes que era escrófula, bilis, y causas físicas, aprenderéis que eran el temor y la mente actuando sobre el cuerpo.

La enfermedad, destruida en su origen, es decir, la mente, nunca reaparece, y se cura eficazmente; pero la materia no puede destruirla jamás. Una posición mental que se toma dubitativamente es una posición muy débil; debéis entender estos puntos de la ciencia, o nunca estaréis completamente persuadidos en vuestra propia mente del poder de la creencia y de su triste efecto sobre el cuerpo; tampoco podréis discernir el Principio que saca a la luz las capacidades y la armonía del ser, y que os capacita para mantener lo que entendéis. (416) Si vosotros tenéis una creencia definitiva en la enfermedad y la teméis, sería inútil intentar remover el temor de otro individuo o la condición perturbada por medios mentales; sería tanto como intentar destruir el calor aplicando fuego. Para tener éxito en la ciencia de la Vida, debéis encontraros en ella, no con las vestiduras de la creencia sino con aquellas de la Verdad, y ello os dará dominio sobre vosotros mismos, y la habilidad de producir la cantidad plena de la Vida que es el Cristo sanando a los enfermos. Al desechar la creencia de ser materia Inteligente, obtendréis las capacidades del Espíritu y la libertad de los hijos de Dios.

Hay hombres de negocios que han dicho que esta ciencia es de gran beneficio desde un punto de vista secular porque no sólo aumenta su resistencia física y mental, sino también su control del hombre y su percepción del carácter. Ellos nos han comentado que podían enfrentar mejor las exigencias en sus negocios al enfrentar la mente en sus propios terrenos, percibiendo los pensamientos y su relación con los actos de los hombres. La ciencia del ser no sólo saca a relucir nuestras capacidades y posibilidades latentes, sino también expande la atmósfera, o aroma de la mente, dando acceso al hombre a una esfera del ser más amplia y elevada. Una fragancia confinada por un tapón no es tan benevolente como cuando éste ha sido removido y perfuma la habitación. Removed la creencia de que la Inteligencia está bajo un cráneo, la creencia del Alma en el cuerpo y de que la materia es el amo del hombre e inmediatamente obtendréis un hombre o mujer mejores, pues se entenderán mejor a sí mismos y a los demás. Salir de la evidencia del sentido personal para juzgar a los hombres y a todas las cosas, es un beneficio vasto para la humanidad y para la Deidad. Estamos sofocados por las creencias y los 'ismos', mientras que un Alma viviente es libertad y Vida; el entendimiento puede captar aun la idea infinita. Estamos conscientes del Espíritu inteligente, entonces desechemos el sueño de la materia inteligente, o de que la Inteligencia mora en la no-inteligencia. (417)

El Alma y el cuerpo son diferentes, pero concordantes, y uno no puede perderse y el otro permanecer. Para aprehender la compleción y la perfección, debemos alcanzarlos, y producir así nuestro modelo. Pensar en el pecado, la enfermedad y la muerte no es el método de conquistarlos ni de formar vuestro modelo de Vida; destruidlos en la mente y desaparecerán para siempre; desechad el temor a la enfermedad, o el amor al pecado, y estaréis libres de estos errores en la manifestación física. La acción debe provenir del Principio, no de la idea, del Alma, no del sentido personal, y de la mente en vez de la materia; cuando esto sea así, gobernaremos a nuestros cuerpos y produciremos armonía. El Principio controla armoniosamente su idea, la cual es gobernada únicamente, como lo es, por la Inteligencia suprema; si no fuera por esto, las ‘ologías’ o los ‘ismos’ ya habrían enfermado a todo el globo terráqueo. La creencia de que el Espíritu mora en la materia y que la materia tiene Inteligencia causa toda discordia; el *hombre* no está enfermo; pues la mente no está enferma, y la materia no puede estarlo; una creencia es la tentadora y el tentado, el pecado y el pecador, la enfermedad y su causa, la muerte y el moribundo. Sobresaltad esta creencia con una expresión, o impresión de la Verdad, haced que salga de su centro fijo, y el cuerpo se aliviará de inmediato. Un dolor de muelas se suspende ante los fórceps, pues un temor mayor ha acallado momentáneamente uno menor, mostrando los efectos de la mente sobre el cuerpo, y que “nuestros males mayores nos alivian de los menores.”

La circunferencia de mente de un fanático es muy limitada; él cree en la personalidad y la materia, pero habladle más allá de estos, o del Principio y su idea, y no obtendréis respuesta alguna. La ignorancia es el peor enemigo de la ciencia metafísica. (418)

Jamás converséis sobre la enfermedad, observéis sus síntomas, recomendéis remedios materiales, o busquéis su causa en la materia; así encontraréis que será más fácil para la mente destruirla y gozaréis de salud vosotros mismos y ayudaréis a otros a hacerlo también. La base de toda enfermedad es el error o la creencia; destruid la creencia y el enfermo se recuperará. Conservar el buen humor en la enfermedad es correcto; tener esperanza, es aún mejor; pero entender la nada de la enfermedad, la destruye totalmente. Un inválido es un caso deplorable de mesmerismo en la cual una creencia controla a otra, y el error re-produce error. Admitimos que una mente puede controlar a otra mente, y por ese medio controlar el cuerpo, pero nunca calculamos que esto mismo hacemos diariamente con nuestro cuerpo. El hipnotizador causa dolor a su sujeto sin que haya una causa física, probando así que él produce esta sensación mediante la creencia del sujeto, y no porque exista en el cuerpo; luego, si a la creencia de dolor se le agregase una creencia de enfermedad en cualquier parte, y mantuviese este estado de mente por un tiempo lo suficientemente largo, la enfermedad ciertamente aparecería allí. El hipnotizador hace que un miembro se vuelva rígido por hacer creer a su sujeto que no lo puede mover. Igual es con los enfermos; ellos hipnotizan a sus miembros inconscientemente por medio de sus creencias para mostrar condiciones tales como articulaciones rígidas, enfermedad y muerte, y la única diferencia es que en un caso se entiende que la causa es la mente o creencia, lo que produce los resultados, mientras que en el otro caso se cree que es la materia; por lo tanto se emplea la mente para remover uno de los casos, y la materia para la otra condición, pero ambas tienen su origen en la mente y son removidas por medio de la mente. El cojo hipnotiza a su cuerpo por medio

de la creencia de que un accidente o una enfermedad causaron su cojera, y mientras esta creencia perdure, su cojera continúa. (419)

Algunas veces la fe en la medicina o el transcurso del tiempo desgastan el temor a tal grado que la creencia concerniente a la enfermedad cambia lo suficiente para remover el problema físico. Removida la creencia que mantiene rígido al miembro y éste será restaurado. Hay quien dice que ningún hombre puede hipnotizarle. Esto puede ser verdad, y puesto que éste hipnotiza su cuerpo en forma tan definitiva, otros no pueden afectarle; pero sería difícil que un individuo así se curase por medio del hipnotismo de otro, o de la materia médica, a menos que tuviese más fe en estos que en sí mismo. La ciencia lo sanaría más fácilmente por medio del entendimiento, pues mentes así generalmente tienen seguridad y confianza en sí mismas; estos tipos cuidan bien sus terrenos, pero sus terrenos pueden haber sido ocupados con anterioridad. No hay ninguna ley de la materia que gobierne a la Inteligencia; la mente exclusivamente es la ley suprema. Lo que llamamos leyes de la naturaleza que gobiernan al hombre no es ni más ni menos que la creencia del hombre que produce los resultados de la mente sobre su cuerpo, y no es la materia. La Vida no es un producto, sino es productora de fenómenos. La Vida es eterna, dando muestras de su representación como el sol emite sus rayos. Es un mito que la Vida se sostenga por el alimento, la bebida, el aire, etc., también es un mito que la Vida sea orgánica, o dependa de la materia en lo más mínimo.

El Alma tiene un cuerpo aun cuando toda la materia haya sido destruida; el cuerpo mortal es una cosa de creencia llamada hombre, un error desde su origen hasta su fin; la Verdad del ser es Alma y cuerpo inmortal. Exponed el cuerpo mortal a ciertas temperaturas y la creencia dice que tendrá resfriados o catarros, exponedlo al trabajo severo y la fatiga será el resultado; pinchadle una vena y ello permitirá que la Vida se fugue, y que este hombre ¡esté a merced de un pincho! Haced la mente a un lado y ninguno de estos resultados tendrán lugar en el hombre. Mientras permanezca la creencia de que la humedad o el frío producen catarros, fiebres, reumatismos, o tuberculosis estos efectos tendrán lugar, y el aire de los climas tropicales permitirá evitarlos; pero cambiad la creencia con respecto a esto, y el efecto cambiará, y encontraréis que el cuerpo manifiesta solamente lo que la mente dice sobre éste, y cualquier otro punto. La materia es gobernada por la mente. (420)

El hombre sigue con celo las condiciones de su creencia (y esto es todo lo que hay en el mesmerismo); si se le dice cómo la mente afecta al cuerpo y como ilustración de ello se cita la evidencia de la hipnosis, os replica: “a mí ningún hombre puede hipnotizarme.” Y sin embargo llama a su cuerpo este mí, y ese cuerpo es solamente lo que sus padres primero, y después él mismo, ha hecho; y estos padres no eran materia, sino mente, como lo prueba el cuerpo, que ya no es vuestro padre, una vez que la mente ha partido.

Cuando alcancemos la ciencia de la Vida, aprenderemos que la Verdad echa fuera los demonios y sana al enfermo, también aprenderemos que Jesús daba a la enfermedad y al diablo un mismo significado. Aquellos cuyas percepciones han alcanzado la bondad promedio, no temen cometer un asesinato, y si nuestras percepciones espirituales estuvieran a la altura del estándar cristiano, no temeríamos tampoco a la enfermedad, el pecado, o la muerte. Temer la enfermedad no es menos sabio que temer que robaremos; ambas son admisiones de debilidad moral y una pérdida de control sobre el cuerpo que

no debemos permitir. Si aquel que es esclavo de algún deseo erróneo aprende la ciencia de la Vida, jamás volverá a albergar ese deseo, sino se elevará en la escala del ser. Permitir que el Alma gobierne al sentido es ciencia, en la cual somos una ley de Sabiduría para nuestro cuerpo, de Vida y no muerte.

Si la humanidad estudiase esta ciencia con la mitad de la avidez con la que examina tratados enteros sobre enfermedad y con la mitad de la avidez con la que prueba distintos medicamentos y rituales para la salud, no avanzaría de una enfermedad a otra, o a la decrepitud y a la muerte, sino más allá de la enfermedad para introducirse en la armonía y la Vida. (421)

Si “en él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser,” ¿sería imposible concluir que Dios sea tan poderoso como el alcanfor, o el sudor? Se prueba que la Vida es Espíritu y no materia; y la única objeción posible a nuestra aceptación vehemente de esta munificencia del ser es que ésta requiere una mejor demostración de Vida. Los siglos derrumban lenta pero seguramente las viejas piedras angulares y construyen sobre mejores fundamentos. No está lejos, y ya el momento se acerca en que la enfermedad, el pecado y la muerte serán admitidos como error, y se buscará la Verdad que los destruye, en vez de los medicamentos.

La mente es el único alterativo del cuerpo; cada secreción y función del sistema humano depende de la mente y es controlado por ella. El pálido inválido que supuestamente está moribundo a causa de una sangre en mal estado, restaura su salud y su fuerza por medio de un cambio en su creencia sobre este tema; no importa si sabe o no cómo funciona la mente y su efecto negativo sobre su cuerpo; él se recuperará cuando la mente sea corregida en lo que concierne a la cuestión física, y la sangre circulará natural y saludablemente. Unos estudiantes de Oxford proporcionaron este precedente haciendo que un criminal muriese a causa de la creencia de que estaba siendo desangrando, aunque no hubiese fluido ni una gota de sangre. Nada más este caso prueba la superioridad de la creencia sobre la materia y la sangre para matar a un hombre. La creencia de que la Vida depende de la materia, o de que ciertas condiciones de la sangre y la estructura orgánica son fatales para el hombre, debe ser confrontada y dominada antes de que la ciencia sea entendida, o se encuentre al hombre inmortal. La mente causa todas las condiciones del cuerpo, y podéis cambiarlas eficaz y permanentemente por este medio solamente. Sanar a los enfermos con la ciencia tiene una ventaja sobre la fisiología, los medicamentos, el mesmerismo, etc.; es la Verdad del ser opuesta a su error, con lo cual el hombre se eleva en la escala del ser; otros métodos son error oponiéndose al error, y tienen solamente una ventaja temporal. (422) La creencia está ciertamente a su favor, pues el error coincide con el error, lo fortalece y hace contrapeso a la ciencia de la Vida; pero esto no tiene ventajas en la escala de la Verdad. La percepción de las posibilidades del hombre amplía su ser, dándole metas más elevadas y un mayor alcance al hombre. Si no hubiese otros motivos más elevados para familiarizarse con Dios, el Principio del hombre, que deshacerse de la enfermedad, éste parecería ser suficiente.

Un estudiante dijo una vez: “esta ciencia me ha hecho ser todo lo que yo soy,” y probablemente estaba diciendo más de lo que se percataba. Hay un espacio infinito en la

ciencia del hombre, pues aquí los límites de la personalidad no confinan a la Inteligencia.

La enfermedad es una de las creencias del sentido personal que la Verdad finalmente destruye. Ninguna obra científica puede tratar a la enfermedad como una identidad o poder. Cualquier alusión a la enfermedad, o cualquier confesión de que estáis enfermos, deberían evitarse, así como evitáis contar historias de fantasmas a los niños en la oscuridad. Privado de luz, un niño sufre con pensamientos de peligro, y lo mismo es con el adulto que no comprende su propio ser; el niño debe ser sacado de la oscuridad para deshacerse de su temor y del sufrimiento que ésta ocasiona, y lo mismo debe hacer el hombre. La creencia universal de que el sufrimiento es físico y no una creación de la mente, produce sufrimiento debido a nuestra ignorancia de su origen. Probamos que la Vida no depende de la materia cuando la Vida continúa y la materia se ha destruido. (423) Espiritualmente no puedo percibir enfermedad, pecado o muerte; y reconozco estos sólo como creencias de la materia. La enfermedad es error, su remedio es la Verdad; y la ciencia del ser revela que nuestro cuerpo no tiene sensación y que el Espíritu ve, oye, siente, actúa y disfruta, pero no puede sufrir; y esto hace a Alma y cuerpo armoniosos e inmortales. Concluir que nuestro cuerpo es Vida, Sustancia, o Inteligencia y que este cuerpo material es lo que ve, oye, siente, actúa, disfruta, y sufre, hace de la enfermedad, el pecado, y la muerte autócratas sobre el Alma, y hace del hombre un esclavo del sentido personal. Para el Alma no hay materia, enfermedad, pecado, o muerte; pero para el sentido personal estos son realidades que inclusive gobiernan al Espíritu; ¡qué error! Sabemos que esto es un error, y que el error es una creencia destituida de entendimiento; y que, al cambiar la creencia, el error cambia; y que, al destruirla, el error desaparece. Vosotros veis a través de paredes sólidas, oís sin sonido, camináis sobre el agua y tenéis vuestro cuerpo con vosotros en la clarividencia; pero en la creencia opuesta del sentido vuestro cuerpo permanece en status quo, y vuestra mente viaja sin un cuerpo. Permitid que el hipnotizador experimente lo que llamamos temores del sentido personal, sus dolores o placeres, y su sujeto tendrá las mismas sensaciones; ello prueba que éstas son producidas por la mente y no la materia, y que son creencias en vez de ser la realidad de las cosas. La enfermedad no es imaginación; es más que esto, es una creencia, una convicción de la mente en algo imaginario. Un animal que mira a otro a los ojos, puede causar una riña; pero notad la superioridad del Alma sobre el sentido cuando el ojo del hombre se fija sin temor sobre el de la bestia y sobresaltándola, hace que salga huyendo aterrorizada. Esto ilustra el efecto del Espíritu al mirar a la enfermedad fijamente a la cara para destruirla, y comparad esto con nuestros rituales fisiológicos, medicamentos y el hipnotismo, que son la riña entre las bestias. (424) Cuando nos sometemos al sentido personal al cual admitimos como el autor de la enfermedad, el pecado y la muerte, no gobernamos a nuestros cuerpos; debemos dirigirnos hacia el sentido espiritual para la felicidad e inmortalidad. Al pensar menos en aquello que llamamos sustancia materia, y al pensar más en la sustancia en el Espíritu, nos volvemos una ley de Vida para nuestros cuerpos, y no de muerte, de armonía en vez de discordia, y de Verdad en vez de error.

Compadezco más al enfermo que al pecador, pues en este último caso confiamos en Dios para que ayude a ese hombre, mas no así con el enfermo. Si el sentido domina al hombre en la enfermedad, también puede hacerlo en el pecado, y el Alma queda sin oficio. Si el sentido personal os informa que sois pobres, puede tentaros para robar; o si

habéis estado expuestos a la fatiga, o al frío, el sentido personal dice que debéis estar enfermos; pero ¿deberíais creerle más en un caso que en otro? En ambos casos el sentido personal os desvía y os engaña. La creencia de que la enfermedad es una necesidad, o el amo del hombre, desaparece en la ciencia, donde nuestro control normal sobre el cuerpo reaparece. Los baños, las fricciones, las dietas, el aire, el ejercicio, la electricidad, etc., jamás han hecho armonioso al hombre; medicar o aporrear a un pobre cuerpo para hacer que se sienta bien, cuando en realidad debería estar insensiblemente bien, es un triste sustituto del control que el Espíritu tiene sobre la materia. Si el cerebro, la sangre, el corazón, los pulmones, el estómago, los huesos, los medicamentos, el alcohol o el pecado os han reducido a ser esclavos de la materia, recordad que estos no son tan fuertes como vosotros, y elevaos al dominio que os fue dado por Dios; el hombre no es el instrumento del sentido personal, la Verdad del ser declara esto. La enfermedad, así como el pecado, es error, y ¿puede errar la materia? La enfermedad es una disonancia desagradable, una acción anormal, discordante, y ¿cuál es su correctivo? La materia no puede revitalizarse, sin la mente no puede actuar por sí misma. (425) Se dice que sí puede; que ciertas combinaciones de gases, de secreciones, o que ciertas condiciones agudas o graves de la materia producen discordia y también sufrimientos corporales, pero no es así, si el cuerpo causa dolor, también puede curarlo, pero la materia no causó, ni curó la enfermedad; sin mente no ocurre ninguna combinación, ni se acumula el gas, ni tiene lugar secreción alguna. Se admite que la acción voluntaria de la mente controla músculos, huesos y nervios, pero se concluye que cuando estos así lo deciden, se rebelan contra la mente, como en el caso de la cojera o de las contracturas, y entonces no obedecen a la mente, sin importar cuánto se desee que lo hagan, y que la mente ya no tiene control sobre ellos; pero esto hace que los músculos y los huesos sean superiores al hombre en un caso, y en el otro su sirviente, lo cual no es natural ni corresponde a la economía de los gobiernos humanos. Si los músculos son capaces de acción sin la mente, también podemos decir que son capaces de inacción, bajo estas mismas premisas, pero no de otra manera; y si son capaces por sí mismos de no actuar en un momento dado, entonces esto es así en todo momento y el hombre no tiene control sobre ellos, y un estado es su condición normal tanto como el otro; por lo tanto, una articulación rígida o un miembro paralizado es tan natural como su opuesto. Pero si la mente controla los músculos en un caso, lo hace en todos los casos. Cuando Shakespeare dijo; “Arrojad el físico a los perros,” tengo algo de fe en que él incluyó la creencia de materia inteligente entre lo que había que arrojar. Algunas veces durante la fiebre, o la tuberculosis, etc., el paciente parece estar lleno de valor, y decimos; “qué calmado está; no parece estar temeroso; su cuerpo es víctima de la enfermedad, pero la mente no está afectada.” La mente que pensamos que está tranquila en la enfermedad, está asustada con sus propias imágenes; el temor calienta al cuerpo insensible e impulsa la sangre en una tumultuosa carrera; pero Cristo, la Verdad, apacigua la tempestad con su “Calla, enmudece.” (426) Si la enfermedad puede atacar y controlar al cuerpo sin el consentimiento del hombre, también el pecado lo puede hacer; ambos son errores que deben ser destruidos; ¿os atrevéis a admitir que el Espíritu no puede gobernar al cuerpo mientras que un error de cualquier índole sí puede hacerlo? Destruid la creencia de fiebre y el temor que ella ocasiona, y la sangre circulará de nuevo apaciblemente y el cuerpo estará en paz. El sentido personal no se percató de lo que ocurre en la mente; es ciego a la causa de los efectos; para comprender nuestra explicación del hombre debéis percibir su Principio en la ciencia, lo cual demanda entendimiento y demostración; mientras que el sentido personal requiere creencia solamente.

El médico metafísico busca los efectos donde el médico físico piensa que encuentra las causas. El primero encuentra que toda causalidad es mente, el segundo busca la causa sólo en la materia; el primero sana sobre la base científica del ser, en la cual la mente gobierna al cuerpo; el último, sana a través de la creencia de que la materia controla al hombre. La patología metafísica descansa en la psicología, o la ciencia del Alma; pero el significado de la psicología es pervertido siempre que se interpreta como mesmerismo en vez de ciencia. El método metafísico de sanar a los enfermos opera bajo la siguiente desventaja: que la creencia mortal aprehende la materia solamente, y no el Espíritu; y menosprecia lo metafísico y le da a lo físico precedencia en todas las cosas, arrojando todo el peso de la creencia en la balanza del sentido personal y del lado de la materia. Confrontar una afirmación de enfermedad con una negativa neutraliza la creencia afirmativa y sus efectos sobre el cuerpo haciendo que la discordia se convierta en el negativo de la armonía e introduce la ciencia del ser. Es más difícil sanar por medio de la ciencia a un paciente educado a fondo en la fisiología, materia médica, etc., que a otro que jamás se haya arrodillado tan metódicamente ante la materia. (427)

En casos de locura argumentada mental y verbalmente contra la creencia de que el cerebro está enfermo, lo mismo que en otros casos de desórdenes físicos, pues todas las discordias físicas proceden de causas mentales, y la locura no es sino otra forma de error mental. Podríamos darnos el lujo de desdeñar una fuerte negación del sentido personal si no hubiese prueba suficiente; pero no siendo así, y siendo que esta idea revertida del hombre restaura armonía a la mente y al cuerpo como ninguna otra cosa puede hacerlo, debemos admitir que es ciencia. El único efecto benéfico que podéis producir sobre el cuerpo o el cerebro es resultado de la mente y no de la materia, por medio de la Verdad del ser que destruye el error. Bajo ciertas circunstancias es correcto conversar con el paciente audiblemente explicándole la ciencia de su tratamiento; pero bajo otras circunstancias esto puede antagonizar al paciente y a su secta con vosotros, y ello retrasa su sanar. Si una enfermera, o los amigos del enfermo piensan del sanar metafísico a la ligera, o pierden la esperanza en la recuperación del paciente, deberíais informarles de su base y sus resultados tanto como puedan comprender, y se les debería pedir, por el bien del enfermo, que excluyan al paciente de sus pensamientos tanto como sea posible, para que la influencia que su mente tiene sobre el enfermo se evite. (428) Tenéis mejor oportunidad de ser escuchados mentalmente cuando sois el único que habla, igual que físicamente admitimos que uno no puede ser escuchado cuando otros están hablando a un mayor volumen que él, o cuando están hablando de otros temas; y esto es por lo cual el médico requiere estar a solas con el paciente cuando lo está sanando mentalmente. Un practicante científico jamás conversa de otros temas cuando está tratando al enfermo; no podéis obtener el sentido espiritual de vuestro paciente si os estáis dirigiendo a sus sentidos personales mientras lo manipuláis; además necesitáis conocer la mente de vuestro paciente, y para hacer esto debéis estar silenciosos y quietos; la manipulación o la conversación sobre otros temas, perjudican. La espiritualidad que abstrae toda atención del cuerpo nunca manipula y es la única posición definitiva del sanar científico. El demostrador de la ciencia del sanar hoy en día es un Atlas con el mundo sobre sus hombros, y la única razón por la cual sana un caso o la mayoría, no es porque haya una ley material o una sola opinión o prejuicio a su favor, sino porque es la Verdad del ser que se demuestra por sus frutos. Al entender la ciencia de la música tenemos una confianza firme en nuestra habilidad para practicarla; lo mismo sucede con la ciencia de

la Vida, la única diferencia es que esta última demuestra a Dios controlando al hombre, mientras que la primera es Dios controlando la música; sin embargo, el segundo caso confronta mayor oposición porque tiende a destruir todo error, y no es entendida en el presente.

El científico ve más claramente la causa de la enfermedad en la mente de lo que el anatomista puede verla en el cuerpo; éste último examina al cuerpo para entender cómo se suicida la materia, mientras que el primero lee la mente para descubrir qué creencias están destruyendo al cuerpo. (429) El científico es una ley para sí mismo, no haría ningún mal a sabiendas, pero si no ha alcanzado este punto de vista no podrá producir las más maravillosas demostraciones en el sanar. Aquel que justifique a quién ha obrado mal y no exponga su iniquidad, es cómplice de su pecado, y tendrá su recompensa. Siempre que hemos descubierto algún estudiante deshonesto que pretende ser científico, le hemos explicado primero su error, y posteriormente lo hemos censurado; y si ni la explicación ni la censura son atendidas y no se reforma, se convierte en nuestro enemigo. El mayor obstáculo que esta ciencia puede encontrar surgirá de aquellos estudiantes que resbalen, de aquellos que pretendiendo practicarla no se adhieran a sus preceptos morales, de aquellos que todavía no se hayan percatado de que hasta que la fuente sea más pura, sus aguas estarán turbias; la mente debe ser correcta o su acción sobre otros individuos será discordante.

Una condición mental o un error de creencia desconocido para ambos, el paciente y el médico, no se removerán fácilmente, y para lograr una percepción científica de ello, o aprehender la condición mental del enfermo, deberéis sujetar las riendas de vuestro propio cuerpo. Nuestro Maestro conocía los pensamientos de otros únicamente por su bondad y espiritualidad; por lo tanto, la lectura de la mente en él estaba muy lejos de la clarividencia. Ser capaces de discernir la causa de la enfermedad a la manera científica de nuestro Maestro, depende de vuestra espiritualidad, de la obediencia a vuestra naturaleza más elevada, después de haber adquirido las reglas de la ciencia que os guían correctamente. Si os estáis volviendo de mente espiritual, discerniréis las cosas que son del Espíritu; en la proporción en que no seáis de mente carnal, y en la medida que renunciéis al error, vuestro discernimiento espiritual aumentará. (430)

El sanar mental puede hacerse en ambas formas, correcta y equivocada; el método equivocado es capaz de hacer el mal, y es mesmerismo, del cual son capaces las naturalezas más bajas. El método científico carece de poder para hacer el mal; es el Alma y no el sentido personal o la manipulación lo que destruye la creencia y el temor y sana al enfermo; en ello la lectura de la mente no sólo se descubre como siendo importante para vuestro éxito, sino que caracteriza especialmente la demostración. Una vez que entendéis que la enfermedad no tiene identidad, percibiréis que la enfermedad no es más que una creencia. Deberíais instruir a los enfermos que el Alma es Sustancia, y el cuerpo es su idea; que la enfermedad no está en la idea del Alma o la inmortalidad; ni tampoco puede existir en su sombra, el cuerpo del Alma, por lo tanto, no tiene existencia.

La cooperación mental de los enfermos promoverá su recuperación. Sacar a la mente de su error central, esto es, que la Inteligencia y la Vida están en el cuerpo, y que la materia es el amo del hombre, es el gran punto en el sanar metafísico. Cada inválido tiene un

temor especial en el cual la enfermedad y los síntomas que se aproximan son más alarmantes que otros; no porque la enfermedad sea más peligrosa, sino más temida; removed el temor, y el peligro habrá pasado, pues la mente vencerá la enfermedad. Los fenómenos físicos son un epítome de lo mental, en el cual un objeto temido nos perturba hasta que ha sido removido de nuestra observación. La enfermedad es una imagen de la mente que debe ser arrojada fuera del campo de visión mental o el temor que ocasiona aumentará, y esto incrementará los síntomas mórbidos e inflamatorios. Una creencia es una semilla dentro de sí misma que propaga todo lo físico a causa de la discordia mental. Sabemos que esto es difícil de aceptar antes de ser entendido, entonces la prueba es amplia; la demostración es lo único que puede convencernos de este hecho, y hasta que esta prueba no sea hecha, no estaréis a salvo. (431) Debería evitarse diligentemente conversar, leer, o pensar acerca de la enfermedad. Si los doctores supieran la mitad del daño que hacen las obras médicas, abandonarían toda lectura sobre enfermedad, y nunca más hablarían de ella a sus pacientes. Pensar enfermedad y señalar sus características propician su aparición sobre el cuerpo; rumiar o conversar acerca de ella debería ser tan repugnante como los pensamientos y palabras obscenas.

La mente engendra toda enfermedad, en cuyo caso vuestra única esperanza consiste en pensar y escuchar menos acerca de ella, o en entender la ciencia que la previene absolutamente. Cuando empleáis un remedio material debéis tener más fe en él que en la enfermedad, y debéis creer que estáis siendo curado con mayor tenacidad de la que creéis que estáis empeorando, y el saldo de vuestra fe en la recuperación o el remedio puede restauraros; esta condición de la mente, al neutralizar los efectos de vuestro temor, alivia al cuerpo. Todo esto es una operación mental, y la materia no tiene intervención en ello.

El cuerpo mortal no es sino un fenómeno de creencia mortal. Vigilad pues más la mente y menos el cuerpo. En caso de enfermedad, o pecado, para destruirlo o remediarlo, deberíamos empezar con la mente en vez de la materia; “sacad primero la viga de vuestro propio ojo, y entonces veréis bien para sacar la paja que está en el ojo de vuestro hermano.” A menos que eliminemos nuestra propia ceguera, seremos como ciegos guiando ciegos, y ambos caeremos en el hoyo.

El estudio de la materia médica, la fisiología, etc., debería dar lugar a la investigación metafísica, por medio de la cual obtenemos una penetración en el poder que la mente tiene sobre la materia. (432) El poder mental cuando es gobernado por la ciencia en vez del sentido personal, por la Verdad, en vez del error, hace al hombre eterno y destruye la enfermedad, el pecado y la muerte; mientras que los métodos materiales para alcanzar la armonía última del hombre han fracasado en lograr esto. Si la atención que se le da a la medicina, las leyes de la salud, y a la salvación de las almas, se le diera a la elevación moral del hombre, o a su entendimiento metafísico, ello anunciaría el milenio. Jesús entendió esto, pero los rabinos no, de ahí su desprecio al glorioso Nazareno y a sus demostraciones que superaban las de ellos. El Alma se hace cargo del cuerpo en la ciencia, donde Dios es un auxilio siempre presente en tiempos difíciles. Mantener al cuerpo, o al “exterior del plato limpio” sólo puede hacerse mediante mantener a la mente en lo correcto. Los baños y las refriegas para eliminar las exhalaciones malsanas de la epidermis deberían recibir un indicativo útil del cristianismo y otro del emigrante irlandés, que goza de buena salud, aunque esté sucio; mostrando que lo físico debe

corresponder a lo mental. Cuando la suciedad no produce intranquilidad, el cuerpo y la mente son igualmente burdos y el resultado no es tan irritante. La suciedad que no daña al de mente sucia, no podría ser resistida con impunidad por aquel que es refinado o puro; pero lo que necesitamos es el cuerpo limpio y la mente limpia, y que el cuerpo se vuelva puro por la mente y no por la materia, pues ésta última no puede limpiarlo permanentemente. Alguien dijo: “yo cuido bien a mi cuerpo,” y repite su decálogo con todo el celo de un devoto; pero el científico sabe que aquel que ha cuidado mejor de su cuerpo es aquel que lo deja fuera de la mayor parte de sus pensamientos; de aquí el mandamiento es estar ausentes del cuerpo y presentes con Dios. (433)

John Quincy Adams y cientos de otros fueron ejemplos de salud y fisiología; lo mismo el tabaquista que ha ingerido veneno por medio siglo, os asegura que esto preserva su salud; pero ¿estas afirmaciones hacen que así sean las cosas, o establecen el hecho de que el tabaco es algo bueno, o impiden la conclusión de que hubiera estado mejor sin el tabaco? Tales ejemplos sólo prueban el poder de la creencia sobre el cuerpo, y refuerzan nuestras conclusiones en la ciencia, “como un hombre piensa, así es él.” La mente determina el efecto de los medicamentos, los tratamientos, la fisiología, etc., sobre el cuerpo; pues el hombre es gobernado por la mente en vez de la materia. La única condición de salud y felicidad es la ignorancia de las así llamadas leyes de la materia, y el entendimiento de Dios; por lo tanto, una mayor confianza en el Alma que gobierna al sentido al elevarse por encima del egoísmo o de consideraciones meramente personales en las cuales el placer o el dolor del cuerpo es ampliamente tomado en cuenta, a la atmósfera del Espíritu en vez de la materia.

Un hombre de opiniones muy fijas, educado en la antigua escuela de salud, tiene poco espacio para razonamientos más amplios; la ciencia metafísica siendo intangible al tacto o al gusto, es echada por la borda. Sus tesoros están con las sectas, el orgullo, la persona, o la popularidad; sus tesoros están en vasijas de barro que tienen poco espacio para Dios. El hombre pretencioso se escandaliza ante nuestra falta de aprecio a sus exquisitos manjares; su intelecto diminuto se alarma ante nuestra apelación exclusiva a la mente, ¡el hombre del sentido se entristece ante la perspectiva del Alma como lo único! Es por eso que cuando el mundo es invitado a asistir al banquete o a la Verdad del ser, uno tiene que atender su granja, el otro su mercancía, y el otro a su esposa, por lo tanto, no pueden asistir; pero llegará el momento en que la Verdad nos obligue a venir a ella en la forma que menos lo esperamos. Cuando la enfermedad alcanza al hombre, éste está débil con todas sus fortalezas imaginarias de la materia al no tener nada en que apoyarse salvo la ley material, esa que admite que ha transgredido, ¿dónde puede entonces buscar la inmortalidad? ¿Escapará hacia la persona o el Principio, a la materia o al Espíritu, al cuerpo o al Alma? (434)

Si la materia es la identidad del hombre, la existencia no es más que una continuación del sentido personal que prueba ser, en sí mismo, la fuente del dolor. Alegar a favor del sentido personal y en contra del control de la mente sobre el cuerpo es como si el acusado argumentara a favor del demandante, y a favor de una ley que lo sentencia a sufrir. La enfermedad, el pecado y la muerte tienen la pretensión de destruir al hombre; entonces porqué nosotros debíamos sustentar éstos por medio de una suposición acerca de su poder y control inherentes sobre el hombre, sujetándolo a leyes que lo destruyen. Hasta que la ciencia sea popular, los débiles o los vanidosos nunca abogarán

a su favor, sin importar cuánto pudieran beneficiarse de ella. Aquellos de molde muy diferente han sido comisionados para horas de menosprecio y lucha. La prueba final de que todo es Espíritu se apresura. No pasará mucho tiempo antes de que la Vida sea demostrada conforme a nuestra declaración, esto es, Espíritu y no materia; entonces nos maravillaremos ante la tenacidad de las opiniones opuestas, hasta que, con la ley, los profetas y la ciencia hayamos aprendido la Verdad acerca de las cosas que sufrimos. No porque la ciencia esté a la vanguardia de la era deberíamos decir: “adhirámonos hoy al sentido personal, pues nuestra vida presente depende de la materia.” Si este es el caso, el hombre es mortal; pero éste no es el caso, y no podemos avanzar en la ciencia hasta que abandonemos esta creencia. El error no es una necesidad del presente o del futuro, y hoy es el momento aceptable de la Verdad; el presente y el futuro también demandan la ciencia del ser. Dejar completamente de comer y de beber hasta que vuestra creencia cambie respecto a estas cosas, sería un error; deshacedos de vuestras creencias tan rápidamente como os sea posible, y aceptad el Principio, pues éste es la plataforma de la salud, la alegría y la inmortalidad. (435) El único método apropiado para alcanzar esta prueba, es por grados, y sólo en la medida que podamos hacerlo con una mayor salud, armonía y felicidad. No debemos pretender, porque no podríamos, transformar al infante en hombre en un instante, ni tampoco podríamos mantenerlo para siempre como un niño de pecho. El hombre no necesita pasar sus días en la ignorancia de la ciencia de la Vida, esperando que la muerte lo vuelva armonioso e inmortal, pues no lo hará; progresamos en la Vida a través del entendimiento, por lo tanto, no podemos pasar inmediatamente de la muerte a la Vida, o de la materia al Espíritu. Sólo conforme entendemos el Principio del ser, y logramos la perfección, somos Espíritu, y eternos.

La muerte no puede hacer avanzar al hombre más que un solo paso hacia una existencia más elevada, ya que no cambia su creencia excepto en una cosa, es decir, que murió, y de la enfermedad que creía que lo estaba matando. El hombre mortal es el mismo antes y después del cambio llamado muerte; su cuerpo es la misma creencia de hombre, el mismo supuesto sentido personal, de Sustancia en la materia, y Vida en el cuerpo, igual que antes de la muerte; y mientras este error permanezca, la mente siendo la misma y el cuerpo permanece mortal. Nunca somos Espíritu hasta que somos Dios; no hay “espíritus” individuales. Hasta que encontremos que la Vida es Alma, y no sentido, no estaremos libres de pecado, armoniosos o inmortales. Nos volvemos Espíritu sólo conforme alcanzamos el ser en Dios; no a través de la muerte o de algún cambio de la materia, sino de la mente, así alcanzamos al Espíritu, dejamos atrás el pecado y la muerte, y obtenemos la inmortalidad del hombre; de aquí la necesidad de comenzar la lección de la Vida hoy. No obtenemos experiencias más elevadas de la muerte excepto para aprender que no morimos, y esto lo obtenemos de la Vida solamente y no de la muerte. (436) La ciencia del ser revela que la Sustancia, la Inteligencia y la Vida no son materia, sino Espíritu. Aquí también aprendemos la enorme disparidad que hay entre la creencia de Vida en la materia y la realidad del ser. La ciencia hace la demostración de la perfección de la Vida; y esto habremos de mostrarlo todos antes de que haya alguna base para decir que entendemos la Vida o que somos Espíritu. En lugar de que esta ciencia requiera demasiado del hombre, en el presente no percibimos ni la mitad de las justas demandas que tiene sobre nosotros, o de otro modo ya las hubiésemos instado a nuestra aceptación. Las Escrituras nos informan que el hombre “no sólo vivirá del pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios”. La Verdad es la Vida del hombre, pero la época reniega de hacer de esto algo práctico, lo cual es generalmente el caso con

todos los requerimientos altos. Pedimos, en consistencia con las demandas de Dios, y de hoy, que se dé menos pensamiento a lo que habremos de comer, beber, o vestir, que vivamos de manera más simple y primitiva, pues esto elevará la longevidad y la moralidad. Si aceptamos que el alimento puede perturbar las funciones armoniosas de la mente y del cuerpo, se encontrará que ya sea el alimento o la creencia habrán de desaparecer antes de que el hombre sea armonioso. La creencia de que la materia gobierna la Vida del hombre debe ser confrontada y dominada sobre la misma base antes de que se entienda que el hombre es inmortal. La enfermedad es una esclavitud abyecta; un inválido obsesionado por la creencia del sufrimiento físico que lo derrota en todos los puntos y en todas las ocasiones, es el objeto más lastimoso sobre la tierra. Las leyes de la salud constituyen un gobierno de la materia sobre el hombre que es completamente artificial, y que asignan castigos a nuestras mejores obras.

Deberíamos aprender de la historia y la experiencia que entre menos creamos en estas así llamadas leyes, menos sufriremos por transgredirlas, y obedeceremos mejor la ley espiritual de Dios. (437) La gente que ignoraba todo acerca de fisiología, higiene, o materia médica, antes de que los misioneros les proporcionaran este “árbol del conocimiento,” no sufría como nosotros de las así llamadas leyes que decimos deben ser obedecidas o nos matan, y gozaban de mejor salud que aquellos que las obedecen. ¿Qué diremos pues de una ley que es “más honrada en la infracción que en la obediencia?” La esclavitud debe ceder ante el derecho innato, y debe ser destruida en la mente; desaparecerá de las formas de gobierno; la ignorancia de nuestros derechos inalienables nos vuelve esclavos. Si reconociéramos a todo el ser, Dios, percibiríamos nuestro dominio sobre la enfermedad, el pecado y la muerte; pues la Sabiduría impondrá su mano para destruir gobiernos opresivos e injustos, y éstos caerán para siempre ante el poder del entendimiento. La consigna de la libertad del cautiverio de la enfermedad y el pecado no ha sido enarbolada; carece de inspiración para la humanidad.

Esto se debe a la creencia fatal de que el error es tan real como la Verdad; que el mal tiene poder y reivindicaciones semejantes a las del bien, y que la discordia es tan normal y real como la armonía; semejantes admisiones funcionan mal. Que la materia es sustancia sólida, y que la esencia Espíritu está dentro de la materia; que el Espíritu es Vida, pero que mora en la corrupción y la muerte; que el Espíritu es Dios, pero que no puede hacer al hombre sin la participación de la materia y que el hombre no es hombre hasta que sea materia; son admisiones falsas y declaraciones contradictorias que parecen ser demasiado absurdas para permitírseles tener un lugar en la razón. Si el hombre es materia, entonces no es mente, y el polvo es tan inteligente como la Deidad. Si la Inteligencia o el Espíritu están en la materia, lo infinito está dentro de lo finito, y el Espíritu es menor que la materia, pues no podemos colocar lo mayor dentro de lo menor. Si el hombre no ha existido por siempre y no es anterior a la estructura material, tampoco existe después de que su cuerpo se ha desintegrado. (438) Si vivimos después de la muerte, entonces vivíamos antes del nacimiento. La Vida no tiene principio y por tanto no tiene fin; todo aquello que es material debe desaparecer antes de que se encuentre al hombre inmortal. Qué extraño entonces concluir que el hombre no tuviese un ser individual antes de haberse individualizado por medio de la materia, lo cual sería un comienzo imposible de la Inteligencia.

El cuerpo nunca, ni por un momento, afectó la Vida del hombre; alimentarse nunca lo ha hecho vivir, ni abstenerse del alimento ha causado que muera. ¿Creéis esto? ¡No! ¿Lo entendéis? ¡No! Y esto es la única razón por la cual dudáis; sin embargo, el dispéptico cadavérico al aprender esto, tiene una cara dulce sin un estómago agrio, y está más cerca del reino del cielo que vosotros. Mentalmente nos sentimos atraídos o repelidos sin saber cuáles son los pensamientos que lo provocan. Lloramos porque otros lloran, reímos porque otros ríen, y sobre esta base contraemos viruela, pues la enfermedad no es hereditaria o contagiosa excepto a través de la mente. Entre más espirituales somos, más conscientes nos volvemos de un error de creencia. Cuando estamos rodeados de mentes que están repletas de pensamientos de enfermedad, que constantemente contemplan sus cuerpos, y que siempre tienen a la mano alguna queja, lo espiritual sufre de sobremanera en esta atmósfera mental; esos agentes involuntarios de dolor para sí mismos y para otros, deberían ser reformados. Cuando se entienda el contagio mental, esta gente será tan evitada como la viruela. Cesar la fabricación de enfermedad y proporcionarnos una mejor atmósfera mental es algo digno de la era presente de progreso. Más valdría que arriesgásemos nuestra salud inhalando el miasma de un pantano arrocero, que ser obligados a escuchar constantemente quejas de enfermedad, o que por simpatía o compañía se nos mantenga en la atmósfera mental del enfermo. Algunas naturalezas pueden tolerar esto, pero la nuestra tiene dificultades. (439)

Nosotros admitimos que el hombre es inmortal, - sin embargo, nuestra única evidencia de esto la obtenemos de su armonía; la discordia, la enfermedad o la muerte jamás engendraron esta conclusión. La inmortalidad jamás le fue demostrada al sentido personal; pero ningún hombre que haya aprehendido en lo más mínimo el Alma y la ciencia, duda de su existencia eterna. Los efectos físicos proceden de causas mentales; la creencia de que podemos mover nuestra mano la mueve, y la creencia de que no podemos hacerlo lo vuelve imposible mientras persista este estado de mente. La parálisis es una creencia que ataca la mente y mantiene inactivo a un miembro independientemente del consentimiento de la mente, pero el hecho de que un miembro se mueva sólo con la mente, prueba el opuesto, es decir, que es la mente la que también lo vuelve inmóvil. Las obras médicas llenan la mente con imágenes de enfermedad que son susceptibles de ser re-producidas sobre el cuerpo tarde o temprano. Primero debe existir el consentimiento de la mente de que la parálisis es posible, luego la circunstancia que se dice que la produce, y el resultado que le sigue a esto es que la habéis desarrollado.

La osificación o cualquier formación anormal de huesos, es producida por la mente solamente, pues un hueso jamás creció independientemente de la mente, y la causa que produjo la osificación puede removerla también. Lo que el médico y otros determinen como fatal en un caso, y sobre todo lo que el paciente crea en relación a esto, es el único obstáculo en el camino de la recuperación. Una condición de la materia debe haber sido previamente una condición de la mente; por lo tanto, para destruir la condición debemos empezar con la mente, y cuando se haya removido la causa, sus efectos desaparecerán. Supongamos que tenemos dos casos paralelos de enfermedad ósea, que ambos se produjeron de manera similar y que presentaron los mismos síntomas; para uno de los casos empleamos un cirujano, y para el otro, un científico. (440) El cirujano, creyendo que la materia forma sus propias condiciones, alberga dudas o temores respecto a este

caso, y su estado de mente se transmite al paciente, sea o no verbalmente. Mientras que suponemos en vano que el enfermo siente sólo los efectos de los pensamientos expresados, ellos sienten con mayor certeza el temor no expresado, la duda, o la ansiedad, según su intensidad. El científico, entendiendo cómo la mente es la única que forma cualquier condición de la materia, le da aliento y fortaleza al paciente mientras le imparte su entendimiento de la Verdad del ser que destruye el error y restaura el miembro sin dejar secuelas de rigidez, desplazamiento, o formaciones no naturales; mientras que el caso semejante del cirujano terminará, si no fatalmente, sí en alguna condición poco natural de la articulación. Al entender que la causa de la enfermedad es puramente mental, un científico jamás, ni por un momento, aceptará las opiniones generales respecto a ella, ni tomará en cuenta los síntomas físicos, excepto como condiciones mentales o creencias que deben ser destruidas por medio de la mente.

El sentido personal y la ciencia se antagonizan desde luego en esta declaración, pues son opuestos y no tienen afinidad, y esta disputa subirá de tono hasta que termine y el sentido ceda a la ciencia. El orgullo, la ignorancia, el prejuicio, o la pasión cerrarán la puerta de la ciencia hasta que siglos venideros la abran de par en par al hombre, y éste recupere la armonía del ser. Si la Vida, y la Inteligencia dependen de la organización, el hombre es material; detened las funciones del cuerpo, o dejad que sea espiritual, y el hombre está aniquilado; y debe haber una nueva creación del hombre. Si la Vida escapa de la materia, no es Espíritu, y debe regresar nuevamente a la materia, en cuyo caso no hay existencia espiritual. Si la existencia material es real, la espiritual es irreal y *viceversa*; si la Vida es materia, o está en la materia, no puede continuar fuera de la materia; y la descomposición material debe reducir al hombre material al polvo. (441) Aun al gusano que fue engendrado por la muerte y que surgió de la corrupción, lo llamamos Vida en la materia, haciendo de la Vida un producto de la muerte y de la muerte un producto de la Vida. Cuándo despertará la era a la razón del ser como lo ha hecho en otros temas.

Deberíamos oponernos a que la historia natural brinque así la barrera de las especies. No hay Vida ni vegetal, ni animal ni orgánica, si la Vida es Espíritu, y el testimonio de las Escrituras y la demostración de la Vida prueban que lo es. Al acudir al lecho de la muerte – la Verdad del ser es vuestro único recurso para restaurar la salud y al así llamado moribundo; es únicamente sobre su base que podréis reconocer la inmortalidad, y combatir al sentido personal o al aparente hecho de la muerte con el Alma; el hombre no se está muriendo si la Inteligencia es Vida; el ser del hombre es mucho más poderoso que la muerte, pues la Verdad es más poderosa que el error. Es vuestro privilegio probar que “Aquel que cree en mí,” esto es, entiende la Verdad del ser, “no verá la muerte jamás.” Entender la Vida destruye la muerte. Hemos demostrado el efecto de esta declaración de la ciencia sobre los enfermos lo suficientemente para establecer su valor práctico. Aunque admitimos que el hombre es inmortal, aprehendemos la Vida solamente como algo material, o como escapado del cuerpo; esto no es correcto; la creencia personal, el error, es responsable de esta declaración equivocada acerca de Dios. La muerte no es más que otra faceta o creencia del sueño de la vida en la materia; y aunque no haya realidad en ninguna de ellas, ambas continuarán hasta que la ciencia aquí declarada sea entendida. Los funerales de los muertos son una parte lastimosa de este sueño cuando recordamos que la Vida no tiene ni principio, ni fin. (442) Los así llamados muertos, aunque liberados de su creencia de que la Vida terminó, o incluso de

que los cambió, están separados de nuestras propias opiniones y del reconocimiento de ellas; y ellos ya no pueden tener conocimiento del cuerpo del cual disponemos como nosotros no lo podemos tener de su existencia actual; estos dos sueños de Vida se han separado para jamás unirse otra vez sino hasta que pasemos a su fase de creencia, o que finalmente alcancemos el entendimiento de la Vida y renunciemos al error del sentido personal, o del hombre material, por la Vida que es Dios.

La ciencia revela la inmortalidad bajo una luz tal que excluye la posibilidad de Vida en la mortalidad. Las lecciones de la tierra deberían elevar los afectos y el entendimiento a la base espiritual por medio de la cual descartamos el error para obtener la Verdad, pues “el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.” Ninguna corriente eléctrica ha pasado jamás del Espíritu a la materia; el Espíritu produce la idea de Vida, y esta idea no tiene parte con la materia o la decadencia; hacia este entendimiento final es al que todos nos apresuramos.

Vamos a suponer un caso en los anales judiciales de la mente en el cual a un hombre se le acusa de tener una dolencia del hígado. El paciente se siente mal, rumia, y el juicio da inicio. El Sentido Personal es el demandante; el Hombre es el acusado; la Creencia es el fiscal que aboga por el Sentido Personal; las Mentes Mortales son el jurado, y la Materia Médica, la Anatomía, la Fisiología, el Mesmerismo, y el Espiritismo son los jueces. La evidencia a favor del demandante habiendo sido convocada, testifica:

“Yo soy las Leyes de la Salud, y estuve presente durante las noches que el procesado (el paciente) velaba a un enfermo, y aunque tengo la superintendencia de los asuntos humanos, fui personalmente ultrajado en esas ocasiones. Se me informó que debía guardar silencio hasta que se me citase a este juicio, en el que se me permitiría testificar en el caso. (443) A pesar de mis disposiciones contrarias, el prisionero cuidó del enfermo todas las noches de la semana; “cuando tenía sed, le dio de beber, y cuando estaba enfermo y en prisión, le visitó;” durante todo ese tiempo, desempeñaba sus quehaceres diarios, tomaba sus alimentos a intervalos irregulares, algunas veces yéndose a dormir inmediatamente después de una comida abundante, etc., etc., hasta que fue culpable de una dolencia hepática, lo cual consideré como un crimen puesto que esa trasgresión se estima susceptible de ser castigada con la pena de muerte; con tal motivo prendí al hombre a nombre del Estado (cuerpo) y lo arrojé en prisión. Al momento del arresto llamé a Fisiología, a Materia Médica, a Mesmerismo, y a un individuo enmascarado llamado Espiritismo, para evitar su castigo o encarcelamiento. La lucha por parte de éstos fue larga, se emplearon misivas de la materia vigorosa pero inútilmente; Materia Médica fue la que resistió más tiempo, aunque el acusado pagó por ello; pero al final todos ellos depusieron sus armas ante mí (Leyes de la Salud) y logré que el hombre fuese confinado en prisión.” El siguiente testigo, habiendo sido llamado, declaró:

“Yo soy Lengua Saburrosa. Estoy cubierta de una capa sucia que me fue puesta la noche que surgió la dolencia hepática. Secreción Mórvida, Apetito Irregular, Estreñimiento, Malestar Estomacal, y Debilidad son testigos de eso. Secreción Mórvida hipnotizó al prisionero, se apoderó del control de su mente produciendo somnolencia, etc., desalentándolo para precipitarlo más rápidamente a su destino.” Comparece otro testigo y declara:

“Soy Piel Cetrina. He estado seca, caliente y con escalofríos alternadamente desde la noche en que surgió la dolencia hepática. He perdido mi color saludable y mi aspecto se ha vuelto desagradable, aun cuando no he hecho nada que haya ocasionado esto; tomo mis baños diarios y llevo a cabo mis funciones en forma usual, pero he sido despojada de mi buen aspecto.” El siguiente testigo declara:

“Soy Nervio, el general en jefe del hombre mortal. (444) Conozco íntimamente al demandante, Sentido Personal, y sé que es verídico y recto, mientras que Hombre (el prisionero acusado en juicio) es capaz de caer en la falsedad. Yo fui testigo del crimen de la dolencia hepática; sé que el prisionero es capaz de haberlo cometido pues transmito mensajes desde mi residencia en la materia, alias el cerebro, al cuerpo, y estoy en términos íntimos con Error, un conocido personal del prisionero, pero que es un enemigo de Hombre.” El nombre de esta tercera persona fue invocado por el tribunal, y la réplica fue: “Soy Mortalidad, gobernador del estado (cuerpo) en el cual se supone que reside el Hombre.” En este estado hay un estatuto acerca de la enfermedad, a saber, que el Hombre en cuya persona se encuentre una enfermedad, será considerado como un criminal y castigado con la muerte.

El juez interviene y pregunta: ¿El Hombre se enfermó, quebrantó las leyes y mereció un castigo por hacer el bien a su prójimo? “Así lo hizo.” Luego se leyó la declaración de los intestinos pues estos estaban demasiado débiles para presentarse. Otro testigo declaró: “Soy Ulceración; Leyes de la Salud me mandó llamar poco después de la noche en que surgió la dolencia hepática. Leyes de la Salud argumentó que el prisionero lo había ultrajado y que mi presencia era requerida para validar su testimonio. Uno de los jueces (Materia Médica) estaba presente cuando llegué, y se esforzó por ayudar al paciente a escapar de las manos de lo que llamó justicia, alias la ley de la naturaleza; pero mi súbita aparición con un mensaje de Leyes de la Salud cambió su propósito, y en ese momento decidió que el prisionero (el paciente) debía morir.” (445)

Cerrándose así el testimonio del demandante (Sentido Personal), Materia Médica se levantó y con gran solemnidad se dirigió al jurado (Mentes Mortales), analizando la trasgresión, revisando el testimonio y explicando la ley acerca de la dolencia hepática, concluyendo que las leyes de la naturaleza determinan que la enfermedad es homicida. En cumplimiento de su severo deber, Materia Médica insta al jurado a no permitir que su decisión sea desviada por las sugerencias mezquinas del Alma y a considerar en semejantes casos sólo la evidencia mortal del Sentido Personal contra Hombre. Mientras el juez proseguía, el prisionero (el paciente) se inquietaba, su rostro cetrino palidecía de espanto, y una mirada de desesperación y muerte apareció sobre él. A ello le siguió una breve deliberación y el jurado, Mentes Mortales, regresó con su fallo declarando al prisionero culpable de dolencia hepática en primer grado. Materia Médica prosiguió entonces a pronunciar la solemne sentencia de muerte sobre el prisionero, el cual por haber amado a su prójimo como a sí mismo, fue encontrado culpable de benevolencia en primer grado, lo cual lo llevó a perpetrar el segundo crimen, dolencia hepática, que las leyes materiales consideran homicidio. Por estos crímenes sentenciamos a este hombre a ser torturado hasta la muerte, y esperamos que tenga Dios misericordia de su alma.

El prisionero (el paciente) fue entonces devuelto a su celda (su lecho de enfermo) y no teniendo ningún amigo al cual llamar, se mandó llamar a Teología para preparar el Alma inmortal para ¡la muerte! ¡Ah! Pero Cristo, la Verdad, estaba ahí; el amigo del hombre, para abrir de par en par las puertas de esa prisión y poner en libertad al oprimido. Veloz, sobre las alas del Amor, un mensaje llegó: “¡Suspended la ejecución! El prisionero no es culpable.” La consternación llenó al tribunal y algunos exclamaron: esto es contrario a la ley y al orden; otros dijeron “El Cristo camina sobre *nuestras* leyes; sigamos al Cristo.” (446)

Después de mucha oposición y discusión, se obtuvo permiso para llevar a cabo un juicio ante el tribunal del Espíritu, en el cual la Ciencia aparecería como abogado defensor del pobre prisionero. Se citó a los testigos, jueces y jurados del Tribunal Mental de Errores del Fuero Común para que aparecieran ante el tribunal de la Verdad. Cuando se inicia el caso del hombre *versus* la materia, el abogado defensor miraba al prisionero con la mayor ternura, pero esa mirada solemne y serena, se ilumina con la esperanza y el triunfo, y se dirige hacia lo alto, después se vuelve repentinamente hacia el Tribunal Mental para las causas del Fuero Común, y Ciencia abre el alegato de la defensa diciendo: “El prisionero ante el tribunal ha sido injustamente sentenciado; su juicio fue una mofa y una tragedia, y es moralmente ilegal; Hombre no ha tenido abogado defensor en el caso; todo el testimonio fue ofrecido por parte del lado de la materia, y hemos de descubrir esta conspiración infame contra la libertad y la Vida del Hombre. El único testimonio válido en el caso prueba que el supuesto crimen jamás se cometió, y que el prisionero no merece ni la muerte ni la prisión. Vuestra Señoría: Materia Médica ha sentenciado al Hombre, la imagen de Dios, a morir, y negándole justicia al cuerpo, ha recomendado misericordia para el Espíritu que es ¡Sabiduría infinita, y el único legislador del Hombre! Os pido me informen ¿quién o qué ha pecado? ¿Es el cuerpo quién ha cometido la acción criminal? Vuestro abogado, Creencia, alega que aquello que jamás ha pecado debe morir, mientras que, a la mente, la única capaz de pecar y de sufrir es reconfortada y encomendada a la misericordia celestial. El cuerpo no ha cometido delito alguno, y el hombre, obedeciendo con justicia a la ley más elevada, socorrió a su prójimo, lo cual debió haber redundado en beneficio de sí mismo. La ley de nuestra Suprema Corte determina que aquel que pecare, morirá, pero las buenas obras immortalizan al hombre trayendo alegría en vez de aflicción, placer en lugar de dolor, y vida en vez de muerte. (447) Si se cometió el delito de dolencia hepática por pisotear las Leyes de la Salud, esto constituye una obra buena, pues estas Leyes usurpan la libertad y los derechos del hombre, y deberían consignarse al olvido. Velar junto al lecho del dolor en el ejercicio del Amor que “es el cumplimiento de la ley” de hacer con los demás lo que quisierais que ellos hicieren con vosotros, no es una trasgresión de la ley, por cuanto ninguna demanda, ya sea humana o divina, justifica castigar a un hombre por su actuar correcto. Si el hombre peca, nuestro Juez Supremo de la equidad decide qué castigo corresponde al pecado; pero el hombre puede sufrir solamente por el pecado y por ninguna otra cosa puede ser castigado según las leyes de Dios. ¿Qué jurisdicción tenían entonces en este caso Sus Señorías Materia Médica y Fisiología? A ellos podría decirseles: “¿Tú pues te sientas para juzgar a un hombre conforme a la ley, y mandas que él sea herido, en contra de la ley?” La única jurisprudencia a la cual se puede someter al acusado es a la de la Verdad, la Vida y el Amor, y si estos no lo condenan, tampoco debéis vosotros condenarlo, sino restaurarle la libertad contra la cual habéis conspirado.

“Vuestro testigo principal (Leyes de la Salud) declaró haber sido testigo ocular de las buenas obras por las cuales sentenciáis a un hombre a muerte. Después de entregarle traidoramente en manos de vuestra ley, ese testigo desapareció en aquella ocasión para reaparecer en ésta, en el juicio contra el Hombre, poniéndose a favor de Sentido Personal, el cual es un conocido criminal. La Suprema Corte del Espíritu *versus* la materia, encuentra que el procesado, en la noche del crimen imputado, obraba de conformidad y en obediencia al estatuto divino sobre el cual ‘pende toda la ley y el testimonio, dando un vaso de agua fría en nombre de Cristo,’ etc. Al ofrecer su vida por una buena obra, él debería recobrarla; tales obras traen su propia justificación y están bajo la protección del Altísimo.(448) Con anterioridad a la noche de su detención, el prisionero mandó llamar a dos de los jueces, Materia Médica y Fisiología, para impedir que se cometiese el delito de dolencia hepática, pero ellos emplearon a su alguacil, Temor, el cual lo esposó y precipitó el acto que ahora queréis castigar, no dejándole al Hombre ninguna alternativa salvo la de creer en vuestra ley, temer sus consecuencias, y ser castigado por todo ello. Los jueces primero lucharon tenazmente para rescatar al prisionero del castigo que ellos consideraban era el justo; pero al haber fracasado en su intento, ordenaron su arresto, para que fuera procesado y condenado. A continuación, estos mismos propiciadores tomaron asiento en el tribunal para procesar al prisionero y conminaron al jurado, Mentos Mortales, a declararlo culpable. Sus Señorías sentenciaron al Hombre a muerte por el crimen que ellos le obligaron a cometer, interpretando la obediencia a la ley del Amor como una desobediencia a la ley de la Vida, pretendiendo primero salvaguardar al Hombre del castigo de la ley, y luego sentenciándolo por ello.

Uno de vuestros testigos principales, Nervio, declaró que él era un gobernante del Estado (cuerpo) en el que dijo, reside el Hombre, así mismo dijo conocer íntimamente al demandante, y que le constaba que éste, Sentido Personal, era recto y veraz, pero que hombre, la imagen de Dios, era un criminal. Esto es una vil calumnia contra el Hacedor del hombre que no es digna de un gusano. Empaña el bello escudo de armas de la Inteligencia; es malicia premeditada condenar al Hombre para favorecer a la materia. Aquí, en el Tribunal de la Verdad, en presencia de la Justicia, juez de nuestra Suprema Corte, y ante sus jurados, Sentidos Espirituales, yo proclamo que este testigo, Nervio, está desprovisto de Inteligencia, de Verdad, que no posee ninguna realidad, y que lo único que transmite son los mensajes del Error. El hombre auto-destruido, los testimonios de la materia respetados, la licencia de comparecer negada a la Inteligencia, el Alma considerada como un esclavo que se encomienda a la misericordia y cuyo cuerpo se considera sujeto a ejecución – estos son los autos terribles de vuestro Tribunal mental del Fuero Común.” (449)

En este momento el abogado de la parte contraria, Creencia, llamó a Ciencia al orden por rebeldía ante el tribunal, y Sus Señorías Materia Médica, Anatomía, Fisiología, Espiritismo, y Mesmerismo presentaron la moción de expulsar a Ciencia del tribunal por causa de alta traición, y por haber suspendido los procedimientos judiciales. Sin embargo, Justicia, juez de la Suprema Corte del Espíritu, declaró sin lugar sus mociones, por motivo de que no se permitían prácticas injustas ante la audiencia de la Verdad, cuya jurisdicción es más alta que la de la Corte del Error por serle ésta inferior.

El abogado defensor, Ciencia, leyó entonces de su propio código legal, la Biblia, varios pasajes sobre los Derechos del Hombre, advirtiendo que la Biblia era una autoridad superior a la de Blackstone: “Os he dado potestad sobre todas las cosas y nada os dañará.” “Hagamos al hombre a nuestra imagen y tenga él dominio sobre toda la tierra.” “Aquel que crea en mí, no verá jamás la muerte.” Con ello Ciencia demostró que el testigo, Nervio, era un perjurio, y que en vez de ser gobernador del estado (cuerpo), en el cual se dijo falsamente que el hombre residía, Nervio era un sujeto subordinado que presentaba falsas pretensiones al cargo, y rendía falso testimonio contra el Hombre. Luego Ciencia, volviéndose de pronto hacia Sentido Personal (que ya para entonces se había silenciado), continuó: “Pido vuestro arresto en nombre de Dios Todopoderoso, bajo tres cargos distintos, a saber: perjurio, traición, y conspiración contra los derechos y la existencia de la imagen y semejanza de Dios.”(450) Luego, Ciencia prosiguió: Otro testigo, igualmente irrelevante, dijo que la noche del crimen, Secreción Mórbida tendió sobre él una capa sucia de saburra, aun cuando los hechos demuestran que tal capa era una sustancia ajena importada por Creencia, el abogado de Sentido Personal, el cual está en contubernio con el Error e introduce las mercancías del error de contrabando en el mercado sin pasar por la inspección de los funcionarios del Alma. Siempre que el tribunal de la Verdad cita a Lengua Saburrosa para tomarle declaración, ésta desaparece, y no se ha vuelto a oír nada acerca de ella. Secreción Mórbida no es ni importadora ni intermediaria de capas, pero hemos escuchado a sus Señorías, Materia Médica y Espiritismo, explicar cómo se fabrican esas capas, y sabemos que Secreción Mórbida mantiene relaciones amigables con la casa Sentido Personal, Error y Cía. Recibiendo salario de ellos e introduciendo sus mercancías en el mercado. También se sabe que Creencia, el abogado del demandante, Sentido Personal, es un proveedor de dicha firma; que fabrica para ella, que mantiene un depósito de suministros, y que les da abundante publicidad a sus patronos. Ulceración declaró que ella se encontraba ausente del estado (cuerpo) cuando Creencia le envió un mensaje pidiéndole que se presentara para que tomara parte en el homicidio; ante tal requerimiento, Ulceración acudió al lugar de la dolencia hepática ahuyentando a Materia Médica, que en ese momento estaba maniatando al prisionero en su supuesto intento de salvarle, pero esta ignorancia, no malicia, fue de hecho fue una participación inconsciente en la trasgresión por la cual las Leyes de la Salud habían detenido al Hombre, el cual siendo completamente inocente, fue encarcelado, procesado y condenado a muerte.”

Entonces, Ciencia se volvió de los avergonzados testigos, y con palabras que eran como el acero punzante, señaló los corazones de Materia Médica, Fisiología, el villano Hipnotismo y la forma enmascarada, Espiritismo, diciendo: Dios debería castigaros, sepulcros blanqueados, tomando asiento para juzgar en justicia, pero condenado en vuestra ignorancia al prisionero que invocó vuestro auxilio en su lucha contra la dolencia hepática de la cual lo acusáis, vinisteis a rescatarle solamente para reforzar por medio del falso testimonio una ofensa sobre el prisionero de la cual él es inocente; (451) ayudando y propiciando aquello por lo cual sacrificáis a un hombre, declarando también que vuestro verdugo, la Enfermedad, es el siervo de Dios y el ejecutor de Sus leyes. Nuestros estatutos superiores determinan que vuestros testigos, jurados y jueces están condenados por la ley superior aguardando solamente a su ejecutor, el Progreso. Enviamos a nuestros mejores detectives a toda localidad donde nos reportaron que estaba vuestra Enfermedad, pero al llegar a ellas encontraron que nunca había estado ahí pues no habría podido eludir ser descubierta. Vuestra Corte Mental de los Errores en la

cual condenáis o exculpáis a un hombre sobre la base de la enfermedad es la maquinación untuosa de vuestro abogado, Creencia, que la Ciencia demanda ahora ante el tribunal supremo del Alma para que responda por la sangre derramada. Habéis enseñado a Secreción Mórbida a hacer que el sueño engañe a la razón antes de ofrecer al hombre en sacrificio a vuestros dioses; vosotros jurados, Mentas Mortales, fuisteis hipnotizadas por vuestro abogado, Creencia, y fuisteis obligadas a entregar al hombre a las fauces abiertas de las fieras. Transformáis las obras buenas en crímenes a los cuales asignáis castigos, pero ninguna desviación de la justicia hace que la desobediencia a las Leyes de la Materia sea una desobediencia a Dios o un acto de homicidio, pues la materia no puede matar aquello que ha sido hecho por el Espíritu.

Aun el derecho penal considera que bajo determinadas circunstancias el homicidio puede ser justificable, y ¿qué mayor justificación podría haber para un acto que la de hacer el bien a nuestro prójimo?; ¿por qué, entonces, en nombre de la justicia ultrajada, sentenciáis al Hombre por socorrer las necesidades de su semejante en obediencia a una ley más alta? Vosotros no podéis pisotear este tribunal supremo; el Hombre es responsable solamente ante Dios, el cual sólo pasa sentencia sobre el pecado. (452) Las creencias falsas e injustas de vuestra Corte Mental de los Errores promulgan una ley de enfermedad, y luego castigan la obediencia a esta ley como si fuera un crimen; esas son las promulgaciones espurias del “conocimiento.” En presencia del legislador supremo, compareciendo ante el tribunal de la Verdad y en concordancia con sus estatutos, repudio el falso testimonio de Sentido Personal, prohíbo que éste interponga cualquier otra demanda contra el hombre ante el tribunal de la materia, y apelo a la decisión justa y equitativa del Espíritu para que se le restituyan los derechos del cuerpo de los cuales ha sido privado.

Aquí terminó el alegato de la defensa y el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, con aire benigno e imponente, comprendiendo y definiendo toda la ley y todo testimonio, explicó, basándose en su código, la Biblia, que la ley que pretenda castigar algo que no sea el pecado no tiene fuerza legal y es nula. También explicó que, al demandante, Sentido Personal, no se le permitiría entablar ninguna otra demanda ante el tribunal del Alma, y que se le requeriría guardar silencio perpetuo, y en caso de tentación, deberá dar una fianza considerable para garantizar su buena conducta. Consideramos que el alegato de la Creencia no es digno de audiencia en ninguna ocasión; por lo cual dejaremos que aquello que expresó caiga ahora y para siempre en el olvido, sin campanas, sin sepultura y sin acompañamiento. De acuerdo a nuestro estatuto, las Leyes de la Materia no pueden rendir testimonio contra el hombre, ni Temor puede arrestarlo, ni puede Enfermedad arrojarlo en prisión; nuestra ley se niega a reconocer al hombre como sujeto a enfermedad o a muerte, sino que le mantiene como la imagen y semejanza del Alma inmortal; revocando así el testimonio de Sentido Personal, y los decretos de la Corte del error a favor de la materia *versus* el hombre, fallamos a favor del hombre y en contra de la materia; por lo tanto recomendamos que Materia Médica, Fisiología, Leyes de la Salud, Hipnotismo, y Espiritismo sean ejecutados públicamente a manos de nuestro alguacil Progreso.(453) El tribunal supremo falla a favor de la Inteligencia, y decreta que ninguna ley fuera de la mente puede castigar al hombre. Vuestros jueces personales de la Corte Mental del Fuero Común son quimeras, vuestro abogado, Creencia, es un impostor persuadiendo a las Mentas Mortales para que dicten un veredicto contrario a la ley y al evangelio, mientras

que vuestro demandante, Sentido Personal, ha quedado registrado en nuestro Libro de libros como un perjurio. Nuestro Maestro de jurisprudencia espiritual dijo que era “un mentiroso desde el principio.” Ante el Tribunal del Espíritu no hay juicios por Enfermedad y ahí el hombre es considerado inocente de transgredir las leyes físicas en vista de que no hay ningún estatuto espiritual que se relacione con ello. La ley de Cristo, la Verdad, es nuestro único código. “¿El juez de toda la tierra no ha de hacer justicia?”.

El alegato de la Ciencia se cerró y el jurado de la Mente inmortal acordó inmediatamente un veredicto, y el grito resonó a través de la vasta cámara de audiencia del Alma, “INOCENTE”; entonces el prisionero (el paciente) se incorporó vigoroso, libre, y glorioso. Observamos mientras estrechaba la mano de su abogado, la Ciencia de la Vida, que toda su palidez y debilidad habían desaparecido, que su porte era recto e imponente, y que su rostro resplandecía de salud y felicidad; el dominio había tomado el lugar del temor, y el hombre que ya no estaba enfermo ni preso, salió, “sus pies hermosos sobre las montañas.”

La alegoría anterior ilustra el efecto de la mente sobre el cuerpo, cómo el testimonio del sentido personal y el alegato de la creencia pueden castigar al hombre; mientras que el alegato de la Ciencia revoca la sentencia del error con la Verdad.

Cuando los síntomas de enfermedad están presentes, enfrentadlos con la resistencia de la mente contra la materia, y los controlaréis. La Vida que es Alma debe triunfar sobre el sentido en algún momento, y sería sabio aprender hoy acerca del ser científico. (454) Silenciosa o audiblemente, según las circunstancias, deberíais disputar la realidad de la enfermedad bajo la base de las explicaciones que hemos dado aquí; cuando sanéis mentalmente llamad a cada síntoma por su nombre, y refutad sus pretensiones, igual que lo haríais con una falsedad que hubiese sido expresada para dañaros. Aquí se produce un fenómeno que voy a señalar tal como lo descubrí; si no llamáis por su nombre a la enfermedad cuando os dirigís mentalmente a ella, el cuerpo tampoco responderá, de igual modo que una persona no os responderá si no la llamáis por su nombre; no podéis sanar al enfermo por medio del argumento a menos que obtengáis el nombre de la enfermedad; sin embargo, el método más elevado de sanar en la ciencia cristiana es vivir de tal manera que vuestra Vida esté “escondida con Cristo en Dios”, es la Vida del Alma la que destruye los errores del sentido. No os pongáis de acuerdo con la enfermedad, confrontad la condición física con una protesta mental que la destruya, de la misma manera que una cierta propiedad en química destruye a otra; al entender esto en la ciencia vuestra mente neutralizará la enfermedad, destruirá el temor, y el sistema recobrará su equilibrio.

He visto que una dosis de Verdad aplicada a la enfermedad, produce efectos físicos más poderosos que los que he visto producir a una dosis de medicamento. La negativa opuesta neutraliza lo afirmativo de la enfermedad, y así la destruye. Os hemos dicho anteriormente que todo es mente; por lo tanto, aquello que llamáis efectos físicos son puramente mentales. La admisión mental produce lo que se llama el efecto físico; de aquí los resultados fatales de los tratados de medicina que admiten, describen o localizan la enfermedad. Diagnosticar los síntomas físicos para saber la causa real de la discordia corporal es un error, pues la mente es la única causalidad y el error es siempre el procurador en vez del destructor de la enfermedad. (455) Nunca asumo ninguna

declaración que sea diametralmente opuesta al sentido personal a menos que haya probado su Verdad más allá de cualquier duda. He probado esta forma de sanar con certeza científica en muchos casos, y en ningún caso ha fracasado en probar ser de beneficio para los enfermos. La tarea, hercúlea, de introducir una ciencia ha sido probada con anterioridad por descubridores pacientes; pero cuando la Verdad del ser sea aprendida, será probada. Se nos dijo: “Todo el mundo la siente a usted, pero ¿por qué no sois más ampliamente conocida?” Si pudiesen saber del poco tiempo que tenemos para darnos a conocer, y cómo hacemos nuestro trabajo, en el santuario a puerta cerrada, “vista por Aquel que ve en lo secreto,” hubiesen entendido porqué. Hacer una especialidad del sanar es realmente imposible para nosotros cuando nuestro tiempo, medios y salud se requieren para hacer una investigación más plena de este tema; enseñar, escribir, establecer prácticas para los estudiantes, o hacer un alto, quizá, para adoptar medidas contra la persecución. Nadie debería rechazar la Verdad porque ésta exhiba la pobreza de una opinión anterior, o porque requiera renunciar a sus creencias presentes. La indiferencia a la ciencia cristiana lo sorprende a uno cuando sabemos que es la justicia eterna en la cual Dios mantiene las balanzas, y ajusta todas las balanzas armoniosas. Hasta las doctrinas y creencias de hoy están extendiendo sus manos a la ciencia del ser; y aquello que la Verdad revela no debería ser juzgado erróneamente por ignorancia o prejuicio.

Algunos de nuestros presentes lectores pudieran desear bajar el tono de algunos de los puntos radicales de esta obra, otros desearán echarlos por la borda; sin embargo, la ciencia se reproducirá a sí misma, y conforme la mente cambie de base de la materia al Espíritu, se producirá una severa quimicalización.(456) La Verdad no puede perderse; si no es admitida hoy en plenitud, el error que la bloquea ocasionará una discordia tal en enfermedad, pecado, etc., que los años futuros señalarán hacia la ciencia y restaurarán al final las bellas proporciones y las afirmaciones radicales de la Ciencia Cristiana.

FINIS.